

Albert Camus

Obras

Diarios de viaje

Carnets

La caída

Crónicas argelinas 1939-1958

Edición de José María Guelbenzu

Alianza Editorial

índice

i	<i>Prólogo</i> , por José María Guelbenzu
11	DIARIOS DE VIAJE
13	Introducción a la edición francesa
19	<i>Estados Unidos</i> . Marzo a mayo de 1946
47	<i>América del Sur</i> . Junio a agosto de 1949
107	CARNETS
109	<i>Cuaderno IV</i>
207	<i>Cuaderno V</i>
283	<i>Cuaderno VI</i>
359	LA CAIDA
451	CRÓNICAS ARGELINAS 1939-1958
455	Prefacio
469	<i>La miseria de Cabilla</i>
471	La miseria
477	La miseria (continuación)
483	Los salarios
488	La enseñanza
494	El futuro político
500	El futuro económico y social
509	Conclusión
513	<i>Crisis en Argelia</i>
515	Crisis en Argelia

519	El hambre en Argelia
523	Barcos y justicia
526	El malestar político
530	El partido del Manifiesto
534	Conclusión
537	<i>Carta a un militante argelino</i>
543	<i>Argelia desgarrada</i>
545	La ausente
547	La mesa redonda
549	La buena conciencia
552	La verdadera abdicación
555	Las razones del adversario
558	Primero de noviembre
561	Tregua para los civiles
564	El partido de la tregua
567	<i>Llamamiento para una tregua civil en Argelia</i>
569	Por una tregua civil en Argelia
581	<i>El caso Maisonseul</i>
583	Carta a <i>Le Monde</i>
587	¡Gobernad!
591	<i>Argelia 1958</i>
593	Argelia 1958
599	La nueva Argelia

Prólogo

La celebridad de Albert Camus ha ido en aumento desde la publicación de *El hombre rebelde*. También sus admiradores y detractores. Ahora se refugia en el teatro como traductor de Larivey y Calderón de la Barca, busca un acuerdo con Faulkner para adaptar al teatro la novela de este último, *Réquiem for a nun*, y da vueltas a una posible adaptación de la novela de Dostoyevski *Los posesos*. Sin embargo, no abandona la literatura: escribe «La mujer adúltera», relato que formará parte de *El exilio y el reino* y ha dado a la imprenta *El verano*, título con el que se cerraba el volumen 3 de esta edición de sus obras. Y tampoco cede en un aspecto que cada vez le pesa más: la escritura de actualidad, sus artículos, conferencias, actos públicos. ¿Es la celebridad? ¿Es un exceso de dedicación?

Dos libros muy distintos marcarán indeleblemente esta etapa que culmina en la concesión del premio Nobel.

Una noche de octubre de 1953, según cuenta María Casares, tuvo un ataque de insomnio que le permitió tomar notas suficientes sobre el tema de una novela. Hay quien dice que se trataba de *he premier homme*, pero, pensando en la dura y oscura época personal en que se encuentra, más parece tratarse de la primera concepción de *ha caída*, un libro capital, una confesión construida por

medio de una voz impresionante, que acierta a mostrar el revés de una conciencia atacada por la lucidez en el marco de la Europa de los años cincuenta. Cuando la publica, en 1956, puede decirse que la creación literaria, que tan perdida sintió en los años anteriores, ha ganado la partida: a partir de ahora su decisión de dedicarse a ella será irrevocable.

Pero mientras escribe *La caída*, un acontecimiento invade su vida. Un acontecimiento que le abocará a una de esas situaciones característicamente generadoras del drama personal que siempre le obligará a escribir en medio de la duda: la guerra de Argelia. La posición de Camus es, una vez más, la del filo de la navaja. Se compromete hasta el extremo de acudir a un gran mitin en Argel en el que se trataba de reunir a todas las partes afectadas en un intento de propiciar el diálogo. El FLN ya había comenzado a actuar, los ultras franceses también, pero Camus intentaba el diálogo a cualquier precio. Desgraciadamente, la guerra civil acabó llegando. De nuevo la realidad es más fuerte que él, mas no por eso se rendirá, al contrario. Él nunca aceptó el papel autoritario del intelectual comprometido sino que vivió el drama, el desgarrro del intelectual comprometido para el que el fin nunca justifica los medios: una postura que le volvió a situar en medio del tiroteo. Hay una afirmación suya a propósito de lo que estaba sucediendo que muestra hasta qué punto la tensión de su deseo de asumir los hechos le colocaba en posiciones de extremo desgarrro: «Si un terrorista lanza una granada en el mercado de Belcourt, al que mi madre va con frecuencia, y la mata, seré responsable en la medida en que, por defender la justicia, haya defendido también el terrorismo. Amo la justicia, pero también amo a mi madre.»

Los textos de Camus sobre Argelia pertenecen a 1939 («La miseria de Cabilia») y el resto a la época de la guerra. Aquí se dan juntos ya que fue el autor quien decidió unirlos en un solo libro: *Crónicas argelinas*. La guerra de Argelia le hará sentir una especie de exilio personal que

se plasma bien en estas palabras: «Nos gustaría ser amados, reconocidos por lo que somos, y por todos. Sin embargo, es un deseo adolescente. Tarde o temprano hay que envejecer, aceptar ser juzgado, o condenado...» La lucidez fue siempre para Camus el filo de la navaja.

Los *Diarios de viaje* (1946 y 1949) anticipan asuntos que se precipitan en esta tercera etapa de su obra y vida; también muestran desde otro ángulo el alcance de su fama; por todo lo cual vienen a este volumen; Los *Carnets 2* completan la visión del Camus que se debate en la oscuridad, se refugia en el trabajo teatral y ansia escribir, poder escribir literatura, *ha caído* es la primera señal de que la voluntad literaria se alza por fin. Entonces llegará el premio Nobel de Literatura.

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

DIARIOS DE VIAJE

Título original: Jomaux de voy age (1978)

Traducción de Emma Calatayud

Introducción a la edición francesa

Cuando hace unos años publicamos el segundo tomo de los *Carnets* de Albert Camus, se nos plantearon dos problemas, uno de principio y el otro técnico.

El cuaderno dedicado a América del Sur no estaba clasificado con los demás; el manuscrito era asimismo distinto. Llevaba por título: *Viaje a América del Sur*. Estaba claro que el autor se había interrogado acerca de su destino. Por otra parte, cuando en 1954 me había entregado la copia mecanografiada del conjunto de esos *Carnets*, aquel viaje a América del Sur figuraba en un dossier especial.

Por lo demás, un estudio sumario nos aporta la prueba: se trata de una relación de viaje de la que se excluye cualquier reflexión que le sea ajena. ¿Camus proyectaba acaso darle mayor amplitud, hacer un relato más largo? No hay nada que nos lo demuestre. Pero todo indica que ese viaje y su relato ocupaban en su espíritu un lugar aparte.

Siendo así, ¿en qué forma podíamos proceder a su publicación, puesto que el cuaderno era demasiado delgado para constituir un volumen?

Lógicamente, pensamos en asociarlo al viaje a América del Norte, integrado éste en la serie cronológica de los *carnets*. Integración muy explicable si consideramos que, aparte unas cuantas anotaciones turísticas relativas a la

travesía del Atlántico y al descubrimiento de Nueva York, Camus habla en él muy poco de sus encuentros y aventuras durante el viaje; tampoco apuntó gran cosa sobre las conferencias que dio en Nueva York y en Harvard, ni sobre las reacciones que suscitaron. En cambio, las preocupaciones que salpican los cuadernos de los años 1945 y 1946 sí que están presentes, en particular *La peste*.

De modo que, pese a estas diferencias de textura, nos decidimos a reagrupar esos dos cuadernos. El texto fue establecido por Madame Camus y por mí mismo, en lectura común, comparando los diversos textos mecanografiados y manuscritos, uno de ellos perteneciente, así como todos los cuadernos integrados en un mismo conjunto, a Madame Camus —el cuaderno del viaje a los Estados Unidos—, el otro a Madame María Casares que consintió en confiárnoslo para examinarlo.

Para evitar cualquier suputación inútil, precisemos una vez más que estos textos se han publicado, igual que los anteriores, sin hacer ni el más mínimo corte. Las iniciales, cuando existen, fueron elegidas por el autor. Sólo una excepción, sin embargo: en dos ocasiones hemos sustituido el nombre de una misma persona por una X.

Los dos cuadernos poseen un interés común: nos muestran cómo pasaba Camus de las anotaciones en bruto a la obra elaborada. Encontramos algunos pasajes del Viaje a los Estados Unidos en *Les pluies de New York*; importantes fragmentos del Viaje a América del Sur fueron recuperados ya sea en «El mar, aún más cerca» (*El verano*), o bien, más ampliamente aún, en «La piedra que crece» dos escenas de baile, contempladas en la realidad, se hallan condensadas en uno de los escasos textos exóticos redactados por Camus. El viaje a Iguapé y el episodio de la piedra que crece, anotados como simple folclor, adquieren en la novela un valor de símbolo. Sea cual fue-

re la opinión que tengamos sobre el relato, existen pocos ejemplos tan claros de la transformación que sufre el hecho en bruto antes de acceder al nivel del mito, y de un mito voluntariamente optimista, extraído de un viaje agotador y deprimente para el autor.

Las circunstancias de uno y otro viaje influyen en las reacciones de Camus: el viaje a los Estados Unidos, comenzado el 10 de marzo de 1946, es tanto el de un periodista afamado como el de un autor que todavía no ha alcanzado su plena consagración. De ahí el desconfiado recibimiento de los servicios de policía americanos que no quitan ojo —y de los más recelosos— al animador de un periódico que enarbola orgullosamente la divisa: *De la resistencia a la revolución*. Lo extraño es que Camus no nos diga nada de las universidades americanas, que lo tienen todo para sorprender al viajero francés, ni de la más prestigiosa de ellas, Harvard, que, sin embargo, conservó la huella de su paso por allí en su boletín mensual. Adivinamos, a través de unas cuantas notas apuntadas, una especie de asombro tan pronto admirativo como reprobador, ante aquel Nuevo Mundo desmesurado con sus rascacielos y sus extensiones; y una vaga inquietud ante lo que implica aquella potencia colosal de expansionismo inconsciente. No está lejos el tiempo en que, entre los dos bloques hostiles que se constituyen al Este y al Oeste —y uno de cuyos pilares son los Estados Unidos—, Camus se niegue obstinadamente a escoger. No obstante, de momento, le manifestó a su antiguo maestro M. Germain: «Mi viaje a América me ha enseñado muchas cosas que sería demasiado largo pormenorizar aquí. Es un gran país, fuerte y disciplinado en la libertad, pero que ignora muchas cosas y, en primer lugar, a Europa.»

El viaje a América del Sur es de naturaleza diferente: Camus lo aborda en precarias condiciones físicas, aunque sólo progresivamente sospecha de un nuevo ataque de tisis. En ese sentido, su itinerario es también el de la enfermedad redescubierta, que dejará su marca en «El mar, aún más cerca». No sin desgarramiento, se aleja de

sus seres queridos, y de ahí el nerviosismo con que reacciona ante los retrasos del correo. Finalmente, se trata de su primer viaje oficial como primera figura: no volverá a repetirlo (de hecho, dará más adelante unas conferencias en Italia y en Grecia); si a veces consigue pasarlo bien, a menudo le fastidian las múltiples obligaciones inherentes a esa clase de períplos: encuentros vanados y a menudo decepcionantes, calidad desigual de huéspedes y recepciones; todo está hecho para irritar a un hombre que aborrece las mundanidades y que sabe, sin embargo, que al aceptar aquel viaje ha aceptado también sus sujeciones. Así que lo veremos someterse por propia voluntad aunque, en el fondo, de mala gana, a un programa excesivamente cargado y de interés diverso.

En suma, estas páginas llevan la marca de un estado de crisis que la lectura de Vigny no hace sino confirmar ya desde el barco: crisis física que Camus tardará muchos meses en superar; crisis sentimental y moral que se traduce en la obsesión del suicidio, así como en un sentimiento agudo de exilio. Es de ahí de donde «La piedra que crece» extrae su savia en este viaje.

Por eso se muestra particularmente sensible a los contrastes violentos que ofrecen al europeo esas tierras americanas: riquezas opuestas a una extremada pobreza; cultura refinada y bárbara, a veces en la misma persona. Sin contar con ese enorme problema que a cualquier observador lúcido plantea la superpoblación de esas tierras, especialmente en las grandes ciudades. Camus descubre, no sin malestar, lo que apenas empezaba a llamarse el Tercer Mundo. Y sin duda sufre por no percibirlo sino envuelto en un torbellino, durante el cual los vuelos aéreos lo disputan a las mundanidades.

Dos viajes distanciados por dos años de intervalo. En los doce años que van a seguir, Camus aceptará muy pocas veces dar conferencias en el extranjero: rechazará

un «puente de oro» para el Japón. Por obligación, se resignará a las festividades del premio Nobel en Estocolmo. Y aun así, fue precisa la insistencia de Roger Martin du Gard y de sus editores.

Paradójicamente, mientras que el joven sin grandes recursos había recorrido libremente toda Europa, el escritor en plena notoriedad, después de 1948, huirá de los viajes que pueblan generalmente la existencia de sus pares.

ROGER QUILLIOT

Estados Unidos
Marzo a mayo de 1946

América. Salida. La ligera angustia propia de toda partida ha pasado ya. En el tren, me encuentro con R., psiquiatra que va a allí para tomar contactos. Sé que estará en mi cabina, en el barco, y no me resulta desagradable porque lo encuentro fino y simpático. En mi compartimento, tres chiquillos bastante revoltosos a la salida, pero que se dormirán; su niñera, su madre, alta y elegante mujer de ojos claros, y un pedacito de mujer rubia que llora enfrente de mí. Viaje sin historias, salvo una. Le hago algunos favores a la joven rubia. Antes de llegar a Rouen, una mujer grandota vestida con una larga piel de animal y con rasgos achatados me interroga para saber si todas las personas que hay en aquel vagón van a América. Si yo voy. «Sí.» Se disculpa y me pregunta si puede preguntarme lo que voy a hacer allí. «A dar conferencias.» «¿Literarias o científicas?» «Literarias.» Suelta un verdadero grito teatral llevándose la mano con rapidez a la boca. «¡Ah! —dice—. ¡Es maravilloso!» Y dos segundos después, con los ojos bajos, añade: «Yo también ando metida en la literatura.» «¿Ah, sí?», le digo yo. «Sí, voy a publicar un libro de poemas.» «Muy bien», digo yo. «Sí, he conseguido que Rosemonde Gérard me escriba un prólogo. Me ha hecho un soneto muy bonito.» Bravo. «Claro que se trata de mi primer libro. Pero comenzar en la literatura con un prólogo de Rosemonde Gérard...»

«¿Qué editor lo publica?» Me da un nombre que no conozco. Me explica que son versos regulares «porque yo escribo más bien al estilo clásico. Lo moderno, a mí, no sé lo que pensará usted... pero no me gusta lo que no comprendo», etc., etc. Se baja en Rouen y me propone poner un telegrama que yo quiero enviar a París, porque he olvidado la dirección de R. en Nueva York. No debió mandarlo porque no he recibido respuesta.

En el vagón restaurante vuelvo a encontrarme con R. y almorzamos frente a la chiquita rubia que no consigue cascar sus nueces. Al llegar a Le Havre, la chiquita, que parece encontrarse completamente perdida, me pide ayuda. Mientras esperamos el autocar, charlamos un poco. Ella va a Filadelfia. El autocar es un antiguo coche celular sucio y polvoriento. Le Havre, con inmensas zonas de obras llenas de cascotes. El aire es húmedo. Cuando llegamos ante el *Oregon*, me doy cuenta de que se trata de un buque de carga, un carguero muy grande pero un carguero. Aduana, cambio, comisaría con la cajita de fichas que consulta un poli mientras van diciendo nuestro apellido, y que conozco muy bien a causa de algunos sudores fugitivos que me proporcionó durante la ocupación. Y después, a bordo.

La cabina de cuatro personas, con duchas y W.C., se ha convertido en una cabina para cinco donde es imposible estornudar sin tirar algo. Nos piden que pasemos al comedor para ver al «maitre d'hôtel». En realidad, es para asistir a una escena de comedia. El «maitre d'hôtel» se parece a los franceses tal como los vemos en las películas americanas y, además, padece de tics que le hacen distribuir numerosas ojeadas a derecha y a izquierda. Se aplica en componer mesas armoniosas y para ello dispone, como las buenas amas de casa, de un plano y del título de algunos de los pasajeros especialmente recomendados. Naturalmente, quiere sentarme al lado de un periodista^J que se

¹ Camus hace el viaje como periodista. [Esta nota y las que siguen, salvo indicación expresa en otro sentido, son del editor francés.]

encuentra a bordo. Pero me niego con energía y, finalmente, me encuentro con R. y el pedacito de mujer rubia que se llama, ¡oh, maravilla!, Jeanne Lorette. Es una joven parisina que trabaja en perfumería, que lloraba aquella mañana por haber dejado a su hermana gemela, ya que su hermana, para ella, lo es todo, pero que marcha a Filadelfia para reunirse con un americano con el que se va a casar. R. está encantado con la naturalidad, el sentido común y la gentileza de Lorette. Yo también. La cabina nos encanta un poco menos. La cama supletoria que hay en medio la ocupa un anciano de setenta años. La litera encima de la mía pertenece a un tipo de mediana edad, y presumo que se dedica a los negocios. Encima de R. está un vicecónsul que va a Sanghai, con un semblante comunicativo y ruidoso. Nos instalamos y yo decido ponerme a trabajar.

Durante la cena, vuelvo a encontrarme con R., con Lorette y con la mujer alta del compartimento (no es tan alta pero sí delgada y elegante), y con una pareja de mexicanos «que se dedican a los negocios». Las dos mujeres parecen mirar a nuestra Lorette con un poco de desconfianza. Pero como ella se contenta con ser natural, es ella la que conserva más clase. Nos cuenta que su suegra, que no la conoce, le envía unas cartas muy amables y que las suegras parecen ser en América de una calidad muy superior. Su novio es muy creyente, no bebe ni fuma. Le ha pedido que se confiese antes de partir. La mañana del viaje (en los días anteriores tuvo que hacer algunas gestiones) se levantó a las seis para ir a la iglesia, pero estaba cerrada y el tren salía temprano. Así que se confesará cuando llegue allí y, dice con su ligero acento parisino (por lo demás, articula muy mal y muy deprisa y hay que inclinar la cabeza para captar lo que dice): «Prefiero que sea así, porque el de allí no entenderá bien lo que le digo y así me dará la absolución». Le explicamos que siempre dan la absolución en esos casos. «Incluso para los pecados mortales.» Claro que sí, dice R., convencido. Y le in-

dicamos que probablemente haya algún capellán en el barco.

Después de cenar, R. y yo estamos de acuerdo en que la encantadora Lorette trata de calmar su aprensión presentando a los demás y, por consiguiente, a sí misma, una imagen reconfortante de la situación, que quizá sea reconfortante, pero no es esa la cuestión. En cualquier caso, también estamos de acuerdo para desear toda la felicidad que se merece a aquel gracioso animalito. El acostarnos resulta más laborioso. Aquello parece, de verdad, un dormitorio de tropa. Hay dos que roncan: el viejo y el hombre de negocios. Además, R. y yo habíamos abierto el ojo de buey, pero el viejo lo cierra en plena noche. Tengo la impresión de respirar el aliento de los demás y me entran unas ganas furiosas de ir a acostarme en cubierta. Únicamente me lo impide la idea del frío. Hay que despertarse a las siete y media porque no se puede desayunar después de las ocho y media. Trabajo por la mañana. A las doce y cuarto, almuerzo. El mexicano me dice que representa en México a unas casas de perfume francesas, y me hace el elogio de la calidad francesa. Los hermosos ojos claros que tengo frente a mí pierden un poco de su orgullo y uno se da cuenta de que había mucha timidez en su caso. Lorette nos asegura que jamás permitirá que le hablen mal de Francia en su familia. Nos hace un retrato de los antuerpienses notable por su buen juicio. (Si le compran a su mujer una sortija, es un diamante en bruto, nunca una sortija ya trabajada. De este modo, poseen un capital. Y abrigos de pieles. O sea, todo valores seguros.)

Por la tarde hablamos con el vicecónsul. Me entero sin gran sorpresa de que nació en Oran. Y naturalmente, nos damos grandes palmadas en la espalda. Ha estado en los países más inverosímiles, entre ellos Bolivia, de la que me habla muy bien. La Paz se halla a 4.000 metros de altitud. Los coches pierden allí el 40 % de su fuerza, las pelotas de tenis apenas alcanzan su objetivo y los caballos sólo pueden saltar pequeños obstáculos. Él lo resis-

tió comiendo ajos. Su mujer, una polaca de ingenio muy fino, cuenta a R. historias de magia. Son las tres. Zarpamos. El mar está precioso. La mujer de un marino, de luto riguroso, corre torpemente a lo largo del muelle acompañando al barco con gestos de adiós. La última imagen de Francia es la de inmuebles derruidos, en la orilla de esa tierra herida.

A trabajar. En la cena, el mexicano relata historias de aduanas. Sólo una es interesante: la del americano al que tuvieron que amputar una pierna en México a consecuencia de un accidente, y que quiso llevarse consigo su pierna difunta, dentro de una caja de cristal. Tres días de discusión para saber si aquel objeto entraba o no en la categoría incluida en un sumario relativo a la defensa contra las epidemias. Pero al declarar el americano que no se separaría de su pierna y que antes de eso se quedaría en México, los Estados Unidos no quisieron renunciar a un honorable ciudadano. La Lorette tose mucho y teme al mareo. R. quiere curarla mediante un método de autosugestión. Y lo hace muy acertadamente. Después de cenar, tomo una copa con Mme. D., la mujer alta de ojos claros. Marido en la embajada de Washington.

Martes a las 10. La noche ha sido buena aunque corta. Esta mañana llueve y el mar está cada vez más picado. El bar está casi vacío. Trabajo en paz. El Atlántico tiene color de ala de paloma. Me tiendo un poco antes de almorzar, con el estómago algo revuelto. Me duermo y me despierto al cabo de media hora, tan fresco como una lechuga. En la comida, abstenciones. Nuestra Lorette no abandonará su litera en todo el día. Los mexicanos se levantan de la mesa antes de terminar. Mme. D., R. y yo charlamos amigablemente. Pero R. se va a la cama, un poco indispuerto. Aunque yo me encuentro en buena forma, hago lo mismo. Tengo la cabeza demasiado floja para trabajar. Pero leo *Guerra y paz*. ¡Cómo me hubiera enamorado yo de Natacha!

El día se ha hecho largo después, pesado y monótono.

Después de cenar, el X. de las pieles me habla de la sabiduría oriental. Es el tipo de conversación que nunca he podido soportar más de cinco minutos. Me voy a la cama a encontrarme con Natacha Rostov.

Miércoles. Me levanto con fiebre y algo de anginas. Pero luce un hermoso sol a pesar del mar picado. Paso toda la mañana tumbado al sol. Por la tarde, inglés con R. en la cubierta y cóctel en la habitación del comandante con Mme. D. Después de cenar, R. narra sus recuerdos de cuando era médico. Dachau. El montón de moribundos cuya diarrea chorrea de unos a otros.

Jueves. Asqueroso día con el frío de la gripe. Un poco de champán por la noche con R. y Mme. D. me reanima. Pero tengo la cabeza vacía. Inglés, de' todos modos, por la tarde.

Viernes. La gripe va mejorando. Pero la vida sigue siendo igual de monótona. Trabajo un poco por la mañana. El mar sigue alborotado. Por la tarde, recibimos con el cónsul (Dahoui) a Mme. D. y a L. en nuestra cabina. Agradable charla. El cónsul cuenta (con elocuencia argelina) la historia del joven vicedcónsul de Andrinoplia, que no conseguía hacerle su primera visita al cónsul por culpa de cuatro orangutanes atados que había en la antecámara del consulado. Por fin, se decide, pero pasa unos días de mucho miedo en aquel consulado. Finalmente, después de anunciarles el cónsul que uno de aquellos animales había muerto por absorción de una caja de cerillas, él lleva cada día una caja que les entrega afectuosamente a cada uno de los animales hasta que mueren. Cuando han enterrado a todas las bestias, respira.

Historia clásica también la de los cónsules de treinta años en Djeddah² y otros lugares, que se alcoholizan y mueren en soledad (para mí).

² Puerto de Arabia Saudí donde tienen su sede las misiones diplomáticas extranjeras.

Por la noche después de cenar, como tenemos que pasar por delante de las Azores, subo a cubierta y, en un rincón resguardado del fuerte viento que sopla desde que salimos, consigo gozar de una noche pura, con escasas pero muy grandes estrellas que corren por encima del barco con un mismo movimiento rectilíneo. Una luna menuda da al cielo una luz sin brillo que ilumina el agua turbulenta con un reflejo uniforme. Una vez más, contemplo, igual que lo hago desde hace años, los dibujos trazados por la espuma y el surco sobre la superficie de las aguas, ese encaje que se hace y deshace, ese mármol líquido... y una vez más busco la comparación exacta que fije un poco para mí esa maravillosa eclosión de mar, de agua y de luz que se me escapa desde hace tanto tiempo. Otra vez en vano. Para mí, es un símbolo que continúa.

Viernes. Sábado. Domingo. El mismo programa. El mar sigue muy alborotado, bajamos hacia el Sur y dejamos atrás las Azores. Esta sociedad en miniatura es al mismo tiempo apasionante y monótona. Todos presumen de elegancia y de mundología. Es el lado «perrito sabio» de la gente. Pero algunos se explayan. El peletero X. está en el barco. Nos enteramos de que posee una magnífica vajilla de porcelana, objetos de plata soberbios, etc., pero que utiliza en su lugar unas copias que ha mandado hacer, y guarda bajo llave los originales. Me ha parecido que también debe de tener una copia de su mujer, con quien jamás debió hacer más que una copia de amor.

Tres o cuatro pasajeros van a los Estados Unidos, visiblemente para exportación de capitales. Les dejo incluso que me expliquen la combinación, muy astuta en sí. «Fíjese usted —dice uno de ellos— que yo no hago nada en contra del Estado. Sus intenciones son buenas, pero no entiende nada de negocios.» Ellos sí que entienden de negocios. Estamos de acuerdo R. —encantador compañero, como siempre— y yo, en que el único problema

contemporáneo es el del dinero. Sucias caras podridas por la codicia y la impotencia. Afortunadamente, tenemos la compañía de las mujeres. Son la verdad y la tierra. Mme. D., cada vez más encantadora. L. también.

Lunes. Magnífico día. Ha amainado el viento. Por primera vez, el mar está en calma. Los pasajeros suben a cubierta como setas después de la lluvia. Se respira de gusto. Por la tarde, magnífico sol. Después de la cena, claro de luna sobre el mar. Mme. D. y yo pensamos que la mayor parte de la gente no lleva la vida que les gustaría llevar y que hay en ello cobardía:

Domingo. Nos anuncian que llegaremos por la noche. La semana ha transcurrido de manera vertiginosa. En la noche del martes 21, nuestra mesa decide festejar la primavera. Alcohol hasta las cuatro de la madrugada. Al día siguiente también. Cuarenta y ocho horas de euforia agradable, en que todas las relaciones se precipitan. Mme. D. se halla en plena rebelión contra su medio. L. me confiesa que va a hacer un matrimonio de conveniencia.- El sábado dejamos atrás el Gulf-Stream y la temperatura refresca terriblemente. El tiempo pasa muy rápido entretanto y, finalmente, no tengo tanta prisa por llegar. He terminado mi conferencia. Y el resto del tiempo, miro el mar y charlo, sobre todo con R., de verdad inteligente, y, naturalmente, con Mme. D. y L.

Hoy a las doce divisamos tierra. Desde por la mañana sobrevolaban el barco unas gaviotas y parecían suspendidas, inmóviles, encima de los puentes. Coney Island, que recuerda a la puerta de Orléans, es lo primero que aparece. «Es como Saint-Denis o Gennevilliers», dice L. Es completamente cierto. Con el frío, el viento gris y el cielo llano, todo esto resulta bastante deprimente. Anclamos en la bahía de Hudson y no desembarcaremos hasta mañana por la mañana. A lo lejos, los rascacielos de Manhattan sobre un fondo de bruma. Tengo el corazón tranquilo y seco, como cuan-

do me encuentro ante algún espectáculo que no me dice nada.

Lunes. Me acosté muy tarde la víspera. Me he levantado muy temprano. Navegamos por el puerto de Nueva York. Espectáculo formidable a pesar o a causa de la niebla. El orden, el poder, la fuerza económica se encuentran ahí. El corazón tiembla ante tanta admirable inhumanidad.

No desembarco hasta las once, después de largas formalidades y yo soy el único, de entre todos los pasajeros, que se ve tratado como sospechoso. El oficial de inmigración acaba por disculparse por haberme retenido tanto tiempo ³. «Me he visto obligado a ello, pero no puedo decirle por qué». ¡Misterio, pero después de cinco años de ocupación!

Recibido por C, E. y un enviado del consulado. C. no ha cambiado nada. E. tampoco. Pero con todo este tumulto, los adioses a L., Mme. D y R. son rápidos y fríos.

Cansado. Me vuelve la gripe. Y recibo la primera impresión de Nueva York con las piernas temblorosas. Tras una primera ojeada,⁵ horrorosa ciudad inhumana. Pero sé que después uno cambia de opinión. Hay detalles que me llaman la atención: el que los basureros lleven guantes, que la circulación sea disciplinada, sin intervención de ningún guardia en los cruces, etc., el que nadie tenga nunca calderilla en este país y que todo el mundo parezca salir de una película en serie. Por la noche, al cruzar Broadway en taxi, cansado y con fiebre, me siento literalmente aturrullado por la «feria luminosa». Salgo de cinco años de noche y esa orgía de luces violentas me da por primera vez la impresión de un nuevo continente (un enorme anuncio de Camel de 15 m. : un G. I. con la boca abierta de par en par emite enormes bocanadas de *verdadero* humo. Todo ello es amarillo y rojo). Me acuesto

³ Más tarde se sabrá que las posiciones tomadas por *Combat* se hallan en el origen de este recelo.

con dolor de corazón tanto como de cuerpo, pero sabiendo perfectamente que dentro de dos días habré cambiado de opinión.

Martes. Me levanto con fiebre. Incapaz de salir antes del mediodía. Cuando llega E., estoy un poco mejor, voy a comer con él y con D., un publicista de origen húngaro, en un restaurante francés. Me doy cuenta de que ni siquiera me he fijado en los *sky-scrapers*, me han parecido naturales. Es una cuestión de proporciones generales. Y además, no se puede estar siempre con la cabeza levantada. De modo que en el campo de visión, no vemos más que una proporción razonable de pisos. Magníficas tiendas de alimentación. Con qué hacer reventar a toda Europa. Admiro a las mujeres por la calle, el colorido de los vestidos, el de los taxis que parecen todos insectos endomingados: rojos, amarillos, verdes. En cuanto a las tiendas de corbatas, hay que verlas para creerlas. Tanto mal gusto parece apenas imaginable. D. me asegura que a los americanos no les gustan las ideas. Eso es lo que dicen. Yo no me fío.

A las tres, voy a ver a Régine Junier. Admirable solterona que me envía todas sus riquezas porque su padre murió enfermo del pecho a los veintisiete años y que entonces... Vive en dos habitaciones, en medio de un montón de sombreros que ella fabrica y que son excepcionalmente feos. Pero no hay nada que pueda sustituir a ese corazón generoso y atento que muestra en cada una de sus palabras. La dejo, devorado por la fiebre e incapaz de hacer otra cosa que no sea irme a dormir. Tanto peor para las citas. — Olor de Nueva York — un perfume de hierro y de cemento — el hierro domina.

Por la noche, cena con L. M. en el «Rubens». Me cuenta la historia de su secretaria, muy «American Tragedy». Casada con un hombre del que tiene dos hijos, su madre y ella descubren ya tarde que el marido es pedera. Separación. La madre, protestante puritana, sonsaca y prepara a la hija durante meses inculcándole la idea

de que sus hijos van a ser degenerados. La idiota acaba por asfixiar a uno y estrangular al otro. Declarada irresponsable, la dejan en libertad. L. M. me cuenta su teoría personal sobre los americanos. La he oído ya quince veces.

En la esquina de la 1.^a calle Este, pequeño bistró donde un fonógrafo mecánico vociferante cubre todas las conversaciones. Para conseguir cinco minutos de silencio hay que poner cinco céntimos.

Miércoles. Un poco mejor esta mañana. Visita de Liebling, del *New Yorker*, hombre encantador. Chiaromonte ⁴ y luego Rube. Lo dos últimos y yo comemos en un restaurante francés. Ch. habla de América como nadie, a mi entender. Le señalo los *Funeral Home*. Él me cuenta su funcionamiento.* Una de las maneras de conocer un país es saber cómo se muere en él."Aquí, todo está previsto. «*You die and tve do the rest*», dicen los anuncios publicitarios. Los cementerios son propiedades privadas: «Apresúrese a reservar su parcela». Todo sucede en el almacén, transporte, ceremonias, etc. Un hombre muerto es un hombre acabado.— En casa de Gilson, radio. Luego a mi cuarto con Vercors, Thimerais y O'Brien ⁵. Conferencia de mañana. A las seis, una copa con Gral en el *Saint-Regís*. Vuelvo a pie por Broadway, perdido entre la multitud y los enormes anuncios luminosos. Sí, existe lo «trágico» americano. Es lo que me oprime desde que estoy aquí, pero todavía no sé de qué está hecho.

En Bowery Street, la calle de comercios para novias a lo largo de 500 metros. Ceno yo solo en el restaurante de mediodía. Y regreso para escribir.

Cuestión negra. Hemos enviado a un martiniqué en misión aquí. Lo han alojado en Harlem. Frente a sus colegas franceses, se da cuenta por primera vez de que no pertenece a la misma raza.

Escritor y crítico italiano, amigo de Albert Camus.

O'Brien tradujo en los Estados Unidos varias obras de Camus.

Observación contraria: en el autobús, un americano medio se levanta delante de mí para cederle el sitio a una anciana negra.

Impresión de riqueza derramada a raudales. La inflación está ahí, me dice un americano.

Jueves. Se me pasa el día dictando mi conferencia. Por la tarde, un poco de nerviosismo, pero me pongo a ello enseguida y el público «prende». Mientras hablo, manipulan la caja cuyo producto va destinado a los niños franceses. O'Brien anuncia la cosa al final y uno de los espectadores se levanta para proponer que cada uno, a la salida, entregue la misma cantidad que entregó a la entrada. A la salida, todo el mundo da mucho más y la recaudación es considerable. Típico de la generosidad americana. Su hospitalidad, su cordialidad, es del mismo estilo, inmediata y sin aparato. Es lo mejor que hay en ellos.

Su afición por los animales. Almacén de animales de varios pisos: en el primero, los canarios y en el último, ¡os grandes monos. Hace unos años, arrestaron en la Quinta Avenida a un señor que paseaba a una jirafa en un camión. Explicó que a su jirafa le faltaba aire en el extrarradio donde la albergaba y que había encontrado aquella manera de sacarla a tomar el fresco. Hay una señora que lleva una gacela a pastar a Central Park. Ante el tribunal, explica que aquella gacela es una persona. «Sin embargo, no habla», dice el juez. «Sí, habla el lenguaje de la bondad.» Cinco dólares de multa. Al lado de eso, un túnel por debajo del Hudson de tres kilómetros y el formidable viaducto de New Jersey.

Tras la conferencia, una copa con Schiffrin⁶, Dolores Vanetti, que habla el argot más puro que he oído, y otros más. Madame Schiffrin me pregunta si no he sido actor.

⁶ Editor americano.

Viernes. Knopf⁷. Las once. El gran estilo. Doce. Broadcasting. Gilson es simpático. Iremos juntos a ver la Bowery. Almuerzo con Rube y J. de Lannux que nos pasea después en coche por Nueva York. Hermoso cielo azul que me obliga a pensar que nos encontramos a la misma latitud que Lisboa, cosa que me cuesta imaginar. Al ritmo de la circulación, los rascacielos dorados dan vueltas y revueltas en el azul por encima de nuestras cabezas. Es un buen momento.

Vamos a Tryon Park, más arriba de Harlem, desde donde dominamos el Bronx por un lado y el Hudson por el otro. Las magnolias estallan casi por todas partes. Digiero un nuevo ejemplar de esos *ice-cream* que me encantan. Otro buen momento.

En el hotel a las cuatro, Bromley me espera. Corremos hacia New Jersey. Gigantesco paisaje de fábricas, viaductos y vías férreas. Y luego, de repente, East Orange y la campiña más parecida a una postal que pueda existir, con millares de cottages limpios e immaculados como si fueran juguetes, en medio de álamos y magnolias. Me enseñan la pequeña biblioteca pública, clara y alegre, por donde desfila todo el barrio, con una inmensa sala para niños. (Por fin un país donde se ocupan de verdad de los niños.) Miro las fichas dedicadas a la filosofía: W. James y eso es todo.

En casa de Bromley, hospitalidad americana (su padre es de origen alemán, por lo demás). Trabajamos en la traducción de *Calígula* que él ha terminado. Me explica que yo no sé cuidarme de mi publicidad, que aquí tengo un *standing* del que debería sacar provecho, y que el éxito de *Calígula* aquí me garantizaría, a mis hijos y a mí, el porvenir. Según sus cálculos, yo ganaría 1.500.000 dólares. Me río y él meneaba la cabeza. «¡Ah!, no tiene usted *sense*.» Al regresar, nos tuteamos.

⁷ Editor americano que será el editor principal de Albert Camus en los Estados Unidos.

Es un buen chico y quiere que vayamos juntos a México. (Nota: ¡Es un americano que no bebe!)

Sábado. Régine. ¡Le llevo mis regalos y se echa a llorar!

Una copa en casa de Dolores. Después, Régine me lleva a visitar los grandes almacenes americanos. Pienso en Francia. Por la noche, cena con L. M. Desde arriba del *Plaza* admiro la isla cubierta de monstruos de piedra. De noche, con sus millones de ventanas iluminadas y sus grandes paredes negras que llevan esos guñños hasta media altura del cielo, tengo la impresión de un gigantesco incendio a medio apagar, que se levanta ante el horizonte de millares de inmensos armazones negros aún relleños de puntos de combustión. La encantadora condesa.

Domingo. Paseo con Chiaromonte y Abel⁸ a Staten Island. A la vuelta, en los bajos de Manhattan, inmensas excavaciones geológicas entre los rascacielos, muy cerca unos de otros, por donde avanzamos dominados por un sentimiento prehistórico. Cenamos en China Town. Y respiro por vez primera en un lugar donde encuentro la auténtica vida pululante y medida que a mí me gusta.

Lunes por la mañana. Paseo con Georgette Pope que ha venido hasta mi hotel, Dios sabe por qué. Es de Nueva Caledonia. «*What is your husband's job?*—Magician!» Desde lo alto del Empire States, con un viento glacial, admiramos Nueva York, sus viejas aguas y esa profusión de piedras.

Durante la comida, la mujer de Saint-Ex. —una extravagante— cuenta que en San Salvador su padre tuvo, con diecisiete legítimas, cuarenta bastardos, y que a cada uno de ellos le dio una hectárea de tierra.

Noche, conversación en la Escuela libre de Altos Estudios. Cansado, voy a Broadway con J. S.

Rolley Skating 52 calle O. Un inmenso velódromo recubierto de polvo y de terciopelo rojo. En una caja rec-

⁸ Lionel Abel, escritor y periodista que tradujo la conferencia de A. Camus en Harvard.

tangular situada al fondo, bajo el techo, una vieja dama toca en un órgano de gran tamaño las más variadas melodías. Y cientos de marinos, de muchachas jóvenes vestidas con «pichis» para la circunstancia, dan vueltas en brazos unos de otros entre un infernal estruendo de ruletas de hierro y grandes órganos. Habría que ampliar la descripción.

Seguidamente, *Eddy et Léon*, una *boite* sin encanto. Pero J. S. y yo, para recompensarnos, nos hacemos una foto en una especie de fotografía de feria, en donde uno puede retratarse haciendo de Adán y Eva gracias a dos maniqués de cartón, desnudos completamente y con un agujero a la altura de la cabeza. Por ese agujero se puede asomar la cara.

J., que habla bien del amor americano, pone interés en que yo conozca a las taxi-girls. Una salita polvorienta con luces tamizadas. Cada moneda de diez céntimos da derecho a un baile. Pero si se quiere charlar con la dama hay que instalarse al fondo de la sala, a cada lado de un pequeña barrera, y no puede uno acercarse. Impresión de represión y de terrible exasperación sexual. J. me cuenta el *VDay* y las escenas de orgía en Times Square.

Martes. Con el encantador Harold que me habla también de la mujer americana. Por la noche, French Institute aburridísimo. Pero vamos a una boíte de negros con el Dr. Jerry Winter. Rocco, el pianista negro más formidable que jamás he oído desde hace años. Toca de pie ante un piano con ruedas que va empujando delante de él. El ritmo, la fuerza, la precisión de su manera de tocar, y él que participa, salta, baila, mueve la cabeza y el pelo a la izquierda y a la derecha.

'Impresión de que sólo los negros dan vida, pasión y nostalgia a este país, al que colonizan a su manera.'

Noche de Bowery. La miseria — y un europeo siente ganas de decir: «Por fin lo concreto». Los verdaderos de-

sechos humanos. Y los hoteles a veinte céntimos. Bowery Follies donde unas cantantes muy viejas dan su espectáculo en un decorado de «saloon», ante un auditorio miserable. Y a unos pasos de allí, las más espléndidas boutiques de novias que puedan verse —todo reunido—, espejos, brillos, etc. Sí, una noche sorprendente.

W. Franck⁹. Uno de los pocos hombres superiores que me he encontrado aquí. Le desespera un poco la América de hoy y la compara con la del siglo xix. «Los grandes talentos (Melville) siempre fueron solitarios aquí.»

Vassar College. Un ejército de jóvenes *starlettes* de piernas largas que se cruzan sobre el césped. Lo que aquí hacen en favor de la juventud merece la pena ser retenido.

Domingo. Larga conversación con Ch. ¿Podemos nosotros rehacer una Iglesia laica?

Paso la tarde con unos estudiantes. No perciben el verdadero problema y, sin embargo, su nostalgia es evidente.

* En este país donde todo contribuye a demostrar que la vida no es trágica, sienten la impresión de una carencia. Este gran esfuerzo es patético, pero hay que rechazar lo trágico después de haberlo visto, no antes*

Lunes. Ryder¹⁰ y Figari¹¹. Dos grandísimos pintores. La pintura de inspiración mística y artesanal o casi en cuanto a técnica (son casi esmaltes) de Ryder nos recuerda irresistiblemente a Melville, de quien era poco más o menos contemporáneo (más joven). Sí, la gran América está aquí. ¿Y ahora? Figari lo tiene todo: nostalgia, fuerza, humor.

Después, Alfred Stieglitz, viejo Sócrates americano. «La vida me parece cada vez más bella a medida que envejez-

⁹ Waldo Franck, escritor americano que mantuvo una larga correspondencia con A. Camus.

¹⁰ Pintor americano (1847-1917). Expuesto en el Metropolitan Museum de Nueva York.

¹¹ Pintor uruguayo (1861-1938). Amigo de Bonnard.

co: pero vivir, cada vez más difícil. No espere nada de América. ¿Somos un fin o un principio? Creo que somos un fin. Es un país que no conoce el amor.»

Por la noche, circo. Cuatro pistas. Todo el mundo trabaja al mismo tiempo. Y yo no veo nada.

Tucci: ³Que las relaciones humanas son muy fáciles aquí porque no hay relaciones humanas. Se quedan en la superficie. Por respeto y por pereza^,

Los millares de generales y de almirantes de opereta que en Nueva York son porteros, *captains* y *boys*. Los ascensoristas como ludiones, a millares, subiendo y bajando en sus grandes jaulas.

19 de abril. Otra noche en la Bowery. Y el *elevated* —vamos en la parte de delante— que se lanza a toda velocidad a la altura de un quinto piso, y los rascacielos que dan vueltas alrededor con lentitud, y la máquina se traga las lucecitas rojas y azules, se deja digerir un momento por las pequeñas estaciones y reemprende su carrera hacía unos barrios más y más miserables, por donde circulan cada vez menos coches.

De nuevo las Bowery Follies y las viejas cantantes que se presentan aquí al final de una carrera. Enormes, con unas jetas blanqueadas y sudorosas, se ponen de pronto a patalear de tal manera que hacen saltar los paquetes de carne informe que las cubren. «Soy un pájaro en una jaula dorada.» —«Yo no tengo ambición.»— «No soy el bebé de nadie», etc. Las menos feas no tienen éxito. Hay que ser o *muy guapo* o *muy feo*. Instructivo. Existe una mediocridad incluso en la fealdad. Y después, la noche. Y en un decorado como una pocilga, esos rumanos que cantan y bailan hasta perder aliento. Transportado al extremo de una tierra exaltada —y ese rostro inolvidable.

Cuando miramos desde lo alto de Riverside, al Highway, a lo largo del Hudson, la fila ininterrumpida de coches que ruedan despacio y bien aceitados hace que as-

cienda hasta nosotros un canto a la vez grave y lejano, que es exactamente el ruido de las olas.

En Filadelfia, cementerios pequeños llenos de flores bajo los enormes gasómetros.

Dulzura de los atardeceres sobre los amplios cuadrados de césped de Washington, cuando el cielo se pone rojo y la hierba comienza a oscurecer, cuando nubes de negritos se envían unos a otros la pelota con una pala de madera entre gritos alegres, cuando unos americanos en camisa, despechugados, dejándose caer en unos bancos que parecen extraídos del "saloon" de alguna vieja película, chupan con un resto de energía unos helados que van dentro de unas cajitas de cartón pasteurizado, mientras las ardillas acuden a desenterrar bajo nuestros pies golosinas cuyos nombres sólo ellas conocen y que, en cien mil árboles de la ciudad, un millón de pájaros saludan la aparición de la primera estrella por encima de la pirámide de Washington, en el cielo aún claro, mientras unas criaturas de piernas largas recorren los caminos de hierba ante la perspectiva de los grandes monumentos, ofreciendo al cielo un momento relajado de su rostro espléndido y de su mirada sin amor.

Peste: es un mundo sin mujeres y, por lo tanto, irrespirable.

El que tiene razón es el que jamás ha matado a nadie. De modo que no puede ser Dios.

⁴ Mi curiosidad por este país ha cesado de repente. Como me pasa con algunas personas de quienes me aparto sin explicación y sin mayor interés (cosa que me reprocha F.). Y veo muy bien las mil razones que puede haber para interesarse por ellas, sería capaz de presentar su defensa y su apología, puedo reconstruir su belleza o su porvenir, pero, simplemente, mi corazón ha dejado de hablar y... «

Teatro chino de China Town. Una sala grande, polvorienta y redonda. El espectáculo dura de las seis a las once y se desarrolla ante 1.500 chinos que comen cacahuetes, parlotean, entran, salen y siguen el espectáculo con una suerte de distracción constante. Los niños corren por en medio de la sala. En el escenario, los actores vestidos con sus trajes de teatro representan su papel al lado de los músicos vestidos de paisano y con tirantes, que se interrumpen de cuando en cuando para comer un sandwich o ponerle bien los pantalones a un niño. De la misma manera, durante toda la acción, unos maquinistas con chaleco y en mangas de camisa entran y salen para recoger una espada que se le ha escapado de las manos a un moribundo, para colocar una silla o quitar otra, todo ello sin verdadera necesidad. Entre bastidores, de vez en cuando se divisa a los actores que esperan para hacer su entrada y que charlan o siguen la acción.

En cuanto a la obra, como el programa está en chino, he tratado de inventarme el tema. Pero sospecho que no he hecho más que cometer errores. Porque en el momento en que un buen hombre muere en escena de la manera más realista, en medio de las lamentaciones de la viuda y de sus amigos, en el momento en que yo estoy muy serio, el público se ríe. Y cuando un magistrado con voz chillona hace su entrada bufonesca, yo soy el único que se ríe, mientras que todo el público da muestras de respetuosa atención. Una especie de carnicero cubierto de sangre mata a un hombre. Obliga a un joven chino a transportar el cuerpo. El joven chino tiene tanto miedo que sus rodillas golpean una contra la otra...

De Nueva York a Canadá

Gran campiña limpia y ventilada con las pequeñas y grandes casas de columnas blancas y los altos árboles bien formados, y los arriates en los jardines jamás separados por barreras, tanto es así que aquello es como un

único espacio verde que pertenece a todo el mundo, donde hermosos niños y adolescentes esbeltos sonríen a una vida llena de cosas buenas y de cremas ricas. La naturaleza, aquí, contribuye al hermoso cuento de hadas americano.

Relato de una infancia americana, y él busca en vano lo que le pide su corazón. Se resigna.

La lechuga que tocaba la batería en Bowery Follies.

Dos personas se aman. Pero no hablan la misma lengua. Hay uno que habla las dos lenguas, pero una de ellas de manera imperfecta. Eso basta para que se amen. Pero el que sabía las dos lenguas muere. Y sus últimas palabras las dice en su lengua materna que el otro es incapaz de captar. Aguza el oído, aguza el oído...

Pequeña posada en el corazón de los Adirondacks, a mil leguas de todo. Al entrar en la habitación, un sentimiento extraño: un hombre llega, en el transcurso de un viaje de negocios, sin idea preconcebida, a una posada lejana en un país salvaje. Y el silencio de aquella naturaleza, la sencillez de la habitación, el encontrarse lejos de todo, le impulsan a tomar la decisión de quedarse allí definitivamente, de cortar con todos los lazos de lo que fue su vida y no volver jamás a dar señales de vida a quienquiera que sea.

Nueva Inglaterra y Maine. El país de los lagos y de las casas rojas. Montreal y las dos colinas. Un domingo. Aburrimiento. Aburrimiento. Lo único divertido: los tranvías que recuerdan, por la forma y los dorados, a las carrozas de carnaval. Este gran país tranquilo y lento. Uno siente que lo ha ignorado todo de la guerra. Europa, que le llevaba siglos de adelanto en el conocimiento, acaba de acumular algunos más en la conciencia, en tan sólo unos pocos años.

Rehacer y recrear la reflexión griega como una rebelión contra lo sagrado. Pero no la rebelión contra lo sagrado propia del romántico —que es ella misma una forma de lo sagrado— sino la rebelión como un modo de poner en su sitio a lo sagrado.

La idea de mesianismo se encuentra en la base de todos los fanatismos. El mesianismo contra el hombre. La reflexión griega no es histórica. Los valores son *pre-existentes*. *Contra* el existencialismo *moderno*.

Peste. Tarrou frecuenta a las bailarinas españolas. No ama más que la pasión. Naturalmente, un hombre debe luchar. «Pero si deja de amar, por otra parte, de qué sirve el que luche.»

En los periódicos americanos: Un arma más terrible que la bomba atómica: «La peste negra en la Edad Media mató en algunos sitios al 60 % de la población. No se sabe si los sabios americanos han encontrado la manera de propagarla, pero los japoneses no lo consiguieron en China. Habían sembrado la peste negra en el arroz.»

El prodigioso paisaje de Quebec. En la punta del cabo Diamond, ante la inmensa brecha del Saint-Laurent, aire, luz y aguas se confunden en proporciones infinitas. Por primera vez en este continente la impresión real de la belleza y de la verdadera grandeza. Pienso que debería decir algo sobre Quebec y sobre ese pasado de unos hombres que vinieron a luchar en soledad, empujados por una fuerza que los superaba. ¿Pero para qué? Sé que hay ahora cantidad de cosas que yo *lograría* artísticamente hablando. Pero esa palabra ya no tiene sentido para mí. 'Lo único que quisiera decir, he sido incapaz de decirlo hasta ahora y, sin duda, no lo diré jamás/

Escribir una obra sobre la burocracia (tan estúpida en América como en cualquier otro sitio).

Hasta el Ejército de Salvación hace publicidad aquí. Y en sus anuncios, las mujeres del Ejército tienen las mejillas rojas y una sonrisa resplandeciente...

El padre de Zaharo ¹². Polaco. Abofetea a un oficial a los quince años. Huye. Llega a París un día de Carnaval. Compra confettis con las pocas monedas que tiene y los vende. Treinta años más tarde, posee una inmensa fortuna y una familia. Iltrado por completo, su hijo le lee cosas al azar. Le lee la Apología de Sócrates. «Ya no me leerás nunca otro libro —dice el padre—. Este lo dice todo.» Y a partir de ese momento, hace que le lean siempre ese libro. Aborrece a los jueces y a la policía.

Manhattan. En ocasiones, por encima de los *skyscrapers*, a través de cientos de millares de altos muros, el grito de un remolcador se introduce en nuestro insomnio durante la noche y nos recuerda que este desierto de hierro y cemento es una isla.

El tipo de Holland Tunnel en Nueva York o el del Sumner Tunnel en Boston. Durante todo el día encaramado sobre una elevada pasarela, cuenta los coches que pasan sin parar con un estruendo ensordecedor, a lo largo del túnel violentamente iluminado y excesivamente largo para que él pueda divisar ninguna de las salidas. Es un héroe de novela moderna.

B. como americano superior. Su psicología: la gente del mar ama a la montaña y la gente de la montaña ama al mar.

Lluvia sobre Nueva York. Cae incansablemente entre los altos cubos de cemento. Extraño sentimiento de leja-

¹² Joven americano que ofreció a A. Camus la libre disposición de su apartamento con la mayor discreción.

nía en el taxi, cuyos limpiaparabrisas, rápidos y monótonos, barren el agua que renace sin cesar. Impresión de estar cogido en la trampa de esta ciudad y de que podría liberarme de los bloques que me rodean y correr durante horas sin encontrar otra cosa que no fuese nuevas prisiones de cemento, sin la esperanza de una colina, de un árbol de verdad o de un rostro descompuesto.

El padre de B., Juez del Tribunal Supremo en Hamburgo. Tiene como libro de cabecera la guía de Chaix alemana que da las horas de todos los trenes del mundo entero. Se la sabe casi de memoria y B. cita esta anomalía con una admiración exenta de ironía.

Lluvias de Nueva York. Incesantes, barriéndolo todo. Y entre la niebla gris, los rascacielos se elevan blanquecinos como los inmensos sepulcros de esta ciudad habitada por los muertos. A través de la lluvia, se ve a los sepulcros vacilar sobre su base.

Terrible sentimiento de abandono. Aunque estrechara contra mí a todos los seres del mundo, no me sentiría protegido de nada.

Peste. A Tarrou: ¿Tiene usted la impresión de que conoce totalmente la vida?

Tarrou: Sí.

Rebelión. Análisis profundo de la época del Terror (Revolución francesa), y de sus relaciones con la burocracia.

Anotar que nuestro tiempo señala el fin de las ideologías. La bomba atómica prohíbe la ideología.

Julien Green se pregunta (*Diario*) si es posible imaginar a un santo que escriba una novela. Naturalmente que no, porque no hay novela sin rebeldía. O bien hay

que imaginar una novela que acuse al mundo y al hombre, una novela absolutamente sin amor. Imposible.

En el mar

Se está haciendo largo este viaje de vuelta. Las noches en el mar y ese paso del sol poniente a la luna son los únicos momentos en que siento el corazón un poco sosegado. Siempre he amado al mar. Siempre ha conseguido apaciguarlo todo en mí.*

Terrible mediocridad de este ambiente. Hasta ahora, no sufrí ni una sola vez por la mediocridad que me rodeaba. Hasta el presente. Pero aquí, esa intimidad va demasiado lejos. Y en todos, al mismo tiempo, ese algo que podría ir lejos si tan sólo...

Dos seres jóvenes y bellos han comenzado un idilio en este barco, e inmediatamente una especie de malvado círculo se ha cerrado a su alrededor. ¡Esos primeros tiempos del amor! Me gustan y los apruebo en el fondo de mi corazón, incluso siento una especie de gratitud hacia quienes, en esta cubierta, en medio del Atlántico brillante de sol, a medio camino de continentes locos, preservan esas verdades que son la juventud y el amor. Pero por qué no dar su nombre también a esta añoranza que siento en el corazón, a este deseo tumultuoso que me invade por recobrar el corazón impaciente que yo tenía a los veinte años. Pero conozco el remedio, contemplaré durante mucho tiempo el mar.

Tristeza de sentirme aún tan vulnerable. Dentro de veinticinco años, tendré cincuenta y siete. Así que me quedan veinticinco años para hacer mi obra y encontrar lo que busco. Después, la vejez y la muerte. Yo sé lo que es más importante para mí. Y aún encuentro la manera de ceder a las pequeñas tentaciones, de perder tiempo en conversaciones vanas o en callejeos estériles. He dominado dos o tres cosas en mí. Pero qué lejos estoy de esa superioridad que tanto necesito.

Maravillosa noche en el Atlántico. Esa hora que va del

sol que desaparece a la luna apenas naciente, del oeste aún luminoso al este ya oscuro. Sí, he amado mucho al mar ... esa inmensidad tranquila ... esos surcos recubiertos ... esos caminos líquidos. Por primera vez, un horizonte a la medida del aliento del hombre, un espacio tan grande como su audacia. "Siempre me vi desgarrado entre mi apetito de los seres, la vanidad de la agitación y el deseo de hacerme igual a esos mares de olvido, a esos silencios desorbitados que son como el encanto de la muerte.* Siento inclinación por las vanidades del mundo, por mis semejantes, por los semblantes, pero al lado del siglo, tengo una regla mía que es el mar y todo lo que en este mundo se le parece. ¡Oh, dulzura de las noches! Cuando todas las estrellas oscilan y se deslizan por encima de los mástiles, y ese silencio en mí, ese silencio por fin que me libera de todo...

América del Sur
Junio a agosto de 1949

30 de junio

En el mar. Día agotador. R. y yo conducimos a toda marcha para llegar a tiempo a Marsella. Desdémona¹³ nos lo permite. En Marsella, calor tórrido y un viento que corta la cara. Hasta la naturaleza es enemiga. Cabina individual. Espero la salida, caminando a través de crujías y cubiertas. Sentimiento de bochorno al ver a los pasajeros de 4.^a clase durmiendo en el entrepuente, en literas, como en un campo de concentración. Cuelgan pañales sucios. Hay niños que van a vivir veinte días en ese infierno. Y yo... El barco leva anclas con dos horas de retraso. Cena. A mi mesa, G., profesor de Historia de la Filosofía en la Sorbona, un chico joven que va a reunirse con su familia en Argentina y Mme. C. que va a reunirse con su marido. Esta última es marsellesa, una alta muchacha morena. Dice todo lo que se le pasa por la cabeza, y a veces resulta divertido. Otras veces... En cualquier caso, está viva. Los demás están muertos, y yo también, después de todo. Después de cenar, G., que ha hecho alusiones al estado deapestado, me presenta a un profesor brasileño y a su mujer como «el autor de *ha peste*». ¡No sé qué cara poner! G. en el «salón de música» (donde se podría alojar cómodamente a la mitad de los emigrantes de 4.^a clase)

Nombre que Camus le había puesto a su coche.

nos toca piezas sin importancia en el piano de a bordo, que parece tener fundidas todas sus bielas. Seguidamente, conversación. El profesor brasileño hace el elogio de Salazar. Mme. C. mete la pata por dos veces tratando de persuadir a los brasileños de que todos los días hay una revolución en América del Sur. Oigo cosas como: «Era del pueblo, de una extracción muy baja...» más otras perlas semejantes. Saludo y me voy. En la parte de atrás, donde voy a refugiarme, unos emigrantes beben vino en bota y cantan. Me quedo con ellos, desconocido y feliz (durante diez segundos). Y luego, me voy a mirar el mar. Un *croissant* de luna asciende por encima de los mástiles. Hasta perderse de vista, en la noche aún no muy oscura, el mar, y un sentimiento de calma, una poderosa melancolía ascienden entonces de las aguas. El mar siempre lo apaciguó todo en mí y esa soledad infinita me sienta bien por un momento, aunque tengo la impresión de que el mar arrastra hoy todas las lágrimas del mundo. Vuelvo a mi cabina para escribir esto, como quisiera hacerlo todas las noches, sin decir nada íntimo, pero sin olvidar ninguno de los sucesos del día. Pendiente de lo que he dejado, angustiado el corazón, quisiera, no obstante, dormir.

1 de julio

Me despierto con fiebre y me quedo en la cama, soñando y amodorrado parte de la mañana. A las once, me encuentro mejor y salgo. G. en la cubierta. Hablamos de filosofía. Él quiere hacer la filosofía de la historia de la filosofía. Tiene mucha razón. Pero, según él, se siente aún joven y le gusta vivir. Sigue teniendo razón. Almuerzo con mis tres mosqueteros. Mme. C. sigue cometiendo pifias preguntándole a G. si es profesor de algún colegio cuando, en realidad, está en la Sorbona. Pero no se da cuenta. Observo ya actitud de los hombres hacia ella. La creen frívola porque es alegre. Es un error, naturalmente. Después de comer, leo el relato de las revoluciones brasileñas, Europa no es nada. A las cinco, me pongo a tra-

bajar al sol. El sol aplasta al mar que apenas respira y el barco está cargado de gente silenciosa a proa y a popa. En cambio, el tocadiscos de a bordo aulla sus cantinelas a los cuatro puntos cardinales. Me presentan a una joven rumana que deja Inglaterra para irse a vivir a Argentina. Una apasionada, ni guapa ni fea, con un ligero bigote. Después, me voy a mi cabina a leer, y luego me visto para cenar. Triste. Bebo vino. Después de la cena, conversación, pero miro al mar e intento una vez más fijar la imagen que estoy buscando desde hace veinte años para describir esos ramajes y dibujos que forma en el mar el agua rechazada por la roda. Cuando la encuentre, todo habrá terminado.

En dos ocasiones, la idea del suicidio. La segunda vez, siempre mirando al mar, una horrible quemadura me abraza las sienes. Creo que ahora comprendo *cómo* se mata uno. Reconversación a mandíbula batiente. Subo a la cubierta superior, en la oscuridad, y acabo mi jornada tras haber tomado decisiones de trabajo, ante el mar, la luna y las estrellas. — Las aguas están apenas iluminadas en la superficie, pero se percibe su oscuridad profunda. ¡La mar está hecha así, y por eso la amo! Llamada de vida e invitación a la muerte.

2 de julio

Se ha instalado la monotonía. Trabajo un poco por la mañana. Sol en la cubierta superior. Antes de la comida, acabo por ser presentado a todos los pasajeros. No nos ha mimado la suerte en cuanto a mujeres bonitas, pero lo digo sin amargura. Toda la tarde delante de Gibraltar, con el mar de repente en calma, bajo esa enorme roca con laderas de cemento, de aspecto abstracto y hostil. Son los aires del poder. Después, Tánger con dulces casas blancas. A las seis, con el día que termina, el mar sube un poco y mientras los altavoces de a bordo atruenan con *ha Heroica*, nos alejamos de las orillas altivas de España y abandonamos Europa definitivamente. No ceso de mirar a esa tierra, con el corazón encogido.

Después de cenar, cine. Un petardo americano de gran calibre, del que ni siquiera puedo tragarme las primeras imágenes. Vuelvo al mar.

3 de julio

Son días sin relieve. Esta mañana, baño en la piscina (el agua me llega al vientre) y ping-pong, gracias al cual desentumezco por fin los músculos. Esta tarde, carrera de caballos (juego de dados), con mi mala suerte habitual. Estamos en el Atlántico y el barco se mueve mucho con la fuerte marejada. He tratado de trabajar, pero sin gran éxito. Finalmente, leo el diario de Vigny del que me encantan muchas cosas, salvo su lado «cisne estreñado». Y prefiero a cualquier otra cosa esta cabina estrecha y limpia, esta litera dura y esta indigencia. O esta soledad sin nada superfluo o bien la tormenta del amor, no hay otra cosa que me interese en el mundo. ¿Habré olvidado algo? No lo creo. Acabo el día, como de costumbre, delante del mar, suntuoso esta noche bajo la luna, que escribe sobre la lenta oleada unos signos árabes con trazos fosforescentes. El cielo y las aguas son interminables. ¡Qué bien acompañada se siente aquí la tristeza!

4 de julio

Día igual al anterior. Agravado por la somnolencia, como si esta interminable serie de noches de insomnio se acordase de pronto de mí. Me acuesto varias veces en el día y me duermo cada vez, aunque esta noche ha sido buena, sin embargo. Entretanto, trabajo, piscina, sol (a las dos, porque el resto del tiempo es una charca de ranas) y Vigny. Encuentro en él muchas cosas que coinciden con mi estado de ánimo. Y también lo siguiente: «Si en algún caso el suicidio está permitido, es en una de esas situaciones en que el hombre se encuentra de más en medio de una familia, cuando su muerte devolvería la paz a todos aquellos a quienes trastorna su vida». Hay que decir, sin embargo, que, moreno y descansado, bien alimentado y vestido de claro, tengo ahora

toda la apariencia de la vida. Podría gustar, me parece. ¿Pero a quién?

Ante el mar, antes de acostarme. Esta vez, la luna ilumina todo un pasillo de mar que, con el movimiento del barco, parece, en el oscuro océano, un río lechoso y abundante que desciende incansablemente hacia nosotros. Yo ya había tratado, durante el día, de anotar algunos aspectos del mar, que escribo aquí:

Mar de la mañana: Inmenso vivero de peces —pesado y bullicioso— escamoso — pegajoso — cubierto de babas frescas.

Mar del mediodía: pálido — gran placa de hoja de lata al blanco vivo — chisporroteante también — va a darse la vuelta bruscamente para ofrecer al sol su cara húmeda, ahora en las tinieblas..., etc.

Buenas noches.

5 de julio

Mañana de baño, al sol, luego a trabajar. A mediodía, pasamos el Trópico de Cáncer bajo un sol vertical que mata todas las sombras. No hace, sin embargo, un calor excesivo. Pero el cielo está cargado de una fea bruma y el sol parece enfermo. El mar parece una enorme hinchazón, con el resplandor metálico de las descomposiciones. Por la tarde, gran acontecimiento: dejamos atrás a un paquebote que hace la misma ruta que nosotros. El saludo que se hacen ambos barcos con tres fuertes gritos de animales prehistóricos, las señas de los pasajeros perdidos en el mar y alertados por la presencia de otros hombres, la separación, finalmente, sobre las aguas verdes y malévolas, todo eso nos encoge un poco el corazón. Después, permanezco durante mucho tiempo delante del mar, lleno de una extraña y buena exaltación. Una vez he acabado de cenar, me voy a proa. Los emigrantes tocan el acordeón y bailan en la noche, el calor parece ya aumentar.

6 de julio

El día se levanta sobre un mar de acero, lleno de cegadoras escamas y agitado. El cielo está blanco de bruma y

de calor, con un resplandor apagado pero insostenible, como si el sol se hubiera licuado y derramado desde la densidad de las nubes, sobre toda la extensión de la bóveda celeste. A medida que el día avanza, el calor va creciendo en el aire lívido. A lo largo de todo el día, la estrave desaloja nubes de peces voladores fuera de sus matorrales de olas. A las siete de la tarde, la costa se vislumbra, taciturna y leprosa. Bajamos en Dakar ya de noche. Dos o tres cafés violentamente iluminados con neón, los altos negros admirables por su dignidad y elegancia, con sus largos «bubús» blancos, las negras con trajes antiguos de colores vivos, el olor a cacahuetes y a cagarruta, el polvo y el calor. Unas horas tan sólo, pero vuelvo a encontrar el olor de mi África, olor a miseria y a abandono, olor virgen y fuerte también, cuya seducción conozco. Cuando regreso al barco, una carta. Por primera vez, me acuesto un poco apaciguado.

7 de julio

Noche de insomnio. Calor. Piscina y luego vuelvo a acostarme en mi cabina. Vigny, que termino. Después de comer, trato de dormir en vano. Trabajo hasta las seis con buenos resultados. Y después subo a la cubierta de paseo y observo a ese extraño personaje que me ha llamado la atención desde el principio del viaje. Siempre vestido, hasta en el Trópico, con un traje de lana gris oscuro, cuello duro, gorra de viaje, zapatos negros, sesenta años. Bajito, delgado, con el aspecto de un ratón obstinado. Solo a la mesa, su hamaca siempre en el mismo sitio en la cubierta, no lee más que *Les nouvelles littéraires*, de las que parece poseer toda una colección inagotable, y que lee desde el primero hasta el último renglón. Fuma un puro tras otro y no le dirige la palabra a nadie. La única conversación que le he oído fue para preguntarle a un marinero si las marsopas eran gordas o delgadas. A veces bebe (pastis) con un joven suizo alemán que no habla francés. Él no habla alemán. Así que aquello parece una conversación de sordomudos. Esta tarde en que lo

sigo con la mirada mientras da cuatro vueltas a la cubierta, me fijo que no ha mirado ni una sola vez al mar. Nadie, a bordo, sabe su profesión.

Antes de cenar, miro ponerse el sol. Pero es absorbido por la bruma mucho antes que el horizonte. En esos momentos, el mar está de color rosa a babor, azul a estribor. Nos movemos por una extensión sin límites. No veremos tierra antes de llegar a Río. El atardecer se pone de repente maravilloso. El agua, densa, se empaña un poco. El cielo se relaja. Y en la hora de mayor sosiego, centenares de marsopas surgen de las aguas, caracolean un momento y huyen hacia el horizonte sin hombres. Una vez que se han ido, reina el silencio y la angustia de los mares primitivos. Después de cenar, vuelvo al mar, en la proa del barco. Está suntuoso, pesado y bordado. El viento me azota brutalmente la cara, llegando de frente, tras haber recorrido unos espacios cuya extensión ni siquiera imagino. Me siento solo y algo perdido, encantado por fin y sintiendo que me renacen las fuerzas poco a poco ante ese porvenir desconocido y esa grandeza que amo.

8 de julio

Noche de insomnio. Durante todo el día, paseo con la cabeza hueca y el corazón vacío. El mar está alborotado. El cielo encapotado. Las cubiertas están desiertas. Por lo demás, desde Dakar, ya no quedamos más que unos veinte pasajeros. Estoy demasiado cansado para describir hoy el mar.

9 de julio

Mejor noche. Por la mañana, me paseo por las grandes cubiertas vacías. Los alisios que ahora encontramos han refrescado la temperatura. Un viento corto y recio cepilla vigorosamente el mar que se revuelve en olitas sin espuma.

Un poco de trabajo, mucho vagar. Me percaté de que no estoy apuntando las conversaciones con los pasajeros. Algunas, sin embargo, son interesantes, con Dela-

maín, el editor y su mujer. He leído una encantadora novela de éste sobre la fidelidad. Volveré sobre ella. Pero ocurre también que mi interés, en estos momentos, no va dirigido a los seres sino al mar, y a esa profunda tristeza que hay en mí y a la que no estoy acostumbrado.

A las seis, al ponerse el sol como todas las tardes, discos de buena música. Y de pronto, la *Toccata*, en el momento en que el sol desaparece por detrás de las nubes acumuladas sobre la línea misma del horizonte. En el cielo de ópera, inmensos regueros rojos, pelusas negras, frágiles arquitecturas que parecen hechas de alambre y de plumas, se disponen en amplia ordenación roja, verde y negra, cubriendo todo el cielo, evolucionando entre las luces más diversas, según la más majestuosa coreografía. La *Toccata*, con este mar dormido, bajo los festejos de este real cielo... el momento es inolvidable. Hasta el punto de que el barco entero enmudece, los pasajeros se apiñan sobre las cubiertas, al borde occidental, devueltos al silencio y a lo más auténtico que hay dentro de ellos, escapando por un instante de la miseria de los días y del dolor de existir.

10 de julio

Cruzamos la línea del Ecuador por la mañana, con un tiempo de Seine-et-Oise —fresco y algo agrio—, con el cielo aborregado y el mar un poco *encrespado*. Al haberse suprimido la ceremonia del paso del ecuador por falta de pasajeros, sustituimos esos ritos por algunos juegos de agua en la piscina. Y después, un momento con los emigrantes que tocan el acordeón y cantan en la parte delantera del navio, vueltos hacia el mar desierto. Me fijo una vez más en uno de ellos: una mujer ya canosa pero con una clase soberbia, un hermoso rostro orgulloso y dulce, manos y tobillos como juncos y un porte sin igual. Va siempre con su marido, hombre alto y rubio, taciturno. Después de haberme informado, sé que huye de Polonia y de los rusos, y marcha al exilio en América del Sur. Es pobre. Pero al mirarla, pienso en las maritornes bien ves-

tidas que ocupan algunas de las cabinas de primera clase. Aún no me he atrevido a dirigirle la palabra.

Día tranquilo. Salvo cena de fiesta con champán por el paso del ecuador. Si hay más de cuatro personas, la sociedad me resulta dura de soportar. Una historia de Mme. C: «Su abuela: "¡Oh, yo, sabe usted, en la vida no he hecho más que rozar superficialmente todas las cosas!" Su abuelo: "¡Vamos, querida, no diga eso! ¡Me ha dado usted dos hijos, sin embargo!"»

Después de cenar, premian a los pasajeros con un Laurel y Hardy. Pero yo me escapo a la parte delantera, para contemplar la luna y la Cruz del Sur hacia la que navegamos sin detenernos. Sorprendido de ver tan pocas estrellas, y casi anémicas, en este cielo austral. Recuerdo nuestras noches de Argelia, en que abundaban como hormigas.

Permanezco un buen rato delante del mar. A pesar de todos mis esfuerzos y razonamientos, me es imposible sacudirme esta tristeza que ya ni siquiera comprendo.

11 de julio

Amanece, en medio de brumas opacas, bajo una lluvia torrencial. Trombas de agua lavan los puentes con abundancia, pero la temperatura permanece sofocante y muerta. A mediodía, el cielo aclara pero el mar sigue enfadado, el barco cabecea y se mueve. Unas cuantas ausencias en el comedor. He trabajado. Mal. Al acercarse la noche, el cielo va cargándose poco a poco de nubes otra vez, se hace más denso a cada minuto. Cae la noche, muy rápida, sobre un mar de color negro de tinta.

12 de julio

Lluvia, viento, mar furioso. Gente que se marea. El barco avanza, rodeado por el humo de las brumas. He dormido y trabajado. Al final de la tarde, el sol hace su aparición. Estamos ya a la latitud de Pernambuco y navegamos hacia la costa. Por la noche, el cielo vuelve a cubrirse. Nubes trágicas vienen del continente a nuestro

encuentro, mensajeras de una tierra pavorosa. Es la idea que se me ocurre de repente y despierta el presentimiento absurdo que tuve antes de emprender este viaje. Pero el sol lo disipará todo.

13 de julio

Un sol radiante inunda sin parar los espacios del mar. Y el barco entero está bañado en una luz deslumbradora. Piscina, sol. Y trabajo durante toda la tarde. La noche es fresca y suave. Llegaremos dentro de dos días. De pronto, la idea de dejar este barco, esta cabina estrecha donde he podido resguardar durante muchos días un corazón desengañado de todo, de dejar este mar que tanto me ha ayudado, me asusta un poco. Volver a vivir, a hablar. Personas, semblantes, un papel que desempeñar, me haría falta más valor del que siento tener. Afortunadamente, me encuentro en plena forma física. No obstante, hay momentos en que quisiera evitar la faz humana,

Tarde en la noche, en el barco dormido, contemplo la noche. La curiosa luna austral, aplastada en su cumbre, ilumina las aguas en dirección al Sur. Imaginamos esos millares de kilómetros, esas soledades donde las aguas densas y brillantes forman como una gleba aceitosa. Esto, al menos, sería la paz.

14 de julio

Buen tiempo perpetuo. Termino mi trabajo, al menos el que he podido llevar a cabo en el barco, renunciando a lo demás. Por la tarde, a unos centenares de metros en las aguas, un enorme bicho negro sube a la superficie, cabalga sobre unas cuantas olas, y lanza dos chorros de polvo de agua. El camarero que está cerca de mí me asegura que se trata de una ballena. Y sin duda el tamaño, la terrible fuerza en su forma de nadar, el aspecto de animal solitario... pero permanezco escéptico. Por la tarde, correo y maletas. Por la noche, recepción del comandante y cena para celebrar el 14 de julio. Por primera vez, puesta de sol sin bruma. El sol, a derecha y a iz-

quierda, está rodeado por las primeras estribaciones del Brasil, negras y recortadas. Bailamos, firmamos en los menús, intercambiamos tarjetas y prometemos todos que nos volveremos a ver, «a fe de animal». Mañana, todo el mundo se habrá olvidado de todo el mundo. Me acuesto tarde, cansado y tratando de razonarme para abordar ese país con el espíritu más sosegado.

15 de julio

A las cuatro de la madrugada, me despierta un zafarrancho sobre la cubierta superior. Salgo. Todavía es de noche. Pero la costa está muy cerca: unas grupas negras y regulares, muy recortadas, aunque los recortes son redondeados, viejos perfiles de una de las tierras más viejas del globo. A lo lejos, luces. Bordeamos la costa mientras la noche aclara, el agua apenas se estremece, viramos ampliamente y las luces se encuentran ahora frente a nosotros, pero lejanas. Vuelvo a mi cabina. Cuando subo, estamos ya en la bahía, inmensa, un poco humeante en el amanecer, con unas condensaciones repentinas de luz que son las islas. La niebla desaparece rápidamente. Y divisamos las luces de Río corriendo a lo largo de la costa, el Pan de Azúcar con cuatro luces en la cúspide y, en la cumbre más alta de las montañas que parecen aplastar a la ciudad, un inmenso y lamentable Cristo luminoso. A medida que nace la luz, se ve mejor la ciudad, encerrada entre el mar y las montañas, extendida a lo largo, estirada interminablemente. En el centro, enormes rascacielos. A cada minuto, un estruendo por encima de nosotros: despega un avión en el amanecer, confundándose primero con la tierra, luego elevándose en nuestra dirección y pasando por encima de nuestras cabezas con un gran ruido de élitros. Estamos en medio de la ensenada y las montañas forman a nuestro alrededor un círculo casi perfecto. Por fin, una luz más sanguínea anuncia la salida del sol, que surge detrás de las montañas del este, frente a la ciudad, y empieza a subir en el cielo pálido y fresco. La riqueza y suntuosidad de los colores que en-

tonces juegan sobre la bahía, las montañas y el cielo, hacen que todo el mundo calle una vez más. Un minuto después, los colores parecen los mismos, pero es como una tarjeta postal. A la naturaleza le horrorizan los milagros demasiado largos.

Formalidades. Después, bajamos del barco. Inmediatamente llega el torbellino que yo temía. Unos periodistas habían subido ya a bordo. Preguntas, fotos. Ni peor ni mejor que en otra parte. Pero nada más salir a Río, soy recibido por Mme. M. y un periodista brasileño alto, a quien conocí en París, muy simpático, y el calvario comienza. En la confusión de un primer día, apunto al azar:

1º. Me dan a elegir entre una habitación en la residencia de la Embajada, que está desierta, y un hotel de lujo como los hay en todas partes. Huyo de la sucia cara del *palace* y me felicito por encontrar la más sencilla y encantadora de las habitaciones, en una residencia absolutamente vacía.

2º. Los automovilistas brasileños son unos locos alegres o unos fríos sádicos. La confusión y la anarquía de esta circulación sólo se ven compensadas por una ley: llega el primero, cueste lo que cueste.

3º. El contraste más chocante es el que nos ofrece la ostentación de los hoteles lujosos y edificios de pisos modernos, con las favelas, que a veces se encuentran a tan sólo cien metros del lujo, una suerte de chabolas colgadas en las laderas de las colinas, sin agua ni luz, donde vive una población miserable, negra y blanca. Las mujeres van a buscar el agua al pie de las colinas, donde hacen cola, y transportan sus provisiones en unos bidones de hoja de lata que llevan encima de la cabeza como las mujeres cabilas. Mientras esperan, ante ellas pasan, en fila ininterrumpida, los bichos niquelados y silenciosos de la industria automovilística americana. Jamás lujo y miseria me parecieron tan insolentemente mezclados. Bien es verdad que, según uno de mis compañeros, «se divierten mucho, al menos». Pesar y cinismo. Sólo B. es generoso. Me llevará a las favelas que conoce bien: «He

sido reportero criminal y comunista, dice. Dos buenas condiciones para conocer los barrios de la miseria.»

4°. Las personas. Almuerzo con Mme. M., B., y una especie de notario flaco, letrado e ingenioso, de quien sólo recuerdo el nombre de pila —es fácil recordarlo, se llama Aníbal— en un Country Club que tiene bien puesto el nombre: tenis, césped, jóvenes. Aníbal tiene seis hijas, todas bonitas. Dice que la mezcla de la religión y el amor es muy interesante en Brasil. A un literato brasileño que había traducido a Baudelaire, le puso un telegrama en los siguientes términos: «Ruego me retraduzcan inmediatamente al francés. Firmado: Baudelaire.» Se parece mucho a esos españoles muy finos que encontramos en provincias.

5°. Uno de los tres o cuatro barcos de guerra brasileños que me han mostrado y que me parece ya algo viejo, se llama *Terror do Mondo*. Ha pasado por varias revoluciones.

6°. Las personas. Después de comer, recepción en casa de Mme. M. Bonito apartamento sobre la bahía. La tarde es suave sobre las aguas. Más gente, pero he olvidado sus nombres. Un traductor de Moliere de quien un buen colega me dice que ha añadido un acto a *El enfermo imaginario*, que no era lo bastante largo para hacer un espectáculo. Un filósofo polaco de quien el cielo, si es generoso, me libraré. Un joven biólogo francés destinado aquí en misión, furiosamente simpático. Sobre todo, jóvenes de una compañía negra que quieren montar *Calígula* y a quienes prometo ayudar en su trabajo. Luego me aislo con uno de ellos que habla español y, con mi espantoso español, nos ponemos de acuerdo para ir a un baile de negros el domingo. Está encantado de esta broma que le gastamos a los oficiales y me repite: «Segreto. Segreto.»

7°. Cuando creo que todo ha terminado, Mme. M. me anuncia que ceno con un poeta brasileño. No digo nada, prometiéndome cortar con todo lo que no sea indispensable a partir de mañana. Y me resigno. Pero no me esperaba la prueba que venía a continuación. Llega el poeta, enorme, indolente, con los ojos entornados y la

boca caída. De cuando en cuando, inquietudes, una brusca agitación, luego se arrellana en su sillón y jadea un poco. Se levanta, piruetea, vuelve a su sillón. Habla de Bernanos, Mauriac, Brisson, Halévy. Conoce a todo el mundo, al parecer. Han sido malos con él. No hace política franco-brasileña, pero ha creado, con unos franceses, una fábrica de abonos. Además, no lo han condecorado. Han condecorado a todos los enemigos de Francia en este país, pero no a él, etc, etc.

Permanece soñador un momento, sufre visiblemente de no se sabe qué y deja por fin la palabra al señorito “, que se apodera de la misma glotonamente. Porque hay un señorito, parecido a los que paseaban a unos perros de patas altas por la Calle Mayor de Palma de Mallorca antes de asistir, como entendidos, a las ejecuciones del 36. Este opina tajantemente sobre todo, debo ver esto, hacer aquello, el Brasil es un país donde no se hace más que trabajar, no hay viciosos, además no queda tiempo, se trabaja, se trabaja, y Bernanos le decía, y Bernanos creó en este país un estilo de vida, ah: queremos tanto a Francia...

Asustado ante la perspectiva de este torneo, movilizo al joven biólogo para que venga a cenar con nosotros. En el coche, pido que no me lleven a un restaurante de lujo. Y el poeta emerge de sus 150 kilos y me dice levantando un dedo: «No hay lujo en el Brasil. Somos pobres, miserables», dándole unos afectuosos golpecitos al chófer lleno de galones que conduce su enorme Chrysler. Una vez dicho esto, el poeta suspira dolorosamente y vuelve a su nicho de carne, donde se pone distraídamente a rumiar alguno de sus complejos. El señorito nos muestra Río, que está a la misma latitud que Madagascar y es mucho más bello que Tananarive. «Todos somos trabajadores», repite, arrellanado en su cojín. Pero el poeta manda parar el coche delante de una farmacia, se extrae penosamente de su sitio y nos pide que tengamos un poco de paciencia, porque va a ponerse una inyección. Espera-

Señorito, en castellano en el original (*N. del E. español*).

mos y el señorito comenta: «El pobre, tiene azúcar.» Letarget se informa cortésmente: «¿Y eso aumenta?» ¡Pues sí! «Eso aumenta». El poeta regresa, quejumbroso, y se deja caer sobre su pobre cojín, en su miserable coche. Aterrizamos en un restaurante, cerca del Mercado —donde no se come más que pescado—, en una sala cuadrangular de techos muy altos, tan brutalmente iluminada con luz de neón que parecemos peces pálidos moviéndose dentro de un agua irreal. El señorito quiere hacer mi menú. Pero, agotado, yo quisiera comer muy ligeramente y rechazo todo lo que me ofrece. Sirven al poeta en primer lugar, que empieza a comer sin esperarnos, con sus gruesos dedos cortos que a veces sustituyen al tenedor. Habla de Michaux, Supervielle, Béguin, etc., y se interrumpe de cuando en cuando para escupir desde lo alto, en su plato, espinas y pedacitos de su pescado. Es la primera vez que veo hacer esta operación sin inclinar el cuerpo. Maravillosamente hábil, en cualquier caso, sólo un vez lo echa fuera del plato. Pero nos sirven, y yo me doy cuenta de que el señorito ha pedido para mí gambas fritas, que yo rechazo explicándole, con lo que creo ser amable animación, que ya conozco ese plato, común en Argelia. Con esto, el señorito se enfada y se pone todo rojo. Tratan de darme gusto, eso es todo. Humildemente, por lo demás, humildemente. No hay que buscar en Brasil lo que tengo en Francia, etc., etc. Debido al cansancio, una cólera estúpida me invade y empiezo ya a retirar mi silla para marcharme. Una gentil intervención de Letarget y también la simpatía que, pese a todo, siento por ese curioso personaje que es el poeta, me retienen y hago un gran esfuerzo por calmarme. «Ah —dice el poeta chupándose los dedos—, hace falta mucha paciencia en Brasil, mucha paciencia.» Digo únicamente, y por toda venganza, que me parecía haberla tenido hasta el momento. Sobre esto, el señorito se calma tan aprisa y sin razón como antes se había puesto nervioso y, por espíritu de compensación, me abruma de cumplidos que me dejan mudo. Todo Brasil me está esperando enfembre-

cido. Mi llegada a este país es la cosa más importante que ha ocurrido desde hace muchos años. Soy tan célebre como Proust... Ya no hay quien lo detenga. Pero concluye: «Por eso tiene usted que ser paciente con Brasil. Brasil necesita de su paciencia. Paciencia, eso es lo que hace falta en Brasil...» Y así seguidamente. A pesar de todo, el resto de la cena transcurre tranquilamente, aunque el poeta y el señorito no cesan de hablar entre ellos aparte en portugués, y creo comprender que se quejan un poco de mí. Por lo demás, estos groseros modales resultan tan naturales en ellos que llegan a ser amables. Al salir del restaurante, el poeta declara que necesita un café y que después nos llevará a casa. Vamos a su club, que copia a los clubs ingleses y en donde me resigno a beber un «verdadero cognac», que no me apetecía nada. El señorito aprovecha para explicarnos las dificultades administrativas de *Le Fígaro*, que yo conozco muy bien, pero de las cuales nos hace perentoriamente una descripción falsa por completo. Pero Chamfort tiene razón: cuando queremos gustar en sociedad, debemos de resignarnos y permitir que nos cuenten muchas cosas que ya sabemos unas personas que las ignoran. No obstante, doy la señal de partida, no sin que el señorito diga triunfalmente señalando al poeta, completamente recostado en su sillón, con el brazo a modo de periscopio sosteniendo un monstruoso puro: «S. es el mayor poeta del Brasil». A lo que el poeta, agitando débilmente el periscopio, responde con voz doliente: «No hay mayor poeta en Brasil». Creo haber terminado con aquello cuando, en el hall, el poeta, recobrando repentinamente su energía, me aprieta con violencia el brazo y me dice: «No se mueva. Observe con los ojos bien abiertos. Le voy a enseñar a un personaje de una de sus novelas.» Vislumbramos sobre la acera a un hombrecillo delgado, con sombrero de fieltro puesto de cualquier manera y cara de aburrido. El poeta se precipita sobre él, lo digiere en un largo abrazo brasileño, y me dice: «He aquí a un hombre. Es diputado del interior. Pero es todo un hombre.» El otro responde que

Federico es de una bondad excesiva. El señorito entra en el juego. Nuevos abrazos, de igual a igual esta vez, ya que el señorito es peso pluma. Y el señorito le desabrocha la chaqueta al diputado y dice: «Mire usted». El diputado lleva un revólver dentro de una hermosa funda. Nos despedimos... «Ha matado a unos cuarenta hombres», dice el poeta lleno de admiración. «¿Y por qué?» «Enemigos.» ¡Ah! «Sí, mataba a uno, se cubría con su cuerpo y mataba a los demás.» «Está autorizado a llevar armas», dice Letarget sin inmutarse. «El sí puede, porque es diputado.» Y mirándome a mí: «¿No es verdad que es un personaje para usted?» «Sí», le contesto. Pero se equivoca: el personaje es él.

16 de julio

Me levanto temprano. Trabajo. Pongo mis notas en limpio. Conversación con el camarero que me sirve. Es de Niza, quiere ir a América del Norte porque los G. I. le parecen simpáticos. Como no ha podido conseguir visado de inmigración, ha venido a Brasil pensando que aquí sería más fácil obtener el visado necesario. No es más fácil. Le pregunto qué quiere hacer en los Estados Unidos. Vacila entre el boxeo y la canción. De momento, se entrena para el boxeo. El lunes iré con él a la sala de entrenamiento.

Almuerzo con Barleto en casa de una novelista y traductora brasileña. Casa encantadora colgada de una colina. Hay gente, naturalmente, entre otros un novelista que ha escrito, al parecer, los *Buddenbrook* brasileños, pero que presenta un curioso caso de cultura incompleta. De creer a B., se le oye decir «autores ingleses como Shakespeare, Byron o David Copperfield». Ha leído mucho, sin embargo. Como a mí me da igual que tome a David por Charles, me fijo más bien en que tiene una hermosa cabeza. Para comer, un alcuzcuz brasileño, pero se trata de un pastel de pescado. Los invitados exclaman cuando les pido que me lleven a un partido de fútbol y llegan literalmente al delirio cuando se enteran de que yo he vi-

vido una larga carrera de futbolista. He tropezado sin querer con su principal pasión. Pero ¡a dueña de la casa traduce a Proust y la cultura francesa de todos ellos es, de verdad, profunda. Seguidamente, le propongo a B. que dé un paseo conmigo por la ciudad.

Las callejuelas de circulación prohibida, alegremente alumbradas por enseñas multicolores, y que son remansos de paz, se hallan cerca de las grandes arterias de circulación estruendosa. Como si entre la Concorde, la Madeleine y l'Avenue de l'Opéra, la rué Saint Honoré le estuviera prohibida a los coches. El mercado de flores. Barecillo donde se toman los «cafelitos» sentados en unas sillas minúsculas. Casas moriscas junto a rasca-cielos. Barleto me hace tomar después un tranvía pequeño con «jardinera», que trepa por una cuesta abrupta hasta las colinas de la ciudad. Llegamos a un barrio a la vez pobre y lujoso que domina la ciudad. En la tarde que termina, la ciudad se extiende hasta el horizonte. Una multitud de anuncios multicolores humean por encima de ella. En el cielo suave se destacan perfiles de colinas terminados por el chorro de altas palmeras. Hay en este cielo una ternura y una nostalgia apenas salvaje. Bajamos a pie por escaleras y callejuelas en cuesta para acabar en la misma ciudad. En la primera auténtica calle que nos acoge, un templo positivista. Aquí se rinde culto a Clotilde de Vaux¹⁵, y es en Brasil donde Auguste Comte sobrevive en lo más desconcertante que ha dejado. Un poco más lejos, una iglesia gótica de hormigón armado. El templo es griego. Pero como faltó el dinero, las columnas se han quedado sin capiteles. Pequeño bistró donde charlamos con B. N. Hombre encantador y a veces profundo («a fuerza de ponerse al sol y de tostarse la piel, hay una inocencia que se pierde»), que vive muy dignamente, me parece, el drama de la época. Lo dejo para ir a reunirme con

¹⁵ Amada por Auguste Comte, a quien conoció en 1844.

Abdias, el actor negro, en casa de Mme. Mineur de donde saldremos para ir a presenciar una macumba.

Una macumba en Brasil

Cuando llego a casa de Mme. M., reina la inquietud. El padre de los santos (sacerdote y primer bailarín) que debía organizar la macumba ha consultado al santo del día, que no le ha dado su autorización. Abdias, el actor negro, piensa que, sobre todo, no le ha prometido el suficiente dinero para obligar la buena voluntad del santo. En su opinión, debemos intentar, no obstante, una expedición a Caxias, pueblo del extrarradio a 40 km de Río, y buscar al azar una macumba. Durante la cena, les pido que me expliquen cómo son las macumbas. Son unas ceremonias cuyo propósito parece constante: obtener que el dios se introduzca dentro de uno mediante cantos y bailes. El objetivo es llegar al trance. Lo que distingue a la macumba de otras ceremonias es la mezcla de religión católica y ritos africanos. En cuanto a dioses y santos, tienen a Echu, espíritu del mal y dios africano, pero también a Ogun, que es nuestro San Jorge. También están los santos Cosme y Damián, etc., etc. El culto a los santos se integra aquí con los ritos de posesión. Cada día tiene su santo, al que no se festeja otro día, salvo autorización especial del principal «padre de los santos». El padre de los santos tiene sus hijas (y sus hijos, supongo), y está encargado de verificar su trance.

Provistos de estas informaciones elementales, partimos. 40 km envueltos en una especie de niebla. Son las 10 de la noche. Caxias, que me recuerda a un pueblo-exposición hecho de stands. Nos detenemos en la plaza del pueblo donde ya se encuentran unos veinte coches y mucha más gente de lo que pensábamos. Apenas nos hemos parado cuando un joven mulato se precipita hacia mí y me ofrece una botella de aguardiente preguntándome si he traído a Tarrou conmigo. Ríe a mandíbula

batiente, bromea, me presenta a unos amigos. Es poeta. Por fin me informan de que en Río se ha sabido que iban a montar para mí una macumba (me habían recomendado, sin embargo, que guardara el secreto, cosa que yo había hecho inocentemente) y mucha gente ha querido aprovechar la ocasión. Abdías indaga, pero ya no se mueve. Permanecemos allí, hablando en medio de la plaza. Aparentemente, ya nadie se ocupa de nada y todos sueñan con las estrellas. De repente: precipitación general. Abdías me dice que hay que ir a la montaña. Nos subimos al coche, rodamos durante unos cuantos kilómetros por una carretera desfondada y, sin razón aparente, nos paramos de pronto. Esperamos sin que nadie parezca ocuparse de nada. Luego volvemos a emprender el camino. El coche, de repente, vira unos cuarenta y cinco grados y se introduce por un sendero de montaña. Trepa, renquea y luego se para: el repecho es demasiado abrupto. Bajamos y caminamos. La colina es rasa, la vegetación escasa, pero nos hallamos en pleno cielo, entre las estrellas, al parecer. El aire huele a humo. Tan pesado es que nos da la impresión de tocarlo con la frente. Llegados a la cumbre de la colina, oímos tambores y cantos bastante lejanos, pero que cesan casi inmediatamente. Caminamos en dirección a los mismos. Ni árboles, ni casas, aquello es un desierto. Pero en un hueco, vislumbramos una especie de cobertizo bastante espacioso, sin paredes, de armazón visible. Han tendido unas guirnaldas de papel por todo el cobertizo. Distingo súbitamente una fila de muchachas negras que suben hacia nosotros. Van vestidas con trajes blancos de seda tosca, con la cintura caída sobre las caderas. Un hombre vestido con una especie de casaca roja, con collares de dientes multicolores, viene detrás de ellas. Abdías lo para y me presenta. La acogida es seria y amistosa. Pero hay una complicación. Van a unirse a otra macumba a veinte minutos de marcha y tendremos que ir con ellos. Partimos. Me da tiempo a ver, en una encrucijada, una vela encendida clavada en pleno suelo, y unos nichos con estatuas de santos o del

diablo (muy toscas, por lo demás, y de estilo sansulpiciano) que están arrinconados delante de una vela y un cuenco de agua. Me enseñan a Echu, rojo y salvaje, con un cuchillo en la mano. El sendero que tomamos serpentea a través de las colinas bajo el cielo estrellado. Los bailarines y bailarinas nos preceden, riendo y bromeando. Bajamos otra colina, cruzamos la carretera por la que hemos venido y volvemos a subir otra colina. Cabinas de ramajes y tierra de greda, llenas de sombras susurrantes. Después, la parte primera de la procesión se inmoviliza ante un terraplén elevado y rodeado de una pared de juncos. Dentro se oyen tambores y cantos. Cuando estamos todos reunidos, las primeras mujeres escalan el terraplén y cruzan, andando para atrás, la puerta de juncos. Luego los hombres. Entramos en un patio lleno de desperdicios. De una casita de paja y adobe, frente a nosotros, se escapan unos cánticos. Entramos. Es una cabaña muy tosca que, sin embargo, tiene las paredes enlucidas con cal. Un mástil central sostiene el techo, el suelo es de tierra batida. Un pequeño cobertizo que hay al fondo pone a cubierto un altar rematado por un cromo que representa a San Jorge. Otros cromos parecidos adornan las paredes. En un rincón, sobre un pequeño estrado adornado con hojas de palmera, unos músicos: dos tambores bajos y un tambor largo. Había unos cuarenta bailarines y bailarinas cuando hemos llegado. Somos otros tantos y apenas podemos respirar, apretados unos contra otros. Yo me pego a un tabique y miro. Los bailarines y bailarinas se disponen en dos círculos concéntricos, los hombres en el interior. Los dos padres de los santos (el que nos recibe va vestido, como los bailarines, con una especie de pijama blanco) se colocan uno frente al otro en medio de los círculos. Cantan, alternativamente, las primeras notas de una canción que todos repiten en coro al momento, mientras los corros dan vueltas en el sentido de las agujas de un reloj. El baile es sencillo; un pataleo sobre el que se implanta la doble ondulación de la rumba. En cuanto a los «padres», indican apenas el rit-

mo. Mi traductor de portugués me explica que aquellos cantos piden al santo que autorice a los recién llegados a quedarse en aquellos lugares. Entre los cantos, las pausas son bastante largas. Cerca del altar, una mujer, que también está cantando, agita una campanilla de manera casi ininterrumpida. El baile está lejos de ser frenético. De estilo mediocre, es pesado y muy acentuado. Con el calor, que sigue aumentando, las pausas se hacen difícilmente soportables. Observo que:

- 1) los bailarines no dan señales ni del más leve sudor;
- 2) a un blanco y dos blancas que bailan, por lo demás, peor que los otros.

En un momento dado, uno de los bailarines se adelanta y me habla. Mi traductor me dice que me están pidiendo que no cruce los brazos, porque esa postura impide al espíritu bajar entre nosotros. Dócil, permanezco con los brazos colgando. Poco a poco, disminuyen las pausas entre los cantos y el baile se acelera. Traen una vela encendida que ponen en el suelo, en el centro, junto a un vaso de agua. Los cantos invocan a San Jorge.

«Él llega con la luz de la luna
Él se va con la luz del sol.»

y también:

«Soy el campo de batalla del dios.»

En efecto, uno o dos de los danzarines parecen ya entrar en trance pero, y perdóneseme la expresión, en trance tranquilo: con las manos en los riñones, el paso rígido, los ojos fijos y átonos. El «padre» rojo vierte el agua alrededor de la vela formando dos círculos concéntricos y las danzas se reanudan casi sin interrupción. De cuando en cuando, un bailarín o una bailarina abandonan su círculo para ponerse a bailar en el interior, muy cerca de los círculos de agua pero sin cruzarlos nunca. Aceleran su ritmo, sufren convulsiones y empiezan a proferir unos

gritos inarticulados. Ascende el polvo del suelo, sofocante, espesando el aire que ya se pega a la piel. Cada vez más numerosos, los bailarines van abandonando el corro para bailar alrededor de los padres que bailan también, de manera más rápida (el padre blanco, admirablemente). Los tambores atruenan ahora y, súbitamente, el padre rojo se desenfrena. Con los ojos encendidos, los cuatro miembros girando alrededor del cuerpo, cae alternativamente, con las rodillas dobladas, sobre cada pierna, y acelera su ritmo hasta el final de la danza en que se para, para mirar a todos los asistentes con una mirada fija y terrible. En ese momento, un bailarín surge de un rincón oscuro, se arrodilla y le tiende una espada con su funda. El padre rojo desenvaina la espada y la hace girar en torno a él con aire amenazador. Le traen un enorme cigarro puro. Todos, poco a poco, encienden cigarros y los fuman mientras bailan. El baile vuelve a empezar. Uno tras otro, los asistentes acuden a tumbarse delante del padre, con la cabeza entre sus pies. El los golpea en cada hombro, en diagonal, con la hoja de la espada, los levanta, toca su hombro izquierdo con su hombro derecho e inversamente; los empuja entonces con violencia hacia el corro, movimiento que, de cada tres dos veces, desencadena la crisis, diferente según los bailarines: un negro gordo, con sus pies bien asentados en el suelo, mirando el mástil central con aire vacío, sólo experimenta un estremecimiento en la nuca que se repite incansablemente. Yo le encuentro el aspecto de un boxeador *knock down*. Una blanca gorda, con rostro animal, ladra sin cesar moviendo la cabeza de derecha a izquierda. Pero unas jóvenes negras entran en el más horrible trance, con los pies pegados al suelo y todo el cuerpo recorrido por sobresaltos cada vez más violentos, a medida que van subiendo hacia los hombros. La cabeza se agita de adelante atrás, literalmente decapitada. Todos gritan y aullan. Luego las mujeres empiezan a caerse. Las levantan, les aprietan la frente y ellas vuelven a empezar hasta que vuelven a caer. La cumbre se alcanza en el momento en que todos

gritan, con extraños sonidos roncós que recuerdan al ladrado. Me dicen que aquello continuará hasta el alba, sin cambiar. Son las dos de la madrugada. El calor, el polvo y el humo de los cigarros puros, el olor humano hacen el aire irrespirable. Salgo de allí, mareado yo también, y por fin respiro con delicia el aire fresco. Me gustan la noche y el cielo más que los dioses de los hombres.

17 de julio

Trabajo por la mañana. Almuerzo con G. y dos profesores brasileños. Tres profesores en total, pero amables. Luego se nos une Lucien Febvre¹⁶, hombre viejo bastante taciturno, y salimos en coche para recorrer las montañas que rodean a Río. Los jardines de Tijuca, la capilla Meyrink, el Corcovado, la bahía de Río cien veces contemplada bajo los más diferentes aspectos. Y las inmensas playas del Sur, de arena blanca y olas esmeralda que se extienden, desiertas, durante millares de kilómetros hasta Uruguay. La selva tropical y sus tres pisos. El Brasil es una tierra sin hombres. Todo lo que aquí se ha creado lo ha sido al precio de unos esfuerzos desmesurados. La naturaleza ahoga al hombre. «¿Basta el espacio para crear la cultura?», me pregunta el buen profesor brasileño. Es una pregunta que no tiene sentido. Pero estos espacios son los únicos en estar a la medida de los progresos técnicos. Cuanto más deprisa va el avión, menos importancia adquieren Francia, España o Italia.* Eran naciones y ahora son provincias, y mañana, serán pueblos del mundo.* El porvenir no está en nuestra tierra y nada podemos contra ese movimiento irresistible. Alemania perdió la guerra porque era una nación y la guerra moderna requiere los medios propios de los imperios. Mañana, harán falta los medios de los continentes. Y he aquí a los dos grandes imperios en pos de la conquista de su continente. ¿Qué se puede hacer? La única esperanza es que nazca una nueva cultura y que América del Sur ayude tal

¹⁶ Historiador francés (1878-1956).

vez a moderar la estupidez mecánica. Esto es lo que le digo, aunque mal, a mi profesor, mientras dejamos que la arena se escape de nuestras manos, ante un mar silbador.

Regreso, tras haber cogido frío en el coche y también bajo el Cristo del Corcovado, para esperar en mi cuarto la llegada del fiel Abdias, que me va a llevar a bailar la samba después de cenar. Velada decepcionante. En un arrabal muy exterior, una suerte de *dancing* popular iluminado, naturalmente, con neón. Casi todos son negros, pero aquí eso significa una gran variedad de coloraciones. Sorprendido de ver lo lentamente que bailan estos negros, con un ritmo mojado. Pero pienso en el clima. Los locos de Harlem deberían calmarse aquí. Esto no impide que nada diferencie este *dancing* de otros mil que hay por el mundo, si no es el color de la piel. A este respecto, me doy cuenta de que debo vencer un prejuicio inverso. Me gustan los negros a priori y estoy tentado de encontrarles unas cualidades que no poseen. Quería que éstos me parecieran guapos, pero si me imagino que su piel es blanca, entonces me encuentro con una bonita colección de horteras y de empleados dispéuticos. Abdias confirma. La raza es fea. No obstante, entre las mulatas que se acercan enseguida a beber a nuestra mesa, no porque sea la nuestra sino porque en ella se bebe, hay una o dos que son bonitas. Incluso me enternezco con una de ellas que padece ronquera, bailo un poco con otra una samba lánguida, me esfuerzo por despertar en mí algún apetito y me doy cuenta de pronto de que me estoy aburriendo. Taxi. Y regreso.

18 de julio

Llueve a cántaros sobre la humeante bahía y sobre la ciudad. Mañana tranquila de trabajo. Voy a almorzar con Lage, en un simpático restaurante que da al puerto. A las tres tengo una cita con Barleto para visitar las barriadas obreras. Tomamos un tren de cercanías. *Meier. Todos os Santos. Madeidura*. Lo que me choca es el parecido con lo árabe. Comercios sin escaparates. Todo está en la calle.

He visto un coche fúnebre: un cenotafio Imperio con enormes columnas de bronce dorado sobre una camioneta de carga pintada de negro. Para los ricos, los caballos. Telas violentas expuestas. Interminables barriadas que atravesamos montados en un tranvía que va dando tumbos. Vacías la mayor parte del tiempo, y tristes (las tribus obreras que acampan a las puertas de las ciudades me recuerdan a B.ⁿ) pero coagulándose de tarde en tarde alrededor de un centro, de una plaza resplandeciente de neón, con luces verdes y rojas (en pleno día), atestada de gentío multicolor, sobre el cual un altavoz vocifera, en ocasiones, noticias de fútbol. Nos recuerdan a esas muchedumbres que aumentan sin cesar sobre la superficie del mundo y que acabarán por cubrirlo todo y asfixiarse. Comprendo mejor a Río así, mejor que en Copacabana, en cualquier caso, y su lado mancha de aceite, que se extiende hasta el infinito en todas las direcciones. Al volver, en un *lotagao*, especie de taxi colectivo, asistimos a uno de los numerosos accidentes producidos por la circulación inverosímil. Un pobre viejo negro que se introdujo equivocadamente por una avenida rutilante de luces, es atropellado por un autobús que circula a toda velocidad y que lo lanza diez metros más adelante, como si fuera una pelota de tenis, da un rodeo y huye. Esto por culpa de esa ley estúpida de flagrante delito, según la cual el conductor debe ser encarcelado. Así que huye, ya no hay flagrante delito ni lo meterán en la cárcel. El viejo negro se queda allí, sin que nadie lo levante. Pero el golpe hubiera matado a un buey. Me entero más tarde de que le pondrán encima una sábana blanca, por donde la sangre se irá extendiendo, unas velas encendidas alrededor, y la circulación continuará en torno a él, evitándolo únicamente, hasta que lleguen las autoridades para la reconstitución.

Por la noche, cena con Robert Claverie. Sólo franceses, lo cual es un descanso para mí. Cuando se habla una

⁷ B.: probablemente Belcourt, barrio de Argel.

lengua extranjera, hay —según dice Huxley— alguien dentro de uno que dice no con la mano.

19 de julio

Tiempo magnífico. Una periodista encantadora y miope. Correo. Almuerzo con los Delamain, en una especie de cantina de estación, con luz de neón, naturalmente. Comida. Meditaciones sombrías. Al final de la tarde, voy a una escuela de teatro. Conversación con profesores y alumnos. Cena en casa de los Chapass con el poeta nacional Manuel Bandera, un hombrecillo extremadamente fino. Después de cenar, Kaimi, un negro que compone y escribe todas las sambas que se cantan en el país, viene a cantar con su guitarra. Son las canciones más tristes y conmovedoras que conozco. El mar y el amor, la añoranza de Bahía. Poco a poco, todos cantan y vemos a un negro, diputado, profesor de facultad, y a un notario, cantar en coro aquellas sambas con una gracia muy natural. Completamente seducido.

20 de julio

Mañana en canoa automóvil por la bahía de Río, con un tiempo maravilloso. Sólo un vientecillo fresco remueve un poco el agua. Pasamos junto a las islas; playas pequeñas (dos gemelas llamadas Adán y Eva). Finalmente, baño en un agua pura y fresca. Por la tarde, visita de Murillo Mendés, poeta y enfermo. Espíritu fino y resistente. Uno de los dos o tres que realmente me han llamado la atención aquí. Por la noche, conferencia. Cuando llego, encuentro a la gente abarrotando la entrada. Clavie y la deliciosa Mme. Petitjean se marchaban ya al no haber podido encontrar sitio. Les consigo uno, no sin dificultad. Finalmente, la sala prevista para 800 personas está sobrecargada de oyentes que permanecen de pie, o están sentados en el suelo. La gente de mundo, diplomáticos, etc., que llegan naturalmente con retraso, tienen que elegir entre quedarse de pie o robarle el sitio a alguien. El embajador de España se sienta detrás de la tri-

buna en un trapuntín. Enseguida se informará. Me encuentro con Ninu, un refugiado español que conocí en París. Es jefe de campeones¹⁸ en una *fazenda*, a 100 km de Río. Ha recorrido esos 100 km para venir a escuchar a «su compañero». Se marchará mañana por la mañana. Y cuando uno sabe lo que aquí representan esos 100 kms por el interior del país... Me siento conmovido hasta casi llorar. Él saca entonces un paquete de cigarrillos de los que más se acercan al «gusto francés» —dice—, y me los ofrece. Ya no me separo de él, contento de tener a este amigo en la sala y pensando que voy a hablar para hombres como él. Y así hablo, en efecto, con lo cual obtengo la aprobación de los hombres como N. y, según creo, de la juventud que aquí se encuentra. Pero dudó mucho que a la gente de mundo les haya gustado. Después, llega la embestida. Observo algunas miradas auténticas. El resto es comedia. Me acuesto a medianoche, ya que debo levantarme a las cuatro y media para tomar el avión de Recife.

21 de julio

Me despierto a las cuatro. Está lloviendo a mares. Sólo de ir desde la puerta de la embajada al taxi, me pongo empapado. En la estación terminal, formalidades, durante las cuales me duermo de pie. Largo camino hasta el aeropuerto. Con este clima uno se moja dos veces: primero, con la lluvia y segundo, con el propio sudor. En el aeropuerto, larga espera. Finalmente, no saldremos hasta las ocho y media y me pongo rabioso una vez más contra el avión. Mientras espero, miro un cartel que indica las distancias existentes entre Río y las capitales del mundo. París está a una distancia de 10.000 km. Dos minutos después, en la radio tocan *La vie en rose*. Avión que despegue pesadamente, cargado de lluvia, con un cielo bajo. Trato de dormir sin conseguirlo. Cuando aterrizamos en Recife, cuatro horas y media después, la puerta del avión

¹⁸ «Campeones», «su compañero» y «gusto francés», en castellano en el original (IV. *del E.español*).

se abre a una tierra roja devorada por el calor. Estamos de nuevo en el Ecuador, es verdad. Tengo insomnio y algo de fiebre debido a un catarro que cogí esta mañana, así que me tambaleo bajo el peso del calor. Nadie me espera. Pero, al parecer, el avión ha llegado antes de tiempo y no es de extrañar. Así que espero en una sala vacía donde circula un aire abrasador, contemplando desde lejos los bosques de cocoteros que rodean la ciudad. Llega la delegación. Todos muy amables. Los tres franceses que están aquí miden todos más de un metro ochenta. Estamos bien representados. Nos largamos de allí rápidamente. Tierra roja y cocoteros. Y luego, el mar y playas inmensas. Hotel en el muelle. Unos mástiles sobresalen del parapeto. Trato de dormir. En vano. Las cuatro. Vienen a buscarme. Me presentan al director del periódico más antiguo de América del Sur: *El Diario de Vemambuco*. Él es quien me acompaña a visitar la ciudad. Admirables iglesias coloniales en las que domina el blanco y el estilo jesuítico se ilumina y aligera gracias al enlucido. El interior es barroco pero sin la excesiva pesadez del barroco europeo. La Capilla Dorada, en particular, es admirable. Los azulejos¹⁹ están aquí perfectamente conservados. Ingenuamente, como también en las pinturas, los «malos» como Judas, los soldados romanos, etc., han sido desfigurados por el pueblo. Todos presentan unas caras roídas y sanguinolentas. Admiro la ciudad vieja, las casitas rojas, azules y ocre. Las calles pavimentadas con anchas piedras en punta. La plaza de la iglesia de San Pedro. Como la iglesia se encuentra al lado de una fábrica de café, está completamente ennegrecida por el humo de los tostaderos. Tiene literalmente una pátina de café.

Ceno solo. Se oye una orquesta moribunda. El exilio tiene sus dulzuras. Después de cenar, conferencia ante un centenar de personas que parecen muy cansadas, al salir. Me gusta Recife, decididamente. Florencia de los Trópicos, entre sus bosques de cocoteros, sus montañas rojas y sus playas blancas.

En castellano en el original (*N. del E. español*).

22 de julio

Me levanto con gripe y fiebre. Con las piernas de algodón. Me preparo y espero en el hotel a tres intelectuales interesados en verme. Dos de ellos simpáticos. Me llevan a ver Olinda, pequeña ciudad histórica frente a Recife, en la bahía, con viejas iglesias. Hermosísimo convento de San Francisco. Al volver, estoy temblando de fiebre y me tomo una aspirina y una ginebra. Almuerzo en casa del cónsul. Después de comer, paseo a lo largo del mar, atravesando un bosque de cocoteros. A través de los claros se divisan en el mar las velas de los *junsahés*, especie de balsas estrechas, formadas con troncos de una madera muy ligera, atados con cuerdas. Este frágil montaje resiste en el mar días y días, según me dicen. Chozas diseminadas. Pero en el aire sofocante y luminoso, la sombra de los cocoteros tiembla ante mis ojos. La gripe aumenta y pido que me dejen descansar antes del coloquio de las cinco. Imposible dormir. Mesa redonda que mantengo gracias a dos whiskys. Luego me llevan a una fiesta popular que han organizado para mí. Me vacunan contra la gripe. Cantares y bailes sin interés. Una «macumba de tongo». Pero el *bomba-menboi*, espectáculo extraordinario. Es una especie de ballet grotesco bailado por máscaras y figuras-totems sobre un tema que siempre es el mismo: la muerte de un toro. Sobre este tema, los personajes improvisan en parte y también recitan un texto en verso, al mismo tiempo que bailan. Lo que veo dura una hora. Pero me dicen que podría durar toda la noche. Las máscaras son extraordinarias. Dos payasos rojos, el «caballero marino» en el interior de un caballo de tiovivo, una cigüeña, un matamoros vestido de gaucho. Dos indios, y el toro, naturalmente; el «muerto llevando al vivo», especie de maniquí con dos cuerpos, animado por un único comediante, la *cachaca* (o el borracho), el hijo del caballo, potro caracoleador, un hombre montado en unos zancos, el cocodrilo y, dominando todo esto, una muerte de tres metros de alto por lo menos, que contempla el espectáculo con la cabeza muy alta en el cielo nocturno. Como orquesta, un tambor y una «caja de rumbas». El origen reli-

gioso es evidente (todavía se incluyen en el texto algunas oraciones). Pero todo ello se ve ahogado por un baile endiablado, mil invenciones graciosas o grotescas que acaban con la muerte del toro, el cual renace poco después y huye llevándose a una niña entre los cuernos. La conclusión, un fuerte grito: «Viva el señor Camus y los cien *reyes* de Oriente». Regreso a mi cuarto, embrutecido por la gripe.

23 de julio

Nueve de la mañana. Salida para Bahía. Mi gripe va un poco mejor. Pero sigo con fiebre y derrengado. Hace frío en el avión. ¿Dios sabe por qué? Y aquello se mueve terriblemente. Tres horas de vuelo y vemos aparecer, sobre una enorme explanada, unas cortas colinas cubiertas de nieve. Al menos, esa es la impresión que me da esa arena blanca, muy corriente aquí, y cuyas immaculadas olas parecen rodear Bahía con un desierto intacto. Desde el aeropuerto a la ciudad, seis kilómetros de una carretera llena de curvas, entre las plataneras y una vegetación tupida. La tierra es completamente roja. Bahía, donde sólo se ven negros, me parece una inmensa *casbah* bulliciosa, miserable, sucia y bella. Mercados desmesurados hechos de coches agujereados y viejas tablas, con viejas casas bajas enlucidas de cal roja, verde manzana, azul, etc.

Almuerzo en el puerto. Grandes barcas con velas latinas ocre y azules descargan los racimos de plátanos. Comemos unos platos lo bastante picantes como para hacer andar a un parálítico. La bahía que diviso desde la ventana de mi hotel se extiende, redonda y pura, llena de un extraño silencio bajo el cielo gris, mientras que las velas inmóviles que en ella se divisan parecen apresadas en un mar petrificado de repente. Prefiero esta bahía a la de Río, demasiado espectacular para mi gusto. Esta, por lo menos, tiene medida y poesía. Desde por la mañana se suceden los chaparrones, brutales y abundantes. Han transformado en torrenteras las calles desfondadas de Bahía. Y circulamos por en medio de dos grandes láminas de agua que recubren el coche sin parar.

Visita de iglesias. Son iguales que las de Recife, aunque tengan más fama. Iglesia del Buen Jesús con los exvotos (moldes de cera, par de nalgas, radiografía, galones de cabo). Se asfixia uno. Pero el barroco armonioso se repite mucho. Finalmente, es lo único que hay que ver en este país y se ve pronto. Queda la verdadera vida. Aunque en esta tierra desmesurada que posee la tristeza de los grandes espacios, la vida se encuentra a ras de tierra y harían falta años para integrarse. ¿Me apetece pasar unos años en Brasil? No. A las seis me doy una ducha, me duermo y me despierto un poco mejor. Ceno solo. Luego, conferencia ante una asistencia paciente. El cónsul me acompaña y me pasa, por debajo de la mesa, a la hora de la última copa, un sobre con unos 45.000 francos en moneda brasileña. Es la remuneración que me da la Universidad de Bahía. Sorpresa del cónsul ante mi negativa. Me explica que «hay otros que la reclaman, esa remuneración». Luego, se inclina. Yo sé, por lo demás, que no podrá por menos de pensar: «Si la necesitara, la aceptaría.» Sin embargo...

Antes de terminar, anoto unos cuantos párrafos del reglamento en francés del Palace (?) Hotel de Bahía. — «Todo el mundo habla francés en Brasil», dice la propaganda.

«En caso de no pagar las notas, como se estipula en los párrafos 3 y 4, la gerencia se verá obligada a efectuar la retención del equipaje como garantía del débito y, por consiguiente, el cliente desocupará inmediatamente la habitación.

»Se prohíbe en las habitaciones la entrada de pájaros, perros o de cualquier otro animal.

»En la planta baja del hotel, encontrarán un American Bar perfectamente equipado y un amplio salón de lectura.»

Y para terminar:

«En la planta baja del hotel hay un salón de barbería y de manicura.

Los clientes pueden utilizar sus servicios en su habitación.»

24 de julio (domingo)

A las diez, un encantador brasileño, Eduardo Catalao, educado como ya no los hay, me lleva por una carretera desfondada hasta la playa de Itapoá. Es un pueblo de pescadores con chozas de paja. Pero la playa es bella y salvaje, y el mar se llena de espuma al pie de los cocoteros. Esta gripe, que no acaba de curarse, me tiene acoquinado, me impide bañarme. Encontramos allí a un grupo de jóvenes cineastas franceses que viven en una choza para hacer una película sobre Bahía. Sorprendidos al verme por aquel rincón perdido. Huelen un poco a Saint-Germain-des-Prés.

Almuerzo «de vitriolo» a las tres. De cinco a siete, trabajo. Cena en casa del cónsul. Después, vamos a ver un candomblé, nueva ceremonia de esa curiosa religión afrobrasileña que es aquí el catolicismo de los negros. Consiste en una especie de baile ejecutado ante una mesa cargada de manjares, al son de tres tambores cada vez más grandes y de un embudo aplastado sobre el que golpean con una vara de hierro. Las danzas son dirigidas por una matrona que sustituye al «padre de los santos» y son bailadas únicamente por mujeres. Los trajes son mucho más ricos que en Bahía. Dos de las bailarinas —enormes— llevan la cara tapada con una cortinilla de rafia. No obstante, aquello no me descubre nada especialmente nuevo, hasta que entran en escena un grupo de jóvenes negras en estado semi hipnótico, con los ojos casi cerrados, derechas sin embargo, pero balanceándose sobre sus pies, adelante y atrás. Una de ellas, alta y delgada, me encanta. Lleva un sombrero de cazadora azul, con el borde levantado, plumas de mosquetero, un vestido verde, y en la mano un arco verde y amarillo provisto de su flecha, en cuya punta está ensartado un pájaro multicolor. El hermoso rostro dormido refleja una melancolía serena e inocente. Esta Diana negra posee una gracia in-

finita. Y cuando baila, su gracia extraordinaria no se queda atrás. Sigue dormida, se tambalea cuando para la música. Sólo el ritmo le presta una suerte de tutor invisible alrededor del cual ella enrolla sus arabescos, profiriendo de cuando en cuando un extraño grito de pájaro, agudo y sin embargo melodioso. El resto no vale gran cosa. Estos ritos degradados se expresan mediante danzas mediocres. Partimos con Catalao. Pero en aquel barrio lejano, mientras nos bamboleamos por las calles llenas de agujeros, a través de la noche densa y aromática, el grito de pájaro herido sigue llegando hasta mí y me recuerda a mi bella dormida.

Quisiera acostarme, pero Catalao desea tomar un whisky en una *boíte* nocturna, triste como la muerte e idéntica a todas las que siembran el mundo entero. Pide, sin saberlo yo, música francesa, y por segunda vez oigo *La vie en rose* en el trópico.

25 de julio

Me despierto a las siete. Hay que esperar un avión que no es seguro. Luego me aseguran que lo tendré a las once. Mi gripe va mejor, pero tengo las piernas de algodón. Furiosas ganas de regresar. Pierdo dos horas en el aeropuerto. Partimos. Es la una y media y no llegaremos a Río antes de las siete. Escribo todo esto en el avión, donde me siento muy solo.

Noche. He llegado con la gripe mucho peor y con fiebre. Esta vez, la cosa parece seria.

26 de julio

En la cama. Fiebre. Sólo la mente trabaja con obstinación. Horribles pensamientos. Sentimiento insoportable de ir caminando paso a paso hacia una catástrofe desconocida que lo destruirá todo a mi alrededor y dentro de mí.

Noche. Vienen a buscarme. Me había olvidado de la compañía negra que esta noche debía mostrarme un acto de *Calígula*. El teatro está reservado, no se puede hacer

otra cosa, así que me abrigo como si fuera al polo Norte y voy en taxi.

Qué extraño ver a esos romanos negros. Y además, lo que me parecía un juego cruel y vivo se ha convertido en un arrullo lento y tierno, vagamente sensual. Después de esto, representan para mí una obrita corta brasileña que me gusta mucho y cuyo argumento transcribo:

«Un hombre, asiduo de las macumbas, es visitado por el espíritu del amor. Se arroja entonces sobre su mujer que, arrebatada, se enamora de ese espíritu. Ella provoca, con repetido canto, la llegada del espíritu tan a menudo como puede, lo que da pretexto en el escenario a unas bacanales muy animadas. Finalmente, el marido comprende que ella no está enamorada de él sino del Dios y la mata. Ella muere feliz, sin embargo, porque está persuadida de que se reunirá con el Dios a quien ama.»

La velada termina con música brasileña que me parece mediocre. Es importante, sin embargo, que Brasil sea el único país con población negra que produce sin cesar melodías. El colofón es un frevo, danza de Pernambuco, en el que participan los mismos asistentes y que me parece la más descabellada contorsión que he visto. Encantador. En cuanto vuelvo a la habitación, me duermo como una masa para no despertarme hasta esta mañana a las nueve, infinitamente mejor.

27 de julio

Brasil, con su delgada armadura moderna pegada a ese inmenso continente bullente de fuerzas naturales y primitivas, me recuerda a un edificio de pisos roído más y más por invisibles termitas. Un día, el edificio se derrumbará y todo un pequeño pueblo hormigueante, negro, rojo y amarillo, se extenderá por la superficie del continente, enmascarado y provisto de lanzas, para el baile de la victoria.

Almuerzo con el poeta Murillo Mendés, espíritu fino y melancólico, con su mujer y un joven poeta a quien el inteligente sistema de circulación brasileño ha procurado

diecisiete fracturas y un par de muletas. Después de comer, me llevan al Pan de Azúcar. Pero la tarde se nos pasa haciendo cola sin que, finalmente, consigamos llegar más que al primer pico, para gran desesperación de Mme. Mendés que teme que yo me aburra, cuando en realidad me siento de muy buen humor en su amable compañía. M. conoce y cita a Char y opina que, después de Rimbaud, es nuestro poeta más importante. Estoy contento de ello.

28 de julio

La embajada de Montevideo complica mi estancia al querer modificar las fechas previstas. Finalmente, me quedaré en Río hasta el miércoles antes de ir a Sao Paulo. Almuerzo con Simón y Barleto por quienes todos los días aumenta mi simpatía. Paso la tarde trabajando. Por la noche, recepción en la embajada, por lo demás encantadora, pero donde me aburro. Me despi-do a la francesa, como dicen aquí, y me voy a dormir.

29 de julio

Las jornadas de Río no tienen mucho sentido y transcurren a la vez deprisa y lentamente. Almuerzo en casa de Mme. B. y de su cuñada. Las francesas tienen cosas buenas. Vivas, espirituales, el momento pasa deprisa. Un paseo después, a pie, a lo largo de la bahía, en un maravilloso y lánguido día. Me despego con dificultad de esos momentos fáciles y naturales para correr a la embajada a encontrarme con Mendés y su mujer, que deben llevarme a casa de Correa, ex editor, donde conoceré a un estudiante que..., etc. Lo que he rechazado toda mi vida con obstinación, lo acepto aquí, como si de antemano hubiera consentido a todo en este viaje que yo no quería hacer. Salgo a tiempo para reunirme con Claverie, Mme. B. y su cuñada, a quienes he invitado a cenar. Después de cenar, Claverie nos pasea por unos caminos horadados en la montaña y en la noche. El aire tibio, las estrellas menudas y numerosas, la ba-

hfa allá abajo... pero todo esto me pone más melancólico que feliz.

30 y 31 de julio

Fin de semana en casa de Cl., en Teresópolis. A 150 km de Río, en las montañas. La carretera es buena, sobre todo entre Petrópolis y Teresópolis. De cuando en cuando, un ipé plagado de flores amarillas estalla en un recodo ante un horizonte de montañas que se suceden hasta el horizonte. También aquí se comprende lo que me había chocado en el avión, al sobrevolar este país. Inmensas extensiones vírgenes y solitarias junto a las cuales las ciudades, enganchadas al litoral, no son más que puntos sin importancia. En todo momento, este enorme continente sin carreteras, entregado por entero al salvajismo natural, puede darse la vuelta y sepultar a esas ciudades falsamente lujosas. El fin de semana transcurre paseando, con baños y ping pong. Respiro por fin en este campo. Y el aire, a 800 m, me hace apreciar mejor el clima de Río, verdaderamente fatigoso. Cuando bajamos el domingo por la tarde, vuelvo a la ciudad sin alegría. Además, me recibe ante la embajada una de esas escenas tan frecuentes en Río. De nuevo una mujer, cubierta de sangre, delante de un autobús. Y una multitud que la mira sin socorrerla, en silencio. Esta costumbre bárbara me subleva. Mucho más tarde, oigo la sirena de una ambulancia. Durante todo este tiempo, han dejado morir a esa desdichada entre gemidos. En cambio, parecen adorar a los niños.

1 de agosto

Despertar difícil. Vivir es hacer daño, a los demás y a uno mismo a través de los demás. ¡Tierra cruel! ¿Cómo hacer para no tocar nada? ¿Dónde encontrar un exilio definitivo?

Almuerzo en la embajada. Me entero allí de que Brasil ignora la pena de muerte. Por la tarde, conferencia sobre Chamfort. Sigo preguntándome por qué razón atraigo yo a las mujeres de mundo. ¡Cuántos sombreros! Cena con

Barleto, Machado, etc., en un restaurante italiano simpático. Por la tarde vamos a visitar una favela. Mucha palabrería antes de entrar en esa auténtica ciudad de madera, de hoja de lata y de juncos, colgada en la ladera de una colina, sobre la playa de Ipanema. Finalmente, nos informan de que podemos ir a consultar (como carta de introducción llevamos, es verdad, dos buenas botellas de «cachado») a una de las señoras de aquellos lugares. Nos introducimos ya de noche por entre las cabanas, de donde salen ruidos de radio, o ronquidos. El terreno es a veces completamente vertical, resbaladizo, lleno de inmunidias. Se necesita un buen cuarto de hora para llegar, sin aliento, a la cabana de la pitonisa. Pero en el terraplén, delante de la cabana, nos vemos recompensados: la playa y la bahía bajo la media luna se extienden ante nosotros, inmóviles. La pitonisa parece dormir. Pero nos abre. Es una cabana como otras muchas que he visto, con taparrabos multicolores colgados del techo. En un rincón, una cama y un hombre durmiendo. En medio, una mesa con ropa blanca tapada con una cortina roja que parece un cadáver. Una alcoba con un altar que reúne todas las estatuas de santos que San Sulpicio exporta al mundo. También hay una estatua de Piel Roja, perdida ahí, no se sabe por qué. La pitonisa parece una buena mujer de su casa. Acaba de terminar sus consultas que sólo atiende cuando el santo está dentro de ella. El santo se ha ido. Será para la próxima vez. Hace calor. Pero esos negros son tan gentiles y afables que seguimos charlando. Bajada, verdadera carrera a muerte. Uno imagina a las mujeres que van a buscar agua dos o tres veces al día, con el cubo sobre la cabeza, al subir. Imaginamos lo que será en días de lluvia. Entretanto, Barleto da con sus huesos en el suelo. Yo llego por fin abajo sano y salvo, y acabamos la velada en casa de Machado que me cuenta la historia de los «ayudantes de moribundos» en Minas. En algunos casos, cuando la agonía dura demasiado tiempo, convocan a esos señores, que están patentados. Llegan allí, vestidos como los encargados de pompas fúnebres, saludan,

se quitan los guantes y van a ver al moribundo. Le piden que diga «María-Jesús» sin parar, le colocan una rodilla en el estómago y las manos sobre la boca, y empujan con aplicación hasta que el agonizante haya expirado. Se retiran, vuelven a ponerse los guantes, se embolsan cincuenta cruceiros y se marchan, rodeados de la gratitud y consideración generales.

2 de agosto

Cansado de apuntar cosas sin importancia. (Escribo esto en el avión que me lleva a Sao Paulo. Ayer se compuso de naderías. Incluso una conversación con Mendés sobre las relaciones entre la cultura y la violencia, que me ayudó a precisar lo que yo pensaba, me pareció una tontería.)

Me siento perseguido, en realidad, en medio de esta gloriosa luz de Río, por la idea del mal que hacemos a los demás nada más mirarlos. Hacer sufrir me fue, durante mucho tiempo, indiferente, hay que confesarlo. Fue el amor el que me iluminó acerca de esto. Ahora, no puedo soportarlo. En un sentido, más vale matar que hacer sufrir.

Lo que sí me pareció muy claro ayer, y por fin, es que deseaba morir.

3 de agosto

Sao Paulo y la noche que cae rápidamente mientras se van encendiendo uno a uno los anuncios luminosos en la cúspide de los grandes rascacielos, mientras que de las palmeras reales, que se elevan entre los edificios, asciende un canto ininterrumpido, procedente de los millares de pájaros saludando el fin del día, tapando las notas graves de las bocinas que anuncian el regreso de los hombres de negocios.

Cena con Oswald de Andrade, personaje notable (desarrollar). Su punto de vista es que el Brasil se halla poblado de primitivos y que así es mejor.

La ciudad de Sao Paulo, ciudad extraña, Oran desmesurado.

Olvido estúpidamente anotar la cosa que más me emocionó. Fue una emisión de radio en Sao Paulo, donde unas pobres gentes acudían al micrófono para exponer la necesidad en que se encontraban momentáneamente. Aquella noche, un negro alto, pobremente vestido, con una niña de cinco meses en brazos y el biberón en el bolsillo, acudió a explicar allí con sencillez que, al haberle abandonado su mujer, buscaba a alguien que pudiera ocuparse de la niña sin quitársela. Un ex piloto de guerra sin trabajo buscaba un puesto de mecánico, etc. A continuación, en las oficinas, esperamos las llamadas telefónicas de los oyentes. Cinco minutos después de acabar la audición, el teléfono suena sin interrupción. Todos se ofrecen u ofrecen alguna cosa. Mientras el negro está al aparato, el ex piloto le cuida la niña y la mece. Y el colofón: un negro alto, más viejo, entra en el despacho a medio vestir. Estaba durmiendo y su mujer, que escuchaba la emisión, lo despertó y le dijo: «Vete a buscar a la niña».

4 de agosto

Conferencia de prensa por la mañana. Almuerzo de pie en casa de Andrade. A las tres me llevan, no sé muy bien por qué, a la penitenciaría de la ciudad, «la más hermosa del Brasil». Es «hermosa», en efecto, como una penitenciaría de película americana. Salvo el olor, el horrible olor a hombre que hay en todas las cárceles. Rejas, puertas de hierro, rejas, puertas, etc. Y de cuando en cuando, unos carteles: «Sé bueno» y sobre todo «Optimismo». Me avergüenzo ante uno o dos detenidos, por lo demás privilegiados, que se ocupan del servicio de la prisión. El médico-psiquiatra me da el tostón después con sus clasificaciones de mentalidades perversas. Y alguien me dice, al salir, la fórmula ritual. «Está usted en su casa.»

Me olvidaba. Al ir, pasamos por una calle de prostitu-

tas. Están detrás de unas puertas de laminillas, grandes persianas que permiten vislumbrarlas, y son, en su mayoría, encantadoras. Se discute el precio a través de las persianas pintadas de todos los colores: verdes, rojas, amarillas, azul cielo. Son como pájaros en jaula.

Luego, subimos a un pequeño rascacielos. Sao Paulo de noche. La parte de cuento de hadas que hay en las ciudades modernas, en las avenidas y tejados relucientes. Alrededor, el café y las orquídeas. Pero es difícil de imaginar.

Andrade me expone, a continuación, su teoría: la antropofagia como visión del mundo. Ante el fracaso de Descartes y de la ciencia, volver a la fecundación primitiva: el matriarcado y la antropofagia. Al haber sido devorado allí el primer obispo que desembarcó en Bahía, Andrade databa su revista en el año 317 a partir de la deglución del obispo Sardina (porque se llamaba Sardina).

Última hora. Después de mi conferencia, Andrade me cuenta que en la penitenciaría modelo han visto a algunos detenidos suicidarse golpeándose la cabeza contra las paredes y cogiéndose el cuello con el cajón de su celda hasta el estrangulamiento.

5 de agosto, 6 de agosto, 7 de agosto (El viaje a Iguapé)

Vamos a las fiestas religiosas de Iguapé, pero a las diez en vez de a las siete, como estaba previsto. En efecto, tenemos que ir en coche durante todo el día por el interior, con las carreteras desfondadas de Brasil, y más vale llegar antes de que se haga de noche. Pero ha habido un retraso, el coche no estaba listo, etc. Salimos de Sao Paulo y rodamos en dirección al Sur. El camino, de tierra o de piedras, siempre está cubierto de un polvo rojo que recubre toda la vegetación sobre un kilómetro, a cada lado del camino, con una capa de barro seco. Al cabo de unos cuantos kilómetros, nosotros mismos, es decir el chófer, que se parece a Auguste Comte, Andrade y su hijo, que es el encargado de los filósofos, Silvestre, el

agregado cultural francés, y yo mismo, estamos cubiertos de ese mismo polvo. Se infiltra por todos los intersticios de la gruesa camioneta Ford en donde vamos y nos va llenando poco a poco la boca y la nariz. Sobre esto, un sol feroz que torrefacta la tierra y detiene toda clase de vida. A los cincuenta kilómetros, un ruido siniestro. Nos paramos. Un resorte delantero está roto, se escapa visiblemente del conjunto de resortes y roza la llanta de la rueda. Auguste Comte se rasca la cabeza y declara que lo mandaremos arreglar a unos veinte kilómetros de allí. Le aconsejo que quite la lámina enseguida antes de que se atasque contra la rueda. Pero él es optimista. Cinco kilómetros más adelante nos paramos, por haberse atascado el resorte. Auguste Comte decide coger una herramienta: es decir que saca de la maleta de atrás una gruesa vara de hierro que utiliza a modo de martillo y, golpeando sobre la lámina, pretende arrancarla a la fuerza.

Le explico que hay que quitar un tornillo y también la rueda. Pero comprendo, finalmente, que se ha embarcado para esta larga expedición por unas pistas desfondadas sin llevar ni siquiera una llave inglesa. Esperamos, bajo un sol capaz de matar a un buey, y finalmente llega un camión cuyo chófer, por suerte, tiene una llave inglesa. Una vez quitada la rueda y desapretado el tornillo, podemos retirar por fin la lámina. Emprendemos de nuevo el camino por entre las montañas pálidas y abarrancadas, tropezando a veces con un cebú famélico, escoltados otras por los tristes urubús. A la una llegamos a Piedade, pueblecito sin gracia donde somos calurosamente recibidos por la dueña de la posada, Doña Anesia, a quien Andrade debió cortejar en otros tiempos. Nos sirve una mestiza india, María, que para terminar me ofrecerá flores artificiales. Comida brasileña que no acaba nunca y que pasa gracias a la pinga, nombre que aquí le dan a la cachaza. Nos ponemos en marcha de nuevo, una vez arreglado el resorte. Seguimos subiendo y el aire se vuelve muy seco. Inmensas extensiones sin viviendas ni cultivos. La terrible soledad de esa naturaleza desmesurada

explica muchas cosas de este país. Llegamos a Pilar a las tres. Pero allí, Auguste Comte se da cuenta de que se ha equivocado. Nos explican que hemos hecho 60 kilómetros de más. Lo que aquí significa dos o tres horas de camino. Doloridos por tantos baches, cubiertos de polvo, emprendemos de nuevo el viaje para buscar el buen camino. De hecho, no empezamos a bajar la Serra hasta el final del día. Me da tiempo a ver los primeros kilómetros de selva virgen, la densidad de aquel mar vegetal, a imaginar la soledad en medio de aquel mundo inexplorado, y cae la noche mientras nosotros nos internamos en la selva. Rodamos durante horas, bamboleándonos por unos caminos estrechos, entre altos muros de árboles, en medio de un olor húmedo y azucarado. En lo más denso del bosque, corren de cuando en cuando las luciérnagas, moscas luminosas y pájaros con los ojos rojos, que golpean durante un segundo el parabrisas. Salvo esto, la inmovilidad y el mutismo de este mundo pavoroso son absolutos, aunque Andrade pretenda, en ocasiones, oír a una onza. El camino da vueltas y revueltas, pasa por unos puentes hechos con tablas desvencijadas que salvan riachuelos. Después, viene la niebla y una lluvia fina que disuelve la luz de nuestros faros. No se puede decir que rodemos, sino que nos arrastramos, literalmente. Son casi las siete de la tarde y estamos en el coche desde las diez de la mañana; nuestro cansancio es tal que recibimos con fatalismo la hipótesis que nos presenta Auguste Comte de que se está acabando la gasolina. No obstante, la selva se va abriendo un poco y, lentamente, el paisaje se modifica. Salimos por fin al aire libre y llegamos a un pueblecito donde nos vemos detenidos por un gran río. Señales luminosas en la orilla de enfrente, y vemos llegar una chalana, del sistema más antiguo que existe, a la sirga, conducida por unos mulatos con sombrero de paja. Nos embarcamos y la chalana deriva lentamente sobre el río Ribeira. El río es ancho y fluye suavemente hacia el mar y la noche. En las dos orillas, una selva aún tupida. En el cielo bochornoso, estrellas empañadas. Todo el mundo

calla a bordo. El silencio absoluto de esta hora tan sólo se ve turbado por el chapoteo del río contra la barcaza. En la parte delantera de la chalana, contemplo el agua que va río abajo, lo extraño y sin embargo familiar de aquel decorado. De ambas orillas se alzan gritos extraños de pájaros y la llamada de los sapos búfalo. Es medianoche en París, en este momento exacto.

Desembarco. Luego seguimos arrastrándonos hacia Registro, verdadera capital japonesa en medio del Brasil, donde me da tiempo a divisar unas casas de decoración frágil y hasta un quimono. Nos anuncian entonces que para Iguapé sólo faltan 60 km.

Reemprendemos la marcha. Un soplo húmedo y una llovizna incesante nos anuncian que el mar no anda lejos. El camino se hace de arena, más difícil y peligroso todavía de lo que era antes. Y es a las doce cuando, por fin, llegamos a Iguapé. Descontando las paradas, hemos tardado diez horas en hacer los 300 km que nos separan de Sao Paulo.

Todo está cerrado en el hotel. Un notable con quien nos encontramos en la noche, nos lleva a casa del alcalde (el prefecto, dicen aquí). El alcalde nos anuncia, a través de la puerta, que dormimos en el hospital. Caminamos hacia el hospital. A pesar del cansancio, la ciudad me parece bonita con sus iglesias coloniales, el bosque muy cercano, sus casas bajas y desnudas y la suavidad del aire húmedo. Andrade pretende que se oye el mar. Pero está lejos. En el hospital «Feliz recuerdo» (ése es su nombre), el amable notable nos conduce a un pabellón abandonado, que huele a cien leguas a pintura reciente. Me señalan que, en efecto, lo han repintado hace poco en honor nuestro. Pero no hay luz, ya que la fábrica del país se para a las once. A la luz de los mecheros, vislumbramos, no obstante, seis camas limpias y rústicas. Es nuestro dormitorio. Depositamos nuestras maletas. Y el notable quiere que comamos un sandwich en el club. Extenuados, vamos al club. El club es una especie de bistró en el segundo piso, donde encontramos a otros ciudadanos

importantes que nos llenan de atenciones. Anoto una vez más la exquisita cortesía brasileña, algo ceremoniosa tal vez, pero que, de todos modos, es preferible a la patanería europea. Sandwich y cerveza. Pero a un zangolotino alto, que no se tiene muy bien en pie, se le ocurre la idea singular de pedirme mi pasaporte. Se lo enseño y parece decirme que no estoy en regla. Cansado, lo mando a paseo. Los notables, indignados, mantienen una especie de consejo al cabo del cual vienen a decirme que meterán a ese policía (pues se trata de un policía) en la cárcel, y que puedo escoger el proceso que yo quiera. Les suplico que lo dejen en libertad. Me explican que el honor tan grande que yo hago a Iguapé no ha sido reconocido por aquel grosero, y que hay que sancionar esa falta de modales. Protesto, pero insisten en honrarme de esa manera. La cosa durará hasta el día siguiente por la noche, en que por fin encuentro la fórmula, pidiendo que me hagan el excepcional y personal favor de perdonar a aquel despidado. Se oyen exclamaciones acerca de mi caballerosidad y me dicen que se hará según mis deseos.

La noche del drama, en cualquier caso, volvemos al hospital rodeados de atenciones y nos encontramos a mitad de camino con el alcalde, quien se ha levantado y nos acompaña en persona hasta nuestra cama. También ha despertado al personal de la fábrica y tenemos luz. Nos instalan, casi nos arropan en el lecho y por fin, a la una y muertos de cansancio, tratamos en coro de dormir. Y digo tratamos porque mi cama está algo torcida, mis vecinos dan muchas vueltas en la cama y Auguste Comte ronca ferozmente. Me duermo, por fin, con un dormir sin sueños, ya tarde.

6 de agosto

Me despierto muy temprano. No hay agua, por desgracia, en este hospital. Me afeito con agua mineral y me lavo un poco de la misma manera. Después, llegan los notables y nos llevan al pabellón principal para desayunar. Por fin salimos a Iguapé.

En el jardincillo de la Fontaine, misterioso y dulce, con racimos de flores entre los plátanos y los pándanos, encuentro un poco de abandono y de sosiego. Mestizos, mulatos y los primeros gauchos que veo esperan pacientemente ante la entrada de una gruta para obtener pedazos de la Piedra que crece. Iguapé es, en efecto, la ciudad del Buen Jesús cuya efigie fue hallada entre las olas por unos pescadores que la lavaron dentro de aquella cueva. A partir de entonces, hay allí una piedra que crece incansablemente, a la que tallan en forma de astillas, muy benéficas. La misma ciudad, entre la selva y el río, se apiña en torno a la iglesia del Buen Jesús. Unos centenares de casas, todas iguales, bajas, enlucidas, multicolores. Bajo la fina lluvia que empapa las calles mal empedradas, con la multitud abigarrada que las atesta: gauchos, japoneses, indios, mestizos, ciudadanos importantes y elegantes, Iguapé parece una estampa colonial. En ella se respira una melancolía muy particular, la melancolía de los finales del mundo. Aparte el camino heroico que hemos tomado, Iguapé está unida al resto del mundo únicamente por dos aviones semanales. Puede uno retirarse allí.

Durante todo el día, la gentileza de nuestros anfitriones nos acompaña. Pero hemos venido a ver la procesión. Desde el principio de la tarde, estallan los cohetes por todas partes, asustando a los urubús pelados, que rematan las techumbre de las casas, y que se echan a volar. La muchedumbre aumenta. Algunos de aquellos peregrinos vienen de camino desde hace cinco días, por las sendas desfondadas del interior. Uno de ellos, que parece un abisinio y que luce una hermosa barba negra, nos cuenta que fue salvado de un naufragio por el Buen Jesús, tras una noche y un día sobre las olas furiosas, y que ha hecho la promesa de llevar sobre su cabeza una piedra de 60 kilos durante la procesión. Se acerca la hora. De la iglesia salen los penitentes negros, luego los blancos, vestidos con casullas, luego ángeles niños, después los hijos de María, finalmente la efigie del Buen Jesús,

detrás del cual avanza el hombre de la barba, con el torso desnudo y sosteniendo una enorme piedra sobre la cabeza. Finalmente, la orquesta tocando pasodobles, y la multitud de peregrinos, que es la única interesante, ya que el resto es bastante sórdido y común. Pero el gentío que desfila a lo largo de una calle estrecha, abarrotándola hasta hacerla estallar, es la amalgama más extraña que uno puede ver. Las edades, las razas, el color de la indumentaria, las clases, las lisiaduras, todo se mezcla formando una masa oscilante y abigarrada, con cirios como estrellas, por encima de los cuales estallan incansablemente los cohetes, y de vez en cuando pasa un avión, insólito en este mundo sin edad. Movilizado para esta ocasión, ruge a intervalos regulares por encima de los notables elegantes y del Buen Jesús. Nos desplazamos para esperar la procesión en otro punto estratégico y cuando vuelve a pasar por delante de nosotros, el hombre de la barba parece crispado de cansancio y le tiemblan las piernas. Llegará, no obstante, sin contratiempo. Tocan las campanas, las tiendas y las casas, que habían cerrado puertas y ventanas al paso de la procesión, vuelven a abrirlas y nos vamos a cenar.

Después de cenar, unos «gauchinos» cantan en la plaza y todo el mundo baila en corro. Siguen los cohetes y a un niño le saltan un dedo. Lloro y grito mientras se lo llevan: «¿Por qué habrá hecho esto el Buen Jesús?» (Me traducen ese grito salido del alma.)

Nos acostamos pronto, porque al día siguiente debemos salir temprano. Pero los cohetes, y también los terroríficos estornudos de Auguste Comte, me impiden dormir hasta una hora tardía.

7 de agosto

La misma carretera, salvo que evitamos el atajo de la víspera y atravesemos tres ríos. He visto pájaros mosca. Y miro una vez más, durante horas, esa naturaleza monótona y esos espacios inmensos, de los que no puede decirse que sean bellos, pero que se pegan al alma de manera in-

sistente. País donde las estaciones se confunden unas con otras, donde la vegetación inextricable llega a ser informe, donde las sangres también están mezcladas hasta tal punto que el alma pierde sus límites. Un chapoteo denso, la luz glauca de la selva, el barniz de polvo rojo que recubre todas las cosas, el fundirse del tiempo, la lentitud de la vida rural, la excitación breve e insensata de las grandes ciudades, es el país de la indiferencia y de los cambios bruscos de humor. Por mucho que haga el rascacielos, todavía no ha vencido al espíritu de la selva, de la inmensidad, de la melancolía. Las sambas, las verdaderas, expresan mejor que yo lo que quiero decir.

Pero los últimos cincuenta kilómetros son los más agotadores. Auguste Comte, prudente, se deja adelantar. Cada coche que pasa levanta tal cantidad de polvo rojo que los faros ya no pueden traspasar esa niebla mineral y a veces, el coche tiene que pararse. Ya no sabemos donde estamos, y yo siento la boca y la nariz empastados por un barro sofocante. Acojo con alivio Sao Paulo, el hotel y un baño caliente.

8 de agosto

Todos esos grados de latitud y de longitud que hay que recorrer aún me dan náuseas. Día taciturno y agitado (escribo esto en el avión que me lleva a Fort Alesa). A las once, visita de los filósofos brasileños que vienen a pedirme algunas «aclaraciones». Almuerzo en casa de una pareja joven de profesores franceses. Encantadores. Después, visita a la Alianza francesa. Paseo con Mme. P. por las calles de Sao Paulo donde tropiezo con una foto mía que me hace sentirme modesto. Cóctel en casa de Valeur. Cena en casa de Silvestre. Conferencia. La sala está otra vez archillena y hay gente de pie. Una gentil francesa me ha traído Gauloises. Después de la conferencia, me llevan al teatro, a escuchar a una cantante brasileña. Después, champán en casa de Andrade. Vuelvo molido, cansado de la faz humana.

9 de agosto

Salida para Porto Alegre en medio de la emoción de los Andrade y Silvestre, etc. Almuerzo en el avión. Por primera vez, leve crisis de ahogo. Pero nadie se da cuenta de nada. En Porto Alegre, desembarco con un frío cortante. Cuatro o cinco franceses congelados me esperan en el aeropuerto. Me anuncian que debo dar una conferencia por la noche, lo que no estaba concertado. He visto «Kapotes»²⁰. La luz es muy bella. La ciudad, fea. A pesar de sus cinco ríos. Estos islotes de civilización son a menudo horrorosos. Por la noche, conferencia. Mucha gente se queda fuera. La prensa añade cosas. Pero eso más bien me divierte. Mi preocupación es marcharme y acabar, acabar de una vez por todas. Se percatan de que no tengo visado para Chile. Tengo que parar en Montevideo, poner un telegrama, etc.

10 de agosto

Paseo por la ciudad. A las 14 horas avión, donde escribo esto y lo anterior. Terrible tristeza y sensación de aislamiento. No me ha llegado el correo y me estoy alejando de él.

El recibimiento de los oficiales franceses en Montevideo no es muy caluroso. Han tenido que cambiar varias veces la fecha de mis conferencias. Pero yo no tengo la culpa. Incluso se han olvidado de reservarme una habitación. Aterrizo, lleno de ideas negras, en una especie de trastero, donde me siento de todos modos mejor que en compañía de mis obligados anfitriones. Tardo en dormirme, dando vueltas y concentrando mi voluntad para no decaer interiormente antes de que termine el viaje.

Obligado a confesarme que, por primera vez en mi vida, estoy en plena debacle psicológica. Ese duro equilibrio que todo lo ha resistido, se derrumba a pesar de todos mis esfuerzos. Hay en mí unas aguas glaucas por donde pasan formas vagas, en las que se diluye mi ener-

¿Tal vez haya que leer *Kapok*?

gfa. Es el infierno, en cierto modo, esta depresión. Si la gente que aquí me recibe se diera cuenta del esfuerzo que hago para parecer normal, tratarían por lo menos de sonreír.

11 de agosto

Me levanto temprano y escribo unas cartas. Luego, como sigo sin noticias de mis protectores naturales, voy a visitar Montevideo en un hermoso día gélido. La punta de la ciudad se baña en las aguas amarillas del río de la Plata. Aireada, regular, Montevideo se halla rodeada por un collar de playas y un bulevar marítimo que me parecen bellos. Hay una prestancia en esta ciudad, en la que parece ser más fácil vivir que en otras que vi hasta ahora. Mimosas en los barrios ajardinados, y palmeras que me recuerdan a Mentón. Aliviado también por estar en un país de lengua española. Regreso a mi cuarto. Mis protectores naturales se despiertan. Saldré esta noche en el barco del río de la Plata para Buenos Aires. Almuerzo en casa del agregado cultural. Quay d'Orsay y sandeces floridas. Él es un buen chico, por lo demás. Por la noche, el barco abandona Montevideo. Miro de nuevo la luna sobre las aguas fangosas. Pero mi corazón está más seco de lo que estaba en el *Campana*.

12 de agosto

Por la mañana, Buenos Aires. Enorme amasijo de casas que se adelantan. W. R. me está esperando. Discutimos la cuestión de las conferencias. Yo mantengo mi posición añadiendo que mi conferencia, si la diese, versaría en parte sobre la libertad de expresión. Como además él emite la suposición de que mi texto podría ser requerido por la censura, para una lectura previa, le advierto que me negaré en redondo. Opina, por tanto, que más vale no buscar un segundo escándalo. ídem con el embajador. Vuelta por la ciudad, de una fealdad poco común. Gente, por la tarde. Para terminar, aterri-

zo en casa de V. O.²¹. Casa grande y agradable, del estilo «Lo que el viento se llevó». Grande y antiguo lujo. Tengo ganas de acostarme y de dormir hasta que llegue el fin del mundo. Me duermo, en efecto.

13 de agosto

Buena noche. Me despierto en un día brumoso y frío. V. me envía cartas desde su habitación. Luego, los periódicos. La prensa peronista ha silenciado o dulcificado mis declaraciones de ayer por la tarde. Almuerzo con el director de *La Prensa* (oposición), tentativas policiales, etc. Por la tarde, cuarenta personas. Al salir de allí, cena con V. y nos quedamos hablando hasta la medianoche. Ella me pone, para que las escuche, unas grabaciones de *La violación de Lucrecia* de Britten y unos poemas de Baudelaire, admirables. Primera velada de auténtico sosiego desde que salí. Debería quedarme aquí hasta el día de mi regreso, para evitar esta lucha continua que me agota. Hay una paz provisional en esta casa.

14 de agosto

A las nueve, sin noticias del avión que me llevará a Chile. Lllaman por teléfono a las doce. El día transcurre en casa de V. esperando la salida. Rafael Alberti está allí con su mujer. Simpático. Sé que es comunista. Finalmente, le explico mi punto de vista. Y él me aprueba. Pero la calumnia hará lo demás y me separará un día de este hombre que es y debería seguir siendo un camarada. ¿Qué hacer? Estamos en la edad de la separación. El avión sale por fin al ponerse el sol. Pasamos los Andes de noche —y no puedo ver nada—, lo que es símbolo de este viaje. Todo lo más, diviso las aristas nevadas en la noche. Pero he tenido tiempo de ver, antes de que anocheciera del todo, la inmensa y monótona pampa, que parece no acabar nunca. La bajada a Santiago se hace a la velocidad del rayo bajo un cielo aterciopelado. A nues-

tros pies, un bosque de estrellas parpadeantes. Dulzura acariciadora de estas ciudades tendidas en la noche a orilla de los océanos.

15 de agosto

En el Pacífico con Charvet y Fron. Ch. me habla de la influencia de los temblores de tierra sobre el comportamiento de los chilenos. Quinientas sacudidas al año, varias de ellas catastróficas. Esto crea una psicología de inestabilidad. El chileno es jugador, gasta cuanto tiene y hace política al día.

Vamos en coche: el Pacífico con largos rodillos blancos. Santiago, limitado por las aguas y los Andes. Los colores violentos (las caléndulas son color de minio), los ciruelos y almendros en flor se destacan sobre el fondo blanco de las cimas nevadas. Admirable país.

Por la tarde: incordio. A las seis, foro. Estoy en buena forma. Cena en casa de Charvet, donde me encuentro en plena depresión. Bebo demasiado, por cansancio, y me acuesto tarde. Tiempo perdido.

16 de agosto

Día infernal. Radio, visita. Almuerzo en casa del hijo de Vincent Anidobre en una casita -al pie de los Andes. Coloquio con gente de teatro de aquí. Conferencia a las 19 horas ante una sala que cansa por su densidad. Cena en la embajada, tan fastidiosa como el diluvio. Sólo el embajador es divertido; ayer bailaba, después de quitarse la chaqueta.

17 de agosto

Día de disturbios y revueltas. Ya ayer hubo manifestaciones. Pero hoy, les entra de repente como un temblor de tierra. El motivo es que aumenten los «micros» (autobuses de Santiago). Vuelcan los autobuses y los queman. Rompen los cristales de los que pasan por allí. Por la tarde me anuncian que la universidad, donde los estudiantes se han manifestado, está cerrada y que mi conferencia

no puede celebrarse. En dos horas, los servicios franceses organizan una conferencia en el Instituto francés. Cuando salgo de allí, las tiendas han echado sus cierres y la tropa con sus cascos y armas ocupa literalmente la ciudad. A veces dispara al aire. Estado de sitio. Por la noche, oigo disparos aislados.

18 de agosto

Avión retrasado hasta la noche. Los Andes están cerrados. Duermo mal o poco aquí, y estoy cansado. Los Charvet me vienen a buscar a las once y me duermo de pie, de tan mala noche como he pasado. Pero su amabilidad no se hace pesada y vamos a dar un paseo en coche por el campo chileno. Las mimosas y los sauces llorones. Hermosa naturaleza fuerte. En la parada que hacemos, excelente almuerzo ante un fuego de chimenea. Después, bifurcamos hacia los Andes y nos detenemos para merendar en un hotel de montaña. Me encuentro bien en Chile y podría vivir aquí un poco más, en otras circunstancias. Al volver, nos enteramos de que el avión ha sido aplazado para el día siguiente por la mañana. Llueve a mares. Cena en casa de los Charvet. Me acuesto a medianoche. Encuentro en el hotel algunos regalos de despedida. Tardo mucho en dormirme.

19 de agosto

A las 4.30 horas la compañía me llama por teléfono. Tengo que estar a las seis en el aeropuerto. A las siete sale el avión. Pero después de haber tratado de buscar un paso, baja hacia el sur y se mete por otro paso, tras haber hecho 200 km de más. Los Andes, prodigiosos relieves quebrados, desgarrando montañas de nubes, pero la nieve me deslumbra. Nos bambolemos y rodamos sin parar y, para colmo, me da un ataque de asfixia. Evito lo peor por los pelos y hago como quien duerme.

No llegamos a Buenos Aires hasta el mediodía. La falta de sueño me abrume en este momento. V. O. ha

venido a buscarme pero nadie de la embajada, y no me han sacado billete para Montevideo, donde tengo que hablar a las 18.30 horas. Gracias a V., nos precipitamos a Buenos Aires, y luego al aeropuerto de hidroaviones. Ya no hay plazas. V. llama por teléfono a un amigo. Todo se arregla. Salgo a las cinco menos cuarto con mal tiempo, amarillo por encima de las aguas amarillas. A las seis menos cuarto, Montevideo. La embajada ha delegado en alguien que me anuncia que han preferido suprimir la conferencia y llevarme al liceo francés. Allí, el director me dice que ha venido gente, de todos modos, y que no sabe qué hacer. Propongo un debate aunque estoy planchado. Aceptan y me largan para mañana mis dos conferencias, una a las once y otra a las seis. Debate. Y me acuesto, borracho de cansancio.

20 de agosto

Día mortal. A las diez, periodistas y A. A las once, primera conferencia en la sala de la Universidad. En medio de la conferencia, un curioso personaje entra en la sala. Una capa, la barba corta, los ojos negros. Se instala al fondo, de pie, abre ostensiblemente una revista y la lee. De cuando en cuando, tose muy fuerte. Este, al menos, pone algo de vida en el anfiteatro. Un momento con José Bergamín, fino, marcado, con la cara envejecida de intelectual español. No quiere elegir entre catolicismo y comunismo mientras la guerra de España no haya terminado. Un hipotenso cuya energía no es más que espiritual. Me gusta esa clase de hombres.

Bergamín: mi tentación más profunda es el suicidio. Y el suicidio espectacular. (Volver a España corriendo el riesgo de ser mal juzgado, resistir y morir.)

Almuerzo con amables parejas de profesores franceses. A las cuatro, conferencia de prensa. A las cinco, veo al director de teatro que va a montar *Calígula*. Quiere meterle unos ballets. Es una manía internacional. A las seis, Mlle. Lussitch y la encantadora agregada cultural de Uruguay me llevan a dar un corto paseo por los jardines a las

puertas de la ciudad, en coche. La tarde es suave, rápida, un poco tierna. Este país es fácil y bello. Me relajo un poco. A las 6.30 horas, segunda conferencia. El embajador se ha creído obligado a venir con su media naranja. En la primera fila se encuentran las siniestras caras del aburrimiento y de la vulgaridad. Después de la conferencia, salgo a pasear con Bergamín. Aterrizamos en un café populoso. Él duda de la eficacia de lo que está haciendo. Le digo que el mantener sin concesiones un rechazo es un acto positivo, cuyas consecuencias son positivas. Después, cena en casa de Suzannah Soca. Un montón de mujeres de mundo que, después del tercer whisky, se ponen insoportables. Algunas se ofrecen literalmente. Pero no hay en ellas nada apetecible. Una francesa encuentra el modo de hacer la apología de Franco delante de mí. Cansado, me tiro a matar y comprendo que haré mejor en retirarme. Propongo a la agregada cultural que se venga conmigo a beber una copa y nos escapamos. Esa cara bonita ayuda a vivir, por lo menos. La noche es dulce en Montevideo. Un cielo puro, el crujir de las palmas secas encima de la plaza de la Constitución, vuelos de palomas, blancos en el cielo negro. La hora sería fácil y esa soledad en que me encuentro, sin noticias desde hace dieciocho días, sin confianza, podría distenderse un poco. Pero la encantadora muchacha empieza a recitarme, en medio de la plaza, versos franceses compuestos por ella, acompañándolos con ademanes trágicos, con los brazos en cruz. La escucho con paciencia. Después, vamos a tomar una copa y la acompaño a su casa. Me acuesto y me vuelve una angustia y una melancolía que me impiden dormir.

21 de agosto

A las ocho, en pie. He dormido tres o cuatro horas. Pero el avión abandona el terreno a las once. Bajo un cielo tierno, aireado, nuboso, Montevideo expone sus playas —ciudad encantadora— donde todo invita a la felicidad y a la felicidad sin preocupaciones de la mente.

Estupidez de estos viajes en avión, medio de locomoción bárbaro y retrógrado. A las cinco volamos sobre Río, y al bajar, me recibe ese aire espeso y húmedo, cuya consistencia recuerda al algodón hidrófilo, que yo había olvidado y que es particular de Río. Al mismo tiempo, los loros chillones y multicolores y un pavo real de voz discordante. Soy únicamente capaz de irme a acostar, sin noticias además, sin ninguna carta que me espere en la embajada.

22 de agosto

Me traen el correo, había estado esperando dieciocho días en un despacho cualquiera. Cansado, no salgo de la habitación en todo el día. Por la noche, conferencia, tras la cual tomamos una copa en casa de Mme. Mineur. Me acuesto con fiebre.

23 de agosto

Me levanto algo mejor. Se acerca el día de la marcha. Será el jueves o el sábado. Pienso en París como en un convento. Almuerzo en Copacabana, ante el mar. Las olas son altas y sueltas. Me tranquilizo un poco mirándolas. Regreso. Duermo un poco. A las cinco, debate público con los estudiantes brasileños. ¿Será el cansancio? Jamás tuve tanta facilidad. Cena en casa de los Clavierie con Mme. R., mujer encantadora pero sin alcances, me parece.

24 de agosto

Me levanto un poco mejor aún. La salida se ha fijado ahora para el sábado. Visitas por la mañana y vuelve el cansancio. Hasta el punto de que decido no almorzar. A las 13.30 horas, Pedrosa y su mujer me vienen a buscar para ir a ver unas pinturas hechas por locos, en el extrarradio, en un hospital de línea moderna y suciedad antigua. El corazón se me encoge viendo unas caras detrás de los grandes barrotes de las ventanas. Dos pintores interesantes. Los otros poseen, probablemente, con qué éxtasis a nuestras mentes avanzadas de París. Pero, de he-

cho, es pura fealdad. Más chocante todavía en la escultura, fea y vulgar. Me aterro al reconocer en un joven médico psiquiatra del establecimiento al muchacho que, al principio, me hizo la pregunta más estúpida que me han hecho en toda América del Sur. Él es quien decide la suerte de estos desdichados. Muy afectado él mismo, por lo demás. Pero aún crece mi pavor cuando me anuncia que hará el viaje a París conmigo, el sábado; treinta y seis horas encerrado con él en una cabina metálica, es la última prueba.

Por la noche, cena en casa de Pedrosa con gente inteligente. Lluvia recia al regresar.

25 de agosto

Gripe. Decididamente, este clima no me sienta bien. Trabajo un poco durante la mañana y luego voy al parque zoológico a ver al perezoso.

Pero el perezoso vive en libertad y hay que buscarlo entre los millares de árboles del parque. Renuncio a ello. Por lo menos, veo las espléndidas onzas, los horribles lagartos y el oso hormiguero. Almuerzo con Letarget en Copacabana. Río está velada por una lluvia incesante que llena los agujeros de la calzada y aceras, y disuelve los falsos barnices con que han tratado de recubrirla. Reaparece la ciudad colonial y debo decir que resulta más atractiva así, con su barro, su estancamiento y el vaho de su cielo. Compras después de comer. Todo lo que encuentro en este país viene de otra parte. Por la tarde, a las cinco, en casa de Mendés. Otra vez un montón de gente, con quien me aburro sin tener fuerzas para disimularlo. Físicamente, ya no puedo soportar una sociedad numerosa. Lo mismo en la cena, en que somos siete, allí donde yo creía encontrar únicamente a Pedrosa y a Barleto, y donde todo el mundo habla quitándose la palabra y a voz en grito. Con la contribución de la gripe, la prueba se convierte en algo infernal. Quisiera irme pero no me atrevo a dar la señal. A la una, Mme. Pedrosa se da cuenta de que no me tengo en pie, y me voy a acostar.

26 y 27 de agosto

Dos días espantosos en que me arrastro con mi gripe por diferentes rincones con diferentes personas, insensible a lo que veo, preocupado únicamente por recuperar mis fuerzas, en medio de gentes cuya amistad o histeria no se percata para nada del estado en que me encuentro y lo agrava todavía un poco más. Velada en casa del cónsul donde oigo comentar la necesidad de los castigos corporales en nuestros ejércitos coloniales.

Sábado, 16 horas. Me avisan de que el avión ha tenido una avería y no saldrá hasta mañana domingo. La fiebre aumenta y empiezo a preguntarme si no se trata de algo más serio que una gripe.

31 de agosto

Enfermo. Bronquitis, por lo menos. Lllaman por teléfono diciendo que salimos esta tarde. Hace un día radiante. Médico. Penicilina. El viaje se termina dentro de un ataúd metálico, entre un médico loco y un diplomático, camino de París.

CARNETS, 2

Título original: Carnets (janvier 1942-mars 1951) (1964)

Traducción de Mariano Lencera

Revisión de Esther Benitez

Cuaderno IV

(Enero de 1942 - septiembre de 1945)

Enero-febrero

«Todo lo que no me mata me hace más fuerte.» Sí, pero... Y qué duro resulta soñar con la felicidad. El peso aplastante de todo eso. Lo mejor es callarse para siempre y volver la atención a lo demás.

Dilema, dice Gide: ser moral, ser sincero. Y también: «Sólo son bellas las cosas que dicta la locura y la razón escribe».

Desasirse de todo. A falta de desierto, la peste, o la pequeña estación de Tolstoi.

Goethe: «Me sentía lo bastante dios como para descender hasta las hijas de los hombres».

No hay grandes crímenes que un hombre inteligente no se sienta capaz de cometer. Según Gide, las grandes inteligencias no incurren en ellos, *porque se limitarían*.

Retz aplaca fácilmente un amago de sublevación en París porque es la hora de cenar: «Ni a los más enardecidos les gusta lo que llaman *vivir a deshoras*».

Hitos extranjeros: { Tolstoi;
Melville;
D. de Foe;
Cervantes.

Retz: «El señor duque de Orleans tenía, con excepción del valor, todo lo necesario para ser un *honnête homme*».

Unos gentileshombres de la Fronda, al encontrarse con un cortejo fúnebre, se lanzan espada en mano contra el crucifijo, a la voz de: «He ahí al enemigo».

Muchas razones (buenas o malas, políticas o de otra índole) explican la hostilidad oficial contra Inglaterra. Pero no se habla de uno de los peores motivos: el encono y el bajo deseo de ver sucumbir al que osa resistirse contra la fuerza que a uno mismo lo ha aplastado.

El francés ha conservado la costumbre y las tradiciones de la revolución. Lo único que ha perdido son las agallas. Se ha vuelto funcionario, pequeño burgués y modistilla. El rasgo genial es haberlo convertido en revolucionario legal. Conspira con autorización oficial. Arregla el mundo sin despegar el culo del sillón.

Epígrafe a Oran o el Minotauro.

Gide. Un espíritu sin prevenciones. «Me lo imagino en la corte del rey Minos, inquieto por saber qué especie de monstruo inconfesable puede ser el Minotauro; si es tan espantoso como lo pintan o si no será tal vez encantador.»

En el drama antiguo, el que paga siempre las consecuencias es el que tiene razón: Prometeo, Edipo, Orestes, etc. Pero esto no tiene importancia. De todas maneras, con razón o sin ella, todos acaban en el infierno. No hay ni recompensa ni castigo. De aquí proviene —para nuestros ojos oscurecidos por siglos de perversión cristiana— el carácter gratuito de estos dramas. Y también lo patético de estos juegos.

Confrontar esto: «El gran peligro consiste en dejarse acaparar por una idea fija» (Gide) y la «obediencia» nietzscheana. El mismo Gide, refiriéndose a los desheredados: «Dejadles la vida eterna o dadles la revolución». Para mi ensayo sobre la rebelión. «No me saquéis de mi cuevita querida», dice la Secuestrada de Poitiers, que vivía allí entre la mierda.

Atracción que sienten algunos espíritus por la justicia y su funcionamiento absurdo. Gide, Dostoievski, Balzac, Kafka, Malraux, Melville, etc. Buscar la explicación.

Stendhal. Imaginemos la historia de Malatesta o de los Este contada por Barres y luego por Stendhal. Stendhal adoptará el estilo de la crónica, hará el reportaje de lo «sensacional». El secreto de Stendhal consiste en la desproporción que hay entre el contenido y el tono del relato (puede compararse con algunos americanos). Precisamente la misma desproporción que existe entre Stendhal y Beatrice Cenci. Se habría malogrado el efecto si Stendhal hubiera adoptado el tono patético. (A pesar

de las historias literarias Tirteo es ridículo y odioso.) *Le Rouge et le Noir* lleva como subtítulo *Chronique de 1830* [*Crónica de 1830*]. Las crónicas italianas (etc.).

Marzo

El Lucifer de Milton. «Cuanto más lejos de El, mejor. El espíritu tiene en sí mismo su morada; dentro de sí mismo puede hacer un cielo del infierno, un infierno del cielo... Vale más reinar en el infierno que servir en los cielos.»

Psicología sucinta de Adán y Eva: Él, formado para la contemplación y el valor; ella, para la molicie y la gracia seductora. Él, sólo para Dios. Ella, para Dios en él.

Schiller muere habiendo «salvado todo lo que podía salvarse».

Canto X de la *litada*. Esos jefes acosados por el insomnio y la intolerable derrota, que se agitan, andan sin rumbo, se aman, se reúnen y luego intentarán una aventura, una incursión contra el enemigo, por «hacer algo».

Los caballos de Patroclo lloran en la batalla cuando muere su amo. Y (canto 18) los tres grandes gritos de Aquiles reintegrado al combate, plantado en el foso de la ciudadela, envuelto en el resplandor de sus armas, bravo. Y los troyanos retroceden. Canto 24. La congoja de Aquiles llorando en la noche después de la victoria. Príamo: «Puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mis labios la mano del hombre que ha matado a mis hijos».

(¡El Néctar era rojo!)

Lo más elogioso que se puede decir de la *litada* es que, conociendo el desenlace de la lucha, se comparte,

sin embargo, la angustia de los aqueos acorralados por los troyanos en sus fortificaciones. (La misma observación respecto a *La Odisea*; se sabe de antemano que Ulises matará a los pretendientes.) ¡Cuál debió de ser la emoción de los que oían por primera vez el relato!

Para una psicología generosa.

Se ayuda más a un ser dándole una imagen favorable de sí mismo que enfrentándolo sin cesar con sus defectos. Normalmente, todo ser se esfuerza por parecerse a su mejor imagen. Puede extenderse a la pedagogía, la historia, la filosofía, la política. Por ejemplo, somos el resultado de veinte siglos de imaginación cristiana. Desde hace 2.000 años se presenta al hombre una imagen humillada de sí mismo. El resultado está a la vista. En todo caso, ¿quién podría decir lo que seríamos si hubiera perseverado en estos veinte siglos el antiguo ideal clásico, con su bella figura humana?

Para un psicoanalista, el yo asiste a una continua representación de sí mismo, pero su libreto es falso.

F. Alexander y H. Staub. *El criminal*. Hace siglos se condenaba a los histéricos, llegará un tiempo en que se trate a los criminales como enfermos.

«Vivir y morir delante de un espejo», dice Baudelaire. No se presta bastante atención a ese «y morir». En vida, todos lo hacen. Lo difícil es adquirir el dominio de la propia muerte.

Psicosis de arresto. Frecuentaba asiduamente los lugares públicos distinguidos: salas de concierto, grandes restaurantes. Entablar cierta vinculación, una especie de solidaridad con las personas que concurren a ellos, equi-

vale a una defensa. Además, procura una sensación cálida codearse con la gente. Soñaba con publicar libros estupendos que crearan una aureola en torno de su nombre y lo volvieran invulnerable. Según razonaba, bastaría entonces lograr que los polizontes leyesen sus libros para que dijeran: «¡Pero este hombre tiene sensibilidad...! ¡Es un artista! No se puede condenar a un alma semejante.» En cambio, otras veces tenía la impresión de que una enfermedad o una invalidez cualquiera lo protegerían exactamente igual. Y así como los criminales de antaño huían a los desiertos, él planeaba huir a una clínica, un sanatorio o un asilo.

Necesitaba contacto, calor. Pasaba revista a sus relaciones. «Imposible hacerle esto al amigo del señor X, al invitado del señor Y.» Pero nunca hay relaciones suficientes para contener el avance del brazo imperturbable que lo amenazaba. Recurría entonces a las epidemias. Un tifus, una peste, es cosa que puede ocurrir, a veces ocurre. En cierto modo, es verosímil. Pues bien, eso lo cambia todo, ahora es el desierto el que se acerca. Ya nadie tiene tiempo para ocuparse de uno. Porque ahí está el asunto: pensar que alguien, sin que uno se entere, se está ocupando de uno, y no saber en qué anda, ni lo que ha resuelto... si es que ha resuelto algo. La peste entonces, para no hablar de un terremoto.

Así este corazón salvaje apelaba al prójimo y mendigaba su calor. Así esta calma carcomida, agostada, pedía frescura a los desiertos y cifraba su paz en una enfermedad, una plaga, una catástrofe. (Desarrollar.)

A los cincuenta años, el abuelo de A. B. resolvió que ya había hecho bastante en la vida. Se metió en la cama, en su casita de Tlemcen, y no volvió a levantarse más, salvo para lo imprescindible, hasta su muerte, a los ochenta y cuatro años. Por avaricia, nunca había querido comprarse un reloj. Calculaba el tiempo, y sobre todo la hora de las comidas, con ayuda de dos marmitas, una de

las cuales estaba llena de garbanzos. Iba llenando la otra con el mismo movimiento continuo y regular, y de tal modo encontraba sus hitos en una jornada medida con marmita.

Ya había dado indicios de su vocación en el hecho de que nada le interesaba, ni su trabajo, ni la amistad, ni la música, ni las reuniones del café. Nunca había salido de la ciudad, excepto un día que, debiendo viajar a Oran, se detuvo en la estación inmediata a Tlemcen, amedrentado por la aventura. Volvió entonces a la ciudad en el primer tren. A los que se extrañaban de su vida durante los treinta y cuatro años que pasó en la cama, les decía que la religión estipula que la mitad de la vida del hombre es una ascensión y la otra mitad un descenso, y que en el descenso sus días ya no le pertenecen. Por otra parte se contradecía al sostener que Dios no existe, pues de lo contrario la existencia de los sacerdotes hubiera sido inútil, pero esta filosofía se atribuye al malhumor que le causaban las frecuentes colectas de la parroquia.

El toque final del personaje es un profundo deseo, que reiteraba ante quien quisiera escucharlo: tenía la esperanza de morir muy viejo.

¿Hay un diletantismo trágico?

Llegado al absurdo, y cuando trata de vivir *consecuente-mente*, un hombre comprueba siempre que la conciencia es la cosa más difícil de mantener del mundo. Las circunstancias casi siempre se oponen a ello. Se trata de vivir la lucidez en un mundo donde la dispersión es regla.

Advierte así que el verdadero problema, *aun sin Dios*, es el de la unidad psicológica (en realidad, el ensayo sobre el absurdo sólo plantea el problema de la unidad metafísica del mundo y del espíritu) y la paz interior. También advierte que esta paz no es posible sin una disciplina difícil de conciliar con el mundo. *Aquí está el pro-*

blema, justamente hay que conciliarla con el mundo. Se trata nada menos que de realizar *la regla en el siglo*.

El obstáculo *es la vida pasada* (profesión, matrimonio, opiniones anteriores, etc.), lo que ya ha acontecido. No eludir ningún factor de este problema.

Es detestable el escritor que habla y saca provecho de lo que no ha vivido nunca. Pero, ojo: un asesino no es el hombre más indicado para hablar del crimen (¿no será, sin embargo, el más indicado para hablar de su crimen? Ni siquiera esto es seguro). Entre la creación y el acto hay que suponer cierta distancia. El verdadero artista se encuentra siempre a mitad de camino entre las concepciones de su imaginación y sus actos. Es el que es «capaz de». Podría ser lo que describe, vivir lo que escribe. El acto en sí lo limitaría: sería sólo «el que hizo».

«Los superiores no perdonan nunca en sus inferiores una apariencia de grandeza» (*Le Curé de Village*).

Id. «Ya no hay pan.» Véronique y el valle de Montignac surgen del *mismo tiempo*. Igual simbolismo que en *Le Lys*.

Los que dicen que Balzac escribe mal, deberían confrontar la muerte de Madame Graslin: «En ella todo se purificó, se aclaró, y hubo en su rostro como un reflejo de las espadas flamígeras de los ángeles guardianes que la rodeaban».

Etude de femme: El relato es impersonal, pero el que narra es Bianchon.

Alain sobre Balzac: «Su genio consiste en instalarse en lo mediocre y hacerlo sublime sin cambiarlo».

Balzac y los cementerios en *Ferragus*.

El Barroco de Balzac: las páginas sobre el órgano en *Ferragus* y *Duchesse de Langeais*.

Esa llama cuyo reflejo ardiente e indistinto ve la du-

quesa en la mansión de Montriveau rojea en toda la obra de Balzac.

Hay dos clases de estilo: Madame de Lafayette y Balzac. El primero es perfecto en el detalle, el otro trabaja en gran escala y cuatro capítulos apenas bastan para dar una idea de su aliento. Balzac escribe bien no a *pesar* de sus errores gramaticales, sino incluso *por* ellos.

Secreto de mi universo: imaginar a Dios sin la inmortalidad humana.

Charles Morgan y la unidad del espíritu: la felicidad de la intención única —el firme talento de la excelencia—, «el genio es este poder de morir», la oposición a la mujer y a su trágico amor por la vida; son otros tantos temas, otras tantas nostalgias.

Sonetos de Shakespeare:

«Mas la visión del alma imaginada tu sombra sólo a mi ceguera ofrece.»

—Todos los locos de esta era

Que, muriendo por el bien, han vivido en el crimen.

Los países que albergan belleza son los más difíciles de defender, hasta tal punto se querría preservarlos. Los pueblos artistas deberían ser, pues, las víctimas señaladas de los pueblos ingratos, si el amor a la libertad no superara el amor a la belleza en el corazón de los hombres. Es una sabiduría instintiva, ya que la libertad es fuente de belleza.

Calipso propone a Ulises que elija entre la inmortalidad y su tierra natal. El rechaza la inmortalidad. Tal vez sea éste todo el sentido de la *Odisea*. En el canto XI Ulises y los muertos ante la fosa llena de sangre; Agamenón le dice: «Jamás seas benévolo ni le descubras todo lo que pienses».

Observar también que la *Odisea* habla de Zeus como del Padre creador. Una paloma cae sobre la roca, «pero el Padre crea otra para que el número esté completo».

XVII. El perro Argos.

XXII. Ahorcan a las mujeres que se han entregado; increíble crueldad.

Más sobre Stendhal cronista. Ver Diario, págs. 28-29.

«El extremo de la pasión puede ser matar una mosca por amor a la querida.» «Sólo pueden hacerme feliz las mujeres de gran carácter.»

Y este rasgo: «Como muchas veces ocurre con los hombres que han concentrado su energía en uno o dos puntos vitales, tenía un aire indolente y descuidado».

T. II. «Esta noche he sentido con tanta intensidad, que me ha dado dolor de estómago.»

Stendhal, que no se equivocó sobre su futuro literario, se equivoca burdamente sobre el de Chateaubriand: «Apostaría que en 1913 ya ni se hablará de sus escritos».

Epitafio de H. Heine: «Amó las rosas del Brenta».

Flaubert: «Un hombre juzgando a otro es un espectáculo que me haría morir de risa si no me diera lástima».

Lo que vio en Genova: «Una ciudad toda de mármol con jardines llenos de rosas».

f

Y «La ineptia consiste en querer llegar a una conclusión».

Correspondencia de Flaubert.

Tomo II. «Generalmente el éxito con las mujeres es señal de mediocridad» (?).

Id. ¿«Vivir como un burgués y pensar como un semi-diós»? Cfr. la historia de la lombriz solitaria.

Las obras maestras son bobas, tienen el mismo aspecto de placidez que los animales grandes.

«Si hubiera sido amado a los diecisiete años, ¡qué artista sería ahora!»

«En arte nunca hay que tener miedo de ser *exagerado*... Pero la exageración debe ser continua, proporcional a sí misma.»

Su meta: la aceptación irónica de la existencia y su transformación total por obra del arte. «Vivir no nos concierne.»

Explicar al hombre por esta clave de largo alcance: «Sostengo que el cinismo linda con la castidad».

Id. «No haríamos nada en este mundo si no estuviéramos guiados por ideas falsas (Fontenelle).»

A primera vista, la vida del hombre es más interesante que sus obras. Forma un todo obstinado y tenso. Reina en ella la unidad de espíritu. Hay un soplo único a través de todos esos años. La novela es él mismo... Habrá que rever esto, naturalmente.

Siempre hay una filosofía para la falta de valor.

La crítica de arte intenta expresarse en el lenguaje de la pintura por temor a que se la tache de literatura,

y es entonces cuando se hace literatura. Hay que volver a Baudelaire. La transposición humana, *pero objetiva*.

Madame V. en medio de olor a carne podrida. Tres gatos, dos perros, disertando sobre el canto interior. La cocina está cerrada. Hace un calor espantoso.

Todo el peso del cielo y del calor cae sobre la bahía. Todo es luminoso. Pero el sol ha desaparecido.

Hay que tratar íntegramente las dificultades de la soledad.

Montaigne: una vida evasiva, oscura y muda.

La inteligencia moderna está en plena confusión. El conocimiento se ha dilatado a tal extremo que el mundo y el espíritu han perdido todo punto de apoyo. Es un hecho que estamos enfermos de nihilismo. Pero lo más sorprendente son las prédicas sobre «retornos». Retorno a la Edad Media, a la mentalidad primitiva, a la tierra, a la religión, al arsenal de las viejas soluciones. Para atribuir a estas panaceas una pizca de eficacia habría que hacer tabla rasa de nuestros conocimientos —hacer como si no hubiéramos aprendido nada—, fingir, en suma, que borramos lo que no puede borrarse. Habría que tachar de un plumazo el aporte de varios siglos y las innegables conquistas de un espíritu que finalmente (es su último progreso) recrea el caos por su propia cuenta. Esto es imposible. La curación tendrá que conciliarse con esta lucidez, con esta clarividencia. Deberá tener en cuenta las luces que conquistamos desde el instante de nuestro exilio. La inteligencia no está confundida, porque el conocimiento haya trastornado el mundo. Lo está porque no ha podido adaptarse a ese trastorno. No «se ha hecho a la

idea». Que se haga a ella, y la confusión desaparecerá. El espíritu podrá enfrentarse al desorden con la clara conciencia de que existe. Hay que rehacer toda una civilización.

Sólo tienen que ser palpables las pruebas.

«Europa —dijo Montesquieu— se perderá por sus hombres de guerra.»

¿Quién puede decir: «he tenido ocho días perfectos»? A mí me lo dice el recuerdo, y sé que no me miente. Sí, esta imagen es perfecta, como perfectos fueron aquellos largos días. Eran alegrías enteramente físicas y todas contaban con el asentimiento del espíritu. La perfección es eso: el acuerdo con la propia condición, el reconocimiento y el respeto del hombre.

¡Largas dunas salvajes y puras! Fiesta del agua por la mañana tan negra, tan clara al mediodía, y por la noche, tibia y dorada. Largas mañanas en la duna, y entre los cuerpos desnudos, mediodía abrumador, y habría que repetir todo lo que sigue, decir una vez más lo que ya ha sido dicho. Aquello era la juventud. En eso consiste la juventud y, a los treinta años, lo único que deseo es proseguir esa juventud. Pero...

Los libros de Copérnico y de Galileo permanecieron en el índice hasta 1822. Tres siglos de terquedad, sí que tiene gracia.

Pena de muerte. Se mata al criminal porque el crimen agota en un hombre toda la facultad de vivir. Si ha

matado, lo ha vivido todo. Ya puede morir. El asesinato es exhaustivo.

¿En qué se distingue la literatura del siglo xx, y sobre todo la del siglo XX, de la de los siglos clásicos? Es moralista también puesto que es francesa. Pero la moral clásica es una moral crítica (exceptuando a Corneille), negativa. Por el contrario, la moral del siglo xx es positiva: define *estilos de vida*. Veamos al héroe romántico, Stendhal (es muy de su siglo pero es por eso), Barres, Montherlant, Malraux, Gide, etc.

Montesquieu: «Hay imbecilidades tales que más valdría una imbecilidad mayor».

Se comprende mejor el «eterno retorno» si se lo concibe como una repetición de los grandes momentos, como si todo apuntara a reproducir o a dar resonancia a los momentos culminantes de la Humanidad. Los primitivos italianos o la Pasión según San Juan, reviviendo, imitando, comentando hasta el infinito el «Todo está consumado» de la colina sagrada. Todas las derrotas tienen algo de Atenas dando acceso a los romanos bárbaros, todas las victorias hacen pensar en Salamina, etc.

Brulard: «Mis composiciones me han inspirado siempre el mismo pudor que mis amores.»

Id. «Una tertulia de ocho o diez personas, en la cual todas las mujeres presentes han tenido amantes, en la que se mantiene una conversación divertida y salpicada de anécdotas, y en la que a las doce y media se sirve un ponche liviano, es el lugar de la tierra donde me siento más a gusto.»

Psicosis de arresto: en el momento de enviar la mensualidad a su hijo, la aumentó en cien francos. Es que se siente impelido a la ternura, a la generosidad. La angustia lo vuelve altruista.

Así los dos hombres perseguidos en una ciudad durante todo el día se enternecen en cuanto pueden hablar. Uno llora, hablando de su mujer, a la que no ha visto desde hace dos años. Imaginen las noche en las ciudades donde el perseguido era solitario.

A. J. T. sobre *El extranjero*.

Es un libro muy meditado y su tono... es intencional. Admito que se eleva cuatro o cinco veces, pero es para evitar la monotonía y para que haya composición. Con el capellán, mi *Extranjero* no se justifica. Monta en cólera, lo que es muy distinto. ¿Dirá usted que en tal caso el que explica soy yo? Sí, y lo he pensado mucho. Resolví hacerlo, porque quería que mi personaje llegara al único gran problema por el camino de lo cotidiano y de lo natural. Había que marcar ese gran momento. Observen, por lo demás, que no hay ruptura en mi personaje. Tanto en este capítulo como en el resto del libro, se limita a *contestar las preguntas*. Antes, las preguntas que el mundo plantea todos los días; en ese momento las del capellán. De modo que defino a mi personaje negativamente.

Todo esto, como es natural, se refiere a los medios artísticos, no al fin. El sentido del libro está exactamente en el paralelismo de las dos partes. Conclusión: la sociedad necesita gente que lllore en el entierro de su madre; o bien: uno no es condenado nunca por el crimen que cree. Y todavía veo otras diez conclusiones posibles.

Las grandes frases de Napoleón: «La felicidad es el máximo desarrollo de mis facultades».

Antes de la isla de Elba: «Vale más un granuja vivo que un emperador muerto».

* «Un hombre auténticamente grande se situará siempre por encima de los acontecimientos que ha provocado.» »

«Hay que querer vivir y saber morir.»

Críticas a *El extranjero*. Se encona la «Moralina». Imbéciles que creéis que la negación es un abandono cuando es una elección. (El escritor de *La peste* muestra el aspecto heroico de la negación.) No hay otra vida posible para un hombre privado de Dios. Y todos los hombres lo están. ¡Imaginar que resida la hombría en la agitación profética, la grandeza en la afectación espiritual! Pero esta lucha por la poesía y sus oscuridades, esta aparente rebelión del espíritu es *la que menos cuesta*. Es inoperante y los tiranos lo saben de sobra.

Sin mañana

«¿Qué idea estoy incubando, que es más grande que yo, y que siento sin poder definirla? Una especie de marcha difícil hacia una santidad de la negación — un heroísmo sin Dios—, el hombre puro, en fin. Todas las virtudes humanas, entre ellas la soledad respecto a Dios.

»¿En qué consiste la superioridad *de ejemplo* (la única) que tiene el cristianismo? Cristo y sus santos: la búsqueda de un *estilo de vida*. Esta empresa contará tantas formas como etapas en el camino de una perfección sin recompensa. El extranjero es el punto cero. *Id.* el Mito. La Peste es un progreso, no desde el cero hacia el infinito, sino hacia una complejidad más honda que queda por definir. El punto final será el santo, pero tendrá su valor numérico: será, como el hombre, mensurable.»

De la crítica

Tres años para hacer un libro, cinco líneas para ridiculizarlo, y las citas apócrifas.

Carta a A. R., crítico literario (destinada a no ser remitida).

... Una frase de su crítica me ha sorprendido mucho: «paso por alto...» ¿Cómo es posible que un crítico entendido, consciente de la trabazón interna que hay en toda obra artística, «pase por alto» en la pintura de un personaje *la única oportunidad* en que éste habla de sí mismo y confía al lector algo de su secreto? ¿Y cómo no ha advertido usted que ese final era también una convergencia, una ocasión excepcional en que el ser tan disperso que pinté se integraba por fin?...

... Me atribuye usted intenciones realistas. Realismo es una palabra que carece de contenido (*Madame Bovary* y *Los posesos* son novelas realistas, y nada tienen en común). Eso no me ha preocupado. Si hubiera de concretar mi ambición, más bien hablaría de símbolo. Por lo demás, así lo ha interpretado usted perfectamente, sólo que atribuye a ese símbolo un sentido que no tiene, y, para decirlo sin rodeos, me adjudica gratuitamente una filosofía ridícula. Nada en ese libro lo autoriza a sostener, en efecto, que yo crea en el hombre natural, que identifique al ser humano con una planta, que considere su naturaleza ajena a la moral, etc. El protagonista no tiene iniciativas en ningún momento. Usted no ha reparado en que siempre se limita a *contestar las preguntas*, tanto de la vida como de los hombres. De modo que jamás afirma nada, y yo no he dado de él otra cosa que un negativo. Ningún dato pudo hacerle prejuzgar su actitud íntima, como no fuera en el último capítulo.; Precisamente el que usted «pasa por alto».

Llevaría demasiado tiempo explicarle todas las razones que me decidieron a «decir lo menos posible». Lamento solamente que un examen superficial le haya inducido a atribuirme una filosofía barata que no estoy dispuesto a reconocer. Entenderá mejor lo que digo, si le

puntualizo que la única cita de su artículo es apócrifa (transcribir y rectificar) y, por tanto, da pie a deducciones ilegítimas. Es posible que hubiera allí una filosofía diferente, y que usted apenas la rozara al definirla como «inhumanidad». Pero ¿acaso vale la pena demostrarlo?

Quizá piense usted que esto es dar demasiada importancia al librito de un desconocido. Por mi parte, creo que en este asunto se trata de algo más que de mí. Porque se ha colocado usted en un punto de vista moral que le impide juzgar en la perspicacia y el talento que se le reconocen. Esa posición es insostenible, y usted lo sabe mejor que nadie. Un límite muy impreciso separa sus críticas de las que pronto podrán hacerse (y ya se han hecho, no mucho tiempo atrás) dentro de una literatura dirigida, sobre el carácter moral de tal o cual obra. Esto es abominable, se lo digo sin irritación. Ni usted ni nadie está calificado para juzgar si una obra puede ser buena o mala para el país, en este momento o en otro alguno. Yo, por lo menos, me niego a someterme a tales jurisdicciones, y éste es el motivo de mi carta. Le agradecería, en efecto, que me creyera capaz de aceptar con serenidad críticas más duras, pero formuladas con más amplitud de criterio.

En todo caso, desearía que esta carta no diera ocasión a un nuevo malentendido. Mi actitud hacia usted no es la de un autor descontento, y le ruego que no dé ninguna publicidad a esta carta. Pocas veces habrá visto mi nombre en las revistas actuales, cuyo acceso resulta, sin embargo, tan fácil. Ocurre que, no teniendo nada que decir en ellas, prefiero no hacer concesiones a la publicidad. Si publico ahora libros que me han costado años de trabajo, lo hago sólo porque están terminados, y porque tengo en preparación los siguientes. No espero de ellos ningún beneficio material, ni renombre alguno. Si acaso, esperaba que me valdrían la atención y la paciencia que merece cualquier empresa de buena fe. Hay que pensar que aun esta exigencia era

desmedida. Comoquiera que sea, acepte usted, señor, las expresiones de mi sincera consideración.

Tres personajes entraron en la composición de *El extranjera* dos hombres (uno de ellos yo mismo) y una mujer.

Brice Parain. Ensayo sobre el logos platónico. Estudia el logos como lenguaje. Significa dotar a Platón de una filosofía de la expresión. Rastrea esfuerzo de Platón en procura de un realismo razonable. ¿Dónde está lo «trágico» del problema? Si nuestro lenguaje no tiene sentido, nada tiene sentido. Si los sofistas tienen razón, el mundo es insensato. La solución de Platón no es psicológica, sino cosmológica. Cuál es la originalidad de la posición de Parain: considera el problema del lenguaje como metafísico, y no social y psicológico, etc. Ver notas.

Obreros franceses; los únicos a cuyo lado me siento cómodo, a quienes tengo ganas de conocer y de «vivir». Son como yo.

Finales de agosto del 42

Literatura. Desconfiar de esta palabra. No apresurarse a pronunciarla. Si se quitase lo que hay de literatura en los grandes escritores, probablemente se quitaría lo que tienen de más personal. Literatura = nostalgia. El hombre superior de Nietzsche, el abismo de Dostoievski, el acto gratuito de Gide, etc.

Este sonido de manantiales a lo largo de mis jornadas. Fluyen a mi alrededor, a través de los prados llenos de

sol; luego más cerca, y pronto tendré ese sonido en mí, este manantial en el corazón, y este ruido de fuente acompañará todos mis pensamientos. Es el olvido.

Peste. Imposible salir. Esta vez demasiados «azares» en la redacción. Hay que ceñirse estrictamente a la idea. *El extranjero* describe la desnudez del hombre frente al absurdo. *La peste*, la equivalencia profunda de los puntos de vista individuales frente al mismo absurdo. Es una progresión que se precisará en otras obras. Pero, además, *La peste* demuestra que el absurdo *no enseña nada*. Es el paso definitivo.

Panelier. Antes de asomar el sol, los abetos no se distinguen de las ondulaciones que los sostienen por encima de las altas colinas. Después, desde muy lejos y por detrás, el sol dora la cima de los árboles. Así, y contra el fondo apenas descolorido del cielo, diríase una tropa de salvajes emplumados que surgiera del lado opuesto de la colina. A medida que asciende el sol y que el cielo se aclara, los abetos crecen y la bárbara tropa parece avanzar y concentrarse en un tumulto de plumas antes de la invasión. Luego, cuando el sol está bátante alto, ilumina de pronto a los abetos que bajan por el flanco de las montañas. Y aparentemente se inicia una carrera desenfundada hacia el valle, el principio de una breve y trágica lucha en la que los bárbaros del día pondrán en fuga al frágil ejército de los pensamientos de la noche.

Lo que resulta conmovedor en Joyce no es la obra, es el hecho de haberla emprendido. Distinguir así lo patético de la empresa —que nada tiene que ver con el arte— y la emoción artística propiamente dicha.

Persuadirse de que una obra de arte es cosa humana y que el creador no tiene nada que esperar de un «dictado» trascendente. *La cartuja, Ledra, Adolphe* hubieran podido ser diferentes, y no menos hermosos. Dependía de su autor, amo absoluto.

Un ensayo sobre Francia dentro de muchos años no podrá dejar de referirse a la época actual. Esta idea se me ocurrió en un pequeño tren local mientras veía desfilar, apiñados en estaciones minúsculas, esos rostros y esas siluetas de franceses que me será difícil olvidar: parejas de viejos campesinos, ella apergaminada, él con la cara lisa de bigote encanecido, iluminada por los ojos claros; siluetas agobiadas por dos inviernos de privaciones, vestidas con ropa remendada y lustrosa por el uso. La elegancia se ha perdido en este pueblo donde ahora reina la miseria. En los trenes se ven maletas gastadas, cerradas con cuerdas, reparadas con cartones. Todos los franceses tienen aspecto de emigrantes.

Id. en las ciudades industriales. Ese viejo obrero que vido en la ventana, con sus anteojos, y que aprovecha la última luz del día para leer, con el libro hábilmente colocado en la palma de las manos extendidas.

En la estación toda una multitud apretujada absorbe sin quejarse un alimento infame, y después se va por la ciudad oscura, se codea sin mezclarse y vuelve a hoteles, habitaciones, etc. Vida desesperante y silenciosa que toda Francia soporta, a la expectativa.

Hacia el 10, el 11, el 12 de cada mes, todo el mundo fuma. El 18, inútil pedir fuego en la calle. En los trenes se habla de la sequía. Es menos espectacular aquí que en Argelia, pero no menos trágica. Un viejo obrero cuenta su miseria: sus dos habitaciones a una hora de Saint-Etienne. Dos horas de camino, ocho horas de trabajo —nada que comer en la casa—, demasiado pobre para recurrir al mercado negro. Una mujer joven lava por horas, porque tiene dos hijos y su marido ha vuelto de la

guerra con una úlcera de estómago. «Necesitaría carne blanca bien asada. Dónde la va a encontrar. Le han extendido un certificado de régimen. Entonces le dan 3/4 de litro de leche, pero le suprimen las materias grasas. ¿Dónde se ha visto que se pueda alimentar a un hombre con leche?» A veces le roban la ropa blanca de sus clientes. Tiene que pagarla.

Entre tanto, la lluvia anega el sucio paisaje de un valle industrial —el agrio perfume de esta miseria—, la horrible angustia de estas vidas. Y los otros hacen discursos.

Saint-Etienne por la mañana en la niebla con las sirenas que llaman al trabajo en medio de una maraña de torres, de edificios y de grandes chimeneas que alzan en sus extremos, hacia un cielo en tinieblas, su depósito de escorias como una monstruosa ofrenda ritual.

Budejovice, acto III ¹. La hermana vuelve después del suicidio de la madre.

Escena con la mujer:

—¿En nombre de qué habla usted?

—En nombre de mi amor.

—¿Eso qué es?

La hermana sale para el final. La mujer grita y llora. Entra la sirvienta taciturna atraída por el llanto.

—¡Ah, por lo menos ayúdeme usted!

—No. (Telón.)

Todas las grandes virtudes tienen una faz absurda.

Nostalgia de la vida ajena. Porque, vista desde el exterior, constituye un todo. En tanto que la nuestra, vista

¹ Notas para *El malentendido*, acto III, escena III. [Esta nota y las que siguen, salvo indicación expresa en otro sentido, son del editor francés.]

desde el interior, parece dispersa. Todavía perseguimos una ilusión de unidad.

La ciencia explica lo que funciona y no lo que *es*. Ejemplo: ¿por qué diversas especies de flores y no una sola?

Novela. «La esperaba por la mañana en el soto de un prado, bajo unos grandes avellanos en el frío viento del otoño. Zumbido sin calor de las avispas, el viento en el follaje, un gallo obstinado en cantar detrás de las colinas, ladridos huecos, de tanto en tanto un graznido de corneja. Entre el oscuro cielo de septiembre y la tierra húmeda, tenía la impresión de estar esperando al invierno al mismo tiempo que a Marta.»

El ayuntamiento con animales suprime la conciencia del *otro*. Es «libertad». Por eso ha atraído a tantos grandes espíritus, y hasta a Balzac.

Panelier. Primera lluvia de septiembre con un ligero viento que mezcla las hojas amarillas con el aguacero. Planean un instante y después el peso del agua que transportan las derriba de pronto. Cuando la naturaleza es trivial, como aquí, se percibe mejor el cambio de las estaciones.

Infancia pobre. El impermeable demasiado grande, la siesta. El jarro de cerveza Vinga, los domingos en casa de la tía. Los libros, la biblioteca municipal. La vuelta a casa la noche de Navidad y el cadáver frente al restaurante. Los juegos en el sótano (Jeanne, Joseph y Max). Jeanne recoge todos los botones, «es así como uno se

hace rico». El violín del hermano y las sesiones de canto; Galoufa.

Novela. No poner «La peste» en el título. Sino algo así como «Los prisioneros».

Avakum con su mujer en los hielos de Siberia, a pie. La mujer del arcipreste: «¿Tendremos que sufrir mucho tiempo aún, arcipreste?» Avakum: «Hija de Maros, hasta la muerte». Y ella, suspirando: «Bien, hijo de Pedro, entonces sigamos andando».

/ *Corintios*, VII, 27: «¿Estás unido a mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a mujer? No la busques.»

Lucas, VI, 26: «¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!»

Como era apóstol, Judas hacía milagros (San Juan Crisóstomo).

Chuang tsé (tercero de los grandes taoístas, segunda mitad del siglo iv a. J. C.) tiene el punto de vista de Lucrecio: «El gran pájaro se eleva con el viento hasta una altura de 90.000 estadios. Lo que de allá arriba ve son tropillas de potros salvajes lanzados al galope.»

Hasta la era cristiana no se representaba a Buda porque estaba nirvanizado, es decir, despersonalizado.

Según Proust, no es que la naturaleza imite al arte. Es que el gran artista nos enseña a ver en la naturaleza lo que su obra ha sabido aislar en ella en forma irreempla-

zable. Todas las mujeres se convierten en figuras de Renoir.

«A los pies de la cama, convulsionada por todos los estertores de esta agonía, sin llorar, pero a ratos bañada en lágrimas, mi madre tenía la desolación sin pensamiento del follaje azotado por la lluvia y sacudido por el viento.» *Gu*².

«Es raro que las criaturas que han desempeñado un papel importante en nuestra vida salgan de ella repentinamente de manera definitiva.» *Cu*.

En busca del tiempo perdido es una obra heroica y viril,

1. por la constancia de la voluntad creadora;
2. por el esfuerzo que exige a un enfermo.

«Después que las crisis me habían tenido no sólo sin dormir sino sin echarme, sin beber y sin comer, durante varios días y varias noches consecutivas, cuando la extenuación y el sufrimiento eran tales que creía no poder superarlos nunca, pensaba en tal viajero, tirado en la arena, envenenado con hierbas malsanas, temblando de fiebre bajo la ropa empapada por el agua del mar, y que sin embargo al cabo de un par de días se sentía mejor, tomaba al azar un camino cualquiera, y partía en busca de habitantes desconocidos que acaso fueran antropófagos. Su ejemplo me tonificaba, me devolvía la esperanza y sentía vergüenza de haber tenido un momento de desaliento.» (*Sodoma y Gomorra*.)

No se acuesta con una prostituta que se le ofrece y que le gusta porque sólo tiene un billete de mil francos y no se atreve a pedirle la vuelta.

Sentimiento opuesto al de Proust: ante cada ciudad, cada piso nuevo, cada ser, cada rosa y cada llama, mara-

² *Gu* por Guermantes.

villarse de su novedad pensando en el efecto-que tendrá sobre ella la costumbre; buscar en el porvenir la «familiaridad» que llegarán a tener para nosotros; partir en busca del tiempo que no ha llegado aún.

Ejemplo:

Las llegadas solitarias en la noche a ciudades desconocidas; esa sensación de ahogo, de ser absorbido por un organismo mil veces más complejo. Basta que encontremos al día siguiente la calle principal, para que todo se ordene con referencia a ella y nos instalemos. Coleccionar las llegadas nocturnas a las ciudades extrañas, vitalizarnos con la fuerza de esas habitaciones de hotel desconocidas.

En el tranvía: «Nació normal. Pero ocho días después se le pegaron los párpados. Entonces, claro, se le pudrieron los ojos.»

Como cuando las imágenes de la sexualidad nos atraen a ciertas ciudades (casi siempre aquéllas donde ya hemos vivido) o a ciertas vidas, y quedamos defraudados. Porque ni siquiera los menos espirituales de nosotros vivimos nunca según la sexualidad, o por lo menos hay demasiadas cosas en la vida de todos los días que nada tienen que ver con la sexualidad. De modo que, luego de haber encarnado penosamente, y sólo de cuando en cuando, alguna de esas imágenes, o de haberse acercado a alguno de esos recuerdos, la vida se cubre de largos lapsos vacíos, como de una piel muerta. Y entonces hay que desear otras ciudades.

Críticas sobre *El extranjero*. Hablan de impasibilidad. La palabra es inadecuada. Sería mejor benevolencia.

Budejovice (o Dios no contesta). La criada taciturna es un viejo sirviente.

La mujer en la última escena: «Señor, ten piedad de mí, vuelve a mí tus ojos. Escúchame, Señor. Dame tu mano. Señor, ten piedad de los que se aman y están separados.»

Entra el viejo.

—¿Me llamó usted?

La mujer:

—Sí... No... Ya no sé. Pero ayúdeme, ayúdeme, porque necesito que me ayuden. ¡Apíádese, ayúdeme!

El viejo:

—No.

(Telón.)

Buscar detalles para reforzar el simbolismo.

¿Cómo es posible que su rostro asociado a tantos sufrimientos siga siendo, sin embargo, para mí el rostro de la felicidad?

Novela. Ante el cuerpo agonizante de la mujer que ama: «No puedo, no puedo dejarte morir. Porque sé que te olvidaré. Así lo perderé todo; yo quiero retenerte de este lado del mundo, el único donde puedo abrazarte», etc.

Ella: «Oh, qué cosa horrible es morir sabiendo que una será olvidada».

Ver siempre y expresar *al mismo tiempo* ambos aspectos.

Resumir claramente mis intenciones con respecto a *ha peste*.

Octubre. En la hierba todavía verde, las hojas ya amarillas. Un viento corto y activo forjaba con el sol sonoro

en el verde yunque de los prados una barra de luz, cuyo rumor de abejas llegaba hasta mí. Belleza roja.

Espléndida, venenosa y solitaria como la oronja roja.

En Spinoza puede verse el culto de lo que es y no de lo que quiere o debe ser —el odio a los valores en blanco y negro, a la jerarquía moral—, cierta equivalencia He las virtudes y de los males, a la luz de lo divino. «Los hombres prefieren el orden a la confusión como si el orden correspondiese a algo real en la naturaleza» (Apéndice, lib. I).

Lo inconcebible para él sería que Dios no hubiera creado la imperfección, no que la haya creado al mismo tiempo que la perfección. Porque disponiendo del poder de crear toda la gama entre lo perfecto y lo imperfecto, no podía dejar de crearla. Esto sólo plantea dificultades desde nuestro punto de vista, que no es el adecuado.

Este Dios, este universo son inmóviles, y sus razones armonizan. Todo está dado de una vez para siempre. Es asunto nuestro, si se nos antoja, desentrañar consecuencias y razones (de ahí la forma geométrica). Pero este universo no tiende a nada ni proviene de nada porque ya está consumado y siempre lo estuvo. No tiene tragedia, porque no tiene historia. Es todo lo inhumano que se pueda desear. Es un mundo para el coraje.

[Un mundo sin arte, también, por ausencia de azar (el Apéndice del libro I niega que haya fealdad o belleza.)]

Nietzsche dice que en Spinoza la forma matemática sólo se justifica como medio de expresión *estética*.

Ver *Ética*, libro I. El t. XI contiene cuatro demostraciones de la existencia de Dios. Cfr. t. XIV y el gran Escolio del XV que parece negar la creación.

¿Podría esto dar razón a los que hablan del panteísmo de Spinoza? Sin embargo, se encuentra allí un postulado (palabra que Spinoza evita en toda la *Ética*): el vacío no existe (por cierto demostrado en las obras anteriores).

Se puede oponer el XVII y el XXIV: uno demuestra

la necesidad, el otro puede servir para reintroducir la contingencia. El teorema XXV fundamenta la relación de la distancia y los modos. En el XXXI, finalmente, la voluntad está limitada. También Dios, por su naturaleza intrínseca. El XXXIII comprime aún más ese mundo tan atado. Parecería que para Spinoza la naturaleza de Dios fuera más fuerte que él, pero en el t. XXXIII declara (contra los partidarios del Soberano Bien) que es absurdo someter a Dios al destino.

Es el mundo de lo dado de una vez para siempre, del «es así» —la necesidad es en él infinita—, la originalidad y el azar no tienen allí cabida. Todo es monótono.

Curioso. Ciertos historiadores inteligentes, al recapitular la historia de un país ponen todo su empeño en preconizar una política determinada, la realista por ejemplo, a la que se deben, en su opinión, las épocas más grandes de ese país. Ellos mismos señalan, sin embargo, que tales situaciones no pudieron mantenerse nunca, porque en seguida surgió otro hombre de Estado, o sobrevino un nuevo régimen, que lo estropearon todo. Esto no les impide seguir defendiendo una política que no resiste al cambio de los hombres, dado que el cambio de los hombres configura en realidad toda la política. Lo que pasa es que sólo piensan o escriben para su época. Alternativa de los historiadores: el escepticismo o una teoría política que no dependa del cambio de los hombres (?).

Ese hermoso esfuerzo es al genio lo que el vuelo entrecortado del saltamontes al de la golondrina.

«Algunas veces, después de todos esos días gobernados sólo por la voluntad, en los que se iba edificando hora tras hora ese trabajo que no admitía ni distracción ni flaqueza, que quería prescindir del sentimiento y del

mundo, ah, qué abandono me invadía, con qué alivio me arrojaba en el seno de esa angustia que me había acompañado durante todo ese tiempo. Qué deseo, qué tentación de no ser ya nada obligado a crearse y de abandonar esa obra y ese rostro tan difícil que tenía que plasmar. Amaba, añoraba, deseaba, era por fin un hombre...

...el cielo desierto del verano, el mar que tanto amé y esos labios ofrecidos.»

La vida sexual fue dada al hombre tal vez para desviarlo de su verdadero camino. Es su opio. En ella todo se adormece. Fuera de ella, las cosas recobran su vida. Al mismo tiempo, con la castidad se extingue la especie, lo que tal vez sea verdad.

Un escritor no debe hablar de sus dudas respecto a su creación. Sería demasiado fácil contestarle: «¿Quién lo obliga a crear? Si es una angustia tan permanente, ¿por qué la soporta?» Las dudas son lo que tenemos de más íntimo. No hablar jamás de las propias dudas, *sean las que fueren*.

Cumbres borrascosas, una de las más grandes novelas de amor porque acaba en el fracaso y en la rebelión; quiero decir en la muerte sin esperanza. El personaje principal es el diablo. Un amor semejante sólo puede sostenerse por ese fracaso definitivo que es la muerte. Sólo puede continuar en el infierno.

Octubre

Los grandes bosques rojos bajo la lluvia, las praderas totalmente cubiertas de hojas amarillas, el olor de los

hongos que se secan, los fuegos de leña (las pinas reducidas a brasas fulguran como diamantes del infierno), el viento que gime alrededor de la casa, dónde encontrar un otoño tan convencional. Ahora los campesinos caminan un poco inclinados haacia adelante, contra el viento y la lluvia.

En la espesura otoñal, las hayas forman manchas de un amarillo oro o se aíslan en el linde de los bosques como grandes nidos chorreantes de rubia miel.

2) de octubre. Comienzo

La peste tiene un sentido social y un sentido metafísico. Es exactamente el mismo. Esta ambigüedad es también la de *El extranjero*.

Se dice: es incapaz de hacerle daño a una mosca, y esto no parece significar nada. Pero observemos cómo mueren las moscas pegadas en el papel —el que se fabrica para ellas— y comprenderemos que el inventor de la frase había contemplado largamente esa agonía atroz e insignificante, esa muerte lenta que apenas exhalará un leve olor de putrefacción. (El lugar común es siempre obra del genio.)

Idea: rechaza todo lo que se le ofrece, todas las posibilidades de felicidad que se le presentan debido a una exigencia más profunda. Malogra su matrimonio, se compromete en amoríos poco satisfactorios, espera, tiene esperanzas. «No sabría definirla, pero la siento.» Así hasta el final de su vida. «No, nunca podré definirla.»

La sexualidad no conduce a nada. No es inmoral, pero es improductiva. Puede uno entregarse a ella mien-

tras no desea producir. Pero solamente la castidad va unida a un progreso personal.

Hay un momento en que la sexualidad representa una victoria; cuando se la separa de los imperativos morales. Pero poco después se convierte en derrota, y sobreponerse a ella es la única victoria posible: la castidad.

Pensar en el comentario del *Donjuán*, de Moliere.

Noviembre del 42

En otoño este paisaje se adorna con hojas, los cerezos se vuelven rojos, amarillos los arces, las hayas se cubren de bronce. La meseta se cubre con las mil llamas de una segunda primavera.

El renunciamiento a la juventud. No soy yo quien renuncia a los seres y a las cosas (no podría), son las cosas y los seres los que renuncian a mí. La juventud se me escapa: esto es estar enfermo.

Lo primero que debe aprender un escritor es el arte de trasladar lo que siente a lo que quiere hacer sentir. Las primeras veces lo logra por casualidad. Pero luego el talento tiene que sustituir a la casualidad. De modo que hay algo de azar en la raíz del genio.

El dice siempre: «Esto es lo que en mi tierra se llamaría...», y añade una fórmula trivial que no es de ningún lugar. Ej.: «Esto es lo que en mi tierra se llamaría un tiempo glorioso (o una carrera deslumbrante, o una muchacha modelo, o una iluminación fantástica)».

*11 de noviembre. ¡Como ratas!*³

Por la mañana, todo está cubierto de escarcha, el cielo resplandece tras las guirnaldas y los gallardetes de una *kermesse* inmaculada. A las diez, en el momento en que el sol empieza a calentar, todo el campo se llena con la música cristalina de un deshielo aéreo: pequeñas crepitaciones como suspiros del árbol, caída de la escarcha sobre la tierra como un ruido de insectos blancos que se precipitan unos sobre otros, hojas tardías que caen sin cesar bajo el peso del hielo y que apenas rebotan en el suelo como osamentas ingravidas. Alrededor, los valles y las colinas se desvanecen brumosos. Cuando se lo mira con cierto detenimiento, se advierte que ese paisaje, al perder todos sus colores, ha envejecido repentinamente. Es un país muy antiguo que vuelve hasta nosotros en una sola mañana a través de milenios... Este espolón cubierto de árboles y de heléchos entra como una proa en la confluencia de los dos ríos. Despojado de la escarcha por los primeros rayos del sol es la única cosa viva en medio de este paisaje blanco como la eternidad. En este lugar al menos las voces confusas de los dos torrentes se coligan contra el silencio sin límites que los rodea. Pero poco a poco el canto de las aguas se incorpora al paisaje a su vez. Sin bajar un solo tono, se convierte, no obstante, en silencio. Y de tanto en tanto se requiere el paso de tres cornejas color de humo para poner de nuevo en el cielo algún indicio de vida.

Sentado en lo alto de la proa, prosigo esta navegación inmóvil al país de la indiferencia. Hace falta nada menos que toda la naturaleza y esta blanca paz que trae el invierno a los corazones demasiado ardientes, para apaciguar este corazón devorado por un amor amargo. Miro crecer en el cielo esa dilatación de luz que niega los pre-

³ El desembarco aliado en África del Norte aísla a Camus de su país y de los suyos.

sagios de muerte. Por fin, una vislumbre de futuro para mí, a quien todo habla ahora del pasado. ¡Calla, pulmón! Atibórrate de este aire pálido y helado en que consiste tu alimento. Y calla. Que no tenga yo que escuchar tu lenta podredumbre, y que me vuelva al fin hacia...

Saint-Étienne

Sé lo que es el domingo para el pobre que trabaja. Sé sobre todo lo que es la noche del domingo. Y si pudiera dar sentido y rostro a lo que sé, podría convertir un domingo pobre en una obra de humanidad.

No hubiera podido escribir: «Si el mundo fuese claro, no habría arte», sino más bien: «Si me pareciese que el mundo tiene un sentido, yo no escribiría». Hay casos en que se debe ser personal, por modestia. Añadir que la fórmula me habría obligado a reflexionar más y que, en conclusión, no la habría escrito. Es una verdad brillante, sin fundamento.

La sexualidad desenfrenada lleva a una filosofía de la no significación del mundo. Por el contrario, la castidad le devuelve un sentido (al mundo).

Kierkegaard. Valor estético del matrimonio. Opiniones definitivas, pero demasiada chachara.

Papel de la ética y de la estética en la formación de la personalidad: mucho más sólido y conmovedor. Apología de lo *general*.

Para Kierkegaard la moral estética tiene como fin la originalidad, y en realidad se trata de reintegrarse a lo general. *Kierkegaard no es místico*. Critica al misticismo porque se separa del mundo, justamente porque no está en

lo general. Si hay un salto en Kierkegaard, es, pues, en el orden de la inteligencia. Es el salto en estado puro. Esto en la etapa ética. Pero en la etapa religiosa se transfigura todo.

¿En qué momento la vida se transforma en destino? ¿En la muerte?; pero ese es un destino *para los demás*, para la historia o para la familia del muerto. ¿Por la conciencia? Pero es el espíritu el que se forja una imagen de la vida como destino, el que introduce cierta coherencia donde no la hay. Se trata de una ilusión en ambos casos. ¿Cuál es la conclusión?: ¿no hay destino?

Abuso de Eurídice en la literatura de la década de los cuarenta. Es que nunca estuvieron separados tantos amantes.

Todo el arte de Kafka consiste en obligar al lector a que *relea*. Sus desenlaces —o sus faltas de desenlace— sugieren explicaciones, pero no las muestran claramente, y se hace preciso releer la historia desde un nuevo ángulo para que parezcan fundadas. A veces existe la posibilidad de una doble o una triple interpretación, de donde surge la necesidad de dos o tres lecturas. Pero sería un error pretender interpretar todos los detalles en Kafka. Un símbolo reside siempre en lo general, y el artista da de él una versión global. No puede traducirse palabra por palabra. Sólo se le restituye el movimiento. Por lo demás, hay que tener en cuenta la parte del azar, grande en todo creador.

En este país donde el invierno ha suprimido todo color, puesto que todo es aquí blanco, hasta el menor sonido, puesto que la nieve lo sofoca, todos los perfumes

puesto que el frío los tapa, el primer olor a hierbas de la primavera debe de ser como la llamada jubilosa, la sonora trompeta de la sensación.

La enfermedad es un convento que tiene su regla, su ascesis, sus silencios y sus inspiraciones.

En las noches de Argelia, los aullidos de los perros repercuten en espacios diez veces más vastos que los de Europa. Se adornan así con una nostalgia desconocida en esos estrechos países. Son un lenguaje que hoy sólo yo puedo oír en mi recuerdo.

Desarrollo del absurdo:

1. Si la preocupación fundamental es la necesidad de unidad.

2. Si el mundo (o Dios) no pueden satisfacerla.

Incumbe al hombre fabricarse una unidad, ya sea apartándose del mundo, ya en el interior del mundo. Así resultan restituidas una moral y una ascesis que aún quedan por precisar.

Vivir con las propias pasiones es también vivir con los propios sufrimientos, que son su contrapeso, su correctivo, su equilibrio y su compensación. Cuando un hombre ha aprendido —y no en teoría— a permanecer solo en la intimidad de su sufrimiento, a superar su deseo de evasión, la ilusión de que otros puedan «compartirlo», le queda ya poco que aprender.

Supongamos que un pensador, después de haber publicado varias obras declarase en un libro nuevo: «He seguido hasta aquí un rumbo equivocado. Tengo que vol-

ver a empezar desde el principio. Ahora veo mi error.» Nadie lo tomaría en serio. Y, sin embargo, de este modo demostraría que es digno de pensar.

Fuera del amor, la mujer es aburrida. No sabe. Hay que vivir con una y callarse. O acostarse con todas y actuar. Lo que más importa no está allí.

Pascal: el error proviene de la exclusión.

La equivalencia en *Macbeth*: «Fair is foul and foul is fair», pero es de origen diabólico. «And nothing is but what is not.» Y, además, acto II, escena III: «for from this instant there is nothing serious in mortality». Garnier traduce: «The night is long that never finds the day», por: «Il n'est si longue nuit qui n'atteigne le jour» (?).

Sí — «it is a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing».

Los dioses han puesto en el hombre grandes y resplandecientes virtudes que le ponen en condiciones de conquistarlo todo. Pero también han puesto en él una virtud más amarga que lo induce acto seguido a despreciar cuanto puede ser conquistado.

... Gozar constantemente es imposible, a la larga llega el cansancio. Perfecto, pero ¿por qué? En realidad, no se puede gozar constantemente porque no se puede gozar de todo. Cansa tanto considerar la cantidad de goces que, hágase lo que se haga, no se obtendrán nunca, como apreciar los que ya se han tenido. Si de hecho y verdaderamente se pudiera abarcar todo, ¿habría cansancio?

Preguntar: ¿Ama usted las ideas con pasión, con la sangre? ¿Esta idea le quita el sueño? ¿Siente que con ella se juega la vida? ¡Cuántos pensadores retrocederían!

Para la publicación del teatro: Calígula: *tragedia*; El exiliado (o Budejovice): *comedia*.

15 de diciembre

Aceptar la prueba, extraer de ella la unidad. Si el otro no responde, morir en la diversidad.

Lo bello, dice Nietzsche después de Stendhal, es una promesa de felicidad. Pero si no es la felicidad misma, ¿qué puede prometer?

... Cuando todo se cubrió de nieve descubrí que las puertas y las ventanas eran azules.

Si es verdad que el crimen agota en un hombre toda la facultad de vivir (ver anteriormente)... A eso se debe que el crimen de Caín (y no el de Adán, que en comparación parece un pecado venial) haya agotado nuestras fuerzas y nuestro amor por la vida. En la medida en que participamos de su naturaleza y de su condena, padecemos ese extraño vacío y esa inadaptación melancólica que suceden a las grandes efusiones y a los gestos agotadores. Caín anuló definitivamente toda posibilidad de vida afectiva para nosotros. Eso es el infierno. Pero es evidente que está en la tierra.

La *princesa de Clèves*. No es tan simple como parece. Rebota en varios relatos. Empieza de manera complicada

si bien termina en la unidad. Comparada con *Adolfo* es un folletín complejo.

Su verdadera simplicidad reside en su concepción del amor: para madame de Lafayette, el amor es un peligro. Es su postulado. Y lo que se siente en todo su libro, como por lo demás en *La Princesse de Montpensier* o en *La Comtesse de Tende* es una permanente desconfianza hacia el amor. (Lo cual, por supuesto, es lo contrario de la indiferencia.)

«Le llegó el perdón cuando ya sólo esperaba el golpe de la muerte; pero el miedo lo había embargado a tal punto que ya había perdido el conocimiento y murió unos días después.» (*Todos los personajes de Lafayette que mueren, mueren de sentimiento. Se comprende que el sentimiento le inspire tanto horror.*)

«Le dije que mientras su aflicción había tenido límites, yo le había aprobado y la había compartido; pero que no lo compadecería más si se abandonaba a la desesperación y perdía el juicio.» Magnífico. Es el pudor de nuestros grandes siglos. Viril, pero no seco. Porque justamente el hombre que dice esto (el príncipe de Clèves) es el que morirá de desesperación.

«El caballero de Guisa... tomó la resolución de no pensar nunca en ser amado por Madame de Clèves. Pero para abandonar esta empresa que le había parecido tan difícil y tan gloriosa, necesitaba otra cuya grandeza pudiera reemplazarla. Concibió el proyecto de conquistar Rodas.»

«Lo que había dicho Madame de Clèves de su retrato le había devuelto la vida al revelar que *ella no odiaba*.» La palabra le quema la boca.

La pobreza es un estado cuya virtud es la generosidad.

Infancia pobre. Diferencia esencial cuando iba a casa de mi tío: en la nuestra los objetos no tenían nombre, decía-

mos los platos hondos, el cacharro que está sobre la chimenea, etc. En la suya: la cerámica esmaltada de los Vosgos, la vajilla de Quimper, etc. Me iniciaba en lo selecto.

^{fc} El deseo físico brutal es fácil. Pero el deseo unido a la ternura requiere tiempo. Hay que atravesar toda la comarca del amor antes de encontrar la llama deHde-seo. ¿Será por eso que siempre cuesta tanto, al principio, desear lo que se ama? *

Ensayo sobre la rebelión. La nostalgia de los «comienzos». *Id.* el tema de lo relativo, pero *relativo con pasión*. Ej.: desgarrado entre el mundo que no basta, y el Dios que no posee, el espíritu absurdo elige con pasión el mundo. *Id.*: dividido entre lo relativo y lo absoluto, se precipita con ardor en lo relativo.

Ahora que sabe su precio, está desposeído. La condición de la posesión es la ignorancia. Aun en el orden físico: sólo se posee bien lo desconocido.

Budejovice(o El exiliado).

I

La madre: No, esta noche, no. Concedámosle este tiempo y esta tregua. Démonos este margen. Tal vez en este margen podamos salvarnos.

La hija: ¿A qué llamas salvarse?

La madre: A recibir el perdón eterno.

La hermana: Entonces yo ya estoy salvada. Porque me he perdonado a mí misma de antemano y para siempre.

II

Id. ver antes.

Hermana: ¿En nombre de qué?

La mujer: En nombre de mi amor.

Hermana: ¿Qué quiere decir esa palabra?

(Transición)

Mujer: El amor es mi alegría pasada y mi dolor de hoy.

Hermana: Decididamente, habla usted un lenguaje que no entiendo. Amor, alegría, dolor, jamás he oído esas palabras.

III

—Ah, dijo él antes de morir, ya veo que este mundo no está hecho para mí y que esta casa no es la mía.

La hermana: El mundo está hecho para morir en él y las casas para dormir en ellas.

IV

Segundo acto. Meditación sobre las habitaciones de hotel. Él llama. Silencio. Pasos. Aparece el viejo mudo. Permanece un momento inmóvil y silencio delante de la puerta.

—Nada —dice el otro—. Nada. Deseaba saber si alguien respondía, si funcionaba el timbre.

El viejo, inmóvil un momento, se va. Pasos.

V

La hermana: Ruegue a Dios que la vuelva de piedra. Esa es la verdadera felicidad y lo que él ha elegido para sí.

Está sordo, le digo que está sordo y mudo como una tumba. Vuélvase como él para no conocer del mundo más que el agua que corre y el sol que calienta. Sea como la piedra mientras hay tiempo (desarrollar).

El mundo absurdo no admite sino una justificación estética.

ⁱⁱ Nietzsche: No puede construirse nada definitivo sobre otra base que un «a pesar de todo»*

Las novelas metafísicas de Maurice Blanchot

Thomas l'obscur. Lo que atrae a Anne en Thomas es la muerte que éste lleva en sí. Su amor es metafísico. De ahí que se separase de él en el momento de morir. Porque en ese momento ella *sabe* y a nadie le gusta saber. Así, sólo la muerte es el conocimiento verdadero. Pero es al mismo tiempo lo que hace inútil el conocimiento. Su progreso es estéril.

Thomas descubre en sí la muerte que prefigura su porvenir. La clave del libro está dada en el capítulo XIV. Entonces hay que releer y todo se aclara, aunque con la luz sin brillo que baña los asfódelos de la morada de los muertos. (Cerca de la granja, un árbol singular, formado por dos troncos unidos, uno de los cuales, seco desde hace tiempo, y con la base podrida, ya ni siquiera toca el suelo. Quedó adherido al primero, y los dos representan bastante bien a Thomas. Pero el tronco vivo no se ha dejado ahogar. Ha reforzado el lazo de corteza que ciñe al tronco muerto —ha proyectado sus ramas alrededor y por encima—, no se ha dejado arrastrar.)

Aminadab, & pesar de las apariencias, es más oscura. Es una nueva forma del mito de Orfeo y Eurídice (señalar que en los dos libros la impresión de fatiga que parece experimentar el personaje, y que al mismo tiempo transmite al lector, es una *impresión de arte*).

Peste. Segunda versión

Biblia. *Deuteronomio*, XXVIII, 21; XXXII.24. *Levítico*, XXIV, 25. *Amos*, IV, 10. *Éxodo*, IX,4; IX,15; XII, 29. *Jeremías*, XXIV.10; XIV, 12; VI,19; XXI.7 y 9. *Ezequiel*, V,12; VI,12;VII,15.

«Cada uno busca su desierto y, apenas encontrado, lo siente demasiado duro. No se dirá que yo no sepa sopor-tar el frío.»

Primitivamente, las tres primeras partes, compuestas de diarios —carnets, notas, sermones, tratados— y de relaciones objetivas, debían sugerir, intrigar y abrir los arcanos del libro. La última parte, compuesta únicamente de acontecimientos, debía expresar por medio de ellos, y sólo de ellos, la significación general.

Cada parte debía también apretar un poco más los lazos entre los personajes —y debía hacer sentir— por la fusión progresiva de los diarios en uno solo y completarla en las escenas de la cuarta parte.

Segunda versión.

ha peste pintoresca y descriptiva; breves trozos documentales y una disertación sobre las plagas.

Stephan —capítulo 2: maldice ese amor que le ha frustrado en todo lo demás.

¿Poner todo en estilo indirecto (— sermones — diarios, etc.) y alivio monótono por cuadros de *La peste*?

Decididamente tiene que ser un relato, una crónica. Pero cuántos problemas plantea eso.

Tal vez: rehacer totalmente a Stephan suprimiendo tema del amor. A Stephan le falta desarrollo. La continuación hacía prever más amplio.

Proseguir hasta el final el tema de la separación.

¿Hacer redactar informe general sobre la peste en O.?

Los que se encuentran una pulga.

Un capítulo sobre la miseria.

Para el sermón: «¿Habéis notado, hermanos míos, qué monótono es Jeremías?».

Personaje suplementario: un separado, un exiliado que hace de todo por salir de la ciudad y no puede. Sus gestiones: quiere obtener un salvoconducto con el pretexto de que «no es de aquí». Si muere, mostrar que primero sufre por no haberse reunidos con el otro, y por tantas cosas en suspenso. Eso es tocar el fondo de la peste.

Ojo: asma no justifica tantas visitas.

Introducir la atmósfera de Oran.

Nada de «gesticulación», naturalidad.

Heroísmo civil.

Desarrollar la crítica social y la rebelión. Lo que les falta es imaginación. Se instalan en la epopeya como en un *pic-nic*. No piensan en la escala de las plagas. Y los remedios que imaginan apenas están a la altura de un resfrío. Morirán (desarrollar).

Un capítulo sobre la enfermedad. «Comprobaban una vez más que el mal físico nunca se presentaba solo sino que venía siempre acompañado por sufrimientos morales (familia-amores frustrados) que le daban profundidad. Advertían así —y en contra de la opinión corriente— que si uno de los atroces privilegios de la condición humana era morir solo, no era una imagen menos cruel y menos cierta de esa condición el hecho mismo de que al hombre no le fuera nunca posible morir verdaderamente solo.»

Moraleja de la peste: no ha servido para nada ni para nadie. Sólo quienes fueron alcanzados por la muerte en sus propias personas o en sus familias, han aprendido. Pero la verdad que de este modo conquistaron, únicamente a ellos les concierne. No tiene porvenir.

Los acontecimientos y las crónicas tienen que dar el sentido social de *La peste*. Los personajes le dan su sentido más profundo. Pero todo eso en general.

Crítica social. El encuentro de la administración que es una entidad abstracta y de la peste que es la más con-

creta de todas las fuerzas no puede dar más que resultados cómicos y escandalosos.

El separado se evade porque *no puede esperar a que ella haya envejecido*.

Un capítulo sobre los parientes aislados *en campamentos*.

Fin de la primera parte. La progresión de los casos de peste debe calcarse sobre la de las ratas. Ampliar.

Ampliar.

¿La *drôle de peste*?

La primera parte, que es expositiva, deberá ser toda muy rápida, hasta en los diarios.

Uno de los temas posibles: lucha de la medicina y de la religión: los poderes de lo relativo (¡y qué relativo!) contra los de lo absoluto. Lo relativo triunfa o más exactamente no pierde.

«Por supuesto, ya sabemos que la peste tiene sus ventajas, que abre los ojos, que obliga a pensar. En este aspecto es como todos los males del mundo y como el mundo mismo. Pero de los males de este mundo y del mundo mismo puede decirse una verdad que también es aplicable a la peste. Aunque sirva para el perfeccionamiento de algunos, si se considera la miseria del prójimo, solamente un loco, un criminal, o un cobarde puede aceptar la peste, y frente a ella la única actitud digna de un hombre es la rebeldía.»

Todos buscan la paz. Destacarlo.

¿Tomar a Cottard *al revés*, describir su comportamiento y revelar *al final* que temía ser detenido?

Los diarios ya no cuentan otra cosa que los episodios de la peste. La gente dice: «No hay nada en el periódico».

Se traen médicos del exterior.

Lo que a mi juicio caracteriza mejor esa época es la *separación*. Todos quedaron separados del resto del mundo, de sus seres queridos o de sus costumbres. Y en este retiro los que podían hacerlo se vieron forzados a meditar, los otros a vivir una vida de animal acorralado. En suma, no había término medio.

El exiliado, al final, atacado por la peste, corre a un lugar elevado y llama a su mujer a gritos por encima de los muros de la ciudad, a través del campo, tres aldeas y un río.

¿Un prólogo del narrador con consideraciones sobre la objetividad y sobre el testimonio?

Acabada la peste, todos los habitantes tienen aspecto de emigrantes.

Añadir detalles «epidemia».

Tarrou es el hombre que puede comprenderlo todo, y por eso sufre. No puede juzgar nada.

¿Cuál es el ideal del hombre presa de la peste? — Ríanse si quieren: es la honradez.

Suprimir: «Al principio — de hecho — en realidad — los primeros días — más o menos en la misma época, etc.»

¿Mostrar a lo largo de la obra que Rieux es el narrador con recursos detectivescos? Al principio: olor a cigarrillo.

A la vez salvajismo y necesidad de calor. Para conciliar: el cine, donde la gente está junta sin conocerse.

Islotes de luz en la ciudad oscura hacia los cuales converge una multitud de sombras como una asamblea de paramecios atraídos por un heliotropismo.

Para el exiliado: por la noche, en los cafés donde se retrasa lo más posible la hora de encender para ahorrar electricidad, donde el crepúsculo invade la sala como un agua gris, y las luces del atardecer se reflejan débilmente en los vidrios, los mármoles de las mesas y el respaldo de las sillas que relucen débilmente: esta hora es la de su abandono.

Los Separados segunda parte: «Les llamaba la atención la cantidad de pequeñas cosas que contaban mucho para ellos y que no existían para los demás. Hacían así el descubrimiento de la vida personal.» «Sabían que había que terminar —o por lo menos que debían desear el fin— y por consiguiente lo deseaban, aunque sin el ardor del principio, y sólo por los motivos perfectamente claros

que tenían para desearlo. Del gran impulso del comienzo sólo les quedaba un taciturno abatimiento que les hacía olvidar hasta la causa de esa consternación. Tenían la actitud de la tristeza y de la desgracia, pero ya no sentían su aguijón. En el fondo, eso era precisamente la desgracia. Antes, sólo eran presa de la desesperación. Y ocurrió que muchos no fueron fieles. Porque de su padecimiento de amor no habían conservado más que el gusto y la necesidad del amor, y, al separarse paulatinamente de la criatura que los había hecho nacer, se habían sentido más débiles y habían acabado por ceder a la primera promesa de ternura. De modo que eran infieles por amor.» «Vista ahora a la distancia, su vida les parecía un todo. Por eso se aferraban a ella con renovada fuerza. La peste les devolvía así la unidad. Hay que concluir, pues, que estos hombres no sabían vivir con su unidad, aunque la tuviesen, o más bien que sólo eran capaces de vivirla cuando estaban privados de ella.» «A veces se daban cuenta de que se habían quedado en la primera etapa, cuando proyectaban mostrar un día u otro alguna cosa a algún amigo que ya no estaba allí. Aún tenían esperanza. En realidad, la segunda etapa comenzó cuando sólo pudieron pensar en términos de peste.» «Pero a veces, en plena noche, la herida se abría de nuevo. Y despertándose bruscamente palpaban sus bordes irritados, volvían a encontrar su sufrimiento fresco y con él el torturado rostro de su amor.»

Quiero expresar por medio de la peste el ahogo que todos hemos padecido y la atmósfera de amenaza y confinamiento en que hemos vivido. Al mismo tiempo quiero extender esta interpretación a la noción de existencia en general. La peste dará la imagen de aquellos a quienes ha correspondido en esta guerra el papel de la reflexión, del silencio, y también del sufrimiento moral.

Aquí no se conoce la sed y la sensación de sequedad que se apodera de todo el organismo después de haber

corrido en medio del polvo, bajo el sol. La gaseosa que se bebe de un sorbo: no se tiene la menor sensación del paso del líquido, sino sólo de las mil agujas ardientes del gas.

No hecho para la dispersión.

15 de enero

La enfermedad es una cruz, pero tal vez también un parapeto. Sin embargo, el ideal sería quitarle la fuerza y rechazar sus debilidades. Que la enfermedad sea el refugio que fortalece *en el momento deseado*. Y si hay que pagar en moneda de sufrimientos y de renuncia, paguemos.

Porque el cielo está azul, los árboles cubiertos de nieve que lanzan sus ramas blancas, a la orilla del río, hasta rozar casi el agua helada, parecen almendros en flor. En este país, los ojos viven en una permanente confusión entre la primavera y el invierno.

He entablado una aventura con este país, es decir, que tengo motivos para amarlo y motivos para detestarlo. Por Argelia siento, en cambio, una pasión sin freno y me abandono a la voluptuosidad de amar. Pregunta: ¿Se puede amar a un país como a una mujer?

Veste, segunda versión. Los Separados.

Los separados advierten que en la primera etapa nunca dejaron en realidad de esperar algo: que llegasen las cartas, que acabase la peste, que el ausente volviera subrepticamente a la ciudad. Sólo en la segunda etapa ya nada esperan. Pero felizmente en ese momento han llegado a la atonía (o la vida les ofrece nuevos motivos de interés). Tienen que morir o traicionar.

Id.: esos momentos en que se dejan deslizar hacia la peste y ya no esperan más que en sueños. Cottard dice:

la cárcel debe de ser algo bueno. Y los habitantes: quizá la peste libere de todo.

La pureza del corazón de Kierkegaard. Cuánta palabrería. ¡Como si el genio anduviera con rodeos!

«La desesperación es la frontera donde se encuentran con igual impotencia el arrebatado de un egoísmo cobardemente temeroso y la temeridad de un espíritu orgulloosamente obstinado.»

«Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra» (Mateo, XII, 43).

Su distinción entre hombres de acción y hombres de sufrimiento.

Id. para Kafka: «Hay que asestar el golpe de muerte a la esperanza terrenal; sólo entonces es posible la salvación, por la verdadera esperanza».

La Pureza del corazón para K. es la unidad. Pero es la unidad y el bien. No hay pureza fuera de Dios. Conclusión: ¿resignarse a lo impuro? Estoy lejos del bien y tengo sed de unidad. Esto es irreparable.

Ensayo sobre la Rebelión. Después de haber hecho partir la filosofía de la angustia: hacer que arranque de la felicidad.

Id. Regenerar el amor en el mundo absurdo es de hecho regenerar el más ardiente y el más perecedero de los sentimientos humanos (Platón: «Si fuéramos dioses, no conoceríamos el amor»). Pero no hay juicio de valor posible sobre el amor duradero (en la tierra) y el que no lo es. Un amor fiel — *si no se empobrece*— es para el hombre un medio de mantener lo más posible lo mejor de sí mismo. Así se encuentra revalorizada la fidelidad. Pero este amor está al margen de lo eterno. Es el más humano de los sentimientos con todo lo que la palabra connota de limitación y de exaltación. De ahí que el hombre sólo

se realice en el amor, ya que en él encuentra, en forma fulgurante, la imagen de su condición sin porvenir (y no, como dicen los idealistas, porque se acerca a cierta forma de lo eterno). Prototipo: Heatchcliff. Todo esto ilustra el hecho de que lo absurdo tiene su fórmula en la oposición entre *lo que dura y lo que no dura*. Sobreentendiéndose que hay una sola manera de durar, que es durar eternamente y que no hay término medio. Nosotros pertenecemos al mundo que no dura. Y todo lo que no dura —y nada más que lo que no dura— es nuestro. Se trata así de arrancar el amor a la eternidad o, por lo menos, a quienes lo disfrazan con imagen de eternidad. Preveo la objeción: es que usted no ha amado nunca. Dejémoslo.

Veste, segunda versión.

Los separados pierden el sentido crítico. Se puede ver cómo los más inteligentes buscan en los periódicos o en las emisiones de radio razones para creer en un rápido fin de la peste, concebir esperanzas sin fundamento y sentir temores gratuitos al leer las consideraciones que un periodista escribió un poco al azar, bostezando de aburrimiento.

- Lo que ilumina el mundo y lo hace soportable es el sentimiento habitual de los lazos que nos ligan a él, y más particularmente de lo que nos une a los otros seres. Las relaciones con los demás siempre nos ayudan a proseguir porque suponen siempre desarrollos, un futuro, y también porque vivimos como si nuestra única tarea fuese precisamente tener relaciones con los seres. Pero los días en que cobramos conciencia de que no es nuestra única tarea, sobre todo cuando comprendemos que sólo nuestra voluntad mantiene a esos seres unidos a nosotros —dejad de escribir o de hablar, aislaos y veréis cómo se desvanecen a vuestro alrededor—, cuando vemos que la

mayoría está en realidad de espaldas (no por malicia, sino por indiferencia) y que el resto conserva *siempre* la posibilidad de interesarse en otra cosa, cuando imaginamos así todo lo que hay de contingente, de juego de las circunstancias, en lo que se llama un amor o una amistad, entonces el mundo vuelve a su noche y nosotros a ese frío enorme de donde nos había sacado por un momento la ternura humana. %.

10 de febrero

Cuatro meses de vida ascética y solitaria. Ganan con ello la voluntad y el espíritu. Pero ¿y el corazón?

Todo el problema absurdo debería poder concentrarse en torno a una crítica del juicio de valor y del juicio de hecho.

Curioso texto del *Génesis* (III, 22). «Y dijo Yahveh Dios: "He quí que el hombre ha venido a ser como *uno de nosotros*, en cuanto a conocer el bien y el mal; ahora, pues, cuidado, no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, y, comiendo de él, *viva para siempre*".»

Y la espada de fuego que arroja entonces al hombre del Edén «se volvía por todos los lados para guardar el camino del árbol de la vida». Es la historia de Zeus y de Prometeo que vuelve a empezar. El hombre tuvo el poder de convertirse en el igual de Dios, y Dios lo temió y lo mantuvo sujeto. *Id.* De la responsabilidad divina.

Lo que me molesta en el ejercicio del pensamiento o la disciplina necesaria para la obra es la imaginación. Tengo una imaginación desordenada, desmedida, un poco monstruosa. Es difícil apreciar qué papel enorme

ha desempeñado en mi vida. Y, sin embargo, no me he dado cuenta de esta particularidad personal hasta los treinta años.

Algunas veces en el tren, en el autobús, en las horas muertas que pasan, yo me prohíbo perderme en juegos de imágenes, construcciones que me parecen estériles. Cansado de tener que rectificar constantemente la inclinación de mi pensamiento, de tener que conducirlo a donde necesito para que se alimente, llega un momento en que me abandono, más exacto sería decir que floto a la deriva: las horas pasan con la rapidez del rayo, y he llegado antes de darme cuenta.

El gusto por la piedra es quizá lo que tanto me atrae en la escultura. Devuelve a la forma humana el peso y la imposibilidad sin los cuales no le encuentro grandeza.

Ensayo: un capítulo sobre la «fecundidad de las tautologías».

Una mente algo entrenada en la gimnasia de la inteligencia sabe, como Pascal, que todo error proviene de una exclusión. En el límite de la inteligencia se sabe, a ciencia cierta, que toda teoría contiene parte de verdad, y que de las grandes experiencias de la humanidad —aunque sean aparentemente antagónicas, aunque se llamen Sócrates y Empédocles, Pascal y Sade— ninguna es *a priori* insignificante. Pero las circunstancias obligan a elegir. De ahí que Nietzsche juzgara necesario atacar a Sócrates y al cristianismo con argumentos poderosos. Pero también de ahí que, por el contrario, debamos hoy defender a Sócrates, o por lo menos lo que representa, porque la época amenaza sustituirlos por valores que son la negación de toda cultura y Nietzsche corre así el riesgo de obtener una victoria que no habría deseado.

Esto parece introducir cierto oportunismo en la vida de las ideas. Pero lo parece solamente, porque ni Nietzsche ni nosotros perdemos conciencia del *otro aspecto* del asunto y se trata sólo de una reacción de defensa. Y, finalmente, la experiencia de Nietzsche añadida a la nuestra, como la de Pascal a la de Darwin, Calicles a Platón, restituye todo el registro humano y nos devuelve a nuestra patria. (Pero todo esto sólo puede ser verdad con una docena de matices suplementarios.)

Ver, en todo caso, Nietzsche (*Origen de la filosofía*, Bianquis, p. 208): «Debo confesar que Sócrates está tan cerca de mí, que lucho contra él casi sin tregua».

Peste, segunda versión. Los separados tienen problemas con los días de la semana. El domingo, naturalmente. El sábado por la tarde. Y algunos días consagrados antes a ciertos ritos.

Id. Un capítulo sobre el terror: «La gente que venían a buscar por la noche...»

En el capítulo sobre los campos de aislamiento: los parientes están ya separados del muerto; luego, por razones sanitarias se separa a los hijos de los padres, y a los hombres de las mujeres. De modo *que la separación se vuelve general*. Envían a todos a la soledad.

Hacer así del tema de la separación el gran tema de la novela. «No habían pedido nada a la peste. Se habían creado pacientemente, en el seno de un mundo incomprensible, un universo propio, muy humano, donde la ternura y la costumbre se repartían los días. Y como sin duda no bastaba que estuvieran separados del mundo mismo, he aquí que la peste tuvo, además, que separarlos de sus modestas creaciones cotidianas. Después de cegarles el espíritu, les arrancaba el corazón. Prácticamente, *en la novela no hay más que hombres solos.*»

Peste, segunda versión.

* Se busca la paz y se acude a los seres para que os la den. Pero, en principio, sólo pueden dar demencia y confusión' Por fuerza hay que buscarla en otra parte, pero el cielo está mudo. Entonces, y sólo entonces, se puede volver a los seres, porque, a falta de paz, proporcionan el sueño.

Peste, segunda versión.

Es bueno que haya terrazas por encima de la peste.

Todos tienen razón, dice Rieux.

Tarrou (o Rieux) perdona a la peste.

Ensayo sobre la Rebelión. *Al comienzo* el mundo absurdo en rigor no se analiza. Se evoca y se imagina. Este mundo es así el producto del *pensamiento en general*, es decir, de la imaginación estricta. Consiste en aplicar cierto principio moderno a la conducción de la vida y a la estética. No es un análisis.

Pero una vez trazado a grandes rasgos este mundo, puesta la primera piedra (sólo hay una), resulta posible filosofar —o más exactamente, si se ha comprendido bien—, resulta necesario. Se hacen de nuevo indispensables el análisis y el rigor, y se les restaura. Triunfan el detalle y la descripción. De «lo interesante es nada más que...» se deduce, «todo es interesante menos...». De ahí un estudio preciso y riguroso —sin conclusiones— sobre la rebelión.

1. El movimiento de rebelión y la rebelión exterior.

2. El estado de rebelión.

3. La rebelión metafísica.

Movimiento de rebelión: el derecho legítimo —la impresión de que esto ha durado demasiado—, que el otro abusa de su derecho (su padre, por ej.). «Hasta aquí hemos llegado, pero no más.» Continuar análisis.

Ver notas *Origen, filosofía y hombre del resentimiento* en ensayo.

Ensayo sobre la Rebelión: una de las direcciones del espíritu absurdo es la pobreza y la privación.

Una sola manera de no dejarse «poseer» por el absurdo es no sacar ventajas de él. No dispersión sexual sin castidad, etc.

Id. Introducir tema de la oscilación.

Id. La contemplación como uno de los fines absurdos, en la medida en que goza sin participar.

Imaginemos un pensador, que dice: «Bueno, sé que eso es verdad. Pero, en definitiva, me repugnan sus consecuencias y retrocedo. *La verdad es inaceptable aun para el que la encuentra.*» Así se tendrá al pensador absurdo y su perpetua desazón.

Ese viento singular que corre siempre por el confín del bosque. Curioso ideal del hombre: construirse un piso en el seno mismo de la naturaleza.

Hay que decidirse a introducir en las cosas del pensamiento la distinción necesaria entre filosofía de evidencia y filosofía de preferencia. Dicho de otra manera, se puede llegar a una filosofía que repugne al espíritu y al corazón, *pero que se imponga*. Así, mi filosofía de evidencia es el absurdo. Pero eso no me impide tener (o más exactamente *conocer*) una filosofía de preferencia: Ej.: un justo equilibrio entre el espíritu y el mundo, armonía, plenitud, etc. El pensador feliz es el que sigue su inclinación — el pensador exilado el que se niega a ella — por verdad — con pena, pero con determinación...

¿Puede llevarse hasta el límite esta separación entre el

pensador y su sistema? ¿No es volver de hecho a un realismo desviado?: la verdad exterior al hombre, compulsiva. Tal vez, pero sería entonces un realismo insatisfactorio. No una solución a priori.

"El gran problema por resolver «prácticamente»: ¿se puede ser feliz y solitario?'"

Antología de la insignificancia. Y ante todo, ¿qué es la insignificancia? Aquí la etimología es engañosa. No es lo que no tiene sentido. Habría que decir entonces, en efecto, que el mundo es insignificante. Insensato e insignificante no son sinónimos. Un personaje insignificante puede ser perfectamente razonable. Tampoco es lo fútil. Hay grandes acciones, proyectos serios y grandiosos que son insignificantes. Sin embargo, esto nos permite avanzar. Porque estas acciones no parecen insignificantes a quienes las emprenden con seriedad oficial. Por consiguiente, hay que añadir que son insignificantes para... que un personaje es insignificante con respecto a... que un pensamiento es insignificante en el contexto de... Dicho de otra manera existe, como para todas las cosas, una relatividad de la insignificancia. Lo que no quiere decir que la insignificancia sea cosa relativa. Tiene relación con algo que no es la insignificancia —algo que tiene sentido—, cierta importancia, algo que «cuenta», que merece interés, algo en que vale la pena fijarse, ocuparse, poner dedicación, algo que ocupa lugar, y con derecho, que impresiona la mente, que se impone la atención, que salta a la vista... etc. Esto aún no está definido mejor. La insignificancia será relativa sólo si se pueden dar varias definiciones de ese patrón métrico de la significación. De lo contrario será comparable, como cualquier cosa, con otra mayor y extraerá el poco sentido que tiene de una significación más general. Detengámonos en estas palabras. En cierta medida, con muchas precauciones y teniendo

en cuenta varios matices, se podría decir que algo insignificante no es forzosamente algo que no tiene *sentido*, sino algo que, por sí mismo, no tiene *significado* general. Dicho de otra manera, y según la escala normal de valores, si yo me caso, cumplo un acto que reviste un significado general en el orden de la especie, otro en el orden de la sociedad, en el de la religión y tal vez un último en el orden metafísico. Conclusión: el matrimonio no es un acto insignificante, por lo menos en el orden de los valores comúnmente admitidos. Porque si se le quita significado en el orden de la especie, en el social o en el religioso, y tal es el caso de los individuos indiferentes a estas consideraciones, el matrimonio es realmente un acto insignificante. Como quiera que sea, en este ejemplo se ve que la insignificancia depende de un significado del cual carece.

Tomemos el ejemplo contrario: si para abrir una puerta hago girar el picaporte más bien hacia la derecha que hacia la izquierda, no puedo asociar este gesto a ningún significado general comúnmente admitido. A la sociedad, a la religión, a la especie y a Dios mismo les tiene completamente sin cuidado que yo mueva el picaporte hacia la derecha o hacia la izquierda. Conclusión: mi acción será insignificante, salvo que para mí esta costumbre se vincule, por ejemplo, a una intención de ahorrar fuerzas, a un gusto por la eficacia que puede reflejar cierta voluntad, un comportamiento vital, etc. En estos casos será para mí mucho más importante hacer girar el picaporte en cierta forma que casarme. Así la insignificancia siempre tiene una relación que decide lo que es. La conclusión general es que hay incertidumbre en el caso de la insignificancia.

Pero ya que me propongo hacer una antología de las acciones insignificantes, quiere decir que sé lo que es una acción insignificante. Probablemente. Pero saber si una acción es insignificante no equivale a saber lo que es la insignificancia. Y después de todo, puedo, por ejemplo, hacer esa antología para salir de dudas. Sin embargo...

Plan.

1.º Acciones insignificantes: el viejo y el gato. El militar y la muchacha (nota para éste. He dudado en incluir esta historia en la antología. Tal vez tenga un gran significado. Pero la incluyo a pesar de todo para mostrar la dificultad extrema de mi trabajo. De todas maneras, *también* será posible trasladarla a una antología de las cosas que tienen sentido —en preparación—), etc.

2.º Frases insignificantes. «Como dicen en mi tierra», «Como decía Napoleón», y de una manera general, la mayor parte de las frases históricas. El escarabajos de Jarry.

3.º Pensamientos insignificantes. Pueden preverse varios volúmenes enormes.

¿Para qué esta antología? Para terminar se observará que la insignificancia casi siempre se identifica con el aspecto mecánico de las cosas y de los seres, en la mayoría de los casos con la costumbre. Es decir, que como todo acaba por volverse habitual, tenemos la certeza de que los pensamientos más grandes y las acciones más grandes acaban por volverse insignificantes, la vida tiene ...⁴ como fin señalado la insignificancia. De ahí el interés de la antología. Describe prácticamente no sólo la parte más considerable de la existencia, la de los pequeños gestos, los pequeños pensamientos y los pequeños humores, sino también nuestro futuro común. Tiene la ventaja extraordinariamente rara en nuestros tiempos de ser verdaderamente profética.

Nietzsche, con la vida exterior más monótona posible, prueba que el pensamiento por sí solo, ejercido en la soledad, es una aventura terrible.

⁴ Palabra ilegible.

¡Soportamos que Moliere haya tenido que morir!

9 de marzo. Las primeras vincapervincas. ¡Y aún nevaba hace ocho días!

Nietzsche también conoce la nostalgia. Pero no quiere pedir nada al cielo. Su solución: lo que no se le puede pedir a Dios, se le pide al hombre: es el superhombre. Sorprende que para vengarse de semejante pretensión no lo hayan hecho Dios a él. Tal vez sea cuestión de paciencia. Buda predica una sabiduría sin dioses y unos siglos después lo ponen en un altar.

El europeo que convierte el valor en voluptuosidad: se admira a sí mismo. Repugnante. El valor auténtico es pasivo: es indiferencia ante la muerte. Un ideal: el conocimiento puro y la felicidad.

⁸¿Puede el hombre desear algo mejor que la pobreza? No he dicho la miseria, ni tampoco el trabajo sin esperanza del proletario moderno. Pero no veo qué más puede desearse que la pobreza unida a un ocio activo. "

No se pueden suprimir *absolutamente* los juicios de valor. Eso niega lo absurdo.

Los filósofos antiguos (y con razón) reflexionaban mucho más de lo que leían. Por eso se aferraban tanto a lo concreto. La imprenta ha cambiado todo eso. Sfiiee más de lo que se reflexiona. No tenemos filosofía, sino única-

mente comentarios. Es lo que dice Gilson al considerar que a la época de los filósofos que se ocupaban de filosofía ha sucedido la de los profesores de filosofía que se ocupan de los filósofos. En esta actitud hay a la vez modestia e impotencia. Y un pensador que comenzara su libro con estas palabras: «Tomemos las cosas desde su origen» se expondría a hacer sonreír. Hasta el punto de que un libro de filosofía que apareciese hoy sin apoyarse en una autoridad, cita, comentario, etc., no sería tomado en serio. Y sin embargo...

Para *La peste*: En los hombres hay más cosas admirables que despreciables.

Cuando se elige el renunciamiento a pesar de la certidumbre de que «Todo está permitido», algo queda, sin embargo, y es que ya no juzgamos a los demás.

Lo que atrae a mucha gente hacia la novela es que aparentemente es un género que no tiene estilo. En realidad, exige el estilo más difícil, el que se subordina enteramente a su objeto. Puede así concebirse que un autor escribiera cada una de sus novelas en un estilo diferente.

La sensación de la muerte que me es familiar desde ahora: está privada de los auxilios del dolor. El dolor se aferra al presente, exige una lucha que supone *ocupación*. Pero presentir la muerte a la sola vista de un pañuelo lleno de sangre es como si volvieran a hundirnos sin esfuerzo en el tiempo de manera vertiginosa: es el espanto del devenir.

El espesor de las nubes disminuyó. En cuanto pudo salir el sol, los campos labrados empezaron a humear.

La muerte da su forma al amor como se la da a la vida; transformándolo en destino. La que amas está muerta en el tiempo en que la amabas y en lo sucesivo tienes un amor fijado para siempre; que, sin este fin, se habría desintegrado. Qué sería, pues, el mundo sin la muerte, una serie de formas evanescentes y renacientes, una fuga angustiada, un mundo inacabable. Pero felizmente he aquí que llega ella, la que no cambia. Y el amante que llora sobre los despojos amados, Rene ante Pauline, vierte las lágrimas de la alegría pura —del todo está consumado— del hombre que reconoce que su destino ha cobrado forma por fin.

La curiosa teoría de Madame de Lafayette es la del matrimonio considerado como un ynal menori Más vale estar mal casada que sufrir por la pasión. Se reconoce en eiló una ética del *Orden*.

(La novela francesa es psicológica, porque desconfía de la metafísica. Se refiere constantemente a lo humano por *prudencia*) Hay que haber leído muy mal *La Princesse de Clèves* para ver en ella la imagen de la novela clásica. Por el contrario, está muy mal compuesta.

Peste. Los separados: ¿Diario de la separación? «La sensación de separación fue general y es posible dar una idea suya a través de las conversaciones, las confidencias y las noticias que aparecen en los periódicos.»

Id. Los separados. Esa hora de la noche que para los creyentes es la del examen de conciencia —esa hora tan dura para el prisionero— es la del amor frustrado.

Peste. *Id.* El hombre empuja a unos a reflexionar y a otros a avituallarse. Así ocurría que la causa de la desgracia era a la vez un bien, y además que lo que para unos era desgracia, era un bien para otros. Ya no se sabía qué pensar.

(?) Stephan. Diario de la separación.

Tres planos en la obra:
Tarrou que describe minuciosamente.
Stephan que evoca *lo general*.
Rieux que concilia en la conversación superior del
diagnóstico relativo.

Los separados. *Id.* Casi al final de la peste, ya no imaginaban la intimidad que los había unido, ni cómo había podido vivir cerca de ellos un ser al que, en cualquier momento, podían alcanzar con la mano.

¿Epígrafe para *El malentendido*? «Lo que nace no llega a la perfección y, sin embargo, no se detiene nunca.»
Montaigne.

Es fácil imaginar un europeo convertido al budismo, porque se asegura la supervivencia —que Buda juzga una desgracia sin remedio—, pero que él desea con todas sus fuerzas.

he -

Saint-Etienne y sus arrabales. Semejante espectáculo condena a la civilización que lo ha hecho nacer. Un mundo donde no queda lugar para el ser, para la alegría, para el ocio activo, es un mundo que debe morir. Ningún pueblo puede vivir al margen de la belleza. Puede sobrevivirse por un tiempo y nada más. Y esta Europa que aquí ofrece uno de sus rostros más constantes se aleja sin cesar de la belleza. Por eso se convulsiona y por eso morirá si para ella la paz no significa retornar a la belleza y devolver su lugar al amor.

Toda vida orientada hacia el dinero es una muerte.
El renacimiento está en el desinterés.

• El hecho de escribir da testimonio de una seguridad personal que empieza a faltarme. La seguridad de que se tiene algo que decir y, sobre todo, de que se puede decir algo —la seguridad de que cuanto uno siente y cuanto es vale como ejemplo—, la seguridad de ser irremplazable y de no ser cobarde. Todo eso es lo que pierdo y empiezo a imaginar el momento en que ya no escribiré más*

^ Tener la fuerza de elegir lo que se prefiere y de atenerse a ello. O si no, más vale morir. *

Los separados: «Esperaban con impaciencia, para revivir su amor, la hora de los celos sin objeto.»

Id. Se les pide que se inscriban para conocer la nómina de los que están separados. Se extrañan de que después no ocurra nada. Pero sólo se trata de conocer el nombre de las personas a quienes hay que avisar «por si acaso». «En una palabra, nos inscribimos.»

Id. Tercera parte. «Pero cuando se hubieron vuelto a encontrar, aún les costó bastante sustituir a la criatura de su imaginación por la real... y puede decirse que la peste no murió hasta el día en que uno de ellos pudo mirar de nuevo con aburrimiento el rostro que tenía enfrente.»

Todo pensamiento se juzga por lo que sabe obtener

del sufrimiento. A pesar de mí repugnancia, el sufrimiento es un hecho*

No puedo vivir fuera de la belleza. Es lo que me vuelve débil ante ciertos seres.

Cuando todo haya acabado, *separarse* (Dios o la mujer).

° Lo que más distingue al hombre del animal es la imaginación. De aquí que nuestra sexualidad no pueda ser verdaderamente natural, es decir, ciega. *

Lo absurdo es el hombre trágico ante un espejo (Calígula). *No está solo*, pues. Hay en ello el germen de una satisfacción o de una complacencia. Ahora hay que suprimir el espejo.

Cuando se lo observa, el tiempo no marcha de prisa. Se siente vigilado. Pero se aprovecha de nuestras distracciones. Hasta es posible que haya dos tiempos, el que observamos y el que nos transforma.

Epígrafe para *El malentendido*. «He aquí por qué los poetas imaginan a la desgraciada madre Níobe, que perdió primero siete hijos y a continuación otras tantas hijas, agobiada de pérdidas y al final transmutada en roca... para expresar la estupefacción sombría, muda y sorda que nos embarga cuando las vicisitudes nos abruman, excediendo nuestra resistencia.» Montaigne.

Id. De la tristeza. «Yo soy de los más exentos de esta pasión, no la amo ni la estimo, aunque la sociedad se ha-

ya empuñado arbitrariamente en honrarla con su especial favor.

Id. (De los mentirosos.) Y nada hace conocer mejor la fuerza de un caballo que una sofrenada en seco.

Absurdo. Restituir moral por medio del Tú. No creo que haya otro mundo donde tengamos que «rendir cuentas».*Pero ya en este mundo tenemos cuentas que rendir; a todos los que amamos.*

Id. A propósito del lenguaje. (Parain: los argumentos que prueban que el hombre no ha podido inventar el lenguaje son irrefutables.) Todo, en cuanto se profundiza, desemboca en un problema metafísico. Así, adonde quiera que el hombre se vuelva, se encuentra aislado en lo real como en una isla rodeada por un mar fragoroso de posibilidades y de interrogantes. De esto puede deducirse que el mundo tiene un sentido. Porque no lo tendría, si se limitara a ser, bestialmente. Los mundos felices no tienen razones. Resulta, pues, ridículo decir: «¿Es posible la metafísica?» La metafísica es.

• El consuelo de este mundo es que no hay sufrimientos permanentes. Desaparece un dolor y renace una alegría. Todos se equilibran. Este mundo está compensado. Y aunque nuestra voluntad extraiga del devenir un sufrimiento privilegiado que elevamos al nivel de nuestras potencias para experimentarlo sin cesar, la elección misma prueba que consideramos este sufrimiento como un bien, y en ello reside en tal caso la compensación.*

3.º *Intempestivas.* «Schopenhauer, con una mirada dolorosa, se apartaba de la imagen del gran fundador de la Trapa, de Raneé, diciendo: Esto exige la "gracia".»

A propósito de M. [...] ⁵. No rehusó ir hacia el Ser, pero no quiero seguir un camino que se aparte de los seres. Saber si se puede encontrar a Dios en el límite de las propias pasiones.

Peste: muy importante. «Os han dominado sin rebelión, porque os han encajado el abastecimiento y el dolor de las separaciones.»

20 de mayo

Por primera vez: extraño sentimiento de satisfacción y de plenitud. Pregunta que me he formulado, tendido en la hierba, ante la noche pesada y cálida: «Si estos días fueran los últimos...» Contestación: una sonrisa tranquila. Sin embargo, nada que pueda enorgullecerme: nada está resuelto, ni siquiera mi conducta es muy firme. ¿Será esto el endurecimiento que remata una experiencia, o la dulzura de la noche, o por el contrario, el comienzo de una sabiduría que ya no niega nada?

Junto, luxemburgo

Un domingo por la mañana lleno de viento y de sol. Alrededor del estanque grande el viento dispersa las aguas de la fuente, los veleros minúsculos en el agua rizada y las golondrinas en torno de los grandes árboles. Dos muchachos discutiendo: «Tú que crees en la dignidad humana.»

Prólogo: — El amor...
— El conocimiento...
— Es la misma palabra.

Si durante el día el vuelo de los pájaros siempre parece sin rumbo, al anochecer, aparentemente, encuentran

⁵ Sigue una palabra ilegible.

un destino. Vuelan hacia algo. Tal vez de igual modo en el ocaso de la vida...

¿Existe un ocaso de la vida?

Habitación de hotel en Valence. «No quiero que hagas eso. ¿Qué será de mí con este pensamiento? Qué será de mí frente a tu madre, tus hermanas, Marie-Rolande, me había prometido no decírtelo, bien lo sabes.»

—Te lo suplico, no hagas eso. Necesitaba tanto estos dos días de descanso. Te impediré que lo hagas. Llegaré a lo que sea. Me casaré contigo si es necesario. Pero no quiero tener eso sobre la conciencia.

—Me había prometido no decírtelo.

—Palabras. Y para mí lo que cuenta son los actos...

—Se creerá en un accidente. El tren... etc. (Ella llora. Grita: te odio. Te odio por hacerme esto.)

—Ya lo sé, Rolande, ya lo sé. Pero no quería decírtelo. Etc., etc.

Él promete. Duración una hora y media. Monotonía. Estancamiento.

Van Gogh impresionado por un pensamiento de Renán: «Morir para sí mismo, realizar grandes cosas, llegar a la nobleza y superar la vulgaridad en la que se arrastra la existencia de casi todos los individuos».

«Si seguimos amando sinceramente lo que de veras es digno de amor y *no desperdiciamos el amor en cosas insignificantes y nulas y sosas*, obtendremos poco a poco más sabiduría y nos volveremos más fuertes.»

«Cuando nos perfeccionamos en una sola cosa y la entendemos bien, adquirimos por añadidura comprensión y conocimiento de otras muchas cosas.»

«Soy en cierto modo fiel dentro de mi infidelidad.»

«Si hago paisajes, siempre habrá en ellos rastros de figuras.»

Cita la frase de Doré: «Tengo la paciencia de un buey».

Cfr. la carta 340 sobre el viaje a Zweeloo.

El mal gusto de los grandes artistas: iguala a Millet con Rembrandt.

'«Creo cada vez más que no hay que juzgar a Dios por este mundo: es un esbozo que le salió mal.» »

«Puedo prescindir perfectamente de Dios en la vida y en la pintura, pero enfermo y todo no puedo prescindir de algo que es más grande que yo, que es mi vida: el poder de crear.»

La larga búsqueda de Van Gogh desorientado hasta los veintisiete años, antes de encontrar su camino y descubrir que es pintor.

Cuando se ha hecho lo necesario para comprender bien, aceptar y sobrellevar bien la pobreza, la enfermedad y los propios defectos, aún falta dar un paso.

Peste. Profesor sentimental, al final de la peste concluye que la única ocupación inteligente sigue siendo copiar un libro al revés (desarrollar el texto y el sentido).

Tarrou muere en silencio (guiño de ojo, etc.).

Campo de aislamiento administrativo.

Conversación al final con profesor y doctor; están reunidos. Pero es que pedían poco. Yo no he tenido, etcétera.

El barrio judío (las moscas). Los que quieren mantener las apariencias. Se convida a las personas a tomar una achicoria.

Separados. 2º Y lo que ya les resultaba tan difícil soportar para sí mismos (la vejez) debían ahora sobrellevarlo para dos.

Sin embargo, los asuntos corrientes continúan despachándose. En ese momento, en efecto, se conocen las derivaciones de un caso que había intrigado en su época a los entendidos. Un joven asesino... ha sido indultado. Los periódicos opinan que saldrá del paso con diez años de

buena conducta y en seguida podrá reanudar su vida ordinaria. Realmente no valía la pena.

La confianza en las palabras es el clasicismo; pero para mantener su confianza sólo las usa con prudencia. El surrealismo, que les tiene desconfianza, abusa de ellas. Volvamos al clasicismo, por modestia.

Los que aman la verdad deben buscar el amor en el matrimonio, es decir, el amor sin ilusiones.

«¿En qué consiste la inspiración occitana?» Número especial *Cahiers du Sud*. En términos generales, no hemos valido nada durante el Renacimiento, el siglo xviii y la Revolución. Sólo significamos algo entre los siglos X y XIII, y precisamente en un momento en que resulta bastante difícil hablar de nosotros como de una nación —en el que toda civilización es internacional—. Así, siglos enteros de historia, desdichada o gloriosa, el centenar de nombres ilustres que nos han legado, una tradición, una vida nacional, el amor, todo eso es vano, todo eso no cuenta para nada. ¡Y los nihilistas somos nosotros!

El humanismo no me fastidia: hasta me sonrío. Pero me resulta insuficiente.

Brück, dominico: «A mí me revientan esos demócratas cristianos».

«G. tiene todo el aire de un cura, una especie de unión episcopal. Y apenas si la aguanto en los obispos.»

Yo: «De joven, yo creía que todos los sacerdotes eran felices.»

Brück: «El temor a perder la fe hace que disminuya su sensibilidad. Ya no es más que una vocación negativa. No miran la vida de frente.» (Su sueño, el gran clero conquistador, pero magnífico de pobreza y de audacia.)

Conversación sobre Nietzsche condenado.

Barres y Gide. Para nosotros el desarraigo es un problema superado. Y cuando no nos apasionan los problemas decimos menos tonterías. En suma, hace falta una patria y hay que viajar.

Malentendido. La mujer, después de la muerte del marido: «¡Cuánto lo quiero!»

Agrippa d'Aubigné. He aquí un hombre que cree y que combate porque cree. En suma, está contento. Se ve en la satisfacción que siente por su casa, su vida, su carrera. Si echa pestes, es contra los que no tienen razón —según él.

La esencia de la tragedia consiste en que cada una de las fuerzas que en ella se oponen es legítima, tiene derecho a la vida. En consecuencia, será una tragedia floja la que pone en acción fuerzas ilegítimas. Una tragedia poderosa, la que lo legitima *todo*.

En las mesetas del Mézenc el viento silbando en el aire con grandes mandobles.

Vivir con las propias pasiones supone haberlas dominado.

El eterno Retorno supone complacencia en el dolor.

La vida está abarrotada de acontecimientos que nos hacen desear volvernos más viejos.

No olvidar: la enfermedad y su decrepitud. No hay un minuto que perder; lo que acaso es la antítesis de «hay que apresurarse».

Moraleja: no se puede vivir con la gente conociendo sus Segundas intenciones. '

~~ Recriázar obstinadamente todo juicio colectivo. Llevar inocencia al seno del aspecto «comentario» de toda sociedad.

El calor madura a los seres como a los frutos. Están maduros antes de vivir. Lo saben todo antes de haber aprendido nada.

B. B. «Nadie se da cuenta de que algunas personas gastan una fuerza hercúlea para ser nada más que normales.»

Peste. La extensión dada a los carnets de Tarrou se debe a que murió en la casa del narrador (al principio).

—¿Está seguro de que el contagio es un hecho y el aislamiento recomendable?

—No estoy seguro de nada, pero estoy seguro de que

los cadáveres abandonados, la promiscuidad, etc., no son recomendables. Las teorías pueden cambiar, pero hay algo que siempre y en cualquier circunstancia tiene validez: la coherencia.

A tuerza de luchar, las organizaciones sanitarias dejan de interesarse en las noticias de la peste.

La peste suprime los juicios de valor. Ya no se juzga la calidad de la ropa, de los alimentos, etc. Se acepta todo.

El separado quiere pedir al doctor un certificado para poder salir (es así como lo conoce), cuenta sus gestiones... Vuelve regularmente.

Los trenes, las estaciones, las esperas.

La peste destaca la separación. Pero el hecho de estar reunidos no es más que un azar que se prolonga. La regla es la peste.

1 de septiembre de 1943

^a El que desespera de los acontecimientos es un cobarde, pero el que pone su esperanza en la condición humana es un loco. «•

15 de septiembre

¡Lo descuida todo, trabajo personal, cartas de negocios, etc., para contestar a una chiquilla de trece años que le escribe con el corazón!

Ya que la palabra existencia envuelve algo, que es nuestra nostalgia, si bien no puede menos de extenderse a la afirmación de una realidad superior, la mantendré -

mos sólo bajo una forma conversa; diremos así «filosofía inexistencial», lo que no comporta una negación, y sólo pretende dar cuenta del estado del «hombre privado de»... La filosofía inexistencial será la filosofía del exilio.

Sade. «Se declama contra las pasiones, sin pensar que en esa antorcha enciende la suya la filosofía.»

El arte tiene los movimientos del pudor. No puede decir las cosas directamente.

En períodos de revolución siempre son los mejores los que mueren. La ley del sacrificio deja la última palabra a los cobardes y a los prudentes, puesto que los otros la han perdido al dar lo mejor de sí mismos. Hablar supone siempre haber traicionado.

Sólo los artistas hace algún bien al mundo. No, dice Parain.

Peste. Todos luchan —y cada uno a su manera—. La única cobardía es arrodillarse... Se vieron surgir nuevos moralistas a montones y su conclusión siempre era la misma: hay que arrodillarse. Pero Rieux contestaba: hay que luchar de tal y tal manera.

El exiliado pasa horas en las estaciones. Hacer revivir la estación muerta.

g.ioux: I «En toda colectividad en lucha hacen falta hombres que maten y hombres que curen. Yo he elegido curar. Pero sé que estoy en la lucha.»

Peste. En este mismo instante hay puestos lejanos donde el agua está sonrosada por el crepúsculo.

«Acudir a Dios por haberse desprendido de la tierra y porque el dolor os ha separado del mundo, es vano. Dios necesita almas apegadas al mundo. Lo que le complace es vuestra alegría.»

Quizá se traiciona más efectivamente este mundo reproduciéndolo que transfigurándolo. La fotografía más perfecta es en sí misma una traición.

Contra el racionalismo. Si el determinismo puro tuviera sentido, bastaría una sola afirmación verdadera para que, de conclusión en conclusión, se llegase a la verdad total. No es así. Luego, o bien no hemos pronunciado nunca una sola afirmación verdadera, y ni siquiera la de que todo está determinado, o bien hemos dicho la verdad, pero *en vano*, y el determinismo es falso.

Para mi «creación contra Dios». Un crítico católico (Stanislas Fumet) dice que el arte, *sea cual fuere su finalidad*, constituye siempre una rivalidad culpable con Dios. Igualmente, Roger Secrétain, *Cahiers du Sud*, agosto-septiembre de 1943. También Peguy: «Hasta existe una poesía cuyo brillo procede de la ausencia de Dios, que no especula con la salvación, que no se refiere más que a sí misma, esfuerzo humano, recompensado ya en la tierra, por llenar el vacío de los espacios.»

No hay término medio entre la literatura apologética y esta literatura de competición.

El deber es hacer lo que se sabe que es justo y bueno: «preferible.» ¿Es fácil? No, porque resulta difícil hacer hasta lo que se sabe que es preferible. •

Absurdo. Si uno se mata, niega el absurdo. Si uno no se mata, el absurdo revela por lo general un principio de conformidad que es la negación de sí mismo. Lo que no quiere decir que el absurdo no exista. Quiere decir que el absurdo existe *realmente* sin lógica. Por eso *realmente* no se puede vivir en él.

Varis. Noviembre de 1943

Sureña. En el cuarto acto están custodiadas todas las puertas. Y Eurídice, que hasta ahora ha encontrado tan admirables acentos, empieza a callar, a oprimir su corazón sin poder expresar la palabra que la liberaría. Se callará hasta el final, cuando muere por no haber hablado. Y Sureña:

«¡Ah!... el dolor que me oprime.

No lo rebajéis hasta la ternura.»

Admirable apuesta del teatro clásico en el cual sucesivas parejas de actores relatan los acontecimientos en lugar de vivirlos y en el que, sin embargo, la angustia y la acción crecen incesantemente.

Parainf Todos han hecho trampa. Nunca han superado la desesperación en que se encontraban. Y eso, a causa de la literatura. Un comunista para él es alguien que ha renunciado al lenguaje y lo ha sustituido por la *rebelión de hecho*. Ha elegido lo que Cristo desdeñó hacer: salvar a los condenados, condenándose.

En todo sufrimiento, emoción, pasión, hay una etapa en la cual pertenece al hombre mismo, en lo que tiene de más individual y de más inexpressable, y otra en la que pertenece al arte. Pero en el primer momento el arte no puede utilizarlos. El arte es la distancia que da el tiempo al sufrimiento.

Es la trascendencia del hombre con relación a sí mismo.

En el caso de Sade, el erotismo sistemático es una de las direcciones del pensamiento absurdo.

Para Kafka la muerte no es una liberación. Su pesimismo humilde, según Magny.

Peste. El amor había tomado en ellos la forma de la obstinación.

Añadir pruebas Calígula: «Vamos, la tragedia ha terminado, el fracaso es total. Vuelvo la espalda y me voy. He asumido mi parte en este combate por lo imposible. Esperemos morir, sabiendo de antemano que la muerte no libera de nada.»

«Cristo tal vez haya muerto para algunos, pero no para mí.» —El hombre es culpable, pero lo es por no haber sabido obtenerlo todo de sí mismo— es una falta que ha ido en aumento desde su origen.

Sobre la justicia. El tipo que deja de creer en ella desde el momento en que le dan una paliza al arrestarlo.

Id. Lo que reprocho al cristianismo es que sea una doctrina de la injusticia..

Peste. Finalizar mostrando una mujer inmóvil y de luto

que anuncia en sufrimientos lo que el hombre ha dado en vida y sangre.

Treinta años.

La primera facultad del hombre es el olvido. Pero es justo decir que olvida hasta lo que ha hecho bien.

Peste. La separación es la regla. El resto es azar.

—Pero la gente sigue reunida.

—Hay azares que duran toda una vida.

Se prohíben los baños de mar. Es la señal. Prohibida la alegría física —la comunión con la verdad de las cosas—. Pero acaba la peste y habrá una verdad de las cosas.

¿Diario del separado?

La mayor economía que se puede realizar en el orden del pensamiento es aceptar la no-inteligibilidad del mundo, y ocuparse del hombre.

Cuando en la vejez se llega a una sabiduría o a una moral, qué turbación debe de sentirse al lamentar cuanto se ha hecho en contra de esta moral y de esta sabiduría. Demasiado temprano o demasiado tarde. No hay término medio.

Frecuento a los X, porque tienen mejor memoria que yo. Enriquecen para mí el pasado que tenemos en común, devolviendo a mi memoria todo lo que había salido de ella.

Para que la obra sea un desafío, debe estar terminada

(de ahí la necesidad de que no haya «un mañana»). Es lo contrario de la creación divina. Queda terminada, conclusa, definida, plasmada por la exigencia humana. La unidad está en nuestras manos.

Parain. ¿El individuo puede elegir el momento en el que morir por la verdad?

En este mundo hay testigos y hay embrollones. En cuanto un hombre da testimonio y muere, le embrollan el testimonio con las palabras, la predicación, el arte, etc.

El éxito puede hacer mejor al hombre joven, como la felicidad al hombre maduro. Una vez reconocido su esfuerzo, puede enriquecerlo con la distensión y el abandono, virtudes dignas de un rey.

Roger Bacon sufrió *doce años* de cárcel por haber afirmado la primacía de la experiencia en las cosas del conocimiento.

Hay un momento en que se pierde la juventud. Es el momento en que se pierde a los seres. Y hay que saber aceptarlo. Pero el momento es duro.

A propósito de la novela americana: apunta a lo universal. Como el clasicismo. Pero mientras el clasicismo apunta a lo universal eterno, la literatura contemporánea, en virtud de las circunstancias (interpenetración de las fronteras) apunta a lo universal histórico. No es el hombre de todos los tiempos, sino el hombre de todos los espacios.

Peste. «Le gustaba despertarse a las cuatro de la mañana e imaginarla entonces. Era la hora en que podía apoderarse de ella. A las cuatro de la mañana *no se hace nada*. Se duerme.»

Una compañía de teatro sigue representando una obra sobre Orfeo y Eurídice.

Los separados: la gente... Pero quién soy yo para juzgarla. Todos tienen razón. Pero no hay escape.

Conversación entre el doctor y Tarrou sobre la amistad: «He pensado en ello. Pero no es posible. La peste *no deja tiempo*.» De pronto: En este momento todos vivimos *para la muerte*. Esto da que pensar.»

Id. Un tipo que elige el *silencio*.

—Defiéndase —decían los jueces.

—No —dijo el Inculcado.

—¿Por qué? Hay que hacerlo.

—Todavía no. Quiero que ustedes asuman toda su responsabilidad.

De lo natural en el arte. Absoluto es imposible. Porque lo real es imposible (mal gusto, vulgaridad, inadecuación a la exigencia profunda del hombre). Por eso la creación humana, realizada a partir del mundo, acaba por volverse siempre contra el mundo. Los folletines son malos porque en su mayor parte son verdaderos (ya porque la realidad se haya conformado a ellos, ya porque el mundo sea convencional). El arte y el artista rehacen el mundo, pero siempre con una segunda intención de protesta.

*

Retrato de S. por A: «Su gracia, su sensibilidad, esa mezcla de languidez y de firmeza, de prudencia y de au-

dacia, esa ingenuidad que no le impide ser sanamente precavida.»

Los griegos no habrían comprendido nada del existencialismo, si bien, *a pesar del escándalo*, pudieron entrar en el cristianismo. Es que el existencialismo no supone *conducta*.

Id. No hay conocimiento absolutamente puro, es decir, desinteresado. El arte, por lo que tiene de descripción, es un intento de conocimiento puro.

Plantear la cuestión del mundo absurdo es preguntar: «¿Vamos a aceptar la desesperación sin hacer nada?» Supongo que ninguna persona honrada puede contestar que sí.

Argelia. No sé si me hago comprender bien. Pero al volver a Argelia tengo la misma sensación que al mirar el rostro de un niño. Y, sin embargo, sé que no todo es puro.

Mi obra. Terminar serie de obras sobre libro sobre el mundo creado: «*La creación corregida*».

Si la obra, producto de la rebelión, resume el conjunto de las aspiraciones del hombre, será forzosamente idealista (?). Así el producto más puro de la creación rebelde es la novela de amor que...

Esta confusión extraordinaria que hace que nos presenten la poesía como un ejercicio espiritual y la novela como una ascésis personal.

Novela. Frente a la acción o a la muerte, todas las actitudes de un mismo hombre. Pero cada vez como si fuera la auténtica.

Peste. No se puede gozar del gorjeo de los pájaros en la frescura de la noche —del mundo tal como es—. Porque ahora está cubierto por una espesa capa de historia que su lenguaje debe atravesar para alcanzarnos. Está deformado. Nada de lo que le es propio se siente por sí mismo, ya que a cada momento del mundo se asocia toda una serie de imágenes de muerte o desesperación. Ya no hay mañanas sin agonías, ya no hay noches sin cárceles, ni mediodías sin espantosas matanzas.

Memorias de un verdugo. «Alternó la dulzura y la violencia. Psicológicamente resulta bueno.»

Peste. El tipo que se pregunta si tiene que entrar en las organizaciones sanitarias o reservarse para su gran amor. ¡Fecundidad! ¿Dónde está?

Id. Después del toque de queda, la ciudad permanece inmóvil.

Id. Lo que les molestaba era la inseguridad. Todos los días, a todas horas, sin descanso, perseguidos, inciertos.

Id. Trato de mantenerme alerta. Pero siempre hay una hora del día o de la noche en que el hombre es cobarde. A esa hora le tengo miedo.

Id. El campo de aislamiento. «Sabía lo que era. Se olvidarían de mí, sin duda. Los que no me conocían me olvidarían porque pensarían en otra cosa, y los que me conocían y me amaban me olvidarían porque agotarían sus fuerzas haciendo gestiones y planes para sacarme de allí. De todos modos, nadie pensaría en mí. Nadie me imaginaría minuto por minuto, etc.

(Hacer visitar por Rambert.)

Id. Las organizaciones sanitarias o los hombres encargados del rescate. Todos los hombres de las organizaciones sanitarias parecen tristes.

Id. «Fue en esa terraza donde el doctor Rieux concibió la idea de dejar una crónica del acontecimiento, que pusiera en evidencia la solidaridad que sentía con aquellos hombres. Y ese testimonio que acaba aquí..., etc.»

Id. En la peste ya no se vive con el cuerpo. Uno se desmaterializa.

Id. Principio: el doctor acompaña a su mujer a la estación. Pero se ve obligado a solicitar su clausura.

Ser y nada (págs. 135-136). Extraño error sobre nuestras vidas porque tratamos de experimentarlas desde fuera.

Si el cuerpo tiene nostalgia del alma, no hay razón para que el alma no padezca dolorosamente en la eternidad la separación del cuerpo, y para que aún entonces no aspire a volver a la tierra.

Se escribe en los instantes de desesperación. Pero ¿qué es la desesperación?

No se puede fundar nada sobre el amor: es fuga, desgarramiento, instantes maravillosos o caída inevitable. Pero no es...

París o el decorado mismo de la sensibilidad.

Novelas cortas. En plena revolución el tipo que promete a unos adversarios que salvarán la vida. Luego un

tribunal de su partido los condena a muerte. Los ayuda a evadirse.

Id. Un cura torturado traiciona.

Id. Cianuro. No lo emplea, para averiguar si resiste hasta el fin.

Id. El tipo que de pronto se dedica a la defensa pasiva. Cuida de los damnificados. Pero ha conservado el brazal. Lo fusilan.

Id. El cobarde.

Peste. Después de la peste *oye* por primera vez el ruido de la lluvia.

Id. Como iba a morir se hacía urgente que juzgase estúpida la vida. Hasta entonces la había juzgado así, que por lo menos esto le sirviera en ese trance difícil. Precisamente cuando tenía que poner de su parte todas las ventajas no era cosa de encontrar sonrisas en un rostro que siempre se le había mostrado adusto.

Id. El tipo que internan en el hospital por equivocación. Es un error, decía. ¿Qué error? No sea estúpido, aquí nunca hay errores.

Id. Medicina y religión: son dos oficios y parecen conciliarse. Pero hoy, que todo está claro, se comprende que son inconciliables, y que hay que elegir entre lo relativo y lo absoluto. «Si creyese en Dios, no cuidaría al hombre. Si tuviese la idea de que se puede curar al hombre, no creería en Dios.»

Justicia: la experiencia de la justicia *a través del deporte.*

Veste. El tipo que acepta con filosofía la enfermedad de los otros. Pero si su mejor amigo cae enfermo, acude a todos los recursos. Por consiguiente, la solidaridad del combate es cosa vana, lo que triunfa son los sentimientos individuales.

Crónica de Tarrou: un match de boxeo.

Tarrou se hace amigo de un boxeador. Peleas clandestinas organizadas — fútbol — un tribunal.

Esa hora agradable de la mañana en que, después de un buen desayuno, se caminaba por la calle fumando un cigarrillo. Quedaban todavía momentos agradables.

Tarrou: «Es curioso, tiene usted una filosofía triste y una cara feliz».

—Deduzca entonces que mi filosofía no es triste.

En la mitad, todos los personajes se encuentran en la misma organización sanitaria. Un capítulo sobre una gran reunión.

El domingo de un jugador de fútbol que ya no puede jugar, relacionarlo con Tarrou. Etienne Villeplane se aburre los domingos desde que se han prohibido los partidos de fútbol. Lo que eran antes sus domingos. Lo que son: vaga por las calles, pega puntapiés a las piedras que trata de embocar en las alcantarillas («Uno a cero», dijo. Y añadió que la vida era un asco). Interviene cuando ve chicos que juegan a la pelota. Escupe las colillas y las patea en el aire (esto al principio, naturalmente: después se guardaba las colillas).

Rieux y Tarrou.

Rieux: no parece que una persona que escribe lo que usted escribe tenga nada que ver con el servicio de la humanidad.

—Vamos —dijo Tarrou—, eso no es más que una apariencia.

W. Todo lo que ella puede definir le merece desprecio. Dice: «Es repugnante. Suena a lucha de sexos.» Ahora bien, la lucha de sexos existe y no hay nada que hacerle.

Un ser que exige *del otro* que lo haga todo, y que luego soporta y vive pasivamente, dispuesto a actuar, y

con violencia, para persuadir al otro de que siga dando y haciéndolo todo.

Ensayo sobre la Rebelión: «Los rebeldes actúan como si a pesar de todo creyesen en el perfeccionamiento de la historia. La contradicción consiste...»

Id. La libertad no es más que la aspiración de algunos espíritus. La justicia, la aspiración de la mayoría, y la mayoría llega incluso a confundir justicia con libertad. Pero cabe preguntar: ¿la justicia absoluta equivale a la felicidad absoluta? Se llega a esta conclusión: que hay que elegir entre sacrificar la libertad a la justicia, o sacrificar la justicia a la libertad. Para un artista, esto significa en determinadas circunstancias, elegir entre su arte y la felicidad de los hombres.

¿Puede el hombre crear por sí solo sus propios valores? He ahí el problema.

¿No es esto salirse de la cuestión? Pero yo nunca dije que el hombre no fuera razonable. Lo que pretendo es privarlo de su prolongación ilusoria, y hacerle reconocer que con esta privación adquiere por fin claridad y coherencia.

Id. Sacrificio que conduce valor. Pero también suicidio egoísta: porque antepone a todo un valor —que juzga más importante que la propia vida—, o sea el sentimiento de esa vida digna y feliz de la que ha sido privado.

Considerar el heroísmo y el coraje como valores secundarios *después de haber dado pruebas de coraje.*

Novela del suicida a plazo fijo. Decidido para dentro de un año; su superioridad formidable reside en el hecho de que la muerte le es indiferente.

¿Asociarla con novela sobre amor?

Carácter insensato del sacrificio: el tipo que muere por algo *que no verá*.

Me ha costado diez años conquistar lo que hoy me parece inapreciable: un corazón sin amargura. Y como tantas veces ocurre, una vez superada la amargura, la he encerrado en uno o dos libros. Así, siempre seré juzgado por esta amargura que ya no es nada para mí. Pero es justo. Es el precio que hay que pagar.

El terrible y devorador egoísmo de los artistas.

Un amor sólo puede conservarse por razones exteriores al amor. Por ejemplo, razones morales.

Novela. Qué es para ella el amor: ese vacío, ese pequeño hueco que hay en ella desde que se han conocido, esa llamada recíproca de los amantes, gritando sus nombres.

No se puede ser capaz de compromiso en todos los planos. Por lo menos, puede elegirse vivir en el plazo en que el compromiso es posible. Vivir lo que se tiene de honorable y nada más. En algunos casos, esto puede obligar a separarse de los seres, incluso (y sobre todo) para un corazón apasionado por los seres.

En cualquier caso significa desgarramiento. ¿Pero eso qué prueba? Prueba que el que aborda *seriamente* el problema moral tiene que acabar en los extremos. Ya se esté a favor (Pascal) o en contra (Nietzsche), basta con estarlo seriamente para ver que el problema moral no es más que sangre, locura y gritos.

Rebelión. Cap. I. La moral existe. Lo inmoral es el cristianismo. Definición de una moral opuesta al racionalismo intelectual y al irracionalismo divino.

Cap. X. La conspiración como valor moral.

Novela.

La que ha hecho que todo se malogre por distracción: «Y, sin embargo, lo amaba con toda mi alma.»

—Pues bien —dice el sacerdote—, eso no era suficiente.

Domingo, 24 de septiembre de 1944. Carta

Novela: «Noche de confesiones, de lágrimas y de besos. Cama empapada por los llantos, el sudor, el amor. En la cima de todos los desgarramientos.»

Novela: Un ser bello. Y hace perdonar todo.

Los que aman a todas las mujeres son los que están en camino hacia la abstracción. Aunque no lo parezca, van más allá de este mundo. Porque se apartan de lo particular, del caso singular. El que rechazaría toda idea y toda abstracción, el verdadero desesperado, es el hombre de una sola mujer. Por obstinación en ese rostro singular que no puede satisfacerlo todo.

Diciembre. Ese corazón lleno de lágrimas y de noche.

Peste. Separados, se escriben y él encuentra el tono justo y conserva su amor. Triunfo de la palabra y del saber escribir.

Justificación del arte: la verdadera obra de arte estimula la sinceridad, refuerza la complicidad de los hombres, etc.

No creo en los actos desesperados. Sólo creo en los actos fundados. *Pero* creo que hace falta poco para fundar un acto.

No hay otra objeción a la actitud totalitaria que la objeción religiosa o moral. Sí este mundo carece de sentido, los totalitarios tienen razón. Yo no acepto que la tengan. Por consiguiente...

A nosotros nos incumbe crear a Dios. El creador no es él. He ahí toda la historia del cristianismo. Porque sólo tenemos una manera de crear a Dios, y es llegar a serlo.

Novela sobre la justicia.

Al final. Ante la madre pobre y enferma.

—Tengo plena confianza en ti, Jean. Eres inteligente.

—No, madre, no es eso. Me he equivocado muchas veces y no siempre he sido un hombre justo. Pero hay algo...

—Por supuesto.

—Hay algo, y es que no os he traicionado nunca. Toda mi vida os he sido fiel.

—Eres un buen hijo, Jean. Sé que eres un hijo muy bueno.

—Gracias, madre.

—No, soy yo quien te da las gracias. A ti te toca perseverar.

No habrá libertad para el hombre hasta que no haya vencido su temor a la muerte. Pero no mediante el suicidio. Vencerlo no significa abandonarse. Poder morir dando la cara, sin amargura.

El heroísmo y la santidad, virtudes secundarias. Pero es necesario haber hecho la prueba.

Novela sobre la justicia. Un rebelde que realiza una acción sabiendo que con ella provocará la muerte de rehenes inocentes... Luego acepta firmar el indulto de un escritor a quien desprecia.

La reputación. Os la dan los mediocres y la compartís con mediocres o con pillos.

¿El indulto?

Debemos servir a la justicia porque nuestra condición es injusta, contribuir a la felicidad y a la alegría porque este universo es desdichado. Así como no debemos condenar a muerte, ya que en realidad todos estamos condenados a muerte.

El médico, enemigo de Dios: lucha contra la muerte.

Peste. Rieux dijo que era enemigo de Dios, porque luchaba contra la muerte y porque su oficio mismo era ser enemigo de Dios. También dijo que al tratar de salvar a Paneloux, le demostraba a la vez que se había equivocado, y que Paneloux, al aceptar que lo salvaran, aceptaba asimismo la posibilidad de no tener razón. Paneloux se limitó a decirle que acabaría por tener razón, ya que, sin duda alguna, moriría, y Rieux contestó que lo esencial era no aceptar y luchar hasta el fin.

Sentido de mi obra: tantos hombres están privados de la gracia. ¿Cómo vivir sin la gracia? Hay que intentarlo de todos modos, y hacer lo que nunca ha hecho el cristianismo: ocuparse de los condenados.

El clasicismo es el dominio de las pasiones. En los grandes siglos las pasiones eran individuales. Hoy son colectivas. Hay que dominar las pasiones colectivas, es decir, darles forma. Pero al mismo tiempo que se las experimenta, se es devorado por ellas. Por eso la mayor parte de las obras de la época son reportajes y no obras de arte.

Respuesta: si no se puede hacer todo al mismo tiempo, renunciar a todo. ¿Qué quiere decir esto? Que se necesita más esfuerzo y más voluntad que antes. Lo lograremos. El gran clásico de mañana es un vencedor inigualado.

Novela sobre la justicia.

Al tipo que fusiona a los revolucionarios (Com.) tras juicio o sospecha (porque la unidad es necesaria) le encomiendan inmediatamente una misión en la que todo el mundo sabe que hay que perder la vida. Acepta porque eso es parte de la disciplina. Muere.

Id. El tipo que aplica la moral de la sinceridad para afirmar la solidaridad. Su inmensa soledad final.

Id. Matamos a los más caraduras de ellos. Han matado a los más caraduras de nosotros. Quedan los funcionarios y la gilipollez. Lo que es tener ideas.

Peste. Un capítulo sobre la fatiga.

Rebelión. La libertad es el derecho de no mentir.

Verdad que se prueba en el plano social (subalterno y superior) y en el plano moral.

Creación corregida. Historia del suicida aplazo fijo

Peste. «Las cosas que se quejan de estar separadas.»

Ese (un inspector de ferrocarriles) sólo vive para los ferrocarriles.

El funcionario de ferrocarriles vive en la película superficial de la materia.

El primo de M. V. coleccionaba globos aerostáticos (de porcelana, en pipas, en pisapapeles, en tinteros, etcétera).

Novela universal. El tanque que vuelca y se deshace como un ciempiés.

Bob al ataque en las praderas de verano. Su casco cubierto de alhelíes y de maleza.

Creación corregida

El tanque que vuelca y se debate como un ciempiés.

Bob en las praderas de verano de Normandía. Su casco cubierto de maleza y de alhelíes.

Cfr. en el *limes* informe de la comisión inglesa sobre atrocidades.

El periodista español de Suzy (pedir su texto) (niños le muestran los cadáveres riéndose).

Ducha fría en el corazón durante una hora.

Todo el día hablan de la posibilidad de que les den sopa de leche por la noche, porque hace orinar varias veces. Porque los retretes están a cien metros del «block», porque hace frío, *etc.*

—Las mujeres deportadas que entran en Suiza y se echan a reír al ver un entierro: «Así tratan aquí a los muertos.»

—Jacqueline.

—Los dos jóvenes polacos a quienes, a los catorce años, se les manda quemar la casa donde se encuentran sus padres. De los catorce a los diecisiete, Buchenwald.

—La portera de la Gestapo instalada en dos pisos de un inmueble de la calle de la Pompe. Por la mañana hace la limpieza en medio de los torturados. «Nunca me ocupo de lo que hacen mis inquilinos.»

—Jacqueline regresa de Koenisberg a Ravensbruck: 100 kilómetros a pie. En una gran tienda de campaña dividida en cuatro por un armazón. Tantas mujeres que sólo pueden dormir, en el suelo, empotrándose unas en otras. La disentería. Los retretes a cien metros. Pero hay que pasar por encima de los cuerpos y pisarlos. Una se hace todo encima.

—Aspecto mundial en el diálogo de la política y de la moral. Frente a este conglomerado de fuerzas gigantes: ...⁶ Síntes.

—X., deportada, puesta en libertad con un tatuaje en la piel: ha servido durante un año en el campo de los S. S. de...

Demostración. Que la abstracción es el mal. Causa las guerras, las torturas, las violencias, etc. Problema: cómo mantener la visión abstracta ante el mal carnal; la

⁶ Las pocas letras que preceden a «Síntes» son ilegibles.

ideología, ante la tortura infligida en nombre de esa ideología.

Cristianismo. Qué castigo recibiríais si admitiésemos vuestros postulados. Porque entonces condenaríamos sin remisión.

Sade. Autopsia por Gall: «El cráneo desnudo se parecía a todos los cráneos de los viejos. Sobresalen en él los órganos de la ternura paterna y del amor por los hijos.»

Sade sobre Madame de Lafayette: «Y al volverse más concisa se volvió más interesante.»

Admiración apasionada de Sade por Rousseau y Richardson, de quien aprendió «que no siempre se logra interesar haciendo que la virtud triunfe».

Id. «El conocimiento del corazón humano sólo se adquiere» a través de las desgracias y los viajes.

Id. El hombre del siglo xviii: «Cuando, a imitación de los titanes, osa levantar su atrevida mano hasta el cielo y, armado de sus pasiones, ya no teme declarar la guerra a quienes en otras circunstancias lo hacían estremecer.»

Rebelión. La política acaba por llegar a los partidos que se oponen a la comunicación (complicidad).

—Y la creación misma. ¿Qué hacer? El rebelde es quien *menos posibilidades* tiene de apartar a los cómplices. Pero se apartarán.

Desagrado profundo de toda sociedad. Tentación de huir y de aceptar la decadencia de la época. La soledad me hace feliz. Pero también la impresión de que la decadencia empieza a partir del momento en que se la acepta.

Y uno permanece, para que el hombre permanezca a la altura que le corresponde. Exactamente para impedir que descienda de ella. Pero desagrado, náusea por esta dispersión en los demás.

Comunicación. El obstáculo para el hombre es que no puede superar el círculo de los seres que conoce. Hace una abstracción de los que están más allá. El hombre *tiene que vivir* en el círculo de la carne.

El corazón que envejece. Haber amado y que, sin embargo, ¡no se haya salvado nada!

La tentación de las labores subalternas y cotidianas.

C. y P. G.: la pasión de la verdad. A su alrededor todo el mundo está crucificado.

Nosotros los franceses estamos ahora en el extremo de toda civilización: ya no sabemos hacer morir.

Somos nosotros los que atestiguamos contra Dios.

Julio del 45

Chateaubriand a Ampère en viaje a Grecia en 1841: «Despídame del monte Himeto, donde he dejado abejas, del cabo Sunion, donde escuché a los grillos... Pronto tendré que renunciar a todo. Aún vago por allí a través de mis recuerdos; pero se borrarán... No encontrará usted ni una hoja de los olivos, ni un grano de las uvas que he visto en el Ática. Añojo hasta la hierba de mi tiempo. No he tenido fuerzas para dar vida a un brezo.»

Rebelión.

En definitiva, elijo la libertad. Porque aunque la justicia no se cumpla, la libertad preserva el poder de protestar contra la injusticia y salva la comunicación. La justicia en un mundo silencioso, la justicia de los mudos destruye la complicidad, niega la rebelión y restituye el consentimiento, pero esta vez en su forma más baja. Aquí se ve la primacía que adquiere poco a poco el valor de la libertad. Pero lo difícil es no perder nunca de vista que *al mismo tiempo* debe exigir la justicia como se ha dicho. Sentado esto, hay también una justicia, aunque muy diferente, en fundar el solo valor constante en la historia de los hombres, que nunca han tenido otra razón legítima para morir que la libertad.

La libertad es poder defender lo que no pienso, incluso en un régimen o un mundo que apruebo. Es poder dar la razón al adversario.

«El hombre que se arrepiente es inmenso. ¿Pero quién querría hoy ser inmenso sin ser visto?» *{Vida, de Raneé.}*

¡El hombre que yo sería si no hubiese sido el niño que fui!

Inéditos de Ch.

«Nunca he sido estrechado por los brazos de una mujer con la plenitud de abandono, los nudos recíprocos, el ardor de pasión que he buscado y cuyo encanto valdría toda una vida.»

«Hay tiempos en que, al carecer de energía, el carácter, los vicios sólo producen corrupción y no crímenes.»

Id. «Si no hubiese pasión, no habría virtud; y sin em-

bargo este siglo ha llegado a tal colmo de miseria que no tiene ni pasión ni virtud; hace el mal y el bien, pasivo como la materia.»

«Cuando se tiene un espíritu elevado y un corazón ruin, se escriben cosas grandes y se realizan pequeñas.»

Novela.

«He concedido a los hombres su parte. Es decir, que he mentido y deseado con ellos. He corrido de un ser a otro, he hecho lo que había que hacer. Ahora, basta. Tengo que arreglar cuentas con este paisaje. Deseo estar a solas con él.»

30 de julio del 45

A los treinta años, un hombre debería conocerse al dedillo, saber exactamente cuáles son sus defectos y sus cualidades, conocer sus limitaciones, prever su flaqueza, ser lo que es. Y sobre todo aceptarlo. Entramos en lo positivo. Todo está por hacer y a todo hay que renunciar. Instalarse en lo natural, pero conservando la máscara. He conocido bastantes cosas para poder renunciar a casi todas. Queda un prodigioso esfuerzo, cotidiano, obstinado. El esfuerzo del secreto, sin esperanza, ni amargura. No negar ya nada, puesto que todo puede afirmarse. Superior al desgarramiento.

Cuaderno V
(Septiembre de 1945 - abril de 1948)

Único problema contemporáneo. ¿Podemos transformar el mundo sin creer en el poder absoluto de la razón? A pesar de las ilusiones racionalistas, e incluso marxistas, toda la historia del mundo es la historia de la libertad. ¿Cómo podrían determinarse los caminos de la libertad? Sin duda, es falso decir que lo que está determinado es lo que ha dejado de vivir. Pero lo único determinado es lo que ya ha sido vivido. Ni el mismo Dios, si existiese, podría modificar el pasado. Y el porvenir no le pertenece en mayor medida que al hombre.

Antinomias políticas. Estamos en un mundo en el que forzosamente se ha de elegir entre ser víctima o verdugo, y nada más. La elección no resulta fácil. Siempre me ha parecido que, en realidad, no había verdugos, sino sólo víctimas. Extremando el análisis, naturalmente. Pero es una verdad que no se ha difundido.

Tengo una viva inclinación por la libertad. Y para todo intelectual, la libertad acaba por confundirse con la libertad de expresión. Pero me doy perfecta cuenta de que ésta no es la preocupación primordial de gran número de europeos, porque sólo la justicia puede darles el mínimo material que necesitan, y, con razón o sin ella, sacrificarían de buena gana la libertad a esta justicia elemental.

Lo sé hace mucho tiempo. Si me parecía necesario defender la conciliación de la justicia y la libertad, era porque a mi entender residía en ella la última esperanza de Occidente. Pero esta conciliación sólo puede lograrse en un clima determinado que hoy no está lejos de parecerme utópico. ¿Habría que sacrificar uno u otro de estos valores? ¿Qué pensar, en tal caso?

Política (continuación). Todo proviene de que los encargados de hablar en nombre del pueblo no tienen, nunca han tenido, una preocupación real por la libertad. Cuando son sinceros, hasta se jactan de lo contrario. Ahora bien, la mera preocupación bastaría...

De ahí que quienes viven con este escrúpulo —y son pocos— tienen que sucumbir tarde o temprano (a este respecto hay varias maneras de morir). Si tienen orgullo, no lo harán sin haber luchado. Pero ¿cómo podrían luchar contra sus hermanos y contra toda la justicia? Darán testimonio y nada más. Y con dos milenios de intervalo asistiremos al sacrificio de Sócrates, tantas veces repetido. Programa para mañana: ejecución solemne y significativa de los testigos de la libertad.

Rebelión: ¿Crear para acercarse a los hombres? Pero poco a poco la creación nos separa de todos y nos arroja lejos de toda la posibilidad de amor.

La gente cree siempre que uno se suicida por una razón. Pero bien puede uno suicidarse por *dos* razones.

No hemos nacido para la libertad. Pero el determinismo también es un error.

¿Qué podría ser (qué es) la inmortalidad para mí? Vivir hasta que haya desaparecido de la tierra el último hombre. Nada más.

X. Este extraño personaje habla para no decir nada. Pero es la antítesis de la ligereza. Dice y después se contradice o reconoce sin discutir que está equivocada. Y es porque no le da ninguna importancia a todo eso. En realidad, no piensa en lo que dice, preocupada como está por otra herida, infinitamente más grave, que arrastrará consigo, secreta, hasta la muerte.

Estética de la rebelión. Si el clasicismo se define por el dominio de las pasiones, una época clásica es aquella en que el arte sujeta a formas y a fórmulas las pasiones de los contemporáneos. Hoy, cuando las pasiones colectivas han cobrado más importancia que las individuales, no se trata ya de dominar mediante el arte al amor, sino a la política en su sentido más puro. El hombre se ha enamorado de su condición con una pasión esperanzada o destructora.

Pero cuánto más difícil es la tarea: 1) porque, si hay que vivir las pasiones antes de formularlas, la pasión colectiva consume todo el tiempo del artista; 2) porque las posibilidades de morir son mayores, y aun porque la única manera de vivir auténticamente la pasión colectiva es aceptar morir por ella. En este caso, pues, la mayor posibilidad de autenticidad significa, a la vez, la mayor posibilidad de fracaso para el arte. De ahí que este clasicismo quizá sea imposible. Pero si lo fuera, probaría que la historia de la rebelión humana tiene en verdad un sentido, que es llegar a ese límite. Hegel tendría razón, y el fin de la historia sería imaginable, aunque sólo como un fracaso. Y en este punto, Hegel se equivocaría. Pero si este clasicismo fuera posible, como aparentemente creemos, ya se vislumbra que no puede ser obra de un solo

hombre, sino de una generación. Dicho de otro modo, las posibilidades de fracaso a que me refiero sólo pueden compensarse por la posibilidad del número, esto es, por la posibilidad de que, entre diez artistas auténticos, sobreviva uno que logre encontrar en su vida el tiempo de la pasión y el tiempo de la creación. El artista ya no puede ser un solitario. O, si lo es, es en el triunfo que debe a toda una generación.

Octubre del 45

Estética de la rebelión

Imposibilidad para el hombre de desesperar completamente. Conclusión: toda literatura de desesperación representa sólo un caso límite, y no el más significativo. Lo notable en el hombre no es que desespere, es que supere u olvide la desesperación —una literatura desesperada nunca será universal—. La literatura universal no puede detenerse en la desesperación (ni tampoco en el optimismo, bastaría invertir el razonamiento); sólo debe tenerla en cuenta. Añadir: razones por las cuales la literatura es universal, o no es.

Estética de la rebelión. El gran estilo y la forma bella, expresiones de la más alta rebelión.

Creación corregida

«A los hombres como yo la muerte no los asusta —dijo él—. Es un accidente que les da la razón.»

¿Por qué soy un artista y no un filósofo? Porque pienso según las palabras y no según las ideas.

Estética de la rebelión

E. M. Forster: «(La obra de arte) es el único objeto material del universo que tiene una armonía interna. Todos los demás han tomado forma por la presión de lo externo, y se desmoronan cuando se retira el molde. La obra de arte se mantiene en pie sola y ninguna otra puede hacerlo. *Cumple lo que la sociedad ha prometido tantas veces, aunque siempre en vano.*

... (El arte) es el único producto ordenado que haya engendrado nuestra raza desordenada. Es el grito de mil centinelas, el eco de mil laberintos, es el faro que no puede velarse, es el mejor testimonio que podamos dar de nuestra dignidad.»

Id. Shelley: «Los poetas son los legisladores no reconocidos del mundo.»

Tragedia

C. y L.: Vengo hacia ti por la circunstancia. Te envío, pues, a un peligro mortal.

—Todos tienen razón, exclama un personaje.

C: Te envío a esa muerte casi segura. Pero exijo que me comprendas.

—No puedo comprender lo que es inhumano.

—Entonces también renunciaré a ser comprendido por los que amo.

C: No creo en la libertad. Es mi sufrimiento de hombre. La libertad hoy me molesta.

L: ¿Por qué?

—Me impide establecer la justicia.

—Mi convicción es que pueden conciliarse.

—La historia demuestra que tu convicción es fal-

sa. Creo que no se concilian. Esa es mi sabiduría de hombre.

—¿Por qué preferir la justicia a la libertad?

—Porque quiero la felicidad para el mayor número de hombres posible. Y porque la libertad nunca es otra cosa que la preocupación, la gran preocupación de unos pocos.

—¿Y si tu justicia fallara?

—Entonces entraré en un infierno que ni siquiera hoy podrías imaginar.

—Voy a decirte lo que ocurrirá (cuadro).

—Cada hombre apuesta a lo que cree que es la verdad...

Una vez más, la libertad me molesta. Debemos eliminar a los testigos de la libertad.

C. L.: ¿Tu estima?

L.: ¿Qué puede importarte?

C: Tienes razón, es una debilidad que no tiene sentido.

L.: Sin embargo, por ella te sigo estimando. Adiós, C... Los hombres como yo parecen siempre destinados a morir solos. Es lo que haré. Pero, en realidad, habré hecho lo necesario para que los hombres no estén solos.

L.: Reconstruir el mundo es una tarea insignificante.

C: No se trata de construir el mundo, sino al hombre.

G: En todas partes hay imbéciles. Pero fuera de aquí imbéciles y cobardes. Entre nosotros no encontrarás ni un solo cobarde.

L.: El heroísmo es una virtud secundaria.

C: Tú tienes derecho a decirlo porque has dado pruebas. ¿Pero cuál será entonces la primera virtud?

L. (mirándole): La amistad.

L.: Si el mundo es trágico, si vivimos desgarrados, no es del todo por culpa de los tiranos. Tú y yo sabemos

que hay una libertad, una justicia, una alegría profunda y compartida, en fin, una comunidad, en la lucha contra los tiranos. Cuando domina el mal, no hay problema. Cuando el adversario no tiene razón, quienes lo combaten están libres y en paz. Pero el desgarramiento proviene de que los hombres que quieren por igual el bien del hombre, lo quieren de una manera inmediata o lo difieren por el término de tres generaciones, y eso basta para separarlos definitivamente. Cuando también los adversarios tienen razón, entramos en la tragedia. Y en el desenlace de la tragedia, ¿sabes lo que hay?

C: Sí, está la muerte.

L: Sí, está la muerte. Y, sin embargo, nunca consentiré en matarte.

C: Yo consentiría si fuera necesario. Es mi moral. Y para mí eso significa que no estás en la verdad.

L: Para mí es la señal de que tú no estás en la verdad.

C: Parece que triunfo porque estoy vivo. Pero vivo en la misma oscuridad que vosotros, y mi único auxilio es mi voluntad de hombre.

Fin. Traen el cuerpo de L. Un guerrillero lo trata sin miramientos. Silencio. C: «Este hombre ha muerto como un héroe por una causa que era la nuestra. Debemos respetarlo y vengarlo»⁷.

C: Mirad ...⁸. Mirad esta noche. Es inmensa. Hace girar a sus astros mudos por encima de las horribles batallas humanas. Durante milenios habéis adorado este cielo, sin embargo obstinadamente silencioso, habéis aceptado que vuestros pobres amores, vuestros deseos y vuestros temores no fuesen nada frente a la divinidad. Habéis creído en vuestra soledad. Y hoy, cuando se os

⁷ Las últimas palabras son sólo probables. El manuscrito es aquí de lectura difícil.

⁸ Tres palabras ilegibles.

pide el mismo sacrificio, pero esta vez para servir al hombre, ¿os vais a negar?

C: No creáis que tengo un alma totalmente ciega.

L.: Vuelve herido.

C: Había que pasar de cualquier modo.

L.: Fue imposible.

C: Si has podido volver, también pudiste haber pasado.

L.: Fue imposible.

C: ¿Por qué?

L.: Porque voy a morir.

X.: No es a usted a quien le corresponde ir.

C: Aquí el jefe soy yo, y yo quien decide.

X.: Por eso precisamente lo necesitamos. No estamos aquí para tener hermosos gestos, sino para ser eficaces. Un buen jefe es la condición de la eficacia.

C: Estás bien, X. Pero no me gustan mucho las verdades que redundan en mi beneficio. Por tanto, iré.

La F.: Pero entonces ¿quién tiene razón?

El te: El que sobrevive.

Entra un hombre.

—Él también ha muerto.

—¡Ah, no, no! Yo sé muy bien quién tenía razón. Era él, sí, él, quien pedía la reunión.

Rebelión.

Las pasiones colectivas adquieren más importancia que las pasiones individuales. Los hombres ya no saben amar. Lo que hoy les interesa es la condición humana y no los destinos individuales.

La libertad es la última de las pasiones individuales. Por eso hoy en día es inmoral. Socialmente, y hablando en sentido estricto, es inmoral en sí misma.

La filosofía es la forma contemporánea del impudor.

A los treinta años, casi de un día para otro, he conocido la fama. No lo lamento. Más tarde hubiera podido causarme pesadillas. Ahora sé lo que es. Muy poca cosa.

Treinta artículos. La razón de las alabanzas es tan pobre como la de las críticas. Apenas una o dos voces auténticas o conmovidas. ¡La fama! En el mejor de los casos, un malentendido. Pero no adoptaré el aire superior del que la desdeña. Es también un signo de los hombres, ni más ni menos importante que su indiferencia, o la amistad, o el odio. ¿Qué es para mí todo eso, en definitiva? Este malentendido, para quien sabe tomarlo, representa una liberación. Mi ambición, si alguna tengo, es de otro orden.

Noviembre, 32 años

La inclinación más natural del hombre es hundirse y hundir con él a todo el mundo. ¡Cuántos esfuerzos desmesurados cuesta ser simplemente normal! Y cuánto más grande es el esfuerzo para quien tiene la ambición de dominarse y de dominar al espíritu. El hombre no es nada por sí mismo. No es más que una posibilidad infinita. Pero es el responsable infinito de esta posibilidad. Por sí

mismo, el hombre tiene tendencia a diluirse. Pero que su voluntad, su conciencia, su espíritu de aventura se impongan y la posibilidad comienza a aumentar. Nadie puede decir que haya alcanzado el límite del hombre. Los cinco años que acabamos de pasar me lo han enseñado. De la bestia al martirio, del espíritu del mal al sacrificio sin esperanza, no hubo un solo testimonio que no fuera perturbador. A cada uno de nosotros toca explotar en sí mismo la mayor posibilidad del hombre, su virtud definitiva. El día en que el límite humano tenga sentido, se planteará el problema de Dios. Pero no antes, nunca antes de haber vivido la posibilidad hasta el fin. Las grandes acciones no tienen más que una meta posible, y es la fecundidad humana. *Pero ante todo hacerse dueño de sí mismo.*

La tragedia no es una solución.

Parain. Dios no se engendró a sí mismo. Es hijo del orgullo humano.

Comprender es creer.

Rebelión. Si el hombre fracasa al querer conciliar la justicia y la libertad, fracasa en todo. ¿Y tiene razón la religión? No, si el hombre acepta la aproximación.

Hacen falta ríos de sangre y siglos de historia para llegar a una modificación imperceptible de la condición humana. Tal es la ley. Las cabezas caen como granizo durante años, reina el terror, se aclama la revolución, y al cabo se llega a sustituir la monarquía legítima por la monarquía constitucional.

He vivido toda mi juventud con la idea de mi inocencia, es decir, sin ninguna idea. Hoy...

No estoy hecho para la política, puesto que soy incapaz de querer o aceptar la muerte del adversario.

Sólo puedo crear gracias a un esfuerzo continuo. Mi tendencia es deslizarme a la inmovilidad. Mi inclinación más profunda, la más segura, es el silencio y el gesto cotidiano. Para escapar a la distracción, a la fascinación de lo maquinal, he necesitado años de obstinación. Pero sé que me mantengo en pie por este esfuerzo mismo, y que si dejase de creer en él un solo instante, rodaría por el precipicio. Así me conservo a salvo de la enfermedad y del renunciamento, irguiendo la cabeza con todas mis fuerzas para respirar y para vencer. Es mi manera de desesperar y mi manera de curarme.

*

Nuestra tarea: crear la universalidad o, por lo menos, los valores universales. Conquistar al hombre su catolicidad.

El materialismo histórico, el determinismo absoluto, la negación de toda libertad, este mundo horrible del valor y del silencio, son las consecuencias más legítimas de una filosofía sin Dios. En esto Parain tiene razón. Si Dios no existe, nada está permitido. A este respecto, sólo el cristianismo es fuerte. Porque a la divinización de la historia opondrá siempre la creación de la historia, a la situación existencialista le preguntará su origen, etc. Pero sus propias respuestas no están en el razonamiento, sino en la mitología que exige la fe.

¿Qué hacer entre ambas posiciones? Algo dentro de mí me dice, me persuade de que no puedo desentender-

me de la época sin cobardía, sin aceptar ser esclavo, sin renegar de mi madre y de mi verdad. No podría hacerlo, ni aceptar un compromiso a la vez sincero y relativo, a menos que fuera cristiano. No siéndolo, debo llegar hasta el final. Pero el final significa elegir absolutamente la historia, y con ella la matanza del hombre si la matanza del hombre es necesaria para la historia. De lo contrario sólo soy un testigo. Y ese es el problema: ¿puedo ser sólo un testigo? En otras palabras: ¿tengo derecho a ser sólo un artista? No puedo creerlo. Si no elijo, debo callarme y aceptar ser esclavo. Si elijo a la vez contra Dios y contra la historia, soy el testigo de la libertad pura, cuyo destino en la historia es ser condenado a muerte *. En el estado actual de cosas, mi situación se halla en el silencio o en la muerte. Si elijo violentarme y creer en la historia, mi situación será la mentira y la matanza. La única alternativa es la religión. Entiendo que haya quien se precipite ciegamente en ella para escapar a esta demencia y a este desgarramiento atroz (sí, verdaderamente atroz). Pero yo no puedo hacerlo.

Consecuencia: ¿Tengo derecho como artista, aferrado aún a la libertad, a aceptar las ventajas que esta actitud comporta en dinero y en prestigio? La respuesta sería sencilla para mí. En la pobreza he encontrado y encontraré siempre las condiciones necesarias para que mi culpa, si existe, por lo menos no sea deshonrosa y se mantenga digna. ¿Pero debo reducir a mis hijos a la pobreza, y rechazar hasta el modestísimo bienestar que les preparo? Y en tales condiciones ¿he procedido mal aceptando las tareas y los deberes humanos más elementales, como tener hijos? En resumidas cuentas: ¿hay derecho a tener hijos, a asumir la condición humana **, cuando no se cree en Dios? (incluir los razonamientos intermedios).

* O hacer trampa sacando ventajas materiales de una situación de artista favorecido.

** Por lo demás, ¿la he asumido realmente si me ha causado tanta repugnancia, y tanto trabajo me cuesta hacerlo? ¿Pero acaso este corazón de fidelidades difíciles no merece esta contradicción?

¡Qué fácil sería todo si cediese al horror y al asco que me inspira este mundo, si pudiese creer todavía que la misión del hombre consiste en crear felicidad! Entonces, callar por lo menos, callar, callar, hasta que me sienta con derecho-

Creación corregida.

Durante la ocupación: los recolectores de bosta. Los jardines de los suburbios.

Saint-Etienne de Dunières: los obreros en el mismo compartimento que los soldados alemanes. Ha desaparecido una bayoneta. Los soldados vigilan a los obreros hasta Saint-Etienne. El tipo grandote que debía bajar en Firminy. Casi lloraba de rabia. A la fatiga del rostro se añadía la fatiga más cruel de la humillación.

Se nos conmina a elegir entre Dios y la historia. De ahí estas ganas tremendas de elegir la tierra, el mundo y los árboles, si no estuviese plenamente convencido de que todo el hombre no coincide con la historia.

Toda filosofía es justificación de uno mismo. La única filosofía original sería aquella que justificase a otro.

Contra la literatura comprometida. El hombre no es *solamente* lo social. Por lo menos, le pertenece su muerte. Estamos hechos para vivir en relación con los demás. Pero uno sólo muere de veras para sí mismo.

*

Estética de la rebelión. Thibaudet, de Balzac: «*ha comedia humana* es la imitación de Dios Padre». El tema de la rebelión, del fuera de la ley en Balzac*

80 por 100 de divorcios entre los prisioneros repatriados. El 80 por 100 de los amores humanos no resiste cinco años de ausencia.

Thomas: Bien... ¿Qué estaba diciendo? Bueno, ya me acordaré... El caso es que Roupp me dijo: Mira, estoy entrenando a un boxeador. Me gustaría dirigir también a un pintor. De modo que si quieres... Yo no quería, a mí me gusta la libertad. Y luego Roupp me propuso traerme a París. Acepté, naturalmente. Como en su casa. Me ha tomado una habitación en el hotel. Y me la paga. Ahora me presiona para que trabaje.

X.: Un satanismo modesto y caritativo.

Una tragedia sobre el problema del mal. El mejor de los hombres tiene que condenarse si sólo sirve al hombre.

«Queremos a las personas menos por el bien que nos han hecho que por el bien que hemos podido hacerles.» No es así. En el peor de los casos, las queremos igual por ambos motivos. Y no hay nada que lamentar. Es natural que agradezcamos a quien nos permite ser, una vez por lo menos, mejores de lo que somos. Lo que en tal caso se reverencia y se saluda es una idea superior del hombre.

¿Con qué derecho un comunista o un cristiano (para no tomar sino las formas respetables del pensamiento contemporáneo) podrían reprocharme el ser pesimista? Yo no inventé la miseria de la criatura, ni las fórmulas terribles de la maldición divina. No fui yo quien dijo que el hombre es incapaz de salvarse solo, y que desde el

fondo de su abyección no tiene otra esperanza definitiva que la gracia de Dios. En cuanto al famoso optimismo marxista, se me permitirá que no lo tome en serio. Pocos hombres han llevado tan lejos la desconfianza hacia sus semejantes. Los marxistas no creen ni en la persuasión ni en el diálogo. No se puede convertir a un burgués en obrero, y las condiciones económicas son, en su mundo, fatalidades más terribles que los caprichos divinos.

¡Y qué decir del señor Herriot y la clientela de los *Anales!*

Los comunistas y los cristianos me dirán que su optimismo tiene más largo alcance, que es superior a todo lo demás, y que Dios o la historia, según el caso, son la meta satisfactoria de su dialéctica. Puedo hacer el mismo razonamiento. Si el cristianismo es pesimista en lo que se refiere al hombre, es optimista en cuanto al destino humano. El marxismo, pesimista respecto al destino, pesimista respecto a la naturaleza humana, es optimista en cuanto a la marcha de la historia (¡su contradicción!). Por mi parte, diré que, pesimista en cuanto a la condición humana, soy optimista en cuanto al hombre.

¿Cómo no ven que nunca se ha lanzado grito semejante de confianza en el hombre? Creo en el diálogo, en la sinceridad. Creo que son el camino de una revolución psicológica sin igual, etc., etc.

Hegel. «Solamente la ciudad moderna ofrece al espíritu el terreno donde puede tomar conciencia de sí mismo.» Significativo. Este es el tiempo de las grandes ciudades. Al mundo se le ha amputado una parte de su verdad, lo que constituye su permanencia y su equilibrio: la naturaleza, el mar, etc. ¡Sólo en las calles hay conciencia!

(Cfr. Sartre. Todas las filosofías modernas de la historia, etc.)

*

Rebelión. El esfuerzo humano hacia la libertad y su contradicción *habitual*: la disciplina y la libertad mueren por sus propias manos. La revolución debe aceptar su propia violencia o ser renegada. De ahí que no pueda hacerse con pureza, sino con sangre o cálculo. Mi esfuerzo: demostrar que la lógica de la rebelión rechaza la sangre y el cálculo. Y que el diálogo llevado al absurdo ofrece una posibilidad a la pureza. ¿Por medio de la compasión? (sufrir juntos).

Peste. «No exageremos las cosas —dijo Tarrou—. La peste existe. Hay que defenderse contra ella y eso es lo que hacemos. En realidad es muy poco, y en cualquier caso no prueba nada.»

El aeródromo está demasiado lejos de la ciudad para establecer un servicio regular. Sólo se envían paquetes con paracaídas.

Después de la muerte de Tarrou, se recibe el telegrama que anuncia la muerte de madame Rieux.

La peste sigue los caminos del año. Tiene su primavera, en la cual germina y brota, su verano y su otoño, etc.

A Guilloux: «Toda la desgracia de los hombres proviene de no emplear un lenguaje simple. Sí el héroe del Malentendido hubiera dicho: «Aquí estoy. Soy yo y soy tu hijo», el diálogo habría sido posible, y no una trampa como en la obra de teatro. No habría habido entonces tragedia, ya que la cima de todas las tragedias está en la sordera de sus héroes. Desde este punto de vista Sócrates tiene razón, contra Jesús y Nietzsche. El progreso y la verdadera grandeza residen en el diálogo a la altura del hombre, y no en el evangelio monologado y dictado desde la cumbre de una montaña solitaria. En eso estoy. El contrapeso de lo absurdo es la comunidad de los hombres que luchan contra él. Y si elegimos servir a esta comunidad, elegimos servir al diálogo hasta lo absurdo

contra toda política de la mentira o del silencio. Éste es el modo de ser libre en compañía de los demás.

Los límites. Diré, pues, que hay misterios que conviene enumerar y meditar. Nada más.

Saint-Just: «Por consiguiente, pienso que debemos ser exaltados. Lo que no excluye en modo alguno el sentido común ni la prudencia.»

Para que un pensamiento cambie al mundo, primero tiene que cambiar la vida de quien lo concibe. Tiene que convertirse en ejemplo.

Un cochero la fuerza a los doce años. Una vez. Hasta los diecisiete conservará la impresión de estar como manchada.

Creación corregida. Los dos judíos de Verdelot durante la ocupación. La terrible obsesión del arresto. Ella se vuelve loca y va a denunciarlo. Después vuelve a decirse-lo. Los encuentran ahorcados a los dos. La perra aullando toda la noche, como en el más vulgar de los folletines.

Creación corregida: «Siempre me habían dicho que había que aprovechar sin perder un instante la primera ocasión de evadirse. Todos los riesgos eran preferibles a lo que vendría después. Pero es más fácil seguir preso y dejarse llevar hacia el horror que evadirse. Porque en este último caso hay que tomar la iniciativa. En el primero la toman los otros.»

*

v^r

Id. «Si lo quiere saber, yo no he creído nunca en la Gestapo. Es que no se la veía nunca. Claro que tomaba mis precauciones, pero abstractamente, por así decirlo. De vez en cuando desaparecía algún amigo. Otro día, frente a Saint-Germain-des-Près, vi a dos tipos grandotes que metían a puñetazos a un hombre dentro de un taxi. Y nadie decía nada. El camarero de un café me dijo: «Cállese. Son ellos.» Esto me hizo sospechar que en efecto existían y que algún día... Pero eran sólo sospechas. La verdad es que jamás podría creer en la Gestapo hasta recibir la primera patada en el vientre. Yo soy así. De modo que no debe hacerse una idea exagerada de mi valor porque esté en la resistencia, como se dice. No, en eso no tengo ningún mérito, puesto que me falta imaginación.»

Política de la rebelión. «Así es como la revolución pesimista se convierte en la revolución de la felicidad.»

Tragedia. C. L. C. «Tengo razón y esto me da el derecho de matarlo. No puedo detenerme en ese detalle. Pienso según el mundo y la historia.»

L.: Cuando el detalle es una vida humana, para mí es el mundo entero y toda la historia.

Orígenes de la locura moderna. El cristianismo ha apartado al hombre del *mundo*. Lo ha reducido a sí mismo y a su historia. El comunismo es una continuación lógica del cristianismo. Es una historia de cristianos.

Id. Al cabo de dos mil años de cristianismo, la rebelión del cuerpo. Han tenido que pasar dos mil años para que de nuevo pueda exhibírsele desnudo en las playas. De ahí el abuso. Y ha vuelto a encontrar su lugar en las costumbres. Falta devolvérsele en la filosofía

y la metafísica. Es uno de los sentidos de la convulsión moderna.

Justa crítica de Albert Wild al absurdo: «*El sentimiento de angustia es inconciliable con el sentimiento de libertad*».

Los griegos concedían su parte a lo divino. Pero lo *divino no era todo*.

«Que vuestro lenguaje sea: sí, sí; no, no; lo que pasa de aquí viene del Maligno.» Mat., V, 37.

Koestler. La doctrina extrema: «Cualquiera que se oponga a la dictadura debe aceptar la guerra civil como medio. Quien retroceda ante la guerra civil debe abandonar la oposición y aceptar la dictadura.» Es el razonamiento «histórico» tipo.

Id. («El partido) negaba el libre arbitrio del individuo, y al mismo tiempo exigía de él una abnegación voluntaria. Negaba que tuviese la posibilidad de elegir entre dos soluciones, y al mismo tiempo exigía que eligiese constantemente la acertada. Negaba que tuviese la facultad de discernir entre el bien y el mal, y al mismo tiempo hablaba en tono patético de culpabilidad y de traición. El individuo —ruedecilla de un reloj al que se había dado cuerda para toda la eternidad y que nada podía detener o alterar— era colocado bajo el signo de la fatalidad económica, y el partido exigía que la ruedecilla se rebelase contra el reloj y modificase su marcha.»

Tipo de la contradicción «histórica».

Id. «La mayor tentación para hombres como nosotros es renunciar a la violencia, arrepentirse, quedar en paz consigo mismos. Las tentaciones de Dios siempre han sido para la humanidad más peligrosas que las de Satán.»

Novela de amor: Jessica.

fe

Muerte de un viejo comediante.

Una mañana en París lleno de nieve y de barro. El barrio más antiguo y más triste de la ciudad donde han instalado la Santé, Sainte-Anne y Cochin⁹. A lo largo de las calles negras y heladas, los locos, los enfermos, los pobres y los condenados. En cuanto a Cochin, es el cuartel de la miseria y de la enfermedad y sus paredes trasudan esa humedad sucia propia de la desgracia.

Allí murió. Al final de la vida aún hacía papeles de «racionista» (¡la gente de teatro tiene cada palabra!), cambiando su único traje cuyo negro verdeaba ya, y cuya trama raleaba, por los disfraces más o menos rutilantes que quiérase o no hay que adjudicar a los papeles secundarios. Tuvo que dejar el trabajo. Ya no podía alimentarse más que de leche y por lo demás no había leche. Lo llevaron a Cochin y dijo a sus compañeros que lo iban a operar y que después todo se arreglaría (recuerdo una frase de su papel «Cuando era un niño pequeño», y si le hacían alguna indicación. «Ah —decía—, yo no lo siento así»). No lo operaron y lo dieron de alta diciéndole que estaba curado. Hasta volvió a tomar el mismo papel cómico que representaba en ese tiempo. Pero había adelgazado. Siempre me ha llamado la atención que cierto grado de adelgazamiento, una forma especial de pronunciarse los pómulos y descarnarse las encías sean un anuncio tan evidente de que todo está por terminar. El único

⁹ La Santé: prisión de París; Sainte-Anne: manicomio; Cochin: hospicio fundado en el siglo XVIII. (*N. del T.*)

que nunca parece «darse cuenta» es el que adelgaza. O tal vez «se da cuenta», pero sólo fugazmente y yo, claro, no lo puedo saber. No puedo saber sino lo que veo, y lo que veía en este caso era justamente que Liesse iba a morir.

En efecto, murió. Hizo un nuevo alto. Volvió a Cochín. Tampoco esta vez lo operaron, pero no lo necesitó para morirse una noche, como quien no quiere la cosa. Y por la mañana su mujer fue a verlo, como de costumbre. Nadie se lo advirtió en la administración porque nadie estaba advertido. La mujer se enteró por los compañeros de sala del difunto. «¿Sabe? —le dijeron—, ocurrió anoche.»

Y esta mañana está ahí, en el depósito que da a la calle de la Santé. Dos o tres de sus viejos colegas están ahí también, con la viuda y con la hija de la viuda que no es hija del muerto. Cuando llegué, el empleado que se ocupaba del entierro (¿por qué tenía una banda tricolor, como un alcalde?) me dijo que aún se le podía ver. Yo no tenía ganas; me pesaba en el corazón aquella mañana sórdida y terca que se me había atragantado. Pero fui. Sólo se le veía la cabeza, pues lo que servía de mortaja le llegaba hasta el mentón. Había adelgazado aún más. Yo no hubiera creído que en su caso se pudiera adelgazar más. Había podido, sin embargo, y entonces, al advertir el espesor de los huesos, se comprendía que aquella recia cabeza nudosa estaba hecha para cargar un gran peso de carne. A falta de carne, los dientes sobresalían, terribles... ¿Pero voy a describir eso? Un muerto es un muerto, todo el mundo lo sabe, y hay que dejar que se entierren entre sí. ¡Qué lástima daba, sin embargo, qué lástima atroz!

Los hombres que estaban a la cabecera del ataúd, con las manos sobre el reborde y que parecían presentarlo al visitante, arrancaron en ese momento. Arrancar es la palabra justa, porque esos autómatas torpes y cohibidos en sus ropas ordinarias, se lanzaron de pronto a toda velocidad sobre la mortaja, la tapa del féretro y un destornilla-

dor. La tapa quedó colocada en un instante y dos hombres ajustaron los tornillos presionándolos violentamente con un movimiento brutal del antebrazo. «¡Ah —parecían decir—, no saldrás de aquí!» Aquellos vivos querían que los dejaran en paz, eso se veía enseguida. Ellos lo transportaron. Los seguimos. La viuda y la hija subieron al furgón al mismo tiempo que el muerto. Nosotros nos apretujamos en el coche siguiente. Ni una flor. Nada más que negrura.

Íbamos al cementerio de Thiais. La viuda pensaba que quedaba lejos, pero se lo había impuesto la administración. Salimos por la Puerta de Italia. Nunca me había parecido tan bajo el cielo en los alrededores de París. De los montones de nieve y de fango emergían trozos de chozas, estacas, una vegetación escasa y negra. Seis kilómetros en medio de este paisaje, y nos encontramos ante las monumentales puertas del cementerio más horrible del mundo. Un guardián con la cara congestionada vino a detener el cortejo en la puerta y exigió el permiso de entrada. «Adelante», dijo cuando estuvo en posesión de su bien. Circulamos durante diez minutos largos entre montones de barro y nieve. Y luego nos detuvimos detrás de otro cortejo. Un talud de nieve nos separaba del campo de los muertos. En la nieve había dos cruces clavadas de través, una para Liesse, por lo que leí, la otra para una niña de once años. El cortejo que estaba delante de nosotros era el de la niña. Pero la familia empezaba a reintegrarse al furgón. Cuando éste arrancó, pudimos avanzar unos metros. Bajamos. Unos hombres corpulentos, vestidos de azul, calzados con botas de pocero dejaron las palas que llevaban y contemplaron un instante la escena. Después se adelantaron y empezaron a sacar el ataúd del furgón. En este punto apareció una especie de cartero vestido de azul y rojo, con un kepis abollado en la cabeza, y en la mano un cuaderno de albaranes, entre cuyas páginas había un papel carbón. Los poceros leyeron entonces en voz alta el número grabado en el ataúd: 3237 C. El cartero siguió con la punta del lápiz las líneas

de su cuaderno, y dijo «bueno», mientras marcaba un número. En ese momento dejaron pasar el ataúd. Entramos en el campo. Hundimos los pies en una arcilla aceitosa y elástica. La fosa estaba cavada entre cuatro más, que la rodeaban por todos lados. Los poceros deslizaron el cajón con bastante rapidez. Pero todos nosotros estábamos muy lejos de la fosa, porque las tumbas nos cerraban el paso, y el estrecho espacio que había entre una y otra estaba obstruido por las herramientas y los montículos de tierra. Cuando el ataúd llegó al fondo, se produjo un momento de silencio. Todo el mundo se miraba. No había allí sacerdote ni flores, y no se elevaba una sola palabra de paz o de pena. Y todos sentían que el momento debía ser más solemne —que hubiera sido necesario destacarlo más—, y nadie sabía cómo. Entonces un pocero dijo: «Si los señores y las señoras quieren echar un poco de tierra». La viuda hizo una señal de asentimiento. El hombre alzó una palada de tierra, sacó del bolsillo un raspador, y con él recogió un poco de tierra de la pala. La viuda tendió la mano por encima de un bloque de tierra. Cogió el raspador y arrojó la tierra en dirección a la fosa, con cierta puntería. Se oyó el ruido hueco de la caja. Pero la hija falló. La tierra voló más allá del agujero. Hizo un gesto como diciendo «mala suerte».

La factura: «Y lo sepultaron en tierra arcillosa por un precio exorbitante».

Sabrán ustedes que éste es el cementerio de los condenados a muerte.

Laval¹⁰ está un poco más lejosⁿ.

Novela. Cuando tardaba la sopa de la noche, quería decir que a la mañana siguiente habría ejecución.

¹⁰ Pierre Laval: político francés, jefe del gobierno que colaboró con los alemanes durante la última guerra. Fue condenado a muerte tras la victoria de los aliados. (*N. del T.*)

¹¹ El viaje a Estados Unidos de este volumen estaba intercalado aquí.

V. Ocampo va a Buckingham Palace. A la entrada el guarda le pregunta adonde va. «A ver a la reina.» «Pase.» El suizo (?). *Id.* «Pase.» Los aposentos de la reina. «Tome el ascensor.» Etc. Se la recibe sin otra forma de protocolo.

Nuremberg. 60.000 cadáveres bajo los escombros. Prohibición de beber agua. Nadie desea tampoco bañarse en ella. Es el agua de la morgue. Por encima de la podredumbre, el proceso.

Sobre las pantallas de piel humana se distingue una bailarina muy antigua tatuada entre las dos tetitas.

Rebelión. Comienzo: «El único problema moral verdaderamente serio es el asesinato. El resto viene después. Pero ante todo debo averiguar si puedo matar a este hombre que tengo frente a mí, o consentir en que lo maten, y debo saber que no sabré nada mientras no sepa si puedo dar muerte a un hombre.»

La gente pretende siempre arrastrarnos a *sus* conclusiones. Si nos juzga lo hace siempre con la reserva mental de

sus principios. Pero a mí me da lo mismo que piense esto o aquello. Lo que me importa es saber si puedo matar. Porque cuando toco el límite contra el cual se estrella todo pensamiento, veo que se restriega las manos de gusto. «¿Y ahora qué va a hacer?» Y ya se apresta a endilgarme su verdad. Pero yo no creo que me importe estar en contradicción, no aspiro a ser un genio filosófico. En realidad, no aspiro a ser un genio de ninguna especie, pues bastante esfuerzo me cuesta ya ser un hombre. Deseo, sí, encontrar un acuerdo y, sabiendo que no puedo matarme, saber si puedo matar o permitir que se mate, y una vez sabido, extraer de ello todas las consecuencias, aun a riesgo de seguir incurriendo en contradicción.

Según parece, todavía me falta encontrar un humanismo. Por cierto, no tengo ninguna objeción contra el humanismo, salvo que me resulta insuficiente. Y el pensamiento griego, por ejemplo, era algo muy distinto del humanismo. Era un pensamiento que tenía cabida para todo.

¡El Terror! Y ya olvidan.

Novela Justicia.

1. Infancia pobre — injusticia es natural.
A raíz de la primera violencia (malos tratos policiales), injusticia y adolescente rebelde.
2. Política indígena. Partido (etc.). Amores
3. Revolución en general. No piensa en los principios.
Guerra y resistencia.
4. Depuración. La justicia no es compatible con la violencia.
5. Que la verdad no puede subsistir sin una vida verdadera.

6. Vuelta a la madre. ¿Sacerdote? «No vale la pena.» Ella no había dicho que no. Pero que no valía la pena. Él sabía que ella nunca pensaba que valiera la pena que alguien se molestase. E inclusive su muerte...

Rebelión y Revolución.

La revolución como mito es la revolución definitiva.

Id. La historicidad deja sin explicar el fenómeno de la belleza, es decir, las relaciones con el mundo (sentimiento de la naturaleza) y con los seres en cuanto individuos (amor). Qué pensar de una explicación aparentemente absoluta, que...

Id. Todo el esfuerzo del pensamiento alemán ha consistido en sustituir la noción de naturaleza humana por la de situación humana, y en consecuencia, reemplazar a Dios por la historia y al equilibrio clásico por la tragedia moderna. El existencialismo moderno lleva este esfuerzo más lejos aún e introduce en la idea de situación la misma incertidumbre que en la naturaleza. No queda más que un movimiento. Pero yo, como los griegos, creo en la naturaleza.

Peste. Nunca, en toda mi vida, semejante sentimiento de fracaso. Ni siquiera estoy seguro de llegar hasta el fin. Sin embargo, a ciertas horas...

Hacer que todo estalle. Dar a la rebelión la forma del panfleto. La revolución y los que no matarán jamás. La predicación rebelde. Ni una sola concesión.

«Qué insensato, qué inconcebible, que un autor —en ninguna circunstancia concebible— pueda ser franco con sus lectores.» Melville.

Desde el punto de vista de un nuevo clasicismo, *La peste* debería ser la primera tentación de dar forma a una pasión colectiva.

Para *La peste*. Cfr. Prefacio de De Foe al tercer volumen de *Robinson*: serías reflexiones ante la vida y las sorprendentes aventuras de Robinson Crusoe: «Es tan razonable representar una especie de encarcelamiento por medio de otro, como representar cualquier cosa que realmente existe por medio de algo que no existe. Si hubiese adoptado la manera corriente de escribir la historia privada de un hombre... todo lo que hubiera dicho no os habría producido ninguna diversión...»

La peste es un panfleto.

¡Cómo aprender a morir en el desierto!

Lourmarin. Primera noche después de tantos años. La primera estrella sobre el Lubéron, el silencio enorme, el ciprés, cuya punta se estremece en el fondo de mi fatiga. País solemne y austero, a pesar de su turbadora belleza.

Historia del antiguo deportado que encuentra a unos prisioneros alemanes en Lourmarin. «La primera vez que lo golpearon había sido durante el interrogatorio. Pero fue, en cierto modo, normal por el hecho de ser excepcional. Todo empezó en el campo, cuando por una pe-

quena falta en el servicio recibió dos fuertes bofetadas. Porque entonces leyó en los ojos del que le había golpeado, que eso era allí cotidiano, normal, natural...» Trata de hablar con el prisionero alemán para explicarse eso. Pero el otro es *prisionero*, no se le puede hablar de eso. Por último, el otro desaparece, sin que él le haya hablado nunca. Después de reflexionar, comprende que ningún hombre es nunca lo bastante libre para poder aclararle esto. Todos son prisioneros.

Otra vez, en el campo, se habían divertido haciéndoles cavar su propia fosa y no les habían ejecutado. Durante dos horas largas habían removido la tierra negra, visto las raíces, etc., bajo un nuevo aspecto.

«Es morir sin muerte y no avanzar nada
el oscilar así.

En el vientre oscuro de la apretada desgracia.»

Agrippa d'Aubigné

Rebelión. Primer cap. sobre la pena de muerte.

Id. fin. Así, partiendo del absurdo, no es posible vivir la rebelión sin llegar en algún punto a una experiencia aún no definida del amor.

Novela. Infancia pobre. «Tenía vergüenza de mi pobreza y de mi familia. (¡Pero son unos monstruos!) Y si hoy puedo hablar de ello con sencillez es porque ya no me avergüenza aquella vergüenza ni me desprecio por haberla sentido. Sólo conocí esa vergüenza cuando me metieron en el colegio. Antes, todo el mundo era como yo y la pobreza me parecía el aire mismo de este mundo. En el colegio conocí la comparación.

Un niño no es nada por sí mismo. Son sus padres quienes lo representan. Cuando uno ya se ha hecho hombre, hay mucho menos mérito en no conocer estos

feos sentimientos. Porque entonces se lo juzga a uno por lo que es, y hasta se llega a juzgar a los padres por lo que uno ha llegado a ser. Ahora sé que habría necesitado un corazón de una pureza heroica y excepcional para no sufrir aquellos días en que leía en la cara de un amigo más rico la sorpresa que no acertaba a disimular al ver la casa donde yo vivía.

Sí, me sentía mortificado, lo que no deja de ser común. Y hasta los veinticinco años soporté con rabia y vergüenza el recuerdo de aquella mortificación porque me negaba a ser común. En cambio, ahora sé que lo soy, y como ya no me importa poco ni mucho, me preocupo por otras cosas...

Quería a mi madre con desesperación. Siempre la he querido con desesperación.»

Idea de resistencia en el sentido metafísico.

Referirme al mal que me causa el mundo. Me hace despreciativo cuando no lo soy... Esta especie de segundo estado...

Machado. «Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio.»

«Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.»

«Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo, ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.»

Traducir los discursos de *Juan de Mairena*.

¿Un romancero africano?

El único gran espíritu cristiano que ha mirado *de frente* el problema del mal es San Agustín. Dedujo el terrible «Nemo Bonus». Después, el cristianismo se dedicó a dar al problema soluciones provisionales.

El resultado está a la vista. Porque éste es el resultado. Aunque les ha llevado tiempo, los hombres están hoy envenenados por una intoxicación que data de 2.000 años atrás. Están abrumados por el mal, o resignados, lo que resulta lo mismo. Por lo menos, ya no pueden soportar la mentira a este respecto.

19 de febrero de 1861. Acta de supresión de la servidumbre en Rusia. El primer disparo (de Karakazov) es del 4 de abril de 1866.

Ver *¿De quién es la culpa?*, novela de Herzen (1847), e *id. Desarrollo de las ideas revolucionarias en Rusia*.

Prefiero los hombres comprometidos a las literaturas comprometidas. Ya bastante es tener valor en la vida y talento en las obras. Y además, el escritor se compromete cuando quiere. Su mérito es su movimiento. Y si de esto ha de hacerse una ley, un oficio o un terrorismo, ¿dónde está precisamente el mérito?

Al parecer, escribir hoy un poema sobre la primavera sería servir al capitalismo. Yo no soy poeta, pero disfrutaría sin prejuicios de una obra semejante, si fuera bella. O se sirve al hombre en su totalidad o no se le sirve en absoluto. Y si el hombre necesita pan y justicia, y si hay que hacer todo lo posible para satisfacer esa necesidad, también necesita la belleza pura que es el pan de su corazón. El resto no cuenta.

Sí, los querría menos comprometidos en sus obras y un poco más en su vida cotidiana.

El existencialismo ha conservado el error fundamental del hegelianismo, que consiste en reducir el hombre a la historia. Pero no ha mantenido la consecuencia lógica, que es negar al hombre toda libertad.

Octubre de 1946. Dentro de un mes, treinta y tres años.

Mi memoria falla desde hace un año. Incapacidad actual de retener una historia que se me cuenta, de recordar sectores enteros del pasado, que, sin embargo, han tenido vida. A la espera de que esto mejore (si mejora), evidentemente debo anotar aquí cada vez más cosas, incluso personales, qué se le va a hacer. Porque al cabo todo se sitúa para mí en el mismo plano un poco brumoso y el olvido invade también el corazón. Ya sólo tiene emociones fugaces, privadas de la larga repercusión que les da la memoria. Así es la sensibilidad de los perros.

Peste... «Y cada vez que he leído una historia de peste, en el fondo de mi corazón envenenado por sus propias rebeldías y por las violencias de los otros, se ha alzado un grito inequívoco, diciendo que, a pesar de todo, hay en el hombre más cosas admirables que dignas de desprecio.»

... «Y que cada uno lleva consigo la peste, porque nadie, nadie en el mundo está inmune. Y que hay que vigilarse sin cesar para no exhalar distraídamente el aliento en la cara de otro, y contagiarle la infección. Lo natural es el microbio. Lo demás, la salud, la integridad, hasta la pureza, son fruto de una voluntad, y de una voluntad que no debe aflojar nunca. El hombre honesto, el que no contamina a nadie, es el que se permite menos distracciones.

»Sí, resulta cansado ser un cerdo; pero todavía es más cansado no querer ser un cerdo. Por eso todo el mundo está cansado, porque todo el mundo es un poco cerdo.

Pero también por eso algunos conocen una fatiga extrema de la que sólo la muerte podrá liberarlos.»

Naturalmente, lo que a mí me interesa no es tanto ser mejor como ser aceptado. Y nadie acepta a nadie. ¿Me ha aceptado ella? Evidentemente, no.

El aire de animal miserable que tiene la gente en la sala de espera de los médicos.

Jacques Rigaut. «El ejemplo viene de arriba. Dios creó al hombre a su imagen. Qué tentación para el hombre, conformarse a esta imagen.»

«La solución, la respuesta, la clave, la verdad, es la condena a muerte.»

«Orgullosa, ¿de qué podría tener miedo?»

«Y cuanto mayor es mi desinterés, más auténtico es mi interés.»

«Una de dos. No hablar, no callarse. Suicidio.»

«En tanto que no haya vencido mi inclinación al placer, seré sensible al vértigo del suicidio, lo sé muy bien.»

Conversaciones con Koestler. El fin sólo justifica los medios si existe una proporción razonable en la magnitud de ambos. Ej.: puedo enviar a Saint-Exupéry a una misión mortal para salvar a un regimiento. Pero no puedo deportar a millones de personas y suprimir toda libertad por un resultado cuantitativo equivalente, computándolo por tres o cuatro generaciones previamente sacrificadas.

—El genio. No existe.

—La gran desgracia del creador empieza cuando se

le reconoce como un talento (ya no me atrevo a publicar mis libros).

Hay horas en que creo que no podré soportar por más tiempo la contradicción. Cuando el cielo está frío y nada nos sostiene en la naturaleza... Ah, tal vez vale más morir.

Continuación de lo anterior. Desgarramiento en que estoy ante la idea de hacer esos artículos para *Combat*.

Un ensayo sobre el sentimiento de la naturaleza — y el placer.

Arte y rebelión. Breton tiene razón. Yo tampoco creo en la escisión entre el mundo y el hombre. Hay instantes de acuerdo con la naturaleza informe. Pero la naturaleza nunca es informe. Sólo que los paisajes huyen y son olvidados. Por eso hay pintores. Y la pintura surrealista, por ejemplo, es *en su movimiento* la expresión de esta rebeldía del hombre contra la Creación. Pero su error ha consistido en querer preservar o imitar sólo la parte milagrosa de la naturaleza. El verdadero artista rebelde no niega los milagros: los domina.

Parain. Que la esencia de la literatura contemporánea es la palinodia. Los surrealistas que se convierten en marxistas. Rimbaud la devoción. Sartre la moral. Y el gran problema de la época es el conflicto. Condición humana. Naturaleza humana.

—Pero si hay una naturaleza humana, ¿de dónde proviene?

Evidentemente debería suspender toda actividad creadora mientras no lo averigüe. Lo que ha constituido el éxito de mis libros es lo que para mí constituye su mentira. En realidad, soy un hombre común + una exigencia. Los valores que tendría que defender y que ilustrar hoy son valores medios. Para eso se requiere un talento tan depurado que dudo tenerlo.

El fin de la rebelión es la pacificación de los hombres. Toda rebelión culmina y se prolonga en la afirmación del límite humano, y de una comunidad de todos los hombres, cualesquiera que sean, más acá del límite. Humildad y genio.

29 de octubre. Koestler - Sartre - Malraux - Sperber y yo. Entre Piero délia Francesca y Dubuffet.

K.: Necesidad de definir una moral política mínima. Empezar, pues, por desembarazarse de cierta cantidad de falsos escrúpulos (él los llama «falacias»): *a)* Que lo que uno dice pueda servir a causas que uno no puede servir, *b)* Examen de conciencia. El orden de las injusticias. «Yo, cuando el reportero me preguntó si odiaba a Rusia, sentí que se me atragantaba algo. E hice un esfuerzo. Dije que odiaba al régimen estalinista tanto como al hitleriano y por iguales motivos. Pero algo se zafó en esa respuesta.» «Tantos años de lucha. He mentido por ellos... y ahora estoy como aquel compañero que se golpeaba la cabeza contra las paredes de mi habitación y que decía, con la cara llena de sangre vuelta hacia mí: "Ya no queda esperanza, ya no queda esperanza".» Medios de acción, etc.

M.: Imposibilidad momentánea de llegar al proletariado. ¿El proletariado es el más alto valor histórico?

C: La utopía. Una utopía les costará hoy menos que una guerra. Lo contrario de la utopía es la guerra. Por una parte. Y por otra: «¿No creen que todos somos res-

ponsables de la falta de valores? Y que si todos nosotros, que procedemos del nietzscheísmo, del nihilismo o del realismo histórico, confesáramos públicamente que nos hemos equivocado, que existen valores morales y que en lo sucesivo haremos lo que sea necesario para fundarlos " e ilustrarlos, ¿esto podría ser el comienzo de una esperanza?»

S.: «Yo no puedo volver mis valores morales sólo contra la URSS. Porque es verdad que la deportación de varios millones de hombres es más grave que el linchamiento de un negro. Pero el linchamiento de un negro es el resultado de una situación que dura desde hace más de un siglo, y que, en definitiva, representa a través del tiempo la desgracia de tantos millones de negros, como millones de quirguices deportados hay.»

K: Debo decir que como escritores incurrimos en traición ante la historia si no denunciemos lo que hay que denunciar. La conspiración del silencio nos condenará a los ojos de quienes nos sigan.

S.: Sí. Etc., etc.

Y a lo largo de la conversación, imposibilidad de discernir la parte de miedo o de verdad en lo que dice cada uno.

Si se cree en el valor moral, se cree en toda la moral, incluso en la moral sexual. La reforma es total.

Leer a Owen.

*

Escribir la historia de un contemporáneo curado de su desgarramiento por la sola y larga contemplación de un paisaje.

¹² El manuscrito aquí es de lectura difícil. También podría leerse «salvarlos».

Robert, objetor de conciencia comunistizante, en el 33. Tres años de cárcel. Cuando sale, los comunistas son partidarios de la guerra, los pacifistas son hitlerianos. Ya no entiende nada en este mundo que se ha vuelto loco. Se alista con los republicanos españoles y *hace la guerra*. Muerto en el frente de Madrid.

¿Qué es un hombre célebre? Un hombre cuyo nombre de pila no importa. En todos los demás, el nombre de pila tiene un sentido muy particular.

¿Por qué se bebe? Porque con la bebida todo adquiere importancia, todo se dispone de acuerdo con una línea máxima. Conclusión: se bebe por impotencia y por condena.

El orden universal no se puede establecer desde arriba, es decir, desde una idea, sino desde abajo, es decir, desde el fondo común que...

Preparar un libro de textos políticos en torno a Brasi-llach.

Guilloux. La única referencia es el dolor. Que el mayor de los culpables mantenga cierta relación con lo humano.

Encuentro con Tar. a la salida de la disertación sobre el diálogo. Tiene cierto aire reticente y, sin embargo, la misma mirada de amistad que tenía cuando lo hice reingresar en los grupos de *Combat*.

—¿Ahora es marxista?

—Sí.

—Entonces será homicida.

—Ya lo he sido.

—Yo también. Pero no quiero volver a serlo.

—¿Y usted me apadrinó!

Era verdad.

—Escuche, Tar. He aquí el verdadero problema: pase lo que pase, yo siempre lo defenderé contra el pelotón de ejecución. Usted, en cambio, estará obligado a aprobar que me fusilen. Piénselo.

—Lo pensaré.

Soledad insoportable, en la que no puedo creer, a la que no puedo resignarme.

Lo que hace que un hombre se sienta solo es la cobardía de los demás. ¿Hay que tratar de comprender también esta cobardía? Pero eso es superior a mis fuerzas. Y, por otra parte, no puedo ser despreciativo.

Si verdaderamente todo se reduce al hombre y a la historia, pregunto dónde hay lugar para la naturaleza — el amor — la música — el arte.

Rebelión. No queremos cualquier héroe. Las razones del heroísmo son más importantes que el heroísmo en sí. El valor de consecuencia es pues anterior al valor del heroísmo. La libertad nietzscheana es una exaltación.

Creación corregida. El personaje del terrorista (Ravenel).

Relación del absurdo con la rebelión. Si la decisión final es rechazar el suicidio para sostener la confrontación, esto significa reconocer implícitamente la vida como único valor de hecho, el que permite la confrontación, el que *es* la confrontación, «sin el cual no es nada». De ello resulta que para obedecer a este valor absoluto, quien rechaza el suicidio rechaza igualmente el homicidio. Nuestra época es aquella que, por haber llevado el nihilismo hasta sus conclusiones extremas, ha aceptado el suicidio. Esto se verifica por la facilidad con que acepta el homicidio, o lo justifica. El hombre que se da la muerte preserva por lo menos un valor que es la vida de los demás. La prueba es que *nunca* utiliza la libertad y la terrible fuerza que le da su decisión de morir para reinar sobre los demás: todo suicidio es ilógico en algún punto. Pero los hombres del terror han llevado los valores del suicidio hasta su última consecuencia, que es legitimar el homicidio, es decir, el suicidio colectivo. Ilustración: el apocalipsis nazi en 1945.

Briançon. Enero del 47

La noche que se desliza por esas montañas frías acaba por helar el corazón. Esta hora de la noche no la he soportado nunca, salvo en Provenza o en las playas del Mediterráneo.

G. Orwell. *Burmese days*. «Mucha gente no está a gusto en un país extranjero a menos que desprecie a sus habitantes.»

«... la felicidad desmesurada que proviene del agotamiento y del éxito y con la cual no puede compararse ninguna otra de la vida: ninguna alegría del cuerpo ni del espíritu.»

Leer a Georg Simmel (*Schopenhauer y Nietzsche*). Comentario de Nietzsche traducido al inglés por Berneri

(asesinado por los comunistas en España durante la liquidación de los anarquistas). Desarrolla el deseo de Dios en Nietzsche: «Though this may seem to us fantastic and excessive it reveals under the form of an extreme personalism, a feeling which, in another form, is not very distant from the Christian conception of the inner life. Christianity, in fact, as well as our infinite distance and smallness before God, there is the idea of becoming equal to him. The mystic of every age and every religion gives rise to this aspiration to become one with God or, more audaciously, to become God. The scholastics talk of deificado, and for Meister Eckhard man can shed his human form and become God again, as he is by his proper and original nature, or, as Ángelus Silesius expressed:

I must find my ultimate end and my beginning.
I must find God in me and me in God.
And become what he is...

This same passion was felt by Spinoza and Nietzsche: *they could not accept not being God*».

* Dice Nietzsche: «No puede haber Dios, porque, si lo hubiera, yo no podría aceptar no serlo». «

No hay más que una libertad, la de ponerse en regla con la muerte. Después de lo cual todo es posible. No puedo obligarte a creer en Dios. Creer en Dios es aceptar la muerte. Cuando hayas aceptado la muerte, el problema de Dios estará resuelto, y no a la inversa.

Radici, miliciano, alistado en las Waffen S.S., perseguido por haber mandado fusilar a 28 detenidos de la Santé (asistió a las cuatro tandas de ejecuciones), pertenecía a la Sociedad Protectora de Animales.

Rebatet y Morgan. A derecha e izquierda — o definición universal del fascismo: como no tenían carácter, se dieron una doctrina.

Título para el futuro: Sistema (1.500 págs.).

A medida que las obras humanas han llegado a cubrir poco a poco los inmensos espacios donde dormitaba el mundo, hasta el punto de que la idea de naturaleza virgen tiene hoy algo del mito del Edén (ya no hay islas), poblando los desiertos, parcelando las playas y hasta rayando el cielo a grandes trazos con aviones, dejando intactas sólo aquellas regiones donde precisamente el hombre no puede vivir, de igual modo, y al mismo tiempo (y a causa de ello), el sentimiento de la historia ha ido prevaleciendo poco a poco sobre el sentimiento de la naturaleza en el corazón de los hombres, quitando al creador lo que hasta ahora le correspondía para devolverlo a la criatura, y todo esto por medio de un movimiento tan poderoso e irresistible que puede preverse el día en que la silenciosa creación natural sea sustituida totalmente por la creación humana, horrible y fulgurante, retumbante de clamores revolucionarios y guerreros, ruidosa de fábricas y ferrocarriles, definitiva al fin y triunfante en el curso de la historia, una vez cumplida su tarea en este mundo, tarea que acaso consistía en demostrar que cuantas obras grandiosas y sorprendentes pudo realizar durante miles de años, no valía lo que el perfume fugitivo de la rosa silvestre, el valle de olivos, el perro predilecto.

1947.

' Como las de todos los débiles, sus decisiones eran brutales y de una firmeza disparatada. *>

Estética de la rebelión. La pintura hace una elección. «Aisla», que es su manera de unificar. El paisaje aisla en el espacio lo que normalmente se pierde en la perspectiva. La pintura de escenas aisla en el tiempo el gesto que normalmente se pierde en otro gesto. Los grandes pintores son aquellos que dan la impresión de que la fijación *acaba de hacerse* (Piero della Francesca) como si el aparato de proyección se hubiera detenido en seco.

Una obra de teatro sobre el gobierno de las mujeres. Los hombres deciden que han fracasado y entregan el gobierno a las mujeres.

Acto I: Llega mi Sócrates y decide transferir los poderes.

Acto II: Las mujeres quieren proceder como los hombres. Fracaso.

Acto III: Bien aconsejadas por Sócrates, reinan como mujeres.

Acto IV: Conspiración.

Acto V: Ellas restauran a los hombres.

Simulan declarar la guerra. «¿Habéis comprendido lo que esto significa para el que se queda... y ver que van al matadero todos los seres que ama en el mundo?»

Ya podemos irnos. Hemos hecho todo lo que en este mundo se puede esperar hacer contra la estupidez humana. —¿Y qué era eso?— Un poco de educación.

«Tan estúpidas como nosotros, pero menos malvadas.»

Experimento de un año.

Si todo marcha bien se renueva.

Todo marcha bien, pero no se renueva. Les hacía falta el odio.

Volvemos a empezar, dice Sócrates. Ellos lo preparan todo. Las grandes ideas y las concepciones de la historia. Dentro de diez años, el osario.

Escuchad:

Un pregonero.

Artículo I: Ya no hay ricos ni pobres.

Artículo II.

—¿Vuelves a salir?

—Sí, tengo una reunión.

—Yo necesito distraerme —que esté en orden mi casa...

1947.

Vae mihi qui cogitare ausus sum.

Al cabo de una semana de soledad, vuelve el sentimiento agudo de mi ineptitud para la obra que emprendí con la más loca de las ambiciones. Tentación de renunciar a ella. Esta larga lucha con una verdad más fuerte que yo exigía un corazón más desprendido, una inteligencia más amplia y más vigorosa. Pero qué le voy a hacer. Sin esto moriría.

Rebelión. Libertad respecto a la muerte. Frente a la libertad de matar, no queda otra libertad posible que la de morir, o sea la supresión del temor a la muerte, y la restitución de este accidente al orden de las cosas naturales. Esforzarse por lograrlo.

Montaigne. Cambio de tono en el cap. XX del libro I. Sobre la muerte. Cosas sorprendentes que dice de su miedo ante la muerte.

Novela.—Twinkle. «Cuando llegué, estaba agotado por la ansiedad y la fiebre. Fui a consultar los carteles indicadores para saber a qué hora desembarcaría ella si

acaso ya no estaba allí. Eran las once de la noche. El último tren del Oeste llegaría a las dos. Fui el último en salir. Ella me esperaba a la salida, sola en medio de dos o tres personas, con un perro lobo que había recogido. Se adelantó a mi encuentro. La besé apenas, pero estaba contento hasta el fondo del alma. Salimos. El cielo de Provenza resplandecía de estrellas por encima de las murallas. Ella estaba allí desde las cinco de la tarde. Ya había venido a esperar el tren de las siete, y no me encontró. Tenía miedo de que yo no llegara, porque había dado mi nombre en el hotel, y sus documentos no correspondían. Se habían negado a inscribirla, y no se atrevía a volver. Cuando llegamos a las murallas se lanzó contra mí en medio de la multitud que pasaba y volví la cabeza, y me abrazó con un ímpetu en el que había alivio y, si no amor, una esperanza de amor. Yo tenía conciencia de mi fiebre y me hubiera gustado ser fuerte y apuesto. En el hotel aclaré las cosas y todo se arregló. Pero quise tomar una copa antes de volver a la habitación. Y allí, en el bar bien caldeado donde ella me hizo beber sin parar, sentí que recuperaba la confianza, y que me invadía una oleada de abandono.»

Tenía partido el labio superior de extremo a extremo, mostrando los dientes hasta la encía. Por eso parecía estar riéndose siempre. Pero los ojos permanecían serios.

° Qué vale el hombre? ¿Qué es el hombre? Después de lo que he visto, me quedará toda la vida cierta desconfianza y una desazón fundamental a su respecto. «,

Cfr. Marc Klein en *Études germaniques*. «Observaciones y reflexiones sobre los campos de concentración nazis.»

Novela creación corregida. «En cuanto lo tuvo en el suelo, le plantó la azada en el cuello. Y, apoyado el pie sobre la azada, con el mismo ademán con que deshacía los terrones de tierra negra, lo hundió.»

Némesis — diosa de la medida. Serán destruidos implacablemente todos los que hayan excedido la medida.

Isócrates: en el universo no hay nada más divino, más augusto, más noble que la belleza.

Esquilo cerca de Helena: «Alma serena como la calma de los mares, belleza que adornaba al más suntuoso atavío, dulces ojos que traspasaban como una flecha, flor de amor fatal para los corazones.»

Helena no es culpable sino víctima de los dioses. Después de la catástrofe reanuda el curso de su vida.

La Patellière. Ese momento (las últimas telas) en que estallan las estaciones, en que manos misteriosas tienden sus flores en todos los rincones del cuadro. Una tragedia tranquila.

Terrorismo.

La gran pureza del terrorista estilo Kaliayev es que para él el asesinato coincide con el suicidio (cfr. Savinkov: *Recuerdos de un terrorista*). Una vida se paga con una vida. El razonamiento es falso, pero respetable. (Una vida quitada no vale lo que una vida dada.) Hoy el asesinato por delegación. Nadie paga.

1905. Kaliayev: el sacrificio del cuerpo. 1930: el sacrificio del espíritu.

Panelier, 17 de junio de 1947.

Día maravilloso. Una luz espumosa, reluciente y tierna por encima y en torno de las grandes hayas. Parece segregada por todas las ramas. Los manojos de hojas que se mueven lentamente en este oro azul como mil bocas de varios labios que salivaran a lo largo del día ese jugo aéreo, rubio y azucarado —o también mil pequeños surtidores de bronce verde redondeado que regaran sin descanso el cielo con un agua azul y resplandeciente— o también... pero basta.

Que es imposible *asegurar* que nadie sea absolutamente culpable, y por consiguiente, imposible pronunciar sentencia de castigo absoluto.

Crítica de la idea de la eficacia — un capítulo.

La filosofía alemana ha introducido un movimiento en las cosas de la razón y del Universo, donde los antiguos veían estabilidad. No se superará la filosofía alemana —no se salvará al hombre— mientras no se defina lo que es fijo y lo que es móvil (y lo que se ignora si es móvil o fijo).

La finalidad del movimiento absurdo, rebelde, etcétera, la finalidad del mundo contemporáneo, en consecuencia, es la compasión en su sentido originario, lo que equivale, en resumidas cuentas, al amor y la poesía. Pero esto exige una inocencia que ya no tengo. Sólo me queda reconocer acertadamente el camino que conduce hasta allí, y esperar que llegue el tiempo de los inocentes. Verlo, por lo menos, antes de morir.

Hegel contra la naturaleza. Cfr. Gran Lógica, 36-40. Por qué es abstracta la naturaleza. Lo concreto es el espíritu.

Es la gran aventura de la inteligencia... que acaba por matarlo todo.

Incluir en los archivos de la Peste:

1. Cartas anónimas que denuncian a familias. El tipo de interrogatorio burocrático.
2. Tipos de decretos.

*

Sin mañana.

I.^a serie. Absurdo. *El extranjero*. — *El mito de Sísifo*. — *Calígula* y *El malentendido*.

2.^a serie. Rebelión: *La peste* (y anexos). — *El hombre rebelde*. — Kaliayev.

3.^a serie. El juicio. — El primer hombre.

4.^a serie. El amor desgarrado: La hoguera. — Del amor. — El seductor.

5.^a serie. Creación corregida o El sistema — gran novela + gran meditación + pieza irrepresentable..

25 de junio de 1947

Tristeza del éxito. La oposición es necesaria. Si todo me fuera más difícil, como antes, tendría mucho más derecho a decir lo que digo. Pero aún puedo ayudar a mucha gente mientras tanto.

Desconfianza de la virtud formal; ésta es la explicación de este mundo. Los que han sentido esta desconfianza con respecto a sí mismos y la han extendido a los demás tienen una susceptibilidad incesante en cuanto a toda virtud declarada. De aquí a sospechar de la virtud *en acto* no hay más que un paso. Por tanto, han elegido llamar virtud a lo que favorece el advenimiento de la sociedad a que aspiran. El móvil profundo (esta desconfianza) es noble. La cuestión está en saber si es de buena lógica.

También yo tengo cuentas que ajustar con esta idea. Todo lo que alguna vez he pensado o escrito se relaciona con esa desconfianza (es el tema de *El extranjero*). Dado que no acepto la negación pura y simple (nihilismo o materialismo histórico) de la «conciencia virtuosa», como dice Hegel, tengo que encontrar un término medio. ¿Es posible, es legítimo estar en la historia tendiendo a valores que superan la historia? El valor mismo de ignorancia ¿es en el fondo algo más que un cómodo refugio? Nada es puro, nada es puro, he ahí el grito que ha envenenado a este siglo.

¡Qué tentación pasarse al bando de los que niegan y actúan! Los hay que entran en la mentira como quien ingresa en una orden religiosa. Y con el mismo impulso admirable, no cabe duda. Pero ¿qué es un impulso? ¿Qué, a quién, por qué habríamos de juzgar?

Si tal es realmente el curso de la historia, si no hay liberación, sino tan sólo unificación ¿no estaré yo entre los que frenan la historia? No hay liberación sin unificación, dicen, y si esto es verdad, estamos a la zaga. Pero para estar en la vanguardia, hay que preferir una hipótesis apenas probable, que ha tenido ya terribles desmentidos históricos, a esas realidades que son la desgracia, el asesinato y el exilio, durante dos o tres generaciones. La elección recae, así, sobre una hipótesis. No está probado que la liberación exija previamente la unificación. Tampoco lo está que pueda prescindir de ella. Pero no es seguro que la unificación deba realizarse por medio de la violencia. La violencia acarrea en general el desgarramiento bajo la apariencia de la unidad. Es probable que la unificación y la liberación hagan falta, y posible que esta unificación tenga cierta oportunidad de efectuarse mediante el *conocimiento* y la predicación. Por lo menos, habría que consagrarse íntegramente a esta tarea.

¡Ah, éstas son horas de duda! Y quién puede cargar sobre sí la duda de todo un mundo.

Me conozco demasiado para creer en la verdad pura.

Obra de teatro. El Terror. Un nihilista. Violencia en todas partes. Mentira en todas partes.

Destruir, destruir.

Un realista. Hay que entrar en la Ojrana.

Entre los dos, Kaliayev.

—No, Boris, no.

—Los amo.

—¿Por qué lo dices de una manera tan terrible?

—Es que mi amor es terrible.

Id. Yanek y Dora.

Y.: (dulcemente.) ¿Y el amor?

D.: ¿El amor, Yanek? No hay amor.

Y.: ¡Oh, Dora, cómo puedes decirme eso, a mí, que conozco tu corazón...!

—Es que hay demasiada sangre, ¿no lo ves? Demasiada violencia. Los que aman demasiado la justicia no tienen derecho al amor. Están erguidos como yo lo estoy, con la cabeza alta, los ojos fijos. ¿Qué pinta el amor en este corazón orgulloso? El amor quiere dulcemente las cabezas, Yanek, y nosotros... Nosotros las cortamos.

—Pero nosotros amamos a nuestro pueblo, Dora.

—Sí, lo amamos con un inmenso amor desventurado. Pero el pueblo ¿acaso nos quiere y sabe que le queremos? El pueblo calla. ¡Qué silencio, qué silencio!...

—Pero eso es el amor, Dora. Darlo todo y sacrificarlo todo sin esperanza de reciprocidad.

—Tal vez, Yanek. Ése es el amor puro, eterno. Es lo que me quema, sí. Pero en ciertos momentos me pregunto sí el amor no es otra cosa, si puede dejar de ser un monólogo y si no hay respuesta a veces. Me lo imagino, ¿sabes? Las cabezas se curvan dulcemente, el corazón abandona su orgullo, los ojos se entornan y los brazos se abren un poco. Olvidar la miseria atroz de este mundo,

Yanek, abandonarse por fin una hora, permitirse siquiera una hora, una sola hora de egoísmo... ¿Te das cuenta de lo que podría ser?

—Sí, Dora. Eso se llama ternura.

—Lo adivinas todo, querido. Se llama ternura. ¿Pero amas a la justicia con ternura?

Yanek calla.

—¿Amas a tu pueblo con ese abandono, o con la llama de la venganza y de la rebeldía?

Yanek calla.

—Ya ves. Y a mí, ¿me amas con ternura, Yanek?

—Te quiero más que a nada en el mundo.

—¿Más que a la justicia?

—No os separo; a ti, a la Organización y a la justicia.

—Lo sé. Pero contéstame, Yanek, por favor, contéstame. ¿Me quieres en la soledad con ternura, con egoísmo?

—¡Oh, Dora, me muero de ganas de decirte que sí!

—Dilo, querido, dilo si lo piensas y sí es cierto. Dilo frente a la Organización, frente a la justicia, frente a la miseria del mundo y al pueblo encadenado. ¡Dilo, te lo ruego, frente a la agonía de los niños, y frente a las cárceles interminables, a pesar de los ahorcados y de los azotados hasta la muerte!

Yanek se pone pálido.

—Cállate, Dora. Cállate.

—Oh, Yanek, aún no lo has dicho.

Un silencio.

—No lo puedo decir. Y, sin embargo, mi corazón está lleno de ti.

Ella ríe como si llorase.

—Pero está bien, querido. Ya ves que no era razonable. Yo tampoco hubiera podido decirlo. Te quiero con el mismo amor, casi obsesivo, en la justicia y en las prisiones. No somos de este mundo, Yanek. La parte que nos toca es la sangre y la soga del verdugo.

La rebelión es el ladrido del perro rabioso (Antonio y Cleopatra).

He vuelto a leer todos estos cuadernos, desde el primero. Lo que me ha saltado a la vista: los paisajes desaparecen poco a poco. El cáncer moderno me corroe a mí también.

El problema más grave que se plantea a los espíritus contemporáneos: el conformismo.

Según Lao-Tsé: cuanto menos se actúa, más se domina.

G vivía con su abuela, comerciante de artículos funerarios, en Saint-Brieue; ¡hacía los deberes del colegio sobre la losa de una tumba!

Cfr. Crapouillot: la anarquía. Tailhade: recuerdos del juez de instrucción. Stirner: lo Único y su propiedad.

G. La ironía no surge forzosamente de la malignidad.

M. Pero seguramente no procede de la bondad.

G. No; pero tal vez el dolor, cosa que nunca imaginamos en *los demás*.

En Moscú, amenazado por el ejército blanco, a Lenin, que decidía movilizar a los condenados por delitos comunes:

—No, *con* esos no.

—*Para* esos —dijo Lenin.

Pieza Kaliayev: imposible matar a un hombre de *carne* y *hueso*: se mata al autócrata. No al tipo que se ha afeitado por la mañana, etc.

Escena: se ejecuta al provocador.

El gran problema de la vida consiste en saber cómo pasar entre los hombres.

X. «Soy un hombre que no cree en nada y que no ama a nadie, al menos originariamente. Hay un vacío en mí, un horrible desierto...»

Marc, condenado a muerte en la cárcel de Loos. Se niega a que le quiten las cadenas durante la Semana Santa, para parecerse más a su Salvador. Antes, en las carreteras, disparaba con revólver a los crucifijos.

Dichosos cristianos. Se han quedado con la gracia y nos han dejado la caridad.

Grenier. Del buen uso de la libertad. «El hombre moderno ya no cree que haya un Dios a quien obedecer (hebreo y cristiano); una sociedad que respetar (hindú y chino), una naturaleza a la cual someterse (griego y romano).»

Id. «El que ama intensamente un valor es, por eso mismo, enemigo de la libertad. El que ama la libertad por encima de todo, o niega los valores o se apega a ellos durante algún tiempo nada más. (Tolerancia surgida del desgaste de los valores.)»

«Si nos detenemos (en camino del no) no es tanto por

consideración al prójimo como por consideración a nosotros mismos.» (¡No por uno mismo, sí por el prójimo!)

Pieza de teatro.

D.: Lo triste, Yanek, es que todo esto nos envejece. Ya nunca, nunca más seremos niños. Desde este momento podemos morir, hemos dado ya la vuelta al hombre. (El asesinato es el límite.)

—No, Yanek, si la única solución es la muerte, entonces no estamos en el buen camino. El buen camino es el que lleva a la vida.

—Hemos cargado con la desgracia del mundo, es un orgullo que será castigado.

—Hemos pasado de los amores infantiles a esa amante primera y última que es la muerte. Nos hemos precipitado. No somos hombres.

Miseria de este siglo. No hace mucho tiempo había que justificar las malas acciones; ahora hay que justificar las buenas.

Novela. «Si la amo, quiero que me conozca tal como fui. Porque ella cree que esta admirable benevolencia... Pero no, es una mujer excepcional.»

¿Reacción? Si es hacer que la historia retroceda, nunca iré tan lejos como ellos — hasta los faraones.

De Foe. «Había nacido para destruirme a mí mismo.»

Id. «He oído hablar de un hombre que, presa de una profunda repugnancia por la conversación intolerable de algunos de sus parientes... decidió repentinamente no hablar nunca más...» (Pieza).

Marion, sobre De Foe (p. 139), veintinueve años de silencio. Su mujer se vuelve loca. Sus hijos se van. Su hija se queda. Fiebre, delirio. Habla. Después habla con frecuencia, pero poco con la hija «y muy rara vez con algún otro».

Salmo XCI: «El Señor es mi refugio y mi fortaleza. Pues El te libra de la red del cazador, de la peste funesta... No temerás el terror de la noche, ni la saeta que de día vuela, ni la peste que avanza en las tinieblas, ni el azote que devasta a mediodía.»

La soledad perfecta. En el urinario de una gran estación a la una de la mañana.

Un hombre (¿francés?), un santo que vivió toda su vida en pecado (sin acercarse a la Santa Mesa, sin casarse con la mujer con quien convivía) porque, incapaz de soportar la idea de que se condenara sólo un alma, quiso condenarse también.

«Se trataba de ese amor más grande que todos: el de un hombre que da su alma por un amigo.»

Merleau-Ponty. Aprender a leer. Se queja de haber sido mal leído y mal comprendido. Es el tipo de queja al que yo me habría inclinado en otros tiempos. Ahora sé que no se justifica. No hay contrasentido.

Los libertinos de principios virtuosos. Sinceros. Pero en la práctica, y por el momento, prefiero un corrompido que no mate a nadie a un puritano de los que no dejan títere con cabeza. Y lo que más inaguantable me ha resultado siempre es un corrompido que pretende no dejar títere con cabeza.

M. P. o el tipo de hombre contemporáneo: el que

cuenta los golpes. Explica que nadie tiene nunca razón, y que la cosa no es tan simple (espero que no se haya molestado en hacer esta demostración por mí). Pero algo más adelante declara enfáticamente que Hitler es un criminal contra quien toda resistencia será siempre legítima. Sí nadie tiene razón, entonces no hay que juzgar. El caso es que *hoy* hay que estar contra Hitler. Se han contado los golpes. Se sigue.

En adelante la acción sólo nos parece justificable para alcanzar objetivos limitados. Así habla el hombre contemporáneo. Hay contradicción.

Dwinger (en un campo de Siberia). «Sí fuéramos animales, todo habría terminado hace mucho tiempo, pero somos hombres.»

Id. Un teniente, pianista que vive para su arte. Fabrica un piano mudo con tablas de cajones. Toca de seis a ocho horas por día. No pierde una nota. En algunos pasajes se le ilumina la cara.

Es lo que haremos, *todos*, llegado el límite.

Id. Durante la guerra entre rojos y blancos. En un tren de retaguardia. D. y un camarada entran en un compartimento donde se encuentra un capitán corpulento de ojos enfebrecidos. Delante de él, alguien, tendido sobre el asiento, una forma cubierta por un capote. Llega la noche. La luna ilumina el compartimento. «Abrid los ojos, hermanos. Vais a ver algo, lo habéis merecido.» Tira suavemente del capote: una joven desnuda, de belleza tan grande y armoniosa... «Mirad —dice el oficial—. Esto os dará nuevas fuerzas. Y sabréis por qué luchamos. Porque también luchamos por la belleza, ¿verdad? *Sólo que nadie lo dice.*»

De Bataille, sobre *ha peste*. También pedía la abolición de la pena de muerte, el homicidio *legítimo*. Razón: el ho-

micida tiene como excusas las pasiones de la naturaleza. La ley, no.

Estudio sobre G. ¹³ G. como espíritu opuesto a Malraux. Y los dos tienen conciencia de la tentación que representa el otro espíritu. El mundo de hoy es un diálogo M. G

Pieza de teatro. Yanek a otro que es el Asesino.

Yanek: Tal vez. Pero eso nos privará del amor.

El A.: ¿Quién lo dice?

Yanek: Dora.

El A.: Dora es mujer, y las mujeres no saben lo que es el amor... Esa terrible explosión en la que voy a aniquilarme es el estallido mismo del amor.

Días de nuestra muerte ¹⁴: 72, 125, 190.
U. C. ¹⁵ 15 — 66.

Mantener el carácter de *ruptura*, de crimen, que tiene la violencia: es decir, admitirla únicamente unida a una responsabilidad *personal*. De lo contrario es una violencia *ordenada*, está *dentro del orden* —o la ley o la metafísica—. Ya no es ruptura. Elude la contradicción. Paradójicamente, representa un salto a la comodidad. *Han hecho de la violencia algo cómodo*.

El amigo de M. D. que se acerca como todos los días al cafetín de la calle Dauphine donde cultiva ciertos

¹³ Sin duda Jean Grenier.

¹⁴ *Les Jours de notre mort*, de David Rousset.

¹⁵ U. C., sin duda, *L'Univers concentrationnaire* del mismo autor.

hábitos; que se sienta a la misma mesa para mirar a los mismos jugadores de naipes. El jugador detrás del cual se encuentra sólo tiene diamantes. «Lástima que no sea sin triunfo», dice el amigo de M. D. Y muere repentinamente.

Id. La vieja espiritista que ha perdido a su hijo en la guerra: «Vaya adonde vaya, mi hijo va tras de mí.»

Id. El anciano gobernador colonial que se mantiene tieso como un huso y quiere que lo llamen señor Gobernador. Hace investigaciones para establecer una correspondencia con el calendario gregoriano. Sólo se anima con un tema, su edad: «¡80 años! ¡Nunca un aperitivo y mire usted!» Tras lo cual salta varias veces en el mismo sitio, golpeándose las nalgas con los talones.

Palante (S. I.)¹⁶. «El humanismo es una invasión de la mentalidad sacerdotal en el terreno del sentimiento... Es la frialdad glacial del reino del Espíritu.»

Se nos reprocha el crear hombres abstractos. Pero ocurre que el hombre que nos sirve de modelo es abstracto. Se nos reprocha ignorar el amor, pero ocurre que ese hombre es incapaz de amar, etc.

Lautréamont: no bastaría toda el agua de los mares para lavar una mancha de sangre intelectual.

Novela corta o novela Justicia. Torturado, cinco días de pie, sin comer ni beber, con prohibición de apoyarse, etc. Van a buscarlo para que se fugue. Se niega; no le

¹⁶ G. Palante, filósofo que conocieron Louis Guilloux y Jean Grenier. S. I., abreviatura de *La sensibilité individualiste*, obra de Palante.

quedan fuerzas. Le exige menos esfuerzo permanecer allí. Volverán a torturarlo y morirá.

L'Isle-sur-Sorgue. Habitación espaciosa abierta al otoño. Otoñal también ella, con sus muebles de molduras arborescentes y con las hojas secas de los plátanos que se deslizan al interior, barridas por el viento hasta las ventanas de cortinas cubiertas por heléchos bordados.

Cuando R. C. deja el maquis, en mayo del 44, para dirigirse al África del Norte, un avión despegue de los Bajos Alpes y sobrevuela el Durance en medio de la noche. Entonces divisa a lo largo de las montañas los fuegos que sus hombres han encendido para saludarlo por última vez.

Duerme en Calvi (irrupción de los sueños). A la mañana siguiente se despierta y ve una terraza cubierta de grandes colillas de cigarrillos americanos. Al cabo de cuatro años de lucha y de tensión continua, brotan por fin las lágrimas y llora una hora entera delante de las colillas.

El viejo militante comunista que ve lo que ve y no se acostumbra: «No puedo curarme de tener corazón.»

Bayle: pensamientos diversos sobre el cometa.

«No hay que juzgar la vida de un hombre ni por lo que cree ni por lo que publica en sus libros.»

El delator que mantiene sus listas al día. Varias tintas. Rayas. Nombres escritos con letra redonda.

Cómo hacer comprender que un niño pobre puede sentir vergüenza, aunque no sienta envidia.

El viejo mendigo a Eleanor Clark: «No es que la gente sea mala, es que se ciega.»

Sartre o la nostalgia del idilio universal.

Ravachol (interrogatorio): «Ante los que traen la verdad, la evidencia, la felicidad de los hombres, todos los obstáculos, todos, tienen que desaparecer y si después no quedasen en la tierra más que unos pocos, éstos por lo menos serían felices.»

Id. (Declaración en la Corte de Justicia.) «Si por mi culpa han caído víctimas inocentes, lo lamento de veras. Y más porque sólo ha habido amarguras en mi vida.»

Declaración de un testigo (Chaumartin): «No le gustaban las mujeres y no bebía otra cosa que agua con un poco de limón.»

Vigny (correspondencia): «El orden social es malo siempre; de cuando en cuando apenas llega a ser tolerable. La distancia entre lo malo y lo soportable no justifica que se derrame una sola gota de sangre.» No, lo soportable merece, si no la sangre, por lo menos el esfuerzo de toda una vida.

El individualista, misántropo dentro del grupo, reserva su indulgencia para el individuo.

Sainte-Beuve: «Siempre he creído que si llegáramos a decir un solo minuto lo que pensamos, la sociedad se derrumbaría.»

B. Constant (¡profeta!): «Vivir en paz requiere casi el mismo esfuerzo que gobernar el mundo.»

Consagrarse a la Humanidad: significa, según Sainte-Beuve, el deseo de representar hasta el fin un papel digno de aplauso.

Stendhal: «No habré hecho nada por mi felicidad personal mientras no me acostumbre a soportar que alguien no me haga justicia en su corazón.»

Palante dice justamente que si hay una verdad única y universal la libertad no tiene razón de ser.

14 octubre del 47. El tiempo apremia. Solo y con todas las fuerzas tensas en el aire seco.

17 de octubre. Debut.

Parecería que el hombre estuviera fatalmente obligado a optar entre el envilecimiento y el castigo.

En el Hospital de Niños. Salita de techo bajo, cerrada herméticamente, recalentada: llena de olor a caldos grasientos y a curaciones... Síncope.

Hay actos mesiánicos y actos reflexivos.

Escribirlo todo; como venga.

Podemos hacerlo todo en el sentido del perfeccionamiento, comprenderlo todo y luego dominarlo todo. Pero jamás podremos encontrar ni crear en nosotros esa fuerza del amor de la que se nos ha despojado para siempre.

Pena de muerte. Ponen en mi boca que estoy en contra de toda violencia, cualquiera que fuere. Eso sería tan inteligente como oponerme a que el viento soplara siempre en la misma dirección.

Pero nadie es absolutamente culpable; por tanto, a nadie se puede condenar absolutamente. Nadie es absolutamente culpable: 1) ante la sociedad, 2) ante el individuo. Hay algo en él que participa del dolor.

¿Es la muerte el castigo absoluto? Para los cristianos, no. Pero este mundo no es cristiano. ¿No son peores los trabajos forzados? (Paulhan). No lo sé. Pero la cárcel deja una posibilidad de elegir la muerte (a menos que *por pereza* se prefiera que se ocupen de esa tarea los demás). La muerte no deja ninguna posibilidad de elegir la cárcel. Por último, Rochefort: «Sólo un sanguinario puede pedir la abolición de la pena de muerte.»

Generación de viejos. «Un joven que se lanza así al mundo, rico por fuera pero pobre por dentro, se esfuerza en vano por suplir la riqueza interior con la exterior, quiere recibirlo todo *de fuera*, semejante a esos viejos que pretenden beber nuevas energías en el aliento de las muchachas.» (Aforismos sobre la sabiduría en la vida.)

Sócrates, después de recibir un puntapié. «Si me hubiera pateado un burro, ¿lo acusaría ante los tribunales?» (Diógenes Laercio, II, 21).

Heine (1848): «Lo que el mundo persigue y espera ahora se ha vuelto completamente ajeno a mi corazón.»

El valor, según Schopenhauer, «una mera virtud de subteniente».

En el libro IV del *Emilio*, Rousseau preconiza el asesinato (nota 21) por razones de honor.

«Una bofetada y un mentís recibidos y tolerados tienen efectos civiles que ningún sabio puede prevenir y de los que ningún tribunal puede vengar al ofendido. La insuficiencia de las leyes le restituye en esto su independencia: por consiguiente, es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él mismo; el único intérprete y ministro posible de la ley natural; debe hacerse justicia y sólo él puede hacérsela... No digo que tenga que batirse, sería una extravagancia: digo que debe hacerse justicia, y que es el único que puede administrarla. Sin tantos edictos inútiles contra el duelo, si yo fuera rey respondo de que no habría en mis dominios mentís ni bofetada, y esto *mediante un recurso muy sencillo en el que no intervendrían los tribunales*. Como quiera que sea, Emilio sabe cuál es la justicia que en un caso semejante se debe a sí mismo, y el ejemplo que debe dar para salvaguardia de los hombres de honor. Ni el hombre más entero puede evitar el agravio: pero de él depende que nadie se jacte mucho tiempo de habérselo inferido.»

Para Schopenhauer: la existencia objetiva de las cosas, su «representación», es siempre agradable, en tanto que la existencia subjetiva, el querer, siempre es dolor.

«Todas las cosas son bellas en su apariencia y horribles en su ser; de ahí la ilusión de unidad exterior que

tan a menudo nos da la vida ajena, y que me ha sorprendido siempre.»

Schopenhauer: «Tener gloria y juventud a la vez es demasiado para un mortal.»

Id. «En este mundo se puede encontrar el saber, pero no la felicidad.» Por tanto, «hay que limitarse para llegar a ser feliz».

David importuna con súplicas a Yahveh durante la enfermedad de su hijo. Pero en cuanto éste muere, castañetea los dedos y no piensa más en el asunto.

Voltaire: «Sólo a mano armada se consigue triunfar en este mundo, y hay que morir sin deponer las armas.»

Pecherin, un emigrado ruso del 19, que se hizo monje en el extranjero y que exclamaba: «Qué voluptuosidad es odiar a la patria y esperar ardientemente su aniquilamiento.»

La *intelligentsia* y la interpretación *totalitaria* del mundo.

Los conspiradores de Petrashevski: idílicos. (Emancipación de los siervos sin acción revolucionaria — influencia de George Sand.) El amor por lo lejano y no por lo próximo. «Al no encontrar en los hombres ni en las mujeres nada que para mí sea digno de adhesión, me consagro al servicio de la Humanidad» (Petrashevski). (Salvo Sprechner, modelo de Stavroguin.)

El socialismo individualista de Bielinski. Contra Hegel, y a favor de la persona humana. Cfr. Las cartas a Botkin: «El destino del sujeto, del individuo, de la persona,

es más importante que el destino del mundo entero y que la salud del emperador de la China, es decir, de la *Allgemeinheit* hegeliana.»

Id. «Me inclino ante su birrete de filósofo (a Hegel). Pero con todo el respeto debido a su filisteísmo filosófico, tengo el honor de manifestarle que, si me ocurriese llegar al grado superior de la escala del desarrollo, exigiría que se me diese cuenta de todos los seres a quienes las condiciones de la vida y de la historia hicieron mártires; de todas las víctimas del azar, de la superstición, de la Inquisición, de Felipe II, etc. En caso contrario, me precipitaría de cabeza desde ese elevado puesto. Rechazo toda felicidad que pueda dispensármese, si previamente no me tranquilizan sobre la suerte de cada uno de mis hermanos por la sangre, hueso de mis huesos y carne de mi carne...»

«Dicen que la discordancia es condición de la armonía: he aquí algo que si bien puede resultar sumamente grato y provechoso para el melómario, sin duda lo será mucho menos para aquel a quien le ha tocado en suerte el papel de discordancia.»

Petrashevski y los idílicos.

Bielinski y el socialismo individualista.

Dobroliubov — ascético, místico y escrupuloso.

Pierde la fe *ante e! mal* (*Marcion*).

Chernishevski: «Qué hacer.»

Pisarev: «Un par de botas vale más que Shakespeare.»

Herzen — Bakunin — Tolstoi — Dostoievski.

La impresión de culpabilidad en los intelectuales aislados del pueblo. El «gentilhombre que sé arrepiente» (del pecado social).

Nechaev y el catecismo revolucionario (partido centralizado anuncia al bolchevismo).

«El revolucionario es un individuo marcado. No tiene

intereses, ni asuntos, ni sentimientos personales, ni lazos: nada propio, ni siquiera un nombre. Todo en él está sujeto a un interés exclusivo, a un solo pensamiento, a una pasión única: la revolución.»

Todo lo que sirve para la revolución es moral.

Semejanza con Dzerjinski, creador de la Cheka.

Bakunin: «La pasión de la destrucción es creadora».

Id. Tres principios del desarrollo humano:

el hombre animal,

el pensamiento,

la rebelión.

Años setenta. Mijailovski, socialista individualista.

«Si el pueblo revolucionario irrumpiera en mi habitación decidido a hacer pedazos el busto de Bielinski y a destruir mi biblioteca, lucharía contra él hasta la última gota de mi sangre.»

Problema de la transición. ¿Hubiera debido pasar Rusia por la etapa de la revolución burguesa y capitalista, como lo exigía la lógica de la historia? En este único punto Kachev (con Nechaev y Bakunin) es el predecesor de Lenin. Marx y Engels fueron mencheviques. No veían más allá de la revolución burguesa por venir.

Las constantes discusiones de los primeros marxistas sobre la necesidad del desarrollo capitalista en Rusia y sus disposiciones para acoger ese desarrollo. Tijomirov, viejo miembro del partido de la voluntad del pueblo, los acusa de estar convirtiéndose en «defensores de las primeras capitalizaciones».

Predicción de Lermontov.

Pero surgiendo ya de los inmensos osarios la peste acosa a los siniestros guardianes del mercado.

Cfr. Berdiaev, pág. 107.

El comunismo espiritual de Dostoievski es la responsabilidad moral de todos.

Berdiaev: «No puede haber una dialéctica de la materia; la dialéctica supone Logos y Pensamiento: sólo es posible una dialéctica del pensamiento y del espíritu. Marx trasladaba las propiedades del espíritu al dominio de la materia.»

En definitiva, es la voluntad del proletariado la que transforma el mundo. Por tanto, hay en el marxismo una *verdadera* filosofía existencial que denuncia la mentira de la objetivación y afirma el triunfo de la actividad humana.

En ruso *volia* significa *a la vez* voluntad y libertad.

Pregunta al marxismo:

«¿La ideología marxista es el reflejo de la actividad económica, como todas las otras ideologías, o bien pretende descubrir la verdad absoluta, independiente de las formas históricas de la economía y de los intereses económicos?» Dicho de otra manera, ¿es un pragmatismo o un realismo absoluto?

Lenin afirmaba ía primacía de lo político sobre lo económico (a pesar del marxismo).

Lukacs: el sentido revolucionario es el sentido de la totalidad. Concepción del mundo total en la que se identifican la teoría y la práctica.

Sentido religioso según Berdiaev.

...

Lo que existe en Rusia es una libertad colectiva «total» y no personal. Pero ¿qué es una libertad total? Se es libre *de* algo, o con respecto a algo. Evidentemente, el lí-

mite es la libertad con respecto a Dios. Resulta claro, pues, que significa el sometimiento al hombre.

Berdiaev compara a Pobedonosev (procurador del Santo Sínodo que dirigió ideológicamente el Imperio Ruso) con Lenin. Ambos *nihilistas*.

*

Vera Figner: «Acordar los actos con las palabras, exigir de los otros el acuerdo entre los actos y las palabras... esa debía ser la divisa de mi vida.»

Id. «Me parecía inadmisibile que se formara una sociedad secreta en el seno de una sociedad ya secreta.»

El presupuesto del zar alimentado en una proporción del 80 al 90 por 100 por las clases inferiores.

Todo miembro de la «Voluntad del Pueblo» se comprometía solemnemente a consagrar sus fuerzas a la revolución, a olvidar por ella los vínculos de sangre, las simpatías personales, el amor y la amistad...

Obra *Dora*: si no tienes amor por nada, esto no puede acabar bien.

¿Cuántos eran los miembros de la «Voluntad del Pueblo»? 500. ¿El Imperio Ruso? Más de cien millones.

Sofía Perovskaya, al subir al cadalso con sus camaradas de lucha, besa a tres de ellos (Zheliabov, Kilbachich y Mijailov), pero no al cuarto, Rysakov, quien a pesar de haber luchado valerosamente, había revelado una dirección para salvar su vida, causando de este modo la perdición de tres camaradas más. Ahorcan a Rysakov, que muere en la soledad.

Fue Rysakov quien arrojó la bomba contra Alejandro II. El zar, ileso, dijo: «Gracias a Dios, todo va bien.» «Ya veremos si todo- va bien», replicó Rysakov. Y una segunda bomba, la de Grinevitski, da muerte al emperador.

Cfr. Vera Figner, pág. 190, sobre la denuncia.

Id. María Kolugnaya. Al quedar en libertad la acusan de haber traicionado. Para rehabilitarse dispara contra un oficial de gendarmería. Condenada a trabajos forzados. Se suicida en Kara para protestar con dos cámaras contra el castigo corporal infligido a un tercero (pág. 239).

*k

Recordar a los cristianos. «La fraternidad cristiana.» Una llamada a «todos los que veneraban la santa enseñanza de Cristo». «El gobierno vigente, todas sus leyes fundadas en la mentira, la opresión y la interdicción de la libre búsqueda de la verdad, debían considerarse como ilegítimos, contrarios a la voluntad divina y al espíritu cristiano.»

Vera Figner: «Yo tenía que vivir, vivir para ser sometida a juicio. Porque el proceso corona la actividad del revolucionario.»

Un condenado a muerte: «Durante toda mi vida, tan breve sin embargo, no he visto otra cosa que el mal... En tales condiciones y con una vida semejante, ¿queda alguna posibilidad de amar, *ni siquiera lo que es bueno?*»

*

En la década del ochenta ejecutan a un soldado que ha dado muerte a un suboficial. Momentos antes, y vol-

viéndose en las direcciones que nombra, grita: «Adiós Norte, adiós Sur..., Este, Oeste...»

Nadie ha estado tan seguro como yo de conquistar el mundo por medios rectos. ¿Y ahora...? ¿Dónde estuvo el fallo, qué flaqueó de pronto y determinó todo demás?

Detalle: con frecuencia la gente cree «conocerme de antes».

París-Argel. El avión como uno de los elementos de la negación y la abstracción modernas. Ya no hay naturaleza; desaparece todo, la garganta profunda, el verdadero relieve, el torrente infranqueable. Queda *un diseño*, un plano.

En resumen, el hombre adquiere la mirada de Dios. Y entonces advierte que Dios no puede tener sino una visión abstracta. No es un buen negocio.

La polémica como elemento de la abstracción. Cada vez que se decide considerar a un hombre como enemigo, se lo vuelve abstracto. Se lo aleja. Ya no se quiere saber nada de su modo peculiar de reír. Se ha convertido en una *silueta*.

Etc., etc.

Si, para superar al nihilismo, hay que volver al cristianismo, nada impide continuar el movimiento y superar al cristianismo pasando al helenismo.

Platón parte de la sin razón para llegar a la razón, y de la razón para llegar al mito. Lo abarca todo.

Mañana gloriosa en el puerto de Argel. El paisaje, azul de ultramar, viola los cristales y se expande por todos lados en la habitación.

Sócrates: «No tengo simpatía por vosotros.» Vuelta del campamento.

Fin del II. Muestra las marcas:

—¿Qué es eso?

—Son las marcas.

—¿Qué marcas?

—Las marcas del amor de los hombres.

Los reproches porque mis libros no ponen de relieve el aspecto político. Traducción: quieren que ponga en escena a los partidos. Pero yo sólo pongo en escena a individuos opuestos a la máquina del Estado, porque sé lo que digo.

El mundo será más justo en la medida que sea más casto (G. Sorel).

...

En el teatro: necesidad de cargar las construcciones sintácticas, para variar.

Obra de teatro. Dora u otra: «Condenados, condenados a ser héroes y santos. Héroes a la fuerza. Porque no nos interesan, comprende, no nos interesan en absoluto los sucios asuntos de este mundo envenenado y estúpido que se nos pega como si fuera cola. Confiese, confíeselo, que lo que le interesa son los seres y sus rostros... Y que pretendiendo buscar una verdad, a fin de cuentas lo único que espera es el amor.»

«No lloréis. Es el día de la justificación. Algo se eleva en esta hora que es nuestro testimonio de rebeldes.»

Novela. El hombre detenido por la policía política porque le dio pereza ocuparse del pasaporte. Lo sabía. No lo hizo, etc..

«Ienía todos los lujos. Ahora soy esclavo para siempre..., etc.»

Kousset. Lo que me tapa la boca es que no fui deportado. I ero yo sé qué grito sofoco al decir esto.

Es el cristianismo el que explica al bolchevismo. Mantengamos el equilibrio para no volvernos asesinos.

Literatura contemporánea. Es más fácil chocar que convencer.

K. C. En el tren, en tiempos de la ocupación. Amanece. Los alemanes. A una mujer se le cae una moneda de oro. L. la tapa con el pie y se la devuelve. La mujer: gracias. Le ofrece un cigarrillo. Él acepta. Ofrece a los alemanes. R. C.: «Pensándolo bien, señora, le devuelvo el cigarrillo.» Un alemán lo mira. Túnel. Una mano estrecha la suya. «Soy polaco.» Al salir del túnel, R. C. mira al alemán. Tiene los ojos llenos de lágrimas. En la estación, el alemán, al salir, se vuelve hacia él y le guiña un ojo. C contesta y sonríe. «Puercos», les dice un francés que ha sorprendido la escena.

Forma y rebelión. El fin de toda obra es dar forma a lo que no la tiene. Por tanto, no sólo hay creación, sino también rectificación (véase anteriormente). De ahí la importancia de la *forma*. De ahí la necesidad de un estilo para cada tema, no demasiado diferente, ya que cada autor tiene un lenguaje propio. Pero precisamente la forma pondrá de manifiesto, no ya la *unidad* de tal o cual libro, sino la unidad de la obra entera.

No hay justicia, sólo hay límites.

El anarquista tolstoiano en tiempos de ocupación. Ha escrito en la puerta: «Vengan de donde vengan, serán bienvenidos». Los que entran son los milicianos ¹⁷.

Diccionario. *Umanidad* se escribe y se ejecuta generalmente con *h*. Pero aquí se está en contra... Sentido derivado: *pretexto*. Sinónimos: Jergón — Estribo — Gargarismo — Término.

Palinodia: ejercicio de alta literatura que consiste en izar la bandera después de haberla escupido, en volver a la moral por el camino de la disipación, en calzar pantuflas los que han sido piratas. Empiezan por hacerse los matones y acaban en la Legión de Honor. *Hist.*: el 80 por 100 de los autores del siglo XX si pudiera no firmar escribiría y saludaría el nombre de Dios ¹⁸.

¹⁷ Milicia francesa organizada en colaboración con los alemanes durante la última guerra. (*N. del T.*)

¹⁸ En el original francés figura a continuación un retruécano intraducible: «*Sciences naturelles*: Procédé de transformation par lequel le raifractère à rayures devient le mètre d'autel d'espèce commune» (*N. del E. español.*)

Tragedia. Se sospecha que es un traidor. Esta sospecha basta para obligarlo a hacerse matar. No hay otra demostración posible.

Leysin. Nieve y nubes en el valle hasta las cumbres. Por encima de este mar inmóvil y algodonoso, las chovas como gaviotas negras vuelan en bandada, recibiendo sobre sus alas la llovizna de nieve.

Tolstoi: «Un fuerte viento del oeste alzaba columnas de polvo en los caminos y en los campos, inclinaba las copas de los altos tilos y los abedules del jardín, y se llevaba lejos las hojas amarillas que caían» (*Infancia*).

Id. «Sí en las horas dolorosas de la vida me fuera dado ver una vez más, siquiera por un instante, esa sonrisa (la de su madre) no conocería el dolor.»

* Me retiré del mundo no porque tuviera enemigos, sino porque tenía amigos. No porque me hicieran daño, como es habitual, sino porque me juzgaban mejor de lo que soy. Es una mentira que no he podido soportar. *

Una virtud extrema que consiste en matar las propias pasiones. Una virtud más profunda que consiste en equilibrarlas.

Todo lo que hoy vale en el espíritu contemporáneo está instalado en lo irracional. Y, sin embargo, todo lo que prevalece en la política profesa, mata y rige en nombre de la Razón.

La paz sería amar en silencio. Pero están la concien-

cia y la persona; hay que hablar. Amar se vuelve un infierno.

El actor P. B., perezoso y creyente, oye misa por radio, desde la cama. No necesita levantarse. Está en regla.

Ludmilla Pitoëff: «El público más bien me molesta. Cuando no está allí, todo es perfecto.» Hablando de G. P.: «Nunca ha dejado de sorprenderme.»

Según los egipcios, el justo debe poder decir después de su muerte: «No he causado pena a nadie». De lo contrario, se le castiga.

La conclusión es que la historia sólo puede alcanzar sus fines por medio de cierta destrucción de las conquistas espirituales. Estamos reducidos a ello...

Para los cristianos, la revelación está al principio de la historia. Para los marxistas al final. Dos religiones.

Pequeña bahía delante de Tenes, al pie de las cadenas de montañas. Semicírculo perfecto. Cuando cae la noche, una angustiada plenitud planea sobre las aguas silenciosas. Se comprende entonces que si los griegos plasmaron la idea de la desesperación y de la tragedia, lo hicieron siempre *a través* de la belleza, y lo que ésta tiene de opresor. Es una tragedia que culmina. En cambio, el espíritu moderno plasmó su desesperación partiendo de la fealdad y de lo mediocre.

Es lo que Char quiere decir, sin duda. Para los griegos la belleza es el punto de partida. Para el europeo,

una meta que pocas veces se alcanza. Yo no soy moderno.

Verdad de este siglo: a fuerza de vivir de grandes experiencias, uno se vuelve mentiroso. Acabar con todo lo demás y decir lo que hay en mí de más profundo.

Cuaderno VI

(Abril de 1948 - marzo de 1951)

A fines del siglo xix Antoine Orly, notario de Perigueux, se marchó repentinamente de su pueblo para dirigirse a la Patagonia, donde se radicó. Supo ganarse a los indios de la región y al cabo de unos años, sin otros medios que la simpatía, consiguió que lo nombraran emperador de Araucania. Acuñó monedas, emitió sellos, en una palabra, ejerció las prerrogativas de un soberano legítimo. A tal punto, que el gobierno de Chile, del que dependían aquellas lejanas tierras, lo hizo comparecer ante un tribunal de justicia, que lo condenó a muerte. Su pena fue conmutada por diez años de cárcel.

Cuando recupera la libertad, cumplidos esos diez años, vuelve a la Patagonia, donde sus subditos lo reciben de nuevo como a su emperador, y consiente una vez más en aceptar el título. Pero, sintiéndose envejecer, piensa en un sucesor, y lega el trono de Araucania a su hijo, Orly Louis, quien hubiera debido reinar con el nombre de Luis I. Pero como Orly Louis rehusa, Antoine abdica entonces a favor de su sobrino Achille Orly, de Perigueux, y muere honrado por sus subditos. Aquiles I no tiene la menor intención de reunirse con sus subditos. Se dirige a París, se introduce en el gran mundo, y lleva allí una vida fastuosa, como un emperador. Obtiene sus recursos vendiendo nombramientos de cónsul de Araucania. Habiendo aumentado sus necesidades,

organiza asimismo colectas para difundir la fe cristiana en sus dominios, mediante la construcción de iglesias y catedrales. De este modo se embolsa sumas tan cuantiosas que la Compañía de Jesús se alarma y acude al Papa. Se comprueba entonces que no se está edificando ninguna iglesia en la Patagonia, y Aquiles I debe comparecer ante los tribunales, que lo condenan. Arruinado, el emperador acaba su vida en Montparnasse, frecuentando el mismo cabaret, donde, según se cree, fue a visitarlo la reina Ranavaló.

Todo sacrificio es mesiánico. Probar que también puede concebirse el sacrificio al nivel de un pensamiento reflexivo (es decir, no mesiánico). Tragedia del equilibrio.

Arte moderno. Vuelven a encontrar el objeto porque ignoran la naturaleza. Rehacen la naturaleza, y es forzoso, puesto que la olvidaron. *Cuando esta tarea de reconstrucción se haya cumplido*, empezarán los grandes años.

«Sin una ilimitada libertad de prensa, sin una libertad absoluta de reunión y de asociación, no se concibe el dominio de vastas masas populares.» (Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*)

Salvador de Madariaga: «Europa no recobrará el sentido hasta que la palabra revolución evoque vergüenza en vez de orgullo. Un país que se jacta de su revolución gloriosa es tan vano y absurdo como un hombre que se jactase de su gloriosa apendicitis.»

En cierto sentido es verdad. Pero hay que discutirlo.

Stendhal (carta a Di Fiore, 34): «Pero mi alma es un fuego que sufre si no echa llamas.»

Id. «Todo novelista tiene que tratar de hacer creer en la *pasión ardiente*, pero sin nombrarla nunca: eso va contra el pudor» (carta a Madame Gauthier, 34).

Id. Contra Goethe. «Goethe otorgó al doctor Fausto la amistad del diablo. Y Fausto, con un aliado tan poderoso, hace lo que todos hemos hecho a los veinte años: seduce a una modista.»

Londres. Me acuerdo de Londres como de una ciudad con jardines, donde los pájaros me despertaban por la mañana. Londres es todo lo contrario, y sin embargo mi memoria le hace justicia. Los carros de flores en las calles. Los muelles prodigiosos.

N. Gallery. Maravillosos Piero y Velazquez.

Oxford. La remonta bien cuidada. Silencio de Oxford. ¿Qué vendría a hacer aquí la gente?

Primeras horas de la mañana en la costa de Escocia. Edimburgo: cisnes en los canales. La ciudad, en torno a una falsa acrópolis, llena de misterio y de bruma. A la Atenas del Norte le falla el norte. Chinos y malayos en Princess Street. Es un puerto.

Según Simone Weil, los pensamientos que se relacionan con la espiritualidad del trabajo —o la presienten— y que están dispersos en la obra de Rousseau, Sand, Tolstoi, Marx, Proudhon, son los únicos pensamientos originales de nuestra época, los únicos que no hemos tomado de los griegos.

Alemania: la desgracia que ha hecho estragos demasiado profundos, suscita una predisposición a la desgracia

que empuja al hombre a precipitarse en ella, arrastrando consigo al prójimo.

Según Richelieu, los rebeldes, en igualdad de condiciones, apenas alcanzan a tener la mitad de fuerza que los defensores del régimen oficial. Debido a la mala conciencia.

El padre De Foucauld, testigo de Cristo entre los tuaregs, encontraba normal dar información al Deuxième Bureau francés sobre el *estado de espíritu* de esos mismos tuaregs.

S. W. Contradicción entre la ciencia y el humanismo. No. Entre el espíritu científico que se dice moderno y el humanismo. Porque el determinismo y la fuerza niegan al hombre.

«Si no se puede borrar la justicia en el corazón del hombre, es una realidad en este mundo. Y siendo así, la que se equivoca es la ciencia.»

S. W. Fueron los romanos quienes degradaron el estoicismo, al reemplazar por el orgullo el amor viril.

G. Greene: «En una vida feliz, la decepción que acaba por causar la naturaleza humana, coincide con la muerte. En nuestro tiempo la gente tiene que arreglárselas para vivir toda una vida después de conocer esa decepción...» «Estamos en una época en la que se sabe demasiado de tales cosas antes de la mayoría de edad.»

Id. La abnegación... «¡Qué puede ser un mundo en el que se pierden semejantes cualidades!»

Id. «Prometió imprudentemente (el agente secreto)

como si en un mundo de violencia pudiera prometerse algo ulterior al momento en que se habla.»

Id. «Para el que no cree en Dios, si la gente no es tratada según sus méritos, el mundo se reduce a un caos: llega a la desesperación sin salida.»

El escritor condenado a la *comprensión*. No puede ser un homicida.

El gusto por la cárcel en los que luchan. Para quedar liberados de sus lealtades.

Epígrafe para la Hoguera.

«Los hombres atormentados por una tristeza profunda se traicionan cuando son felices: tienen un modo de aferrar la felicidad, como si quisieran estrujarla y sofo-carla entre sus brazos en un arrebató de celos.»

Julio del 48. En Como

«De qué nos sirve un cielo privado de nuestro amor. Quedamos solos ante el horror de nuestros verdaderos días.»

Pieza de teatro. El orgullo. El orgullo nace en el corazón de los dominios.

La fúnebre Provenza.

La responsabilidad respecto a la historia dispensa de

la responsabilidad respecto a los seres humanos. De ahí su comodidad.

Las estrellas titilan con el mismo ritmo con que chirrían las cigarras. Música de las esferas.

Amigo de C. «Morimos a los cuarenta años, de un balazo en el corazón que nos disparamos a los veinte.»

Vivimos demasiado tiempo.

Habría que comparar el diálogo de las Leyes y de Sócrates, en el *Critón*, con los procesos de Moscú.

Las mariposas de color de roca.

El viento que corre por la cañada produce un sonido de aguas frescas y tumultuosas.

El Sorgia ataviado con guirnaldas floridas.

Locura de virtud que agita a este siglo. Volviendo la espalda al escepticismo, que es humildad en parte, los hombres se yerguen, decididos a encontrar una verdad. Se distenderán cuando la sociedad haya encontrado un error que sea vivible.

Los artistas quieren ser santos, no artistas. Yo no soy un santo. Deseamos la aprobación universal, y no la obtendremos. ¿Entonces?

Título obra de teatro. La Inquisición en Cádiz. Epígrafe: «La Inquisición y la sociedad son las dos plagas de la verdad». Pascal.

Desgarramiento por haber aumentado la injusticia creyendo servir a la justicia. Reconocerlo por lo menos, y entonces descubrir este desgarramiento mayor: reconocer que la justicia total no existe. Al cabo de la rebelión más terrible, reconocer que no se es nada: he ahí el dolor.

La suerte de mi vida es no haber encontrado, amado (y decepcionado), sino a seres excepcionales. He conocido la virtud, la dignidad, la sencillez, la nobleza, en *los demás*. Admirable espectáculo. Y también doloroso.

Gobineau. No descendemos del mono, pero nos vamos acercando a él a toda prisa.

Lo que dispersa es el placer de vivir: impide la concentración, frena todo impulso hacia la grandeza. Pero sin placer de vivir... No, no hay solución. Como no sea echar raíces en un gran amor, y encontrar en él la fuente de la vida, sin el castigo de la dispersión.

1 de septiembre de 1948

«Estoy a punto de terminar la serie de obras que me propuse escribir hace diez años. Me han puesto en condiciones de conocer mi oficio. Ahora ya sé que no temblará mi mano. Voy a poder dar rienda suelta a mi locura.» Así hablaba el que sabía lo que hacía. Al cabo, la hoguera.

Un hombre consciente —dice Dostoievski— ¿puede acaso tener un mínimo de respeto por sí mismo?

D.: «¿Y si luego ocurre que la ganancia humana no solamente puede, sino que debe consistir a veces en desear un perjuicio y no una ventaja?»

«No vivimos realmente sino algunas horas de nuestra vida...»

Noche en la cima del Vaucluse. La vía láctea desciende hasta los nidos de luces del valle. Todo se confunde. Hay aldeas en el cielo y constelaciones en la montaña.

Hay que encontrar el amor antes de haber encontrado la moral. De lo contrario, el desgarramiento.

Todo lo que se hace por un ser (si de veras se hace) niega a otro. Y ésta es una ley que esteriliza para siempre cuando uno no puede resignarse a negar a los seres humanos. En el caso extremo, amar a un ser es matar a todos los otros.

He elegido la creación para escapar al crimen. ¡Y me respetan! Hay un malentendido.

X: ¿Toma usted café de noche?

—Generalmente, nunca.

—Diez dosis de sulfamidas diarias.

—¿Diez? ¿No es mucho?

—Puede tomarlas o dejarlas.

André B. y su tía, que le ha regalado una bufanda demasiado pesada y vistosa. Como ella vigila todas las mañanas si la lleva puesta al salir, él va a despedirse en mangas de camisa, y cuando llega al vestíbulo, se echa encima la chaqueta y el abrigo antes de marcharse.

"Se empieza por crear en la soledad, y parece difícil. Pero después se escribe y se crea en compañía. Y entonces se comprende que el intento es insensato, y que la felicidad estaba en lo primero. »

Fin de la novela: «El hombre es un animal religioso», dijo. Y sobre la tierra cruel caía una lluvia inexorable.

Creación corregida: Es el único representante de esta religión tan vieja como el hombre y lo echan de todas partes.

Conociendo mis debilidades, he intentado con todas mis fuerzas ser un hombre de moral. La moral mata.

El infierno es un privilegio especial que se reserva para quienes lo han reclamado mucho.

Según Beyle, no hay que juzgar a un hombre ni por lo que dice, ni por lo que escribe... Yo agrego: tampoco por lo que hace.

Las malas reputaciones se sobrellevan con más facilidad que las buenas, porque las buenas resultan un ago-

bio: hay que mostrarse siempre a la altura, y cualquier flaqueza se considera un crimen. En las malas, la flaqueza se computa a favor.

Cena Gide. Cartas de autores jóvenes que preguntan si hay que perseverar. Gide contesta: «¡Cómo! ¿Ustedes pueden abstenerse de escribir y vacilan?»

Se empieza por no amar a nadie. Luego se ama a todos los hombres en general. Después se ama solamente a unos pocos; después a la única, y después al único.

Argel, diez años después. Caras que reconozco, tras una vacilación inicial, y que han envejecido. Es la recepción de los Guermantes. Pero a la escala de una ciudad donde me pierdo. Nada de recogimiento interior. Estoy con esta muchedumbre inmensa que marcha sin descanso hacia un vacío donde todos caerán, unos encima de otros, empujados por una nueva muchedumbre que los sigue, y que a su vez...

Desde el avión, en plena noche, las luces de las Baleares, como flores en el mar.

M. «Cuando parezco feliz, se decepcionan. Me interrogan, querrían hacerme confesar que es falso, atraerme, reincorporarme a su mundo. Tienen la impresión de haber sido traicionados.»

Vivir es verificar.

Grenier. El no hacer es aceptación de lo futuro, pero con desolación ante lo pasado. Una filosofía de muerte.

Discurso sobre *Don Juan* o sobre *La cartuja de Parma*. Y la continua reivindicación de la literatura francesa, que es mantener la elasticidad y la resistencia del espíritu individual.

Alexandre Blok:

«Oh, si supieseis, niños,
las tinieblas y el frío de los días futuros.»

Y también:

«Qué penoso es andar entre los hombres,
hacer como que aún existo.»

Y también:

«Todos somos desgraciados. Nuestra patria nos preparó el terreno para las cóleras y las diputas. Cada uno de nosotros vive detrás de una muralla china, y nos despreciamos mutuamente. Nuestros únicos enemigos verdaderos son los popes, el vodka, la corona, los guardias, que disimulan sus rostros y nos azuzan a unos contra otros. Me esforzaré por olvidar... todo este lodazal, para llegar a ser un hombre y no una máquina de incubar odios...

... No tengo más amor que el arte, los niños y la muerte.»

Id. Ante la ignorancia y el agotamiento de los pobres:

«Se me hiela la sangre de vergüenza y desesperación. No hay más que vacío, maldad, ceguera, miseria. Sólo una compasión universal puede traer un cambio... Reacciono así porque mi conciencia no está tranquila... Sé lo que debo hacer: dar todo mi dinero, pedir perdón a

todos, repartir mis bienes, mis ropas... Pero no puedo... No quiero.»

«¡Oh, mi querida, mi bien amada chusma.»

«No se puede amar lo que está en los confines del arte», y sin embargo: «Todos morimos, pero el arte permanece».

Prokosch. *Siete fugitivos*: «Aunque lo odiaban, todos envidiaban su radiante sonrisa, y él tenía la vehemente sospecha de que el bien máspreciado para la mayoría de los hombres, lo que en el fondo de su corazón desean más apasionadamente, es el resplandor inasible y fugaz de la belleza.»

«Las rocas: centinelas; abajo la meseta enorme y arriba las estrellas. Fuerza únicamente, y lo que estos centinelas eternos se negaban a admitir en aquellos parajes era la debilidad, es decir, la impureza y la fragilidad del espíritu.»

«... los que han perdido en alguna parte, en los ardores de la infancia y de la juventud, todo poder de amar.»

Admirable, pág. 106.

«... su madre: la única criatura por quien hubiera sentido alguna vez lo que podría llamarse, si no amor, una especie de lealtad del corazón.»

«¡El mundo! Se habla de guerra y de dinero, de hambre, de injusticia y otras cosas por el estilo. Pero la realidad es harto más grande, más profunda, más terrible. ¡Y con mucho! ¿Queréis saber lo que es? Esto: el amor a la muerte.»

«Vaticino una enorme hoguera... Todo será consumido. Todo. Excepto los que salgan de ella purificados, y

hayan ganado la eternidad por el fuego del espíritu. Por el amor.

—¿Qué clase de amor?

—¡El amor que destruye! El amor sin sosiego y sin fin.»

Una novela corta que transcurra en un día de niebla amarillenta.

¿Acaso este mundo se hace habitable porque se rechace una parte de él? Contra el amor *fati*. El hombre es el único animal que se opone a ser lo que es.

«Ah, de buena gana me mataría si no supiera que tampoco la muerte es el reposo y que hasta en la tumba nos espera una terrible angustia.»

El fiscal entra en la celda del condenado. Éste es joven. Sonríe. Le preguntan si quiere escribir. Dice que sí, y escribe: «¡Días de victoria!» Sigue sonriendo. El fiscal le pregunta si desea algo más. Sí, dice el joven. Y lo abofetea sorpresivamente. Se abalanzan sobre él. El fiscal titubea. Lo invade un odio viejo como el mundo. Pero permanece inmóvil, atento a una idea que se va precisando lentamente. *No se le puede hacer nada*. El otro sonríe y lo mira. No, dice alegremente, no hay nada que hacer. El fiscal, conversando con su mujer. Pero ¿tú qué hiciste? —pregunta ella. —¿No le...?

—¿Cómo?

—Tienes razón. No hay nada que hacer.

De proceso en proceso, el fiscal sigue la línea con odio. Ante cada inculpado espera doblegarlo. Pero nada. Están de acuerdo.

Después juzga con excesivo odio. Se sale de la línea.

Se vuelve herético. Lo condenan. Entonces la marea re-
fluye. Esto es la libertad. Abofeteará al fiscal. Misma es-
cena. Pero no sonrío cuando el rostro del otro está a su
alcance. «¿Desea usted...?»

Mira al fiscal. «No —dice—. Vamos.»

El límite del razonamiento rebelde: aceptar matarse
para rechazar la complicidad con el homicidio en ge-
neral.

Los deberes de la amistad ayudan a soportar los place-
res de la sociedad.

*

Hoguera. «Lo que me impresionaba en este segundo
período era hasta qué punto la había desconocido en el
primero, aunque había llenado e iluminado mi vida para
siempre.»

Id. «Lo imaginaba. Conocía esas mañanas en que la
imagen del ser encontrado el día anterior, y las delicias
un tanto brumosas que experimentamos en las primeras
efusiones, se aclara de pronto, y la embriaguez un poco
torva de la víspera se convierte en una alegría solar, la de
la conquista más pura.»

Char. Bloque en calma aquí abajo desprendido de un
cataclismo oscuro.

Tengo dos o tres pasiones que se pueden juzgar culpa-
bles, que, a mi parecer, lo son, y de las que intento
curarme ejercitando la voluntad. A veces lo logro.

Max Jacob: «Con buena memoria puede fabricarse una experiencia precoz.» Cultivar la memoria, suspendiendo los demás asuntos.

—La dureza y la sequedad son efectos de la pereza.

—No despreciéis ni a la gente humilde ni a *la importante* (por mí).

Novela. Vuelta del campo de concentración. Llega, se ha recuperado un poco, habla sin aliento, pero con precisión. «Voy a satisfacer vuestra curiosidad de una vez para siempre, pero quiero que después no se me hagan más preguntas.» Sigue un relato frío.

P. ej.: Salí de eso.

Las palabras salían duras, escuetas. Ya sin matices.

Quisiera fumar.

Primera bocanada. Se vuelve y sonrío.

Disculpen, dice con el mismo aire tranquilo y reservado.

Después no habla del asunto nunca más. Vive de la manera más corriente. Salvo en una cosa: ya no tiene ningún contacto con su mujer. Hasta la crisis y la explicación: «Todo lo humano me produce horror».

Programa febrero-junio

1. La sogá.
2. El hombre rebelde.

Pulir los tres volúmenes de ensayos:

1. Ensayos literarios. Prólogo. — El minotauro + Prometeo en el infierno + El exilio de Helena + Ciudades de Argelia +...

2. Ensayos críticos. Prólogo. — Chamfort + La inteligencia y el cadalso + Agrippa d'Aubigné + Prólogo a las Crónicas italianas + Comentarios sobre el *Don Juan* + Jean Grenier.

3. Ensayos políticos. Prólogo. — Diez editoriales +

La inteligencia y el valor + Ni víctimas ni verdugos + Respuestas a d'Astier + Por qué España + El artista y la libertad.

18-28 febrero: Acabar Soga, 1.^a versión.

Marzo-abril: Acabar Hombre rebelde. 1.^a versión.

Mayo: Ensayos.

Junio: Revisar versión Soga y H. R.

Levantarse. Ducha *antes* del desayuno.

No fumar antes del mediodía.

Obstinación en el trabajo. Superar los desfallecimientos.

Retratos. A través del velo mira con sus hermosos ojos muy abiertos. Belleza plácida, un poco bovina. De repente habla, y su boca se crispa en forma de paralelogramo. Es fea. Una mujer de mundo.

Le hablan. Él habla. De pronto, aunque continúa la frase, su mirada se vuelve vaga; todavía se posa en el interlocutor por obra de las circunstancias, pero ya empieza a desviarse. Un mujeriego.

Últimas palabras de Karl Gerhard, ex médico de Himmler (e informado sobre Dachau):

«Lamento que la injusticia siga reinando en el mundo.»

Entregarse sólo tiene sentido cuando uno se posee. De lo contrario, no es más que una forma de escapar a la propia miseria* Nadie puede dar más de lo que tiene. Ser dueño de uno mismo antes de rendirse.

X.: «Fue el año de mi peritonitis.

Fue inmediatamente después de la perforación...», etc. Calendario visceral.

Proceso. Cuando se piensa en lo que tiene de irremplazable la experiencia de un gran corazón, qué cantidad de conocimientos supone, cuántas arduas luchas combatidas y ganadas contra sí mismo y contra la dureza del cielo, y que sin embargo bastan tres pinches de los tribunales...

En un mundo que ha dejado de creer en el pecado, la misión del predicador recae en el artista. Pero si la palabra del sacerdote se sostenía era porque el ejemplo la sustentaba. El artista se esfuerza, pues, por convertirse en ejemplo. Por eso, con gran escándalo de su parte, lo fusilan o lo deportan. Cabe añadir que, como lleva más tiempo aprender la virtud que el manejo de la ametralladora, el combate resulta desigual.

Mensaje del Comité Ejecutivo a Alejandro III, a raíz del asesinato de Alejandro II:

«...Comprendemos mejor que nadie lo triste de que pierdan tantos talentos, tanta energía, en la obra de destrucción...

«... Una lucha pacífica de ideas sustituirá a la violencia que nos repugna tanto más que a vuestros servidores y que sólo practicamos en virtud de una triste necesidad.»

—Ver la curiosa declaración de Rysakov, dispuesto a oficiar de soplón para salvar la vida. Pero da razones para convencerse *a sí mismo* (pág. 137 de los *Procesos célebres de Rusia*).

Teniente Schmidt. «Mi muerte lo consumará todo y

mi causa, coronada por el suplicio, será intachable y perfecta.»

G. Esa boca lijada por la sucia erosión del placer.

Rebelión. Capítulo sobre la *pose* (ante uno mismo y ante los demás). El dandismo, motor de tantas acciones, incluso la revolucionaria.

Nada domina el hombre hasta que no ha dominado el deseo. Y no lo domina casi nunca.

Vinaver. En última instancia, el escritor es responsable ante la sociedad de lo que hace. Pero es forzoso que se avenga (y en este punto debe mostrarse muy modesto, muy poco exigente) a no conocer de antemano su responsabilidad; a ignorar, *mientras escribe*, las condiciones de su compromiso; a correr un riesgo.

Ensayo. Introducción. Por qué rechazar la delación, la policía, etc., si no somos cristianos ni marxistas. No tenemos valores para eso. Hasta encontrar un fundamento para esos valores, estamos condenados a elegir el bien (cuando lo elegimos) de manera injustificable. La virtud siempre será ilegítima mientras no se cumpla ese plazo.

Primer ciclo. Desde mis primeros libros (*Nupcias*) hasta *La sogá* y *El hombre rebelde*, todo mi esfuerzo en realidad ha consistido en despersonalizarme (cada vez en un tono distinto). Después podré hablar en mi nombre.

Me interesan las grandes almas. Y sólo ellas. Pero yo no soy un alma grande.

Prólogo a mi recopilación de artículos. «Una de las cosas que lamento es haber sacrificado demasiado a la objetividad. La objetividad, a veces, es una complacencia. Hoy las cosas están claras y hay que llamar concentracionario a lo que es concentracionario, incluso al socialismo. En cierto sentido renunciaré a ser cortés.»

Me he esforzado por alcanzar la objetividad, opuesta a mi naturaleza. Porque desconfiaba de la libertad.

Zheliabov, que organiza el asesinato de Alejandro II, detenido 48 horas antes del drama, pide ser ejecutado al mismo tiempo que Rysakov, que arrojó la bomba.

«Sólo la cobardía del gobierno explicaría que se elevase una sola horca en lugar de dos.»

Zibin, descifrador imbatible de la Ojrana, es mantenido en su cargo por la G P. U. *Id.* Komissarov, organizador de pogromos por cuenta de la Ojrana, pasa a la Checa. «Bajar al subterráneo» (ilegalidad).

«Los golpes del terrorismo deben organizarse cuidadosamente. El partido asumirá su responsabilidad moral. Garantizará a los luchadores heroicos la tranquilidad de espíritu indispensable.»

Azev — tumba 10.466 en el cementerio de un suburbio de Berlín.

Días antes del atentado contra Plehve, previene «en general» a Lopujin, de la Ojrana, y pide un aumento. Denuncia a los terroristas del Sur para dejar libertad de acción a los de Petersburgo. Matan a Plehve; *Azev* había dicho: «Por ese lado (*Guerchum*) no tiene nada que temer».

Zubatov director. Defendía al acusado ante una falsa comisión de investigación. Y lo convertía en delator.

9 de cada 10 veces, el revolucionario desempeñaba con entusiasmo su papel de delator.

La revolución de 1905 se inició con la huelga de una imprenta de Moscú, cuyos obreros pedían que los puntos y las comas se computaran como letras en la estimación «a destajo».

En 1905 el Soviet de San Petersburgo declara la huelga al grito de *Abajo la pena de muerte*.

Durante la Comuna de Moscú, en la plaza Trubnaya, delante de un edificio destruido por los cañones, se exhibe sobre un plato un trozo de carne humana con esta leyenda: «Dad vuestro óbolo para las víctimas».

Provocación. El caso Malinovski, cf. Laporte, págs. 175-176.

Entrevista. Burtsev — Azev, en Francfort — después de la condena, cfr. p. 221, Laporte.

A Dimitri Bogrov, asesino de Stolypin, se le concede la gracia de ser ahorcado vestido de frac.

Terminar el 1 de junio. Después viajes. Diario Intimo. Fuerza de vida. No empantanarse nunca.

Un ensayo sobre la coartada.

Puede considerarse toda la historia del terrorismo ru-

so como la lucha entre los intelectuales y el absolutismo, en presencia del pueblo silencioso.

Novela. En la interminable miseria del campo de concentración, un instante de felicidad indecible.

*

En suma, el Evangelio es realista, aunque uno lo crea imposible de practicar. Sabe que el hombre no puede ser puro. Pero también que puede esforzarse por reconocer su impureza, es decir, perdonar. Los criminales son siempre jueces... Sólo pueden condenar absolutamente quienes son absolutamente inocentes... Por eso Dios tiene que ser absolutamente inocente.

Dar muerte a un ser es suprimir su posibilidad de perfección.

¡Cómo vivir sin algunas razones legítimas para desesperar!

Prólogo. Llamarse revolucionario y, por otra parte, rechazar la pena de muerte (citar prólogo de Tolstoi; no se conoce suficientemente este prólogo de Tolstoi, que a mi edad se lee con veneración), la limitación de las libertades, y las guerras, es no decir nada. Por tanto, hay que declarar que no se es revolucionario, sino, más modestamente, reformista. Un reformismo intransigente. En fin, *bien considerado todo*, puede uno llamarse rebelde.

(Va a perder su reputación, me dicen.

—Si en eso consiste, así lo espero.)

Chaikovski tenía la costumbre de comer papeles (incluso muy importantes, en el Ministerio de Justicia, por ejemplo) cuando estaba distraído.

«Se apoderaba de él un deseo de crear tan violento, que sólo podía saciarse con su inmensa capacidad de trabajo» (N. Berberova.)

«Si no se interrumpiese nunca esta emoción del artista que se llama inspiración, no se podría vivir» (Chaikovski).

«En los momentos de ocio, me invade la angustia de no poder alcanzar jamás la perfección, un descontento, un odio contra mí mismo. El pensamiento de que no sirvo para nada, de que sólo mi gran actividad atenúa mis defectos y me eleva al rango de hombre, en el sentido profundo de la palabra, me hostiga y me atormenta. Me salva el trabajo» (Chaikovski).

Y, sin embargo, su música casi siempre es mediocre.

Reclutamiento. La mayoría de los literatos fracasados van a parar al Comunismo. Es la única posición que les permite juzgar a los artistas despectivamente. Desde este punto de vista, es el partido de las vocaciones contrariadas. El reclutamiento es grande, como se imaginará.

Mayo de 1949. Ahora: renunciar a «lo humano» como dicen.

Cada tema que me proponía era un pretexto para obligarme a hablar.

*

Prólogo libro ensayos políticos. Según este punto de vista, el último ensayo expresa bastante bien lo que pienso, a saber, que el hombre actual está obligado a ocuparse de la política. Yo me ocupo a pesar de mí mismo y porque, debido a mis defectos más que a mis cualidades,

nunca he sabido rehuir las obligaciones que se me han presentado.

No se puede creer en la bondad, en la moral, en el desinterés, a causa de la psicología. Pero tampoco se puede creer en el mal, etc., a causa de la historia.

Novela. Los amantes de piedra. Y ahora él sabía cuál había sido su angustia durante todo el tiempo de aquel amor, y que sólo hubiera podido disiparse si... en el instante justo... una ráfaga venida del cielo los hubiera petrificado en el impulso mismo de su amor y en adelante hubieran quedado inmovilizados frente a frente para siempre, sustraídos por fin a esta tierra cruel, ignorantes de los deseos que giraban con furia a su alrededor, y vueltos el uno hacia el otro como hacia la espléndida faz del amor complementario.

No se dice ni la cuarta parte de lo que se sabe. Si así no fuera todo, se derrumbaría. ¡Y están aullando con lo poco que se dice!

Cuando se ha visto una sola vez el resplandor de la dicha en el rostro de un ser querido, sabe uno que para el hombre no puede haber otra vocación que la de suscitar esta luz en los rostros que lo rodean... y desgarrar pensar en el infortunio y las sombras que proyectamos, por el solo hecho de vivir, en los corazones que encontramos.

Cuando los bárbaros del Norte hubieron destruido el dulce reino de Provenza y nos hicieron franceses...

Mounier me aconseja en *Esprit* que deje la política, porque mi *cabeza* no sirve para eso (lo que, en efecto, es evidente) y me conforme con el papel de mentor, que es tan noble y que tan bien me sentaría. ¿Pero qué es una cabeza política? La lectura de *Esprit* no me entera de ello. En cuanto al «noble» papel de mentor, requeriría una conciencia inmaculada. Y la única vocación que siento en mí es la de decir a las conciencias que no son inmaculadas y a las razones que les falta algo.

Julio del 49

Ver Diario América del Sur, junio a agosto de 1949.

Septiembre del 49

Para terminar, revalorizar el homicidio para oponerlo a la destrucción anónima, fría y abstracta. La apología del homicidio de hombre a hombre es una de las etapas en el camino de la rebelión.

El único esfuerzo de mi vida, ya que el resto se me dio gratuitamente y con largueza (salvo la fortuna, que me es indiferente): llevar una existencia de hombre normal. Yo no quería ser un hombre de los abismos. Este desmesurado esfuerzo no ha servido de nada. Poco a poco, en lugar de acercarme al logro de mi empresa, veo el abismo cada vez más próximo.

Gheorghiu observa acertadamente que la condena (y el suplicio) de Cristo se mezcló con la de los dos ladrones. La técnica de la amalgama se practicaba ya en el año cero.

El único progreso, según G.: hoy hay dos culpables entre diez mil inocentes.

... las fachadas de las aldeas erigidas por Potemkin a lo largo de los caminos por donde pasaba Catalina la Grande al visitar su imperio.

Czapski (Tierra inhumana) cuenta cómo los niños rusos rociaban con agua los cadáveres de los soldados alemanes encontrados en la nieve y, a la mañana siguiente, se servían de los cuerpos helados como si fueran trineos.

Hay que amar la vida antes de amar su sentido, dice Dostoievski. Sí, y cuando el amor a la vida desaparece, ningún sentido puede consolarnos.

El gran imán Alí: «El mundo es una carroña. Ququiera que desee una parcela de este mundo tendrá que vivir con los perros.»

Stendhal: «Diferencia entre los alemanes y los otros pueblos: la meditación los exalta en vez de apaciguarlos. Segundo matiz: se mueren de ganas de tener carácter.»

Sperber: «Que Dios castigue a los devotos que en lugar de ir a la iglesia ingresan en un partido revolucionario a fin de convertirlo en iglesia.»

—El comunismo, fanatismo escéptico.

—Hablando de un maestro (¿Grenier?): «Encontrar a este hombre fue una gran felicidad. Seguirlo habría sido un mal; será un bien no abandonarlo nunca.»

Id. La muerte de Rosa Luxemburgo: «Para los demás, había muerto doce años antes. Para ellos, estaba muñéndose desde hacía doce años.»

«No hay sacrificios aislados. Detrás de cada individuo que se sacrifica hay otros a quienes él sacrifica sin pedirles opinión.»

Quieren el bien del pueblo, pero no aman al pueblo. No aman a nadie, ni a sí mismos.

Octubre del 49.

Novela. «En alguna parte, en cierta remota región de su alma, él los amaba. Los amaba realmente, pero desde una distancia tal que la palabra amor adquiriría un sentido nuevo.»

«Deseaba dos cosas, la primera de las cuales era la posesión absoluta. La segunda era el recuerdo absoluto que quería dejarle. Los hombres saben tan bien que el amor está destinado a la muerte, que elaboran el recuerdo de ese amor mientras viven. El quería dejarle una gran idea de sí mismo para que su amor fuese definitivamente grande. Pero ahora sabía que él no era grande, que ella lo sabría alguna vez, tarde o temprano y que, en lugar del recuerdo absoluto, esto significaría, por lo menos para él, la muerte absoluta. La victoria, la única victoria, sería reconocer que el amor puede ser grande, aunque el amante no lo sea. Pero aún no estaba preparado para esta terrible modestia.»

«Llevaba en sí, grabado al rojo vivo, el recuerdo de su rostro carcomido por el dolor... Aproximadamente hacia esa época perdió la estima de sí mismo que lo había sostenido siempre... Inferior al amor, ella tenía razón.»

«Se puede amar encadenado, a través de muros de piedra de varios metros de espesor, etc. Pero que una pe-

quena parte del corazón le someta al deber, y el verdadero amor se hace imposible.»

«Imaginaba un porvenir de soledad y de sufrimiento. Y encontraba un penoso placer en esas fantasías. Pero es que suponía que el sufrimiento es noble y armonioso. Y en realidad, de esta manera imaginaba un porvenir sin sufrimiento. En cambio, no bien el dolor se hacía presente, la vida se extinguía.»

«El le decía que el amor de los hombres es una voluntad de amar, no un don gratuito, y que debía conquistarse a sí mismo. Ella le juraba que eso no era amor.»

«Lo había perdido todo, hasta la soledad.»

«Le gritaba que eso era la muerte para él, y ella no se sentía afectada. Porque en el extremo de su exigencia encontraba natural que él muriese puesto que había fallado.»

«Hay que perdonarlo todo, y en primer término el hecho de existir. La existencia acaba siempre por ser una mala acción.»

«Ése fue el día en que la perdió. Aparentemente la desgracia no sobrevino hasta más tarde. Pero él sabía que había empezado aquel día. Para conservarla hubiera debido no fallar nunca. Para satisfacer su exigencia no podía cometer un solo error ni acusar una sola debilidad. Ella lo hubiera admitido en cualquier otro, lo había admitido y lo admitiría. En él, no. Son los privilegios del amor.»

«El amor tiene también su honor. Cuando lo pierde, ya no es nada.»

«Yo era pequeño antes de amar, precisamente porque

a veces sentía la tentación de considerarme grande» (Stendhal, *Del amor*).

De espíritu fino y de corazón mediocre. O tal vez las suyas eran virtudes del espíritu, no del corazón. Lo que le gustaba en ella era la vida exterior, lo novelesco, el juego y la comedia.

La desesperación es no saber los motivos que uno tiene para luchar, y aun si hay que luchar.

Caminando por París, este recuerdo: las fogatas del campo brasileño y el olor aromático del café y las especias. Y luego las noches crueles y tristes que caen sobre esa tierra desmesurada.

Rebelión. El absurdo supone la ausencia de elección. Vivir es elegir. Elegir es matar. La objeción al absurdo es el asesinato.

Guilloux. La desgracia del artista es no ser ni del todo monje, ni del todo laico, y estar expuesto a las dos clases de tentaciones.

El verdadero problema del momento: el castigo.

Quién podrá decir la angustia del hombre que ha tomado partido por la criatura contra el creador y que, al perder el sentido de la propia inocencia, y de la ajena, juzga a la criatura, y a sí mismo, tan criminales como el creador.

Monnerot. «La fecundidad de un productor de ideas (habla de Hegel) queda atestiguada por la multiplicidad de *traducciones* (interpretaciones) posibles.»

Naturalmente que no. Eso es verdad en lo que respecta al artista, decididamente falso respecto al pensador.

Novela. Condenado a muerte. Pero le hacen llegar cianuro... Y ahí, en la soledad de su celda, se echó a reír. Sentía un enorme alivio. Ya no se estrellaba contra un muro. Tenía toda la noche por delante. Iba a *poder elegir*... Decirse: «Vamos», y luego: «No, me quedo un momento más», y saborear ese momento... ¡Qué desquite! ¡Qué mentís rotundo!

A falta de amor, puede intentarse tener honor. Triste honor.

F.: Locura de fundar algo en el amor, locura de romper algo por el amor.

*

Dios murió en la cruz porque estaba celoso de nuestro dolor. Esa extraña mirada que aún no era la suya... *

Fines de octubre del 1949. Recaída

Un enfermo sólo puede hacerse olvidar y perdonar a fuerza de pulcritud. Y aún así... Hasta su pulcritud resulta insólita. Es sospechosa. Como las condecoraciones excesivamente grandes que se ven en los ojales de los estafadores.

Después de tan larga certidumbre de curación, esta recaída debería agobiarme. En efecto, me agobia. Pero como es la continuación de una serie ininterrumpida de agobios, casi me hace reír. Al final, me encuentro liberado. También libera la locura.

«De una sensibilidad tal, que hubiera podido tocar el dolor con sus manos» (Anny Lowell acerca de Keats).

Otra vez Keats: «No hay mayor pecado que creerse un gran escritor. Verdad es que semejante crimen supone un duro castigo.»

«¡Al convento, Ofelia!» Claro, porque no hay otro medio de poseerla que impedir que nadie la posea.

Salvo Dios, cuyos privilegios no molestan: no tocan al cuerpo.

Si existe el alma, es un error creer que nos la dan ya creada. Se va creando aquí, a lo largo de toda la vida. Y vivir no es otra cosa que este parto largo y torturante. Cuando el alma está lista, creada por nosotros y el dolor, llega la muerte.

«Me hace feliz saber que hay en la tierra algo como la tumba» (Keats).

Chesterton. La justicia es un misterio, no una ilusión.

A propósito de Browning: el hombre medio tal como me preocupa.

Kleíst, que quema dos veces sus manuscritos... Piero della Francesca, ciego en sus últimos días... Ibsen, al final amnésico y volviendo a aprender el alfabeto... ¡Valor! ¡Valor!

La Belleza, que ayuda a vivir, también ayuda a morir.

Durante miles de años, el mundo fue semejante a esas pinturas italianas del Renacimiento en las que unos hombres, tendidos sobre las losas frías, son torturados, mientras otros miran hacia otro lado, con aire perfectamente distraído. El número de los «desinteresados» era pasmoso en relación con el de los interesados. Lo que caracterizaba a la historia era la cantidad de gente que no se in-

teresaba en la desgracia ajena. A veces les llegaba el turno a los desinteresados. Pero aquello ocurría entonces en medio de la distracción general, y una cosa compensaba la otra. Hoy todo el mundo aparenta interesarse. En las salas del palacio, los testigos se vuelven de pronto hacia el flagelado.

Peer Gynt cuenta a sus conciudadanos que el diablo ha prometido a la multitud imitar perfectamente el gruñido del cerdo. El diablo aparece y ío hace. Pero ai terminar la representación intervinieron los críticos. Unos contraban la voz demasiado aguda; los otros, demasiado estudiada. Todos lamentaban que el efecto fuera exagerado. Y, sin embargo, los chillidos que se escucharon eran de un lechoncito que el diablo llevaba oculto bajo el manto y al que daba pellizcos.

El final de Don Giovanni: las voces de los condenados, hasta entonces silenciosas, llenan de pronto la escena del universo. Estaban ahí, multitud secreta, más numerosas que los vivos.

Proceso Rajk: la idea que se tiene del original objetivo que pone de manifiesto el choque entre dos aspectos del hombre es una idea de procedimiento ordinario, pero *exagerada*.

El marxismo es una filosofía de procedimiento, pero sin jurisprudencia.

Observar: Rajk, durante todo el proceso, inclinaba la cabeza hacia la derecha, cosa que antes nunca hacía.

Id. Los condenados a muerte en realidad *no ejecutados* y que viven en Siberia, o en otro lugar, *otra vida* (héroes de novela).

Contra la pena de muerte. Fichte. «Sistema del derecho natural.»

Novela (*fin*). Recordaba los tiempos en que devoraba biografías de hombres célebres, recorriendo velozmente las páginas para llegar al momento de la muerte. Lo que entonces quería saber era qué pueden oponer a la muerte el genio, la grandeza, la sensibilidad. Pero ahora sabía que ese frenesí era inútil y que las grandes existencias no entrañaban para él lección alguna. El genio no sabe morir. En cambio, la mujer pobre sabe.

La grandeza consiste en tratar de ser grande. No hay otra. (Por eso M. es grande.)

Donde se quiere tener esclavos, hace falta la mayor cantidad de música posible. Por lo menos ésta es la idea de un príncipe alemán, según cuenta Tolstoi.

Obedeced, decía Federico de Prusia. Pero, al morir: «Estoy cansado de reinar sobre esclavos».

Novela. «Yo buscaba el medio de que su libertad no me obligara a morir. Si lo hubiera encontrado entonces, le habría devuelto esa libertad.»

Gorki hablando de Tolstoi: «Es un hombre que busca

a Dios, no para sí mismo, sino para los demás, para que Dios lo deje en paz a él, hombre, en el desierto que se ha elegido.»

Id. «En tanto que este hombre exista, no soy un huérfano en la tierra.»

Cuando quemaban a Juan Huss, se vio llegar a una dulce viejecita con un haz de leña para añadirlo a la hoguera.

Esos momentos en que uno se abandona al sufrimiento como suele abandonarse al dolor físico: extendido, inerte, sin voluntad ni porvenir, atento sólo a las largas punzadas del mal.

"¿Superarlo? Pero el sufrimiento es precisamente aquello a lo que no se es nunca superior. »

Novela. «Cuando ella estaba presente y nos desgarrábamos, mi sufrimiento, mis lágrimas, tenían un sentido. *Ella podía verlos*. Cuando se iba, ese sufrimiento era vano y sin porvenir. Y el verdadero sufrimiento es el que se padece en vano. Sufrir junto a ella era una deliciosa felicidad. Pero el sufrimiento solitario e ignorado, he ahí la copa que se nos ofrece sin tregua, que obstinadamente apartamos de nosotros, y que, sin embargo, habremos de beber un día, más terrible que el de la muerte.

Las noches de sufrimiento dejan la boca pastosa, como las otras.

Novela. «La última palabra. La cuestión no es entablar

un delicioso y amargo diálogo con una hermosa imagen desaparecida. La cuestión es destruirla en el fondo de mí mismo con aplicación, implacablemente; desfigurar ese rostro para evitar a mi corazón el sobresalto desesperado que le produce la memoria...» «Matar este amor, oh, amor mío.»

Id. «Hacía diez años que no podía entrar en una sala de espectáculos...»

Ensayo sobre el mar.

El desesperado no tiene patria. En cuanto a mí, yo sabía que el mar existía y por eso he vivido en medio de ese tiempo mortal.

Así, los seres que se aman y que están separados pueden vivir en el dolor. Pero, díganse lo que se digan, no viven en la desesperación: saben que el amor existe.

La gente se obstina en confundir el matrimonio y el amor, por una parte, y la felicidad y el amor, por otra. Pero no tienen nada en común. Por eso, como la falta de amor es más frecuente que el amor, suele haber matrimonios felices.

El compromiso voluntario.

Los celos físicos son, en buena medida, un juicio que se vuelve contra uno mismo. Uno sabe lo que es capaz de pensar; por eso le atribuye *al otro* ese pensamiento.

Los días en el mar, esta vida «rebelde al olvido, rebelde al recuerdo», según Stevenson.

Lambert. «Ahora reservo toda mi piedad para mí mismo.»

Guilloux: «En definitiva, no se escribe para decir, sino para *no decir*.»

Novela. «Al cabo de aquellos sufrimientos agotadores, me volvía hacía esa parte de mí mismo que no ama a nadie y buscaba refugio en ella. Tomaba un poco de aliento, y volvía después, con la cabeza gacha, a los sotos y a las espinas.»

La virtud es meritoria, hoy. Los grandes sacrificios carecen de apoyo. Se olvida a los mártires. Se levantan. Se les mira. Una vez caídos, los diarios siguen apareciendo.

Merle, periodista de chantaje, no obtenía nada de X., a quien calumniaba en su periódico durante todo el año. Cambiando de baterías alabó sin reservas a su víctima, que pagó inmediatamente.

Tolstoi, en el asunto Chibunin, defiende ante el tribunal al desgraciado, culpable de haber agredido a su capitán —apela la sentencia cuando es condenado a muerte—, escribe a su tía pidiéndole que intervenga ante el ministro de la Guerra. Éste se limita a observar que Tolstoi ha olvidado dar las señas del regimiento, lo cual le impide intervenir. Chibunin es ejecutado *por culpa de Tolstoi* al día siguiente de recibir éste la carta en que le piden que subsane la omisión.

La última obra de Tolstoi, que se encontró inconclusa sobre su mesa de trabajo: «*En el mundo no hay culpables*».

Nació en 1828. Escribió *Guerra y paz* entre 1863 y 1869. Entre los treinta y cinco y los cuarenta y un años.

La vida es demasiado larga, según Greene. «¿No podríamos cometer nuestro primer pecado mortal a los siete años, arruinarnos por amor o por odio a los diez, y debatirnos intentando alcanzar la redención en nuestro lecho de muerte a los quince años?»

Scobie, adúltero. «La virtud, la vida pura, lo tentaba en la noche como tienta el pecado.»

Id. «El amor humano no conoce nada que pueda llamarse victoria, apenas algunos pequeños éxitos estratégicos antes del desastre final, de la muerte o de la indiferencia.»

Id. «El amor no es comprensión. Está hecho del deseo de comprender y muy pronto, a fuerza de fracasos repetidos, ese deseo también muere, y el amor...»

Marie Dorval a Vigny: «¡No me conoces! ¡No me conoces!» Tras tan larga ausencia, al no reconocerse más. «¿Es cierto, dime, que la voluptuosidad pudiera arrancarme gritos?»

Su pasaporte expedido por Toulouse: «Talle desviado, cabellos sueltos, porte glorioso.»

«No me separé del señor de Vigny, ¡me arranqué de él!»

Cristo agoniza ahora en los palacios. látigo en mano, reina en las ventanillas de los bancos.

Strepto: 40 gramos del 6 de noviembre al 5 de diciembre 49.

P. A. S. 360 gramos del 6 de noviembre al 5 de diciembre 49.

+ 20 gramos Strepto del 13 de noviembre al 2 de enero.

Novela. «Tanto lo interrogaba sobre su amor, y sobre todo ponía tanta angustia en este interrogatorio, que él sentía asomar dudas. Y a medida que aumentaban las dudas, se endurecía su voluntad de amar. Así, cuanto más llamaba ella a su corazón, más abstracto se volvía su amor.»

Todo asesinato, para ser justificado, debe equilibrarse con el amor. El cadalso para los terroristas era la prueba del nueve del amor.

En 1843, los americanos liberan las Hawaii, que los ingleses se habían hecho ceder por la fuerza. Melville presente. El rey invita a sus subditos a «celebrar su felicidad dejando de observar toda obligación moral, legal o religiosa, durante diez días consecutivos; durante este período —lo declaraba solemnemente— quedaban suspendidas todas las leyes».

Los errores son alegres, la verdad infernal.

Esa incertidumbre sagrada de que habla Melville, que tiene siempre en suspenso a los hombres y a las naciones.

Nota de Melville al margen de los Ensayos de Shelley:

«El Satán de Milton es moralmente muy superior a su Dios, como aquel que persevera a pesar de la adversidad y la tortura es superior al que, con la fría seguridad de una victoria cierta, ejerce la más horrible venganza sobre sus enemigos.»

Amargas son las aguas de la muerte...

Melville a los 35 años: he consentido en la aniquilación.

Hawthorne, sobre Melville. «No creía, y no podía conformarse con la incredulidad.»

L. G.: Bastante hermosa, pero, como dice Stendhal, deja algo que desear en cuanto a las ideas.

El día en que se separó de su mujer tuvo muchas ganas de tomar chocolate, y cedió a ellas.

Historia del abuelo del señor de Bocquandé. En el colegio se le acusa de haber cometido una incorrección. Lo niega. Tres días de calabozo. Lo niega. «No puedo confesar una falta que no he cometido.» Previene al padre. Da a su hijo un plazo de tres días para que confiese. De no hacerlo, tendrá que ser grumete (la familia es rica). Tres días de calabozo. Sale. «No puedo confesar algo que no he cometido.» El padre, inflexible, lo embarca como grumete. El niño crece, pasa la vida en los barcos, llega a ser capitán. Muere el padre. Él envejece. Y en su lecho de muerte: «No fui yo».

Durante la insurrección de París, silban las balas. ¡Ah, ah! —exclama Gaston Gallimard. Robert Gallimard se precipita hacia él, enloquecido. Pero Gaston estornuda.

Ella le daba placeres de vanidad. Por eso él le era fiel.

F.: «Soy un ser retorcido. Sólo puedo conocer mi capacidad de amar por mi capacidad de sufrimiento. Antes de sufrir, no sé.»

Prólogo para *El revés y el derecho*.

Hay en mí resistencias artísticas, como hay en otros resistencias morales o religiosas. La prohibición, la idea de que algo «no se hace», que me es extraña en cuanto hijo de una naturaleza libre, está presente para mí en cuanto esclavo (y esclavo admirativo) de una tradición artística severa. (No he vencido esos tabús más que en *El estado de sitio*, lo que explica el cariño que siento por esta obra, generalmente desdeñada.)

... Tal vez esta desconfianza apunte así mismo a mí anarquía profunda y de esta manera resulte útil. Conozco mi desorden, la violencia de ciertos instintos, el abandono sin remisión en el que puedo arrojarme. Para edificar la obra de arte (me refiero al porvenir) habrá que aprovechar esas fuerzas incalculables del hombre. Aunque rodeándolas de barreras. Mis barreras son hoy todavía demasiado fuertes. Pero lo que debían contener también lo era. El día que se establezca el equilibrio, ese día, trataré de escribir la obra con que sueño. Se parecerá a *El revés y el derecho*, es decir, que mi tutor será en este caso cierta forma de amor.

Creo que puedo hacerlo. La amplitud de mis experiencias, el conocimiento de mi oficio, mi violencia y mi sumisión... En el centro, como aquí, pondré el admirable silencio de una madre, la búsqueda de un hombre en

procura de un amor semejante a ese silencio; amor que encontrará por fin, y que perderá, para volver luego a través de las guerras, la locura de justicia y el dolor, hacia el solitario y tranquilo, cuya muerte es un silencio feliz. Pondré...

Maritain. El ateísmo rebelde (el ateísmo absoluto) pone la historia en el lugar de Dios y sustituye la rebelión por una sumisión absoluta. «El deber y la virtud no son para él otra cosa que una sumisión total y una total inmolación de sí mismo a la voracidad sagrada del porvenir.»

«También la santidad es una rebelión: es rechazar las cosas tal como son. Es asumir la desgracia del mundo.»

Faja para *Los justos*: terror y justicia.

Novela. «Tenía una manera de repetir tres veces: "Te quiero" con una voz cuchicheada y presurosa, como un credo un poco agitado...»

«Mi principal ocupación a pesar de las apariencias ha sido siempre el amor (durante mucho tiempo sus placeres y, al cabo, sus transportes más desgarradores). Tengo alma novelesca y siempre me ha costado mucho interesarla en otra cosa.»

En primavera, cuando todo haya terminado, escribir *todo lo que siento*. Pequeñas cosas al azar.

Novela: «Ante la mayoría de las mujeres había podido simular, victoriosamente. Ante ella, nunca. Una especie

de intuición genial la tenía al tanto de lo que estaba ocurriendo en su corazón, lo veía como a través de un cristal.»

Crítica sobre *Los justos*: «No tienen idea del amor.» Si por desgracia no conociera el amor y me permitiera la ridiculez de instruirme al respecto, no se me ocurriría tomar lecciones en París, ni en las gacetas.»

El final de un día frío, los crepúsculos de sombras y de hielo... excede lo que puedo soportar.

Prólogo a Ensayos políticos. «A la caída de Napoleón, el autor de las páginas siguientes que no quería dejarse atrapar perdiendo su juventud entre los odios políticos, se lanzó a recorrer el mundo.» Stendhal: *Vida de Rossini*.

Id. Stendhal (*Del amor*): «No es libre el hombre de no hacer lo que le procura más placer que cualquier otra acción posible.»

Id. «Las mujeres extraordinariamente hermosas maravillan menos al segundo día. Es una gran desgracia..., etc.»

El duque de Policastro, que «cada seis meses recorría cien leguas para ver en Lecca, durante un cuarto de hora, a una amante adorada y guardada por un celoso».

Cfr.: La historia de Donna Diana. Fin de escena teatro (pág. 108. Garnier).

Cuando haya terminado todo: escribir revuelto. Todo lo que me pase por la cabeza.

Rebelión: el final de la rebelión sin Dios es la filantropía. El final de la filantropía son los procesos. Cap. «Los filántropos».

Ateo cuando era un marido irreprochable, se convirtió al volverse adúltero.

Pobre y libre, antes que rico y sojuzgado. Claro está que los hombres quieren ser ricos y libres, y esto suele conducirlos a ser pobres y esclavos.

Delacroix. «Lo más real que hay en mí son las ilusiones que creo con mi pintura. El resto es arena move-diza.»

Mogadon

Delacroix. «Los hombres de genio... no lo son porque tengan ideas nuevas, sino porque están poseídos por esta idea esencial: que lo que ya se ha dicho, todavía no se ha dicho bastante.»

Id. «El aspecto de esta comarca (Marruecos) no se borrará jamás en mi retina. Mientras viva, los hombres de esta raza fuerte se agitarán en mi memoria. Sólo en ellos he vuelto a encontrar realmente la belleza antigua.»

Id. «...Están de mil modos más cerca de la naturaleza: en sus ropas o la forma de su calzado, por ejemplo. Así la belleza se asocia a cuanto hacen. Nosotros, comprimidos en nuestros corsés, nuestro calzado estrecho, nuestras vainas ridículas, damos lástima. La gracia que se venga de nuestra ciencia.»

P. 212-213 (Pion), tomo I, páginas admirables sobre el talento.

Clasifica a Goethe (fundando razonablemente su juicio) «entre los espíritus mezquinos y contaminados de afectación».

«Este hombre que siempre se mira actuar...»

10 de enero de 1950

Nunca he llegado a ver muy claro en mí mismo. Pero por instinto me he confiado siempre a una estrella invisible...

Hay en mí una anarquía, un desorden atroz. Crear me cuesta mil muertes, porque se trata de un orden y todo mi ser rehuye el orden. Pero sin él moriría disperso.

Por la tarde, con el sol y la luz que entran a raudales por la ventana, el cielo azul y velado, la algarabía de chilillos que sube del pueblo, la canción de la fuente en el jardín..., las horas de Argel vuelven a mí de pronto. Hace veinte años.

L., de mamá: «Es pan, ¡y qué pan!»

Bespalov: «De rebelión en rebelión, de revolución en revolución, se creía aumentar la libertad y se desemboca en el imperio.»

Rebelión. Aquiles desafiando a la creación después de la muerte de Patroclo.

Cap. Nosotros, níetszscheanos.

Henry Miller: «Estoy deslumbrado por el grandioso derrumbe del mundo.» Pero hay una categoría de espíritus a quienes no deslumhra este derrumbe. Más sórdido que grandioso.

Gobernar la obra, pero sin perder *audacia*. Crear.

Couvreaux. Llega, pide que le hagan el favor de sintonizarle en la radio el programa de noticias de la B. B. C, que, según él, tiene un interés permanente, se sienta y se queda dormido.

Familia:

«No debió haberse molestado.»

«Se ha incomodado usted.»

«Viene del interior.»

Temas. Hotel de provincia. Atracción de los seres.

Mar. Injusticia del clima. Árboles en flor en Saint-Etienne. Aún más horrible. En definitiva, hubiera querido una cara negra de todo. Es así como los pueblos del norte...

Febrero de 1950

Trabajo disciplinado hasta abril. Luego trabajo en la exaltación. Callar. Escuchar. Dejar que desborde.

La noción (y la realidad) de intelectual data del siglo XVIII.

Más adelante escribir ensayo, sin miramientos ni reservas, *sobre lo que sé que es verdad* (hacer lo que no se quiere, querer lo que no se hace).

La noche original.

Leo la vida de Rachel. Siempre la misma decepción ante la historia. Todas las palabras que pronunció, en la intimidad, por ejemplo, y que se suman a la muchedumbre abismal de palabras perdidas que nadie conocerá nunca. Al lado de esta muchedumbre, lo que la historia nos transmite es una gota de agua perdida en el océano.

En el Diario de Delacroix, una frase (citada) sobre los críticos que, a su vez, se permiten crear. «No es posible sujetar los estribos y, al mismo tiempo, mostrar el trasero.»

Delacroix: sobre las distancias en Londres.

«Hay que contar por leguas: esa desproporción entre la inmensidad del lugar en que esa gente habita y la natural exigüidad de las dimensiones humanas me basta para declararla enemiga de la verdadera civilización, es decir, la que vincula a los hombres con aquella civilización ática que dio al Partenón el tamaño de cualquiera de nuestras casas, y supo encerrar tanta inteligencia, vida, fuerza y grandeza, en los reducidos límites de fronteras que hacen sonreír a nuestra barbarie, tan apretada en sus inmensos Estados.»

Delacroix. «En música, *como sin duda en todas las otras artes*, en cuanto se pronuncia el estilo, el carácter, lo serio en una palabra, lo demás desaparece.»

Id. Lo que se ha perdido a raíz de las revoluciones, en materia de monumentos y de obras de arte: —El detalle, dice Delacroix, es aterrador.

Contra el progreso. T. I, pág. 428: «Debemos a la anti-güedad lo poco que valemos».

Delacroix.

Un gran artista debe aprender a evitar *lo que no debe intentarse*. «Sólo los locos y los impotentes se atormentan por lo imposible. Y, sin embargo, *hay que ser muy audaz*.»

Id. «Se necesita una gran audacia para atreverse a *ser uno mismo*.»

«No se trabaja sólo para producir obras, sino para dar valor al tiempo.»

Id. «La satisfacción del hombre que ha trabajado y empleado convenientemente su día es inmensa. Cuando me encuentro en ese estado disfruto con deleite de las menores distracciones. Hasta puedo departir con la gente más aburrida sin el menor disgusto.»

Id. «... no empeñarse en perseguir cosas que sólo son viento, y en cambio gozar del trabajo mismo y de las horas deliciosas que vienen después.»

Id. «Qué feliz me siento al no estar ya obligado a ser feliz en el sentido de antes (las pasiones).»

Las grandes escuelas de Italia «que concilian la ingenuidad con el saber más extremado». .

Id. A propósito de Millet. «Pertenece sin duda al escuadrón de artistas barbudos que hicieron la revolución del 48 o la aplaudieron, creyendo al parecer que acarrearía la igualdad de los talentos, como la de las fortunas.»

Id. Contra el progreso, pág. 200, entera «... Qué noble

espectáculo en el mejor de los siglos, el ganado humano engordado por los filósofos.»

Id. Las novelas rusas «tienen un perfume de realidad que sorprende».

Página 341: «... la imperfecta creación...»

El talento original, «timide2 y sequedad al principio, amplitud y descuido de los detalles al final».

El campesino que ha permanecido indiferente, en medio de una oración que arrancó lágrimas a todo el mundo. Explica después a las personas que le reprochaban su frialdad que él no pertenecía a la parroquia.

Febrero de 1950

La memoria me falla cada vez más. Debería resolverme a llevar un diario. Delacroix tiene razón: todos los días que no se han anotado equivalen a días que no han sido. Tal vez en abril, cuando haya vuelto a encontrar cierta libertad.

Volumen: cuestiones de arte, donde resumiré mi estética.

Sociedad literaria. Se imaginan oscuras intrigas, grandes cálculos de ambición. No hay más que vanidades, y que se conforman un poco.

Un poco de orgullo ayuda a guardar las distancias. Tenerlo presente, *a pesar de todo*.

El placer que acaba en gratitud: corola de los días.
Pero en el otro extremo: el placer amargo.

El mistral ha raspado el cielo hasta dejar al descubierto una piel nueva, azul y brillante como el mar. Los cantos de los pájaros estallan por todas partes, con una fuerza, un júbilo, una alegre discordancia, un encanto infinito. El día mana y resplandece.

No la moral, sino la realización. Y no hay otra realización que la del amor, es decir, renunciar a uno mismo y morir para el mundo. Llegar hasta el fin. *Desaparecer*. Disolverse en el amor. Entonces será la fuerza del amor la que cree y no yo. Abismarse. Desmembrarse. Aniquilarse en la realización y la pasión de la verdad.

Epígrafe: «Nada prevalece contra la vida humilde, ignorante, obstinada» (*L'Echange*).

Id. «Había una manera de amarte y yo no te he amado de esa manera.»"

Adolphe. Nueva lectura. Igual sensación de desecamiento ardiente.

«Se le observaba (E) con interés y curiosidad como a una hermosa tormenta.»

«Ese corazón (A) ajeno a todos los intereses del mundo.»

«En cuanto veía en su cara una expresión de dolor, su voluntad era también la mía: yo sólo estaba a gusto cuando ella estaba contenta de mí.»

«... Esos dos seres desdichados a quienes nadie más conocía en el mundo, *que sólo entre si podían hacerse justicia*, comprenderse y consolarse, parecían dos enemigos irreconciliables, encarnizados en su mutua destrucción.»

Wagner, músico de esclavos.

Novela. «Quería sin duda que ella sufriese, pero lejos. Era cobarde.»

Constant. «Hay que estudiar las miserias de los hombres, pero contar entre esas miserias las ideas que se forjan sobre los medios de combatirlas.»

Id. «Horrible peligro: que la política de los negocios americana y la inconsistente civilización de los intelectuales lleguen a unirse.»

Títulos ensayos solares: El verano. Mediodía. La fiesta.

Febrero del 50

Autodominio: no hablar.

Tomar nota: la experiencia es una memoria, pero lo inverso es verdad también.

Volver ahora al detalle: preferir la verdad a todo.

Nietzsche: *Me dio vergüenza esa modestia mentirosa.*

Los romeros han florecido. Al pie de los olivos, coronas de violetas.

Marzo del 50

Los religionarios filantrópicos niegan todo lo que no sea la razón porque la razón, según ellos, puede darles el dominio de todo, incluso de la naturaleza. De todo, salvo de la Belleza. La belleza escapa a tales cálculos. Por eso es tan difícil para un artista ser revolucionario, aunque sea rebelde como artista. Por eso le resulta imposible ser un homicida.

Esperar, esperar a que se apaguen uno a uno los días cuya guirnalda de luces tengo aún ante mí. Por fin se apaga el último, y se hace la oscuridad total.

1 de marzo

Un mes de autodominio, en todos los planos. Acto seguido, volver a empezar de nuevo (pero sin perder *la verdad, la realidad* de las experiencias precedentes, y *entonces aceptar todas las consecuencias con la decisión* de superarlas y de transfigurarlas en la actitud última (pero prevenida) del creador. No rechazar nada).

(Poder decir: era difícil. No lo conseguía de primera intención y he luchado hasta el agotamiento. Pero al final triunfé. Y esta dura fatiga hace que el éxito sea más lícido, más humilde, pero también más decidido.)

Rebelión. Después de haber redactado todo, volver a pensar el conjunto *a partir* de los documentos y las ideas así ordenadas.

En arte, el realista absoluto sería la divinidad absoluta. Por eso las empresas de deificación del hombre quieren perfeccionar el realismo.

El mar: no me perdía en él, volvía a encontrarme en él.

vi

El amigo de Vivet, que había dejado de fumar, vuelve a hacerlo al enterarse de que se acaba de descubrir la bomba H.

Familia.

Argelia es obra de los carreteros.

Michel. 80 años. Erguido y fuerte.

X., su hija. Los deja a los 18 años para «correrla». Vuelve a los 21 llena de dinero y, con el producto de sus joyas, rehace toda la cuadra de su padre, arruinada por una epidemia.

«El hombre astuto» de Gurdiev. Concentración. Reintegración de sí mismo (verse con los ojos de otro).

Jacob Genns, dictador del gueto de Vilna, acepta ese puesto policiaco para reducir los gastos. Exterminan poco a poco a las tres cuartas partes del gueto (48.000). Al final le fusilan a él. Fusilado por nada; deshonorado por nada.

Título: el Diablo Genio.

Ella tenía que morir. Entonces empezaría una felicidad atroz. Pero el sufrimiento es esto: «ellos» no mueren en el momento oportuno.

Según los chinos, los imperios que se están aproxi-

mando a su perdición, establecen una enorme cantidad de leyes.

*

Luz radiante. Parece que emerjo de un sueño de diez años —enredado todavía en las vendas de la desgracia y de las morales falsas—, pero desnudo de nuevo y tendido hacia el sol. Fuerza brillante y mesurada, y la inteligencia frugal, aguda. Renazco también como cuerpo...

Comedia. Un hombre a quien recompensan oficialmente por algo que hasta entonces ejercía por instinto. A partir de ese momento lo practica conscientemente: catástrofes.

El estilo del siglo xviii, según Nietzsche: limpio, exacto y libre.

Arte moderno: arte de tiranizar.

A partir de cierta edad, una carrera contra el reloj agrava los dramas entre los seres. Dramas insolubles en este punto.

Como si al asomar el sol del amor se fundiesen poco a poco las nieves acumuladas sobre ella, para dar libre curso a las aguas incontenibles e impetuosas de la alegría.

4 de marzo de 1950

Y abiertamente consagré mi corazón a la tierra grave y dolorosa, y a menudo, en la noche sagrada, le prometí amarla fielmente hasta la muerte, sin temor, con su pesado fardo de fatalidad, y no despreciar ninguno de sus

enigmas. Así me uní a ella con un lazo mortal. *Empédocles*, de Hölderlin.

Sólo tardíamente se adquiere el valor de sostener lo que se sabe.

Los artistas y los pensamientos *sin sol*.

«Malentendido a propósito de la ternura —dice Nietzsche—. Una ternura servil que se somete y se envilece, que idealiza y se engaña; pero una ternura divina que desprecia y que ama, que transforma y eleva lo que ama.»

El mundo donde más *a gusto* estoy: el mito griego.

El corazón no lo es todo. *Tiene que ser*, porque sin él... Pero tiene que ser dominado y transfigurado.

Toda mi obra es irónica.

"Mi tentación más constante, contra la cual he sostenido siempre una lucha agotadora y sin cuartel: el cinismo. «

El paganismo para sí, el cristianismo para los demás; tal es el deseo instintivo de todo ser.

No ya dificultad, sino imposibilidad de ser.

El amor es injusticia, pero la justicia no basta.

Siempre hay una parte del hombre que rechaza el amor. Es la parte que *quiere* morir. Es que pide ser perdonada.

Título para la «Hoguera»: Deyanira.

Deyanira. «Hubiera querido detenerla en el tiempo, en ese día ya lejano de las Tullerías en que acudí a mi encuentro, con su falda negra y su blusa blanca arremangada sobre los brazos dorados, los cabellos sueltos, exiguo el pie y el rostro como de proa.»

«En esa noche extrema le pedí lo que hacía mucho tiempo meditaba pedirle: el juramento de que nunca pertenecería a otro hombre. No quería la vida si el amor humano era incapaz de algo que la religión comporta y permite. Ella me hizo entonces la promesa, sin exigirla de mi parte. Pero en la terrible alegría y en el orgullo de mi amor, también yo prometí gozosamente. Se trataba de matarla y de matarme, en cierto modo.»

Donde el amor es un lujo, ¿cómo no habría de ser un lujo la libertad? Razón de más, es cierto, para no ceder ante quienes hacen del amor y la libertad una miseria doble.

Voltaire sospechó casi todo. Estableció muy pocas cosas, pero bien.

Novela. Personajes masculinos: Pierre G., Maurice Adrey, Nicolás Lazarevitch, Robert Chatte, M. D. b., Jean Grenier, Pascal Pia, Ravanel, Herrand, Oettly.

Femeninos: Renée Audibert, Simone G, Suzanne O., Christiane Galindo, Blanche Balain, Lucette, Marcelle Rouchon, Simone M. B., Yvonne, Carmen, Marcelle, Charlotte, Laure, Madeleine Blanchoud, Janine, Jacqueline, Victoria, Violante, Françoise 1 y 2, Vauquelin, Leibowitz.

Michèle, Andrée Clément, Lorette, Patricia Blake, M. Thérèse, Gisèle Lazare, Renée Thomasset, Evelyne, Mamaine, Odile, Wanda, Nicole Algan, Odette Campana, Yvette Petitjean, Suzanne Agnely, Vivette, Nathalie, Virginie, Catherine, Mette, Anne.

«El mar y el cielo atraen a las terrazas de mármol a la multitud de las jóvenes y fuertes rosas.» A. Rimbaud.

Los que escriben oscuramente tienen mucha suerte: tendrán comentaristas. Los otros sólo tendrán lectores, lo que, al parecer, es cosa despreciable.

Gide llega a la URSS porque piensa *en la alegría*.

*

Gide: Hoy en día sólo el ateísmo puede pacificar al mundo (!).

Diálogo entre Lenin y un prisionero de un campo de concentración ruso.

París empieza por acreditar una obra y la promueve. Pero una vez consagrada, comienza la diversión. Se trata

de destruirla. De ahí que haya en París, como en ciertos ríos del Brasil, millares de pececillos que se ocupan de esa tarea. Son minúsculos, pero innumerables. Tienen toda la cabeza, valga la expresión, en los dientes. Y descarnan completamente a un hombre en menos de cinco minutos, sin dejar más que los huesos pelados. Luego se marchan, duermen poco y vuelven a empezar.

De Bossuet: «El único carácter que la mayoría de los hombres es capaz de demostrar consiste en rebelarse si se les niega ese carácter.» Él había perdido hasta ése.

Como esas personas viejas que al quedar solas en una casa grande, antaño llena de movimiento y de gritos, se reducen primero a un piso, después a una habitación, después a la más pequeña de las habitaciones, donde concentran todos los gestos de la vida... y quedan enclaustradas, a la espera del estrecho reducto, aún más exiguo.

Abril del 50. De nuevo Cabris.

Al cabo, se llega. Es difícil, pero se acaba por llegar. Ah, no da gusto verlos. Pero se les perdona. En cuanto a los dos o tres seres a quienes quiero, son mejores que yo. ¿Cómo aceptarlo? Pasémoslo por alto, pues.

Noche brumosa y cálida. A lo lejos, las luces de la costa. En el valle, un enorme concierto de sapos, cuya voz, melodiosa al principio, parece cascarse. Esas aldeas de luz, casas... «Usted es poeta y yo estoy del lado de la muerte.»

Suicidio de A. Trastornado porque le quería mucho,

sin duda, pero también porque de pronto he comprendido que deseaba hacer lo mismo que él.

Ellas por lo menos no tienen como nosotros la obligación de la grandeza. Para los hombres, incluso la fe, incluso la humildad, son pruebas de grandeza. Agotador.

Siempre llega un momento en que los seres dejan de luchar y desgarrarse, y aceptan amarse por fin tal como son. Es el reino de los cielos.

Basta de culpa y de arrepentimiento.

Claudiel. Ese viejo voraz que se abalanza sobre la Santa Mesa para atiborrarse de honores... ¡Miseria!

Novela corta. Un día bueno. La mujer madura que llega sola. Cannes.

En gran novela, Lazarevitch. Adrey. Chatté (y sus comedias con personajes fortuitos).

Envejecer es pasar de la pasión a la compasión.

La señora que toma fosfato de calcio. En la mesa: «Este pobre perro (un maravilloso sabueso rojizo), con todas las acciones brillantes que llevó a cabo en Indochina, ¿suponen ustedes que lo han condecorado? Pues no, en nuestro país parece que no se estila condecorar a los perros. Fíjense que en Inglaterra sí los condecoran cuan-

do se han portado bien en la guerra. ¡Pero nosotros...! A éste, por más que denunció todas las emboscadas de los chinos, pues no... Nada. ¡Pobre animal!»

La chica de los bares. «Correo, ¡ah, no! A mí no me gustan los dolores de cabeza.»

El siglo xix es el siglo de la rebelión. ¿Por qué? Porque nace de una revolución fracasada, en la que sólo el principio divino recibió un golpe mortal.

27 de mayo de 1950

Solitario. Y los fuegos del amor abrasan al mundo. Esto bien vale el dolor de nacer y de crecer. ¿Pero hay que vivir después? Toda vida resulta, por ende, justificada. ¿Pero también una supervivencia?

Después de *El hombre rebelde*, la creación libre.

¡Cuántas noches en una vida donde uno ya no está!

Mi obra durante estos dos primeros ciclos: seres sin mentiras y, por tanto, sin realidad. No están en el mundo. Por eso, sin duda, hasta el momento no soy un novelista en el sentido corriente. Si acaso un artista que crea mitos a la medida de su pasión y de su angustia. Y también por eso los seres que me han entusiasmado en este mundo eran siempre los que tenían la fuerza y la exclusividad de esos mitos.

Lo que hay de insensato en el amor es que el enamo-

rado desea precipitar y *perder* los días de la espera. Desea, pues, acercarse al fin. He ahí cómo, en uno de sus aspectos, el amor coincide con la muerte.

Campo de concentración. Un guardián analfabeto se ensaña con un intelectual. «¡Toma, por los libros! Conque eres inteligente, ¿no?...», etc. El intelectual acaba por pedir perdón.

*

Los hombres tienen el ceño adusto de su saber (esos rostros que a veces encontramos y que saben). Pero a veces todavía asoma bajo esas cicatrices el rostro del adolescente, que da las gracias a la vida.

Junto a ellos no he sentido la pobreza, ni la necesidad, ni la humillación. ¿Por qué no decirlo? He sentido, y todavía siento, mi nobleza. Ante mi madre, siento que pertenezco a una raza noble: la que no envidia nada.

Me he alimentado sin moderación de belleza: pan eterno.

Para la mayor parte de los hombres, la guerra es el fin de la soledad. Para mí es la soledad definitiva.

Una puñalada sola y fulgurante, rápida como el rayo; la cópula del toro es casta. Es la cópula del dios. No voluptuosidad, sino quemadura y aniquilación sagrada.

Vosgos. La greda ocre ha dado aquí a las iglesias y a los calvarios el color de la sangre seca. Toda la sangre de

las conquistas y del poder ha chorreado sobre esta comarca y se ha secado sobre sus santuarios.

Moral inútil: la vida es moral. El que no lo da todo no lo obtiene todo.

Cuando se tiene la suerte de vivir en el universo de la inteligencia, por qué locura se querría entrar en el tumulto y en la casa terrible de la pasión.

Lo amo todo o no amo nada. Querrá, pues, decir que no amo nada.

Fin de Deyanira. La mata con aplicación, poco a poco (ella iba desapareciendo poco a poco ante él, que miraba mineralizarse sus rasgos, con una horrible esperanza y con un torturante sollozo de amor). Muere ella. Encuentra a la otra, joven de nuevo y bella. Otra vez se elevaba en su corazón un amor delicioso. «Te amo», le dice.

Ejercicios espirituales de San Ignacio, para prevenir la somnolencia en la oración.

Todo el poder de la ciencia apunta hoy a reforzar al Estado. A ningún sabio se le ha ocurrido orientar sus investigaciones hacia la defensa del individuo. Sin embargo, aquí tendría sentido una masonería.

¡Si la época fuera solamente trágica! Pero es también inmundada. Por eso hay que denunciarla. Y perdonarla.

I. El mito de Sísifo (absurdo).—II. El mito de Prometeo (rebelión).—III. el mito de Némesis.

J. de Maistre: «Ignoro cómo es el alma de un bribón, pero creo saber cómo es el alma de un hombre honrado, y hace temblar de horror.»

Abrid las cárceles o probad vuestra virtud.

Maistre: «Desgraciadas las generaciones que se dirigen a las épocas del mundo». Como ese sabio chino que, cuando quería mal a alguien, le deseaba que viviera en una época «interesante».

Baudelaire. El mundo ha adquirido un espesor de vulgaridad que hace que el desprecio del hombre de espíritu asuma la violencia de una pasión.

Unterlinden: «He soñado toda mi vida con la paz de los claustros». (Y sin duda no hubiera podido soportarla más allá de un mes.)

Europa mercachifle... desesperante.

Compromiso. Tengo del arte la idea más alta y más ferviente. Demasiado alta para consentir en someterlo a nada. Demasiado ferviente para querer aislarlo de nada.

«El amor era imposible para él. Sólo tenía derecho a la mentira y el adulterio.»

Claudel. Espíritu vulgar.

Saboya. Septiembre del 30

Los seres que como M., eterno emigrante, andan en busca de una patria, acaban por encontrarla, pero únicamente en el dolor.

*

El dolor y su rostro, a veces innoble. Pero hay que quedarse y vivir en él, para pagar el precio. Destruirse en él, por haber osado destruir a los otros.

Novela. «Recordaba que un día, en una de aquellas escenas terribles en que sentía crecer el presentimiento de un porvenir atroz, ella le había dicho que se había jurado no pertenecer a ningún otro hombre en la tierra y que, desaparecido él, no volvería a amar a nadie. Y en ese preciso instante en que creía decirle lo más alto y lo más irremediable de su amor, y efectivamente se lo decía, en ese instante en que pensaba atarlo y soldarlo a ella, él, por el contrario, se había sentido liberado, y se le había ocurrido que era el momento oportuno de huir y dejarla allí, seguro de su fidelidad y de su esterilidad absolutas. Pero aquel día se quedó, como siempre.»

París, septiembre de 1930

Lo que tengo que decir es más importante que lo que soy. Apartarse, y *borrar*¹⁹.

¹⁹ Juego de palabras intraducible. Camus emplea los verbos «s'effacer», que en este caso significa mantenerse el autor separado de la obra, y «effacer», que es literalmente borrar. (N. del T.)

Progreso: renunciar a decir a un ser amado el sufrimiento que nos causa.

El miedo de sufrir.

Faulkner. A la pregunta: «¿Qué piensa usted de la nueva generación de escritores?», contesta: «No dejaré nada válido. Ya no tiene nada que decir. Para escribir es imprescindible que hayan arraigado en la conciencia las grandes verdades fundamentales, y que la obra se oriente hacia una o hacia todas. Los que no saben hablar del orgullo, del honor, del dolor, son escritores sin trascendencia y su obra morirá con ellos o antes que ellos. Goethe y Shakespeare han resistido a todo porque creían en el corazón humano. Balzac y Flaubert también. Son eternos.»

—¿Cuál es la razón de ese nihilismo que ha invadido la literatura?

—El miedo. El día en que los hombres dejen de tener miedo, volverán a escribir obras maestras, es decir, obras perdurables.*

Sorel: «Los discípulos conminan al maestro a que cierre la etapa de las dudas, aportando soluciones definitivas.»

No cabe duda de que conviene a toda moral *un poco* de cinismo. ¿Dónde está el límite?

Pascal: «He pasado una gran parte de mi vida creyendo en la existencia de una justicia, y en eso no me equivocaba; porque la hay, según Dios ha querido revelárnosla. Pero yo no lo interpretaba así, y en esto sí me equivocaba; porque creía que nuestra justicia era esen-

cialmente justa, y que yo no tenía motivos para conocerla y juzgarla.»

*

N. (Los helenos.) «Audacia de las razas nobles, audacia loca, absurda, espontánea... Su indiferencia y su desprecio por todas las seguridades del cuerpo, por la vida y el bienestar.»

•> Novela. «El amor culmina o se degrada. La mutilación que acaba por dejar será tanto más grande cuanto más frustrado haya sido. Si el amor no es creador, impedirá para siempre toda creación verdadera. Es tirano y tirano mediocre. Así P. estaba apenado por haberse puesto en el trance de amar sin poder darle todo a este amor. En ese despilfarro insensato de horas y de alma, reconocía una especie de justicia que al cabo era la única que hubiera encontrado realmente en la tierra. Pero reconocer esta justicia significaba reconocer al mismo tiempo un deber: el de empujar ese amor, y a ellos mismos, por encima de la mediocridad; el de aceptar el sufrimiento más terrible, aunque también el más franco, ante el cual retrocedía siempre con el corazón palpitante, y una cobardía desesperada. No podía hacer más, ni ser otro; y el único amor que hubiera podido salvarlo todo, habría sido el que lo aceptara tal como era. Pero el amor no puede aceptar la realidad. No es eso lo que pide a gritos por todo el mundo. Grita rechazando la bondad, la compasión, la inteligencia, todo lo que conduce al conformismo. Grita hacia lo imposible", lo absoluto, el cielo en llamas, la primavera inagotable, la vida más poderosa que la muerte, y la muerte misma transfigurada en vida eterna. ¿Cómo iban a aceptarlo en el amor a él, que en cierto modo no era más que miseria, y conciencia de esta miseria? Sólo él podía aceptarse a sí mismo, aceptando el dolor largo, interminable y terrible de perder el amor, y de saber que lo había perdido por su culpa. Ahí estaba

su libertad, aunque por cierto empapada en sangre. Y ahí estaba también la condición para que por lo menos pudiera crearse algo dentro de sus propios límites, en la consagración de su propia miseria y de la miseria de toda vida, pero también en el esfuerzo hacia la grandeza, que era su única justificación.

Por debajo de esta tortura, toda debilidad devuelve al amor su rostro pueril y estúpido, hace de él esa obligación vana y huraña contra la cual acaba por rebelarse un corazón algo exigente. Sí, eso era lo que había que decir: "Te amo, pero no soy nada, o muy poca cosa, y tú realmente no puedes aceptarme, a pesar de todo mi amor. Exiges todo, en el fondo del alma, en la raíz de ti misma, y yo no lo tengo ni soy todo. Perdóname por tener menos alma que amor, menos posibilidad que deseo, y por amar más arriba de lo que puedo alcanzar. Perdóname y no me humilles más. Cuando ya no seas capaz de amor por mí, serás capaz de justicia. Ese día sondearás mi infierno, y me amarás entonces por encima de nosotros mismos, con un amor que a mí tampoco podrá bastarme, pero que acreditaré en la cuenta de la vida, para aceptarla una vez más en el sufrimiento." Era eso, sí, pero entonces empezaba lo más difícil. Ausente ella, los días gritaban, cada noche era una llaga.» »

La pasión más fuerte del siglo XX: la servidumbre.

En Brou, las estatuas yacentes de Margarita de Austria y de Filiberto de Saboya, en vez de mirar al cielo, se miran eternamente.

• Los que no han exigido la virginidad absoluta de los seres y del mundo, y aullado de nostalgia y de impotencia ante su imposibilidad, los que no se han destruido en

el intento de amar, a media altura, un rostro que no puede inventar el amor y no hace más que repetirlo, éstos no pueden comprender la realidad de la rebelión y su furia destructora.*

Acción Francesa. Mentalidad de los parias de la historia: el resentimiento, racismo de gueto político.

No me gustan los secretos ajenos. Pero me interesan sus confesiones.

Obra de teatro: un hombre sin personalidad, y cambia según la imagen que los otros le proponen de sí mismo. Lamentable estropajo con su mujer. Inteligente y valiente con la que ama, etc. Llega un día en que las dos imágenes entran en conflicto. Por último:

La sirvienta: «El señor es muy bueno».

El: «Tenga, María, esto es para usted».

Poca gente capaz de *comprender* el arte.

En tiempos de Rembrandt los que pintan las batallas son los fabricantes.

París. La lluvia y el viento han arrojado las hojas del otoño a las avenidas. Se camina sobre una piel húmeda y leonada.

Conductor de taxi, negro, de una cortesía insólita en el París de 1950, me dice al pasar delante del Théâtre -

Français, bordeado por numerosos automóviles: «La casa de Molière está colmada esta noche».

Desde hace 2.000 años asistimos a la calumnia constante y perseverante del valor griego. El marxismo, en este punto, ha recogido la herencia del cristianismo. Y desde hace 2.000 años el valor griego resiste hasta el punto de que el siglo xx, bajo sus ideologías, es más griego y pagano que cristiano y ruso.

Los intelectuales hacen la teoría, las masas la economía. Finalmente, los intelectuales utilizan a las masas y, a través de ellos, la teoría utiliza a la economía. Por eso tienen que mantener el estado de sitio y la servidumbre económica para que las masas sigan siendo masas de manobra. Verdad es que la economía constituye la materia de la historia. Las ideas se conforman con conducirla.

Ya sabía la verdad sobre mí mismo y sobre los otros. Pero no podía aceptarla. Me retorció, quemado al rojo vivo por ella.

Los creadores. Primero tendrán que luchar, cuando se desencadene la catástrofe. Si se produce la derrota, los que hayan sobrevivido se irán a las tierras donde sea posible reunir los restos de la cultura: Chile, México, etc. Si obtienen la victoria, el peligro será mayor.

Siglo xviii: juzgar al hombre perfectible, es motivo ya de controversia. Pero juzgar, cuando se ha vivido, que el hombre es bueno...

Sí, tengo una patria: la lengua francesa.

Novela.

1. Toma de Weimar, o su equivalente, por los rayados²⁰.

2. En el campo un intelectual orgulloso es sometido en la celda de los escupitajos. A partir de ese momento, toda su vida consiste en esto: sobrevivir para poder matar.

Disolución del grupo²¹. Lazarevitch: «Nos queremos, es cierto. Pero somos incapaces de levantar el dedo meñique por lo que amamos. No somos impotentes. Pero rehusamos hacer hasta lo poco que podríamos hacer. Una reunión está de más si llueve, si hemos tenido una discusión en casa, etc.»

Deshonestidad del artista cuando simula creer en los principios democráticos. Porque entonces niega lo que hay de más profundo en su experiencia y lo que constituye la gran lección del arte: la jerarquía y el orden. Y no es menor la deshonestidad por ser sentimental. Lleva a la esclavitud de las fábricas o de los campos de concentración.

S. Weil tiene razón; lo que debe protegerse no es tanto la persona humana como las posibilidades que encierra. Y, además, dice: «No se entra en la verdad sin pasar previamente por la propia aniquilación, sin haber perma-

²⁰ Los «rayados»: sin duda se refiere a los deportados de los campos de concentración.

²¹ El grupo de los Enlaces Internacionales fundado para ayudar a las víctimas de todos los regímenes totalitarios.

necido durante largo tiempo en un estado de humillación total y extrema. La desgracia (un azar puede abolirme) es ese estado de humillación, y no el sufrimiento. Y añade: «El espíritu de justicia y el espíritu de verdad son una y la misma cosa».

El espíritu revolucionario rechaza el pecado original, y al hacerlo, se hunde en él. En cambio, el espíritu griego escapa al pecado original, porque no piensa en él.

Los locos en los campos de concentración. En libertad. Objeto de bromas crueles.

En Buchenwald, durante los apaleamientos, fuerzan a un cantante de ópera a cantar arias.

Id. Los testigos de Jehová se negaron a contribuir, en Buchenwald, a la colecta de ropa de lana para el ejército alemán.

En Hinzert, los prisioneros franceses llevaban dos mayúsculas en la ropa: HN: Hunde-Nation: nación de perros.

El comunismo tiene posibilidades en Francia, porque es una nación militar.

Pieza de teatro.

—Así es la honestidad. Hace el mal creyendo hacer el bien.

—Pero distingue.

El principio del derecho es el del Estado. Principio romano que el 89 reintrodujo en el mundo por la fuerza y contra el derecho. Hay que volver al principio griego que es la autonomía.

Texto sobre el mar. Las olas, saliva de los dioses. El monstruo marino, el mar por vencer, etc. Mi gusto desordenado por el placer.

Alexandre Jacob: «Una madre, sabes, es la humanidad».

Leibniz: «No desprecio casi nada».

23 de enero del 51 — Valence

Había gritado, exigido, exultado, desesperado. Pero un día, a los treinta y siete años, conocí la desgracia y supe lo que a pesar de las apariencias había ignorado hasta entonces. Hacia la mitad de mi vida de nuevo tuve que aprender penosamente a vivir solo.

Novela. «Yo, que desde hacía tiempo vivía acongojado en el mundo de los cuerpos, admiraba a quienes, como S. W., parecían sustraerse a él. Por mi parte, no podía imaginar un amor sin posesión y, por tanto, sin el sufrimiento humillante que toca en suerte a los que viven según el cuerpo. Llegaba hasta preferir en el ser amado la fidelidad del cuerpo, antes que la del alma y el corazón. Sabía que para la mujer ésta es condición de aquélla, y la exigía por eso, pero sólo como requisito de la posesión exclusiva que me importaba más que todo, cuya privación era una fuente infinita de torturas,

y que representaba para mí la salvación. Mi paraíso radicaba en la virginidad ajena.

Grasse, capital de los oficiales de peluquería.

Retomar tema tránsito del Helenismo al Cristianismo, verdadero y único cambio de la historia. Ensayo sobre el destino. (¿Némesis?)

Colección de ensayos filosóficos. Filosofía de la expresión + comentario primer libro *Ética* + reflexiones sobre Hegel (lecciones sobre filosofía de la historia) + ensayo Grenier + comentario *Apología* de Sócrates.

«La Libertad es un don del mar.» Proudhon.

Lo que tanto tiempo he buscado se vislumbra por fin. Morir se vuelve un consentimiento.

5 de febrero. Morir sin dejar arreglado nada, pero ¿quién muere con todo en regla, a no ser...? Asegurar por lo menos la paz de aquellos a quienes hemos amado... Uno mismo no merece nada, ni siquiera (y sobre todo) una muerte apacible.

Febrero de 1951. *El hombre rebelde*. He querido decir la verdad sin dejar de ser generoso. Esa es mi justificación.

Trabajos, etc. 1) Ensayo sobre el mar. Reunir libro de

ensayos: la Fiesta. 2) Prólogo a la edición americana del teatro. 3) Prólogo a la edición americana de los ensayos. 4) Traducción *Timón de Atenas*. 5) El amor por lo lejano. 6) La voz eterna.

Ignacio de Loyola: «La conversación es pecado si es desordenada».

Después de *El hombre rebelde*. El rechazo agresivo, obstinado, del sistema. En adelante, el aforismo.

Loyola. El género humano: «Esos hombres que se encaminan en masa al infierno».

Novela breve. La angustia de la muerte. Y se suicida.

Mezquina raza de escritores parisinos que cultivan lo que creen insolencia. Lacayos que al mismo tiempo imitan a los grandes y se burlan de ellos en la antecocina.

A veces deseaba la muerte violenta; como una muerte que dispensa de gritar contra el doloroso desprendimiento del alma. Otras veces soñaba con un fin largo y constantemente lúcido, para que por lo menos no se dijese que me había tomado desprevenido —y en mi ausencia— y para saber, al cabo... Pero uno se sofoca en la tierra.

1 de marzo de 1951

Difiriendo sus conclusiones, aún las que le parecen evidentes, es como progresa un pensador.

Una virtud espectacular que lleva a la negación de las propias pasiones. Una virtud más honda que lleva a equilibrarlas.

Mi robusta constitución para el olvido.

Si tuviera que morir ignorado del mundo, en el fondo de una fría mazmorra, el mar, en el último instante, invadiría mi celda, conseguiría elevarme por encima de mí mismo y me ayudaría a morir sin odio.

7 de marzo de 1951

Terminada la primera redacción de *El hombre rebelde*. Con este libro se cierran los dos primeros cielos. Treinta y siete años. Y ahora ¿puede ser libre la creación?

Todo logro significa una servidumbre. Obliga a otro más alto.

LA CAÍDA

Título original: La Chute (1956)
Traducción de Manuel de Lope

Caballero, ¿puedo proponerle mis servicios sin correr el riesgo de parecer inoportuno? Me temo que no logre hacerse entender por el estimado gorila que rige los destinos de este establecimiento. En efecto, sólo habla holandés. Si no me autoriza usted a defender su caso jamás adivinará que lo que usted desea es ginebra. Eso es, me atrevo a esperar que me ha entendido; ese gesto con la cabeza debe significar que se rinde ante mis argumentos. Allá va, en efecto, se apresura con sabia lentitud. Tiene usted suerte, no ha gruñido. Cuando se niega a servir le basta un gruñido: nadie insiste. El privilegio de los grandes animales es ser muy dueños de su estado de humor. Pero permítame que me retire, caballero, me alegro de que se sienta en deuda conmigo. Se lo agradezco y aceptaría si estuviera seguro de no ser pesado. Es usted demasiado amable. Me instalaré, pues, con mi vaso junto al suyo.

Tiene usted razón, su mutismo es ensorecedor. Es el silencio de los bosques primitivos, cargado a reventar. A veces me asombro de la obstinación que emplea nuestro taciturno amigo para ignorar las lenguas civilizadas. Su oficio consiste en recibir a marineros de todas las nacionalidades en este bar de Amsterdam, que por otra parte él mismo ha llamado «Mexico-City», vaya a saber por qué. ¿No es de temer que con tales obligaciones su ignorancia

sea incómoda? ¿Qué piensa usted? ¡Imagínese al hombre de Cromagnon hospedado en la torre de Babel! Lo menos que se puede decir es que sufriría algún tipo de desarraigo. Pero no, éste no siente su exilio, sigue su camino, nada le afecta. Una de las raras frases que he oído salir de sus labios fue para proclamar un: lo toma o lo deja. ¿Qué es lo que había que tomar o dejar? Sin duda alguna a nuestro propio amigo. Le confesaré que me siento atraído por estas criaturas hechas de una sola pieza. Cuando se ha meditado largamente sobre el hombre, por oficio o por vocación, se llega a sentir cierta nostalgia por los primates. Ellos no tienen segundas intenciones.

A decir verdad, nuestro patrón tiene algunas, aunque las cultive oscuramente. A fuerza de no entender lo que se dice en su presencia, ha desarrollado un carácter desconfiado. Y de ahí ese aspecto de gravedad recelosa, como si sospechara que al menos hay algo que no funciona como es debido entre los hombres. Esa disposición dificulta las discusiones que no conciernen a su trabajo. Por ejemplo, observe encima de su cabeza, en la pared del fondo, ese rectángulo vacío que indica el lugar de un cuadro descolgado. Allí había, en efecto, un cuadro, y un cuadro especialmente interesante, una auténtica obra maestra. Pues bien, yo estaba presente cuando el dueño de estos lugares lo recibió, y también cuando lo cedió. En ambos casos fue con igual desconfianza, después de semanas de rumiarlo. Hay que reconocer que en ese aspecto la sociedad ha estropeado un poco la franca sencillez de su naturaleza.

Advierta que no le juzgo. Considero que su desconfianza tiene fundamento y la compartiría con gusto si mi naturaleza comunicativa no se opusiera a ello, como usted ve. Soy hablador, vaya, y me relaciono fácilmente. Aunque sé conservar las convenientes distancias, aprovecho cualquier ocasión. Cuando vivía en Francia me resultaba imposible toparme con un hombre de ingenio sin que hubiera de relacionarme al momento con él. ¡Ah! Ya veo que reacciona ante ese imperfecto de subjuntivo.

Confieso mi debilidad por ese tiempo del verbo y por el lenguaje florido en general. Debilidad que llego a reprocharme, créame. Sé muy bien que la afición por la lencería fina no supone que se tengan los pies sucios. No es óbice. El estilo, como el popelín, a menudo disimula el eccema. Me consuelo diciéndome que, al fin y al cabo, los que mal hablan tampoco son puros. Pero bueno, sí, tomemos otra ginebra.

¿Será larga su estancia en Amsterdam? Bella ciudad ¿no es cierto? ¿Fascinante? Ése es un adjetivo que no oía desde hacía mucho tiempo. Desde que me fui de París, precisamente, hace años de eso. Pero el corazón posee su propia memoria y no he olvidado nada de nuestra bella capital, ni de sus muelles. París es un auténtico decorado, una soberbia escenografía en la que viven cuatro millones de siluetas. ¿Casi cinco millones según el último censo? Vamos, habrán tenido crías. No me extrañaría. Siempre me pareció que nuestros conciudadanos tenían dos manías furibundas: las ideas y la fornicación. A diestro y siniestro, por decirlo de algún modo. Pero guardémonos muy mucho de condenarlos; no son los únicos, toda Europa está en ello. A veces pienso en lo que dirán de nosotros los historiadores futuros. Una sola frase bastará para el hombre moderno: fornicaba y leía periódicos. Después de tan vigorosa definición, me atrevería a decir que el tema estará agotado.

Oh, no. Los holandeses son mucho menos modernos. Tienen tiempo, obsérveles. ¿Qué hacen? Pues bien, estos caballeros viven del trabajo de aquellas damas. Por otra parte, tanto los varones como las hembras son criaturas absolutamente burguesas, que han llegado a esta situación, como de costumbre, por mitomanía o por estupidez. En suma, por exceso o por falta de imaginación. De vez en cuando esos caballeros sacan el cuchillo o el revólver, pero no crea usted que lo hacen por gusto. Lo exige su papel, eso es todo, y se mueren de miedo cuando disparan sus últimos cartuchos. Dicho esto, les considero de más alta moralidad que los otros, los que matan

en familia, por desgaste. ¿No ha observado usted que nuestra sociedad está organizada para ese tipo de liquidación? Usted habrá oído hablar, naturalmente, de esos minúsculos peces de los ríos brasileños que atacan por millares al imprudente bañista y en algunos instantes, le limpian, con pequeños y rápidos mordiscos, hasta dejar el esqueleto immaculado. Pues bien, ésa es su organización. «¿Quiere usted una vida limpia? ¿Como todo el mundo?» Usted responde, sí, naturalmente. ¿Cómo responder que no? «De acuerdo. Le vamos a limpiar. Ahí tiene una profesión, una familia, tiempo de ocio organizado.» Y los menudos diente-cillos se lanzan a la carne, hasta el hueso. Pero creo que soy injusto. No hay por qué decir que ésa es su organización. Después de todo es la nuestra: todo está en ver quién limpiará al otro.

Por fin nos traen nuestra ginebra. Le deseo buena fortuna. Sí; el gorila ha abierto la boca para llamarme doctor. En estos países todo el mundo es doctor, o profesor. Les gustan las muestras de respeto, por bondad y por modestia. Al menos ellos no hacen de la maldad una institución nacional. Por otro lado, yo no soy médico. Por si quiere usted saberlo yo era abogado antes de venir aquí. Ahora soy juez-penitente.

Pero permítame que me presente: Jean-Baptiste Clamence, para servirle. Encantado de conocerle. ¿Sin duda está usted metido en el mundo de los negocios? ¿Más o menos? Excelente respuesta. Y prudente; siempre se está más o menos en todas las cosas. Veamos, permítame jugar a los detectives. Usted tiene más o menos mi edad, el ojo bien informado de los cuarentones que conocen más o menos las vueltas de las cosas, va usted más o menos bien vestido, es decir, como se suele estar entre nosotros, y tiene usted las manos delicadas. ¡Por consiguiente, más o menos un burgués! ¡Pero un burgués refinado! En efecto, reaccionar a los imperfectos de subjuntivo demuestra doblemente su cultura, en primer lugar porque los reconoce, y en segundo lugar porque le molestan. En fin, yo le entretengo, lo que supone, sin vanidad por mi parte,

cierta amplitud de espíritu. Usted es por lo tanto más o menos... ¿Pero qué importa? Las profesiones me interesan menos que las sectas. Permítame que le haga dos preguntas, y si las juzga indiscretas no responda. ¿Posee usted bienes? ¿Algunos? Bueno. ¿Los ha compartido usted con los pobres? No. Es usted por lo tanto lo que yo llamo un saduceo. Si usted no ha frecuentado las Escrituras, reconozco que tampoco le hubiera servido de mucho. ¿Le ha servido de algo? ¿Conoce pues las Escrituras? Decididamente, usted me interesa.

En lo que a mí respecta... Pues bien, juzgúelo usted mismo. Por la estatura, los hombros y este rostro del que a menudo me han dicho que era hostil, se diría más bien que tengo el aspecto de un jugador de rugby, ¿no es así? Pero si se considera la conversación, hay que concederme algún refinamiento. El camello que ha proporcionado el pelo para mi abrigo sin duda padecía sarna; por el contrario, tengo las uñas bien pulidas. Yo también estoy bien informado, y sin embargo me confío a usted sin precauciones, únicamente por su aspecto. En fin, a pesar de mis buenos modales y mi lenguaje florido, soy cliente habitual de las tabernas de marineros del Zeedijk. Vamos, no indague más. Mi oficio es doble, eso es todo, como la criatura. Ya se lo he dicho, soy juez-penitente. En mi caso una sola cosa está clara, no poseo nada. Sí, he sido rico; no, no compartí nada con los pobres. ¿Qué demuestra eso? Que también yo era un saduceo... ¡Oh! ¿Ha oído las sirenas del puerto? Esta noche habrá niebla sobre el Zuyderzee.

¿Se va usted ya? Discúlpeme por haberle quizá retenido. Si usted me lo permite no le dejaré pagar. En el «Mexico-City» está usted en mi casa, me siento especialmente feliz de haberle podido acoger. Mañana seguramente estaré aquí, como las demás tardes, y aceptaré gustoso su invitación. Su camino... Pues bien... ¿No sería más sencillo, no tendría usted inconveniente en que le acompañara hasta el puerto? Desde allí, rodeando el barrio judío, encontrará esas hermosas avenidas cargadas de flores y

de música atronadora por las que desfilan los tranvías. Su hotel se encuentra en una de ellas, el Damrak. Usted primero, por favor. Yo vivo en la judería, o en lo que así se llamaba hasta que nuestros hermanos hitlerianos despejaron el lugar. ¡Qué limpieza! Setenta y cinco mil judíos deportados o asesinados, es la limpieza por el sistema del vacío. ¡Admiro esa aplicación, esa metódica paciencia! Cuando no se tiene carácter hay que seguir un método. Aquí hizo maravillas, sin discusión, y yo vivo en el emplazamiento mismo de uno de los más grandes crímenes de la Historia. Quizá sea eso lo que me ayuda a comprender al gorila y su desconfianza. Así puedo luchar contra esa inclinación de mi naturaleza que me lleva irresistiblemente hacia la simpatía. Cuando veo una cara nueva, hay alguien en mí que tira de la alarma. «Peligro!; Frenar!» Incluso cuando más fuerte es el sentimiento de simpatía, estoy a la defensiva.

¿Sabe usted que en mi pueblo, en el curso de una acción de represalias, un oficial alemán rogó cortésmente a una anciana que se dignara escoger a uno de sus dos hijos para que fuera fusilado como rehén? Escoger ¿se imagina usted eso? ¿Éste? No, aquél. ¿Y verle marchar? No insistamos, pero créame caballero, todas las sorpresas son posibles. Conocí a una persona de corazón puro que rechazaba la desconfianza. Era pacifista, libertario, amaba con un mismo amor a la humanidad entera y a los animales. Un alma escogida, sí, de eso estoy seguro. Pues bien, durante las últimas guerras de religión europeas se retiró al campo. Sobre el dintel de su puerta escribió: «De dondequiera que vengas, entra y sé bienvenido». ¿Quién cree usted que respondió a esa hermosa invitación? Unos milicianos, que entraron como en su casa y le abrieron la barriga.

¡Oh! ¡Perdón, señora! No ha entendido nada. Cuánta gente, ¿eh? tan tarde, a pesar de que la lluvia no ha cesado desde hace días. Afortunadamente tenemos la ginebra, el único resplandor en estas tinieblas. ¿No siente usted la luz dorada, cobriza, que pone en su interior? Me

gusta caminar a través de la ciudad, por la noche, al calor de la ginebra. Camino noches enteras, sueño o converso interminablemente conmigo mismo. Como esta noche, sí, y temo abrumarle un poco, gracias, es usted muy amable. Pero es un aliviadero que rebosa; en cuanto abro la boca, desbordan las frases. Además este país me inspira. Me gusta esta gente que hormiguea por las aceras, arrinconados en un pequeño espacio entre casas y agua, rodeados por la bruma, las tierras frías, y el mar vaporoso como un lavadero. Me gustan porque son dobles. Están aquí y están en otra parte.

¡Sí! Al oír sus pasos ominosos sobre el empedrado gracioso, viéndoles pasar, macizos, entre sus comercios llenos de arenques dorados y de joyas color de hojas muertas, ¿puede usted creerse que están aquí esta noche? Es usted como todo el mundo, usted toma a esta buena gente por una tribu de procuradores y de comerciantes que cuentan sus florines lo mismo que sus posibilidades de vida eterna, y cuyo único lirismo consiste en seguir a veces, tocados con amplios sombreros, lecciones de anatomía. Se equívoca. Andan a nuestro lado, es cierto, y sin embargo vea usted dónde se hallan sus cabezas: en esa bruma de neón, de ginebra y de menta que desciende de los letreros rojos y verdes. Holanda es un sueño, caballero, un sueño de oro y de humo, más humeante durante el día, y más dorado la noche, y noche y día su sueño está poblado de Lohengrines como éstos, alejándose ensañadoramente sobre sus negras bicicletas de altos manillares, cisnes fúnebres que giran sin cesar, por todo el país, por todos los mares, a lo largo de los canales. Sueñan con la cabeza en las nubes cobrizas, giran en círculo, rezan, sonámbulos, en el incienso dorado de la bruma, y ya no están aquí. Se han ido miles de kilómetros más allá, hacia Java, la isla lejana. Rezan a esas deidades gesticulantes de Indonesia que adornan todos sus escaparates, y que rondan en este momento por encima de nosotros, antes de agarrarse, como simios suntuosos, a los letreros y a los tejados en forma de escalera para recordar a estos

colonos nostálgicos que Holanda no es solamente la Europa de los comerciantes, sino el mar, el mar que lleva a Cipango y a esas islas donde los hombres mueren locos y felices.

Pero creo que me estoy dejando arrastrar. ¡Esto es un alegato! Disculpe. La costumbre, caballero, la vocación, y también el deseo que siento de hacer que comprenda bien esta ciudad y la raíz de las cosas. Porque nos encontramos en el corazón de las cosas. ¿Ha observado usted que los canales concéntricos de Amsterdam se parecen a ¡os círculos del infierno? El infierno burgués, naturalmente, poblado de malos sueños. Cuando se llega de fuera, a medida que se cruzan esos círculos, la vida, y por lo tanto sus crímenes, se vuelve más espesa, más oscura. Aquí estamos en el último círculo. El círculo de los... ¡Ah! ¿Sabe usted eso? Demonios, resulta usted cada vez más difícil de clasificar. Pero entonces comprenderá usted por qué puedo decir que el centro de las cosas está aquí, aunque nos encontremos en un extremo del continente. Un hombre sensible comprende todas esas extravagancias. En todo caso los lectores de periódicos y los fornicadores no pueden ir más lejos. Llegan de todos los rincones de Europa y se detienen en torno al mar interior, sobre la ribera descolorida. Escuchan las sirenas, buscan en vano la silueta de los barcos en la bruma, después vuelven a cruzar los canales y regresan a través de la lluvia. Transidos, vienen a pedir ginebra en todos los idiomas al «Mexico-City». Allí es donde yo los espero.

Hasta mañana pues, caballero y querido compatriota. No, ahora podrá encontrar su camino; le dejo junto a ese puente. Por la noche nunca cruzo un puente. Es de resultas de un voto. Suponga en cualquier caso que alguien se tira al agua. Una de dos, o usted se va tras él para intentar pescarle, y en la estación fría se arriesga usted a lo peor, o bien le abandona a su suerte, y las zambullidas reprimidas dejan a veces extrañas crispaciones. ¡Buenas noches! ¿Cómo? ¿Esas señoras detrás de los escaparates? El sueño, caballero, el sueño a precio módico, el viaje a

las Indias. Esas damas se perfuman con especias. Usted entra, ellas corren las cortinas y la navegación comienza. Los dioses descienden sobre los cuerpos desnudos y las islas van a la deriva, enloquecidas, cubiertas de una desmelenada cabellera de palmeras al viento. Pruébelo.

¿Qué es un juez-penitente? ¡Ah! Le dejé intrigado con esa historia. No puse en ello malicia alguna, créame, y puedo expresarme con mayor claridad. En cierto sentido eso forma parte incluso de mis funciones. Pero en primer lugar tengo que exponerle cierto número de hechos que le ayudarán a comprender mejor mi relato.

Hace algunos años yo era abogado en París y, pardiez, un abogado bastante conocido. No le he dicho mi verdadero nombre, por supuesto. Yo tenía una especialidad: las causas nobles. El huérfano y la viuda, como suele decirse, no sé por qué, porque en definitiva hay viudas abusivas y huérfanos feroces. Sin embargo me bastaba con barruntar sobre algún acusado el más mínimo olor a víctima para ponerme las puñetas y entrar en acción. ¡Y qué acción! ¡Una tempestad! Yo tenía el corazón en la toga. De verdad, se hubiera podido pensar que la justicia dormía conmigo todas las noches. Estoy seguro de que usted hubiera admirado la exactitud de mi tono, la precisión de mi emoción, la persuasión y el calor, la indignación controlada de mis alegatos. La naturaleza se portó bien conmigo en cuanto al físico, la actitud noble me viene sin ningún esfuerzo. Además, me apoyaba en dos sentimientos de lo más sincero: la satisfacción de encontrarme en el buen lado de la barra y un desprecio instintivo hacia los jueces en general. Quizá ese desprecio no fuera

tan instintivo, después de todo. Ahora sé que tenía sus motivos. Pero visto desde fuera se parecía más a una pasión. No se puede negar que al menos de momento se necesitan jueces, ¿no es así? Sin embargo yo no alcanzaba a comprender que un hombre se destinara a ejercer esa sorprendente función. Como lo veía, lo admitía, pero algo así como aceptaba a los saltamontes. Con la diferencia de que las invasiones de ese ortóptero nunca me han hecho ganar un céntimo, mientras que yo me ganaba la vida dialogando con gente a la que despreciaba.

Pero en fin, yo estaba en el lado bueno y eso bastaba para la paz de mi conciencia. El sentimiento del derecho, la satisfacción de tener razón, la alegría de la propia estima, todo eso, mi querido caballero, son poderosos resortes que nos mantienen en pie o nos hacen avanzar. Si por el contrario usted priva a los hombres de eso los transforma en perros espumarajeados. ¡Cuántos crímenes se han cometido simplemente porque su autor no podía soportar el hecho de hallarse en falta! En otros tiempos conocí a un industrial que tenía una mujer perfecta, admirada de todos, y a la que sin embargo a menudo engañaba. Ese hombre rabiaba literalmente al sentirse culpable, al hallarse en la imposibilidad de recibir, o de otorgarse, un certificado de virtud. Cuantas más perfecciones mostraba su mujer más rabioso se ponía. Al final la culpa se le hizo insostenible. ¿Qué cree usted que pasó entonces? ¿Dejó de engañarla? No. La mató. Así fue como entré en relación con él.

Mi situación era más envidiable. No solamente no corría el riesgo de sumarme a) campo de los criminales (en particular no había ninguna posibilidad de que matara a mi mujer, yo era soltero), sino que además me encargaba de su defensa, bajo la sola condición de que fueran buenos asesinos, lo mismo que otros son buenos salvajes. La manera misma que yo tenía de llevar esa defensa me procuraba grandes satisfacciones. En mi vida profesional era verdaderamente irreprochable. Nunca acepté un soborno, por supuesto, y tampoco me rebajé nunca a realizar

solicitud alguna. Y algo más raro todavía, nunca me consentí halagar a ningún periodista para ponerlo de mi parte, ni a ningún funcionario cuya amistad me pudiera ser útil. Tuve incluso la suerte de que en dos o tres ocasiones me propusieran para la Legión de Honor, lo que pude rehusar con una dignidad discreta en la que yo encontraba mi verdadera recompensa. En fin, nunca hice pagar a los pobres y no fui proclamándolo a los cuatro vientos. No crea usted, mi querido caballero, que me jacto de todo eso. Mi mérito era nulo: la avidez, que en nuestra sociedad ocupa el lugar de la ambición, siempre me ha hecho refír. Yo apuntaba más alto: verá usted que, en lo que me concierne, la expresión es exacta.

Pero juzgue usted cuál sería mi satisfacción. Yo gozaba con mi propia naturaleza, y todos sabemos que en eso se basa la felicidad aunque, para apaciguarnos mutuamente, a veces finjamos condenar esos placeres calificándolos de egoísmo. Al menos gozaba de esa parte de mi naturaleza que reaccionaba con tanta precisión a la viuda y al huérfano que terminaba, a fuerza de ejercitarse, por reinar sobre toda mi vida. Por ejemplo, me encantaba ayudar a los ciegos a cruzar la calle. En cuanto veía de lejos un bastón que titubeaba antes de cruzar, me precipitaba, y me adelantaba a veces por un segundo a otra mano caritativa que ya se tendía. Apartaba del ciego cualquier otra compasión que no fuera la mía y le conducía con mano firme y cariñosa por el paso de peatones, entre los obstáculos de la circulación, hacia el puerto tranquilo de la acera de enfrente donde nos separábamos mutuamente emocionados. Y del mismo modo, siempre me ha gustado informar a los transeúntes en la calle, darles fuego, echar una mano a los carruajes demasiado pesados, empujar un automóvil averiado, comprar el periódico a un miembro del Ejército de Salvación, o las flores a la anciana florista aun sabiendo que las robaba en el cementerio de Montparnasse. También me gustaba, ¡ah, esto es más difícil de contar! también me gustaba dar limosna. Uno de mis amigos, gran cris-

tiano, reconocía que la primera sensación que se siente al ver a un mendigo acercándose a la propia casa es desagradable. Pues bien, yo era aún peor: yo me regocijaba. Pero dejemos eso.

Hablemos más bien de mi cortesía. Era célebre y sin embargo indiscutible. En efecto, la educación me procuraba grandes alegrías. Si algunas mañanas tenía la suerte de ofrecer mi sitio, en el autobús o en el metro, a quien a todas luces lo merecía, o recogía algún objeto que se le caía a alguna anciana y se lo devolvía con una sonrisa que tenía muy bien aprendida, o simplemente si cedía mi taxi a una persona con más prisa que yo, mi jornada se iluminaba. Tengo que decir que esos días de huelga de transportes públicos que me procuraban la ocasión de ofrecer sitio en mi coche, en las paradas de los autobuses, a algunos de mis desdichados conciudadanos que no podían regresar a sus casas, incluso me alegraba. Y en fin, dejar mi butaca en el teatro para permitir a una pareja acomodarse juntos, o colocar en un viaje las maletas de alguna joven en la red, demasiado alta para ella, eran otras tantas hazañas que yo realizaba más a menudo que los demás, por estar más atento a las ocasiones de poder hacerlo y porque ello me deparaba un placer que yo paladeaba con mayor gusto.

Tenía por ello fama de generoso y en efecto lo era. He dado mucho, en público y en privado. Pero lejos de sufrir cuando tenía que separarme de algún objeto o de una suma de dinero, obtenía con ello placeres constantes, el menor de los cuales no era una suerte de melancolía que, a veces, nacía en mí, considerando lo estéril de esas donaciones y la probable ingratitud que engendrarían. Tanto gusto me proporcionaba dar algo, que detestaba que me obligaran a ello. La exactitud en las cosas de dinero me aturdí y me prestaba a ello de mala gana. Me gustaba ser dueño de mi liberalidad.

Ésos no son más que pequeños rasgos, pero le ayudarán a comprender los continuos deleites que salpicaban mi vida, y sobre todo mi profesión. Por ejemplo, que la

mujer de un acusado al que hubiera defendido únicamente en virtud de la justicia o de la compasión, quiero decir gratuitamente, me abordara en los pasillos del Palacio de Justicia, oír decir a esa mujer que nada, no, nada podría compensar lo que uno había hecho por ellos, responder entonces que era lo natural, que cualquiera hubiera hecho lo mismo, ofrecer incluso una ayuda para capear los malos días venideros, y en fin, cortar después las efusiones y conservar así el tono adecuado, besar la mano de una mujer pobre y cortar allí, créame, mi querido caballero, que eso es llegar más alto que cualquier vulgar ambicioso y alzarse hasta ese punto culminante donde la virtud sólo se nutre de sí misma.

Detengámonos en esas cumbres. Ahora comprenderá lo que yo quería decir cuando hablaba de apuntar más alto. Me refería precisamente a esos puntos culminantes, los únicos en los que yo puedo vivir. Sí, jamás me he sentido a gusto de no ser en situaciones elevadas. Tenía necesidad de estar por encima, incluso en los detalles de la vida. Prefería el autobús al metro, los coches de punto a los taxis, los áticos a los entresuelos. Además de aficionado a los aviones deportivos donde se lleva la cabeza a cielo abierto, en los barcos yo era siempre el eterno paseante de las toldillas. En la montaña escapaba de los valles encajonados para subir a los cerros y a los collados; yo era hombre por lo menos de penillanura. Si el destino me hubiera obligado a escoger un oficio manual, tornero o chapista, puede usted estar seguro de que hubiera escogido subirme a los tejados y trabar amistad con el vértigo. Las bodegas, las sentinas, los subterráneos, las grutas me daban espanto. Profesaba incluso un odio especial a los espeleólogos que tenían la desfachatez de ocupar la primera página de los periódicos y cuyas proezas me asqueaban. Esforzarse por bajar a la cota menos ochocientos, corriendo el riesgo de encontrarse con la cabeza atascada en una chimenea rocosa (un sifón, como dicen esos inconscientes), me parecía una hazaña de gente pervertida o traumatizada. Había algo criminal en ello.

Muy al contrario. Un balcón natural, a quinientos o seiscientos metros por encima del mar todavía visible y bañado de luz, era el lugar donde yo respiraba mejor, sobre todo si me hallaba solo, muy por encima de las hormigas humanas. Me explicaba fácilmente que los sermones, las predicaciones decisivas o los milagros del fuego se hayan producido siempre en alturas accesibles. En mi opinión, nunca se ha producido ninguna meditación en los sótanos o en las celdas de las cárceles (a menos que se hallen situadas en una torre, con amplia vista); allí se enmohece. Y comprendería al hombre que, después de haber entrado en alguna orden, colgara el hábito si su celda, en lugar de dar sobre el vasto paisaje que esperaba, diera sobre un muro. En lo que a mí respecta, puede estar usted seguro que no echaría raíces allí. A cualquier hora del día, en mi fuero interno y en compañía ajena, yo escalaba las alturas, encendía allí fuegos visibles y un jubiloso saludo se elevaba hasta mí. Al menos así era como yo disfrutaba de la vida y de mis propias excelencias.

Afortunadamente mi profesión satisfacía esa vocación por las cumbres. Me despojaba de cualquier amargura respecto a mi prójimo, a quien tenía agradecido sin jamás deberle yo nada. Me situaba por encima del juez, a quien yo a mi vez juzgaba; y por encima del acusado, a quien obligaba al agradecimiento. Calibre usted bien eso, mi querido caballero: yo vivía impunemente. No me concernía ningún veredicto, yo no estaba en el estrado del juicio sino en algún lugar de la bóveda, como esos dioses que de vez en cuando se hacen bajar por medio de una máquina para transfigurar la acción y darle sentido. A fin de cuentas, vivir por encima sigue siendo la única manera de ser visto y saludado por una mayoría.

Por otra parte, algunos de mis buenos criminales obedecían, al matar, al mismo sentimiento. En la triste situación en que se encontraban, la lectura de los periódicos les proporcionaba sin duda una suerte de desdichada compensación. Como otros muchos hombres, no podían

soportar el anonimato, y en parte esa misma impaciencia les había podido conducir a los peores extremos. En resumen, para ser conocido basta con matar a la portera. Desgraciadamente se trata de una reputación efímera, dado el gran número de porteras que merecen y reciben una cuchillada. El crimen se halla continuamente en las candilejas del escenario, pero el criminal no aparece más que de forma fugitiva para ser sustituido al momento. Esos breves triunfos se pagan demasiado caro. Defender a nuestros desgraciados aspirantes a la fama se convertía, por el contrario, en ser verdaderamente conocido, al mismo tiempo y en los mismos lugares, pero por medios más económicos. Eso me animaba también a desplegar meritorios esfuerzos para que pagaran lo menos posible: lo que pagaban, lo pagaban un poco en mi lugar. La indignación, el talento, la emoción que yo invertía me desligaban, a cambio, de cualquier deuda con ellos. Los jueces castigaban, los acusados expiaban y yo, libre de cualquier deber, evitando tanto el juicio como la sanción, reinaba libremente en una luz edénica.

En efecto, mi querido caballero, ¿qué otra cosa era el Edén sino eso: la vida en directo? Así era la mía. Jamás he necesitado aprender a vivir. En ese aspecto, ya lo sabía todo al nacer. Hay gente cuyo problema reside en protegerse de los hombres, o al menos en arreglárselas con ellos. En lo que a mí se refiere, el arreglo estaba hecho. Siempre me hallaba a gusto, cordial cuando era necesario, silencioso sí era preciso, capaz de desenvoltura tanto como de gravedad. Grande era por ello mi popularidad e incontables mis éxitos sociales. Era agraciado de porte, era a la vez infatigable bailarín y erudito discreto, llegaba a amar simultáneamente a las mujeres y a la justicia, lo que no es fácil; practicaba los deportes y las bellas artes, y en fin aquí me detengo, para no hacerme sospechoso de complacencia a ojos suyos. Pero le ruego que imagine a un hombre en lo mejor de su vida, con perfecta salud, generosamente dotado, tan hábil en los ejercicios del cuerpo como en los de la inteligencia, ni pobre

ni rico, de buen dormir y profundamente satisfecho de sí mismo sin mostrarlo de ningún modo, salvo por una feliz sociabilidad. Admitirá entonces que le hable, con toda modestia, del éxito de una vida.

Sí, pocos seres han sido más naturales que yo. Mi sintonía con la vida era total; me adhería a lo que la vida era, de arriba abajo, sin rechazar ninguna de sus ironías, ni su grandeza ni sus servidumbres. En particular la carne, la materia, lo físico en una palabra, que desconcierta y desanima a tantos hombres en el amor o en la soledad, a mí me otorgaba, sin esclavizarme, mansas alegrías. Yo estaba hecho para tener un cuerpo. De ahí aquella armonía, aquel relajado dominio de mí que la gente notaba y que a veces me confesaban que les ayudaba a vivir. Se solicitaba por ello mi compañía. Por ejemplo, creían a menudo haberme conocido antes. La vida, sus criaturas y sus dones, salían a mi encuentro; yo aceptaba su homenaje con un orgullo benevolente. En verdad, a fuerza de ser hombre, con tanta plenitud y sencillez, me sentía un tanto superhombre.

Yo era de nacimiento honrado pero oscuro (mi padre era oficial), y sin embargo, confieso humildemente que ciertas mañanas me sentía hijo de rey, o zarza ardiente. Advierta usted que se trataba de algo diferente a la certeza en que vivía de ser más inteligente que todo el mundo. Por otro lado esa certeza no trae ninguna consecuencia, por el mismo hecho de ser compartida por tantos imbéciles. No, a fuerza de hallarme satisfecho, me sentía, y dudo en confesarlo, un elegido. Designado personalmente, entre todos, para aquel largo y constante éxito. Era, en suma, un efecto de mi modestia. Rehusaba atribuir ese éxito únicamente a mis méritos, y no podía creer que la conjunción, en una persona única, de cualidades tan diferentes y tan extremadas, fuera solamente resultado del azar. Por eso, viviendo feliz, me sentía de algún modo autorizado a aquella felicidad por un decreto superior. Después de haberle dicho que yo no tenía ninguna religión, se pecatará aún mejor de lo que había

de extraordinario en aquella convicción. Ordinaria o no, durante largo tiempo me elevó por encima del tren cotidiano de las cosas, y durante años floté, literalmente, y en verdad todavía conservo alguna nostalgia. Estuve flotando hasta la noche en que... Pero no, ése es otro asunto y lo tengo que olvidar. Además quizá exagero. Es cierto que me encontraba a gusto en todo, pero al mismo tiempo nada me satisfacía. Cada alegría me hacía desear otra. Iba de festejo en festejo. Llegaba a bailar durante noches enteras, más enloquecido cada vez con la gente y con la vida. Y a veces también, avanzadas esas noches en las que el baile y el alcohol ligero, y mi fogosidad, y la violenta liberación de todos, me arrojaban a un enajenamiento a la vez relajado y satisfecho, me parecía, en la fatiga extrema y por espacio de un segundo, que al fin comprendía el secreto de los seres y del mundo. Pero al día siguiente desaparecía la fatiga y con ella el secreto; y de nuevo me lanzaba. Así corría, siempre repleto, nunca harto, sin saber dónde detenerme, hasta el día, o más bien hasta la noche en que la música calló y se apagaron las luces. La fiesta en la que había sido feliz... Pero permítame que acuda a nuestro amigo el primate. Mueva la cabeza para darle las gracias, y sobre todo, beba conmigo, necesito su simpatía.

Ya veo que le asombra esta declaración. ¿Nunca ha sentido una súbita necesidad de simpatía, de ayuda, de amistad? Sí, por supuesto. Yo he aprendido a contentarme con la simpatía. Es más fácil de encontrar y además no compromete a nada. «Cuenta usted con toda mi simpatía» precede inmediatamente en el discurso interior a «y ahora ocupémonos de otra cosa». Es un sentimiento de presidente de Gobierno: se le puede obtener con facilidad después de las catástrofes. La amistad es menos simple. Se alcanza con dificultad y tiempo, pero cuando se consigue ya no hay manera de deshacerse de ella, hay que afrontarla. Aunque no vaya a creerse que sus amigos le telefonarán todas las noches, como deberían hacerlo, para averiguar si se trata precisamente de la noche en

que tiene pensado suicidarse, o simplemente para saber si necesita compañía, o si tiene ganas de salir. No, pierda usted cuidado, si telefonéan será la noche en que no está usted solo, cuando la vida es bella. Antes bien, le empujarían al suicidio en virtud de lo que uno se debe a sí mismo, según ellos. ¡El cielo nos guarde, estimado caballero, de los amigos que nos ponen por las nubes! Y respecto a aquellos cuya función es amarnos, quiero decir los familiares, los allegados (¡qué expresión!), ésa es otra canción. Siempre tienen la palabra justa, pero es como la palabra que da en el blanco: telefonéan como quien tira con carabina. Y saben apuntar. ¡Ah! ¡Esos Bazaine!

¿Cómo? ¿Qué noche? Tenga usted paciencia, volveré a ello. Además, en cierto modo sigo con mi tema, con esta historia de amigos y aliados. Mire usted, me han hablado de un hombre cuyo amigo había sido encarcelado y que todas las noches se acostaba en el suelo de su habitación para no disfrutar de un confort del que no disponía aquel a quien quería. ¿Quién, querido amigo, quién se acostará en el suelo por nosotros? ¿Si yo mismo sería capaz? Escuche, quisiera serlo y lo seré. Sí, algún día todos seremos capaces de ello y será la salvación. Pero no es fácil, porque la amistad es distraída, o al menos impotente. Lo que quiere, no lo puede. Quizá, pensándolo bien, no lo quiere lo suficiente. Quizá no amamos lo suficiente la vida. ¿Ha observado usted que sólo la muerte despierta nuestros sentimientos? ¡Cuánto queremos a los amigos que acaban de dejarnos! ¿No es cierto? ¡Cuánto admiramos a los maestros que ya no hablan porque tienen la boca llena de tierra! Entonces el homenaje brota espontáneamente, ese homenaje que quizá habían esperado de nosotros durante toda su vida. ¿Pero sabe usted por qué somos siempre más justos y generosos con los muertos? La razón es muy sencilla. Con ellos no tenemos obligaciones. Nos dejan libres, podemos tomarlos todo el tiempo que queramos, colocar el homenaje entre un cóctel y una querida afectuosa, a ratos perdidos, en suma. Si a algo nos obligan sería a la memoria, y tene-

mos la memoria demasiado corta. ¡No, el amigo que queremos es el muerto fresco, el muerto doloroso, queremos nuestra emoción, nos queremos a nosotros mismos, vaya!

Tenía yo un amigo al que evitaba lo más que podía. Me aburría un poco, y además era una persona bastante moral. Pero no pierda usted cuidado, cuando entró en la agonía nos volvimos a encontrar. No falté ni un solo día. Murió satisfecho de mí, apretando mis manos. Una mujer que coqueteaba conmigo en vano tuvo el buen gusto de morir joven. ¡Qué lugar entonces para ella en mi corazón! Y cuando además se trata de un suicidio... ¡Señor, qué delicioso toque a rebato! ¡El teléfono no para, el corazón rebosa, las frases voluntariamente breves se cargan de sobreentendidos, se domina la pena e incluso, sí, surge una pizca de autoacusación!

Así es el hombre, caballero, tiene dos rostros: no puede amar sin amarse. Observe a sus vecinos si por casualidad se produce una defunción en su inmueble. Dormitaban en su pequeña vida y de repente, el portero por ejemplo, se muere. Al momento se despiertan, se agitan, se informan, se compadecen. Un muerto en prensa y al fin comienza el espectáculo. Necesitan tragedia, qué quiere usted, ésa es su pequeña trascendencia, su estimulante. Además ¿cree que le hablo del portero por casualidad? Yo tenía uno, realmente desgraciado, un auténtico malvado, un monstruo de insignificancia y de rencor que hubiera desanimado a un franciscano. Ni siquiera le hablaba, pero su propia existencia comprometía mi satisfacción habitual. Murió y fui a su entierro. ¿Me explicará usted por qué?

Además, los dos días que precedieron a la ceremonia fueron de lo más interesante. La mujer del portero estaba enferma, acostada en su única habitación, y a su lado habían puesto la caja sobre unos caballetes. Teníamos que recoger el correo nosotros mismos. Abríamos y decíamos: «Buenos días, señora». Escuchábamos el elogio del desaparecido que la portera señalaba con el dedo y nos llevábamos el correo. Poco alegre todo ello ¿no le parece? Sin

embargo toda la casa desfiló por la portería, que apesta-
ba a fenol. Los inquilinos no enviaban a sus criados, no,
venían en persona para aprovechar la ocasión. Y también
venían los criados, pero a escondidas. El día del entierro
la caja era demasiado grande para la puerta de la porte-
ría. «Ay, mi querido, decía la portera desde su cama, con
una sorpresa compungida y encantada a la vez, qué gran-
de eras.» «No se preocupe, señora decía el maestro de
ceremonias, le pasaremos de lado y de pie.» Y le pasaron
de pie, y después le tumbaron, y fui el único que le
acompañó hasta el cementerio (junto con un antiguo por-
tero de cabaret que, según pude entender, bebía un Per-
nod todas las tardes con el difunto) y el único que arrojó
flores sobre un féretro cuyo lujo me asombró. Después
volví a visitar a la portera para recibir su agradecimiento
de trágica comedianta. ¿Qué razones hay detrás de todo
eso, dígame? Ninguna, salvo el estimulante.

Enterré también a un antiguo colaborador del Colegio
de abogados. Un ordenanza a quien se despreciaba bas-
tante, y al que yo siempre estrechaba la mano. Yo siem-
pre estrechaba todas las manos donde trabajaba, y más
bien dos veces que una. Aquella sencillez cordial me pro-
porcionaba, sin mucho esfuerzo, la simpatía de todos, ne-
cesaria para mi bienestar. El presidente ni se molestó en
acudir al entierro de nuestro ordenanza. Yo sí, y en vís-
peras de un viaje, lo que no pasó desapercibido. Sabía
exactamente que mi presencia sería advertida y favora-
blemente comentada. Por lo tanto comprenderá usted
que ni siquiera la nieve que cayó aquel día me hizo re-
troceder.

¿Cómo? Ya vamos llegando, no tema, además estoy en
ello. Pero antes déjeme señalarle que mi portera, que
para disfrutar mejor de su emoción se había arruinado
en crucifijos, caja de buen roble y agarraderas de plata,
se juntó un mes después con un chulo de buena voz. Él
le pegaba, se oían gritos espantosos, y al rato él abría la
ventana y cantaba su aria preferida: «¡Qué bellas son las
mujeres!». «Es el colmo» decían los vecinos. ¿El colmo

de qué, dígame? Bien, aquel barítono tenía en su contra todas las apariencias, y la portera también. Pero nada demuestra que no se quisieran. Nada demuestra tampoco que ella no quisiera a su marido. Además, cuando el chulo se fue, cansados la voz y el brazo, ella, mujer fiel, volvió a entonar los elogios del desaparecido. Después de todo, sé de otros que tienen las apariencias a su favor y que no son por ello ni más constantes ni más sinceros. Conocí a un hombre que entregó veinte años de su vida a una tonta, que le sacrificó todo, sus amistades, su trabajo, la decencia misma de su vida, y que un día reconoció que nunca la había amado. Se aburría, ese era el caso, se aburría como la mayor parte de la gente. Por eso había reunido todos los elementos de una vida de complicaciones y dramas. Tiene que suceder algo, ésa es la explicación de la mayor parte de los compromisos humanos. Tiene que suceder algo, incluso la servidumbre sin amor, incluso la guerra o la muerte. ¡Vivan pues los entierros!

Yo al menos no tenía esa excusa. Como reinaba no me aburría. La noche de la que le hablo, puedo decir incluso que me aburría menos que nunca. No, la verdad es que yo no deseaba que sucediera algo. Y sin embargo... Sabe usted, caballero, era un hermoso atardecer de otoño, tibio aún sobre la ciudad, húmeda ya por el Sena. Caía la noche, el cielo aún clareaba al oeste, pero se iba ensombreciendo, las farolas brillaban débilmente. YQ subía por los muelles de la margen izquierda hacia el Pont des Arts. Se veían los destellos del río entre los cajones de los libreros de lance. Había poca gente en los muelles: París cenaba ya. Iba pisando las hojas amarillas y polvorientas que recordaban aún el verano. El cielo se iba llenando poco a poco de estrellas que se descubrían brevemente al alejarse de una farola a otra. Yo paladeaba el retorno del silencio, la suavidad del anochecer, París vacío. Estaba contento. El día había sido bueno: un ciego, la reducción de pena que esperaba, el caluroso apretón de manos de mi cliente, algunas generosidades y, por la

tarde, una brillante improvisación delante de algunos amigos sobre la dureza de corazón de nuestra clase dirigente y la hipocresía de nuestras elites.

Entré en el Pont des Arts, desierto a aquella hora, para contemplar el río que apenas se adivinaba en la noche recién llegada. Dominaba la isla, frente al Vert-Galant. Me sentía invadido por un vasto sentimiento de poder y, cómo diría yo, de plenitud, que dilataba mi corazón. Me erguí, y cuando iba a encender un cigarrillo, el cigarrillo de la satisfacción, en aquel mismo momento, detrás de mí estalló una carcajada. Me di la vuelta bruscamente, sorprendido: no había nadie. Me acerqué a la barandilla: ni gabarras, ni barcasas. Me volví hacia la isla y de nuevo escuché la risa a mis espaldas, un poco más lejos, como si bajara con el río. Permanecí allí inmóvil. La risa fue menguando, pero aún pude escucharla claramente detrás de mí, procedente de ninguna parte, si no era de las aguas. Y al mismo tiempo pude oír los precipitados latidos de mi corazón. Quiero que me comprenda usted bien, aquella risa no tenía nada de misterioso; era una risa sana, natural, casi amistosa, las cosas en su sitio. Además, al poco rato ya no pude oír nada. Volví a los muelles. Tomé por la calle Dauphiné, compré cigarrillos que no necesitaba. Aquella noche llamé a un amigo que no estaba en su casa. Estaba dudando si salir cuando, de repente, oí reír bajo mis ventanas. Abrí. En efecto, unos jóvenes se despedían alegremente en la acera. Volví a cerrar las ventanas encogiéndome de hombros; a fin de cuentas tenía que estudiar un informe. Fui al baño a beber un vaso de agua. Mi rostro sonreía en el espejo, pero me pareció que mi sonrisa era doble...

¿Cómo? Discúlpeme, estaba pensando en otra cosa. Sin duda nos volveremos a ver mañana. Mañana, sí, eso es. No, no, no me puedo quedar más. Además, me llama a consulta aquel oso pardo que ve allí. Un hombre honrado, por supuesto, al que la policía hostiga malévolamente y por pura perversidad. ¿Le parece que tiene cara de asesino? Dé usted por seguro que es la cara de la pro-

fesión. También roba, y le sorprendería saber que ese hombre de las cavernas está especializado en el tráfico de cuadros. En Holanda todo el mundo es especialista en pintura y en tulipanes. Este, con su aspecto modesto, es autor del más célebre robo de cuadros. ¿Cuál? Quizá se lo diga. No se asombre de mis conocimientos. Aunque sea juez-penitente tengo mi violín de Ingres: soy el asesor jurídico de esta buena gente. He estudiado las leyes del país y he conseguido una clientela en este barrio, donde no se exigen títulos. No fue fácil, pero yo inspiro confianza ¿no es cierto? Tengo una risa franca, mi apretón de manos es enérgico, y ésas son buenas prendas. Además resolví algunos casos difíciles, en primer lugar por interés, y en segundo lugar por convicción. Sí se condenara en todas partes a los proxenetas y a los ladrones, la gente honrada, caballero, se creería todo el tiempo que es inocente. Y a mi juicio —ya estamos, ya estamos, ya llegamos al punto— es eso sobre todo lo que hay que evitar. De otro modo no habría de qué reírse.

La verdad, querido compatriota, es que le agradezco su curiosidad. Sin embargo mi historia no tiene nada de extraordinario. Ya que insiste, sepa usted que pensé un poco acerca de aquella carcajada durante algunos días, y después la olvidé. De tarde en tarde me parecía volver a oírla, en algún lugar dentro de mí. Pero la mayor parte del tiempo pensaba sin esfuerzo en otra cosa.

Sin embargo tengo que reconocer que no volví a poner los pies en los muelles de París. Cuando pasaba por allí, en coche o en autobús, en mi interior se hacía una especie de silencio. Creo que esperaba algo. Pero al cabo cruzaba el Sena, nada ocurría y yo respiraba otra vez. También tuve en aquella época algunos problemas de salud. Nada concreto, una suerte de abatimiento si quiere usted llamarlo así, cierta dificultad para recuperar mi buen humor. Acudí a algunos médicos que me recetaban reconstituyentes. Me reconstituía y después volvía a bajar. La vida se me hacía menos fácil: cuando el cuerpo está triste el corazón languidece. Me parecía que olvidaba en parte lo que nunca había aprendido y que sin embargo conocía tan bien, me refiero a vivir. Sí, creo que fue entonces cuando todo comenzó.

Pero tampoco esta noche me siento en forma. Tengo incluso dificultades para afinar mis frases. Me parece que

no hablo tan bien, y que mi discurso es menos firme. Sin duda es el tiempo. Se respira mal, el aire es tan pesado que oprime el pecho. ¿Vería algún inconveniente, querido compatriota, en que saliéramos a pasear un poco por la ciudad? Gracias.'

¡Qué hermosos son los canales por la noche! Me gusta el aroma de las aguas estancadas, el olor de las hojas muertas que maceran en el canal, y el hálito fúnebre que sube de las gabarras cargadas de flores. No, no, créame, ese gusto no tiene nada de mórbido. Al contrario, en mi caso procedo por propia decisión. El mérito está en que yo me obligo a admirar esos canales. Lo que más me gusta del mundo es Sicilia, ya ve usted, y además contemplada desde lo alto del Etna, a plena luz, y a condición de dominar la isla y el mar. También Java, pero en la época de los alisios. Sí, estuve allí en mi juventud. En general me gustan todas las islas. Es más fácil reinar en ellas.

Una casa deliciosa ¿no es cierto? La dos cabezas que ve ahí son de esclavos negros. Un emblema. La casa pertenecía a un negrero. ¡Ah! En aquellos tiempos nadie ocultaba su juego. Se tenía aguante, decían: «Vale, soy un hombre respetable, soy traficante de esclavos, vendo carne humana». ¿Imagina usted a alguien hoy día haciendo saber que ése es su oficio? ¡Menudo escándalo! Me parece oír desde aquí a mis colegas de París. Porque sobre esa cuestión no admiten compromisos, no dudarían en lanzar dos o tres manifiestos, incluso más. Pensándolo bien, yo añadiría mi firma a la suya. La esclavitud, ¡ah, no! ¡estamos en contra! Verse obligado a instaurarla en su casa, o en las fábricas, bien, eso entra dentro de un orden, pero jactarse de ello es el colmo.

Ya sé que es imposible dejar de dominar o de ser servido. Cada hombre necesita esclavos como necesita aire puro. Mandar es respirar, ¿no opina usted lo mismo? Incluso los más desdichados consiguen respirar. Al último en la escala social le queda su cónyuge, o su hijo. Si es soltero le queda un perro. Lo esencial, en suma, es poder

enfadarse sin que el otro tenga derecho a responder. «A un padre no se le responde», ya conoce la fórmula. En cierto sentido es muy singular. ¿A quién se respondería en este mundo si no a aquel a quien se ama? En otro sentido es convincente. Es necesario que alguien tenga la última palabra. De otro modo, a cualquier razón se puede oponer otra: no habría modo de terminar. El poder, por el contrario, permite decidir. Nos ha costado tiempo pero al fin lo hemos comprendido. Usted habrá podido observar, por ejemplo, que nuestra vieja Europa filosofa al fin como es debido. Ya no decimos como en los tiempos ingenuos: «Yo pienso así. ¿Cuáles son sus objeciones?» Nos hemos vuelto lúcidos. Hemos sustituido el diálogo por el comunicado. «Tal es la verdad, decimos. Puede usted discutirla, no nos interesa. Pero dentro de unos años vendrá la policía para demostrarle que tengo razón.»

¡Ah! ¡Nuestro querido planeta! Ahora todo está claro. Ya nos conocemos y sabemos de lo que somos capaces. Mire usted, yo mismo, para cambiar de ejemplo ya que no de sujeto, siempre he querido que me sirvieran con la sonrisa en los labios. Si la criada tenía la expresión triste me envenenaba el día. Tenía derecho a no estar alegre, por supuesto. Pero yo me decía que más le valía que hiciera su servicio riendo antes que llorando. De hecho, más me valía a mí. Sin embargo, sin ser deslumbrante, mi razonamiento no era del todo estúpido. Del mismo modo siempre me negaba a comer en los restaurantes chinos. ¿Por qué? Porque los asiáticos, cuando se callan delante de los blancos, siempre parecen desdeñosos. Naturalmente, al servir conservan ese aire. ¿Cómo poder disfrutar entonces del pollo laqueado, y sobre todo, al mirarlos, cómo pensar que uno tiene razón?

Por consiguiente, y que quede entre nosotros, la servidumbre, de preferencia sonriente, es inevitable. Pero no debemos reconocerlo. ¿No es mejor que quien no puede evitar tener esclavos les llame hombres libres? En primer lugar por un asunto de principios, y en segundo término

para que no se desesperen. Tienen derecho a esa compensación ¿no es cierto? De ese modo continuarán sonriéndonos y podremos conservar nuestra buena conciencia. Sin ello nos veríamos obligados a revisarlo todo, nos volveríamos locos de dolor, quizá incluso modestos, cualquier cosa es de temer. Y por ello, nada de emblemas, y éste es escandaloso. Además, si todo el mundo empezara a cantar, eh, si todo el mundo proclamara su verdadero oficio, su identidad, no sabríamos dónde meternos. Imagínese usted las tarjetas de visita: Dupont, filósofo cobarde, o propietario cristiano, o humanista adúltero, de verdad, hay donde escoger. ¡Pero sería un infierno! Sí, así debe ser el infierno: calles llenas de anuncios y ningún modo de explicarse. Clasificado de una vez por todas.

Usted por ejemplo, querido compatriota, piense un poco cuál sería su propio cartel. ¿Se calla? Vamos, ya me responderá después. En todo caso conozco el mío: dos rostros, un Jano encantador, y por encima el lema de la casa: «No se fíe». Y en mis tarjetas: «Jean-Baptiste Clamence: comediante». Fíjese, poco tiempo después de la noche de que le hablaba, descubrí algo. Cuando me despedía de algún ciego en la acera en la que le había ayudado a aterrizar, le saludaba. Aquel saludo con el sombrero no se dirigía a él, evidentemente, ya que no podía verlo. Entonces ¿a quién se dirigía? Al público. Después de la representación, los saludos. No está mal ¿eh? Otro día, por la misma época, respondí a un automovilista que me daba las gracias después de haberle ayudado, que nadie hubiera hecho tanto. Quería decir, por supuesto, que cualquiera hubiera hecho lo mismo. Pero aquel desafortunado lapsus se me quedó grabado en el corazón. De verdad, en lo relativo a la modestia no tenía rival.

Hay que reconocer humildemente, querido compatriota, que siempre he estado a punto de reventar de vanidad. Yo, yo, yo, ése era el estribillo de mi vida, eso era lo que se podía oír en todo lo que decía. Nunca he podido hablar de otro modo que alabándome, sobre todo si lo hacía con esa estrepitosa discreción cuyo secreto po-

seía. Cierto es que siempre he vivido libre y poderoso. Me sentía libre a ojos de todos sencillamente por la excelente razón de que no creía que nadie me igualara. Siempre me he creído más inteligente que cualquiera, ya se lo he dicho, pero también más sensible, más hábil, campeón de tiro, conductor incomparable, insuperable amante. Incluso en los ámbitos en los que no era difícil verificar mi inferioridad, como por ejemplo en el tenis, donde no era más que un correcto rival, me resultaba muy complicado no pensar que si tuviera tiempo para entrenarme, superaría a los primeros de la serie. Únicamente verificaba mis superioridades, lo cual explicaba mi benevolencia y mi serenidad. Cuando me ocupaba de otra persona era por pura condescendencia, de forma absolutamente libre, y todo el mérito recaía en mí: subía un escalón más en el amor que me tenía.

Descubrí esas evidencias, junto con algunas otras verdades, poco a poco, en el periodo que siguió a la noche de la que le he hablado. No de inmediato, no, ni tampoco de forma muy clara. Fue necesario primero recuperar la memoria. Luego, por etapas, empecé a ver más claro, aprendí un poco de lo que ya sabía. Hasta entonces siempre me había ayudado un asombroso poder de olvido. Lo olvidaba todo, y en primer lugar mis resoluciones. En el fondo, nada tenía importancia. Guerra, suicidio, amor, miseria..., por supuesto que les prestaba atención cuando las circunstancias me obligaban a ello, pero de una manera cortés y superficial. A veces afectaba apasionarme por alguna causa ajena a lo más cotidiano de mi vida. Sin embargo, en el fondo no participaba en aquello, salvo en caso de que mi libertad se viera afectada, por supuesto. ¿Cómo decirle? Aquello me resbalaba. Todo resbalaba por encima de mí.

Seamos justos: a veces también ocurría que mis olvidos fueran meritorios. Habrá podido observar que hay gente cuya religión consiste en perdonar todas las ofensas, y de hecho las perdonan, pero no las olvidan nunca. Yo no estaba hecho de la fibra de los que perdonan las

ofensas, pero siempre acababa por olvidarlas. Y alguno de los que creían que yo le detestaba no llegaba a creerse que yo le saludara con una amplia sonrisa. Entonces, según su naturaleza, admiraba mi grandeza de espíritu o despreciaba mi cobardía sin pensar que mis motivos eran más sencillos: me había olvidado hasta de su nombre. La misma deficiencia que me hacía indiferente o ingrato me volvía entonces magnánimo.

Por eso vivía sin más continuidad que la del día a día, la del yo al yo. Día a día de las mujeres, día a día de la virtud o del vicio, día a día como los perros, pero yo mismo todos los días, sólido, en mi sitio. Avanzaba así por la superficie de la vida, sobre las palabras, por decirlo de algún modo, nunca sobre la realidad. ¡Tantos libros apenas leídos, tantos amigos apenas amados, tantas ciudades apenas visitadas, tantas mujeres apenas poseídas! Hacía gestos por aburrimiento o por distracción. Los seres pasaban, querían agarrarse, pero no encontraban asidero y era una desgracia. Para ellos. Porque en cuanto a mí, yo lo olvidaba. Nunca me acordé más que de mí mismo.

Sin embargo poco a poco me fue volviendo la memoria. O mejor dicho, yo volví a ella, y encontré el recuerdo que me esperaba. Antes de hablarle de ello, permítame, querido compatriota, que le proporcione algunos ejemplos (que estoy seguro le serán de utilidad) de lo que pude descubrir en el curso de mi exploración.

Un día, conduciendo mi automóvil, tardé un segundo en arrancar ante un semáforo en verde, mientras mis pacientes conciudadanos desataban sin tardanza sus bocinas a mis espaldas, y entonces me acordé de repente de otra aventura acaecida en las mismas circunstancias. Una motocicleta conducida por un hombre pequeño, seco, con monóculo y pantalón de golf, me adelantó y se puso delante de mí en un semáforo en rojo. Al pararse, el motor de mi hombrecito se calentó y él se afanaba en vano en devolverle el aliento. Cuando el semáforo pasó al verde le pedí, con mi habitual cortesía, que se hiciera a un lado para permitirme el paso. El hombrecito seguía poniendo-

se nervioso mientras su motor tosía. Entonces me respondió, según las reglas de la cortesía parisiense, que cerrara el pico. Insistí, siempre cortésmente, pero con una pequeña inflexión de impaciencia en la voz. Al momento me hizo saber que, de todos modos, me podía ir a hacer gárgaras. Mientras tanto se empezaron a oír detrás algunas bocinas. Entonces rogué a mi interlocutor con mayor firmeza que fuera algo más educado y considerara que estorbaba la circulación. El irascible personaje, exasperado sin duda por la evidente mala voluntad de su motor, me informó que si yo deseaba lo que él llamó una somanta, él me la serviría con mucho gusto. Tanto cinismo me llenó de furor y salí de mi automóvil con intención de tirar de las orejas a aquel deslenguado. No creo ser cobarde (¡pero qué cosas no cree uno!), le sacaba una cabeza a mi adversario y mis músculos siempre me han respondido bien. Todavía creo que hubiera sido yo quien le hubiera servido la dicha somanta en vez de recibirla. Pero apenas me hallaba en la calzada cuando un hombre que salió del grupo que había empezado a formarse, se precipitó hacia mí, me aseguró que yo era un mamarracho y que no permitiría que golpeará a un hombre que tenía una motocicleta entre las piernas y que por consiguiente se encontraba en desventaja. Hice frente a aquel mosquetero, y lo cierto es que ni siquiera le vi. En efecto, apenas había vuelto la cabeza cuando, casi al mismo tiempo, oí de nuevo las explosiones de la motocicleta y recibí un violento golpe en la oreja. Antes de que tuviera tiempo de saber lo que había pasado la motocicleta se alejó. Atontado, me acerqué a aquel D'Artagnan cuando simultáneamente se elevó un exasperado concierto de bocinas de la considerable fila de vehículos que había empezado a formarse. Volvió el semáforo al verde. Entonces, todavía algo despistado, en lugar de sacudir al imbécil que se había metido por medio, regresé dócilmente a mi coche y arranqué, mientras a mi paso el imbécil de marras me saludó con un «pobre idiota» que todavía recuerdo.

¿Dirá usted que se trata de una historia sin importancia? Sin duda alguna. Lo importante es que tardé mucho en olvidarla, sencillamente. Sin embargo no me faltaban excusas. Me había dejado golpear sin responder, pero no podía ser acusado de cobardía. Sorprendido, interpelado por ambos lados, lo mezclé todo y las bocinas culminaron mi confusión. A pesar de ello me sentí desgraciado, como si mi honor hubiera quedado en entredicho. De nuevo me veía volviendo a subir a mí coche, sin reacción, bajo la mirada irónica de una muchedumbre tanto más encantada cuanto que yo llevaba, lo recuerdo bien, un traje azul muy elegante. Volvía a escuchar el «¡pobre idiota!», que de todos modos me parecía justificado. En resumen, me había acobardado en público. Debido a una serie de circunstancias, es cierto, pero siempre hay circunstancias. Pasado el asunto sabía perfectamente lo que hubiera debido hacer. Me veía arrojando al suelo a D'Artagnan de un buen gancho, volviendo a subir al coche, a perseguir al chulillo que me había golpeado, alcanzarle, arrinconar su moto contra la acera, sacarle a un lado y suministrarle la paliza que tan bien merecida tenía. Hice pasar cien veces en mi imaginación esta pequeña película con algunas variantes. Pero era demasiado tarde y durante unos cuantos días tuve que mascar el maldito resentimiento.

Vaya, de nuevo cae la lluvia. Parémonos debajo de ese porche, por favor. Bien. ¿En dónde estaba? ¡Ah, sí! ¡El honor! Pues bien, cuando me volví a tropezar con el recuerdo de esta aventura comprendí lo que significaba. En resumen, mi sueño no había resistido la confrontación con los hechos. Entonces se vio a las claras que yo había soñado ser un hombre completo, que se hacía respetar tanto en su persona como en su profesión. Mitad Cerdan, mitad De Gaulle, si usted quiere. Resumiendo, quería dominar en todos los planos. Por eso era por lo que yo me daba ciertos humos y ponía un punto de coquetería en mostrar mi habilidad física antes que mis dotes intelectuales. Pero después de haber sido golpeado

en público sin reaccionar ya no me era posible cultivar esa bella imagen de mí mismo. Si hubiera sido realmente ese amigo de la verdad y de la inteligencia que yo pretendía ser, ¿qué me hubiera importado aquella aventura ya olvidada por quienes habían sido sus espectadores? Apenas me hubiera acusado a mí mismo de haberme enfadado por nada, de no haber sabido plantar cara a las consecuencias de mi cólera, por falta de presencia de ánimo. En lugar de eso, ardía en deseos de tomarme la revancha, de golpear y vencer. Como si mi verdadero deseo no fuera ser la criatura más inteligente o más generosa de la tierra, sino únicamente pegar a quien yo quisiera, y en fin, ser el más fuerte y de la forma más elemental. Usted sabe bien que lo cierto es que todo hombre inteligente sueña con ser un gángster y dominar a la sociedad mediante la violencia. Como eso no es tan fácil como lo puede hacer creer la lectura de novelas especializadas, generalmente se recurre a la política y se acude al partido más cruel. ¿Qué importa la humillación del propio espíritu si por ahí se llega a dominar a todo el mundo? ¿No es cierto? Había descubierto en mí dulces sueños de opresión.

Al menos sabía que no me encontraba del lado de los culpables, de los acusados, salvo en la medida exacta en que su falta no me causaba ningún perjuicio. Su culpabilidad me volvía elocuente porque yo no era su víctima. Cuando yo me veía amenazado, no solamente me convertía en juez a mi vez, sino en algo más: en un señor irascible que quería, por encima de cualquier ley, golpear al delincuente y ponerle de rodillas. Después de eso, querido compatriota, resulta muy difícil seguir creyendo seriamente en una vocación de justicia y en ser el defensor predestinado de la viuda y el huérfano.

Ahora que la lluvia arrecia y tenemos tiempo, ¿me atrevería a confiarle un nuevo descubrimiento que hice poco después en mi memoria? Sentémonos aquí al resguardo, ahí, en ese banco. Hace siglos que los fumadores de pipa contemplan desde aquí la misma lluvia cayendo

sobre el mismo canal. Lo que tengo que contarle es un poco más difícil. Esta vez se trata de una mujer. Ante todo ha de saber que siempre he tenido éxito con las mujeres, sin grandes esfuerzos. No digo tener éxito en hacerlas felices, ni siquiera en llegar a ser feliz con ellas. No, simplemente tener éxito. Lograba mis fines más o menos cuando me lo proponía. Al parecer yo tenía encanto, ¡imagínese usted! Ya sabe lo que es el encanto: una forma de oír una respuesta afirmativa sin haber dirigido ninguna pregunta precisa. Eso me pasaba a mí en tiempos. ¿Le sorprende? Vamos, no lo niegue. Es muy natural, con el aspecto que tengo ahora. ¡Así es! Después de cierto tiempo todo hombre es responsable de su rostro. El mío... ¡Pero qué importa! El hecho es ése, pensaban que yo tenía encanto y yo me aprovechaba.

Sin embargo yo no obraba con ningún cálculo, actuaba de buena fe, o casi. Mi relación con las mujeres era natural, cómoda, fácil como suele decirse. En ella no había trucos, o bien únicamente esos trucos ostensibles que ellas consideran como un homenaje. Como reza el término consagrado, las amaba, lo que viene a querer decir que nunca amé a ninguna. La misoginia siempre me ha parecido vulgar y necia, y casi todas las mujeres que he conocido he estimado que eran mejores que yo. Sin embargo, colocándolas tan alto, las he utilizado más que las he servido. ¿Quién lo entiende?

Por supuesto, el verdadero amor es excepcional, hay dos o tres por siglo aproximadamente. El resto del tiempo hay vanidad o aburrimiento. Yo en todo caso no era la Monja portuguesa. No tengo el corazón seco, sino antes bien, lleno de ternura, y además con lágrimas fáciles. Únicamente ocurre que mis impulsos se tornan siempre hacia mí, mi ternura me concierne. Al final es falso que yo no haya amado nunca. En mi vida he experimentado al menos un gran amor, y su objeto siempre he sido yo. Desde ese punto de vista, después de las inevitables dificultades de la primera juventud, enseguida supe dónde estaba: la sensualidad, y únicamente la sensualidad, reina-

ba en mi vida amorosa. Solamente buscaba los objetos de placer y de conquista. Además, me ayudaba a ello mi compleción: la naturaleza fue generosa conmigo. Estaba no poco orgulloso de todo ello y obtenía muchas satisfacciones que no sabría decir si procedían del placer o del prestigio. Bueno, va usted a repetir que me estoy alabando de nuevo. No lo negaré y me siento tanto menos orgulloso cuanto que en esto me alabo de lo que es cierto.

Pero hablando únicamente de mi sensualidad, era tan real en todos los casos que incluso hubiera renegado de mi padre y de mi madre por una aventura de diez minutos, aunque hubiera de lamentarlo amargamente. ¡Qué digo! Sobre todo por una aventura de diez minutos, y más aún si existiera la certeza de que no tendría futuro. Por supuesto, yo tenía principios, por ejemplo que la mujer de los amigos era sagrada. Con toda sinceridad, algunos días antes dejaba, simplemente, de tener amistad con los amigos. ¿Debería llamar a eso sensualidad? La sensualidad no es repugnante. Seamos indulgentes y llámémoslo enfermedad, una especie de incapacidad congénita para ver en el amor otra cosa que algo que se hace. Además, esa enfermedad resultaba cómoda. Conjugándose con mi capacidad de olvido, favorecía mi libertad. Y en el mismo envite, por cierto aire de alejamiento y de irreductible independencia que me proporcionaba, hallaba ocasión de nuevos éxitos. A fuerza de no ser romántico, suministraba un sólido alimento a lo novelesco. En efecto, nuestras amigas comparten con Bonaparte la idea de que siempre piensan que triunfarán donde todos los demás han fracasado.

Además, en esos intercambios satisfacía algo más que mi sensualidad: mi afición al juego. En las mujeres apreciaba a las compañeras de cierta clase de juego que al menos tiene el sabor de la inocencia. Sabe usted, no soporto "aburrirme y en la vida sólo aprecio los recreos. Cualquier compañía, incluso brillante, me abruma rápidamente, cuando jamás me he aburrido con las mujeres que me

gustaban. Me cuesta confesarlo, pero hubiera dado diez conversaciones con Einstein a cambio de una primera cita con una linda corista. Cierto que a la décima cita suspiraría por Einstein o por sólidas lecturas. En suma, sólo me he preocupado de los grandes problemas en los intervalos de mis pequeños desvarios. Y cuántas veces, de pie en la acera, en el cogollo de una apasionada discusión con amigos, perdía el hilo del razonamiento que se estaba exponiendo porque en el mismo momento una mujer de armas tomar cruzaba la calle.

Por consiguiente, jugaba a ese juego. Sabía que a ellas les gustaba que no se fuera demasiado directamente al asunto. En primer lugar había que dar conversación, ternura, como ellas dicen. Siendo abogado no me faltaban discursos, ni me faltaban atenciones, porque en mi regimiento fui aprendiz de actor. A menudo cambiaba de papel, pero siempre se trataba de la misma obra. Por ejemplo, el número del atractivo incomprensible, del «no sé qué», del «no hay motivos, no deseaba verme atraído, estaba cansado del amor y sin embargo, etc.», siempre era eficaz, a pesar de ser uno de los más viejos del repertorio. Estaba también el de la felicidad misteriosa que ninguna otra mujer le ha dado jamás, que quizá no tiene porvenir, que incluso seguramente no lo tiene (nunca se toman suficientes precauciones), pero que precisamente por ello es irremplazable. Yo había perfeccionado sobre todo un pequeño monólogo, siempre bien recibido, y que estoy seguro que merecerá su aplauso. Lo esencial de ese fragmento se basaba en la afirmación dolorosa y resignada de que yo no era nada, que no valía la pena vincularse a mí, que mi vida no estaba aquí, que no conducía a la felicidad de todos los días, una felicidad que, quizás, hubiera preferido a cualquier cosa, pero para la que desgraciadamente era demasiado tarde. Guardaba el secreto sobre las razones de ese decisivo retraso, sabiendo que resulta mejor acostarse con el misterio. Además, en cierto sentido yo creía en lo que contaba, vivía mi papel. Entonces no debe sorprenderle que mis compañeras

también se pusieran a recorrer al escenario. Mis amigas más sensibles se esforzaban por comprenderme y ese esfuerzo las llevaba a melancólicos desfallecimientos. Las demás, satisfechas al ver que yo respetaba las reglas del juego y que tenía la delicadeza de hablar antes de obrar, pasaban sin más demora a los actos. Entonces ganaba yo, y ganaba dos veces, porque además del deseo que tenía de ellas satisfacía el amor que sentía por mí mismo, verificando una vez más mis hermosos poderes.

Tan cierto es esto que aun si ocurría que algunas no me proporcionaran más que un mediocre placer, trataba sin embargo de volver a relacionarme con ellas de tarde en tarde, sin duda impulsado por ese deseo singular que favorece la ausencia seguida de una complicidad bruscamente reencontrada, pero también para verificar que nuestros lazos aún se mantenían y que sólo dependía de mí estrecharlos de nuevo. A veces llegaba incluso a hacerlas jurar que no se entregarían a ningún otro hombre, para apaciguar de una vez por todas mi inquietud a ese respecto. Sin embargo el corazón no participaba de esa inquietud, ni tampoco la imaginación. En efecto, hasta tal punto se había encarnado en mí cierto tipo de presunción que tenía dificultades para imaginar, incluso delante de la evidencia, que una mujer que hubiera sido mía pudiera pertenecer a otro jamás. Pero aquel juramento que me hacían, al ligarlas, me liberaba de ellas. Desde el momento en que no pertenecían a nadie, podía entonces decidirme a romper, lo que de otro modo me era casi imposible. En lo que las concernía, la verificación se hacía de una vez por todas y mi poder quedaba asegurado por un buen lapso de tiempo. ¿Curioso, no? Así es, sin embargo, querido compatriota. Unos gritan: «¡Ámame!». Otros: «¡No me ames!». Pero cierta raza, la peor y la más desdichada grita: «¡No me quieras, y séme fiel!».

Pero, bueno, lo único que sucede es que la verificación nunca es definitiva, con cada persona hay que volver a empezar. Y a fuerza de volver a empezar se contraen ciertas costumbres. Muy pronto el discurso viene

sin pensar en ello, sigue el reflejo: un día uno se encuentra en la situación de poseer sin verdaderamente desearlo. Para ciertas personas al menos, créame, no poseer lo que no se desea es la cosa más difícil del mundo.

Eso es lo que sucedió un día, y de nada sirve que le diga quién era ella, salvo que, sin turbarme de verdad, me había atraído por su aspecto pasivo y ávido. Fue francamente mediocre, como era de esperarse. Pero no he tenido nunca complejos y pronto olvidé a aquella persona, que no volví a ver. Pensé que no se había dado cuenta de nada, y ni siquiera imaginaba que se hubiera podido formar una opinión. Además, a mis ojos su aspecto pasivo la separaba del mundo. Sin embargo, algunas semanas después me enteré de que había confiado mis insuficiencias a una tercera persona. De momento tuve algo así como la sensación de que me habían engañado; no era tan pasiva como yo creía y no le faltaba capacidad de juicio. Después me encogí de hombros e hice ademán de reír. Incluso reí de verdad; estaba claro que aquel incidente no tenía importancia. ¿No es la sexualidad, con todo lo que tiene de imprevisible, un ámbito en que la norma debe ser la modestia? Pero no, de lo que se trata es de ver quién saca más, incluso en solitario. A pesar de encogerme de hombros ¿cuál fue, en efecto, mi conducta? Un poco más tarde volví a ver a aquella mujer, hice lo que había que hacer para seducirla y conquistarla verdaderamente. No fue muy difícil: tampoco a ellas les gusta quedarse con un fracaso a las espaldas. A partir de aquel instante, sin quererlo verdaderamente, me puse de hecho a mortificarla de todas las formas posibles. La abandonaba y la volvía a tomar, la obligaba a entregarse en todo momento y en lugares que no se prestaban a ello, la trataba de manera tan brutal, en todos los aspectos, que acabé por atarme a ella como imagino que el carcelero se ata a su prisionero. Y así hasta el día en que, en el desorden violento de un placer doloroso y obligado, rindió homenaje en voz alta a quien la esclavizaba. A partir de aquel día empecé a alejarme de ella. Después, la olvidé.

A pesar de su silencio cortés, estoy de acuerdo con usted en lo poco brillante de esta aventura. Piense sin embargo en su vida, querido compatriota. Rastree en su memoria, quizá encuentre alguna historia parecida que me contará después. En lo que a mí respecta, cuando este asunto me volvió a la mente, me eché a reír de nuevo. Pero era otra clase de risa, bastante parecida a la que había oído en el Pont des Arts. Me reía de mis discursos y de mis alegatos. Y más aún de mis alegatos que de mis discursos a las mujeres. Al menos a éstas las engañaba poco. En mi actitud el instinto hablaba claramente, sin falsas escapatorias. El acto de amor, por ejemplo, es una confesión. El egoísmo grita ostensiblemente, se exhibe la vanidad, o bien se revela la auténtica generosidad. Al fin y al cabo, yo había sido más franco en esta lamentable historia de lo que pensaba; más aún que en otras intrigas yo había dicho quién era y cómo podía vivir. A pesar de las apariencias yo era incluso más digno en mi vida privada, y sobre todo cuando me comportaba como le he dicho, más digno que en mis grandes discursos profesionales sobre la inocencia y la justicia. Al menos, al verme actuar con personas, no podía equivocarme sobre la verdad de mi naturaleza. Ningún hombre es hipócrita en sus placeres, querido compatriota, no sé si lo he leído o lo he pensado.

Así, cuando consideraba la dificultad que tenía para separarme definitivamente de una mujer, dificultad que me llevaba a tantas relaciones simultáneas, yo no acusaba a la ternura de mi corazón. No era eso lo que me impulsaba a actuar cuando alguna de mis amigas se cansaba de esperar el Austerlitz de nuestra pasión y hablaba de retirarse. Al momento era yo el que daba un paso adelante, el que cedía, el que se volvía elocuente. Despertaba en ella la ternura y la suave debilidad del corazón, y yo no sentía más que las apariencias, sencillamente un poco excitado por aquel rechazo, alarmado también por la posible pérdida de un afecto. A veces creía sufrir de verdad, es cierto. Bastaba sin embargo que la rebelde se fuera

verdaderamente para que yo la olvidara sin esfuerzo, lo mismo que la olvidaba teniéndola cerca de mí si por el contrario había decidido regresar. No, no era el amor ni la generosidad lo que me aguijoneaba cuando me hallaba en peligro de verme abandonado, sino únicamente el deseo de ser amado y recibir lo que, en mi opinión, se me debía. En cuanto volvía a ser amado y olvidaba de nuevo a mi compañera, volvía a brillar, me encontraba como nunca, me volvía simpático.

Advierta además que ese afecto, en cuanto lo ganaba otra vez, volvía a pesarme. Entonces, en mis momentos de hastío, me decía que la solución ideal sería la muerte de la persona que me interesaba. Por una parte esa muerte hubiera congelado definitivamente nuestros lazos, y por otra parte nos hubiera liberado de nuestras obligaciones. Pero no se puede ir deseando la muerte de todo el mundo, ni, llegado el caso, despoblar el planeta entero para gozar de una libertad que de otro modo resulta inimaginable. Mi sensibilidad y mi amor por el género humano se oponían.

El único sentimiento profundo que llegaba a experimentar en esas intrigas era la gratitud cuando todo iba bien, y al tiempo que se me dejaba en paz, tenía libertad para ir y venir, tanto más amable y alegre con una cuanto que acababa de salir de la cama de otra, como si extendiera a todas las mujeres la deuda que acababa de contraer con una de ellas. Por otro lado, cualquiera que fuese la aparente confusión de mis sentimientos, el resultado obtenido estaba claro: mantenía a mi alrededor todos los afectos para utilizarlos cuando quisiera. Por ello, confieso que sólo podía vivir a condición de que en toda la tierra, todos los seres vivientes, o el mayor número posible, se volvieran hacia mí, eternamente desocupados, privados de vida independiente, listos para responder a mi llamada en cualquier momento, designados finalmente para permanecer en la esterilidad hasta el día en que yo me dignara favorecerles con mi luz. En suma, para que yo viviera feliz, se necesitaba que las personas

que yo eligiera no viviesen en absoluto. Sólo debían recibir la vida, de vez en cuando, según mi benevolencia.

¡Ah! Créame que no pongo ninguna complacencia en contarle esto. Cuando pienso en aquel periodo en que lo pedía todo sin pagar nada, en que movilizaba para mi servicio a tantas personas, poniéndolas de algún modo en el frigorífico para tenerlas a mano hoy o mañana según mis conveniencias, no sé cómo describir la curiosa sensación que me invade. ¿No será vergüenza? ¿No dice usted, querido compatriota, que la vergüenza quema un poco? ¿Sí? Entonces, quizá se trate de eso, o de alguno de esos sentimientos ridículos que conciernen al honor. En todo caso me parece que ese sentimiento no me ha abandonado desde aquella aventura que encontré en el centro de mi memoria, cuyo relato no puedo diferir por más tiempo, a pesar de mis digresiones y de los esfuerzos de una inventiva a la que espero que usted sabrá hacer justicia.

Vaya, ha dejado de llover. Tenga la bondad de acompañarme a casa. Siento una extraña fatiga, no de haber hablado, sino de pensar lo que me queda por decir. ¡Vamos! Pocas palabras bastan para hacer un boceto de mi descubrimiento esencial. Además ¿por qué emplear más? Deben lanzarse bellos discursos para que la estatua se quede desnuda. Veamos. Aquella noche de noviembre, dos o tres años antes de la noche en que creí escuchar risas a mi espalda, crucé a la orilla izquierda y llegué a mi domicilio por el Pont Royal. Había pasado una hora desde la medianoche, caía una lluvia fina, una llovizna más bien, que dispersaba a los escasos transeúntes. Acababa de separarme de una amiga que sin duda ya dormía. Me sentía feliz con aquel paseo, un poco abotargado, tranquilo de cuerpo, irrigado por una sangre suave como la lluvia que caía. En el puente pasé por detrás de una sombra inclinada sobre el pretil que parecía contemplar el río. De más cerca advertí que se trataba de una mujer joven y delgada que vestía de negro. Entre los cabellos oscuros y el cuello del abrigo solamente se veía su

nuca, fresca y mojada, y fui sensible a ella. Pero proseguí mi camino después de una breve duda. Al otro extremo del puente, seguí por los muelles en dirección a Saint-Michel, donde vivía. Había recorrido ya unos cincuenta metros aproximadamente cuando oí el ruido de un cuerpo que cae al agua y que a pesar de la distancia me pareció formidable en el silencio nocturno. Me detuve en seco pero sin darme la vuelta. Casi al momento oí un grito que se repitió varias veces, bajaba también *con* la corriente del río y cesó de repente. En la noche súbitamente petrificada, el silencio que siguió me pareció interminable. Quise correr y no pude moverme. Temblaba, creo que de frío y de crispación. Me dije que tenía que apresurarme y sentí que una debilidad irresistible me invadía el cuerpo. He olvidado lo que pensé entonces. «Demasiado tarde, demasiado lejos...» o algo por el estilo. Seguí escuchando, inmóvil. Después, me alejé con pasos cortos, bajo la lluvia. No avisé a nadie.

Bien, ya hemos llegado, ésta es mi casa, mi refugio. ¿Mañana? Sí, como usted quiera. Le llevaré con gusto a la isla de Marken, así verá el Zuiderzee. Quedamos a las once en el «Mexico-City». ¿Cómo? ¿Aquella mujer? ¡Ah! No lo sé, de verdad que no lo sé. Al día siguiente no leí los periódicos, ni tampoco en días consecutivos.

Un pueblo de muñecas, ¿no le parece? ¡No se puede decir que no sea pintoresco! Pero, mi querido amigo, no le he traído a esta isla por lo pintoresco. Los peinados con cofia, los zuecos, las casas decoradas donde los pescadores fuman tabaco en medio de olor a sosa cáustica, cualquiera puede enseñárselos. Por el contrario, yo soy una de las raras personas que puede mostrarle lo que hay de importante aquí.

Llegamos al dique. Hay que seguirlo para alejarnos lo más posible de esas casas demasiado graciosas. Sentémosnos, se lo ruego. Bien, aquí estamos, delante del más bello de los paisajes en negativo ¿no le parece? Observe usted, a,nuestra izquierda, ese montón de ceniza que aquí llaman una duna, el dique gris a nuestra derecha, la playa lívida a nuestros pies, y delante de nosotros, el mar color de agua de fregar, y el vasto cielo donde se reflejan las desvaídas aguas. ¡Un auténtico infierno blando! Únicamente líneas horizontales, ningún brillo, el espacio es incoloro, la vida muerta. ¿No es así la aniquilación universal, la nada sensible a los ojos? Y sin hombres, sobre todo sin hombres. ¡Solamente usted y yo, delante del planeta al fin desierto! ¿Hay vida en el cielo? Tiene usted razón, querido amigo. Se espesa, se rasga, abre escaleras de aire, cierra puertas de nubes. Son las palomas. ¿No ha observado usted que el cielo de Holanda está repleto de

millones de palomas, invisibles cuando se mantienen en lo alto, que aletean, suben y bajan con un mismo movimiento, llenando el espacio celeste con espesas olas de plumas grisáceas que el viento lleva y trae? Las palomas esperan allá arriba, esperan todo el año. Giran por encima de la tierra, observan, quisieran bajar. Pero no hay nada, sólo el mar y los canales, tejados cubiertos de letreos, y ninguna cabeza para posarse.

¿Entiendo lo que quiero decir? Le confieso que estoy cansado. Pierdo el hilo de mi discurso, ya no tengo aquella claridad de espíritu que tantas alabanzas despertaba en mis amigos. Digo mis amigos por entendernos. Ya no tengo amigos, sólo cómplices. En compensación su número ha aumentado, son el género humano. Y dentro del género humano, usted es el primero. El que está presente siempre es el primero. ¿Cómo sé que no tengo amigos? Es muy sencillo: lo descubrí el día que pensé suicidarme para gastarles una broma, para castigarles de algún modo. ¿Pero castigar a quién? Algunos se hubieran sorprendido, pero nadie se hubiera sentido castigado. Comprendí que no tenía amigos. Además, incluso de haberlos tenido, no hubiera adelantado nada. Si hubiera podido suicidarme y ver a continuación la cara que ponían, entonces sí, el juego hubiera merecido la pena. Pero la tierra es oscura, querido amigo, el bosque espeso y opaco el sudario. ¡Los ojos del alma, sí, por supuesto, si acaso hay un alma y si esa alma tiene ojos! Pero no, no estamos seguros, nunca se está demasiado seguro. De otro modo habría una salida, por fin podríamos tomarnos en serio. La gente no se queda convencida de las razones de uno, de su sinceridad, de la gravedad de su pena, más que con la muerte. Mientras uno está con vida, el caso es dudoso, únicamente se tiene derecho al escepticismo. Entonces, si hubiera una sola posibilidad de que se pudiera disfrutar del espectáculo, valdría la pena demostrarles lo que no quieren creer, y asombrarles. Pero uno se mata y qué importa que le crean o no; uno ya no está allí para recoger su asombro y su arrepentimiento, fugaz por otra

parte; para asistir al fin, satisfaciendo el sueño de todo hombre, a los propios funerales. Para no resultar un tipo dudoso hay que dejar de existir, sencillamente.

Además ¿no es eso lo mejor? Sufriríamos demasiado con su indiferencia. «¡Me las pagarás!» decía una muchacha a su padre por haberle impedido casarse con un pretendiente demasiado bien peinado. Y se mató. Pero el padre no pagó nada en absoluto. Le encantaba pescar con cucharilla. Tres domingos después volvía al río, para olvidar, decía. Estaba bien calculado, porque olvidó. Y a decir verdad, lo contrario me hubiera sorprendido. Uno cree morir para castigar a su mujer y de hecho se le devuelve la libertad. Mejor no verlo. Eso sin contar que se corre el riesgo de escuchar los motivos que se atribuirán al gesto. En lo que a mí respecta parece que ya les oigo: «Se ha matado porque no ha podido soportar que...». ¡Ah, mi querido amigo! ¡Qué pobre es la inventiva de los hombres! Siempre creen que uno se suicida por algún motivo. Pero uno se puede suicidar por dos motivos. No, eso no les cabe en la cabeza. Entonces, ¿para qué morir voluntariamente, sacrificarse a la idea que uno quiere dar de sí? Aprovecharán su muerte para dar a su gesto motivaciones tontas, o vulgares. Los mártires, querido amigo, deben elegir entre ser olvidados, escarnecidos o utilizados. En cuanto a ser comprendidos, nunca.

Además, vayamos derecho al grano, a mí me gusta la vida, ésa es mi verdadera felicidad. Me gusta tanto que no tengo ninguna imaginación para todo lo que no sea ella. Semejante avidez tiene algo de plebeyo, ¿no es cierto? La aristocracia no puede imaginarse sin algo de distancia respecto a uno mismo y a la propia vida. Si es necesario morir se muere, antes romperse que doblarse. Yo, en cambio, me doblego, porque sigo queriéndome. Por ejemplo, después de todo lo que le he contado, ¿qué cree usted que me ocurrió? ¿Sentí repugnancia de mí mismo? Vamos, hombre, eran sobre todo los demás los que me repugnaban. Yo conocía mis fallos y lo lamentaba, por supuesto. Sin embargo continuaba olvidán-

dolos con una obstinación bastante meritoria. Por el contrario, en mi corazón tenía lugar sin tregua el juicio contra los demás. Por supuesto, ¿le choca a usted eso? ¿Piensa quizá que no resulta lógico? Pero la cuestión no consiste en seguir siendo lógicos. La cuestión es pasar a través y sobre todo, ¡oh, sí! sobre todo la cuestión es evitar ser juzgado. No digo evitar el castigo. Porque el castigo sin juicio resulta soportable. Además hay un término que garantiza la inocencia: el infortunio. No, se trata por el contrario de atajar los juicios, de evitar ser siempre juzgado, y que nunca se pronuncie sentencia.

Pero eso no se ataja tan fácilmente. Hoy día siempre estamos listos para los juicios, lo mismo que para la fornicación. Con la diferencia de que en los juicios no hay que temer gatillazos. Si le cabe alguna duda, preste oído a las conversaciones de mesa, durante el mes de agosto, en alguno de esos hoteles de vacaciones a los que van nuestros queridos compatriotas para seguir una cura de aburrimiento. Si todavía se resiste a sacar conclusiones, lea los textos de nuestros grandes hombres del momento. O bien observe a su propia familia, saldrá edificado. Querido amigo, no les demos el menor pretexto a que nos juzguen, por mínimo que sea. De otro modo nos harán pedazos. Nos vemos obligados a observar la misma prudencia que el domador. Si tiene la desgracia de cortarse con la cuchilla de afeitar antes de entrar en la jaula, ¡menudo banquete para las fieras! Lo comprendí de golpe el día que me asaltó la sospecha de que quizá yo no fuera tan admirable. Desde entonces me volví desconfiado. Como sangraba un poco, iría de cabeza detrás: iban a devorarme.

En apariencia mis relaciones con mis contemporáneos eran las mismas, y sin embargo se habían desafinado sutilmente. Mis amigos no habían cambiado. Llegado el caso, seguían alabando la armonía y la seguridad que hallaban cerca de mí. Pero yo sólo era sensible al desorden y a las discordancias que me llenaban; me sentía vulnerable y entregado a la acusación pública. A mis ojos, mis

semejantes dejaban de ser el respetuoso auditorio al que estaba acostumbrado. Se rompía el círculo cuyo centro era yo mismo, y ellos se colocaban en una sola fila, como en el tribunal. A partir del momento en que temí que hubiera en mí algo que juzgar, comprendí, en suma, que había en ellos una irresistible vocación de juzgar. Allí estaban, como antes, sí, pero se reían. O más bien me parecía que cada uno de los que yo encontraba me miraba con una sonrisa disimulada. En aquella época tuve incluso la impresión de que me ponían zancadillas. En efecto, dos o tres veces tropecé sin motivo al entrar en algunos lugares públicos. Una vez, incluso me caí. El francés cartesiano que soy no tardó en recuperarse y atribuyó aquellos accidentes a la única divinidad razonable, es decir, el azar. No importa, me quedó la desconfianza.

Una vez alertada mi atención no me fue difícil descubrir que tenía enemigos. Primero en mi profesión, y después en mi vida social. Unos pensaban que les había puesto en deuda. Otros, que hubiera debido ponerles. Todo eso, en suma, entraba dentro de un orden y lo descubrí sin demasiado pesar. Más difícil y doloroso me resultó, por el contrario, admitir que tenía enemigos entre gente que yo apenas conocía, o que no conocía en absoluto. Con la ingenuidad de la que ya le he dado pruebas, siempre había pensado que aquellos que no me conocían no podrían dejar de quererme si llegaban a conocerme. ¡Pues bien, no! Encontré la enemistad sobre todo entre quienes sólo me conocían de lejos, y sin que yo mismo les conociera. Sin duda sospechaban que yo vivía en toda plenitud, abandonándome libremente a la felicidad: eso no se perdona. El talante del éxito, cuando se lleva de cierto modo, haría rabiarse a un asno. Por otra parte mi vida estaba llena a reventar y por falta de tiempo rechazaba muchos compromisos. Y por la misma razón olvidaba enseguida esos rechazos. Pero la vida de la gente que me hacía aquellas ofertas no estaba llena, y por esa misma razón, sí que se acordaban de mis rechazos.

Y así, por no poner más que un ejemplo, las mujeres a fin de cuentas me salían caras. El tiempo que les consagraba a ellas no podía dársele a los hombres y éstos no siempre me lo perdonaban. ¿Cómo salir de ello? La felicidad y el éxito solamente se perdonan si se consiente en compartirlos generosamente. Pero para ser feliz no hay que ocuparse demasiado de los demás. De otro modo las salidas se cierran. Feliz y juzgado, o absuelto y miserable. En lo que a mí me concierne la injusticia era todavía mayor: se me condenaba por mi pasada fortuna. Había vivido mucho tiempo en la ilusión de un acuerdo general, cuando en realidad los juicios, las flechas y los sarcasmos llovían desde todas partes sobre mí, distraído y sonriente. A partir del día que me puse en alerta, me vino la lucidez. Recibí todas las heridas al mismo tiempo y perdí mis fuerzas de golpe. El universo entero se echó a reír a mi alrededor.

Eso es algo que ningún hombre puede soportar (salvo aquellos que no viven, es decir, los sabios). La única defensa reside en la maldad. La gente entonces se apresura a juzgar para no ser ellos mismos juzgados. ¿Qué quiere? La idea más natural del hombre, la que surge ingenuamente, como del fondo de su naturaleza, es la idea de su inocencia. Desde ese punto de vista somos todos como aquel joven francés que, en Buchenwald, se obstinaba en presentar una reclamación ante el escribiente, un prisionero también, que anotaba su llegada. ¿Una reclamación? El escribiente y sus camaradas se echaron a reír: «Es inútil, amigo, aquí no se presentan reclamaciones». «Pero mire usted, lo que pasa es que mi caso es excepcional, decía el joven francés. Yo soy inocente.»

Todos somos casos excepcionales. ¡Todos nos remitimos a algo! Cada cual exige ser inocente, a cualquier precio, incluso si para ello hay que acusar al género humano y al cielo. Poco se alegrará un hombre si usted le dirige algunos cumplidos sobre los esfuerzos por los cuales ha llegado a ser alguien inteligente o generoso. Sin embargo sonreirá satisfecho si usted admira su generosidad natu-

ral. Y a la inversa, si usted dice a un criminal que su culpa no procede de su naturaleza ni de su carácter, sino de desafortunadas circunstancias, entonces le estará violentamente agradecido. Incluso escogerá justo ese momento del alegato para llorar. Sin embargo no hay ningún mérito en ser inteligente y honrado de nacimiento. Como tampoco se es más responsable por ser criminal por naturaleza que por serlo por circunstancias. Pero esos bribones quieren el perdón, es decir, la irresponsabilidad, y extraen sin vergüenza justificaciones de la naturaleza o excusas de las circunstancias, aun cuando sean contradictorias. Lo esencial es ser inocente, que las virtudes, debidas al nacimiento, no puedan ser puestas en duda, y que sus faltas, producto de un infortunio pasajero, sean siempre provisionales. Ya se lo he dicho, se trata de atajar los juicios. Como resulta muy difícil atajarlos, y delicado hacer admirar y excusar la propia naturaleza, todo el mundo intenta ser rico. ¿Por qué? ¿No se lo ha preguntado? Por el poder, claro. Pero sobre todo porque la riqueza evita el juicio inmediato, aparta de la muchedumbre del metro para encerrarnos en una carrocería niquelada, aísla en amplios parques protegidos, en coches-cama, en camarotes de lujo. La riqueza, querido amigo, no llega a ser una absolución, pero es un sobreseimiento, que tampoco está del todo mal...

Sobre todo, no crea a sus amigos cuando le piden que sea sincero con ellos. Únicamente esperan que les conforte en la buena imagen que tienen de ellos mismos, proporcionándoles la certidumbre suplementaria que extraerán de vuestra promesa de sinceridad. ¿Cómo podría ser la sinceridad una condición de la amistad? El gusto por la verdad a toda costa es una pasión que no salva a nadie y que no resiste a nada. Es un vicio, a veces una comodidad, o un egoísmo. Por lo tanto, si usted se encuentra en ese caso, no lo dude: prometa ser sincero y mienta lo más posible. Así responderá a su deseo profundo y demostrará doblemente su afecto.

Tan cierto es eso que raras veces confiamos en los que

son mejores que nosotros. Antes bien huimos de su compañía. Al contrario, nos confesamos a menudo con aquellos a quienes nos parecemos y que comparten nuestras debilidades. Por lo tanto no deseamos corregirnos, ni mejorar: sería necesario para ello que primero se nos pillara en falta. Deseamos solamente que se nos tenga compasión y que se nos anime en nuestro camino. Querríamos en suma, y al mismo tiempo, no ser culpables y no hacer el esfuerzo de purificarnos. Ni demasiado cinismo ni demasiada virtud. No tenemos ni la energía del mal ni la del bien. ¿Ha leído usted a Dante? ¿De verdad? Demonios. Usted sabe por lo tanto que Dante admite la existencia de ángeles neutros en la querrela entre Dios y Satán. Y que los sitúa en los Limbos, una especie de vestíbulo de su infierno. Mi querido amigo, nosotros estamos en ese vestíbulo.

¿Paciencia, dice? Sin duda tiene usted razón. Necesitaríamos paciencia suficiente para esperar el Juicio Final. Pero no, tenemos prisa. Tenemos tanta prisa que yo mismo me he visto obligado a ser juez-penitente. Sin embargo primero tuve que apañármelas con mis descubrimientos y arreglar cuentas con la risa de mis contemporáneos. A partir del anochecer que me llamaron, porque me llamaron realmente, tuve que responder, o al menos buscar una respuesta. No era fácil; di muchas vueltas. En primer lugar tuve que aprender que aquella risa y quienes reían me enseñaban a ver más claro en mí, a descubrir al fin que yo no era tan simple. No sonría, esta verdad no es tan evidente como parece. Se llaman verdades primeras a aquellas que descubrimos después de las demás, eso es todo.

Lo cierto es que después de largos estudios sobre mí mismo, pude sacar en claro la profunda duplicidad de la criatura. Entonces comprendí, a fuerza de hurgar en mi memoria, que la modestia me ayudaba a brillar, la humildad a vencer y la virtud a oprimir. Hacía la guerra con medios pacíficos y obtenía al fin, con los recursos del desinterés, todo lo que deseaba. Por ejemplo, nunca me

quejaba de que se olvidara la fecha de mi cumpleaños; se asombraban incluso, con una punta de admiración, de mi discreción a ese respecto. Pero el motivo de mi desinterés aún era más discreto: deseaba que se me olvidara a fin de poder quejarme ante mí mismo. Varios días antes de la fecha, gloriosa entre todas, que yo conocía bien, me ponía al acecho, atento a no dejar escapar nada que pudiera despertar la atención y la memoria de aquellos cuyo fallo daba por descontado (¿no tuve incluso una vez la intención de cambiar un calendario doméstico?). Una vez bien demostrada mi soledad, podía entonces abandonarme a los encantos de una viril tristeza.

La cara de todas mis virtudes tenía pues un reverso menos imponente. Es verdad que en otro sentido mis defectos se convertían en una ventaja. La obligación en que me hallaba de ocultar la parte viciosa de mi vida me daba, por ejemplo, una apariencia fría que podía confundirse con la de la virtud, mi indiferencia me procuraba el ser amado, mi egoísmo culminaba en mis dádivas. Me detengo: demasiada simetría obstaculizaría mi demostración. ¡Pero en fin, yo me hacía el duro y nunca me he podido resistir ni a una copa ni a una mujer! Se me tenía por activo, enérgico, y mi reino era la cama. Pregonaba mi lealtad y creo que no hay una sola persona de las que he amado a la que no haya traicionado al fin. Mis traiciones no eran óbice para mi fidelidad, por supuesto, y era capaz de desarrollar un trabajo considerable a fuerza de indolencia, y nunca dejé de ayudar a mi prójimo gracias al placer que ello me proporcionaba. Pero por mucho que me repetía esas evidencias no lograba obtener más que un consuelo superficial. Algunas mañanas instruía mi proceso hasta el final y llegaba a la conclusión de que mis resultados eran excelentes sobre todo en el desprecio. A menudo aquellos a quienes ayudaba eran los más despreciados. Cortésmente, con solidaridad llena de emoción, escupía todos los días a la cara de todos los ciegos.

Francamente, ¿tiene eso alguna excusa? Hay una, pero

tan miserable que ni puedo soñar en hacerla valer. En todo caso es ésta: nunca llegué a creer profundamente que los asuntos humanos fueran cosa seria. No tenía ni idea de dónde estaba la seriedad de todo aquello, salvo que no estaba en lo que yo veía, lo cual únicamente me parecía un juego divertido o inoportuno. De verdad, hay esfuerzos y convicciones que nunca he logrado comprender. Siempre contemplé asombrado y un tanto suspicaz a esas extrañas criaturas capaces de morir por dinero y de desesperarse por la pérdida de una «situación» o de sacrificarse con grandes aspavientos por la prosperidad de su familia. Comprendía mejor a aquel amigo al que se le había metido en la cabeza dejar de fumar y a fuerza de voluntad lo consiguió. Una mañana abrió el periódico y leyó que la primera bomba H había explotado, se enteró de sus admirables efectos y se dirigió sin tardanza a un estanco a por tabaco.

También a veces aparentaba tomarme la vida en serio. Pero pronto se me hacía patente la propia frivolidad de lo serio y me limitaba a continuar representando mi papel lo mejor que podía. Jugaba a ser eficaz, inteligente, virtuoso, cívico, presa de la indignación, indulgente, solidario, edificante... En resumen, aquí me paro, ya habrá usted comprendido que era como los holandeses, que están aquí sin estar: yo me ausentaba en el momento en que más espacio ocupaba. No fui verdaderamente sincero y entusiasta más que en la época en que practicaba deportes, y también en el regimiento, cuando actuaba en obras que representábamos por gusto. En ambos casos había una regla del juego que no era demasiado seria y sin embargo nos divertía tomarla por tal. Todavía hoy, los partidos del domingo en un estadio lleno a reventar, y el teatro, que me gustaba con una afición inigualada, son los únicos lugares del mundo donde me siento inocente.

¿Pero quién podría admitir que una actitud parecida sea legítima cuando se trata del amor, de la muerte y del salario de los miserables? Sin embargo, ¿qué hacer? Sólo

imaginaba el amor de Isolda en las novelas o en los escenarios. Los agonizantes siempre me daban la impresión de estar imbuidos de su papel. Las réplicas de mis clientes pobres siempre me parecían obedecer a la misma trama. Entonces, viviendo entre los hombres sin compartir sus intereses, no lograba creer en los compromisos que aceptaba. Era lo bastante cortés y lo bastante indolente para responder a lo que se esperaba de mí en mi profesión, en mi familia o en mi vida de ciudadano, pero cada vez con una especie de distracción que terminaba por estropearlo todo. He vivido mi vida entera bajo un doble signo y mis actos más graves a menudo han sido aquellos en los que estaba menos comprometido. Y después de todo, ¿no es eso lo que, añadiéndose a mis tonterías, no me he podido perdonar? ¿Lo que me ha hecho alzarme con mayor violencia contra el juicio que notaba que se ponía en marcha en mí y a mi alrededor, y que me ha obligado a buscar una salida?

En apariencia, y durante algún tiempo, mi vida continuó como si nada hubiera cambiado. Iba sobre carriles y rodaba. Como si lo hicieran a propósito, las alabanzas redoblaban a mi alrededor. De ahí vino el mal, precisamente. Recuerde: «¡Desgraciado sois, cuando todo el mundo habla bien de vos!». ¡Ah! ¡Quien así decía pronunciaba palabras de oro! ¡Desgraciado! La máquina, pues, empezó a tener tropezones, a pararse inexplicablemente.

Fue en aquella época cuando el pensamiento de la muerte irrumpió en mi vida cotidiana. Medía los años que me separaban de mi fin. Buscaba ejemplos de hombres de mi edad que ya hubieran muerto. Y me atormentaba la noción de no poder cumplir mi tarea. ¿Qué tarea? No tenía ni idea. Hablando francamente, ¿valía la pena continuar con lo que hacía? Pero no se trataba exactamente de eso. En efecto, me perseguía un temor ridículo: no era posible morir sin haber confesado todas las mentiras. No a Dios, ni a ninguno de sus representantes en la tierra, ya puede usted imaginarse que yo estaba por encima de eso. No, se trataba de confesárselo a los hombres,

a un amigo, o a una mujer amada, por ejemplo. De otro modo, aunque en toda una vida solamente hubiera una mentira oculta, la muerte la volvía definitiva. Nadie, jamás, conocería la verdad sobre ese punto, puesto que precisamente el único en saberlo se había muerto, se había dormido con su secreto. Ese asesinato absoluto de una verdad me daba vértigo. Entre paréntesis, hoy me procuraría más bien delicados placeres. La idea, por ejemplo de que soy el único en conocer lo que todo el mundo busca, y que tengo en mi casa un objeto que ha hecho correr en vano a las policías nacionales de tres países diferentes es puramente deliciosa. Pero dejemos eso. En aquellos tiempos yo no había encontrado la receta y eso me atormentaba.

Me animaba, por supuesto. ¡Qué importaba la mentira de un hombre en la historia de las generaciones y qué pretensión querer arrojar la luz de la verdad sobre un engaño miserable, perdido en el océano de las edades como el grano de sal en el mar! También me decía que la muerte del cuerpo, a juzgar por las que había contemplado, representaba por sí misma un castigo suficiente que lo absolvía todo. La salvación se ganaba (es decir, el derecho a desaparecer definitivamente) con el sudor de la agonía. No obstante la enfermedad crecía, la muerte seguía fiel a mi cabecera, me levantaba con ella y los cumplidos me llegaban a ser cada vez más insoportables. Me parecía que la mentira aumentaba con ellos tan desmesuradamente que jamás me podría poner al día.

Llegó un día en que ya no pude más. Mi primera reacción fue desordenada. Ya que era mentiroso, iba a manifestarlo y arrojar mi duplicidad a la cara de todos aquellos imbéciles antes de que lo descubrieran. Si se me provocaba a la verdad, respondería al desafío. Para prevenir la risa imaginaba pues arrojarme a la irrisión general. Se trataba, en suma, de atajar el juicio. Quería poner de mi lado a los que reían, o al menos ponerme yo de su lado. Pensaba por ejemplo en empujar a los ciegos por la calle, y descubrí hasta qué punto una parte de mi alma

los detestaba por la alegría sorda e imprevista que aquella intención me procuró; tuve el proyecto de pinchar los neumáticos de los pequeños cochecitos de los inválidos, o de ir a gritar «pobre de mierda» bajo los andamios donde trabajaran obreros, o abofetear a los niños de pecho en el metro. Soñaba con todo eso y no hice nada, o si hice algo que se pareciera lo he olvidado. El caso es que la misma palabra justicia me provocaba un extraño furor. Seguía utilizándola en mis alegatos, forzosamente. Pero me vengaba maldiciendo públicamente el espíritu de humanidad; anunciaba la publicación de un manifiesto denunciando la opresión que los oprimidos hacían pesar sobre la gente honrada. Un día que me estaba comiendo una langosta en la terraza de un restaurante y un mendigo me importunaba, llamé al dueño para que le alejara y aplaudí ruidosamente el discurso de aquel justiciero: «Está usted molestando, decía. ¡En fin, póngase usted en el lugar de esos caballeros y de esas damas!» También decía a quien quería oírme que lamentaba no poder actuar como cierto propietario ruso cuyo carácter admiraba: mandaba azotar simultáneamente a los siervos que no le saludaban y a los que le saludaban, para castigar una audacia que en ambos casos juzgaba igualmente atrevida.

Me acuerdo sin embargo de algún exceso más grave. Empecé a escribir una *Oda a la policía* y una *Apoteosis de la guillotina*. Sobre todo me creí obligado a frecuentar regularmente los cafés especializados donde se reunían nuestros humanistas profesionales. Mis buenos antecedentes hacían que naturalmente fuera bien recibido. Y allí, como quien no quiere la cosa, soltaba un buen taco: «¡Gracias a Dios!», decía, o bien, sencillamente: «Dios mío...». Ya sabe usted que nuestros ateos de café son tímidos como unos primeros comulgantes. Al enunciado de aquella enormidad seguía un momento de estupor, se miraban estupefactos, después estallaba el tumulto, unos escapaban fuera del café, otros cacareaban con indignación sin escuchar nada, todos se retorcían en convulsiones, como el diablo bajo el agua bendita.

Todo esto le parecerá pueril. Sin embargo aquellas bromas tenían quizá una razón más seria. Quería romper la baraja y sobre todo, sí, destruir aquella reputación halagadora cuyo sólo pensamiento me enfurecía. «Un hombre como usted...», me decían amablemente, y yo palidecía. Ya no quería su aprecio, puesto que no era general, ¿y cómo hubiera podido ser general si no podía compartirlo? Entonces más valía cubrirlo todo, juicio y estima, bajo el manto del ridículo. De todos modos tenía que librarme del sentimiento que me ahogaba. Para exponer a la vista lo que yo tenía en las tripas, quise destrozar el bonito maniquí que yo enseñaba en todas partes. Así pues, me acuerdo de una charla que tuve que dar ante una promoción de jóvenes abogados interinos. Molestado por los interminables elogios del decano que me presentaba, no pude aguantar más tiempo. Había comenzado con todo el sentimiento y la emoción que esperaban de mí y que no tenía ninguna dificultad en suministrar a petición del público. Pero de repente me puse a aconsejar la utilización de la amalgama como método de defensa. No la amalgama perfeccionada por las inquisiciones modernas, dije, que juzgan al mismo tiempo a un ladrón y a un hombre honrado para hundir al segundo con los crímenes del primero. Se trataba al contrario de defender al ladrón haciendo valer los crímenes del hombre honrado, en cualquier caso los de su abogado. Me expliqué claramente sobre ese punto:

«Supongamos que yo hubiera aceptado defender a cualquier enternecedor ciudadano, asesino pasional. Consideren los miembros del jurado, diría yo, lo que de venial tiene el enfadarse cuando la bondad natural se ve puesta a prueba por la malignidad del sexo. ¿No es mucho más grave, por el contrario, encontrarse de este lado de la barra, en mi propio banco, sin haber sido bueno nunca, ni haber sufrido engaños? Yo soy libre sin hallarme a merced del rigor de sus señorías y sin embargo ¿quién soy yo? Un ciudadano-sol en lo referente al orgullo, un verraco de lujuria, un faraón en la cólera, un rey

en la pereza. ¿Que no he matado a nadie? ¡Todavía no, desde luego! ¿Pero no he dejado morir a criaturas de mérito? Quizá. Y sin embargo estoy dispuesto a volver a empezar. Mientras que éste, mírenle, no volverá a empezar. Todavía no sale de su asombro de lo bien que ha trabajado.» Ese discurso turbó un poco a mis jóvenes colegas. Al cabo de un rato decidieron echarse a reír. Se tranquilizaron completamente cuando yo llegué a mi conclusión invocando con elocuencia a la persona humana y sus supuestos derechos. Aquel día la costumbre pudo más que yo.

Renovando aquellas amables conjuras únicamente conseguí desorientar un poco a la opinión. No a desarmarla, ni sobre todo a desarmarme. El asombro que generalmente encontraba en mi auditorio, su malestar un tanto reticente, bastante similar al que usted manifiesta —no, no proteste—, no me procuraba ningún alivio. Sabe usted, no basta con acusarse para salir inocente, de otro modo yo sería un pulcro cordero. Hay que acusarse de cierta manera que me ha costado mucho tiempo poner a punto, y que no he descubierto hasta haberme encontrado en el más completo abandono. Hasta entonces la risa continuaba flotando a mi alrededor sin que mis esfuerzos desordenados consiguieran despojarla de lo que tenía de benevolente, casi de tierno, y que me hacía daño.

Me parece que el mar está subiendo. Nuestro barco no va a tardar en zarpar, el día se acaba. Mire, las palomas se reúnen allá arriba. Se juntan las unas con las otras, apenas se agitan, y la luz baja. ¿Quiere usted que nos callemos para saborear esta hora bastante siniestra? ¿No? ¿Le interesa? Es usted muy franco. Además, ahora corro el riesgo de interesarle de verdad. Antes de explicarme sobre los jueces-penitentes tengo que hablarle de la mala vida y del *malconfort*.

Se equivoca, amigo, el barco navega a buena máquina. Pero el Zuiderzee es un mar muerto, o casi. No se sabe ni dónde comienza, ni dónde termina, con sus orillas llanas perdiéndose en la bruma. Por ello navegamos sin ninguna referencia, no podemos estimar nuestra velocidad. Avanzamos y nada cambia. Esto no es una navegación, esto es un sueño.

En los archipiélagos griegos tuve la impresión contraria. Nuevas islas aparecían sin cesar en el círculo del horizonte. Su espinazo sin árboles trazaba el límite del cielo, sus orillas rocosas se cortaban limpiamente sobre el mar. Ninguna confusión; en la precisión luminosa, todo eran referencias. Y en nuestro barquito, que sin embargo avanzaba penosamente, yo tenía la impresión de saltar de una isla a otra, sin tregua, noche y día, sobre la cresta de olas cortas y frescas, en una singladura llena de espuma y de risas. Desde entonces en alguna parte de mí mismo la propia Grecia va a la deriva, a bordo de mí memoria, incansablemente... ¡Eh! ¡Vale! ¡Yo también estoy derivando, me estoy poniendo lírico! Querido amigo, le ruego que me detenga.

A propósito, ¿conoce usted Grecia? ¿No? ¡Mejor! ¿Me quiere usted explicar qué haríamos nosotros en Grecia? Allí se necesitan corazones puros. ¿Sabe usted que allí los amigos se pasean por la calle de dos en dos, dándose

la mano? Sí, las mujeres se quedan en casa, y se ve a hombres maduros, respetables, exhibiendo mostachos, recorrer las aceras con gravedad, entrelazando sus dedos con los dedos de su amigo. ¿A veces en Oriente también? De acuerdo. Pero, dígame, ¿me tomaría usted mi mano en las calles de París? ¡Ah! Estoy bromeando. Nosotros tenemos otro talante, a nosotros la mugre nos pone tiesos. Antes de presentarnos en las islas griegas tendríamos que lavarnos concienzudamente. Allí el aire es casto, el mar y el gozo, límpidos. Y nosotros...

Sentémonos en esas tumbonas. ¡Vaya bruma! Creo que me había quedado en el camino del *malconfort*. Sí, le diré de lo que se trata. Después de tanto agitarme, después de haber agotado mi aire insolente, y desanimado por lo inútil de mis esfuerzos, decidí dejar la compañía de los hombres. No, no busqué una isla desierta, ya no quedan. Quiero decir que busqué refugio entre las mujeres. Como usted sabe, ellas no condenan de verdad ninguna debilidad: intentan más bien humillarnos o despojarnos de nuestras fuerzas. Por eso la mujer es la recompensa, no del guerrero, sino del criminal. Ella es su puerto, su refugio, y generalmente el criminal es detenido en el lecho de una mujer. ¿No es la mujer lo único que nos queda del paraíso terrenal? Desamparado, corrí a mi refugio natural. Pero ya no fabricaba discursos. Seguía jugando un poco, por costumbre: sin embargo me faltaba la inventiva. Me cuesta confesarlo por miedo a pronunciar otra vez algunas palabras gruesas: me parece que en aquella época sentía necesidad de amor. Algo obsceno ¿no le parece? En todo caso sentía un sufrimiento sordo, una especie de privación que me dejaba más disponible y me permitió, a medias obligado, a medias curioso, llegar a algunos compromisos. Al tener necesidad de amar y de ser amado, creí estar enamorado. Dicho de otro modo, hice el tonto.

A veces me sorprendía a mí mismo haciendo una pregunta que como hombre experimentado había evitado hasta entonces. Me oía a mí mismo preguntando: «¿Me

quieres?» Ya sabe usted lo que es costumbre responder en parecidos casos: «¿Y tú?» Si yo entonces respondía que sí, me veía comprometido más allá de mis verdaderos sentimientos. Si me atrevía a decir que no, corría el riesgo de que ya no me quisieran y sufría por ello. Entonces, cuanto más amenazado parecía encontrarse el sentimiento en el que yo había esperado encontrar el reposo, más lo reclamaba de mi compañera. Así me veía conducido a promesas cada vez más explícitas, y acababa exigiendo a mi corazón un sentimiento cada vez más vasto. De ese modo me precipité en una falsa pasión por una encantadora desmelenada que había leído con tanto ahínco la prensa del corazón que hablaba del amor con la seguridad y la convicción de un intelectual anunciando la sociedad sin clases. Usted no ignora que esa convicción acaba arrastrando. Intenté hablar yo también del amor y llegué a persuadirme a mí mismo. Al menos hasta el momento en que ella se convirtió en mi amante y comprendí que la prensa del corazón, que enseñaba a hablar del amor, no enseñaba a hacerlo. Después de haber amado a un loro, me tenía que acostar con una serpiente. Por lo tanto me fui a otra parte a buscar el amor que prometían los libros y que nunca había podido encontrar en la vida.

Pero me faltaba entrenamiento. Hacía más de treinta años que yo me amaba exclusivamente a mí. ¿Cómo esperar perder una costumbre parecida? No la perdí en absoluto, y seguí siendo una persona con veleidades de pasión. Multiplicaba las promesas. Contraía amores simultáneos, del mismo modo que en otro tiempo había tenido aventuras múltiples. Entonces acumulé más desdichas para los demás que en los tiempos de mi mayor indiferencia. ¿No le he dicho que mi loro, desesperado, intentó dejarse morir de hambre? Afortunadamente llegué a tiempo para coger su mano en la mía hasta que ella pudo encontrar al ingeniero de sienes plateadas que regresaba de un viaje a Bali y que su semanario favorito ya le había descrito. En cualquier caso, lejos de sentirme transportado y absuelto en la eternidad de la pasión, según se cuenta, añadí un

peso más a mis culpas y a mis desvarios. Concebí tal horror al amor, que durante años no pude escuchar sin rechinar los dientes *La vida en rosa* o *La muerte de Isolda por amor*. Entonces intenté renunciar de algún modo a las mujeres, y vivir en estado de castidad. Después de todo, su amistad podría bastarme. Pero eso equivalía a renunciar al juego. Dejando aparte el deseo, las mujeres me aburrían mucho más de lo que hubiera esperado, y a todas luces yo las aburría también. Se acabó el juego, se acabó el teatro, sin duda alguna había hallado la verdad. Pero la verdad, mi querido amigo, es embrutecedora.

Desengañado del amor y de la castidad, al fin se me ocurrió que me quedaba el desenfreno, que sustituye muy bien al amor, hace callar las risas, restituye el silencio y sobre todo, confiere la inmortalidad. A cierto grado de ebriedad lúcida, acostado, tarde en la noche, entre dos jóvenes, vaciado de todo deseo, la esperanza, sabe usted, sólo es una tortura, el espíritu reina sobre el tiempo, el dolor de vivir es superado para siempre. En cierto modo siempre había vivido en el desenfreno, porque nunca había dejado de querer ser inmortal. ¿No era ése el fondo de mi naturaleza, y también un efecto del gran amor a mí mismo del que ya le he hablado? Sí, me moría de ganas de ser inmortal. Me amaba demasiado para no desear que el precioso objeto de mi amor no desapareciese nunca. Como en el estado de vigilia, y por poco que uno se conozca, no se perciben razones válidas para que se confiera la inmortalidad a un simio salaz, es necesario procurarse sucedáneos a esa inmortalidad. Precisamente porque deseaba la vida eterna, me acostaba con putas y bebía durante noches enteras. Por supuesto, en la boca me quedaba por las mañanas el regusto amargo de la condición mortal. Pero durante largas horas, bienaventurado de mí, había podido volar. ¿Me atreveré a confesárselo? Todavía recuerdo con ternura ciertas noches en las que iba a un cabaret sórdido para encontrarme con una bailarina transformista que me honraba con sus favores y por cuya gloria incluso

me pelée una noche con un chulo jactancioso. Me dejaba ver todas las noches en la barra, bajo la luz roja y el polvo de aquel lugar de delicias, mintiendo como un sacamuelas y bebiendo sin parar. Esperaba el amanecer, y al fin terminaba en la cama deshecha de mi princesa que se entregaba mecánicamente al placer, y dormía después sin transición. El día llegaba suavemente para iluminar aquel desastre y yo me elevaba, inmóvil, en la mañana de gloria.

Hay que confesar que el alcohol y las mujeres me proporcionaron el único alivio del que era digno. Le revelo este secreto, querido amigo, y no tema utilizarlo. Verá entonces que la verdadera orgía es liberadora porque no crea ninguna obligación. Uno sólo se posee a sí mismo, y sigue siendo por lo tanto la ocupación preferida de los grandes enamorados de la propia persona. Es una jungla, sin pasado ni porvenir, y sobre todo sin promesas ni sanción inmediata. Los lugares donde se ejecuta están separados del mundo. Al entrar en ellos se deja fuera el temor y la esperanza. La conversación no es obligatoria; lo que se va allí a buscar se puede obtener sin palabras y a menudo, sí, sin dinero. ¡Ah! Le ruego que me deje expresar un homenaje particular a las mujeres desconocidas y olvidadas que entonces me ayudaron. Al recuerdo que de ellas he guardado todavía hoy se mezcla algo parecido al respeto.

En cualquier caso, utilicé sin reservas esa liberación. Fui visto incluso en uno de esos hoteles dedicados a lo que se denomina el pecado, viviendo a la vez con una prostituta de edad madura y con una muchachita de la mejor sociedad. Jugaba a la cortesía de los caballeros con la primera y puse a la segunda en condiciones de conocer algunas realidades. Desgraciadamente la prostituta tenía una naturaleza muy burguesa: consintió más tarde en escribir sus memorias para un periódico religioso muy abierto a las ideas modernas. La jovencita, por su parte, se ha casado para satisfacer sus desbocados instintos y dar utilidad a sus notables aptitudes. Tampoco dejo de

estar orgulloso de haber sido acogido en aquella época como un igual por una corporación masculina muy a menudo calumniada. Pasaré sin profundizar sobre eso: ya sabe usted que incluso gente muy inteligente se ufana de poder vaciar una botella más que el vecino. Finalmente, hubiera podido encontrar la paz y la liberación en aquella dichosa disipación. Pero también ahí encontré un obstáculo en mí mismo. El que aguantó el golpe fue mi hígado, y una fatiga tan terrible que todavía la tengo. Uno juega a ser inmortal y al cabo de algunas semanas ni siquiera sabe hasta dónde podrá llegar arrastrándose al día siguiente.

Cuando renuncié a mis hazañas nocturnas el único beneficio de aquella experiencia fue que la vida me resultó menos dolorosa. La fatiga que corroía mi cuerpo había erosionado al mismo tiempo muchos puntos vitales. Cada exceso disminuye la vitalidad y por lo tanto el sufrimiento. Contrariamente a lo que se piensa, el desenfreno no tiene nada de frenético. Sólo es un largo sueño. Como usted ha debido observar, los hombres que sufren celos de verdad no tienen nada más urgente que hacer que acostarse con aquella que sin embargo piensan que les ha traicionado. Por supuesto, quieren estar seguros una vez más de que su querido tesoro todavía les pertenece. Quieren poseerla, como se suele decir. Pero es también porque, inmediatamente después, se sienten menos celosos. Los celos físicos son un efecto de la imaginación al mismo tiempo que un juicio emitido sobre uno mismo. Se suponen en el rival los mismos malvados pensamientos que uno ha tenido en las mismas circunstancias. Afortunadamente, el exceso de placer debilita la imaginación tanto como el juicio. Entonces el sufrimiento se adormece con la virilidad, y durante el mismo tiempo que ella. Por las mismas razones los adolescentes pierden la inquietud metafísica con su primer amante y algunos matrimonios, que no son más que el desenfreno burocratizado, se convierten al mismo tiempo en los monótonos vehículos de pompas fúnebres de la audacia y de la invención. Sí, querido amigo, el matrimonio burgués ha

puesto a nuestro país en zapatillas, y pronto le pondrá a las puertas de la muerte.

¿Exagero? No, pero me extravió. Quisiera solamente decirle las ventajas que obtuve en aquellos meses de orgía. Vivía en una especie de niebla donde la risa se amortiguaba, hasta el punto de que terminaba por no percibirla. La indiferencia, que tanto espacio ocupaba ya en mí, no encontraba resistencia y extendía su esclerosis. ¡Se acabaron las emociones! Un ánimo parejo, o más bien, una falta absoluta de ánimo. Los pulmones tuberculosos se curan secándose y asfixian poco a poco a sus afortunados propietarios. Así sucedía conmigo, muriendo apaciblemente de mi propia curación. Aún vivía de mi oficio, aunque mi reputación se viera afectada por mis excesos de lenguaje y el ejercicio regular de la profesión estuviera comprometido por el desorden de mi vida. Sin embargo es interesante observar que me fueron menos reprochados mis excesos nocturnos que mis provocaciones de lenguaje. Las alusiones que yo hacía a Dios en mis alegatos, puramente verbales, despertaban la desconfianza de mis clientes. Sin duda temían que el cielo viniera a tomar las riendas de sus asuntos como un abogado invencible con el Código en la mano. De ahí a deducir que yo invocaba a la divinidad en la medida de mi propia ignorancia no había más que un paso. Mis clientes dieron ese paso y escasearon. Todavía de vez en cuando surgía algún juicio. A veces incluso, olvidando que ya no creía en lo que decía, actuaba bien. Mi propia voz me arrastraba y yo la seguía; sin alzar me de verdad como en otros tiempos, me elevaba un poco por encima del nivel del suelo y hacía algún vuelo rasante. Fuera de mi profesión veía a poca gente y mantenía en penosa supervivencia una o dos fatigadas relaciones. Incluso sucedía que pasara dos o tres veladas puramente amistosas, sin que en ellas se mezclara el deseo, con la única diferencia de que, habiéndome resignado al aburrimiento, apenas escuchaba lo que me decían. Engordé un poco y al fin pude creer

que la crisis había terminado. Ahora, sólo se trataba de envejecer.

Un día, sin embargo, en el transcurso de un viaje con el que obsequiaba a una amiga, sin decirle que lo hacía para celebrar mi curación, me encontré a bordo de un transatlántico, en el puente superior, naturalmente. De repente divisé en el océano color de herrumbre un punto negro en alta mar. Al momento mi corazón empezó a latir y desvié la mirada. Cuando meforcé a mirar de nuevo, el punto negro había desaparecido. Estuve a punto de gritar y pedir ayuda como un estúpido cuando lo volví a ver. Se trataba de uno de esos restos que los navios van dejando en su estela. Sin embargo no había podido soportar su vista, enseguida había pensado que se trataba de un ahogado. Entonces comprendí, sin rebelarme, como quien se resigna a una idea que se sabe desde hace tiempo que corresponde a la verdad, que aquel grito que años atrás había resonado en el Sena, detrás de mí, no había cesado, arrastrado por el río hacia las aguas del canal de la Mancha, y a deambular por el mundo, a través de la ilimitada extensión del océano, y que me había esperado hasta volverme a encontrar aquel día. También comprendí que seguiría esperándome en mares y ríos, en todas partes, en fin, donde se hallara el agua amarga de mi bautismo. Y aquí mismo, dígame, ¿no nos encontramos sobre el agua? ¿Sobre el agua lisa, monótona, interminable, que confunde sus límites con los de la tierra? ¿Cómo creer que vamos a llegar a Amsterdam? Jamás saldremos de esta inmensa pila de agua bendita. ¡Escuche! ¿No oye los gritos de las gaviotas invisibles? Si nos gritan a nosotros, ¿por qué nos gritan?

Son las mismas que gritaban y me llamaban ya en el Atlántico el día que comprendí definitivamente que no había sanado, que seguía atrapado y que me las tenía que arreglar con ello. Se acabó la vida gloriosa, pero también la rabia y los sobresaltos. Había que someterse y reconocer la propia culpabilidad. Había que vivir en el *malconfort*. Es verdad, usted no conoce esa mazmorra

que en la Edad Media se llamaba el *malconfort*. En general se le dejaba a uno olvidado allí de por vida. Aquella celda se distinguía de las demás por sus ingeniosas dimensiones. No era lo suficientemente alta para permanecer de pie, pero tampoco lo suficientemente larga para permanecer acostado. Había que aceptar el estilo del tullido, vivir en diagonal; el sueño era una caída, la vigilia un acucillamiento. Pesando mis palabras, querido amigo, le diré que había algo genial en aquel hallazgo tan sencillo. Mediante la inmutable condición que anquilosaba su cuerpo, el condenado aprendía todos los días que era culpable y que la inocencia consiste en estirarse alegremente. ¿Puede usted imaginar en una celda parecida a un hombre aficionado a las cumbres y a las cubiertas superiores? ¿Qué? ¿Se podía vivir en esas celdas y ser inocente? ¡Muy poco probable, muy poco probable! De otro modo mi razonamiento se rompería la crisma. Me niego a considerar un solo instante la hipótesis de que la inocencia pueda verse obligada a vivir como un jorobado. Además, nosotros no podemos afirmar la inocencia de nadie, y sin embargo podemos afirmar con certeza la culpabilidad de todos. Todo hombre es testigo del crimen de todos los demás, ésa es mi fe y mi esperanza.

Créame, las religiones se equivocan a partir del momento en que hacen moral y fulminan con mandamientos. No se necesita a Dios para crear culpables y castigar. Nuestros semejantes bastan, ayudados por nosotros mismos. Usted ha hablado del Juicio Final. Permítame que me ría respetuosamente. Le estaba esperando a pie firme: he conocido algo mucho peor, que es el juicio de los hombres. Para ellos no hay circunstancias atenuantes, incluso las buenas intenciones son imputadas al crimen. ¿Ha oído usted hablar al menos de la celda de los salivazos que un pueblo imaginó recientemente para demostrar que era el más grande de la tierra? Una caseta fabricada de manera que el condenado está de pie pero no puede moverse. La sólida puerta que le encierra en su cascara de cemento se acaba a la altura del mentón. Por

lo tanto sólo se ve su rostro sobre el cual cada guardián que pasa escupe abundantemente. El preso, emparedado en la celda, no puede limpiarse, aunque es cierto que le está permitido cerrar los ojos. Pues bien, querido amigo, ése es un invento de los hombres. No han necesitado a Dios para esa pequeña obra maestra.

¿Y entonces? Entonces la única utilidad de Dios sería garantizar la inocencia y yo más bien vería a la religión como una gigantesca empresa de lavandería, algo que por otra parte ya fue brevemente, durante sólo tres años, y no se llamaba religión. Desde entonces falta el jabón, tenemos la nariz sucia y nos limpiamos los mocos mutuamente. Todos malos, todos castigados, escupámonos los unos a los otros y ¡hala! ¡al *malconfort!* El asunto está en quién escupirá primero, eso es todo. Le voy a decir un gran secreto, querido amigo. No espere el Juicio Final. Tiene lugar todos los días.

No, no es nada, tengo algunos escalofríos con esta condenada humedad. Además ya estamos llegando. Eso es. Usted primero. Pero no se vaya, por favor, acompañeme. No he terminado todavía, tengo que continuar. Continuar, eso es lo difícil. Veamos, ¿sabe usted por qué crucificaron a aquél, ese en quien usted está quizá pensando en este momento? Bien, había una buena porción de razones para hacerlo. Siempre hay razones para asesinar a un hombre. Por el contrario, es imposible justificar que viva. Por eso el crimen siempre encuentra abogados, y la inocencia sólo los encuentra a veces. Pero junto a las razones que nos han sido muy bien explicadas durante dos mil años había una razón de importancia para esa espantosa agonía, y no sé por qué se oculta tan cuidadosamente. La verdadera razón es que él sabía que no era del todo inocente. Si bien no llevaba el peso de la culpa de que era acusado, otras habría cometido, aunque ignorara cuáles. Además ¿las ignoraba? Después de todo la culpa ya estaba en sus comienzos; debía haber oído hablar de cierta matanza de inocentes. Los niños de Judea asesinados mientras sus padres le llevaban a él a lugar seguro,

¿por qué habían muerto los otros sino por culpa suya? Claro está que él no lo deseaba. Aquellos soldados ensangrentados, aquellos niños descuartizados le horrorizarían. Pero tal como él era, estoy seguro de que no lo pudo olvidar. Y toda aquella tristeza que se adivina en sus actos, ¿no sería la incurable melancolía de quien todas las noches oía la voz de Raquel, gimiendo por sus niños y rechazando cualquier consuelo? ¡El lamento se alzaba en la noche, Raquel llamaba a sus hijos muertos por él, y él estaba vivo!

Sabiendo lo que sabía, conociendo todo del hombre (¡ah! ¡quién hubiera pensado que el crimen no consiste tanto en hacer morir como en no morir uno mismo!), confrontado día y noche a su crimen inocente, se hacía demasiado difícil para él mantenerse en pie y continuar. Más valía terminar, no defenderse, morir, para no seguir siendo el único con vida y para ir a otra parte, a un lugar donde quizá le apoyarían. No fue apoyado, se quejó y, para rematarlo todo, fue censurado. Sí, creo que fue el tercer evangelista el que empezó por suprimir su queja. «¿Por qué me has abandonado?» Era un grito sedicioso, ¿no es cierto? ¡Y por lo tanto, las tijeras! Por otra parte, observe que si Lucas no hubiera suprimido nada, apenas habiéramos advertido la cosa; en todo caso no hubiera ocupado tanto lugar. De ese modo el censor pregona lo que proscribire. También el orden del mundo es ambiguo.

Ello no impide que el censurado no pudiera continuar. Y sé de lo que hablo, querido amigo. Hubo un tiempo en que yo ignoraba cada minuto cómo haría para llegar al siguiente. Sí, en este mundo se puede hacer la guerra, imitar el amor, torturar al prójimo, exhibirse en los periódicos, o simplemente hablar mal del vecino haciendo calceta. Pero en ciertos casos, continuar, únicamente continuar, resulta sobrehumano. Y él no era sobrehumano, puede usted creerme. Pregonó su agonía y por eso le amo, amigo mío, porque murió sin saber.

La desgracia es que nos dejó solos, para continuar, pase lo que pase, incluso cuando nos acucillamos en el

malconfort, sabiendo a la vez lo que él sabía, pero incapaces de hacer lo que él hizo y de morir como él. Naturalmente, hemos intentado ayudarnos un poco con su muerte. Después de todo fue un golpe de genio decir: «No sois nada brillantes, bien, eso es un hecho. No vamos a entrar en detalles. Vamos a liquidar eso de golpe, en la cruz.» Pero hay demasiada gente ahora que se sube a la cruz sólo por que los vean desde lejos, incluso si para ello hay que pisotear un poco a quien se halla allí desde hace tanto tiempo. Hay demasiada gente que ha decidido prescindir de la generosidad para practicar la candad. ¡Oh injusticia! ¡La injusticia que padeció y que me encoge el corazón!

Vamos, ya vuelvo a empezar, esto es un alegato. Disculpeme, comprenda que tengo mis razones. Mire, a algunas calles de aquí hay un museo que se llama «Nuestro Señor del Desván». En cierta época tuvieron aquí sus catacumbas bajo la tejavana. Qué quiere, aquí los sótanos se inundan. Pero tranquilícese, su Señor no se encuentra ya ni en el desván ni en los sótanos. Le han alzado a un tribunal, en el secreto de su corazón, y golpean y sobre todo juzgan, juzgan en su nombre. El hablaba con bondad a la pecadora: «Yo tampoco te condeno»; eso no impide nada, ellos condenan, no absuelven a nadie. En el nombre del Señor, aquí tienes lo tuyo. ¿Señor? Él no pedía tanto, amigo mío. Sólo quería ser amado, nada más. Por supuesto que entre los cristianos hay gente que le ama. Pero son contados. Además eso él lo tenía previsto, no le faltaba sentido del humor. Pedro, sabe usted, el cobarde de Pedro, reniega de él: «No conozco a ese hombre... No sé a qué te refieres... etc.». ¡Lo cierto es que exageraba! Y él hace un juego de palabras: «Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». No se podía llevar más lejos la ironía ¿no le parece? Pero no, ¡siguen triunfando! Ya ve usted que conocía bien el asunto. Y después se fue para siempre, dejándoles juzgar y condenar, con el perdón en la boca y la sentencia en el corazón.

Porque no puede decirse que ya no haya compasión,

no, por todos los dioses, no dejamos de hablar de ello. Sencillamente, ya no se declara inocente a nadie. Los jueces pululan sobre la inocencia muerta, los jueces de todas las razas, los de Cristo y los del Anticristo, que por otro lado son los mismos, reconciliados sobre lo del *mal-confort*. Porque no hay que abrumar solamente a los cristianos. Los otros también están en el ajo. ¿Sabe usted en lo que se ha convertido una de las casas en que habitó Descartes en esta ciudad? En un asilo de enajenados. Sí, es el delirio generalizado, y la persecución. Naturalmente nosotros también estamos obligados a ponernos a ello. Habrá advertido usted que no evito nada y, por su parte, yo sé que usted piensa lo mismo. Entonces, ya que todos somos jueces, todos somos culpables los unos ante los otros, todos somos cristos a nuestra mala manera, crucificados uno a uno, y sin saberlo. O al menos lo seríamos si no fuera porque yo, Clamence, he encontrado al fin la salida, la única solución, la verdad al fin...

¡No, querido amigo, no tema nada, me callo! Además voy a dejarle, ésta es mi puerta. Qué quiere usted, en la soledad y con ayuda de la fatiga, uno se convierte fácilmente en un profeta. Después de todo ahí es donde estoy, refugiado en un desierto de piedras, de brumas y de aguas pútridas, profeta vacío para tiempos mediocres, Elias sin Mesías, atiborrado de fiebre y de alcohol, con la espalda pegada a esta puerta enmohecida, levantando un dedo hacia ese cielo encapotado, cubriendo de imprecaciones a los hombres sin ley que no pueden soportar ningún juicio. Porque no pueden soportarlo, querido amigo, y ésa es toda la cuestión. Quien se adhiere a una ley no teme el juicio que le sitúa en un orden en el que cree. Pero el más alto tormento humano es ser juzgado sin ley. Y sin embargo estamos en ese tormento. Privados de su freno natural los jueces castigan al azar, golpean por partida doble. Entonces hay que intentar ir más deprisa que ellos ¿no es cierto? Y ésa es la gran pelea. Los profetas y los curanderos se multiplican, se apresuran para llegar con una buena ley o con una organización impecable an-

tes de que la tierra se quede desierta. ¡Afortunadamente, yo he llegado! Yo soy el principio y el fin, yo anuncio la ley. En resumen, yo soy juez-penitente.

De acuerdo, de acuerdo, mañana le diré en qué consiste esa hermosa profesión. Usted se va pasado mañana, por lo tanto corre algo de prisa. Si lo desea puede venir a mi casa, llame tres veces. ¿Regresa a París? París está lejos, París es bello, no lo he olvidado. Recuerdo sus crepúsculos por esta misma época, más o menos. Cae el anochecer, seco y sonoro, sobre los tejados azulados por el humo, la ciudad gruñe sordamente, el río parece remontar su propia corriente. Entonces yo deambulaba por las calles. Ellos también deambulan ahora, ya lo sé. Vagabundean, hacen como si se apresuraran hacia la mujer fatigada, hacia el severo hogar... ¡Ah, querido amigo! ¿Sabe usted lo que es una criatura solitaria deambulando por una gran ciudad?

Me avergüenza recibirle acostado. No es nada, un poco de fiebre que me curo con ginebra. Estoy acostumbrado a estos accesos. Creo que se trata de paludismo, que se me contagió cuando fui papa. No, sólo bromeo a medias. Sé lo que usted piensa: es muy difícil separar lo verdadero de lo falso en lo que yo cuento. Confieso que tiene usted razón. Yo mismo... Cierta persona de mi entorno, sabe usted, dividía a los individuos en tres categorías: los que prefieren no tener nada que ocultar antes que verse obligados a mentir; los que prefieren mentir antes que no tener nada que ocultar, y finalmente los que aman a la vez la mentira y el secreto. Le dejo escoger la casilla que mejor me conviene.

Y además, ¿qué importa? ¿Acaso las mentiras no conducen finalmente al camino de la verdad? Y mis historias, falsas o verdaderas, ¿no se inclinan todas hacia el mismo final? ¿No tienen acaso el mismo sentido? Entonces ¿qué importa que sean verdaderas o falsas si en ambos casos son representativas de lo que he sido y de lo que soy? A veces se puede ver más claro en el que miente que en quien dice la verdad. La verdad, como la luz, ciega. La mentira, al contrario, es un bello crepúsculo que valoriza todos los objetos. En fin, tómelo como usted quiera, pero a mí me nombraron papa en un campo de prisioneros.

Le ruego que se siente. Está usted mirando este cuarto. Desnudo, cierto, pero limpio. Un Vermeer sin muebles ni cacerolas. También sin libros, porque hace mucho tiempo que he dejado de leer. En otros tiempos mi casa estaba llena de libros que había leído a medias. Eso es tan repugnante como esa clase de gente que prueba un *foie gras* y tira lo que queda. Además, sólo me gustan las confesiones, y los autores de confesiones escriben mayormente para no tener que confesarse, para no decir nada de lo que saben. Cuando pretenden desembuchar es cuando hay que desconfiar, porque van a acicalar un cadáver. Créame usted, soy un orfebre. Corté por lo sano. Ni libros ni tampoco objetos inútiles, lo estrictamente necesario, limpio y barnizado como un féretro. Además, esas camas holandesas, tan duras, con sus sábanas inmaculadas, parece que uno se puede morir en ellas como si ya estuviera en el sudario, embalsamado en pureza.

¿Siente usted curiosidad por conocer mis aventuras pontificales? Una banalidad, créame. ¿Tendré fuerzas para contárselo? Sí, me parece que la fiebre remite. Hace ya tanto tiempo de aquello. Fue en África, donde gracias al señor Rommel se había desatado la guerra. Tranquilícese usted, no, yo no estaba mezclado en ello. Yo ya me había librado de la guerra de Europa. Movilizado, por supuesto, pero nunca estuve bajo el fuego. En cierto sentido lo lamento. ¿Quizá muchas cosas hubieran cambiado? El ejército francés no tuvo necesidad de mí en el frente. Solamente fui solicitado para participar en la retirada. Después me encontré en París, con los alemanes. Me tentó la Resistencia cuando se empezaba a hablar de ello, más o menos en el momento en que descubrí que yo era un patriota. ¿Sonríe usted? Se equivoca. Mi descubrimiento tuvo lugar en los corredores del metro, en la estación de Châtelet. Un perro se había perdido en aquel laberinto. Un perro grande, de pelo crespo, con una oreja rota, los ojos amenos; olisqueaba las pantorrillas de los transeúntes y se paseaba. Me gustan los perros con una antigua y fiel ternura. Me gustan porque siempre perdo-

nan. Llamé a aquél, y el perro dudó, visiblemente seducido, con el trasero entusiasta, a unos metros delante de mí. En aquel momento me adelantó un joven soldado alemán que andaba alegremente. Sin dudarle un instante el perro siguió sus pasos y con el mismo entusiasmo se fue con él. Por la especie de furor y el despecho que sentí contra el soldado alemán me vi obligado a reconocer que mi reacción había sido patriótica. Si el perro se hubiera ido detrás de un civil francés ni siquiera hubiera pensado en ello. Imaginé, por el contrario, que aquel simpático animal se convertía en la mascota de un regimiento alemán, y aquello me ponía furioso. La experiencia era convincente.

Alcancé la zona sur con la intención de informarme sobre la Resistencia. Pero una vez allí, y una vez informado, tuve dudas. La empresa me parecía bastante loca y, por decirlo todo, romántica. Pienso sobre todo que la acción subterránea no convenía ni a mi temperamento ni a mi afición a las cumbres bien aireadas. Me parecía que se me pedía hacer un tapiz en un sótano, a lo largo de días y noches, esperando que unas bestias me descubrieran, destrozaran mi tapicería y a continuación me arrastraran a otro sótano para matarme a palos. Admiraba a quienes se entregaban a ese heroísmo de las profundidades, pero no podía imitarles.

Crucé entonces al norte de África con la vaga intención de alcanzar Londres. Pero la situación no estaba clara en África, me parecía que los bandos opuestos tenían igualmente razón y me abstuve. Ya veo en su expresión que en su opinión paso demasiado deprisa sobre detalles que tienen sentido. Pues bien, digamos que, por estimarle a usted en su verdadero valor, voy deprisa para que usted los advierta mejor. Lo cierto es que finalmente llegué a Túnez donde una buena amiga me proponía trabajo. Aquella amiga era una criatura sumamente inteligente que andaba en el mundo del cine. La seguí a Túnez y no supe su verdadero oficio hasta que los Aliados desembarcaron en Argelia. Los alemanes la detuvieron y a mí también, pero sin querer. No sé lo que fue de ella. En lo

que a mí respecta no sufrí ningún daño y comprendí, después de múltiples angustias, que se trataba sobre todo de una medida de seguridad. Me internaron en un campo cerca de Trípoli, donde más se sufría de la sed y de la carencia de todo que de malos tratos. No quiero describírselo. Nosotros, los hijos del medio siglo, no necesitamos un dibujo para imaginar esa clase de lugares. Hace ciento cincuenta años los lagos y los bosques despertaban emociones. Hoy tenemos el lirismo de los calabozos. Por eso sé que usted lo comprende. Simplemente añadiré algún detalle: el calor, el sol a plomo, las moscas, la arena, la ausencia de agua.

Había conmigo un joven francés poseído por la fe. ¡Sí, esto se está convirtiendo en un cuento de hadas! Del estilo Duguesclin, si le parece. Había pasado de Francia a España para ir a combatir. El católico general le internó y, al comprobar que en los campos franquistas los garbanzos estaban, me atreveré a decir, bendecidos por Roma, se hundió en una profunda tristeza. Ni el cielo de África, donde más tarde fue a parar, ni los placeres del campo habían podido arrancarle de aquella tristeza. Pero sus reflexiones, y también el sol, le habían sacado un poco fuera de sus casillas. Un día, bajo una tienda que chorreaba plomo fundido, donde los diez hombres que allí estábamos jadeábamos entre las moscas, reanudó sus distribas contra quien él llamaba el Romano. Nos miraba con aire desorientado, con su barba de varios días. Su torso desnudo estaba cubierto de sudor, sus manos jugaban con el teclado visible de sus costillas. Nos declaró que se necesitaba un nuevo papa que, viviera entre los desgraciados en lugar de rezar sobre un trono, y que cuanto antes sería mejor. Nos examinó con sus ojos iluminados sacudiendo la cabeza. «¡Sí, repitió, lo antes posible!» Después, se calmó repentinamente y declaró con voz monótona que había que escoger entre nosotros un hombre completo, con sus virtudes y con sus defectos, y jurarle obediencia bajo la única condición de que aceptara mantener viva,

en sí mismo y en los demás, la comunidad de nuestro sufrimiento.

«¿Quién de nosotros es el más débil?», dijo. Por burla levanté el dedo, y fui el único en hacerlo. «Bien. Jean-Baptiste servirá.» No, no dijo eso, porque entonces yo tenía otro nombre. Al menos declaró que señalarse como yo lo había hecho suponía también la mayor virtud y propuso que se me eligiera. Los demás aceptaron, por juego, y sin embargo con un ápice de gravedad. Lo cierto es que Duguesclin nos había impresionado. Yo mismo creo que no me reía del todo. Primero porque me parecía que mi pequeño profeta tenía razón, y después porque el sol, los trabajos agotadores, la lucha por el agua... en resumen, que ninguno de nosotros estaba en sus casillas. El resultado fue que ejercí mi pontificado durante varias semanas, cada vez con mayor seriedad.

¿En qué consistía? Bueno, yo era una especie de jefe de grupo, o de secretario de célula. De todos modos los demás, incluso los que no eran creyentes, tomaron la costumbre de obedecerme. Duguesclin sufría: yo administraba su sufrimiento. Entonces me di cuenta de que ser papa no era tan fácil como se creía, y ayer mismo lo recordé, después de haber pronunciado delante de usted tantos discursos desdeñosos sobre los jueces, nuestros hermanos. En el campo el gran problema era la distribución de agua. Se habían formado otros grupos, políticos o religiosos, y cada uno favorecía a sus compañeros. Por lo tanto me vi obligado a favorecer a los míos, lo que ya era una pequeña concesión. Ni siquiera entre nosotros pude mantener una igualdad perfecta. Según el estado de mis compañeros, o de los trabajos que tenían que hacer, favorecía a éste o a aquél. Créame que aquellas distinciones te llevaban lejos. Pero finalmente me siento fatigado y no quiero pensar en aquellos tiempos. Digamos que ricé el rizo el día que me bebí el agua de un compañero agonizante. No, no era Duguesclin, creo que ya se había muerto, se mortificaba demasiado. Y además, si hubiera

estado allí, yo hubiera resistido más tiempo por amor a él, porque le amaba, sí, le amaba, o al menos eso me parece. Pero me bebí el agua, eso seguro, persuadiéndome de que los demás me necesitaban más que aquel que de todas maneras iba a morir, y tenía la obligación de conservarme por ellos. Así es, querido amigo, como nacen los imperios y las iglesias, bajo el sol de la muerte. Y corrigiendo un poco mi discurso de ayer, le voy a contar la gran idea que se me ha ocurrido al hablar de todo esto, que ni siquiera sé si lo viví o lo soñé. Mi gran idea es que hay que perdonar al papa. Primero porque lo necesita más que nadie. Y segundo porque es la única forma de situarse por encima de él...

¡Oh! ¿Ha cerrado usted bien la puerta? ¿Sí? Hágame el favor de comprobarlo. Me disculparé que tenga el complejo del cerrojo. En el momento de dormirme nunca logro recordar si he echado el cerrojo. Me tengo que levantar cada noche para verificarlo. No se puede estar seguro de nada, ya se lo he dicho. No crea usted que esta inquietud del cerrojo es una reacción de propietario miedoso. En otros tiempos no cerraba con llave ni mi apartamento ni mi coche. Tampoco me aferraba a mi dinero, no prestaba mucha atención a lo que poseía. Por decirlo todo, me avergonzaba un poco ser propietario. Y ocurría que en mis discursos sociales gritara con convicción: «La propiedad, caballeros, es un crimen». Como no tenía el corazón lo bastante grande como para compartir mis riquezas con algún indigente meritorio, las dejaba a disposición de los eventuales ladrones, esperando así corregir la injusticia con el azar. Además, hoy no poseo nada. Por lo tanto no me inquieta mi seguridad, sino yo mismo y mi presencia de ánimo. Insisto en condenar la puerta de mi pequeño universo bien cerrado en el que soy el rey, el papa y el juez.

A propósito, ¿le importaría abrir ese armario? Sí, contemple ese cuadro. ¿No lo reconoce? Se trata de *Los jueces íntegros*. ¿No le sorprende? ¿Hay lagunas en su cultura? Sin embargo, si usted leyera los periódicos recordaría

el robo que se produjo en Gante, en 1934, en la catedral de Saint-Bavon, de uno de los paneles del famoso retablo de Van Eyck, *El Cordero místico*. Aquel panel se llamaba *Los jueces íntegros*. Representaba a unos jueces a caballo que iban a adorar al santo animal. Fue sustituido por una extraordinaria copia, porque el original nunca pudo hallarse. Pues bien, ahí lo tiene. No, yo no tengo nada que ver con ello. Un cliente del «Mexico-City» que usted vio el otro día, se lo vendió al gorila por una botella, una tarde de borrachera. Al principio le aconsejé a nuestro amigo que lo colgara en buen lugar, y durante mucho tiempo, mientras eran buscados por el mundo entero, esos jueces devotos han presidido el «Mexico-City» sobre borrachos y proxenetas. Después, a petición mía, el gorila lo ha dejado en depósito aquí. Se resistió algo pero tuvo miedo cuando le expliqué el asunto. Desde entonces mi única compañía son esos estimables magistrados. Ya advertió usted el vacío que han dejado allí encima del mostrador.

¿Por qué no he devuelto el panel? ¡Ah! ¡Ah! ¡Usted tiene reflejos de policía! Pues bien, le responderé como lo haría delante del magistrado instructor si acaso a alguien se le ocurriera al fin que ese cuadro ha aterrizado en mi habitación. En primer lugar, porque no es mío, sino del patrón del «Mexico-City», que lo merece tanto como el obispo de Gante. En segundo lugar porque entre los que desfilan delante de *El Cordero místico* nadie sería capaz de distinguir la copia del original, y en consecuencia nadie resulta lesionado. En tercer lugar porque de esta manera yo domino. Falsos jueces son expuestos a la admiración del mundo entero y yo soy el único que conoce a los verdaderos. En cuarto lugar porque así tengo una posibilidad de que me envíen a la cárcel, una idea que en cierto modo resulta tentadora. En quinto lugar porque esos jueces van al encuentro del Cordero, y ya no hay cordero, ni inocencia, y por consiguiente el hábil picaro que robó el panel era instrumento de una justicia desconocida a la que no resulta conveniente llevar la contraria. Y finalmente porque de este modo volvemos al orden.

Una vez separadas definitivamente la justicia y la inocencia, aquella sobre la cruz y ésta en un armario, tengo la vía libre para trabajar según mis convicciones. Quiero ejercer con buena conciencia la difícil profesión de juez-penitente en la que he logrado establecerme después de tantos sinsabores y contradicciones, y creo que ya es hora, puesto que usted se va, de que le diga al fin en qué consiste.

Permítame antes que me incorpore para poder respirar mejor. ¡Oh! ¡Me siento tan cansado! Cierre a mis jueces con llave, gracias. En estos momentos me dispongo a ejercer mi profesión de juez-penitente. Normalmente mi bufete se encuentra en el «México-City». Pero las grandes vocaciones se prolongan más allá del lugar de trabajo. Incluso en la cama, incluso febril, funciono. Además es un oficio que no se ejerce, se respira a todas horas. En efecto, no se crea usted que le he echado discursos durante cinco días únicamente por gusto. No, ya hablé demasiado en otros tiempos para no decir nada. Ahora mi discurso tiene una finalidad. Lo guía, está claro, la idea de acallar las risas, de evitar personalmente el juicio, aunque no haya en apariencia ninguna escapatoria. El gran obstáculo para impedirlo es que somos los primeros en condenarnos. Por lo tanto hay que empezar por extender la condena a todos, sin discriminación, a fin de empezar a diluirla.

Se acabaron las excusas para todos, nunca más, ése es mi principio de partida. Niego la buena intención, el error apreciable, el paso en falso, la circunstancia atenuante. Conmigo se acabaron las bendiciones, se terminó la distribución de absoluciones. Simplemente se suma y se dice: «Esto es tanto. Usted es un perverso, un sátiro, un mitómano, un pederasta, un artista, etc.» Así. Así de claro. Por lo tanto, en filosofía como en política estoy del lado de cualquier teoría que niegue la inocencia del hombre, y a favor de cualquier práctica que le trate como un culpable. Apreciará, querido amigo, que soy un ilustrado partidario de la servidumbre.

Lo cierto es que sin ello no hay solución definitiva. Eso lo comprendí muy pronto. En otros tiempos siempre tenía la palabra libertad en la boca. La oía durante el desayuno sobre las tostadas, la masticaba todo el día, llevaba en sociedad un aliento deliciosamente refrescante de libertad. Asestaba esa palabra clave a cualquiera que me contradecía, la había puesto al servicio de mis deseos y de mi poder. La murmuraba en la cama al oído adormecido de mis amantes y me ayudaba a dejarlas allí plantadas. La deslizaba... Bueno, creo que me estoy excitando y pierdo la medida. A fin de cuentas también me ocurrió que hiciera un uso más desinteresado de la libertad, incluso, observe usted mi ingenuidad, incluso llegué a defenderla dos o tres veces sin ir hasta a morir por ella, claro, pero corriendo algunos riesgos. Hay que perdonarme esas imprudencias; no sabía lo que hacía. No sabía que la libertad no es una recompensa, ni una condecoración que se festeja con champán. Ni tampoco un regalo, una caja de bomboncitos para mayor deleite del paladar. ¡Oh, no! Al contrario, es una dura labor, una carrera de fondo, solitaria y sumamente extenuante. Ni champán ni amigos que levantan la copa y os miran con ternura. Solo en una sala melancólica, solo en el banquillo, delante de los jueces, y solo para decidir ante uno mismo y ante el juicio de los demás. Al final de cualquier libertad hay una sentencia; por eso es tan pesado acarrear con la libertad, sobre todo cuando se padece de fiebre, o de pesares, y cuando uno no ama a nadie.

¡Ah, querido amigo! El peso de los días es terrible para quien está solo, sin dios y sin señor. Por lo tanto, hay que escoger un señor, porque Dios ya no está de moda. Además esa palabra ya no tiene sentido; no merece la pena escandalizar a nadie. Mire usted, en suma, nuestros moralistas, tan serios, tan amantes del prójimo y todo eso, en nada se diferencian del estado de cristianos, salvo que no predicán en las iglesias. Según usted, ¿qué les impide convertirse? El respeto, quizá, el respeto de los hombres, sí, el respeto humano. No quieren escandalizar

y guardan sus sentimientos en su fuero interno. Así, conocí a un novelista ateo que *rezaba* todas las noches. Ello no era óbice: ¡buenas las pasaba Dios en todos sus libros! ¡Qué andanadas, como diría no sé quién! Un militante librepensador a quien me confié levantó los brazos al cielo, por supuesto sin mala intención: «No me extraña nada, suspiró aquel apóstol, son todos iguales». De creerle, el ochenta por ciento de nuestros escritores escribirían y alabarían el nombre de Dios si no tuvieran que firmarlo. Pero según él, firman porque se aman a ellos mismos, y no alaban nada en absoluto porque se detestan. Como a pesar de todo no pueden evitar emitir juicios, se recuperan con la moral. En resumen, son de un satanismo virtuoso. ¡Curiosa época, de verdad! No es de extrañar que los espíritus estén alterados y que uno de mis amigos, ateo cuando era un marido irreprochable, se haya convertido siendo adúltero.

¡Ah! ¡Esos picaros, comediantes, hipócritas, y, a pesar de todo tan enternecedores! Créame, todos lo son, incluso cuando le ponen fuego al cielo. Cristianos todos, de padres a hijos, ya sean ateos o devotos, moscovitas o bostonianos. Pero precisamente, ya no hay padre, ya no hay reglas. Uno es libre y entonces hay que arreglárselas lo mejor posible, y como por encima de todo no desean la libertad, ni sus sentencias, rezan para que les golpeen en los dedos, inventan reglas terribles, corren a levantar hogueras para reemplazar a las iglesias. Unos Savonarolas, se lo digo yo. Pero sólo creen en el pecado, jamás en la gracia. Piensan en ello, por supuesto. La gracia, eso es lo que desean, la aprobación, el abandono, la felicidad de existir, y quién sabe, como también son sentimentales, quizá los noviazgos, las jovencitas lozanas, los hombres rectos, la música. Yo por ejemplo, que no soy sentimental, ¿sabe usted lo que he soñado?: un amor completo de todo cuerpo y todo corazón, día y noche, en un incesante abrazo, gozando y exaltándose, durante cinco años seguidos y después, la muerte. ¡Ay!

Después, ¿no es cierto? a falta de noviazgo y de amor

incesante vendrá el matrimonio, brutal, con el poder y el látigo. Lo esencial es que todo sea simple, como para un niño; que cada acto sea ordenado, que el bien y el mal sean designados de manera arbitraria, y por lo tanto evidente. Y yo, completamente de acuerdo con ello, con todo lo siciliano y javanés que soy, y además nada cristiano, aunque sienta cierta simpatía por el primero de ellos. Pero en los puentes de París aprendí que yo también tenía miedo de la libertad. Por lo tanto, viva el señor, sea quien sea, para sustituir a la ley del cielo. «Padre nuestro que provisionalmente estás aquí... Nuestros guías, nuestros jefes deliciosamente severos, ¡oh líderes crueles y bienamados...!» En fin, como usted puede ver, lo esencial es no ser libre y obedecer con arrepentimiento a alguien más picaro que uno mismo. Cuando todos seamos culpables, entonces viviremos en democracia. Sin contar, querido amigo, que hay que vengarse de tener que morir solo. La muerte es solitaria mientras que la servidumbre es colectiva. A los demás también les toca lo suyo, y al mismo tiempo que a nosotros, eso es lo importante. Reunidos todos, al fin, pero de rodillas y con la cabeza agachada.

Y también, ¿no resulta agradable vivir en términos parecidos a los de la sociedad, y para ello, no es necesario que la sociedad se me parezca? La amenaza, el deshonor, la policía son los sacramentos de ese parentesco. Despreciado, perseguido, doblegado, es cuando al fin puedo dar mi entera medida, disfrutar de lo que soy, ser natural. Por eso, querido amigo, después de haber saludado solemnemente a la libertad, decidí a hurtadillas que era imprescindible devolvérsela sin tardanza a cualquiera. Y cada vez que puedo, predico en mi iglesia del «Mexico-City», invito a las buenas gentes a que se sometan y a que humildemente aspiren a las comodidades de la servidumbre, aunque para ello tenga que presentársela como la verdadera libertad.

Pero yo no estoy loco, y me doy perfecta cuenta de que la esclavitud no es para mañana mismo. Será una de las conquistas del futuro, eso es todo. Mientras llega

debo contentarme con el presente y buscar al menos una solución provisional. Por lo tanto he tenido que buscar una manera de ampliar el juicio a todo el mundo, para aliviar su carga sobre mis propios hombros. Y la hallé. Abra un poco la ventana, por favor. Aquí hace demasiado calor. No tanto, porque también tengo frío. Mi idea es simple y fecunda a la vez. ¿Cómo hacer que todo el mundo se moje para tener uno mismo derecho a secarse al sol? ¿Iba a subirme a un pulpito, como tantos de mis ilustres contemporáneos y maldecir a la sociedad? ¡Demasiado peligroso! Un día, o una noche, puede estallar una carcajada sin avisar. La sentencia que uno aplica a los demás termina por volverse contra uno, a la cara, de frente, con bastantes desperfectos. ¿Entonces? se preguntará usted. Pues bien, ésta es mi genialidad. He descubierto que a la espera de la llegada de los señores y de sus látigos deberíamos, como Copérnico, invertir el razonamiento para triunfar. Ya que no podemos condenar a los demás sin juzgarnos, es necesario abrumarse de culpa uno mismo para tener derecho a juzgar. Ya que todo juez se convierte algún día en penitente, habrá que recorrer el camino en sentido inverso y profesar la penitencia para poder terminar siendo juez. ¿Me comprende? Bien. Pero para decirlo aún más claramente, le voy a explicar cómo trabajo.

Lo primero que hice fue cerrar mi bufete de abogado, irme de París, viajar; intenté instalarme bajo nombre supuesto en algún otro lugar donde no faltara trabajo. Hay muchos lugares así en el mundo, pero el azar, la comodidad, la ironía y también la necesidad de cierta mortificación, me empujaron a escoger una ciudad de agua y de bruma, encorsetada en sus canales, especialmente agobiada y visitada por hombres procedentes del mundo entero. Instalé mi gabinete en un bar del barrio marineró. La clientela de los puertos es muy diversa. Los pobres no van a los distritos lujosos, pero la gente de calidad, como usted ha podido observar, termina siempre por recalcar al menos una vez en los lugares de mala fama. Yo estoy especialmente al acecho del burgués, y

sobre todo del burgués desorientado; con él doy mi pleno rendimiento. Y de él obtengo, como un virtuoso, los acordes más refinados.

Por lo tanto ejerzo mi útil profesión desde hace algún tiempo en el «Mexico-City». Como usted ha podido comprobar, consiste en primer lugar en practicar la confesión pública lo más frecuentemente posible. Me acuso a mí mismo de arriba abajo. No es muy difícil, ahora tengo buena memoria. Pero atención, yo no me acuso burdamente con grandes golpes de pecho. No. Yo navego con ligereza, multiplico los matices, las digresiones también, y en suma, adapto mi discurso a mi oyente y le llevo a que suba la apuesta. Mezclo lo que me concierne a mí con lo relativo a los demás. Tomo rasgos comunes, experiencias que hemos padecido juntos, debilidades que compartimos, el buen tono, el hombre del día tal y cómo se encarna en mí y en ios demás. Con eso fabrico un retrato que es el de todo el mundo y el de nadie en particular. Una máscara, en resumen, bastante parecida a las de carnaval, a la vez fieles y simplificadas, ante las cuales uno exclama: «¡Vaya, a ése le conozco!». Cuando he terminado el retrato, como esta noche, se lo muestro lamentándome: «¡Ay! ¡Así es como soy!». La acusación está terminada. Pero al mismo tiempo, el retrato que presento a mis contemporáneos se convierte en un espejo.

Cubierto de cenizas, arrancándome lentamente el cabello, con el rostro rasgado por las uñas pero con la mirada penetrante, me alzo frente a la humanidad entera, recapitulando mi vergüenza, sin perder de vista el efecto producido y diciendo: «Yo era el último de los últimos». Entonces, imperceptiblemente, paso en mi discurso del «yo» al «nosotros». Cuando llego al «esto es lo que somos», la suerte está echada, ya puedo cantarles sus cuatro verdades. Soy como ellos, por supuesto, estamos en la misma sopa. Sin embargo yo tengo una superioridad, la de saberlo, lo cual me otorga el derecho a hablar. Estoy seguro de que usted comprende la ventaja. Cuanto más me acuso, más derecho tengo a juzgarle. Más aún, le

desafío a que se juzgue a sí mismo, lo cual me alivia otro tanto. ¡Ah, querido amigo! Somos unas extrañas y miserables criaturas, y por poco que reflexionáramos sobre nuestras vidas, no faltarían las ocasiones de asombrarnos y de escandalizarnos a nosotros mismos. Inténtelo. Puede estar usted seguro de que escucharé su propia confesión con un gran sentimiento de fraternidad,

¡No se ría! Sí; es usted un cliente difícil, lo sentí a primera vista. Pero acabará por hacerlo, es inevitable. Los demás, en su mayoría, son más sentimentales que inteligentes; enseguida se desorientan. Con los inteligentes hay que emplear más tiempo. Basta con explicarles el método a fondo. No lo olvidan, reflexionan. Un día u otro, mitad por juego, mitad por desesperación, confiesan. Usted no solamente tiene aspecto de ser inteligente, sino que también parece bastante curtido. Confiese sin embargo que hoy se siente menos satisfecho de sí que hace cinco días. A partir de ahora esperaré a que vuelva o a que me escriba. ¡Porque estoy seguro de que volverá! Encontrará que no habré cambiado. ¿Por qué habría de cambiar si he encontrado la felicidad en lo que me conviene? He aceptado la duplicidad en lugar de lamentarla. Por el contrario, me he instalado en ella y he encontrado el confort que tanto había buscado durante toda mi vida. En el fondo he cometido un error al decirle que lo esencial era evitar ser juzgado. Lo esencial es poder permitírsele todo, aunque haya que reconocer de vez en cuando a grandes voces la propia ignominia. Todo eso me lo puedo permitir de nuevo, y ahora sin risas. No he cambiado de vida, continúo amándome y utilizando a los demás. Sólo que la confesión de mis faltas me permite volver a empezar con mayor ligereza y disfrutar dos veces, primero de mi naturaleza y después de un encantador arrepentimiento.

Desde que he encontrado mi solución puedo entregarme a cualquier cosa, a las mujeres, al orgullo, al aburrimiento, al resentimiento, incluso a la fiebre que en estos momentos siento subir. Al fin reino, pero para

siempre. Por fin he alcanzado una cima que he escalado solo y desde donde puedo juzgar a todo el mundo. A veces, muy de tarde en tarde, cuando la noche es de verdad hermosa, oigo una risa lejana y de nuevo dudo. Pero muy pronto vuelvo a aniquilar todas las cosas, criaturas y creación, bajo el peso de mi propia incapacidad, y me siento renovado.

Por consiguiente, esperaré su agradecimiento en el «Mexico-City» el tiempo que sea necesario. Pero quíteme esta manta, quiero respirar. ¿No es cierto que vendrá usted? Le mostraré incluso algunos detalles de mi técnica, porque siento afecto por usted. Verá usted cómo les enseño lo infames que son a lo largo de noches enteras. Además, a partir de esta misma noche empezaré otra vez. No puedo prescindir de ello, ni privarme del momento en que alguno se desmorona y con ayuda del alcohol empieza a golpearse el pecho. Entonces siento que me crezco, querido amigo, respiro en libertad, me hallo en la cumbre de la montaña y la llanura se extiende ante mis ojos. Es la ebriedad de sentirse Dios Padre y distribuir certificados definitivos de mala vida y malas costumbres. Presido entre los ángeles malos, en la cima del cielo holandés, y veo subir hacia mí, saliendo de la bruma y del agua, a las muchedumbres del Juicio Final. Se elevan lentamente, ya veo que se acerca el primero. En su rostro desorientado, que se cubre a medias con la mano, leo la tristeza de la común condición y la desesperación de no poder escapar de ella. Y yo le compadezco sin absolverle, comprendo sin perdonar, y sobre todo, ¡ah!, al fin me siento adorado.

Sí, ya sé que me agito, ¿cómo cree que se puede estar serenamente acostado? Tengo que estar por encima de usted, mis pensamientos me elevan. Esas noches, o más bien esas madrugadas, porque la caída se produce generalmente al alba, salgo y camino con paso impetuoso a lo largo de los canales. En el cielo lívido, las colchas de plumón se hacen más finas, las palomas se alzan un poco, un resplandor rosado anuncia, al ras de los tejados, un

nuevo día de mi creación. El primer tranvía hace tañir su campana en el aire húmedo del Damrak y suena el despertador de la vida en el extremo de esta Europa donde, en el mismo momento, cientos de millones de individuos, mis subditos, se levantan penosamente de la cama, con la boca amarga, para dirigirse a un trabajo sin alegría. Entonces camino con el pensamiento por encima de todo este continente que se somete a mí sin saberlo, bebiendo la luz de absenta que empieza a clarear, ebrio al fin de malas palabras, me siento feliz, soy feliz, le digo, y le prohibo que piense que no soy feliz, me muero de felicidad. ¡Oh, sol, playas, islas bajo los alisios, juventud cuyo recuerdo me desespera!

Perdone que me vuelva a acostar. Temo haberme exaltado; sin embargo no lloro. A veces uno se desorienta, duda de la evidencia, incluso cuando ha descubierto los secretos de la buena vida. Por supuesto, mi solución no es lo ideal. Pero cuando uno no ama la propia vida, cuando no sabe que hay que cambiar de vida, no se puede escoger ¿no es cierto? ¿Qué se puede hacer por los demás? Imposible. Habría que no ser nadie, olvidarse de uno mismo en nombre de alguien, al menos una vez. ¿Cómo? No me abrume demasiado. Soy como aquel viejo mendigo que un día, en la terraza de un café, no quería soltarme la mano: «¡Ah, caballero! decía. ¡No es que uno sea un mal hombre, es que ha perdido la luz!». Sí, hemos perdido la luz por las mañanas, la santa inocencia de quien sabe perdonarse a sí mismo.

¡Mire! ¡Está nevando! ¡Oh! ¡Tengo que salir! Amsterdam dormido en la noche blanca, los sombríos canales de jade bajo los pequeños puentes nevados, las calles desiertas, mis pasos ahogados, así es la pureza, fugitiva, antes del lodo del mañana. Observe esos enormes copos que se deshacen contra los cristales. Seguramente son palomas. Por fin se deciden a bajar, queridas mías, para cubrir las aguas y los tejados con una espesa capa de plumas, y palpar en todas las ventanas. ¡Qué invasión! Esperemos que nos traigan la buena nueva. Todo el

mundo se salvará, ¿eh?, y no solamente los elegidos, la pena y la riqueza serán compartidas, y usted, por ejemplo, a partir de hoy se acostará todas las noches en el suelo, por mí. ¡Todas esas pamplinas, vamos! Confiese que se quedaría de piedra si bajara un carro para arrebatarme al cielo, o si la nieve se incendiara. ¿No cree en ello? Yo tampoco. Pero de todos modos tengo que salir.

Bueno, bueno, me quedo tranquilo, no se preocupe. Además, no se fíe demasiado de mi enternecimiento, ni de mis delirios. Los controlo. Por ejemplo, ahora que usted va a hablarme de sí mismo, voy a saber si he alcanzado uno de los objetivos de mi apasionante confesión. En efecto, siempre espero que mi interlocutor sea un policía y que vaya a detenerme por el robo de *Los jueces íntegros*. Por lo demás nadie puede detenerme ¿no es cierto? Pero lo referente a ese robo cae bajo el dominio de la ley y lo he arreglado todo para convertirme en cómplice; oculto ese cuadro y lo muestro a quien quiere verlo. Por lo tanto, usted podría detenerme y ése sería un buen comienzo. Quizá se ocuparan después de lo restante; por ejemplo sería decapitado, y ya no tendría miedo a morir y estaría salvado. Usted alzaría mi cabeza todavía fresca por encima del pueblo reunido para que se reconozcan en ella y que de nuevo, ejemplar, yo les domine. Todo se habría consumado, y yo habría concluido, en un santiamén, mi carrera de falso profeta que predica en el desierto y se niega a marcharse.

Pero por supuesto usted no es policía, sería demasiado sencillo. ¿Cómo? ¡Ah! Lo sospechaba, créame. El extraño afecto que sentía por usted tenía pues un sentido. ¡Usted ejerce en París la hermosa profesión de abogado! Ya sabía yo que éramos de la misma raza. ¿No es cierto que todos nos parecemos, hablando sin tregua a nadie en particular, confrontados siempre a las mismas cuestiones aunque conozcamos las respuestas por adelantado? Entonces, se lo ruego, cuénteme lo que le sucedió una noche en los muelles del Sena y cómo logró no arriesgar nunca su vida. Pronuncie usted mismo las palabras que

desde hace años no han dejado de resonar en mis noches, y que al fin yo diré por boca suya: «¡Oh muchacha! ¡Arrójate otra vez al agua para que yo disponga de una segunda oportunidad de salvarnos a ambos!» Una segunda oportunidad, ¿eh? ¡Qué imprudencia! Suponga, querido colega, que le tomo la palabra. Habría que pasar a los hechos. ¡Brrr.J ¡Qué fría debe estar el agua! Pero tranquilicémonos. Es demasiado tarde, siempre será demasiado tarde. ¡Afortunadamente!

CRÓNICAS ARGELINAS
1939-1958

Título original: Actuelles III. Chroniques algériennes,
1939-1958 (1965)

Traducción de Alberto Luis Bixio

Revisión de Miguel Salabert y Esther Benítez

Este volumen ya estaba compuesto y a punto de aparecer cuando se desencadenaron los hechos del 13 de mayo¹. Después de reflexionar, me pareció que su publicación continuaba siendo deseable, que hasta constituía un comentario directo de esos hechos y que, en la confusión actual, la publicación de la posición y las soluciones de síntesis que aquí se definen debía ser más deseable que nunca. En Argelia se están produciendo vastos cambios en los espíritus, y esos cambios autorizan a alimentar grandes esperanzas y también temores. Pero los hechos mismos no cambiaron, y mañana habrá aún que tenerlos en cuenta para llegar al único futuro aceptable: aquel en que Francia, apoyada incondicionalmente en sus libertades, sepa hacer justicia, sin distinciones, ni en un sentido ni en otro, a todas las comunidades de Argelia. Hoy, como ayer, la única ambición que tengo al publicar este libre testimonio, es la de contribuir, según mis medios, a definir ese futuro.

¹ El 13 de mayo de 1958 tuvo lugar en Argel la sublevación militar que habría de dar origen a la V República Francesa (*N. del E. español*).

Prefacio

El lector encontrará en esta compilación una serie de artículos y textos que se refieren todos a Argelia. Se escalonan en un período de veinte años, desde el año 1939, en el que casi nadie en Francia se interesaba por ese país, hasta 1958, en el que todo el mundo habla de él. Un solo volumen no habría bastado para contener estos artículos. Tuve que eliminar las repeticiones y los comentarios demasiado generales y conservar, sobre todo, los hechos, las cifras y las sugerencias que todavía podían ser útiles. Buenos o malos, esos artículos resumen la posición de un hombre que, colocado desde muy joven frente a la miseria argelina, multiplicó en vano sus advertencias y que consciente, desde mucho tiempo atrás, de las responsabilidades de su país, no puede aprobar una política de conservación o de opresión, en Argelia. Pero, conocedor desde hace mucho de las realidades argelinas, no puedo tampoco aprobar una política de abdicación, que dejaría al pueblo árabe en una miseria aún mayor, arrancaría de sus raíces seculares al pueblo francés de Argelia y únicamente favorecería, sin beneficio para nadie, al nuevo imperialismo que amenaza la libertad de Francia y de Occidente.

Semejante posición hoy no satisface a nadie, y conozco de antemano cómo será recibida por las dos partes. Lo lamento sinceramente, pero no puedo forzar lo que siento y

lo que creo. Por lo demás, tampoco a mí nadie me satisface sobre este punto. Por eso, en la imposibilidad de unirme a ninguno de los campos extremos, frente a la desaparición progresiva de este tercer campo, en el que todavía podía conservarse la cabeza serena, dudando además de mis certezas y mis conocimientos, y persuadido por fin de que la verdadera causa de nuestras locuras reside en las costumbres y el funcionamiento de nuestra sociedad intelectual y política, decidí dejar de participar en las incesantes polémicas que no tienen otro efecto que el de fortalecer en Argelia las intransigencias de la lucha, y el de dividir un poco más aún a una Francia ya envenenada por el odio y las facciones.

Porque, en efecto, hay una perversidad francesa a la cual yo no quiero contribuir en absoluto. Conozco demasiado bien el precio que nos costó y que nos cuesta. Particularmente desde hace veinte años, entre nosotros la gente detesta hasta un punto tal al adversario político que termina por preferir cualquier otra cosa, hasta la dictadura extranjera. Aparentemente los franceses no se cansan de estos juegos mortales. Constituyen en verdad ese pueblo singular que, según Custine, prefiere que lo retraten, aunque sea mal, antes de dejarse olvidar. Pero si el país de los franceses desapareciera, quedaría olvidado, cualesquiera que fueran los afeites con los que se lo hubiera cubierto. Y, en una nación sojuzgada, ya no tendríamos siquiera la libertad de insultarnos. Mientras esperamos que se reconozcan estas verdades, no nos queda otro remedio que resignarnos a dar testimonios personales, que las precauciones necesarias. Y, personalmente, a mí sólo me interesan aquellas acciones que puedan, aquí y ahora, ahorrar inútiles derramamientos de sangre y aquellas soluciones que preserven el futuro de una tierra cuya desdicha pesa demasiado sobre mí, para que pueda siquiera pensar en hablar para la galería.

También otras razones me alejan de esos juegos públicos. En primer lugar, me falta esa seguridad que permite resolverlo todo. Sobre este punto, el terrorismo, tal como

se practica en Argelia, ha influido mucho en mi actitud. Cuando el destino de hombres y mujeres de nuestra propia sangre está ligado, directa o indirectamente, a esos artículos que escribimos con tanta facilidad en nuestro cómodo escritorio, tenemos el deber de vacilar y de pesar el pro y el contra. En lo que me concierne, si bien me doy cuenta del riesgo que corro, si critico los desarrollos de la rebelión, de proporcionar una mortal tranquilidad de conciencia a los más antiguos e insolentes responsables del drama argelino, no dejo de temer, si justifico los prolongados errores franceses, que pueda proporcionar una coartada, sin ningún riesgo para mí, al criminal loco que lance su bomba sobre una multitud inocente en la que estén los míos. En una reciente declaración que ha sido curiosamente comentada, me limité únicamente a reconocer esta circunstancia. Sin embargo, los que no conocen la situación a que me refiero difícilmente pueden juzgar. Pero, por lo que se refiere a aquellos que, conociéndola, continúan pensando heroicamente que es menester que muera el hermano antes que los principios, me limitaré a admirarlos de lejos. No soy de su raza.

Esto no quiere decir que los principios no tengan sentido. La lucha de las ideas es posible aun con las armas en la mano, y es justo que sepamos reconocer las razones del adversario aun antes de defendernos contra él. Pero, en todos los campos, el terror, mientras dura, cambia el orden de los términos. Cuando nuestra propia familia está en peligro inmediato de muerte, bien podemos querer hacerla más generosa y más justa, y hasta debemos continuar haciéndolo, como este libro lo atestigua, pero (y que nadie se engañe!) sin faltar a la solidaridad que le debemos en ese mortal peligro, para que sobreviva, por lo menos, y para que al vivir torne entonces a encontrar la posibilidad de ser justa. A mis ojos, éste es el honor y la verdadera justicia. De otra manera, reconozco que ya no sé nada que sirva en este mundo.

Únicamente desde esta posición se tiene el derecho y el deber de decir que la lucha armada y la represión, de

nuestra parte, cobraron aspectos inaceptables. Las represalias contra las poblaciones civiles y la práctica de la tortura son crímenes que todos compartimos. Que hayan podido producirse entre nosotros tales hechos es una humillación a la que, en adelante, tendremos que hacer frente. Mientras tanto, por lo menos debemos negar cualquier justificación, siquiera a los efectos de la eficacia, a tales procedimientos. En el momento en que, aun indirectamente, los justificamos, desaparecen todas las reglas y todos los valores. Todas las causas echan mano de esa justificación y entonces la guerra sin objetivos ni leyes consagra el triunfo del nihilismo. Se quiera o no, volvemos a la selva, en la que el único principio es la violencia. Aquellos que yo no quieran oír hablar de moral deberían comprender, en todo caso, que, aun para ganar las guerras, es mejor sufrir ciertas injusticias que cometerlas, y que semejantes acciones nos dañan más que cien guerrilleros enemigos. Cuando esas prácticas se aplican, por ejemplo, a los que en Argelia no vacilan en matar al inocente ni, en otros lugares, en torturar o en disculpar la tortura, ¿no son acaso esas prácticas también faltas incalculables, puesto que pueden justificar los crímenes mismos que se quiere combatir? ¿Y qué clase de eficacia es esa que llega a justificar aquello más injustificable del adversario? Y aquí es menester abordar de frente el argumento principal de los que tomaron partido por la tortura: la tortura acaso permitió recuperar treinta bombas, al precio de cierto honor, pero engendró al mismo tiempo a cincuenta nuevos terroristas que, operando de otra manera y en otros lugares, harán morir aún más inocentes. Aun aceptada en nombre del realismo y de la eficacia, la suspensión de los derechos no sirve aquí sino para abrumar a nuestro país, a sus propios ojos y a los del extranjero. Por último, esas bonitas hazañas preparan, infaliblemente, la desmoralización de Francia y el abandono de Argelia. No serán los procedimientos de censura, vergonzosos o cínicos, pero siempre estúpidos, los que cambien algo de estas verdades. El deber del gobierno no consiste en re-

primir las protestas, aunque sean interesadas, que se hacen contra los excesos criminales de la represión, sino que consiste en reprimir esos excesos y condenarlos públicamente para evitar que todo ciudadano se sienta también responsable de los excesos de algunos y se vea, por lo tanto, obligado a denunciarlos o asumirlos.

Pero, para ser útiles y también equitativos, debemos condenar con la misma fuerza y sin precauciones de lenguaje el terrorismo aplicado por el F.L.N. a los civiles franceses y, en una proporción aún mayor, a los civiles árabes. Ese terrorismo es un crimen que no es posible disculpar ni dejar que se desarrolle; en la forma que se practica, ningún movimiento revolucionario lo admitió nunca, y los terroristas rusos de 1905, por ejemplo, hubieran preferido morir (y nos dieron pruebas de ello) antes que rebajarse hasta ese punto. Aquí no es posible transformar el reconocimiento de las injusticias sufridas por el pueblo árabe en indulgencia sistemática para aquellos que asesinan indistintamente a civiles árabes y civiles franceses sin atender a la edad ni al sexo. Después de todo, Gandhi nos demostró que es posible luchar por el pueblo de uno, y vencer, sin por eso dejar un solo día de ser estimable. Cualquiera que sea la causa que se defiende, ésta quedará siempre deshonrada por la matanza ciega de inocentes en la que el asesino sabe de antemano que habrá de alcanzar a la mujer y al niño.

Nunca he dejado de decir, como se verá en este libro, que esas dos condenas no podían separarse, si se pretendía ser eficaz. Por eso me pareció indecoroso, y a la vez perjudicial, ponerme a gritar contra las torturas al unísono con aquellos que tan bien dirigieron a Melousa o la mutilación de niños europeos, de igual modo que me pareció perjudicial e indecoroso condenar el terrorismo al unísono con aquellos que encuentran la tortura fácil de sobrellevar. Lo cierto es, ay, que una parte de nuestra opinión piensa oscuramente que los árabes adquirieron en cierto modo el derecho de estrangular y mutilar, en tanto que otra parte acepta que se excusen

en cierto modo todos los excesos. Cada uno, para justificarse, se apoya en el crimen del otro. Hay aquí una casuística de la sangre, en la que un intelectual, según me parece, nada tiene que hacer, a menos que también él tome las armas. Cuando la violencia responde a la violencia, en un delirio que exaspera y que hace imposible el sencillo lenguaje de la razón, el papel de los intelectuales no puede consistir, como se lee todos los días, en excusar de lejos una violencia y condenar la otra, lo cual tiene el doble efecto de indignar hasta el furor al violento a quien se condena y de alentar al violento a quien se excusa a practicar más violencias. Si los intelectuales no se unen a los combatientes, su papel (¡más oscuro, sin duda alguna!) ha de ser tan sólo el de trabajar en pro del apaciguamiento, para que la razón torne a tener una posibilidad. Una derecha perspicaz, sin ceder nada en sus convicciones, habría intentado, pues, persuadir a los suyos, de Argelia y del gobierno, de la necesidad de llevar a cabo profundas reformas y del carácter deshonesto de ciertos procedimientos. Una izquierda inteligente, sin ceder nada en sus principios, hubiera intentado asimismo persuadir al movimiento árabe de que ciertos procedimientos eran viles en sí mismos. Pero no. La derecha, en nombre del honor francés, ratificó casi siempre lo que era más contrario a ese honor. La izquierda, en nombre de la justicia, excusó las más veces lo que era un insulto a toda verdadera justicia. De esta suerte, la derecha dejó la exclusividad del reflejo moral a la izquierda, que, por su parte, le cedió la exclusividad del reflejo patriótico. El país sufrió así doblemente. Habría habido necesidad de moralistas resignados de forma menos gozosa a la desgracia de su patria, y de patriotas que aceptaran con menor facilidad lo que los que practican la violencia pretenden hacer en nombre de Francia. Parece que la metrópoli no supo encontrar otras políticas que las que consistían en decir a los franceses de Argelia: «Reventad. Os lo habéis merecido», o: «Reventadlos. Se lo han merecido». Sin duda son dos políticas diferentes, pero una sola abdicación,

cuando de lo que se trata no es de reventar separadamente, sino de vivir juntos.

A aquellos que sientan irritación al leer esto, les pido tan sólo que reflexionen algunos instantes en el extravío de los reflejos ideológicos. Unos quieren que su país se identifique totalmente con la justicia, y tienen razón. Pero ¿puede uno seguir siendo justo y libre en una nación muerta o sojuzgada? ¿Y no coincide acaso la pureza absoluta de una nación con su muerte histórica? Los otros quieren que el cuerpo mismo de su país sea defendido contra el universo entero, si es necesario. Y no se equivocan. Pero ¿es posible sobrevivir como pueblo, sin hacer justicia, en una medida razonable, a otros pueblos? Francia muere por no saber resolver este dilema. Los primeros quieren lo universal en detrimento de lo particular. Los otros, lo particular en detrimento de lo universal. Pero las dos cosas van juntas. Para llegar a la sociedad humana, hay que pasar por la sociedad nacional. Para preservar la sociedad nacional, hay que abrirla a una perspectiva universal. Para decirlo con mayor precisión, si queremos que únicamente Francia reine en Argelia, sobre ocho millones de mudos, Francia morirá en tal empeño. Si queremos que Argelia se separe de Francia, los dos países perecerán de algún modo. Si, en cambio, en Argelia el pueblo francés y el pueblo árabe unen sus diferencias, el futuro tendrá un sentido para los franceses, los árabes y el mundo entero.

Pero para eso será menester dejar de considerar globalmente a los árabes de Argelia como un pueblo de asesinos. La gran mayoría de ellos, expuesta a todos los golpes, sufre un dolor que nadie expresa por ellos. Millones de hombres, enloquecidos por la miseria y el miedo, se esconden bajo tierra para que ni El Cairo ni Argel hablen nunca de ellos. Yo procuré, y hace ya mucho, como se verá, hacer conocer por lo menos su miseria, y sin duda se me habrán de reprochar mis sombrías descripciones. Si embargo, abogué por la miseria árabe cuando aún había tiempo para obrar, en un momento en que

Francia tenía fuerza, y en el que aquellos a quienes hoy les parece más fácil abrumar sin tregua, aun en el extranjero, a su país debilitado, callaban. Si veinte años atrás se hubiera prestado oídos a mi voz, acaso hoy habría menos sangre derramada. La desgracia (y es que la siento como una desgracia) estriba en que los acontecimientos me dieron la razón. Hoy la pobreza de los campesinos de Argelia amenaza acrecentarse desmesuradamente, al ritmo de una demografía fulminante. Por añadidura, metidos entre los combatientes, sufren por el miedo; ¡y también ellos, sobre todo ellos, tienen necesidad de paz! En ellos y en los míos continúo pensando cuando escribo la palabra Argelia y cuando abogo por la reconciliación. En todo caso, será a ellos a quienes habrá que darles por fin una voz y un futuro, libre de miedo y de hambre.

Pero para eso también habrá que dejar de condenar globalmente a los franceses de Argelia. Es menester exigir decoro a cierta opinión metropolitana que no se cansa de odiarlos. Cuando un partidario francés del F.L.N. se atreve a escribir que los franceses de Argelia siempre miraron a Francia como a una prostituta que debía explotarse, hay que hacer recordar a tal irresponsable que está hablando de hombres cuyos abuelos optaron, por ejemplo, por Francia en 1871, y abandonaron su tierra de Alsacia por Argelia; cuyos padres murieron en masa en el este de Francia en 1914, y que ellos mismos, dos veces movilizados en la última guerra, no dejaron, junto con centenares de millares de musulmanes, de batirse en todos los frentes por esa prostituta. Después de esto, bien podemos juzgarlos ingenuos y resulta difícil tratarlos de rufianes. Resumo aquí la historia de hombres de mi familia, que, siendo pobres y sin abrigar odio alguno, nunca explotaron ni oprimieron a nadie. Pero las tres cuartas partes de los franceses de Argelia se les parecen y, siempre que se les den razones en lugar de insultos, estarán dispuestos a admitir la necesidad de un orden más justo y más libre. En Argelia hubo, sin duda, explotadores, pero muchos menos que en la metrópoli. Y, en

última instancia, la primera beneficiarla del sistema colonial es toda la nación francesa. Si algunos franceses consideran que, por sus empresas coloniales, Francia (y sólo ella, en medio de naciones santas y puras) se encuentran en estado de pecado histórico, no tienen por qué designar a los franceses de Argelia como víctimas expiatorias («Reventad, nos lo hemos merecido»), sino que deben ofrecerse ellos mismos a la expiación. En lo que a mí respecta, me parece repugnante expiar la propia culpa, como nuestros jueces penitentes, golpeando el pecho de los demás, fútil condenar muchos siglos de expansión europea, absurdo comprender en la misma maldición a Cristóbal Colón y a Lyautey. La época de las colonias ha terminado. Basta saberlo y sacar las conclusiones. Y el Occidente que en diez años dio la autonomía a una docena de colonias merece en este sentido más respeto, y sobre todo más paciencia, que Rusia, que en el mismo tiempo colonizó o puso bajo un protectorado implacable a una docena de países de alta y antigua civilización. Es bueno que una nación sea tan rica en tradición y en honor como para encontrar la valentía de denunciar sus propios errores; pero no ha de olvidar las razones que puede tener aun para estimarse a sí misma. En todo caso, es peligroso pedirle que se declare ella sola culpable y que se entregue a una penitencia perpetua. Para Argelia creo en una política de reparación, no en una política de expiación. Hay que plantear los problemas en función del futuro, sin ponerse a rumiar interminablemente las culpas del pasado. Y no habrá un futuro que no haga justicia, al mismo tiempo, a las dos comunidades de Argelia.

Verdad es que este espíritu de equidad parece extraño a la realidad de nuestra historia, en la que las relaciones de fuerza definen otra clase de justicia; en nuestra sociedad internacional la única moral buena es la nuclear. Así pues, el único culpable es el vencido. Se comprende que muchos intelectuales hayan llegado a la conclusión de que los valores y las palabras no tienen otro contenido que el que les presta la fuerza. Y algunos pasan de

esta suerte, sin transición, de los discursos sobre los principios del honor o de la fraternidad, a la adoración del hecho consumado o del partido más cruel. Así y todo, yo continúo creyendo, respecto de Argelia, como de todo lo demás, que semejantes extravíos de derecha como de izquierda, definen tan sólo el nihilismo de nuestra época. Si es cierto que en historia, por lo menos, los valores, ya sean los de la nación, ya sean los de la humanidad, no sobreviven si no se ha combatido por ellos, el combate no basta (ni la fuerza) para justificarlos. Es menester que el combate mismo esté justificado e iluminado por esos valores. Luchar por la verdad de uno y cuidar de que no la maten las armas mismas con que se la defiende; así, y a este doble precio, es como las palabras tornan a adquirir su sentido vivo. El papel del intelectual que sabe esto consiste en distinguir, según sus medios, en cada campo, los límites respectivos de la fuerza y la justicia. Consiste, pues, en esclarecer las definiciones, para desintoxicar los espíritus y apaciguar los fanatismos, aun en contra de la corriente.

Y yo intenté este trabajo de desintoxicación según mis medios. Hasta el momento, reconozcámoslo, sus efectos han sido nulos: este libro es también la historia de un fracaso. Pero las simplificaciones del odio y del partido tomado que envenenan y renuevan sin cesar el conflicto argelino son cosas que habría que censurar todos los días, y un solo hombre no puede bastar para hacerlo. Haría falta un movimiento, una prensa, una acción incesante, pues también habría que censurar, todos los días, las mentiras y las omisiones que oscurecen el verdadero problema. Nuestros gobiernos quieren hacer la guerra sin nombrarla, practicar una política independiente y mendigar dinero a nuestros aliados, lanzarse sobre Argelia, pero protegiendo el nivel de vida de la metrópoli, ser intransigentes en público y negociar entre bastidores, encubrir las tonterías de sus agentes y desaprobarnos a gritos públicamente. Pero nuestros partidos o nuestras acciones que critican al poder no son más brillantes. Nadie

dice claramente lo que quiere, o, si lo dice, no saca las conclusiones pertinentes. Los que preconizan la solución militar deberían saber que se trata, nada menos, que de una reconquista llevada a cabo con los medios de la guerra total, que comportaría, por ejemplo, la reconquista de Túnez contra la opinión, y acaso las armas, de una parte del mundo. Es, sin duda, una política; pero hay que verla y presentarla tal como es. Los que preconizan, en términos deliberadamente imprecisos, la negociación con el F.L.N., no pueden ignorar, frente a la posición precisa del F.L.N., que significaría la independencia de Argelia, dirigida por los jefes militares más implacables de la insurrección, es decir, la expulsión de 1.200.000 europeos y la humillación de millones de franceses, con los riesgos que tal humillación comporta. Es, sin duda, una política; pero hay que desembozarla, mostrarla tal cual es y dejar de cubrirla de eufemismos.

La polémica constante que habría que sostener sobre este punto iría contra sus objetivos, en una sociedad política en que la voluntad de clarividencia e independencia intelectual se hace cada vez más rara. De cien artículos, sólo queda la deformación que les impone el adversario. El libro, por lo menos, si no evita todos los equívocos, hace que algunos resulten imposibles. Puede uno remitirse a él, y el libro permite también precisar con mayor serenidad los matices necesarios. De manera que, queriendo responder a todos aquellos que, de buena fe, me piden que haga conocer una vez más mi posición, no pude hacerlo de otra manera que resumiendo en este libro una experiencia de veinte años que puede informar a espíritus sin prejuicios. He dicho una experiencia, o sea la larga confrontación de un hombre y una situación, con todos los errores, las contradicciones y las vacilaciones que supone semejante confrontación, y de los que se encontrarán múltiples ejemplos en las páginas que siguen. Por lo demás, mi opinión es la de que en estas cuestiones se espera demasiado de un escritor. Aun, y tal vez sobre todo, cuando su nacimiento y su corazón

lo entregan al destino de una tierra como Argelia, es vano creerlo poseedor de una verdad revelada, y su historia personal, si pudiera escribirse verídicamente, no sería sino la historia de sucesivos desmayos, superados y vueltos a experimentar. Al respecto, estoy dispuesto a reconocer mis insuficiencias y los errores de juicio que puedan descubrirse en este libro. Pero, por lo menos, creí que era posible, y bien que me cuesta hacerlo, reunir las piezas de este largo expediente, y ofrecerlas a la reflexión de los que todavía no tienen una opinión hecha. El aflojamiento de la tensión psicológica que puede advertirse actualmente entre franceses y árabes permite esperar también en Argelia que el lenguaje de la razón torne a oírse de nuevo.

En este libro se encontrará, pues, la evocación (con motivo de una crisis muy grave sufrida en Cabilia) de las causas económicas del drama argelino, algunos hitos que indican la evolución propiamente política de ese drama, comentarios sobre la complejidad de la situación presente, la predicción del atolladero al que nos ha llevado el desencadenamiento del terrorismo y de la represión, y, por fin, un esbozo de la solución que aún me parece posible. Al ratificar el fin del colonialismo, esa solución excluye los sueños de reconquista o de mantenimiento del *statu quo* que, en realidad, son reacciones de debilidad y de humillación y que preparan el divorcio definitivo y la doble desdicha de Francia y de Argelia. Pero también excluye los sueños de un desarraigo de los franceses de Argelia, que, si no tienen el derecho de oprimir a nadie, tienen el de no ser oprimidos y el de disponer de la tierra en que nacieron. Para restablecer la justicia necesaria hay otros medios que el de reemplazar una injusticia por otra.

Respecto de esto, procuré definir claramente mi posición. Una Argelia constituida por poblaciones federales y ligadas a Francia me parece preferible, sin comparación posible atendiendo a la simple justicia, a una Argelia ligada a un imperio islámico que no representaría para

los pueblos árabes sino una adición de miserias y sufrimientos, y que arrancarí­a al pueblo francés de Argelia de su patria natural. Si la Argelia que espero tiene aún una posibilidad de realizarse (y, a mi juicio, tiene más de una posibilidad), quiero ayudar en la empresa con todas mis fuerzas. En cambio, considero que no debo contribuir ni un solo segundo y de ninguna manera a la constitución de la otra Argelia. Si llegara a constituirse, y necesariamente contra Francia o lejos de Francia, por la conjunción de las fuerzas del abandono y de las fuerzas de total conservación y por la doble abdicación que ellas comportan, ello sería para mí una inmensa desdicha, de la que debería, con millones de otros franceses, extraer las conclusiones. Esto es lo que honestamente pienso. Puedo equivocarme o juzgar mal un drama que me concierne demasiado. Pero, en el caso de que se desvanezcan las esperanzas razonables que hoy pueden concebirse, frente a los graves acontecimientos que surgirían entonces y de los cuales, ya toquen a nuestro país ya toquen a la humanidad, todos seremos responsables solidarios, cada uno de nosotros debe dar testimonio de lo que hizo y de lo que dijo. Éste es mi testimonio y nada agregaré a él.

Marzo-abril de 1958

La miseria de Cabilia

* A principios de 1939 Cabilia padeció un hambre cruel, cuyas causas y efectos se encontrarán expuestos en los artículos que siguen. Enviado como periodista por *Alger Republican*, diario que en ese momento agrupaba a los socialistas y a los radicales, publiqué estos artículos del 5 al 15 de junio de 1939. Excesivamente larga y detallada para reproducirla por entero, esa crónica vuelve a publicarse aquí, con exclusión de consideraciones demasiado generales y de los artículos sobre la región, la asistencia social, el artesanado y la usura.

La miseria

Antes de trazar un cuadro general de la miseria de Cabilla y antes de volver a recorrer ese itinerario del hambre que hube de hacer durante largos días, quisiera decir algo sobre las razones económicas de esta miseria. Se dejan resumir en una línea: Cabilla es una región superpoblada y consume más de lo que produce. Estas montañas dan asilo en sus pliegues a una población pululante, que en ciertas comunas, como la del Djurdjura, alcanza una densidad de 247 habitantes por kilómetro cuadrado. En ningún país de Europa se da semejante concentración demográfica. La densidad media de Francia es de 71 habitantes por kilómetro cuadrado. Por otra parte, el pueblo cabila consume sobre todo cereales: trigo, cebada, sorgo, en forma de torta o de alcuzcuz. Ahora bien, el suelo cabila no produce cereales. La producción cerealista de la región alcanza a cubrir aproximadamente un octavo del consumo, de manera que debe comprar ese grano tan necesario para la vida. En una región en que la industria está reducida a la nada, esto no puede hacerse sino a cambio de un excedente de productos agrícolas complementarios.

Cabilia es sobre todo una región arborícola. Los dos productos importantes son los higos y las aceitunas. En muchos lugares, los higos apenas bastan para el consumo. En cuanto a las aceitunas, la cosecha, según los años,

es escasa o, por el contrario, superabundante. ¿Cómo equilibrar con la producción actual las necesidades de grano de ese pueblo hambriento?

La Oficina del Trigo revalorizó el precio de ese cereal, y no cabe quejarse. Pero ni los higos ni las aceitunas fueron revalorizados, y el cabila, consumidor de trigo, rinde a su tierra, magnífica e ingrata, el tributo del hambre.

En esta difícil situación, los cabilas, como todas las naciones pobres y superpobladas, optaron por emigrar. Todos conocemos el caso. Me limitaré a señalar que puede estimarse el número de cabilas desterrados en 40.000 ó 50.000, y que, en un período de prosperidad y en un mes, sólo el distrito de Tizi-Uzu recibió en giros postales la enorme suma de 40 millones de francos, y la comuna de Fort-National, cerca de un millón por día. Este enorme aflujo de capitales, producto del trabajo de los cabilas, bastaba, en 1926, para equilibrar la deficiente economía de Cabilia. Bien puede decirse que en esa época el país conoció la prosperidad. Los cabilas habían vencido con la tenacidad y el trabajo la pobreza de su país.

Pero con la crisis económica se restringió en Francia el mercado del trabajo. Se rechazó al obrero cabila. Se pusieron barreras a la emigración y, en 1935, una serie de resoluciones vino a complicar de tal manera las formalidades para entrar en Francia, que el cabila se quedó cada vez más encerrado en sus montañas. Ciento sesenta y cinco francos que había que entregar para gastos de repatriación, innumerables obstáculos administrativos, y la singular obligación de pagar los impuestos atrasados de todos los compatriotas del emigrante que llevaran el mismo nombre de él, fueron medidas que cortaron la emigración. Por citar sólo una cifra, la comuna de Michelet paga en giros postales la décima parte de lo que pagaba en el período de prosperidad.

Y fue esta caída vertical lo que condujo al país a la miseria. El trigo que hay que comprar a un alto precio no puede adquirirlo el campesino cabila con la producción que le arrebatan a bajo precio. Antes podía com-

prarlo, se salvaba por el trabajo de sus hijos. Ahora le han arrebatado también el trabajo, y el cabila queda sin defensas frente al hambre. El resultado de ello es lo que he visto, y lo que quisiera describir con el mínimo de palabras posible, para que el lector se haga cargo de las penurias y de lo absurdo de semejante situación.

Un informe oficial estima en un 40 por 100 las familias cabilas que viven actualmente con menos de 1.000 francos por año; es decir (y reflexiónese bien), menos de 100 francos por mes. El mismo informe estima en un 5 por 100 solamente el número de familias que viven con 500 francos por mes. Si se piensa que la familia cabila cuenta siempre, por lo menos, con cinco o seis miembros, se tendrá una idea de la privación indecible en que viven los campesinos cabilas. Creo poder afirmar que el 50 por 100, por lo menos, de la población, se nutre de hierbas y raíces y espera lo demás de la caridad administrativa, que asume la forma de distribución de granos.

En Bordj-Menaiel, por ejemplo, de 27.000 cabilas que comprende la comuna, 10.000 viven en la indigencia y sólo 1.000 se nutren normalmente. Durante la distribución de grano, organizada el día en que yo llegué a ese centro, vi a unos 500 miserables que esperaban pacientemente su turno para recibir algunos kilos de trigo. Aquel día me hicieron ver la maravilla del lugar: una anciana, quebrada en dos, que pesaba veinticinco kilos. Cada indigente recibía alrededor de 10 kilos de trigo. En Bordj-Menaiel esa caridad se renovaba cada mes: en otras localidades, cada tres meses. Ahora bien, a una familia de ocho miembros le hacen falta unos 120 kilos de trigo para asegurarse el pan cotidiano sólo durante un mes. Me aseguraron que los indigentes que vi hacían durar sus diez kilos de grano un mes, y que el resto del tiempo se alimentaban con raíces y tallos de cardo, que los cabilas, con una ironía que bien puede considerarse amarga, llaman alcachofas de asno.

En Tizi-Uzu las mujeres caminan 30 y 40 kilómetros para llegar a tales distribuciones de grano y obtener ese mísero medio de subsistencia. Hubo de intervenir la caridad de un pastor local para dar abrigo nocturno a aquellas desdichadas.

Y no son éstos los únicos testimonios de tan horrible estrechez. Por ejemplo, en la «tribu» de Tizi-Uzu, el trigo ha llegado a convertirse en un producto de lujo. Las mejores familias comen una mezcla de trigo y sorgo. Y las familias pobres han llegado a tener que pagar las bellotas, un producto silvestre, a 20 francos el quintal. La comida habitual de una familia pobre de esta tribu se compone de una torta de cebada y una sopa hecha con tallos de cardo y raíces de malva. Agregan a la sopa un poco de aceite. Pero como la cosecha de olivas del año pasado fue escasa, este año ha faltado el aceite. En toda Cabilia se practica este régimen alimenticio, y no hay ni una sola aldea que sea la excepción a la regla.

Una mañana temprano vi en Tizi-Uzu a unos niños andrajosos que disputaban a unos perros cabilas el contenido de un cubo de basura. A mis preguntas, un cabila respondió: «Todas las mañanas ocurre lo mismo.» Otro cabila me explicó que en invierno los habitantes de la aldea, mal nutridos y mal vestidos, habían inventado un procedimiento para poder dormir. Se ponen en círculo alrededor de una hoguera y de cuando en cuando se desplazan para evitar la anquilosis. Y durante la noche, en el miserable conjunto de chozas, una ronda de cuerpos acostados que se arrastran, gira sin cesar. Y aquí no para la cosa, pues el código forestal impide a esos desdichados recoger leña donde la encuentren, y no es raro que vean cómo les arrebatan su única riqueza: el asno costroso y descarnado que sirve para transportar los haces. En la región de Tizi-Uzu las cosas han ido tan lejos que ha debido intervenir la iniciativa privada. Todos los miércoles, el subprefecto, *de su peculio*, da una comida a cincuenta pequeños cabilas y los nutre con caldo y pan.

Después de eso, los niños pueden esperar la distribución de granos, que se verifica al cabo de un mes. Las hermanas y el pastor Rolland contribuyen también a esas obras de caridad.

Se me dirá: «Son casos particulares... Es la crisis, etc. Y, de todos modos, las cifras no quieren decir *nada*.» Confieso que no puedo comprender esa manera de ver las cosas. Las estadísticas no quieren decir nada. Estoy de acuerdo. Pero si digo que el habitante de la aldea de Azuza que fui a ver formaba parte de una familia de diez hijos, de los cuales sólo dos han sobrevivido, creo que no se trata de cifras o de demostraciones, sino de una verdad escandalosa y reveladora. No tengo necesidad tampoco de citar el número de alumnos que, en las escuelas de alrededor de Fort-National, se desvanecen de hambre. Me basta saber que eso ocurre, y seguirá ocurriendo, si no se acude en ayuda de esos desdichados. Me basta saber que en la escuela de Talam-Aiach los maestros, en octubre pasado, vieron llegar a alumnos completamente desnudos y cubiertos de piojos, que los vistieron y les cortaron el pelo. Me basta saber que en Azuza, de los niños que no abandonan la escuela a las once porque su aldea está demasiado alejada, uno de entre sesenta come torta, y los otros almuerzan una cebolla o algunos higos.

En Fort-National, durante la distribución de grano, interrogué a un chico que llevaba a la espalda la bolsita de cebada que acababan de darle.

—¿Para cuántos días te han dado?

—Para quince días.

—¿Cuántos sois en la familia?

—Cinco.

—¿Es todo lo que vais a comer?

-Sí.

—¿No tenéis higos?

—No.

—¿Ponéis aceite en la torta?

—No. Le ponemos agua.

Y el chico se marchó, con una mirada de desconfianza.

¿No basta eso? Si echo una mirada a mis notas, veo que están consignados repetidamente en ella hechos tan sublevantes como éste y desespero de poder darlos a conocer todos. Sin embargo, hay que hacerlo. Hay que decirlo todo.

Por hoy interrumpo aquí este paseo a través del sufrimiento y del hambre de un pueblo. Por lo menos, el lector habrá sentido que la miseria no es aquí una fórmula ni un tema de meditación. La miseria está presente. Grita y se desespera. Y, preguntémoslo una vez más: ¿Qué hacemos contra ella? ¿Tenemos el derecho de volverle la espalda? No sé si se me habrá comprendido. Pero sé que al volver de una visita que hice a la «tribu» de Tizi-Uzu subí con un amigo cabila a las alturas que dominan la ciudad. Allí contemplábamos cómo caía la noche. Y a esa hora, en que la sombra que desciende de las montañas a la tierra espléndida hace que se apacigüe el corazón del hombre más endurecido, yo sabía, sin embargo, que no había paz para aquellos que, al otro lado del valle, se reunían alrededor de una torta de mala cebada. También sabía que habría sido dulce abandonarse a ese atardecer tan sorprendente y grandioso, pero que aquella miseria, cuyos fuegos resplandecían frente a nosotros, ponía como una prohibición a la belleza del mundo.

«Bajemos, ¿quiere usted?», me dijo mi compañero.

La miseria
(continuación)

Después de haber recorrido la región de Tizi-Uzu, una noche en que nos paseábamos por las calles de la ciudad, pregunté a uno de mis compañeros si «en todas partes era así». Me respondió que vería cosas peores. Continuamos recorriendo por largo tiempo el pueblo indígena, donde, provenientes de tiendas débilmente iluminadas, se deslizaban luces en las calles oscuras, junto con aires de música, una danza martilleante y charlas confusas.

Y lo cierto es que vi cosas peores.

Yo sabía, en efecto, que el tallo de cardo era una de las bases de la alimentación cabila. En seguida lo verifiqué por todas partes. Pero lo que no sabía era que el año pasado cinco niños cabilas de la región de Abbo murieron por haber comido raíces venenosas. Sabía que las distribuciones de grano no bastaban para hacer vivir a los cabilas. Pero no sabía que los hacían morir y que aquel invierno cuatro ancianas, llegadas a Michelet desde un aduar alejado para recibir cebada, murieron en el camino de regreso en medio de la nieve.

Y todo ocurre aquí de manera análoga. En Adni, de 106 alumnos que frecuentan las escuelas, sólo 40 comen lo suficiente para matar el hambre. En ese pueblo, la falta de trabajo es general y las distribuciones, muy raras. En los aduares de la comuna de Michelet hay aproximadamente 500 hombres sin trabajo por aduar. Y en los adua-

res más desdichados, los akbiles, los ait-yahia, los abi-yusef, la proporción es aún mayor. Se estima que en esa comuna hay 4.000 hombres sin trabajo. En la escuela de Azeru-Kollal, de 110 alumnos, hay 35 que sólo comen una vez al día. En Maiyot se estima en 4/5 de la población el número de los indigentes. Allí las distribuciones sólo se realizan cada tres meses. En Uadias, de 7.500 habitantes, hay 3.000 indigentes. En la región de Sidi-Aich el 60 por 100 de los habitantes está en la indigencia. En el pueblo de El-Flay, más arriba de Sidi-Aich, existen familias que pasan a menudo dos y tres días sin comer. La mayor parte de las familias de esa aldea agregan a la comida cotidiana de raíces y tortas, las pinas que pueden encontrar en el bosque. Pero tal audacia les acarrea sobre todo procesos, pues el código forestal y los guardias forestales son implacables en este punto.

Si la enumeración no parece bastante convincente, agregaré entonces que en la comuna de El-Kseur, de 2.500 habitantes cabilas, hay 2.000 indigentes. Los trabajadores agrícolas llevan para alimentarse durante toda la jornada, un cuarto de torta de cebada y un frasquito de aceite. Las familias agregan ortigas a las raíces y a las hierbas. Cocida durante varias horas, esa planta suministra un complemento a la comida del pobre. Lo mismo se comprueba en los aduares que se hallan alrededor de Azazga. También las aldeas indígenas de alrededor de Dellys están entre las más pobres. Especialmente el aduar Beni-Silem tiene la increíble proporción de un 96 por 100 de indigentes. La tierra ingrata de ese aduar no produce nada. Los habitantes se ven reducidos a utilizar la leña que encuentran para hacer carbón, que en seguida procuran ir a vender a Dellys. Digo que procuran, porque no tienen permiso para vender por las calles y, en la mitad de los casos, las autoridades se incautan del carbón y del asno del carbonero. Los habitantes de Beni-Silem tomaron la costumbre de llegar a Dellys por la noche, pero los guardias también vigilan por la noche y el asno se manda al depósito de animales. Entonces el car-

bonero tiene que pagar una multa y los gastos de depósito. Y como no puede hacerlo, va a parar a la cárcel. Allí por lo menos comerá. Y en ese sentido, y sólo en ese sentido, puede decirse sin ironía que la venta de carbón nutre a los *beni-silem*.

¿Qué podría agregar a todos estos hechos? Que se lean bien. Que detrás de cada uno de ellos, el lector se represente la vida de espera y de desesperación que ellos configuran. Si le parecen naturales, que lo diga. Pero que haga algo, si le parecen sublevantes. Y si, por fin, los encuentra increíbles, le pido que vaya a verlos él mismo.

¿Qué remedios se han aportado para semejante miseria? Responderé en seguida: uno solo, la caridad. Por una parte, se distribuye grano y, por otra se crean, con ese grano y con las ayudas en especie, talleres llamados de «caridad».

En lo tocante a las distribuciones seré breve. La misma experiencia demuestra lo absurdo de tal procedimiento. Distribuir doce kilos de grano cada dos o tres meses, a familias de cuatro o cinco hijos, es como escupir al agua para hacer remolinos. Se gastan millones cada año y esos millones permanecen improductivos. No creo que la caridad sea un sentimiento inútil. Pero creo que, en ciertos casos, sí lo son sus resultados, y que entonces es preferible una política social constructiva.

Además, hay que decir que la elección de los beneficiarios de esas distribuciones queda las más de las veces al arbitrio del caíd o de los consejeros municipales, que, por fuerza, no son independientes. Se afirma en Tizi-Uzu que las últimas elecciones para el Consejo General se hicieron con el grano de las distribuciones. No me concierne a mí saber si eso es cierto. Pero el hecho de que pueda decirse semejante cosa ya condena el procedimiento. En todo caso, sé que en Issers negaron grano a aquellos indígenas que habían votado por el partido popular argelino. Por otra parte, casi toda Cabilia se queja de la calidad del trigo distribuido. Sin duda, ese grano proviene en parte de los excedentes nacionales, pero también par-

cialmente de las reservas echadas a perder del ejército. Lo cierto es que en Michelet, por ejemplo, distribuyeron una cebada tan amarga que los animales no querían comerla, y algunos cabilas me confiaron sin reír, que habían llegado a envidiar a los caballos de la gendarmería, puesto que, por lo menos, un veterinario estaba encargado de verificar el estado de su alimento.

Para remediar la falta de trabajo, muchas comunas han organizado talleres de caridad, donde los indígenas realizan trabajos de utilidad pública y reciben, a cambio de ello, un salario de ocho a diez francos por día, pagados la mitad en grano y la otra mitad en dinero. Las comunas de Fort-National y de Michelet, de Maillot y de Port-Gueydon, por no citar sino algunas, organizaron esos talleres. Tal institución presenta una ventaja: cuida de la dignidad del indigente. Pero tiene un inconveniente, y es que en las comunas en que se emplea todo el grano a este efecto, los incapacitados ya no reciben ayuda alguna, puesto que no pueden trabajar. Además, como el número de puestos es limitado, se emplea a los indigentes por rotación, y el cabila que puede trabajar dos días seguidos se cuenta entre los más favorecidos. En Tizi-Uzu los obreros trabajan cuatro días, cada cuarenta, por un decalitro doble de trigo. También allí se arrojan millones al agua.

Por último, no podría pasar en silencio una práctica que se ha hecho general y contra la cual debería levantarse una protesta enérgica. En todas las comunas, con la excepción de Port-Gueydon, los impuestos atrasados de los indigentes (pues los indigentes pagan, o mejor dicho, no pagan, impuestos) se cobran con parte del dinero de su salario. No encuentro palabra lo bastante dura para calificar semejante crueldad. Si los talleres de caridad están hechos para ayudar a vivir a gente que se muere de hambre, tienen en esto una justificación, irrisoria, sin duda, pero real. Pero si tienen por objeto hacer trabajar, aunque continúan dejando morir de hambre a gente que

hasta entonces se moría de hambre sin trabajar, tales establecimientos constituyen una explotación intolerable de la miseria.

No quisiera terminar este cuadro de la miseria material, sin hacer notar que éste no es el límite extremo de las penurias de ese pueblo. Por extraordinario que parezca, hay algo peor, puesto que, al cabo de cada verano, está el invierno. Durante el verano, la naturaleza es favorable a estos desdichados. No hace frío. Las sendas naturales son transitables. La gente puede cultivar el cardo salvaje durante dos meses. Abundan las raíces. Se puede comer ensalada cruda. Esto, que nos parece hoy una miseria extremada, es para el campesino cabila un período bendito. Pero el día en que la nieve cubre la tierra y corta las comunicaciones, en que el frío desgarrar esos cuerpos mal nutridos y hace que la choza sea inhabitable, ese día comienza para todo un pueblo un prolongado período de sufrimientos indecibles.

Por eso, antes de pasar a otros aspectos de la desgraciada Cabilia, quisiera ocuparme de ciertos argumentos que en Argelia conocemos bien y que se apoyan en la «mentalidad» cabila, para encontrar excusas a la situación actual. Porque lo cierto es que no conozco nada más despreciable que esos argumentos. Es despreciable decir que ese pueblo se adapta a todo. El propio Albert Lebrun, si se le dieran 200 francos por mes para atender a su subsistencia, se adaptaría a la vida bajo los puentes, a la suciedad y al mendrugo de pan encontrado en un cubo de basura. En el apego que el hombre tiene por la vida hay algo más fuerte que todas las miserias del mundo. Es despreciable decir que ese pueblo no tiene las mismas necesidades que nosotros. Si no las tuviera, nosotros se las habríamos creado hace ya mucho. Es curioso ver cómo las cualidades de un pueblo puedan servir para justificar el bajo nivel en que se lo tiene, y cómo la proverbial sobriedad del campesino cabila pueda legitimar el hambre que lo roe. No, no es así como deben verse las

cosas. Y no es así como las vemos nosotros. Pues las ideas recibidas y los prejuicios se hacen odiosos cuando los aplicamos a un mundo en que los hombres se mueren de frío y en el que los niños se ven reducidos a la alimentación de los animales, sin tener, empero, el instinto de éstos, que los salva de la muerte. La verdad es que todos los días pasamos junto a un pueblo que vive con tres siglos de retraso y somos los únicos que permanecemos insensibles a este prodigioso desajuste.

Los salarios

La gente que se muere de hambre, generalmente no tiene más que un medio para salir de esa situación: el trabajo. Es ésta una perogrullada y me disculpo por haberla repetido. Pero la situación actual de Cabilia demuestra que esa verdad no es tan universal como parece. Dije antes que la mitad de la población cabila está desocupada y que las tres cuartas partes están infraalimentadas. Esta desproporción no es el resultado de una exageración aritmética. Sencillamente prueba que el trabajo de los que no están desocupados no basta para alimentarlos.

Me habían advertido que los salarios eran insuficientes. Lo que yo no sabía era que fueran insultantes. Me habían dicho que la jornada de trabajo excedía la duración legal. Lo que yo ignoraba era que no estaba lejos de doblarla. No quisiera levantar el tono. Pero me veo obligado a decir aquí que el régimen de trabajo en Cabilia es un régimen de esclavitud. En efecto, no veo de qué otra manera pueda llamarse un régimen en el que el obrero trabaja de 10 a 12 horas por un salario medio de 6 a 10 francos.

Sin agregar comentario alguno, haré conocer ahora los salarios de los obreros por regiones. Pero antes quisiera decir que, por extraordinarios que parezcan, garantizo absolutamente su autenticidad. Tengo ante mi vista planillas de obreros agrícolas de Sabaté-Tracol, de la región

de Bordj-Menaïel. Figuran en ellas la quincena en curso, el nombre del obrero, su número de orden y el jornal convenido. En una planilla leo 8 francos, en otra 7, y en una última, 6. En la columna reservada al control veo que el obrero que cobra 6 francos trabajó cuatro días en la quincena. ¿Se hace cargo el lector de lo que eso significa?

Aun cuando el obrero en cuestión trabajara 25 días por mes, ganaría 150 francos, con los cuales tendría que alimentar durante treinta días a una familia de varios hijos. Esto nos lleva más allá de la indignación. Y yo preguntaría tan sólo cuántos de los que me leen serían capaces de vivir con tales recursos.

Antes de seguir adelante, veamos datos precisos. Acabo de indicar los salarios medios de la región de Bordj-Menaïel. Agregaré esto: las sirenas de los establecimientos Tracol aullan en plena temporada (en este momento) a las cuatro, a las once, a las doce y a las diecinueve horas. Eso representa catorce horas de trabajo. Los obreros comunales de la aldea cobran 9 francos por día. Después de las protestas elevadas por consejeros municipales indígenas, los salarios se subieron a 10 francos. En la Tabacoop, de la misma región, el salario es de 9 francos. En Tizi-Uzu el salario medio es de 7 francos por doce horas de trabajo. Los empleados comunales reciben 12 francos.

Los propietarios cabilas de la región también emplean a mujeres para escardar. Por la misma jornada de doce horas, ellas reciben *3 francos con 50*. En Fort-National, los propietarios cabilas, que en este punto nada tienen que envidiar a los colonos, pagan a sus obreros 6 y 7 francos por día. A las mujeres se les paga 4 francos y se les da torta. A los empleados comunales se les paga 9, 10 y 11 francos.

En la región de Djemaa-Saridj, zona más rica, los hombres cobran de 8 a 10 francos por una jornada de diez horas, y las mujeres 5 francos. Alrededor de Michelet, el salario agrícola medio es de 5 francos y la comida,

por diez horas de trabajo. El salario comunal es de 11 a 12 francos. Pero las empresas retienen directamente del dinero que deben pagar, y sin avisar a los obreros, los impuestos atrasados.

Esas retenciones alcanzan a veces a la *totalidad del salario*. Representan, por término medio, 40 francos por quincena.

En Uadhias el jornal agrícola es de 6 a 8 francos. Las mujeres cobran, por la recolección de la aceituna, de uno a 5 francos. Los obreros comunales, de 10 a 11 francos, de los que se les retienen también los impuestos atrasados.

En la región de Maillot, por una jornada ilimitada de trabajo, el obrero cobra de 9 a 10 francos. Para la cosecha de aceitunas se ha instituido además un salario familiar de 8 francos por quintal de olivas recogidas. Una familia de cuatro personas cosecha un promedio de dos quintales en una jornada de trabajo. Quiere eso decir que gana 4 francos por persona.

En la región de Sidi-Aich el salario es de 6 francos, además de la comida y los higos. Una sociedad agrícola local paga a sus obreros 7 francos, sin comida. También se practica el sistema de contratos, a 1.000 francos por año y la comida.

En la llanura de El-Kseur, región colonizada, el hombre cobra 10 francos, la mujer 5, y el niño que se emplea en la poda de las viñas, 3 francos. Y en la región que va de Dellys a Port-Gueydon el salario medio es de 6 a 10 francos por doce horas de trabajo. Interrumpiré esta sulevante enumeración con dos observaciones. En primer lugar, nunca ha habido reacción por parte de los obreros. Únicamente en 1936, en Beni Yenni, los obreros ocupados en construir un camino, que cobraban *5 francos por día*, se declararon en huelga y obtuvieron una mejora que elevaba su salario a 10 francos. Aquellos obreros no estaban organizados en sindicato.

Haré notar, por fin, que la duración injustificable de la jornada de trabajo se encuentra agravada por el hecho de que el obrero cabila vive siempre lejos del lugar don-

de *trabaja*. Algunos recorren más de diez kilómetros para ir a su trabajo y volver a la casa. Y, habiendo llegado a ella a las diez de la noche, vuelven a salir a las tres de la mañana, después de algunas horas de un sueño abrumador. Se me preguntará qué los obliga a volver a sus casas y yo diré tan sólo que tienen la inconcebible pretensión de aspirar a algunos momentos de sosiego, en un hogar que es su única alegría y, al mismo tiempo, el objeto de todos sus afanes.

Semejante estado de cosas tiene sus razones. La estimación oficial del precio de la jornada de trabajo es de 17 francos. Si se llega a pagar 6 francos por jornada, ello significa que la magnitud del paro permite la competencia. Los colonos y los propietarios cabilas lo saben tan bien que ciertos administradores vacilaban en aumentar los salarios comunales para no disgustarlos. En Beni-Yenni, gracias a circunstancias de las que luego me ocuparé, se ha instaurado una política de obras públicas. Como el paro ha disminuido notablemente, los obreros cobran 22 *francos por día*. Esto demuestra que la explotación es la causa de los salarios bajos. Ninguna de las otras razones que suelen darse es válida.

Los colonos apelan al hecho de que el obrero cabila se desplaza a menudo y le aplican el salario llamado «de paso». Pero en Cabilia hoy todos los salarios son de paso, y esa miserable excusa encubre intereses inexcusables.

Para terminar, voy a referirme a la idea, tan difundida, de la inferioridad de la mano de obra indígena. En efecto, esa idea se debe al desprecio general con que el colono trata al desdichado pueblo de este país. Y, a mi juicio, ese desprecio juzga a quienes lo profesan. Afirmando que es falso decir que el rendimiento de un obrero cabila es insuficiente, pues si lo fuera, los capataces encargados de hostigarlo, lo harían mejorar.

Es cierto, en cambio, que en talleres vecinales pueden verse obreros tambaleantes e incapaces de levantar un azadón; pero es que no han comido. Y así se nos coloca

frente a una lógica abyecta, que quiere que un hombre esté sin fuerzas porque no tiene qué comer, y que se le pague menos porque está sin fuerzas.

Semejante situación no tiene salida. No será distribuyendo grano como se salve del hambre a Cabilia, sino eliminando el paro y fiscalizando los salarios. Eso puede y debe hacerse, desde mañana mismo.

Hoy me he enterado de que la colonia, para dar a la población indígena una prueba de su interés, iba a recompensar a los ex combatientes con una insignia. ¿Puedo asegurar que no escribo esto con ironía, sino con cierta tristeza? No me parece mal que se recompense el valor y la lealtad. Pero muchos de los que en Cabilia padecen hambre también combatieron. Y me pregunto con qué cara mostrarán a sus hijos hambrientos el trozo de metal que atestiguará su lealtad.

La enseñanza

La sed de aprender que tiene el cabila y su gusto por el estudio son ya legendarios. Lo cierto es que el cabila, con sus disposiciones naturales y su inteligencia práctica, no tardó en comprender qué instrumento de emancipación podía ser la escuela. En la actualidad no es raro que las aldeas propongan un local y ofrezcan participar con dinero o mano de obra gratuita para que se les dé una escuela. Tampoco es raro ver cómo tales ofrecimientos quedan inutilizados. Y esto no ocurre tan sólo en el caso de los niños. No he llegado a ningún sitio de Cabilia en el que sus habitantes no me hayan hablado de su impaciencia por tener escuelas para mujeres. No hay una sola de esas escuelas que en la actualidad no rechace alumnos.

Por lo demás, la enseñanza en Cabilia es todo un problema: al país le faltan escuelas, pero no le faltan, en cambio, créditos para la enseñanza. Explicaré enseguida esta paradoja. Si excluyo la decena de escuelas grandiosas, recientemente construidas, la mayor parte de las escuelas cabilas que hoy funcionan datan de la época en que el presupuesto argelino dependía de la metrópoli, es decir, de alrededor de 1892.

De 1892 a 1912 la construcción de escuelas quedó totalmente detenida. En esa época el proyecto Joly-Jean-Marie contemplaba la construcción de numerosas escue-

las de 5.000 francos cada una. El 7 de febrero de 1914 el gobernador general Lutaud anunció, y muy solemnemente, que en Argelia se iban a construir sesenta y dos clases y veintidós escuelas por año. Si se hubiera cumplido la mitad de ese proyecto, los 900.000 niños indígenas que hoy se encuentran sin escuela recibirían instrucción.

Por razones en las que no me corresponde profundizar, no se dio curso a ese proyecto oficial. Resumiré el resultado de ello en una cifra: en la actualidad, sólo un décimo de los niños cabilas en edad escolar puede beneficiarse de la enseñanza.

¿Quiere esto decir que la colonia nada hizo en este asunto? El problema es complejo. En un reciente discurso el señor Le Beau declaró que se habían destinado muchos millones a la enseñanza de los indígenas. Ahora bien, los datos precisos que voy a dar demuestran incontestablemente que la situación no mejoró de manera apreciable. De modo que habrá que creer, para hablar claramente, que esos millones se gastaron mal y eso es lo que me propongo ilustrar con explicaciones. Pero examinemos primero la situación.

Como es natural, los centros económicos y turísticos están bien provistos; pero lo que nos interesa aquí es la suerte de los aduares y de la población cabila. Sin embargo, ya puedo adelantar que Tizi-Uzu, que posee una hermosa escuela indígena de 600 plazas, rechaza a 500 alumnos por año.

En una escuela de los umalus que pude visitar, los maestros se veían obligados a rechazar en octubre a una decena de escolares por clase, y esas clases ya estaban sobrecargadas con sesenta u ochenta alumnos.

En Beni-Duala puede admirarse una clase de ochenta y seis alumnos, en la que los niños se distribuyen como pueden, por todas partes, entre los bancos, sobre el estrado, y algunos de pie. En Djemaa-Saridj, una magnífica escuela de 250 alumnos rechazó a 50 en octubre. La escuela de Adni, que tiene 106 alumnos, rechazó a 10 después

de haber expulsado a los escolares de más de trece años de edad.

Alrededor de Michelet la situación es, si me atrevo a decirlo, más instructiva. El aduar Aguedal, que cuenta con 11.000 habitantes, tiene una sola escuela de dos clases. El aduar Ittomagh, poblado por 10.000 cabilas, no tiene escuela. En Beni-Uacif la escuela de Bu-Abderrahman acaba de rechazar a un centenar de alumnos.

Desde hace dos años la aldea de Ait-Ailem tiene un local que no espera sino a un maestro.

En la región de Sidi-Aich, en la aldea del Vieux-Marché, se presentaron 200 postulantes en octubre. Sólo aceptaron a quince.

El aduar Ikedjane, que cuenta con 15.000 habitantes, no tiene una sola clase. El aduar Timzrit, de la misma población, tiene una escuela de una sola clase. El aduar Iyadjadjene (5.000 habitantes) no tiene escuela. El aduar Azru-N'Bechar (6.000 habitantes) no tiene escuela.

Se estima que en la región hay un ochenta por ciento de niños privados de enseñanza, lo que yo traduciré diciendo que alrededor de 10.000 niños, sólo de esa región, quedan abandonados en el arroyo.

En lo que respecta a la comuna de Maillot, tengo ante mi vista los datos de las escuelas, por aduar y por habitante. Aunque no se trate aquí de literatura mundana, creo que la enumeración sería fastidiosa. Que se sepa, tan sólo que para alrededor de 30.000 cabilas la región dispone de 9 clases. En la región de Dellys el aduar Beni-Sliem, cuya extremada pobreza ya he señalado, tiene 9.000 habitantes y ninguna escuela.

En cuanto a las escuelas de niñas, la laudable iniciativa que tomó la colonia no data de mucho tiempo atrás, y es seguro que, de 10 aduares, a nueve les faltan. Pero sería inútil tratar de establecer responsabilidades. Sin embargo, es preciso hacer notar la extremada importancia que los cabilas dan a esta enseñanza y la unanimidad con que reclaman su extensión.

Nada más conmovedor en este aspecto que la lucidez

con que algunos cabilas adquieren conciencia del abismo que la enseñanza unilateral abre entre sus mujeres y ellos: «El hogar —me dijo un cabila— es sólo un nombre o una armadura social, sin contenido vivo. Y cada día sentimos la imposibilidad dolorosa de compartir con nuestras mujeres un poco de nuestros sentimientos. Dadnos escuelas de niñas, porque de otra manera esta brecha terminará por desequilibrar la vida de los cabilas.»

¿Quiere esto decir que no se ha hecho nada por la enseñanza de los cabilas? Por el contrario, se han construido escuelas magníficas, una decena en total, según creo. Cada una de esas escuelas ha costado de 700.000 a un millón de francos. Las más suntuosas son, ciertamente, las de Djemaa-Sasidj, Tizi-Rached, Tizi-Uzu y Tililit. Pero esas escuelas rechazan regularmente a alumnos. Esas escuelas no responden a ninguna de las necesidades de la región.

Cabilia no tiene necesidad de unos pocos palacios. Necesita muchas escuelas sanas y modestas. Creo que todos los maestros estarán conmigo, al afirmar que pueden prescindir de muros recubiertos de mosaicos, y que un alojamiento cómodo e higiénico les basta. Y también creo que aman su profesión lo bastante, como lo prueban todos los días en la difícil soledad en que viven, para preferir dos clases más a una pérgola inútil.

Al recorrer la región de Agreb, una de las más ingratas de Cabilia, por la ruta de Port-Gueydon, contemplé el símbolo de esta absurda política. Sólo una cosa era hermosa. La pesadez del mar que, desde lo alto de la garganta, se veía reposar en una entrada de las montañas. Pero bajo aquella luz brillante se extendían, hasta donde alcanzaba la vista, tierras ingratas y rocosas cubiertas de retamas llameantes y de lentiscos. Y allí, en medio de aquel desierto en el que no se veía un solo hombre, se elevaba la suntuosa escuela de Agreb, como la imagen misma de la inutilidad.

Me siento impulsado a decir aquí todo lo que pienso.

No sé qué habrá que creer de las palabras que me decía un cabila: «Como usted ve, se trata de hacer las menos clases posibles con los mayores capitales.» Pero tengo la impresión de que esas escuelas están hechas para los turistas y las comisiones investigadoras, y que sacrifican al perjuicio del prestigio las necesidades elementales del pueblo indígena.

Nada me parece más condenable que semejante política. Y si la idea del prestigio pudiera tener una justificación, la tendrá el día en que se apoye, no en la apariencia y el brillo, sino en la generosidad profunda y la comprensión fraternal.

Mientras tanto, es bueno saber que con los mismos créditos que sirvieron para edificar una de esas escuelas-palacios podrían construirse tres y absorber el excedente de alumnos rechazados cada año. Me informé sobre lo que costaría la construcción de una escuela-tipo, moderna y cómoda, que comprendiera dos clases y dos alojamientos para maestros.

Una escuela tal puede edificarse con 200.000 francos. Y cada escuela-palacio permitiría construir tres. Me parece que esto basta para juzgar una política que consiste en regalar una muñeca de mil francos a una niña que no ha comido desde hace tres días.

De manera que los cabilas reclaman escuelas, del mismo modo que reclaman pan. Pero yo tengo también la convicción de que el problema de la enseñanza tiene que experimentar una reforma más general. Las preguntas que formulé sobre este punto a los cabilas encontraron una respuesta unánime. Los cabilas tendrán más escuelas el día en que quede suprimida la barrera artificial que separa la enseñanza europea de la enseñanza indígena, el día en que, por fin, en los bancos de una misma escuela, dos pueblos hechos para comprenderse comiencen a conocerse.

Por cierto que no me hago ilusiones sobre el poder de la educación. Pero aquellos que hablan con ligereza de la

inutilidad de la instrucción se han aprovechado de ella. En todo caso, si realmente se quiere una asimilación y que ese pueblo tan digno sea francés, no hay que comenzar separándolo de los franceses. Si no me equivoco, eso es todo lo que pide. Y mi sentimiento me dice que únicamente entonces comenzará el conocimiento recíproco. Digo «comenzará», porque se impone decirlo, todavía no existe ese conocimiento, y por eso se explican los errores de nuestros políticos. Sin embargo, bastaría con tender sinceramente la mano, como acabo de comprobar por experiencia personal. Pero nos corresponde a nosotros derribar las paredes que nos separan.

El futuro político

A partir de ahora quisiera encarar, desde el punto de vista del sentido común y sin pretender desempeñar el papel de economista distinguido, el futuro político, económico y social que podría desearse para Cabilia. Ya he dicho bastante sobre la miseria del país. Pero no es posible limitarse a la descripción de esa miseria sin traicionar a la vez la tarea a que nos obliga.

Quisiera también señalar aquí un procedimiento. Frente a una situación tan apremiante, se trata de proceder con rapidez, y sería vano imaginar sistemas utópicos y preconizar soluciones quiméricas. Por eso, en cada una de las sugerencias que exponga aquí, no partiré de principios arriesgados, sino de las mismas experiencias intentadas ya en Cabilia o a punto de intentarse. Como es natural, no invento nada. Un conferenciante de talento, lo decía hace poco con énfasis. En cuestiones políticas no hay derechos de autor. Se trata de encontrar el bien para un pueblo hermano. Y ésa es la única tarea que nos proponemos.

Es menester partir del principio de que, si alguien puede mejorar la suerte de los cabilas, ese alguien es, ante todo, el propio cabila. Las tres cuartas partes de los cabilas viven bajo el régimen de la comuna mixta y del caidato. No enjuiciaré ahora, después de haberlo hecho

tantos otros, una forma política que sólo tiene muy remotas relaciones con la democracia. Ya se ha dicho todo sobre los abusos engendrados por tal organización. Pero aun dentro del marco de la comuna mixta, a los cabilas les es posible llevar a cabo sus experiencias en materia administrativa.

Por decreto de 21 de abril de 1937 un legislador generoso ha contemplado la posibilidad de elevar ciertos aduares de Argelia a comunas, y confiar la dirección de éstas a los propios indígenas, bajo el control de un administrador. Se han llevado a cabo muchas experiencias en región árabe y en región cabila. Y si este ensayo produce buenos resultados, no hay razón para que se retrase la ampliación de los aduares-comunas. Ahora bien, una experiencia rica en enseñanzas se desarrolla en estos momentos en Cabilia, y a ella quería referirme. Desde enero de 1938 el aduar de los umalus, situado a algunos kilómetros de Fort-National, funciona como aduar-comuna, bajo la presidencia del señor Hadjeres. Gracias a la amabilidad y a la inteligente competencia de éste, pude comprobar cómo funcionaba ese aduar y documentarme sobre lo que había hecho. El aduar de los umalus comprende 18 aldeas y 1.200 administrados. En el centro geográfico del aduar se fundaron una alcaldía y algunas dependencias. Esa alcaldía funciona como todas las alcaldías; pero la ventaja que tiene para los habitantes estriba en que les evita largos viajes para cumplir formalidades administrativas. En el mes de mayo de 1938, la alcaldía se ocupó de no menos de 517 asuntos de sus administrados. Y durante el mismo año facilitó la emigración de 515 cabilas.

Con el presupuesto mínimo de 200.000 francos esa municipalidad en miniatura, compuesta de cabilas elegidos, llegados al poder por la acción de electores cabilas, dirige, desde hace año y medio, la vida de una comunidad indígena en la que nadie se queja de nada. Por primera vez los cabilas realizan sus gestiones con funcionarios elegidos que ellos pueden fiscalizar, que les son

abordables, con los cuales discuten y a los que no tienen que soportar.

Con razón, estos bienes les parecen inestimables. Por eso creo que nunca se será demasiado prudente al criticar estas nuevas experiencias. Las mejoras proporcionadas por el señor Hadjeres son las únicas que me parecen pertinentes. En efecto, hasta ahora la municipalidad de los aduares-comunas, elegida en el escrutinio, podía designar a su presidente. Pero el aduar conservaba, así y todo, a su caíd y continuaba bajo la fiscalización del administrador. Las funciones de estos tres responsables están bastante mal definidas y sería ventajoso precisarlas y limitarlas.

Por otra parte, la experiencia de los aduares-comunas suscitó algunas protestas sobre cuyo espíritu no me detendré, y provocó algunas críticas que merecen examen. En una reciente campaña de prensa se intentó demostrar que el aduar era una unidad administrativa artificial, y que podían reunirse en el marco del aduar-comuna, aldeas y fracciones cuyos intereses son opuestos. En la mayoría de los casos —y hay que decirlo enseguida— esto no es verdad. Sin embargo, es posible encontrar semejante situación. Pero la misma campaña de prensa tendía a transferir del aduar a la aldea los beneficios de la experiencia encarada. Y esta idea choca con todas las objeciones. Por un lado, la mayoría de las aldeas no posee recurso alguno. Hay aldeas que, por ejemplo, tienen por único bien común un fresno o una higuera en condominio. Por otro lado, las aldeas cabilas son demasiado numerosas y no es posible llevar a cabo semejante desmenuzamiento de las municipalidades, cuyo control sería imposible.

Verdad es que quedaría por intentar una reagrupación de las aldeas, atendiendo a su unidad geográfica y cultural. Pero, como las antiguas divisiones se mantienen en la estructura de la comuna mixta, seguiríase de ello una serie de complicaciones administrativas que habría que evitar.

Por eso parece preferible hacer más elástica la legislación actual, sin modificar nada de la estructura administrativa ya existente. Y aquí no puedo hacer nada mejor que resumir el plan de mejoras políticas que el señor Hadjeres me expuso, con sorprendente lucidez. A decir verdad, ese plan viene a configurar una democracia aún más completa en el aduar-comuna y a fundarla en una especie de representación proporcional. Si se trata tan sólo de evitar el choque de intereses, el señor Hadjeres opina, en efecto, que basta dar una expresión a todos esos intereses. Por eso el presidente propone, por una parte, que las elecciones no se verifiquen ya por el escrutinio de listas, sino que cada aldea elija a sus representantes. La reunión de esos representantes formaría el concejo municipal, el cual elegiría su presidente. De esta manera, las competiciones entre las aldeas del interior de un aduar quedarían suprimidas. Por otra parte, las elecciones del interior de la aldea se harían según un escrutinio proporcional, y cada aldea tendría un representante por cada 800 habitantes. De esta suerte, quedarían igualmente suprimidas las rivalidades del interior de la aldea. De acuerdo con tal sistema, la djemaa de los umalus, por ejemplo, en lugar de 16 miembros contaría con 20. Por fin, el señor Hadjeres contempla la posibilidad de que se eleven a comunas todos los aduares de la comuna mixta de Fort-National y que sean comunes todos los recursos en el presupuesto único de la comuna mixta, la cual los repartiría entre los aduares, en proporción a las respectivas necesidades y población. Así se habría realizado en el corazón de la región cabila una especie de pequeña república federal, inspirada en principios de una democracia verdaderamente profunda. Y visión tan lúcida de las cosas, sentido común tan notable, me parecen, al escuchar al presidente de los umalus, un ejemplo para muchos de nuestros demócratas oficiales. En todo caso, expongo aquí el proyecto tal como es. Sólo me resta desear que la administración sepa obtener de él los beneficios que promete.

Si la experiencia de los umalus ha tenido éxito, no hay razón alguna para que no se extienda. Muchos aduares esperan a que se los transforme en comunas. Alrededor de Michelet hay varios que, por su naturaleza, son aún más apropiados que los umalus. Poseen mercados cuyos rendimientos son importantes. Si la administración tiene la intención de hacer triunfar esta experiencia, debe elevar a comunas los aduares de los menguellet y los uacif. En este punto suele ocurrir que la comuna mixta se oponga a semejante transformación, en el caso de los aduares que poseen mercados, so pretexto de que los recursos de esos mercados (algunos rinden cerca de 150.000 francos por año) vayan a parar a la comuna. Ahora bien, esos aduares son prácticamente los únicos que pueden salir airosos de esta experiencia. Si, por otra parte, se considera que en un futuro próximo el aduar-comuna hará que resulte inútil la comuna mixta, habrá de convenirse en que es menester sacrificar esta última.

Tampoco hay que vacilar en transformar otros aduares, como el de Uadhias, en comunas de pleno ejercicio. El centro de Uadhias comprende ya más de 100 electores franceses. Su mercado rinde 70.000 francos al año, y sus impuestos, 100.000. Aquí se impone la experiencia de permitir a ciudadanos franceses de origen cabila el ejercicio de la vida civil.

De cualquier manera, esta política generosa abriría el camino para la emancipación administrativa de Cabilia. Para que ésta se lleve a cabo, hoy sólo basta quererla realmente. Puede realizarse paralelamente con las medidas destinadas a elevar el nivel material de este desdichado país. Cometimos ya bastantes errores en ese sentido para saber utilizar hoy la experiencia que se sigue de todos los fracasos. Por ejemplo, no conozco argumento más falaz que el del estatuto personal cuando se trata de la extensión de los derechos políticos a los indígenas. Pero en el caso de Cabilia, este argumento se hace ridículo. En efecto, fuimos nosotros quienes impusimos a los cabilas ese

estatuto, cuando arabizamos su país mediante el caidato y la introducción de la lengua árabe. Y no nos corresponde ahora a nosotros reprochar a los cabilas precisamente lo que nosotros mismos les impusimos.

Que el pueblo cabila esté maduro para encaminarse hacia una vida más independiente y consciente, es cosa que comprobé la mañana en que, al volver del centro de los umalus, conversaba yo con el señor Hadjeres. Habíamos llegado hasta el espacio abierto de un bosque, desde el cual se dominaba la inmensidad de un aduar que se extendía hasta el horizonte. Y mi compañero, mientras me nombraba las aldeas, me explicó su vida, cómo la aldea imponía a cada cual la solidaridad, cómo obligaba a los habitantes a acompañar a todos los entierros a fin de que el cortejo del pobre fuera tan numeroso como el del rico y cómo, por fin, el castigo más severo eran la exclusión y la cuarentena, que nadie podía soportar. Frente a aquel inmenso paisaje inundado por la luz de la mañana, por encima de ese espacio abierto, agujero vertiginoso en que los árboles parecían formas vaporosas y la tierra humeaba bajo el sol, comprendí qué lazo podía unir a esos hombres y qué acuerdo los ligaba a su tierra. Comprendí cuán poco le hubiera sido necesario a cada uno de ellos para vivir también de acuerdo consigo mismo. ¿Y cómo no habría de comprender yo entonces aquel deseo de administrar su propia vida, y esa sed de convertirse, por fin, en lo que ellos son profundamente: hombres valerosos y conscientes, de quienes nosotros, sin falsa vergüenza, podemos recibir lecciones de grandeza y de justicia?

El futuro económico y social

Cabilia tiene demasiados habitantes y carece del trigo suficiente. Consume más de lo que produce. Su trabajo, remunerado de manera irrisoria, no basta para enjugar el déficit de su balanza comercial. Sus emigrados, hoy de número cada vez más exiguo, ya no pueden arrojar el producto de su trabajo en esta balanza desequilibrada.

Sí se quiere dar a Cabilia un destino próspero, arrancar a sus habitantes del hambre y cumplir nuestro deber frente a ese pueblo, habrá que transformar todas las condiciones de la vida económica cabila.

El sentido común basta para indicar que, si Cabilia es un país de consumo, es menester, por una parte, aumentar el poder de adquisición del pueblo cabila, y ponerlo en condiciones de que con su trabajo pueda compensar las insuficiencias de la producción, y, por otra parte, procurar reducir el desequilibrio que hay entre la importación y la producción, aumentando ésta lo más posible.

Tales son las dos líneas de lucha de una política evidente para todo el mundo. Pero no han de realizarse estos dos esfuerzos separadamente. No es posible pensar en elevar el nivel de vida de Cabilia sin revalorizar al propio tiempo su trabajo y su producción. Los salarios de 6 francos no sólo pisotean los sentimientos de humanidad, sino también la lógica. Y con los bajos precios que

se pagan por los productos agrícolas cabilas, no sólo se viola la justicia, sino también el sentido común.

Volveré a ocuparme aquí de algunos de los temas constantes de este estudio. El trabajo cabila se paga a bajo precio, en razón del paro y de la libertad de que gozan los empleadores. En consecuencia, los salarios nunca serán normales, sino cuando se haya eliminado el paro, se haya suprimido la competencia en el mercado del trabajo y se haya restablecido la fiscalización de las tarifas.

Mientras esperamos que la inspección del trabajo llegue a convertirse en Cabilia en una realidad, es deseable que el Estado emplee la mayor cantidad posible de obreros. La fiscalización quedará así asegurada automáticamente. Asimismo, la eliminación de la falta de trabajo puede llevarse a cabo en tres fases: por una política de obras públicas, por la generalización de la enseñanza profesional y por la organización de la emigración.

Bien conozco que la política de obras públicas forma parte de todos los programas demagógicos. Pero el carácter esencial de la demagogia estriba en que sus programas están hechos para no cumplirse. Aquí se trata de lo contrario.

Realizar grandes trabajos en un país en que no se hace sentir la necesidad de ellos es, en efecto, dilapidar los créditos. Pero ¿deberé hacer recordar hasta qué punto a Cabilia le faltan caminos y agua? Una política de obras públicas, mientras por una parte absorbería una gran proporción de la desocupación y elevaría los salarios a un nivel normal, daría Cabilia un mayor valor económico, cuyo beneficio percibiríamos algún día.

Y ya se ha encarado esta política. Donde se practicó de manera sistemática, en la comuna de Port-Gueydon y en el aduar de Beni-Yenni, los resultados se manifestaron enseguida. Diecisiete fuentes de agua y muchos caminos enriquecen a la primera. En cuanto al segundo, es uno de los aduares más ricos de Cabilia, y sus obreros cobran 22 francos por día.

Pero el gran reproche que cabe hacer aquí es el de

que tales experiencias son aisladas. Es que créditos enormes se dispersaron en pequeñas subvenciones, cuyo efecto es prácticamente nulo. Las delegaciones financieras exclaman regularmente: «¿Cómo obtener más créditos?» Ahora bien, por el momento, por lo menos, no se trata de obtener nuevos créditos, sino tan sólo de utilizar mejor los ya votados.

En Cabilia se han gastado cerca de 600 millones de francos. El resultado de ello es el que desde hace diez días procuro mostrar en todo su horror. Lo que hace falta aquí es un plan general e inteligente, cuya aplicación se realice con método. De nada sirve una política politiquera, hecha de medidas a medias y de parches, de pequeñas caridades y de subvenciones diseminadas. Cabilia reclama lo contrario de una política de políticos, es decir, una política inteligente y generosa. Sería menester reunir todos esos créditos desperdigados, todas esas subvenciones dispersas, todas esas caridades lanzadas al viento, para que los propios cabilas estén en condiciones de valorizar Cabilia, y para que esos campesinos retornen a la dignidad, mediante un trabajo útil y justamente pagado.

Obtuvimos los créditos necesarios para dar a países de Europa cerca de 400.000 millones de francos, que hoy están perdidos para siempre. Sería increíble que no pudiéramos dar la centésima parte de esa suma para mejorar la suerte de hombres a los que sin duda todavía no hemos hechos franceses, pero a quienes exigimos sacrificios de franceses.

Por otra parte, los salarios son tan bajos porque los cabilas no pueden colocarse en las categorías de obreros especializados protegidos por la ley. Aquí deberíamos recurrir a la educación profesional, tanto del obrero como del trabajador agrícola. En Cabilia existen escuelas profesionales. En Michelet una escuela de este tipo forma herreros, carpinteros y albañiles. Formó buenos obreros, algunos de los cuales trabajan en la propia Michelet. Pero en total esa escuela tiene

una decena de alumnos. Tales experiencias son insuficientes.

Hay también escuelas de arboricultura, como la de Mechtras. Sólo que forma a unos treinta alumnos cada dos años. Trátase, pues, de una experiencia, y no de una institución.

Ahora hay que generalizar tales intentos. Dar a cada centro una escuela de ese tipo y educar técnicamente a un pueblo cuya destreza y espíritu de asimilación son ya proverbiales.

Sin embargo, nada puede mostrar mejor hasta qué punto todos los problemas se mantienen vivos en Cabilia que esta sencilla observación: resulta inútil formar obreros especializados, si no se les ofrece ocupación. Ahora bien, por el momento la ocupación está en la metrópoli, de manera que toda política que no facilite la emigración cabila será vana.

En este punto lo primero que hay que hacer es simplificar las formalidades. Y lo segundo, dirigir la emigración. En el momento actual, es posible hacer que los cabilas se beneficien con las experiencias del campesinado. No quiero recordar aquí los ofrecimientos que hizo la Compañía del Niger. No hay utilidad alguna en el hecho de que los campesinos cabilas vayan a morir por intereses privados, en un país hostil. Pero, si la colonia lo quisiera, podría distribuir aún cerca de 200.000 hectáreas en Argelia.

En la propia Cabilia, cerca de Boghni, se realiza una experiencia de este género en los dominios de Bu-Mani. Por otra parte, todo el sur de Francia se va despoblando y fue menester que decenas de millares de italianos vieran a colonizar nuestro propio suelo.

Ahora, esos italianos se marchan. Nada impide que los cabilas colonicen esa región. Se nos ha dicho: «Pero el cabila está demasiado apegado a sus montañas para abandonarlas.» Responderé primero haciendo recordar que hay en Francia 50.000 cabilas que las abandonaron. Y, en seguida, dejaré que responda un campesino cabila, al que le formulé la misma pregunta, y que me contestó:

«Usted se olvida de que no tenemos qué comer. No nos es posible elegir.»

Se nos dirá entonces: «Pero esos cabilas volverán a su patria y abandonarán las tierras.» Desde luego, pero quién no ve que en la emigración cabila las generaciones se suceden y que el propietario de una parcela no la dejará sino después de haberla vendido a un postulante más joven.

Estas pocas medidas bastarán, en todo caso, para dar al trabajo cabila su precio. Y creo que es bueno repetir que los créditos actuales podrían bastar para comenzar la empresa. Esta se hará productiva cuando su extensión llegue a ser inevitable. Pero los beneficios de semejante política no serán eficaces sino cuando se asegure paralelamente la revalorización de la producción.

También aquí el sentido común nos proporcionará los elementos de una política constructiva. Salvo algunos cereales secundarios, la producción cabila es, ante todo, arborícola. Y, como es empresa vana procurar forzar la naturaleza, lo que corresponde hacer es mejorar esa producción para que ella equilibre, en la medida de lo posible, el consumo.

" Hasta que no se pruebe lo contrario, existen tres medios de revalorizar una producción. El primero consiste en aumentar la cantidad. El segundo, en mejorar la calidad. Y el tercero, en estabilizar los precios de venta. A menudo, los dos últimos medios se confunden en uno solo. Y los tres pueden aplicarse en Cabilia.

En lo que respecta a la extensión de la arboricultura, corresponde considerar primero la extensión de los principales cultivos arborícolas de Cabilia, como la higuera y el olivo, y por otra parte la implantación de cultivos complementarios, tales como el cerezo, el algarrobo, etc. En estos dos aspectos, la política del árbol tuvo un comienzo de aplicación, que puede considerarse como un ejemplo y una enseñanza, en la comuna de Port-Gueydon.

En 1938 la comuna favoreció la plantación de mil nuevos retoños. Este año, se encara la posibilidad de plantar de 10.000 a 15.000. Y esto se hizo sin créditos extraordinarios. Los fondos comunes de la sociedad indígena de previsión garantizaron los préstamos pertinentes. Las plantas se entregaron a los *fellah*. Antes habían podido verificar la calidad y el rendimiento de esas plantas en los campos de experimentación de terrenos comunales.

Como la higuera plantada en retoños de dos años no produce sino a los cinco, los *fellah*, durante cinco años, pagarán únicamente el interés del capital mínimo representado por los retoños. Ese interés es tan sólo del 4 por 100. Al cabo de cinco años, la higuera comienza a producir y el campesino cabila dispone de otros cinco años para amortizar el capital.

Para tener una idea del rendimiento, es menester saber que, si de quince plantas sólo cinco prosperan (y eso es muy improbable), el *fellah* realiza, así y todo, un excelente negocio. Y la operación no habrá costado prácticamente nada al Estado. Aquí los comentarios huelgan. Que se generalice con obstinación esta experiencia, y los resultados no se harán esperar.

En lo tocante a la mejora de los productos actuales y a la revalorización del precio de venta, la tarea es inmensa. Sólo me referiré a procedimientos esenciales: la mejora de los higos secos, mediante instalaciones de desecación y la creación de cooperativas aceiteras. Verdad es que los métodos tradicionales de los cabilas no son apropiados para mejorar el rendimiento. La poda del olivo, que se parece demasiado a una amputación, el cultivo sin método de los retoños, el procedimiento de desecación de los higos, que se ponen a secar en los techos y a veces bajo algarrobos que comunican a los frutos un parásito del género de las polillas, todo eso, naturalmente, no puede mejorar la calidad de los productos.

De ahí que en muchas comunas se haya comenzado a

realizar experiencias en secaderos artificiales. Las más sugestivas son las de Azazga y las de Sidi-Aich. En Azazga, gracias a procedimientos racionales, empleados por los agentes técnicos de la SIP, la revalorización fue, el primer año, de 120 por 100, y el segundo, de 80 por 100. En Sidi-Aich los higos desecados artificialmente se vendieron a un precio medio de 260 francos el quintal, siendo así que los higos indígenas se vendían a 190 francos. En lo que respecta a los participantes y a las ventas totales, en Azazga, 120 *fellah* aportaron sus higos, cuya venta alcanzó 180.000 francos. El resultado de ello fue que, después de las primeras resistencias, la mayor parte de los *fellah* se convirtió a esta innovación. En Temda se proyecta la creación de una cooperativa privada, que será dirigida por los propios productores. Y esto ejemplifica bastante exactamente el futuro de Cabilia, en el aspecto económico.

La creación de cooperativas aceiteras encuentra más obstáculos. Algunos administradores no pueden decidirse a hacerlo, por la oposición de los colonos de la llanura, que prefieren comprar las aceitunas a bajo precio, y no el producto elaborado a un precio mayor. Por otra parte, los intermediarios y comisionistas no ven con buenos ojos esta innovación, que marcaría el fin de su reinado. Ahora bien, el cabila necesita créditos y los obtiene de los intermediarios, que le compran la producción. Pero esta dificultad puede resolverse complementando las cooperativas aceiteras con un organismo de crédito tal que los fondos comunes de las sociedades de previsión vinieran a representar el papel del intermediario, pero en beneficio de la cooperativa. La objeción última que todavía puede hacerse a esto se apoya en la mentalidad del campesino cabila que, según dirán, se dirigirá, a pesar de todo, al intermediario. Pero semejante argumento sirve para frenar toda innovación y creo que siempre fue indefendible.

La desgracia consiste en que el campesino cabila, por los procedimientos de cultivo que emplea, no puede re-

coger más que una cosecha de aceitunas de cada dos. De manera que aquí se impondría también la creación de un organismo racional. Podemos estar seguros de que la producción llegaría casi a doblarse. Por otra parte, la calidad mejoraría, y téngase en cuenta que las fábricas europeas actuales para forzar la producción trabajan en condiciones tales que sus aceites no arrojan nunca menos de 1,5° a 2° de acidez. Y siempre tienen un gusto desagradable.

Pero toda esta política no podría dejar de adoptar medidas complementarias, referentes a los problemas menudos. La zona, por ejemplo, podría organizarse según el modelo de las realizaciones de la ley Loucheur. Y el aporte de los interesados podría entonces tomar la forma de contribuciones de tierras (puesto que casi todos los cabilas poseen una parcela de tierra), o bien de mano de obra y materiales. Asimismo, habría que reconsiderar las distribuciones de los ingresos comunales entre la población europea y la población indígena, y pedir a la primera los necesarios sacrificios.

De esta suerte quedaría completada una política que permitiría a Cabilia mostrar su verdadero rostro. La espantosa miseria de esta región tocaría, por fin, a su término. Y encontraría su recompensa. Sé que para todo esto son necesarios créditos. Pero, repito, comencemos por utilizar mejor los que ya existen. En efecto, lo que nos falta no son tanto los créditos como el entusiasmo. Sin valor y lucidez no se hace nada grande. Para llevar a cabo esta política no basta quererlo de cuando en cuando. Hay que quererlo siempre y no querer otra cosa. Y ya oigo que se me objeta: «No hay razón alguna para que sea la colonia y los colonos los que deban pagar.» Y estoy de acuerdo. No esperemos de los colonos esta obra, puesto que no estamos seguros de que la quieran. Pero si se pretende que sea la metrópoli la que haga este esfuerzo, estoy dos veces de acuerdo. Pues al mismo tiempo se comprobará que un régimen que separa a Argelia de

Francia es lo que determina la desdicha de nuestro país. Y el día en que se confundan los intereses, podremos estar seguros de que los corazones y los espíritus no tardarán también en confundirse.

Conclusión

Termino aquí mi estudio, del que quisiera tener la seguridad de que habrá de servir a la causa del pueblo cabila, que es la única que tuve en cuenta al escribirlo. Ya nada tengo que agregar sobre la miseria de Cabilia, sus causas y sus remedios. Hubiera preferido detenerme allí y no añadir palabras inútiles a un conjunto de hechos que bien pueden prescindir de literatura. Pero, así como hubiera sido preferible no tener que hablar de una miseria tan espantosa, pero cuya existencia imponía que se hablara de ella, este estudio no llegaría a la meta que se propuso si no rebatiera, para terminar, ciertas críticas demasiado fáciles.

No me andaré con circunloquios. Parece que hoy se considera un acto de mal francés revelar la miseria de un país francés. Diré que hoy resulta difícil saber cómo ser un buen francés. Hay tanta gente, y de la más diversa, que se jacta de este título, y entre ella tantos espíritus mediocres o interesados, que bien puede uno engañarse. Pero, por lo menos, es posible saber lo que es un hombre justo. Y yo tengo el prejuicio de creer que Francia no podría estar mejor representada ni defendida que por actos de justicia.

Se nos ha dicho: «Andad con cuidado. El extranjero puede aprovecharse.» Pero aquellos que, en efecto, pueden aprovecharse, ya han sido juzgados a la faz del mun-

do por su cinismo y su crueldad. Y si Francia ha de defenderse contra ellos, ha de hacerlo tanto con los cañones como con esa libertad, que todavía tenemos, de expresar nuestro pensamiento y de contribuir, cada uno con nuestra modesta parte, a reparar la injusticia.

Por lo demás, no me concierne, en modo alguno, buscar ilusorios responsables. No me gusta el papel de acusador. Y aun cuando me sintiera tentado a asumirlo, muchas cosas me lo impedirían. Por una parte, conozco demasiado lo que la crisis económica pudo contribuir a la miseria de Cabilia, para hacer cargar absurdamente con la culpa a algunas víctimas. Pero conozco asimismo demasiado las resistencias que encuentran las iniciativas generosas, por más que a veces provengan de muy alto. Y, por fin, conozco demasiado bien cómo una voluntad buena al principio, puede verse deformada en sus aplicaciones.

Lo que quiero decir es que, si se ha querido hacer algo por Cabilia, o mejor dicho, si se ha hecho algo, esos intentos no han abordado sino aspectos ínfimos del problema, que subsiste todo entero. No escribo esto para un partido, sino para hombres. Y si se quisiera dar a este estudio el sentido que sería menester que se le reconociese, diría que no pretende decir: «Mirad lo que habéis hecho de Cabilia», sino: «Mirad lo que no habéis hecho por Cabilia».

En lugar de caridades, pequeñas experiencias, buenos deseos y palabras superfluas, ténganse en cuenta el hambre y el frío, la soledad y la desesperación. Se verá entonces si aquellos remedios bastan. Si por un inverosímil milagro, los seiscientos diputados de Francia pudieran recorrer el desesperante itinerario que me fue dado recorrer a mí, la causa cabila habría adelantado un gran paso. Y es que, en toda ocasión, se realiza un progreso cada vez que un problema político queda reemplazado por un problema humano. Que se aplique, pues, una política inteligente y concertada para reducir esta miseria. Que Cabilia vuelva a encontrar, también ella, el camino de la vi-

da. Y nosotros seremos los primeros en exaltar una obra de la que hoy no estamos orgullosos.

Para terminar, no puedo dejar de volverme hacia el país que acabo de recorrer. Él y sólo él puede ofrecerme una conclusión. Porque, en efecto, de esas largas jornadas envenenadas con espectáculos odiosos, en medio de una naturaleza sin igual, no son únicamente las horas desesperantes las que ahora acuden a mi recuerdo, sino también ciertos atardeceres en que me parecía comprender profundamente ese país y su pueblo.

Por ejemplo, aquella tarde en que, frente a la Zauia de Kuku, éramos unos cuantos los que vagábamos por un cementerio de piedras grises y contemplábamos cómo caía la noche sobre el valle. En ese momento, que no era ya de día, ni tampoco todavía de noche, no sentí que hubiera ninguna diferencia entre yo y esos seres que se habían refugiado allí para volver a encontrar un poco de sí mismos. Pero hube de sentir la diferencia, poco tiempo después, en la hora en que todos habrían debido comer.

Pues bien, es allí donde me parece que cobra sentido mi crónica. Si la conquista colonial pudiera alguna vez encontrar una excusa, la encontrará en la medida en que ayude a los pueblos conquistados a conservar su personalidad. Y si nosotros tenemos un deber frente a este país, ese deber estriba en permitir a una de las poblaciones más orgullosas y más humanas de este mundo, que permanezca fiel a sí misma y a su destino.

No creo equivocarme si digo que el destino de ese pueblo es trabajar y al propio tiempo contemplar. Y darnos de esta suerte lecciones de sabiduría a los conquistadores inquietos que somos nosotros. Sepamos, por lo menos, hacernos perdonar esta fiebre y esta necesidad de poder, tan naturales a los mediocres, asumiendo las cargas y las necesidades de un pueblo más sabio para que él pueda entregarse por entero a su profunda grandeza.

Crisis en Argelia*

* Artículos publicados en *Combat*, en mayo de 1945.

Crisis en Argelia

Frente a los acontecimientos que agitan hoy el África del Norte, conviene evitar dos actitudes extremas. Una consistiría en presentar como trágica una situación que es solamente seria. La otra, en ignorar las graves dificultades en que se debate hoy Argelia.

La primera haría el juego a intereses que desean empujar al gobierno a medidas de represión, no sólo inhumanas, sino además impolíticas. La otra continuaría agrandando el abismo que, desde hace tantos años, separa la metrópoli de sus territorios africanos. En los dos casos se favorecería una política de miras estrechas, contraria tanto a los intereses franceses como a los intereses árabes.

La crónica que ofrezco ahora de una estancia de tres semanas en Argelia, no tiene otra ambición que la de disminuir un poco la increíble ignorancia de la metrópoli en lo tocante al África del Norte. Está compuesta del modo más objetivo que me fue posible, después de recorrer dos mil quinientos kilómetros por las costas y el interior de Argelia, hasta llegar al límite de los territorios del sur.

Visité tanto las ciudades como los aduares más alejados y comparé las opiniones y los testimonios de la administración con los del campesino indígena, el colono y el militante árabe. Una buena política es, ante todo, una política bien informada. En este sentido, la presente cró-

nica no es más que una investigación. Pero, si los elementos informativos que apporto no son nuevos, la ventaja que tienen es la de que fueron verificados. Me imagino, pues, que en cierta medida pueden ayudar a aquellos que hoy tienen por misión elaborar la única política que salve a Argelia de las peores aventuras.

Pero, antes de entrar en los pormenores de la crisis norafricana, acaso convenga destruir algunos prejuicios. Y ante todo recordar a los franceses que Argelia existe. Quiero decir que existe al margen de Francia y que los problemas que le son propios tienen colores y matices particulares. En consecuencia, es imposible pretender resolver tales problemas inspirándose en el ejemplo metropolitano.

Un solo hecho ilustrará esta afirmación. Todos los franceses aprendieron en la escuela que Argelia, adscrita al Ministerio del Interior, está constituida por tres departamentos. Administrativamente, eso es cierto. Pero en verdad esos tres departamentos son tan vastos como cuarenta departamentos franceses medianos y están tan poblados como doce. El resultado es que la administración metropolitana cree haber hecho mucho cuando envía dos mil toneladas de cereales a Argelia. Pero, para los ocho millones de habitantes del país, tal cantidad representa exactamente un día de consumo. Al día siguiente, hay que volver a empezar.

En el plano político, quisiera asimismo recordar que el pueblo árabe existe. Quiero decir que no es la multitud anónima y miserable en la que el occidental no ve nada que respetar ni defender. Trátase, por el contrario, de un pueblo de grandes tradiciones, cuyas virtudes, a poco que se las considere sin prejuicios, son de las mejores.

Ese pueblo no es inferior sino a causa de las condiciones de vida en que se encuentra y nosotros tenemos que aprender de ellos en la misma medida en que ellos pueden aprender de nosotros. Demasiados franceses, de Argelia o de otras partes, se los imaginan, por ejemplo,

como una masa amorfa a la que nada interesa. Un solo hecho los informará. En los aduarez más apartados, a ochocientos kilómetros de la costa, tuve la sorpresa de oír pronunciar el nombre del señor Wladimir d'Ormeson. Y es que nuestro colega publicó sobre la cuestión argelina, hace algunas semanas, un artículo que los musulmanes consideraron mal documentado e injurioso. No sé si el colaborador de *Le Fígaro* se alegrará de esta reputación obtenida tan prontamente en tierras árabes, pero lo cierto es que da la medida de la atención política vigilante de las masas musulmanas. Cuando, por fin, haga notar lo que demasiados franceses olvidan, es decir que centenares de millones de árabes han luchado durante estos últimos dos años por la liberación de nuestro territorio, habré adquirido el derecho de no insistir.

De cualquier manera, todo esto nos enseña a no abrigar ningún prejuicio en lo tocante a Argelia y a guardarnos de emplear fórmulas ya hechas. Desde este punto de vista, cabe decir que los franceses tienen que conquistar Argelia por segunda vez. Para comunicar en seguida la impresión que recogí allí, diré que esa segunda conquista será menos fácil que la primera. En África del Norte, así como en Francia, debemos inventar nuevas fórmulas y renovar nuestros métodos, si queremos que el futuro tenga aún un sentido para nosotros.

La Argelia de 1945 está sumida en una crisis económica y política que el país siempre conoció, pero que nunca había alcanzado tal grado de agudeza. En ese admirable país, que una primavera sin igual cubre en estos momentos de flores y de luz, hay hombres que padecen hambre y piden justicia. Son sufrimientos que no pueden dejarnos indiferentes, puesto que nosotros mismos los conocimos.

En lugar de responder a esto con condenas, procuremos más bien comprender las razones y hacer intervenir a este fin los principios democráticos que reclamamos para nosotros mismos. Lo que me propongo en los ar-

títulos siguientes es apoyar este intento mediante una sencilla información objetiva.

Post scriptum. Este artículo estaba terminado cuando apareció en un diario vespertino un artículo en el que se acusaba a Ferhat Abbas, presidente de los «Amigos del Manifiesto», de haber organizado directamente los disturbios de Argelia. Visiblemente, el artículo está escrito en París y se apoya en informaciones improvisadas. Pero no es posible formular tan a la ligera una acusación tan grave. Hay mucho que decir en pro y en contra de Ferhat Abbas y de su partido. Y, en efecto, hablaremos de esto. Pero los periodistas franceses tienen que persuadirse de que no se resolverá un problema tan grave mediante exhortaciones inconsideradas a una ciega represión.

El hambre en Argelia

La crisis evidente que padece Argelia es de orden económico.

Argel ya presenta al visitante atento signos inequívocos. Las cervecerías más importantes sirven las bebidas en culos de botella con los bordes limados. Los hoteles ofrecen perchas de alambre. En los escaparates, las tiendas demolidas por los bamberdeos reemplazaron el vidrio por tablones. En casas particulares no es raro ver trasladar la bombilla del dormitorio al comedor para iluminar la cena. Crisis de objetos manufacturados, sin duda, puesto que Argelia no tiene industrias. Pero, sobre todo, crisis de importación. Y vamos a medir los efectos de tal estado de cosas.

Lo que hay que gritar con voz bien alta es que la mayor parte de los habitantes de Argelia pasa hambre. Ello explica los graves acontecimientos que todos conocemos y esa es la situación a la que hay que poner remedio. En números redondos, pueden estimarse en 9 millones los habitantes de Argelia. De esos 9 millones, 8 son árabes beréberes, y un millón europeos. La mayor parte de la población árabe está distribuida, en los inmensos campos argelinos, en aduare que la colonización francesa reunió en municipios mixtos. El alimento básico del árabe está constituido por los cereales (trigo o cebada), que consume en forma de sémola o galleta. Como el país

produce pocos cereales, millones de árabes padecen hambre.

El hambre es un flagelo siempre temido en Argelia, donde las cosechas son tan caprichosas como las lluvias. Pero en tiempos ordinarios, las reservas de seguridad previstas por la administración francesa compensaban las sequías. En Argelia ya no existen esas reservas de seguridad, desde que se enviaron a la metrópoli en provecho de los alemanes. De manera que el pueblo argelino quedaba a merced de una mala cosecha.

Y la mala cosecha se produjo. Un solo hecho dará idea de lo que esto supone. Desde enero no llueve en ninguna de las mesetas de Argelia. Esas tierras desmesuradas están cubiertas de un trigo raquíptico, que no sobrepasa la altura de las amapolas que se divisan hasta el horizonte. La tierra, agrietada como lava, está tan seca que para la siembra de primavera hubo que duplicar el tiro de los animales del arado. Éste corta un suelo friable y polvoriento, que no retendrá el grano que se le confíe. La cosecha que se prevé para esta temporada será peor que la última, que, sin embargo, fue desastrosa.

Permítaseme dar algunas cifras. Las necesidades normales que Argelia tiene de grano son de 18 millones de quintales. Por regla general, la producción casi cubre el consumo, ya que la cosecha de la temporada 1935-1936 fue, por ejemplo, de 17.371.000 quintales. Pero la temporada última alcanzó apenas a 8.715.000 quintales, es decir, que sólo alcanzó a cubrir un 40 por 100 de las necesidades normales. Este año las perspectivas son aún peores, puesto que se espera una cosecha que no habrá de sobrepasar los 6 millones de quintales.

La sequía no es la única causa de esta espantosa penuria. Habría que agregar la disminución del área sembrada, porque hay menos semillas, y también el hecho de que ciertos propietarios inconscientes en vista de que los forrajes no tienen precio oficial, prefieren cultivarlos antes

que los indispensables cereales. Además, hay que tener en cuenta las dificultades técnicas del momento: el deterioro de los materiales (una bolsa que antes costaba 20 francos, cuesta ahora 500), el racionamiento del combustible, la movilización de la mano de obra en el exterior. Si se agrega a todos estos factores el aumento del consumo, determinado por el racionamiento de otros artículos de primera necesidad, comprenderemos que, aislada del mundo exterior, Argelia no dispone en su suelo de elementos para atender a la subsistencia de su población.

Lo que de semejante hambre puede advertirse en este momento sobrecoge el corazón. La administración debió reducir a 7 kilos y medio por cabeza y por mes la ración de granos (los obreros agrícolas reciben 18 kilos de su patrón, pero sólo son una minoría). Tal cantidad representa 250 gramos por día, que es muy poco para hombres cuyo único alimento son los cereales.

Pero en la mayor parte de los casos, ni siquiera se respeta esa ración de hambre. En Cabilia, en el Uarsenis, en el Oranais meridional, en el Aurés, por tomar puntos geográficos distantes unos de otros, sólo pudieron distribuirse de 4 a 5 kilos por mes, es decir, de 130 a 150 gramos por día y por persona.

¿Comprende bien el lector lo que esto significa? ¿Comprende que en ese país, en el que el cielo y la tierra invitan a la felicidad, millones de hombres padecen hambre? En todos los caminos puede uno encontrar figuras andrajosas y escuálidas. De vez en cuando se ven campos extrañamente revueltos y escarbados. Y es que aduares enteros han ido a escarbar la tierra para extraer una raíz amarga pero comestible, llamada *taruda*, que, transformada en papilla, si bien no nutre, por lo menos sostiene.

¿Qué hacer? Evidentemente el problema es difícil. Pero no hay un minuto que perder, ningún interés que respetar, si se quiere salvar a esas desdichadas poblacio-

nés y si se quiere impedir que masas hambrientas, excitadas por algunos locos criminales, vuelvan a comenzar la matanza de Sétif. En mi próximo artículo hablaré de las injusticias que hay que hacer desaparecer y de las medidas urgentes que hay que tomar, en el plano económico.

Barcos y justicia

¿Qué podemos hacer por los millones de argelinos que en este momento padecen hambre? No se necesita tener excepcionales luces políticas para declarar que únicamente una política de importación en gran escala cambiará la situación.

El gobierno acaba de anunciar que se distribuirá en Argelia un millón de quintales de trigo. Eso está muy bien. Pero no hay que olvidar que tales cantidades cubrirán tan sólo aproximadamente el consumo de un mes. Al mes siguiente y al que siga a éste, no podrá dejarse de inyectar a Argelia la misma cantidad de granos. De manera que no debe considerarse como resuelto este problema de importación, sino que es menester continuar encarándolo con toda energía.

No desconozco, en verdad, las dificultades de la empresa. Para reparar la situación, alimentar convenientemente a la población árabe y suprimir el mercado negro, habría que importar 12 millones de toneladas, lo cual representa 240 barcos de 5.000 toneladas cada uno. En el estado en que nos dejó la guerra, todo el mundo comprenderá lo que tal cosa significa. Pero en la emergencia en que nos vemos, hay que comprender también que nada debe detenernos y que tenemos que pedir esos barcos al mundo entero, si es necesario. Cuando millones de hombres pasan hambre, semejante situación concierne a todos.

Sin embargo, aun haciendo eso, no lo habremos hecho todo, pues la gravedad de la cuestión argelina no estriba tan sólo en el hecho de que los árabes pasan hambre. Estriba en la convicción que ellos tienen de que su hambre es injusta. En efecto, no bastará con dar a Argelia los cereales que necesita, sino que además habrá que repartirlos equitativamente. Habría preferido no tener que escribir esto, pero lo cierto es que la distribución no es equitativa.

El lector tendrá una primera prueba de ello al enterarse de que en ese país el trigo, que es casi tan raro como el oro, se encuentra en el mercado negro. En casi todos los municipios que visité, siendo entonces el precio oficial de 450 francos el quintal, se consigue grano clandestino a precios que oscilan entre 7.000 y 16.000 francos el quintal *. Ese mercado negro está alimentado por el trigo sustraído a las requisiciones por colonos inconscientes o indígenas ricos.

Por lo demás, ni siquiera el grano que se entrega a los organismos colectores se distribuye equitativamente. La institución del *caidato*, tan nefasta, continúa dando pruebas de su modo de ser. Porque el *caid*, que es una especie de intendente de la administración francesa, a quien se le confían con demasiada frecuencia las distribuciones, las realiza de acuerdo con procedimientos muy personales. Las distribuciones que realiza la propia administración francesa, aunque insuficientes, son siempre honestas. Las que realizan los *caïdes* son siempre desiguales. Y las más veces inspiradas por el interés y favoritismo.

Por último, y es éste el punto más doloroso, en toda Argelia la ración asignada al indígena es inferior a la que se le asigna al europeo. Es ésta una injusticia de principio, puesto que el francés tiene derecho a 300 gramos por

* Para que el lector se haga una idea, el trigo pagado a 10.000 francos el quintal hace que el kilo de pan valga alrededor de 120 francos. El jornal medio del obrero árabe es de 60 francos.

día y el árabe sólo a 250 gramos. Y la diferencia es mayor aún en los hechos, puesto que, como ya dijimos, el árabe recibe de 100 a 150 gramos.

Esta población, animada por un sentido tan seguro y tan instintivo de la justicia, aceptaría tal vez la diferencia de principio. Pero no admite (y me lo ha recalcado siempre) que de las raciones dispuestas, que ya son restringidas, sólo la de los árabes se vea reducida aún más. Un pueblo que no escatima su sangre en las circunstancias actuales tiene motivos para pensar que no debe escatimársele el pan.

A esta desigualdad de trato se agregan otras que contribuyen a crear un malestar político del que me ocuparé en los próximos artículos. Pero, en el problema económico que me interesa aquí, esa desigualdad envenena aún más una situación ya bastante grave por sí misma y agrega a los sufrimientos de los indígenas una amargura que podía evitarse.

Calmar el hambre más cruel y curar esos corazones exasperados es la tarea que se nos impone hoy. Unos centenares de barcos cargados de cereales y dos o tres medidas de rigurosa igualdad, es lo que nos piden urgentemente millones de hombres a quienes acaso ahora crea el lector que es menester comprender antes de juzgar.

El malestar político

Por graves y urgentes que sean las penurias económicas que padece el África del Norte, por sí solas no explican la crisis política argelina. Si hablamos primero de ellas lo hicimos porque el hambre prima ante todo. Pero en verdad el malestar político es anterior al hambre. Y cuando hayamos hecho lo que es menester para alimentar a la población argelina, todavía nos quedará todo por hacer. Es una manera de decir que nos faltará elaborar por fin una política.

No tengo la pretensión de definir en dos o tres artículos una política norafricana. Nadie me lo agradecería y la verdad no ganaría nada con ello. Pero la política argelina está deformada hasta tal punto por los prejuicios y la ignorancia que ya es hacer mucho por ella presentarla en un cuadro objetivo, fundado en una información verificada. Pintar ese cuadro es lo que me propongo.

En un diario de la mañana leí que el 80 por 100 de los árabes desearía convertirse en ciudadanos franceses. Yo resumiría, en cambio, el estado actual de la política argelina, diciendo que antes, en efecto, lo deseaban pero que ahora ya no lo desean. Cuando se ha vivido largo tiempo de una esperanza, y esa esperanza quedó desmentida, uno se aparta de ella y hasta deja de desear. Eso es

lo que ocurrió con los indígenas argelinos. Y nosotros somos los primeros responsables.

Desde la conquista, no es posible decir que la doctrina francesa colonial en Argelia se haya mostrado muy coherente. Ahorraré al lector la historia de sus fluctuaciones, que fueron desde la noción del reino árabe, cara al Segundo Imperio, hasta la de la asimilación. En teoría terminó por triunfar esta última idea. Desde hace unos cincuenta años, la meta declarada que Francia tenía en el África del Norte era otorgar progresivamente la ciudadanía francesa a todos los árabes. Digamos en seguida que esto no pasó de teoría. La política de asimilación chocó en la propia Argelia, y principalmente por parte de los grandes colonos, con una hostilidad jamás desmentida.

Existe todo un conjunto de argumentos, algunos de apariencia convincente, que hasta ahora bastó para inmovilizar a Argelia en el estado político en que la hemos encontrado. No me propongo discutir aquí esos argumentos. Pero es posible decir que en esta cuestión, como en otras, un día hay que decidirse a elegir. Francia debería haber dicho claramente si consideraba a Argelia como una tierra conquistada cuyos súbditos, privados de todos los derechos y cargados con algunos deberes suplementarios, debían vivir sujetos a nuestra dependencia absoluta, o si atribuía a sus principios democráticos un valor lo bastante universal para extenderlos a las poblaciones de que se había hecho cargo.

Francia, para honra suya, eligió. Pero, habiendo elegido, y para que las palabras tuvieran sentido, había que recorrer la senda hasta el fin. Intereses particulares se opusieron a esta empresa y procuraron detener la historia. Pero la historia está siempre en movimiento y los pueblos evolucionan al mismo tiempo que ella. Ninguna situación histórica es definitiva, de manera que si no queremos adoptar el ritmo de sus variaciones, tendremos que resignarnos a que nos deje de lado. Por haber ignorado estas verdades elementales, la polí-

tica francesa en Argelia lleva veinte años de retraso respecto de la situación real. Un ejemplo lo hará comprender.

En 1936, el proyecto Blum-Viollette marcó el primer paso, después de diecisiete años de estancamiento, hacia la política de asimilación. No tenía nada de revolucionario. Confería los derechos civiles y la posibilidad de votar a unos 60.000 musulmanes. Ese proyecto, relativamente modesto, despertó grandes esperanzas entre la población árabe. La casi totalidad de esas masas, reunidas en el congreso argelino, manifestaba entonces su acuerdo. Los grandes colonos, agrupados en las delegaciones financieras y en la Asociación de Alcaldes de Argelia, lanzaron una contraofensiva tal que el proyecto ni llegó a presentarse a las cámaras.

Esa gran esperanza defraudada engendró naturalmente un desafecto radical. Hoy, el gobierno francés propone a Argelia la ordenanza del 7 de marzo de 1944, cuyas disposiciones electorales reproducen más o menos el proyecto Blum-Viollette.

Si se aplicara realmente esta ordenanza, conferiría el derecho de voto a unos 80.000 musulmanes. Asimismo acuerda la supresión del estatuto jurídico excepcional de los árabes, supresión por la que los demócratas del África del Norte lucharon durante años. El árabe no estaba, en efecto, sometido al mismo código penal que los franceses ni a los mismos tribunales. Jurisdicciones excepcionales, más severas y más expeditivas, lo mantenían en una sujeción constante. La ordenanza suprimió semejante abuso. Y esto es ya un gran bien.

Pero la opinión árabe, que se vio defraudada, se mantiene en un estado de desconfianza y reserva, a pesar de todo lo bueno del proyecto. Y es que la historia no dejó de marchar. Sufrimos la derrota y se perdió el prestigio francés. Se produjo el desembarco de 1942, que puso a los árabes en contacto con otros países y les permitió ha-

cer comparaciones. Está, por fin, la Federación Panárabe, de la que no puede ignorarse que constituye una seducción perpetua para las poblaciones norafricanas. Está, por fin, la miseria, que acrecienta los rencores. Todas estas circunstancias hacen que un proyecto que habría sido acogido con entusiasmo en 1936, y que habría resuelto entonces la situación, no encuentre hoy sino desconfianza. Todavía estamos en retraso.

Generalmente los pueblos aspiran a los derechos políticos, para comenzar y rematar sus conquistas sociales. Si el pueblo árabe quería votar, lo deseaba porque sabía que, de esta manera, podría llegar a hacer, mediante el libre ejercicio de la democracia, que desaparecieran las injusticias que envenenan el clima político de Argelia. Sabía que haría desaparecer la desigualdad de los salarios y de las pensiones, la de aquellas más escandalosas, las pensiones y asignaciones militares. Y, en general, todo lo que mantiene en una situación inferior. Pero ese pueblo parece haber perdido su fe en la democracia, de la que le han presentado una caricatura. Espera alcanzar de otra manera una meta que nunca cambió y que es mejorar su condición.

Por eso, la opinión árabe, si he de creer en el resultado de mis indagaciones, es, en su mayor parte, indiferente u hostil a la política de asimilación. Nunca lo lamentaremos lo bastante. Pero, antes de decidir lo que convenga hacer para mejorar esta situación, se impone definir claramente el clima político actual de Argelia.

A los árabes se les abrieron ahora muchos horizontes y, como ocurre constantemente que en la historia de los pueblos cada una de las aspiraciones encuentra su expresión política, la opinión musulmana actual se agrupó alrededor de una personalidad notable, Ferhat Abbas y su partido, los Amigos del Manifiesto. En mi próximo artículo hablaré de este importante movimiento, el más original y el más significativo que se haya manifestado en Argelia desde los comienzos de la conquista.

El partido del Manifiesto

Dije en mi último artículo que una gran parte de los indígenas norafricanos, desesperando del éxito de la política de asimilación, pero no conquistados aún por el nacionalismo puro, se habían vuelto hacia un nuevo partido, los Amigos del Manifiesto. Me parece, pues, útil dar a conocer a los franceses ese partido, al cual, ya se lo considere hostil, ya se lo considere favorable, es menester tener en cuenta.

El presidente de ese movimiento es Ferhat Abbas, natural de Sétif, licenciado en farmacia, y que, antes de la guerra, era uno de los partidarios más resueltos de la política de asimilación. En esa época dirigía un periódico, *L'Entente*, que defendía el proyecto Blum-Viollette, y que pedía que por fin se instaurara en Argelia una política democrática, en la que el árabe encontrara derechos equivalentes a sus deberes.

Hoy, Ferhat Abbas, como muchos de sus correligionarios, vuelve las espaldas a la asimilación. Su diario, *Egalité*, cuyo redactor jefe, Aziz Kessus, es un socialista, antiguo partidario él también de la asimilación, reclama el reconocimiento de una nación * argelina, ligada a Francia por los lazos del federalismo. Ferhat Abbas tiene unos cincuenta años. Es incuestionablemente un producto de

* Ferhat Abbas hablaba exactamente de una república argelina.

la cultura francesa. Su primer libro llevaba como epígrafe una cita de Pascal. Y esto no se debe a una casualidad. Es, en realidad, un espíritu pascaliano, en virtud de una mezcla bastante lograda de lógica y de pasión. Una fórmula como esta: «Francia será libre y fuerte con nuestras libertades y nuestra fuerza», está dentro del estilo francés. Ferhat Abbas la debe a nuestra cultura y tiene conciencia de ello. Esto se advierte hasta en su sentido del humor, que no lleva la misma marca, cuando publica en grandes caracteres, en *Egalité*, este anuncio por palabras: «Cambiamos a 100 señores feudales de todas las razas, por 100.000 maestros y técnicos franceses».

Este espíritu cultivado e independiente siguió la evolución que experimentó su pueblo y tradujo ese conjunto de aspiraciones en su Manifiesto publicado el 10 de febrero de 1943, que el general Catroux aceptó como base de discusión.

¿Qué dice el Manifiesto? Tomado aisladamente, en verdad el texto se limita a criticar con precisión la política francesa en África del Norte y a afirmar un principio. Este principio comprueba el fracaso de la política de asimilación y la necesidad de reconocer una nación argelina, ligada a Francia, pero dotada de caracteres propios. «La política de asimilación», dice el Manifiesto, «se muestra hoy, ante los ojos de todos, como una *realidad inaccesible* (el subrayado es mío) y como una peligrosa maquinaria, puesta al servicio de la colonización.» Apoyado en ese principio, el Manifiesto exige para Argelia una Constitución propia, que asegure a los argelinos todos los derechos democráticos, y una representación parlamentaria personal. Un texto complementario del Manifiesto, aparecido el 26 de mayo de 1943, y dos textos más recientes, aparecidos en abril y mayo de 1945, precisaron aún más este punto de vista. Pedían, al terminar las hostilidades, el reconocimiento de un Estado argelino, con una Constitución propia,

elaborada por una asamblea constituyente que sería elegida mediante el sufragio universal de todos los habitantes de Argelia.

De esta manera, el gobierno general dejaría de ser entonces una administración para convertirse en un verdadero gobierno, en el que los cargos serían distribuidos igualmente entre ministros franceses y ministros árabes.

En cuanto a la asamblea, los Amigos del Manifiesto tenían conciencia de la hostilidad que habría encontrado en Francia la idea de una representación exactamente proporcional, puesto que estando Argelia habitada por ocho árabes por cada francés, la asamblea sería en verdad un parlamento árabe. Por consiguiente, aceptaban que su constitución fuera de un 50 por 100 de candidatos musulmanes y un 50 por 100 de candidatos europeos. Deseosos de no herir la susceptibilidad francesa, admitían que las atribuciones de la asamblea se referirían sólo a cuestiones administrativas, sociales, financieras y económicas, en tanto que el poder central de París se ocuparía de todos los problemas de seguridad exterior, de organización militar y de diplomacia. Desde luego que esta tesis fundamental está acompañada de reivindicaciones sociales, tendentes todas a introducir la democracia más completa en la política árabe. Pero creo haber dicho ya lo esencial sin traicionar el pensamiento de los Amigos del Manifiesto.

En todo caso, una gran parte de la opinión musulmana se reunió alrededor de estas ideas y de quien las representa. Ferhat Abbas agrupó a hombres y movimientos muy diferentes, como la secta de los ulemas intelectuales musulmanes que predicán una reforma racionalista del Islam y que hasta ahora eran partidarios de la asimilación y también a socialistas militantes. Es asimismo evidente que elementos del partido popular argelino, partido nacionalista árabe disuelto en 1936, pero que continúa realizando clandestinamente su propaganda en

pro del separatismo argelino, ingresaron en el movimiento de los Amigos del Manifiesto, que consideraban como una buena plataforma de acción.

Acaso hayan sido ellos ¡os que comprometieron a los Amigos del Manifiesto en los recientes disturbios. Pero sé, de fuente directa, que Ferhat Abbas posee un talante político demasiado avisado para haber aconsejado o deseado semejantes excesos, pues no podía ignorar que reforzarían en Argelia la política de la reacción. El hombre que escribió: «Ni un solo africano morirá por Hitler» dio, sobre este punto, garantías suficientes.

El lector podrá pensar lo que quiera del programa que acabo de exponer; pero cualesquiera que sean las opiniones, no puede ignorarse el hecho de que tal programa existe y que penetró profundamente en las aspiraciones políticas árabes.

Si la administración francesa había decidido no seguir al general Catroux en la aprobación de principio que éste dio al Manifiesto, podía advertir, de todos modos, que toda la construcción política del Manifiesto deriva su fuerza de que considera la asimilación como una «realidad inaccesible». En consecuencia, la administración podría acaso haber llegado a la conclusión de que bastaba hacer que esa realidad fuera accesible, para privar de toda argumentación a los Amigos del Manifiesto. Pero prefirió responder con la prisión y las represiones. Fue una estupidez pura y simple.

Conclusión

Agitada por un momento, ahora la opinión francesa se aparta de las cuestiones argelinas. Se aparta y, aprovechándose de ese amodorramiento, en diferentes diarios aparecen artículos que tienden a demostrar que la cosa no es tan grave, que la crisis política no es general, y que se debe solamente a la acción de algunos agitadores profesionales. Y no es que esos artículos se distingan por su documentación o su objetividad. Uno atribuye al presidente de los Amigos del Manifiesto, recientemente detenido, la paternidad del partido popular argelino, cuyo jefe es, desde hace muchos años, Messali Hadj, también arrestado. Otro hace cíe los ulemas una organización política de corte nacionalista, cuando se trata de una cofradía reformista que fue partidaria de la política de asimilación hasta 1938.

Nadie tiene nada que ganar con estos artículos presurosos y mal informados, ni tampoco con otros estudios aparecidos en otras partes. Es cierto que la matanza argelina no puede explicarse sin la presencia de agitadores profesionales. Pero no es menos cierto que tales agitadores no habrían tenido campo de acción apreciable si no hubieran podido valerse de una crisis política, frente a la cual es vano y peligroso cerrar los ojos.

Esa crisis política, que dura desde hace tantos años, no ha desaparecido como por ensalmo. Por el contrario,

se ha agudizado y todas las informaciones que llegan de Argelia permiten pensar que hoy ha cuajado en una atmósfera de odio y desconfianza que nada puede mejorar. Las matanzas de Guelma y Sétif provocaron en los franceses de Argelia un resentimiento profundo e indignado. La represión que siguió suscitó en las masas árabes un sentimiento de temor y hostilidad. En semejante clima una acción política que fuera a la vez firme y democrática ve disminuir sus posibilidades de éxito.

Pero no es ésta una razón para desesperar de todo. El Ministerio de Economía Nacional ha encarado medidas de abastecimiento de víveres que, si continúan, bastarán para superar una situación económica desastrosa. Sólo que el gobierno debe mantener y extender la ordenanza del 7 de marzo de 1944, y dar también a las masas árabes la garantía de que ningún resentimiento se opondrá a su deseo de llevar a Argelia el régimen democrático de que gozan los franceses. Pero no son discursos lo que hay que llevar a Argelia, sino realizaciones. Si queremos salvar el África del Norte, debemos mostrar a la faz del mundo nuestra resolución de dar a conocer a Francia por sus mejores leyes y sus hombres más justos. Debemos mostrar esa resolución y, cualesquiera que sean las circunstancias o las campañas de prensa, atenernos a ella. Persuadámonos de que en África del Norte, como en otras partes, sin que se salve la justicia, no es posible que se salve nada francés.

Ya sabemos que este modo de hablar no satisfará a todo el mundo; no se vencen tan fácilmente los prejuicios y las obcecaciones. Pero nosotros continuamos pensando que nuestro lenguaje es razonable y moderado. Hoy el mundo exuda odio por todas partes. Por todas partes la violencia y la fuerza, las matanzas y los clamores oscurecen un aire que creíamos liberado de su veneno más terrible. Todo lo que podemos hacer por la verdad francesa y humana, debemos hacerlo contra el odio. A toda costa se impone apaciguar a esos pueblos desgarrados.

dos y atormentados por sufrimientos demasiado largos. Tratemos, por lo menos, de no agregar, por nuestra parte, nada a los rencores argelinos. Es la fuerza infinita de la justicia, y sólo ella, ía que nos ha de ayudar a reconquistar a Argelia y a sus habitantes.

Carta un militante argelino►*

* El señor Aziz Kessus, socialista argelino, ex miembro del partido del Manifiesto, se había propuesto publicar, después de haber estallado la rebelión, un periódico, *Communauté algérienne*, que, superando el doble fanatismo de que es víctima hoy Argelia, pudiera ayudar a la constitución de una comunidad verdaderamente libre. Esta carta se publicó en el primer número del diario, el 1 de octubre de 1955.

Mi estimado Kessus:

Al volver de mis vacaciones encontré sus cartas y temo que mi aprobación le llegue muy retrasada. Sin embargo, siento la necesidad de dársela. Porque habrá usted de creerme, si le digo que hoy sufro de Argelia como otros sufren de los pulmones. Y desde el 20 de agosto, estoy a punto de desesperar.

Suponer que los franceses de Argelia puedan olvidar ahora las matanzas de Philippeville y de otras partes significa no conocer el corazón humano. Suponer, inversamente, que la represión, una vez desencadenada, pueda suscitar en las masas árabes confianza y estimación hacia Francia es otra locura. Nos vemos, pues, vueltos los unos contra los otros, condenados a hacernos inexplicablemente el mayor daño posible. Esta idea me es insoportable y envenena todos mis días.

Y sin embargo, usted y yo, que nos parecemos tanto, por tener la misma cultura, por compartir la misma esperanza, por ser fraternales desde hace tanto tiempo, unidos en el amor que profesamos a nuestra tierra, sabemos que no somos enemigos y que podríamos vivir dichosamente juntos en esa tierra que es la nuestra. Porque, en efecto, es nuestra tierra y así como no puedo imaginár-

mêla sin usted y sus hermanos, tampoco usted puede separarla de mí y de aquellos que se me parecen.

Usted lo dijo muy bien, mejor de lo que pudiera decirlo yo: estamos condenado a vivir juntos. Los franceses de Argelia, y aquí le agradezco que haya recordado que no todos ellos son propietarios sedientos de sangre, se encuentran en Argelia desde hace más de un siglo y son más de un millón. Esto sólo basta para diferenciar el problema de un argelino de los problemas planteados en Túnez y en Marruecos, donde el establecimiento de los franceses es relativamente débil y reciente. En Argelia no puede eliminarse el «hecho francés» y es pueril el sueño de una súbita desaparición de Francia. Pero, inversamente, no hay razón tampoco para que 9.000.000 de árabes vivan en su tierra como hombres olvidados; el sueño de una masa árabe anulada para siempre, silenciosa y sojuzgada, es también un sueño delirante. Los franceses están atados a la tierra de Argelia por raíces demasiado antiguas y demasiado vivas para que sea posible desarraigarnos, pero esa circunstancia no les da derecho, a mi juicio, a cortar las raíces de la cultura y de la vida árabes. Durante toda mi vida defendí (y, usted lo sabe, eso me costó el verme desterrado de mi país) la idea de que teníamos necesidad de vastas y profundas reformas. No se me ha creído y la gente continuó soñando el sueño de la potencia que se cree eterna y olvida que la historia continúa su marcha; de suerte que hoy esas reformas son más necesarias que nunca. Las que usted indica representan, de todos modos, un primer esfuerzo, indispensable, que debe realizarse sin tardanza, con la única condición de que no se lo haga imposible, anegándolo de antemano en sangre francesa o en sangre árabe.

Bien sé que decir esto hoy significa colocarse en la *no man's land* entre dos ejércitos y predicar, en medio de las balas, que la guerra es un absurdo, y que la sangre, si a veces hace marchar la historia, la hace marchar hacia una barbarie mayor y una miseria mayor. Aquel que, con todo su corazón y con todo su dolor, se atreve a procla-

mar esto, ¿qué puede esperar como respuesta, sino las risas y el estrépito multiplicado de las armas? Y sin embargo, hay que proclamarlo y, puesto que usted se propone hacerlo, no puedo dejar que emprenda esta acción loca y necesaria sin expresarle mi fraternal solidaridad.

Sí, lo esencial es hacer que haya todavía lugar, por restringido que sea, para el diálogo. Lo esencial es mantener la distensión, por ligera y fugitiva que sea. Y para ello es necesario que cada uno de nosotros predique a los suyos el apaciguamiento. Las matanzas inexcusables de civiles franceses acarrearán otras destrucciones igualmente estúpidas, perpetradas en las personas y en los bienes del pueblo árabe. Parecería que unos locos, inflamados de furor, conscientes del maridaje forzado del que no pueden librarse, hubieran decidido darse un abrazo mortal. Obligados a vivir juntos e incapaces de unirse, deciden por lo menos morir juntos. Y cada cual, reforzando con sus excesos las razones y los excesos del otro, determina que la tempestad de muerte que estalló en nuestro país no haga sino crecer hasta alcanzar la destrucción total. En esta pugna incesante sólo el incendio progresa y mañana Argelia será una tierra de ruinas y muertes que ninguna fuerza, ninguna potencia del mundo, podrá hacer recuperarse en este siglo.

Es menester hacer que cese esta pugna. Y ése es nuestro deber. El de los árabes y el de los franceses, que no queremos dejar de estrecharnos las manos. Nosotros, los franceses, debemos luchar por impedir que la represión se haga colectiva; para que la ley francesa conserve un sentido generoso y claro en nuestro país, para recordar a los nuestros sus errores y las obligaciones de una gran nación que no puede, sin relajarse, responder a una matanza xenófoba desencadenando otra igual; para activar, por fin, el advenimiento de las reformas necesarias y decisivas, que habrán de orientar a la comunidad franco-árabe de Argelia por el camino del futuro. Los árabes, a su vez, deben mostrar incansablemente a los suyos que el terrorismo, cuando se trata de dar muerte a la población

civil, además de hacer dudar con motivo de la madurez política de los hombres capaces de tales actos, hace que cobren mayor fuerza los elementos antiárabes, valoriza sus argumentaciones y cierra la boca de la opinión liberal francesa, que podría encontrar y hacer adoptar la solución de conciliación.

Se me responderá, como se le responderá a usted, que ya ha pasado el momento de la conciliación. Que ahora se trata de hacer la guerra y de ganarla. Pero usted y yo sabemos que esa guerra no tendrá vencedores reales y que, después de ella, como antes, tendremos aún, y siempre, que vivir juntos en la misma tierra. Sabemos que nuestros destinos están ligados hasta tal punto que toda acción de una parte suscita la respuesta de la otra, que el crimen engendra el crimen, que la locura responde a la demencia y que, por fin y sobre todo, la abstención de una parte provoca la esterilidad de la otra. Si los demócratas árabes fracasan en su misión de apaciguamiento, la nuestra, la de los liberales franceses, estará condenada de antemano al fracaso. Y si vacilamos frente a nuestro deber, el viento y las llamas de una guerra implacable se llevarán las palabras de los árabes.

Por eso lo que usted quiere hacer, mi querido Kessus, me encuentra tan solidario. Le deseo, nos deseo, buena suerte. Quiero creer, con todas mis fuerzas, que la paz renacerá en nuestros campos, en nuestras montañas, en nuestras riberas, y que entonces, por fin, árabes y franceses, reconciliados en la libertad y la justicia, realizarán el esfuerzo de olvidar la sangre que hoy los separa. Ese día nosotros, que juntos estamos desterrados en el odio y la desesperación, volveremos a encontrar juntos una patria.

Argelia desgarrada'

* Esta serie de artículos se publicó en *L'Express* de octubre de 1955 a enero de 1956. Vuelve a tomar y resume los argumentos y la posición que expuse en el mismo diario, de julio de 1955 a febrero de 1956.

La ausente

Hay mucha gente en el Palais Bourbon desde hace tres días. Una sola ausente: Argelia. Los diputados franceses, llamados a pronunciarse sobre una política argelina, tardaron cinco sesiones para no pronunciarse sobre tres órdenes del día. En cuanto al gobierno, se mostró primero ferozmente determinado a no definirse antes de que la asamblea se hubiera pronunciado. Luego, con no menos resolución, se decidió a pedir, para su falta de política, la confianza de una cámara que busca en el diccionario el sentido de las palabras de las que se sirve. Como se ve, Francia continúa viviendo pero, detrás de ella, Argelia muere.

No quisiera abrumar a hombres que se debaten con nuestras instituciones como Gilliatt con el viscoso pulpo. Pero no es ésta la hora de la indulgencia. El orden del día para Argelia es la sangre. Las tres votaciones de la asamblea van a pagarse con nuevas muertes. A las charlas responde el aullido solitario de los degollados. Al manejo del diccionario, el de las armas.

Pero, ¿quién piensa en el drama de los llamados a filas, en la soledad de los franceses de Argelia, en la angustia del pueblo árabe? Argelia no es Francia, no es ni siquiera Argelia, es esa tierra ignorada, perdida a lo lejos, con sus indígenas incomprensibles, sus soldados molestos y sus franceses exóticos, en medio de una bruma de

sangre. Ella es la ausente cuyo recuerdo y abandono desgarran el corazón de algunos, y de la que otros quieren hablar, es cierto, pero con la condición de que Argelia se calle.

¿No sirven para nada, pues, las lecciones más recientes? Las soluciones que podían encararse antes del 20 de agosto ya no son factibles. Las elecciones necesarias y posibles en ese momento no pueden imaginarse sin un cese de las hostilidades. El abismo que hay entre las dos poblaciones se acentúa. Los extremistas encarnizados se lanzan a una pugna de destrucciones. Sólo una política firme, claramente definida por el gobierno e inmediatamente realizada, podría evitar lo peor. ¡Pero no! La oposición, llevada por un mismo impulso, abruma al gobierno y felicita al funcionario que ejecuta las órdenes de ese mismo gobierno. De esta manera, la moderación impotente no hace sino servir a los extremistas. Y nuestra historia continúa siendo ese diálogo demente entre paráliticos y epilépticos.

Queda, sin embargo, una posibilidad. Estriba en una libre confrontación, verificada en el curso de un encuentro decisivo, de las fuerzas presentes. Únicamente esa franca explicación podría derribar algunas de las barreras que separan a los franceses de Argelia tanto de los árabes como de los metropolitanos. Y si el diccionario y los órdenes del día impiden a nuestra clase política decidirse a ella, preparémosla, por lo menos, en la medida en que sea posible. Por mi parte quisiera contribuir a ello en los próximos días por grande que sea la dificultad de definir hoy una posición justa para todos. Pero qué importa, después de todo, que las palabras falten o tropiecen, si aunque sea fugazmente consiguen traer en medio de nosotros a esa Argelia desterrada, y colocarla, con sus llagas, en un orden del día del que por fin no hayamos de avergonzarnos.

La mesa redonda

No se resuelven los problemas políticos con la psicología. Pero sin ella es seguro que se complicarán. En Argelia la sangre basta para separar a los hombres; no agreguemos a esto la tontería y el ofuscamiento. Los franceses de Argelia no son todos brutos sedientos de sangre, ni todos los árabes asesinos dementes. La metrópoli no está poblada tan sólo de gente que abdica ni de oficiales generales nostálgicos. Del mismo modo, Argelia no es Francia, como la gente se obstina en decir con soberbia ignorancia, pero es, sin embargo, la patria de más de un millón de franceses, como se tiene demasiada tendencia, por otro lado, a olvidar. Estas simplificaciones no hacen sino complicar el problema. Además, se justifican recíprocamente y sólo coinciden en sus consecuencias, que son mortales. Demuestran así, día a día, pero por el absurdo, que en Argelia franceses y árabes están condenados a vivir o a morir juntos.

Desde luego que, en el exceso de la desesperación, puede elegirse morir. Pero sería imperdonable lanzarse al agua para evitar una lluvia y morir a fuerza de querer sobrevivir. Por eso la idea de una mesa redonda en la que se encontrarán en frío los representantes de todas las tendencias, desde los partidarios de la colonización hasta los nacionalistas árabes, me sigue pareciendo válida. No es bueno, en efecto, que los hombres vivan solos o en la

soledad de las facciones. No es bueno que queden demasiado tiempo frente a sus odios o a su humillación, ni siquiera frente a sus sueños. El mundo de hoy es el del enemigo invisible; el combate es abstracto y por eso nada lo ilumina ni lo suaviza. Ver frente a sí al otro y escucharlo puede dar un sentido al combate y acaso también hacerlo vano. La hora de la mesa redonda será la hora de las responsabilidades.

Pero con la condición de que esta reunión se realice con lealtad y a la luz. En lo tocante a la lealtad, no está en nuestro poder asegurarla. Me guardaré, por principio, de confiarla a gobernantes. Pero un hecho cierto es que esa lealtad está hoy en sus manos y de ahí la inquietud de nuestros corazones. Será necesario que, por lo menos, esa mesa redonda no se utilice como un nuevo plan de regateos importantes, destinados a mantener en el poder a hombres que aparentemente eligieron el oficio de políticos por no tener política.

Queda la luz. Y por ella podemos hacer algo. Por eso trataré en algunos artículos las simplificaciones de que hablé, y expondré a cada cual las razones que sus adversarios le oponen. Pero la objetividad no es la neutralidad. El esfuerzo de comprensión no tiene sentido, sino cuando puede aclarar una toma de posición. Para terminar, yo mismo habré de tomar una posición. Y, una vez más, digámoslo en seguida, la tomaré contra la desesperanza, puesto que en Argelia hoy la desesperanza significa la guerra.

La buena conciencia

Nunca fue tan profundo como hoy el abismo que hay entre la metrópoli y los franceses de Argelia. Para hablar primero de la metrópoli, todo ocurre como si el justo enjuiciamiento a que por fin se sometió entre nosotros la política de colonización se extendiera a todos los franceses que viven allá. Al leer cierta prensa parecería realmente que Argelia está habitada por un millón de colonos de látigo y cigarro, que se trasladan en automóviles Cadillac.

Este cliché es peligroso. Englobar en un desprecio general o ignorar con desdén a un millón de nuestros compatriotas, aplastarlos sin distinción bajo los pecados de algunos, no puede sino trabar, en lugar de favorecer, la marcha hacia el progreso que se asegura desear. Porque, en efecto, esta actitud repercute naturalmente en la de los franceses de Argelia. En el momento actual, la opinión de la mayor parte de ellos, y ruego al lector metropolitano que aprecie la gravedad de esto, es la de que la Francia metropolitana los ha traicionado.

Trataré de mostrar de nuevo la exageración de semejante sentimiento hacia los franceses de Argelia. Pero ello no impide que exista y que los franceses de allá, unidos en una amarga sensación de soledad, no se separen sino para derivar hacia sueños de represión criminal o de espectacular abdicación. Ahora bien, aquello de que mayor

necesidad tenemos hoy en Argelia es una opinión liberal que pueda precipitar una solución antes de que todo el país quede anegado en sangre. Por lo menos esta circunstancia debería obligarnos a hacer las distinciones necesarias para establecer, con espíritu de justicia, las responsabilidades recíprocas de la colonia y de la metrópoli.

Esas distinciones son, después de todo, bien fáciles de hacer. El 80 por 100 de los franceses de Argelia no son colonos, sino asalariados o comerciantes. El nivel de vida de los asalariados, aunque superior al de los árabes, es inferior al de la metrópoli. Dos ejemplos lo mostrarán. El salario mínimo interprofesional garantizado tiene una tasa netamente más baja que el de las zonas más desfavorecidas de la metrópoli. Además, en materia de beneficios sociales, un padre de familia de tres hijos percibe más o menos 7.200 francos, siendo así que el de Francia percibe 19.000. He ahí a los beneficiarios de la colonización.

Y sin embargo, esas gentes modestas son las primeras víctimas de la situación actual. No son ellas las que aparecen en los anuncios por palabras de nuestra prensa para comprar o vender fincas provenzales o pisos parisienses. Han nacido allá, allá morirán y querrían tan sólo no vivir en medio del terror o la amenaza, ni ser asesinados en el fondo de sus minas. ¿Habría, pues, que exponer a esos franceses laboriosos, aislados en sus pueblos y aldeas, a la matanza para que expíen los inmensos pecados de la Francia colonizadora? Los que piensan así deben ante todo decirlo y, en seguida, a mi juicio, ir ellos mismos a ofrecerse como víctimas propiciatorias. Y sería fácil, pues si los franceses de Argelia tienen sus responsabilidades, los de Francia no deben olvidar las suyas.

¿Quién, en efecto, después de treinta años, hizo naufragar todos los proyectos de reforma, sino un parlamento elegido por los franceses? ¿Quién hacía oídos sordos a los gritos de la miseria árabe? ¿Quién permitió que la represión de 1945 ocurriera en medio de la indiferencia, sino la gran mayoría de la prensa francesa? ¿Quién, en suma, sino la propia Francia, esperó con repugnante bue-

na conciencia que Argelia sangrara para darse cuenta, por fin, de que Argelia existe?

Si los franceses de Argelia cultivaban sus prejuicios, ¿no lo hacían con la bendición de la metrópoli? Y el nivel de vida de los franceses, por insuficiente que fuera, ¿no habría sido menor sin la miseria de millones de árabes? Toda Francia engordó a expensas de esta hambre. Esa es la verdad. Los únicos inocentes son esos jóvenes que precisamente se envían al combate.

Los gobiernos sucesivos de la metrópoli, apoyados en la cómoda indiferencia de la prensa y de la opinión pública, secundados por la complacencia de los legisladores, son los primeros y los verdaderos responsables del desastre actual. En todo caso, son más culpables que esos centenares de miles de trabajadores franceses que sobreviven en Argelia con salarios de miseria, que tres veces en treinta años tomaron las armas para acudir en ayuda de la metrópoli, y que se ven recompensados hoy por el desprecio de los ayudados. Son más culpables que esas poblaciones judías acosadas desde hace años por el antisemitismo francés y la desconfianza árabe, y reducidas hoy, por la indiferencia de nuestra opinión, a pedir refugio a otro Estado que no es francés.

Reconozcamos, pues, de una vez que la culpa aquí es colectiva. Pero no lleguemos por ello a la idea de una expiación necesaria. En efecto, esa idea podría resultar repugnante en el instante mismo en que las costas de la expiación se dejaran a otros. Por lo demás, en política no se expía nada. Se repara y se hace justicia. A mi juicio, debe hacerse una grande, clamorosa reparación al pueblo árabe. Pero debe hacerla toda Francia, y no con la sangre de los franceses de Argelia. Que se lo anuncie en voz alta y ellos, lo sé bien, no negarán su colaboración, elevándose sobre sus prejuicios, para construir una Argelia nueva.

La verdadera abdicación

Ya he dicho que, en lo tocante al abismo que separa a Argelia de la metrópoli, ésta podía ayudar a superarlo renunciando a las simplificaciones demagógicas. Pero los franceses de Argelia pueden también ayudar sobreponiéndose a sus amarguras, así como a sus prejuicios.

Las acusaciones recíprocas o los enjuiciamientos odiosos no modifican nada de la realidad que nos atañe a todos. Quieras que no, los franceses de Argelia se hallan frente a una elección. Deben elegir entre una política de reconquista y una política de reformas. La primera significa la guerra y la represión generalizada. Mas la segunda, a juicio de ciertos franceses de Argelia, sería una abdicación; esta opinión no es sólo una simplificación, sino que se trata de un error que puede ser mortal.

Para una nación como Francia, hay ante todo una forma suprema de abdicación que se llama injusticia. En Argelia, esa abdicación precedió a la rebelión árabe y explica su nacimiento, si no justifica sus excesos.

Por otra parte, aprobar las reformas no es, como se dice odiosamente, aprobar la matanza de la población civil, que es siempre un crimen. Es, por el contrario, aplicarse a ahorrar el derramamiento de sangre inocente, ya árabe, ya francesa. Porque, en efecto, es ciertamente repugnante disimular las matanzas de los franceses para cargar el acento sólo en los excesos de la represión. Pero no se tie-

ne el derecho de condenar a los primeros sino cuando se condena, sin concesiones, a los segundos. Por lo menos en este punto, y justamente porque es el más doloroso, me parece que debería establecerse un acuerdo.

Por fin, y ése es el meollo del problema, negarse a las reformas constituye la verdadera abdicación. Reflejo de miedo, tanto como de indignación, esa actitud sólo muestra un apartarse de la realidad. Los franceses de Argelia saben mejor que nadie, en efecto, que la política de asimilación fracasó. Primero porque nunca se la emprendió verdaderamente, y luego porque el pueblo árabe conservó su personalidad, que no puede reducirse a la nuestra.

Esas dos personalidades, ligadas recíprocamente por la fuerza de las circunstancias, pueden elegir o bien asociarse o bien destruirse. De manera que en Argelia no se trata de elegir entre la abdicación o la reconquista, sino entre el matrimonio de conveniencia o el matrimonio mortal de dos xenofobias.

Al negarse a reconocer la personalidad árabe, la Argelia francesa iría contra sus propios intereses, pues el repudio de las reformas vendría tan sólo a favorecer, contra el pueblo árabe que tiene sus derechos y contra sus clarividentes militantes, que no niegan nuestros derechos, al Egipto feudal y a la España franquista, tan llenos de apetitos. Ésta sería la verdadera abdicación. Y no puedo creer que los franceses de Argelia, cuyo realismo conozco bien, no se den cuenta de la gravedad de la situación.

En lugar de acusar sin tregua a la metrópoli y sus debilidades, sería mejor ayudarla, pues, a definir una solución que tenga en cuenta las realidades argelinas. Esas realidades son, por una parte, la miseria y el desarraigo de los árabes; y por otra, el derecho a la seguridad de los franceses de Argelia. Si estos últimos quieren esperar que un plan elaborado entre dos visitas electorales por cuatro políticos muertos de aburrimiento se convierta en la cédula de su desgracia, pueden elegir la secesión moral.

Pero si quieren preservar lo esencial, construir una co-

munidad argelina que, en una Argelia pacífica y justa, haga avanzar a franceses y árabes por el camino del futuro, que vengan entonces a unirse a nosotros, que hablen y propongan con la confianza que da la verdadera fuerza. Que sepan, por fin, y quisiera gritarles esto con todo mi aliento, que no es Francia la que tiene en la mano el destino de ellos, sino la Argelia francesa la que decide hoy su propio destino y el de Francia.

Las razones del adversario

Antes de abordar, si no ya las soluciones del problema argelino, por lo menos el método que las haga posibles, tengo aún que dirigirme a los militantes árabes. También a ellos les pediré que no simplifiquen nada y que no hagan imposible el futuro argelino.

Sé que, en la posición en que me encuentro, lo que puedo decirles a esos militantes es menos alentador que los discursos que ellos están acostumbrados a oír. Si por lo demás fuera yo un combatiente árabe, y franceses quienes me aseguraran su apoyo incondicional, es cosa obvia que recibiría sin vacilaciones ese refuerzo. Pero francés de nacimiento y, desde 1940, por elección deliberada, continuaré siéndolo mientras otros se empeñen en ser alemanes o rusos; de manera que voy a hablar de acuerdo con lo que soy. Mi única esperanza estriba en que los militantes árabes que me lean quieran reflexionar por lo menos sobre los argumentos de un hombre que desde hace veinte años, y mucho antes de que París descubriera la causa de los árabes, defendió en tierra argelina, en casi absoluta soledad, el derecho de los árabes a la justicia.

Que establezcan, pues, primero y cuidadosamente la diferencia que hay entre los que sostienen la causa argelina porque desean, en esto como en otras cosas, la abdicación de su propio país, y aquellos que piden repara-

ción para el pueblo argelino porque quieren que Francia también sea grande por su justicia. Diré solamente que la amistad de los primeros probó ya su inconstancia. En cuanto a los segundos, que son y fueron más seguros, es preciso únicamente que sus difíciles esfuerzos no queden esterilizados por olas de sangre o por una intransigencia ciega.

Las matanzas de civiles deben ser condenadas por el movimiento árabe de la misma manera en que nosotros, los franceses liberales, condenamos las matanzas de la represión. De otra manera, las nociones relativas de inocencia y de culpabilidad que iluminan nuestra acción desaparecerían en la confusión del crimen generalizado, cuya lógica es la guerra total. Desde el 20 de agosto ya no hay inocentes en Argelia, salvo aquellos que mueren, sean quienes fueren. Aparte de ellos, no hay sino culpabilidades, cuya diferencia estriba en que la una es muy antigua, la otra muy reciente.

Tal es, sin duda, la ley de la historia. Cuando el oprimido toma las armas en nombre de la justicia, da un paso por el terreno de la injusticia. Pero puede avanzar más o menos y, si tal es la ley de la historia, en todo caso la ley del espíritu es aquella que, sin cesar de reclamar justicia para el oprimido, éste no pueda aprobarla, en su injusticia, más allá de ciertos límites. Las matanzas de civiles, además de excitar a las fuerzas de la opresión, van precisamente más allá de esos límites, y es urgente que todos lo reconozcan con claridad. Sobre este punto tengo una proposición que hacer, que concierne al futuro y de la que hablaré pronto.

Queda la intransigencia. Los militantes sagaces del movimiento norafricano, aquellos que saben que el futuro árabe está caracterizado por el rápido acceso de los pueblos musulmanes a condiciones de vida modernas, parecen a veces sobrepasados por un movimiento más ciego que, sin preocuparse de las necesidades materiales inmensas de masas que se multiplican todos los días, sueña con un panislamismo que se concibe mejor en las

imaginaciones de El Cairo que frente a las realidades de la historia. Ese sueño, respetable en sí mismo, está sin embargo privado de futuro inmediato. Por lo tanto es peligroso. Piénsese lo que se pensare de la civilización técnica, sólo ella, a pesar de sus defectos, puede dar una vida decente a los países subdesarrollados. Y el Oriente no se salvará físicamente por el Oriente, sino por el Occidente, que a su vez encontrará alimento en la civilización oriental. Los trabajadores tunecinos no se engañaron. Y por eso siguieron a Burguiba, con la U.G.T.T., y no a Salah ben Youssef.

Los franceses de quienes he hablado no pueden, en todo caso, sostener el ala —extremista en sus acciones, retrógrada en la doctrina— del movimiento árabe. No creen que Egipto tenga títulos para hablar de libertad y de justicia, o que España los tenga para predicar la democracia. Se pronuncian por la personalidad árabe en Argelia, no por la personalidad egipcia. Y no se convertirán en defensores de Nasser, apoyado por tanques de Stalin, ni de Franco, profeta del islamismo y del dólar. En suma, que no pueden ser los sepultureros de sus convicciones y de su país.

La personalidad francesa reconocerá a la personalidad árabe, pero para ello es menester que Francia exista. Por eso nosotros, que pedimos hoy el reconocimiento de esa personalidad árabe, continuamos siendo, al propio tiempo, los defensores de la verdadera personalidad francesa, la de un pueblo que, en su mayoría, y siendo el único entre todas las grandes naciones del mundo, tiene el valor de reconocer las razones del adversario que ahora lo combate a muerte. Semejante país, al que subleva llamar racista a causa de los actos de una minoría, ofrece hoy, a pesar de sus errores, pagados mientras tanto con demasiadas humillaciones, la mejor posibilidad de futuro al pueblo árabe.

Primero de noviembre

El futuro de Argelia no está aún completamente comprometido. Que cada parte haga el esfuerzo de examinar las razones del adversario y el entendimiento se hará por fin posible. En pro de ese acuerdo inevitable quisiera ahora definir sus condiciones y sus límites. Pero digamos, ante todo, en este aniversario, que sería del todo inútil intentar semejante esfuerzo si de antemano se lo hiciera imposible por un recrudecimiento de odio y de matanzas.

Si las dos poblaciones argelinas debieran, en efecto, lanzarse una contra otra en una especie de delirio xenófobo, e intentar destruirse mutuamente, ninguna palabra podría pacificar Argelia. Así como ninguna reforma podría levantarla de entre sus ruinas. Aquellos, cualquiera que sea su procedencia y cualesquiera que sean sus razones o su locura, que reclaman tales matanzas, invocan con sus votos su propia destrucción. Los ciegos que exigen la represión generalizada condenan a muerte a inocentes franceses. Y lo mismo hacen aquellos que, valientes, confían en las voces de lejanos micrófonos que incitan innoblemente al asesinato, pues preparan también la matanza de la población árabe.

Por lo menos en este punto la solidaridad franco-árabe es total y ya es hora de saberlo. Según lo que se quiera, habrá de traducirse en la espantosa fraternidad de

los muertos inútiles o en la solidaridad de los seres vivos, atados a la misma tarea. Pero nadie, muerto o vivo, podrá sustraerse a ese lazo.

Me parece entonces que nadie, ni francés ni árabe, debe desear entrar en la lógica sangrienta de una guerra total. Nadie, ni de un lado ni de otro, debería negarse a dar al conflicto los límites que le impidan degenerar. Propongo, pues, que las dos partes se comprometan simultánea y públicamente a respetar, cualesquiera que sean las circunstancias, a la población civil. Tal compromiso no modificaría por el momento ninguna situación. Tendería tan sólo a eliminar del conflicto su carácter inexpiable. Y a defender, en el futuro, vidas inocentes.

¿Cómo podría provocarse esta doble declaración? Por razones evidentes, sería deseable que Francia tomara la iniciativa. El gobernador general de Argelia o el propio gobierno francés podría tomar por su cuenta esa iniciativa, sin comprometer nada esencial. Pero también es posible que, en nombre de consideraciones puramente políticas, las dos partes deseen una intervención menos politizada. En tal caso, podrían tomar la iniciativa los jefes religiosos de las tres grandes comunidades de Argelia. Estos no tendrían que obtener ni negociar un acuerdo que estuviera más allá de su competencia, sino sencillamente suscitar sin el menor equívoco y sobre un punto concreto, una doble declaración que, sin vanas querellas sobre el pasado, se refiriera sólo al futuro.

No es afirmar demasiado que semejante compromiso facilitaría la búsqueda de una solución. Sin él no hay solución posible. La gran diferencia entre la guerra de destrucción y el simple divorcio armado está en que la primera no conduce sino a una destrucción aún mayor, en tanto que el segundo puede llevar a la reconciliación.

En lo tocante a tal reconciliación, el compromiso público que deseamos constituye una fase previa no suficiente, pero necesaria. Rechazarlo a priori significaría reconocer públicamente, primero que se estima en poco a

su propio pueblo y, segundo, que se apunta precisamente a una destrucción estéril e ilimitada. No veo, pues, cómo una de las partes pudiera negarse a dar una declaración de pura y sencilla humanidad, clara en su expresión, significativa en sus consecuencias. Cada una, en cambio, puede hacerla sin renunciar a ninguna de sus razones legítimas. Pero es cierto que nadie podrá sustraerse a ella sin revelar sus verdaderos designios, y entonces será posible tenerlos en cuenta.

Tregua para los civiles

No pasa día sin que el correo, la prensa y hasta el teléfono traigan terribles noticias de Argelia. Por todas partes resuenan los llamamientos y los gritos. Esta misma mañana recibí la carta de un maestro árabe cuya aldea vio cómo algunos de sus hombres eran fusilados sin juicio, y aquí tengo la queja de un amigo por esos obreros franceses, muertos y mutilados en los lugares mismos de su trabajo. ¡Y con esas cosas hay que vivir en este París de nieve y barro, donde cada día se hace más pesado!

¡Si por lo menos cesara cierto tipo de lucha! ¿Qué utilidad tiene blandir, unas contra otras, las víctimas del drama argelino? Todas son de la misma familia trágica, y hoy sus miembros se degüellan en plena noche, sin reconocerse, a tientas, en un revoltijo de ciegos.

Por lo demás, esa tragedia no hace llorar a todos. Vemos cómo muchos se entusiasman..., aunque de lejos. Pronuncian discursos, pero detrás de su aspecto grave lanzan siempre el mismo grito: «¡Vamos! Pegad aún más fuerte. Mirad qué cruel es éste. Sacádle, pues, los ojos». ¡Ay!, si en Argelia existen todavía hombres que van rezagados en esta carrera hacia la muerte y la venganza, pronto recobrarán velozmente el terreno perdido. Pronto Argelia estará poblada tan sólo por asesinos y víctimas. Pronto los muertos serán los únicos inocentes.

Sé que hay una prioridad de la violencia. La prolongada violencia colonial explica la de la rebelión. Pero esa justificación sólo puede aplicarse a la rebelión armada. ¿Cómo condenar los excesos de la represión si se ignoran o se callan los excesos de la rebelión? E inversamente, ¿cómo indignarse por las matanzas de prisioneros franceses, si aceptamos que se fusile a árabes sin juicio previo? Cada uno se ve autorizado, por el crimen del otro, a ir un poco más allá. Pero el término de esta lógica no es sino una interminable destrucción.

«Hay que decidirse por una parte», exclaman los que están repletos de odio. ¡Y yo elegí! Yo elegí a mi país, elegí a la Argelia de la justicia, en la que franceses y árabes habrán de asociarse libremente. Y deseo que los militantes árabes, para preservar la justicia de su causa, se decidan también a condenar las matanzas de civiles, así como los franceses, para salvar sus derechos y su futuro, deben condenar abiertamente las matanzas de la represión.

Cuando se demuestre que unos y otros son incapaces de tal esfuerzo y de la lucidez que les permitiría percibir sus intereses comunes, cuando se demuestre que Francia, apretada entre sus tragaperras y sus aparatos de eslóganes, es incapaz de definir una política realista y a la vez generosa, sólo entonces desesperaremos. Pero todavía no se ha demostrado tal cosa y por lo tanto debemos luchar hasta el fin contra los arrebatos del odio.

Por lo menos, hay que obrar rápidamente. Cada día que pasa, echa a perder un poco más a Argelia y condena a sus masas a años suplementarios de miseria. Cada muerte separa un poco más a las dos poblaciones; mañana ya no se enfrentarán desde uno y otro borde del abismo, sino por encima de una fosa común. Cualquiera que sea el gobierno que, dentro de algunas semanas, aborde el problema argelino, puede encontrarse entonces frente a una situación sin salida.

Corresponde, pues, a los propios franceses de Argelia tomar la iniciativa necesaria. Temen a París, bien lo sé, y

no siempre se equivocan. Pero, ¿qué hacen mientras tanto? ¿Qué proponen? Si no hacen nada, otros lo harán por ellos. ¿Y por qué lamentarse después? Me han dicho que algunos de los franceses de Argelia, iluminados por una repentina revelación, decidieron apoyar a Poujade. No quiero todavía creer en lo que sería lisa y llanamente un suicidio. Argelia tiene necesidad de un espíritu vivo, no de *slogans* periclitados. Argelia muere, envenenada por el odio y la injusticia. Podrá salvarse únicamente si neutraliza ese odio mediante una superabundancia de energía creadora.

Por eso se impone que nos dirijamos una vez más a los franceses de Argelia para decirles: «Sin dejar de defender vuestras casas y familias, tened la fuerza suplementaria de reconocer lo que hay de justo en la causa de los adversarios y de condenar lo que hay de injusto en la represión misma. ¡Sed los primeros en proponer lo que puede salvar a Argelia y establecer una leal colaboración entre los hijos diferentes de una misma tierra!» A los militantes árabes habría que hablarles con el mismo lenguaje. En medio mismo de la lucha que ellos sostienen por su causa, que desapruében por fin el asesinato de inocentes y que también ellos propongan su plan para el futuro.

A todos hay que gritarles que dispongan una tregua. Que haya tregua hasta que llegue el momento de las soluciones. ¡Tregua en la matanza de los civiles de una y otra parte! Mientras el acusador no dé el ejemplo, todas las acusaciones son vanas. ¡Amigos franceses y árabes, no dejéis sin respuesta uno de los últimos llamamientos para que se establezca una Argelia verdaderamente libre y pacífica, pronto rica y creadora! No hay otra solución. No hay otra solución sino la que proponemos. Fuera de ella no hay sino muerte y destrucción. Sé que, en todas partes, hombres de valor, árabes, franceses, se agrupan. Unios a ellos, ayudadlos con todas vuestras fuerzas. Ellos representan la única, la última esperanza de Argelia.

El partido de la tregua

Se acerca el momento en que el problema argelino va a exigir una solución. Pero mientras tanto no se ve que esa solución se aproxime. Nadie aparentemente tiene un plan que contemple la realidad. Se discute sobre el procedimiento y los medios. En cuanto al fin, todo el mundo parece ignorarlo.

Me han dicho que una parte del movimiento árabe propone una forma de independencia que significaría, tarde o temprano, la expulsión de los franceses de Argelia. Ahora bien, por su número y la antigüedad de su radicación, esos franceses constituyen ellos también un pueblo, que no puede disponer de nadie, pero del cual no puede disponerse tampoco sin su consentimiento.

Por otra parte, los elementos fanáticos de la colonización rompen los vidrios, al grito de: «Represión», y proponen reformas mal definidas para después de la victoria. Eso significa prácticamente la supresión, por lo menos moral, de una población árabe cuya personalidad y derechos no pueden negarse.

Esas son doctrinas de guerra total. Ni en un caso ni en el otro puede hablarse de una solución constructiva. Creo en cambio más fecunda la declaración aprobada ayer por el congreso socialista, según la cual no puede haber en Argelia negociación unilateral. Las dos palabras son, en efecto, contradictorias. Para que haya negocia-

ción, es preciso que cada parte tenga en cuenta los derechos de la otra y conceda algo, con miras a lograr el apaciguamiento.

Dos elementos hacen difícil la negociación. Primero, la falta de una estructura política argelina, que la colonización suprimió, siendo así que los protectorados respetaban, por lo menos ficticiamente, al Estado tunecino y al Estado marroquí. La segunda dificultad reside en la falta de doctrina francesa, como consecuencia de nuestra inestabilidad política. En esta lucha, en la que sólo se oponen las pasiones, nadie puede definirse en relación con la doctrina del adversario. De manera que sólo se expresan las violencias.

No podemos rehacer en un día una estructura política en Argelia: es éste precisamente el problema que hay que resolver. Pero el gobierno francés, para fijar su doctrina, podría al propio tiempo reconocer la necesidad de una negociación con interlocutores regularmente elegidos, y trazar con claridad los límites de lo que puede y de lo que no puede aceptar. Uno de esos límites parece hoy evidente. Puede simbolizarse así: *sí*, a la personalidad árabe de Argelia; *no*, a la personalidad egipcia. Por lo demás, no se encontrará a la mayoría de los franceses dispuesta a aceptar, en el momento en que su país se tambalea, que se apoye esta extraña coalición que reúne contra nosotros a Madrid, Budapest y El Cairo. Sobre este punto, el *no* debe ser terminante. Pero ese *no* será tanto más fuerte cuanto más firme sea el compromiso de hacer justicia al pueblo árabe, y de llegar a un acuerdo libremente establecido con él.

Esto no puede llevarse a cabo sin que se verifique una profunda evolución en la opinión francesa argelina. Las bodas sangrientas del terrorismo y de la represión no ayudarán a ello. Tampoco lo harán las luchas odiosas y demagógicas, vengan de donde vengan. Pero es necesario

que se reúnan, en cambio, los que todavía son capaces de un diálogo. Los franceses que, en Argelia, piensan que pueden coexistir la presencia francesa y la presencia árabe en un régimen de libre asociación, que creen que esa coexistencia hará justicia a todas las comunidades argelinas sin excepción, y que, en todo caso, están seguros de que únicamente esa coexistencia puede salvar hoy de la muerte y mañana de la miseria al pueblo de Argelia, esos franceses, pues, deben asumir por fin su responsabilidad y predicar el apaciguamiento, para que el diálogo sea otra vez posible. Su primer deber consiste en pedir con todas sus fuerzas que se instaure una tregua, en lo tocante a los civiles.

Una vez obtenida la tregua, puede seguir el resto. Pues la asociación de las personas en Argelia no es solamente necesaria. Es posible. Una justicia clara y fuerte, la unión de las diferencias, la marcha confiada hacia un futuro ejemplar, ese debería ser el programa de todos, el de árabes y franceses. El partido de la tregua vendría a ser entonces la propia Argelia. Sepamos, por lo menos que los riesgos de esta aventura son mortales. Yo la considero como una de esas crisis que, con motivo de la guerra de España y de la derrota de 1940, transformaron y orientaron a los hombres de mi generación y les obligaron a medir la decadencia de las fórmulas políticas de las que vivían. Si, por un exceso de mala suerte, la coalición inconsciente de dos ofuscamientos determinara, en un sentido o en otro, la muerte de Argelia que prevemos, tendríamos entonces, frente a la comprobación de nuestra impotencia, que llevar a cabo una revisión total de nuestros compromisos y de nuestras doctrinas en una historia que, para nosotros, habría cambiado de sentido.

Pero nos queda la esperanza de que seamos capaces de edificar, en nuestro sentido, las estructuras históricas del mañana. Los franceses de Argelia, los de la metrópoli y el propio pueblo árabe llevan la carga, difícil y exaltadora, de esa esperanza.

Llamamiento para una tregua civil en Argelia"

* Conferencia pronunciada en Argel, el 22 de enero de 1956.

Por una tregua civil en Argelia

Señoras y señores: A pesar de las precauciones de que tuve que rodear esta reunión, a pesar de las dificultades con que tropezamos, no hablaré hoy para dividir, sino para unir. Porque, en efecto, ése es mi deseo más ardiente. No es mi menor decepción —y la palabra es débil— tener que reconocer que todo se alfa contra tal deseo y que, por ejemplo, un hombre y un escritor que dedicó una parte de su vida a servir a Argelia, se exponga, aun antes de que se sepa lo que quiere decir, a que se le niegue la palabra. Pero esto confirma al propio tiempo la urgencia del esfuerzo que debemos hacer para lograr el apaciguamiento. De manera que esta reunión debía verificarse para mostrar, por lo menos, que no estaba perdida toda posibilidad de diálogo y para que del desaliento general no nazca el consentimiento de lo peor.

Acabo de hablar de «diálogo». La que voy a pronunciar no es, pues, una conferencia en regla. A decir verdad, en las circunstancias actuales me faltaría el aliento para darla. Pero me pareció posible, y hasta consideré que era mi deber, venir aquí a formular un llamamiento de simple humanidad, capaz, por lo menos en este punto, de acallar los furores y de reunir a la mayor parte de los argelinos, franceses o árabes, sin que tengan que abandonar nada de sus convicciones propias. Este llamamiento, de que se hace cargo el comité que organizó la

reunión, se dirige a los dos campos para pedirles que acepten una tregua que se refiera únicamente a los inocentes civiles.

De manera que hoy sólo tengo que justificar ante ustedes tal iniciativa. Intentaré hacerlo brevemente.

Digamos ante todo, e insistamos en este punto, que, por la fuerza de las circunstancias, nuestro llamamiento está al margen de toda política. De no ser así, yo no tendría título alguno para hablar. No soy un político. Mis pasiones y mis gustos me llaman a otros lugares diferentes de las tribunas públicas. Vine aquí obligado por la presión de las circunstancias y por la idea que a veces me hago de mi oficio de escritor. Por lo demás, sobre el fondo del problema argelino, a medida que los acontecimientos se precipitan y crecen las desconfianzas de una y otra parte, yo tendría tal vez que expresar más dudas que certezas. Para intervenir en este punto, mi único título es el de haber vivido la desdicha argelina como una tragedia personal y el de no poder alegrarme de ninguna muerte, cualquiera que sea. Durante veinte años, con débiles medios, hice todo lo posible para contribuir a la concordia de nuestros dos pueblos. Resulta risible, sin duda, la cara que pone el predicador de la reconciliación frente a la respuesta que le da la historia, al mostrarle a los dos pueblos que amaba abrazados sólo con un mismo furor mortal. En todo caso, a él no le dan ganas de reír. Frente a semejante fracaso, su única preocupación no puede ser otra que la de ahorrar a su país un exceso de sufrimientos.

Tengo que agregar, además, que los hombres que tomaron la iniciativa de apoyar este llamamiento no obran tampoco en el plano político. Entre ellos se encuentran miembros de grandes familias religiosas, que quisieron apoyar, respondiendo a su más alta vocación, un deber de humanidad. También se encuentran hombres que nada, ni su oficio ni su sensibilidad, destinaba a mezclarse en las cuestiones públicas. En efecto, en su mayor parte, su oficio, útil por sí mismo a la comunidad,

bastaba para colmar la vida de cada uno de ellos. Habrían podido, pues, permanecer apartados, como tantos otros, y contar los golpes, sin perjuicio de exhalar, de cuando en cuando, hermosos acentos melancólicos. Pero pensaron que construir, enseñar, crear, eran obras de vida y de generosidad, y que tales obras no podrían continuar en un reinado de odio y de sangre. Tal decisión, por cargada de consecuencias y compromisos que esté, les da tan sólo un derecho: el de pedir que se reflexione sobre lo que ellos proponen.

También debo decir, por último, que no queremos obtener de ustedes una adhesión política. Si pretendiéramos plantear el problema de fondo, correríamos el riesgo de no alcanzar el acuerdo que necesitamos. Podemos no coincidir en cuanto a las soluciones necesarias, y aun en cuanto a los medios de llegar a ellas. Poner otra vez frente a frente posiciones cien veces definidas y deformadas sería, por el momento, únicamente agregar cargas de insultos y de odios, bajo las cuales se ahoga y se debate nuestro país.

Pero por lo menos nos reúne a todos una cosa: el amor por nuestra tierra común y la angustia. Angustia frente a un futuro que se cierra un poco más cada día; frente a la amenaza de una lucha demoledora, de un desequilibrio económico ya grave, cada día más acentuado, que amenaza hacerse tan agudo que ya ninguna fuerza podrá lograr que Argelia se recupere en mucho tiempo.

A esa angustia queremos apelar y dirigirnos, sobre todo a aquellos que ya han tomado partido. Porque, en efecto, hasta en los más decididos, hasta en quienes se encuentran en el corazón mismo de la lucha, hay una parte, lo sé, que no se resigna al asesinato y al odio y que sueña con una Argelia feliz.

A esa parte que cada uno de ustedes tiene, franceses o árabes, apelamos hoy. A aquellos que no se resignan a ver cómo este gran país se quiebra en dos y cómo parte a la deriva, a aquellos que sin recordar de nuevo los errores del pasado están ansiosos del futuro, quisiéramos

decirles que hoy es posible, en un punto preciso, primero unirnos y luego salvar vidas humanas, para preparar así un clima más propicio para una discusión, por fin, razonable. La modestia deliberada de este objetivo, que tiene, empero, una gran importancia, debería, a mi juicio, valerle el más amplio apoyo.

¿De qué se trata? De conseguir que el movimiento árabe y las autoridades francesas, sin tener que entrar en contacto ni comprometerse a ninguna otra cosa, declaren simultáneamente que mientras duren los disturbios la población civil será en todo momento respetada y protegida. ¿Por qué esta medida? La primera razón, en la que no insistiré mucho, es, como ya lo dije, de simple humanidad. Cualesquiera que sean los orígenes antiguos y profundos de la tragedia argelina, hay un hecho incontrovertible: ninguna causa justifica la muerte del inocente. En el curso de toda la historia, los hombres incapaces de suprimir la guerra misma, se propusieron limitar sus efectos y, por terribles y repugnantes que hayan sido las últimas guerras mundiales, las organizaciones de socorro y de solidaridad consiguieron, así y todo, hacer penetrar en las tinieblas de tales guerras ese débil rayo de piedad que nos impide desesperar totalmente del hombre. Esta necesidad parece tanto más urgente cuando se trata de una lucha que en tantos sentidos asume la apariencia de un combate fratricida y en la que, en la oscura refriega, las armas no distinguen ya al hombre de la mujer ni al soldado del obrero. Desde este punto de vista, nuestra iniciativa quedaría justificada aun cuando salvara tan sólo una vida inocente.

Pero asimismo otras razones la justifican. Por sombrío que sea, el futuro argelino no está aún del todo comprometido. Si cada cual, árabe o francés, hiciera el esfuerzo de reflexionar sobre las razones del adversario, podrían por lo menos darse los elementos de una discusión fecunda. Pero si las dos poblaciones de Argelia, acusándose la una a la otra de haber comenzado las hostilidades, se lanzaran la una contra la otra en una suerte de

delirio xenófobo, toda posibilidad de entendimiento quedaría definitivamente ahogada en sangre. Y bien pudiera ser, y ésta es nuestra mayor angustia, que nos encamináramos hacia tales horrores. Pero tal cosa no debe, no puede ocurrir, sin que aquellos de nosotros, árabes y franceses, que niegan las locuras y las destrucciones del nihilismo hayan lanzado un último llamamiento a la razón.

Aquí la razón demuestra claramente que, por lo menos sobre este punto, la solidaridad francesa y árabe es inevitable, en la muerte como en la vida, en la destrucción como en la esperanza. La horrible faz de esta solidaridad aparece en la dialéctica infernal que quiere que lo que mata a los unos mate a los otros también, mientras cada cual echa la culpa al otro y justifica sus violencias por la violencia del adversario. La eterna querrela del primer responsable pierde entonces su sentido. Y, por no haber sabido vivir juntas, dos poblaciones, a la vez semejantes y diferentes, pero igualmente respetables, se condenan a morir juntas, con la rabia anidada en el corazón.

Pero hay también una comunidad de la esperanza, que justifica nuestro llamamiento. Esa comunidad está asentada en realidades contra las que nada podemos hacer. En esta tierra están reunidos un millón de franceses establecidos desde hace un siglo, millones de musulmanes, árabes y beréberes, establecidos desde hace siglos, y muchas comunidades religiosas, fuertes y vivas. Esos hombres tienen que vivir juntos, en este cruce de caminos y de razas en que los colocó la historia. Pueden hacerlo, con la única condición de que den unos pasos los unos hacia los otros, en una libre confrontación. Nuestras diferencias deberían así ayudarnos, en lugar de ponernos frente a frente. Por mi parte, en esto como en todo, yo creo en las diferencias, no en la uniformidad. En primer término, porque las primeras son las raíces sin las cuales el árbol de la libertad, la savia de la creación y de la civilización, se secan. Sin embargo, nos quedamos rígidos, unos frente a los otros, como atacados de una parálisis que únicamente nos abandona en las crisis brutas.

les y breves de la violencia. Es que la lucha ha asumido un carácter inexplicable que suscita de cada parte indignaciones incontenibles y pasiones que sólo dejan lugar a los arrebatos.

«Ya no es posible ninguna discusión», éste es el grito que esteriliza todo futuro y toda posibilidad de vida. Es, pues, el combate ciego en el que el francés decide ignorar al árabe, aun cuando una parte de sí mismo sepa que la reivindicación de dignidad del árabe está justificada; y en el que el árabe decide ignorar al francés, aun cuando una parte de sí mismo sepa que los franceses de Argelia tienen también derecho a la seguridad y a la dignidad en nuestra tierra común. Encerrado en su rencor y en su odio, nadie puede entonces escuchar a otro. Toda proposición, cualquiera que sea el sentido en que se la formule, se recibe con desconfianza, se la deforma en seguida y se la hace inútil. Poco a poco estamos entrando en un nudo inextricable de acusaciones viejas y nuevas, de venganzas endurecidas, de rencores incansables que se relevan entre sí, como en esos viejos procesos de familia, en que los agravios y los argumentos se acumulan durante generaciones, hasta el punto de que los jueces más íntegros y más humanos ya no pueden resolver nada. Resulta entonces difícil imaginar cómo habrá de terminar semejante situación. Y la esperanza de una asociación de franceses y árabes, de una Argelia pacífica y creadora, se esfuma un poco más cada día.

Sí queremos, pues, mantener un poco de esa esperanza, por lo menos hasta el día en que se entable la discusión sobre las cuestiones de fondo, si queremos hacer que esa discusión tenga una posibilidad de éxito, gracias a un esfuerzo recíproco de comprensión, debemos obrar sobre el carácter mismo de esta lucha. Estamos demasiado maniatados por la amplitud del drama y la complejidad de las pasiones que en él se desencadenan para esperar obtener desde ahora el cese de las hostilidades. Eso supondría, en efecto, adoptar posiciones puramente políticas que, por ahora, acaso nos dividirían aún más.

Pero por lo menos podemos obrar en lo que la lucha tiene de odioso y proponer, sin modificar nada la situación presente, que se renuncie tan sólo a aquello que la hace inexpiable, es decir, al asesinato de inocentes. El hecho de que tal acuerdo uniría a franceses y árabes, igualmente preocupados por no encaminarse hacia lo irreparable y hacia la miseria irreversible, daría a nuestra proposición grandes posibilidades de intervenir en los dos campos.

Si nuestra proposición tuviera una posibilidad de ser aceptada, y la tiene, no habríamos solamente salvado vidas preciosas, no sólo habríamos restablecido un clima propicio para una discusión sana, que no quedaría echada a perder por absurdas intransigencias, sino que habríamos preparado el terreno para una comprensión más justa y matizada del problema argelino. Al provocar, en un punto determinado, este leve deshielo, podríamos esperar que un día se deshiciera todo entero el bloque endurecido de los odios y de las locas exigencias en que ahora nos hallamos todos inmovilizados. La palabra correspondería entonces a los políticos y cada cual tendría el derecho de defender de nuevo sus propias convicciones y explicar sus diferencias.

En todo caso, ésta es la posición estrecha donde podemos, para empezar, esperar reunimos. Toda plataforma más vasta no nos ofrecería, por el momento, sino un campo adicional de discordia. Debemos ser pacientes con nosotros mismos.

Pero a esta acción, a la vez limitada y capital, no creo, después de madura reflexión, que ningún francés ni ningún árabe pueda negar su acuerdo. Para persuadirnos de ello bastará imaginar lo que ocurriría si esta empresa, a pesar de las precauciones y de los estrechos límites que le asignamos, fracasara. El fracaso significaría el divorcio definitivo, la destrucción de toda esperanza y una desdicha de la que todavía no tenemos sino una débil idea. Los amigos árabes que se mantienen hoy valientemente cerca de nosotros en esa *no man's land* donde nos ve-

mos amenazados desde los dos lados y que, desgarrados ellos mismos, tienen ya tantas dificultades para resistir a las violencias, se verán obligados a ceder, y se abandonarán a una fatalidad que aplastará todas las posibilidades de diálogo. Directa o indirectamente entrarán en la lucha, siendo así que podrían haber sido artífices de la paz. El interés de todos los franceses está, pues, en ayudarlos a que escapen de esa fatalidad.

Pero al propio tiempo, el interés directo de los árabes moderados está en ayudarnos a escapar a otra fatalidad, pues si fracasamos en nuestra empresa y demostramos nuestra impotencia, los franceses liberales que piensan que pueden coexistir la presencia francesa y la presencia árabe, que creen que tal coexistencia hará justicia a los derechos de los unos y de los otros, que están seguros, de cualquier manera, de que únicamente esa coexistencia puede salvar de la miseria al pueblo de este país, tendrán la boca cerrada.

En lugar de esa amplia comunidad con la que sueñan, se reintegrarán a la única comunidad viva que los justifica, esto es, Francia. Es decir que, a nuestra vez, con nuestro silencio o bien deliberadamente, entraremos en la lucha. Para ilustrar esta doble evolución, que debemos temer y que dicta la urgencia de nuestras acciones, no puedo hablar en nombre de nuestros amigos árabes. Pero soy testigo de que es posible en Francia. Así como sentí aquí la desconfianza árabe respecto de todo lo que se le propone, puede sentirse en Francia, y ustedes deben saberlo, cómo ascienden la duda y una desconfianza paralela que pueden afianzarse si los franceses, ya impresionados por el mantenimiento de la guerra del Rif después del retorno del sultán y por el despertar del fellagismo en Túnez, se ven obligados a pensar, por el desarrollo de una lucha implacable, que los fines de tal lucha no son tan sólo la justicia para un pueblo, sino la realización, a expensas de Francia y para su ruina definitiva, de ambiciones extranjeras. El razonamiento que desarrollarían entonces muchos franceses sería paralelo al de la mayo-

ría de los árabes si, perdiendo toda esperanza, llegaron a aceptar lo inevitable. Ese razonamiento consistiría en decir: «Somos franceses. La consideración de lo que haya de justo en la causa de nuestros adversarios no nos llevará a cometer una injusticia contra lo que, en Francia y en su pueblo, merece sobrevivir y crecer. No pueden pedirnos que aplaudamos todos los nacionalismos, menos el francés; que absolvamos todos los pecados, salvo los de Francia. En el extremo en que nos vemos, y puesto que hay que elegir, no podemos elegir otra cosa que nuestro propio país.»

De esta suerte, en virtud del mismo razonamiento, pero desarrollado en sentido inverso, nuestros dos pueblos se separarán definitivamente y Argelia se convertirá por mucho tiempo en un campo de ruinas, siendo así que un simple esfuerzo de reflexión podría aún hoy cambiar la faz de las cosas y evitar lo peor.

Este es el doble peligro que nos amenaza, el desafío mortal frente al cual nos encontramos. O logramos, por lo menos en un punto, asociarnos para limitar las devastaciones, y favorecemos así una evolución satisfactoria, o bien no logramos reunirnos y convencernos, y ese fracaso repercutirá en todo el futuro. Esta es la circunstancia que justifica nuestra iniciativa y decide su urgencia. Por eso mi llamamiento será más que apremiante. Si tuviera yo el poder de dar una voz a la soledad y a la angustia de cada uno de nosotros, con esa voz me dirigiría a ustedes. En lo que a mí respecta, siempre amé con pasión a esta tierra en la que nací, de ella extraje todo lo que soy, y en mi amistad nunca separé a ninguno de los hombres que viven en ella, cualquiera que sea su raza. Aunque conocí y compartí las miserias que no le faltan, esta tierra fue siempre para mí la tierra de la felicidad, de la energía y de la creación. Y no puedo resignarme a verla convertirse por mucho tiempo en la tierra de la desgracia y del odio.

Sé que las grandes tragedias de la historia fascinan a menudo a los hombres por sus horribles rostros. Los

hombres quedan entonces inmóviles frente a ellas sin poder decidirse a otra cosa que esperar. Esperan, y la Gorgona un día los devora. Quisiera, en cambio, hacerles compartir a ustedes mi convicción de que ese sortilegio puede romperse, de que esa impotencia es una ilusión, de que la fuerza del corazón, la inteligencia, la valentía, son suficientes para tener en jaque al destino, y a veces hasta para frustrarlo. Basta sólo quererlo, no ciegamente, sino con voluntad firme y reflexiva.

La gente se resigna demasiado fácilmente a la fatalidad, acepta demasiado fácilmente creer que, después de todo, sólo la sangre hace progresar la historia, y que el más fuerte progresa entonces sobre la debilidad del otro. Acaso exista esta fatalidad. Pero la misión de los hombres no es aceptarla ni someterse a sus leyes. Si la hubieran aceptado en las primeras edades, todavía estaríamos en la prehistoria. La misión de los hombres de cultura y de fe no es, en todo caso, desertar de las luchas históricas, ni servir a lo que éstas tienen de cruel e inhumano. Consiste en mantenerse en lo suyo, en ayudar al hombre contra lo que lo oprime, en favorecer su libertad contra las fatalidades que lo cercan.

Únicamente con esta condición la historia avanza realmente, produce innovaciones, crea, en una palabra. En todo lo demás, la historia se repite, como una boca sangrienta que sólo vomita tartamudeos furiosos. Hoy somos nosotros los que tartamudeamos y, así y todo, se abren a nuestro siglo las más amplias perspectivas. Estamos en un duelo a navaja, o casi, y el mundo marcha a la velocidad de nuestros aviones supersónicos. El mismo día en que los diarios imprimen la espantosa relación de nuestras querellas provinciales, anuncian el *pool* atómico europeo. Mañana, si Europa llega a un acuerdo consigo misma, oleadas de riquezas cubrirán el continente y, desbordándose hasta aquí, harán que nuestros problemas queden superados y nuestros odios sean caducos.

Para ese futuro aún inimaginable, pero próximo, debemos organizarnos y mantenernos estrechamente uni-

dos. Lo absurdo y doloroso de la tragedia que vivimos se manifiesta estridentemente en el hecho de que, para abordar un día esas perspectivas que tienen la dimensión de un mundo, debemos reunir hoy pobremente a algunos, para pedirles tan sólo, sin pretender nada más, que se respete, en un punto solitario del globo, a un puñado de víctimas inocentes. Pero, puesto que ésta es nuestra tarea, por oscura e ingrata que sea, debemos abordarla con decisión, para merecer un día vivir como hombres libres, es decir, como hombres que se niegan a la vez a ejercer y a sufrir el terror.

El caso Maisonseul

* Los dos textos siguientes se publicaron en *Le Monde*, en mayo y junio de 1956. El 10 de julio de 1957 se dictó auto de sobreseimiento que reconocía la completa inocencia de Jean Maisonseul.

Carta a Le Monde

París, 28 de mayo de 1956

Señor director:

Acabo de enterarme con estupefacción indignada del arresto, en Argelia, de mi amigo Jean de Maisonseul. Hasta ahora me obligué a guardar silencio sobre la cuestión para no agregar nada a la desdicha francesa y porque, en última instancia, no aprobaba nada de lo que se decía en la derecha, así como en la izquierda. Pero no es posible callar frente a actos tan estúpidos y brutales que precisamente asestan un golpe directo a los intereses de Francia en Argelia. Conozco a Jean de Maisonseul desde hace veinte años. Nunca se ocupó de política durante todo ese tiempo. Sus dos únicas pasiones eran la arquitectura y la pintura. Orléansville, por ejemplo, debe a ese gran arquitecto el haber renacido de entre sus ruinas. En suma, que construía Argelia mientras otros la destruían.

Sólo recientemente y frente a la tragedia de un país que amaba por encima de todas las cosas, creyó que debía prestar el apoyo de su nombre y de su acción al proyecto de tregua civil que era mío, cuyo principio fue aprobado sucesivamente por los señores Soustelle, Lacoste y Mollet, y que tendía, sin interpretar ni modificar la actual situación, a obtener que por lo menos se respe-

tara la vida de las mujeres, los ancianos y los niños, tanto franceses como árabes. No se trataba de nada que pudiera parecerse, ni de cerca ni de lejos, a una negociación o a una sencilla exhortación a un «alto el fuego», sino tan sólo de un conjunto de disposiciones puramente humanitarias que nadie hasta ahora tuvo la impudencia de criticar. Por lo demás, se ha hecho público el texto de mi llamamiento y nadie, que yo sepa, juzgó su objeto escandaloso, ni sus intenciones criminales. La «organización» de que habla el telegrama de la agencia no es otra cosa que el comité que se ha encargado de llevar a cabo ese llamamiento y que, alentado por las expresiones de apoyo recibidas, intentó hacerlo prevalecer en condiciones cada vez más desesperadas. Por cierto, que a nuestros servicios de seguridad no les habrá costado mucho trabajo descubrir esa «organización», cuya existencia era de notoriedad pública.

Jean de Maisonseul se ocupó activamente de ese comité. Constituye un abuso de palabra y de poder asignarle, partiendo de esa circunstancia, relaciones con partidos o tendencias que nunca tuvieron acceso al comité y, más aún, atribuirle intenciones de entablar negociaciones con miras a un «alto el fuego» o con miras al establecimiento de una república argelina independiente. Cuando leo semejantes tonterías me parece que estoy soñando.

Leo también que Maisonseul se habría adherido a la Federación de Franceses Liberales. No es él el único, y como, según me han dicho, esa Federación declaró sus designios y expuso sus estatutos, no es un delito adherirse a ella. Detener a los liberales y sólo porque lo son significa decretar que sólo los manifestantes del 6 de febrero tienen la palabra en Argelia. Si esto es así, ruego al presidente Mollet que nos lo haga saber y que apruebe públicamente esta política que quiere que sean acusados de espíritu de capitulación todos aquellos que no insultan al presidente del gobierno francés. En lo que a mí respecta, me opongo firmemente a toda clase de capitulaciones, así como me opongo del mismo modo a la políti-

ca de los extremistas de Argelia que, a mis ojos, representa otra especie de abdicación, cuya responsabilidad es infinita. Esta era exactamente la posición de Jean de Maisonseul.

Si la actividad que desarrolló en Argelia en favor de víctimas inocentes, franceses y árabes, bastó para inculparlo, será necesario de toda necesidad que me arresten a mí también. Esa actividad es y será la mía. Y en buena lógica también habrá que detener, por lo demás, a los representantes de la Cruz Roja, así como a los señores Mollet y Lacoste, que tuvieron conocimiento del proyecto. El presidente Mollet, en particular, me transmitió hace sólo un mes su adhesión personal, que él hasta calificaba de calurosa, a la obra del comité. Verdad es que tales felicitaciones harán que mi amigo preso se sienta cómodo en su celda. Se consolará sabiendo que en el vergonzoso trato de que es objeto la solidaridad de sus amigos no podrá faltarle. Nadie del gobierno ni de ninguna otra parte está en condiciones de dar lecciones de patriotismo a ese francés valiente. Y yo atestiguo que jamás faltó a la fidelidad que debía a su país, hasta, y sobre todo, en lo que hacía. Su detención, en cambio, y las confusiones groseramente calculadas de que se la rodea, constituyen un verdadero sabotaje del futuro francés en Argelia. El estado mayor fellagha debe de estar riéndose. Y con razón. Estas brutalidades ciegas no compensarán en nada las fallas increíbles de nuestra diplomacia. Pero se unirán a ellas para mayor perjuicio del país.

Sin embargo, dejo a nuestros gobernantes la responsabilidad de la política que adopten y de su policía. Lo único que me interesa es la liberación de Jean de Maisonseul. Aquí emplearé todas mis posibilidades para despertar a la opinión y reclamar la libertad de Maisonseul y en seguida habrá que hacer una reparación, pues sería intolerable que los agentes de una policía desorganizada pudieran tocar impunemente el honor de hombres de esa calidad.

P. S. Me entero por las últimas noticias de que solamente se reprocharía a Jean de Maisonseul «imprudencias», y de que los cargos formulados contra él tienen un alcance limitado. Repito que esas «imprudencias», que son actos de coraje cívico y que no dañaban en modo alguno los intereses franceses, fueron conocidas y aprobadas en los medios oficiales. En cuanto al alcance limitado, en los cargos, no hace sino aumentar mi indignación. Porque lo que no tiene límites, ¡ay!, es el daño que se hace a un hombre irreprochable, cuyo nombre se ha entregado a la opinión pública, en las ondas radiotelegráficas y en la primera página de los diarios, con comentarios indignantes. Repito que sería preciso que todos los hombres libres de compromisos partidarios exigieran una reparación inmediata.

¡Gobernad!

Una semana después de la detención de Jean de Maisonseul, nada queda de las acusaciones lanzadas al azar contra él y explotadas sin tardanza por nuestros diplomados en traición. El señor Robert Lacoste habría declarado que la cuestión se desencadenó ignorándolo él, y los medios gubernamentales estarían a su vez consternados y sorprendidos. Como se ve, los plenos poderes obran en el vacío. Si no hay un traidor, ni un complot, ¿qué queda de todo este barullo? Nada, sino esto (y no puedo escribirlo sin rabia y cólera): que mi amigo inocente sigue en la prisión, que por añadidura se le tiene incomunicado, y que no pueden hablar con él ni siquiera los abogados. Dicho de otra manera, no es aparentemente el gobierno de la metrópoli el que gobierna en Argelia, ni siquiera el señor Robert Lacoste, sino cualquier otro.

En verdad ya lo sabíamos, y también que la autonomía de Argelia era, desde hacía mucho tiempo, un hecho. Allí la soberanía francesa está puesta en tela de juicio por una doble secesión; hay, pues, que defenderla dos veces o dejar de hablar de ella. En efecto, el que se niega a combatir en dos frentes, termina siempre por hacerse disparar un tiro en la espalda. Hoy tenemos la prueba de ello y ciertamente es lícito afirmar que hubo un complot en Argelia. Pero se trata de un complot contra la autoridad del Estado y del futuro francés. Una hermosa combi-

nación, según el estilo de la repugnante tradición policial, intentó demostrar, por intimidación, que todo liberal era un traidor, a fin de que Francia no pueda contar entre sus armas con la justicia generosa. Nuestros brillantes conspiradores olvidaron tan sólo que, al propio tiempo, alentaban a los fellagha, al mostrarles que tantos franceses, y entre los más honestos, estaban decididos a entregarles de todo corazón Argelia. Pero dejo a nuestros ministros el cuidado de extraer las conclusiones necesarias y de buscar a los responsables. A mí sólo me interesa la responsabilidad del gobierno mismo.

Quiero creer, en efecto, que éste no tiene participación alguna en el arresto arbitrario de Jean de Maisonseul, pero desde el momento en que lo conoce y lo deplora tiene la responsabilidad de la detención arbitraria en que se mantiene todavía a un inocente. A partir de ese momento nada excusa al gobierno. Y cabe asignarle la responsabilidad de cada día, de cada noche y de cada hora de este escandaloso encarcelamiento. No basta lamentar una injusticia, hay que repararla. No basta golpear sobre la mesa, hay que hacerse obedecer. De otra manera se nos ofrecerá una vez más el espectáculo de una autoridad extenuada, arrastrada por los acontecimientos que pretende guiar, privada de la energía de la paz como de la energía de la guerra, y siempre violada en el momento mismo en que grita su virtud.

Ni a los amigos de Jean de Maisonseul, ni a él mismo, pueden bastarles expresiones de condolencia hechas entre bastidores. La reputación y la libertad de un hombre no se pagan con condolencias ni con nostalgias. Son, en cambio, realidades carnales, que hacen vivir o morir. Diré incluso que entre los duelos de elocuencia que se verifican en la Cámara y el honor de un hombre, lo más urgente es ese honor, pues el interés del país se cifra más en él que en el diálogo Dides-Cot. Es hora, en verdad, de decirlo a hombres que hablan tan frecuentemente de restaurar el espíritu cívico en Francia. Si nada es hoy más urgente y si no soy yo el último en sufrir de cierta sole-

dad francesa, hay que confesar que ese espíritu cívico desapareció en primer término de nuestros medios gubernamentales, donde el servicio público está a punto de olvidar su dignidad. La dejadez, la indiferencia fruto del desgaste, la trivialidad de los personajes, a veces, hacen prevalecer una concepción disminuida del poder que trata entonces al inocente con falta de consideración y al culpable con complacencia. El Estado puede ser legal, pero sólo es legítimo cuando, al frente de la nación, es el arbitro que garantiza la justicia y ajusta el interés general a las libertades particulares. Si el Estado pierde esta preocupación, pierde su cuerpo, se pudre, y no es más que una anarquía burocratizada. Y así Francia se asemeja a ese gusano que culebrea buscándose la cabeza.

¿Cómo asombrarse, pues, de las increíbles noticias que llegan estos últimos días? Jean de Mainsonseul, acusado de un crimen que se reconoce en privado que él no cometió, es encarcelado mientras nuestra jauría de periodistas, aprovechándose de su impotencia, se apresuran a insultarlo. Pero Francia en el mismo momento entrega a Egipto y a Siria armas cuya eficacia habrán de medir, tarde o temprano, nuestros jóvenes soldados. Pregunto seriamente y sin espíritu de polémica: ¿Quién traiciona a su país? ¿Aquel que sufre en la prisión por haber querido, sin faltar nunca a sus deberes, evitar la muerte de inocentes en el seno de la guerra, o aquellos que declaran sin ambages que realizan negocios por los que la sangre francesa tendrá que responder? ¿Y no está toda la diferencia entre estos últimos y el aspirante Maillot tan sólo en el hecho de que éste no se hizo pagar las armas que entregaba al enemigo? Verdaderamente, sí, le parece a uno estar soñando cuando se entera de estas cosas. Pero también desespera uno y termina por admitir que un gobierno deje atentar sin reacción alguna contra la libertad de un hombre cuya inocencia le consta. Aquel que para hacer mejor la guerra arma al adversario bien puede juzgar que la inocencia de un hombre nunca está mejor recompensada que con la prisión y la difamación.

La debilidad se convierte también en un delirio que explica todos los extravíos.

Para que esta debilidad, esta peligrosa indiferencia de los moribundos no se afiance definitivamente al frente de la nación debemos recordar al gobierno sus responsabilidades. Estoy convencido de que los únicos hombres firmes en cuanto a sus deberes son aquellos que no ceden nada de sus derechos. No podemos, pues, ceder nada del derecho del inocente encarcelado. La prolongada detención de Jean de Maisonseul es un escándalo de arbitrariedad, del que el gobierno, y sólo él, es el verdadero responsable. Por última vez, antes de apelar directamente a la opinión pública y de suscitar su protesta por todos los medios, pido al gobierno responsable que ponga en libertad sin dilación a Jean de Maisonseul, y que le conceda una reparación pública.

Argelia 1958

Argelia 1958

Para responder a la solicitud de aquellos que me preguntan cuál es el futuro que pudiera desearse a Argelia, procuré redactar, con el mínimo de frases posibles y ateniéndome a la realidad argelina, un breve memorándum.

Si la reivindicación *kxabe.*, tal como se expresa hoy, fuera por entero legítima, probablemente Argelia sería en estos momentos autónoma con el consentimiento de la opinión francesa. Si esta opinión, de grado o por fuerza, acepta, no obstante, la guerra y hasta en sus sectores comunistas o comunistizantes se limita a protestas platónicas, ello se debe, entre otras razones, a que la reivindicación árabe sigue siendo equívoca. Tal ambigüedad y las reacciones confusas que suscita en nuestros gobiernos y en el país, explica la ambigüedad de la reacción francesa, las omisiones y las inseguridades en que ésta incurre. Lo primero es aclarar esta reivindicación, para procurar luego definir netamente la respuesta que conviene darle.

A. Lo que hay de legítimo en la reivindicación árabe.

Tiene razón, y todos los franceses lo saben, en denunciar y rechazar:

1.º El régimen colonial y sus abusos, que son propios de la institución.

2.º La repetida mentira de la asimilación siempre propuesta, nunca realizada, mentira que comprometió toda la evolución desde el establecimiento del régimen colonial. Especialmente las elecciones fraudulentas de 1948

ilustraron la mentira y desalentaron a la vez definitivamente al pueblo árabe. Hasta esa fecha, todos los árabes querían ser franceses. A partir de entonces, gran parte de ellos ya no ha querido serlo.

3.º La injusticia evidente de la distribución agraria y de las rentas (subproletariado). Estas injusticias están por lo demás irremediablemente agravadas por una demografía galopante.

4.º El sufrimiento psicológico: la actitud a menudo despectiva o inconsiderada de muchos franceses; el desarrollo en los árabes (en virtud de una serie de estúpidas medidas) de un complejo de humillación que está en el centro del drama actual.

Los acontecimientos de 1945 deberían haber sido una señal de alerta. La despiadada represión del Constantinois acentuó, en cambio, el movimiento antifrancés. Las autoridades francesas estimaron que con esa campaña represiva ponían punto final a la rebelión. En verdad, daban la señal para que comenzara.

Está fuera de duda que la reivindicación árabe, en todos estos puntos, que en parte resumieron la condición histórica de los árabes de Argelia hasta 1948, es perfectamente legítima. La injusticia que el pueblo árabe sufrió está ligada al sistema colonial mismo, a su historia y a su gestión. El poder central francés nunca estuvo en condiciones de hacer que reinara enteramente la ley francesa en sus colonias. Está también fuera de duda que debe darse al pueblo argelino una reparación clamorosa, que le restituya al mismo tiempo la dignidad y la justicia.

B. Lo que hay de ilegítimo en la reivindicación árabe.

El deseo de tener una vida digna y libre, la pérdida total de confianza en toda solución política garantizada por Francia; también el romanticismo, propio de los insurgentes muy jóvenes y sin cultura política, llevaron a ciertos combatientes y a su estado mayor a reclamar la independencia nacional. Por bien dispuestos que estemos

respecto de la reivindicación árabe debemos reconocer, sin embargo, que, en lo tocante a Argelia, la independencia es una fórmula puramente pasional. Nunca hubo una nación argelina. Los judíos, los turcos, los griegos, los italianos, los beréberes, tendrían igual derecho a reclamar la dirección de esta nación virtual. Actualmente los árabes no forman ellos solos toda Argelia. La importancia y la antigüedad de la población francesa, especialmente, bastan para crear un problema que no puede compararse a ningún otro de la historia. Los franceses de Argelia son, ellos también, y en el sentido cabal del término, indígenas. A esto hay que agregar que una Argelia puramente árabe no podría llegar a obtener la independencia económica sin la cual la independencia política no es más que una añagaza. Por insuficiente que sea el esfuerzo francés, es hoy de una magnitud tal que ningún otro país consentiría en hacerse cargo de él. Sobre este punto y los problemas que plantea, remito al lector al admirable libro de Germaine Tillion *.

Los árabes pueden, por lo menos, considerarse como pertenecientes, no a una nación **, sino a una especie de imperio musulmán, espiritual o temporal. Espiritualmente ese imperio existe. Su cimiento y su doctrina es el islamismo. Pero también existe un imperio cristiano, por lo menos tan importante, que no es el caso de hacer entrar como tal en la historia temporal. Por el momento, el imperio árabe no existe históricamente sino en los escritos del coronel Nasser y no podría llegar a cobrar cuerpo, sino por alteraciones mundiales que significarían la tercera guerra mundial a breve plazo. La reivindicación de la independencia nacional argelina ha de considerarse en parte como una de las manifestaciones de ese nuevo imperialismo árabe que Egipto, presumiendo de sus fuerzas, pretende dirigir, y que Rusia utiliza, por el momento,

* *Algérie 1957*, Éditions de Minuit.

** La «nación» siria, apenas salida del protectorado francés, fue a disolverse, como azúcar en el agua, en la república árabe de Nasser.

para los fines de su estrategia antioccidental. Que semejante reivindicación sea irreal no impide, antes bien por el contrario favorece, su utilización estratégica. La estrategia rusa, según puede leérsela en todos los mapas del globo, consiste en reclamar el *statu quo* en Europa, es decir, el reconocimiento de su propio sistema colonial, y en poner en movimiento el Oriente Medio y África para cercar a Europa por el sur. La felicidad y la libertad de los pueblos árabes tienen poco que ver en este asunto. Basta pensar en cómo quedaron diezmados los chechenos o los tártaros de Crimea, o en la destrucción de la cultura árabe en las provincias antiguamente musulmanas del Daguestán. Rusia sencillamente se vale de esos sueños imperiales para sus propios designios. En todo caso, deben atribuirse a esta reivindicación nacionalista e imperialista, en el sentido preciso de la palabra, los aspectos inaceptables de la rebelión árabe, y principalmente el asesinato sistemático de civiles franceses y de civiles árabes, muertos sin distinción y tan sólo por su calidad de franceses o amigos de los franceses.

De manera que nos encontramos frente a una reivindicación ambigua, que podemos aprobar en su fuente y en algunas de sus formulaciones, pero que no podemos aceptar de ninguna manera en algunas de sus manifestaciones. El error del gobierno francés, desde que comenzaron estos acontecimientos, consistió en no distinguir nada y, en consecuencia, en no hablar claramente, lo cual autorizaba todos los escepticismos y todas las violencias en las masas árabes. El resultado de tal error fue reforzar, por una parte y la otra, las facciones extremistas y nacionalistas.

La única posibilidad de hacer que el problema salga de su punto muerto es, pues, hoy como ayer, la elección de un lenguaje claro. Si los elementos del problema son:

- 1) La reparación que debe hacerse a 8.000.000 de árabes que vivieron hasta hoy bajo una forma particular de opresión.
- 2) El derecho a la existencia, y a la existencia en su

patria, de 1.200.000 franceses autóctonos, que no es el caso de dejar a la discreción de los jefes militares fanáticos.

3) Los intereses estratégicos que condicionan la libertad de Occidente.

El gobierno francés debe hacer saber claramente:

1) Que está dispuesto a hacer justicia al pueblo árabe de Argelia y a liberarlo del sistema colonial.

2) Que no cederá nada de los derechos de los franceses de Argelia.

3) Que no puede aceptar que la justicia que consienta en hacer signifique para la nación francesa el preludio de una especie de muerte histórica, y, para el Occidente, el riesgo de un cerco que terminaría con la kadarización de Europa y el aislamiento de América.

Podemos, pues, imaginar una declaración solemne, que se dirigiera exclusivamente al pueblo árabe y a sus representantes (nótese que, desde el comienzo de las hostilidades, ningún jefe de gobierno francés, ningún gobernador se dirigió directamente al pueblo árabe) y que proclamara:

1) Que la era de la colonia ha terminado. Que Francia, sin creerse más pecadora que las otras naciones que se formaron y crecieron en la historia, reconoce sus errores pasados y presentes y se declara dispuesta a repararlos.

2) Qué, sin embargo, rehusa obedecer a la violencia, sobre todo en las formas que ésta asume hoy en Argelia; que se niega, en particular, a servir el sueño del imperio árabe a expensas propias, a expensas de la población europea de Argelia y, finalmente, a expensas de la paz mundial.

3) Que propone entonces un régimen de libre asociación en el que cada árabe, sobre la base del plan Lauriol *, encuentre realmente los privilegios de un ciudadano libre.

Véase más adelante.

Desde luego que las dificultades comenzarán entonces; pero, en todo caso, ni siquiera podrán resolverse si esta declaración previa no se hace solemnemente y se dirige, hay que repetirlo, al pueblo árabe, por todos los medios de difusión de que dispone un gran país. Sin duda alguna, las masas árabes, hoy cansadas y desorientadas, escucharían esta declaración. Y, por otra parte, tranquilizaría a muchos franceses de Argelia, y les impediría practicar una oposición ciega a las reformas de estructura que son indispensables.

Queda por definir la solución que podría ofrecerse a la discusión.

La nueva Argelia

El único régimen que, en el estado actual de cosas, haría justicia a todas las partes de la población, me pareció, durante mucho tiempo, el de la federación articulada en instituciones análogas a las que hacen vivir en paz, en la confederación helvética, a nacionalidades diferentes. Pero creo que hay que imaginar un sistema aún más original. Suiza está compuesta de poblaciones diferentes, que viven en territorios diferentes. Sus instituciones tienden tan sólo a articular la vida política de sus cantones. Argelia, en cambio, ofrece el ejemplo rarísimo de poblaciones diferentes entrelazadas en el mismo territorio. Lo que hay que asociar sin fundir (puesto que la federación es, en primer término, la unión de las diferencias) no son ya territorios, sino comunidades de personalidad diferente. La solución del señor Marc Lauriol, profesor de derecho en Argel, aun cuando no se aprueben todos sus *considerandos*, me parece particularmente apropiada a las realidades argelinas y para dar satisfacción a la necesidad de justicia y de libertad de todas las comunidades.

Lo esencial es que reúne las ventajas de la integración y del federalismo. Propone, por una parte, respetar las particularidades y, por otra, asociar a las dos poblaciones en la gestión de su interés común. A este efecto, la solución sugiere que se creen, en una primera fase, dos secciones en el Parlamento francés: una sección metropolitana

na y una sección musulmana. La primera comprendería a los representantes electos metropolitanos y franceses de ultramar; la segunda, a los musulmanes de estatuto coránico. En su elección debería respetarse estrictamente la regla de proporcionalidad. De esta manera, puede preverse que, en un parlamento compuesto de 600 diputados, habría unos 15 representantes franceses de Argelia y un centenar de representantes musulmanes. La sección musulmana deliberaría aparte, en lo concerniente a todas las cuestiones que afectarían a los musulmanes y sólo a ellos. El Parlamento, en sesión plenaria, es decir, con franceses y musulmanes, tendría competencia para todo lo que se refiera a las dos comunidades (por ejemplo, la fiscalidad y el presupuesto) o a las dos comunidades y a la metrópoli (por ejemplo, la defensa nacional). Las otras cuestiones, en la medida en que afecten exclusivamente a la metrópoli (especialmente cuestiones de derecho civil), serán de competencia exclusiva de la sección metropolitana. De manera que las leyes que afectarían solamente a los musulmanes serían obra solamente de representantes *electos* musulmanes; las leyes que se aplicarían solamente a los franceses serían obra solamente de los franceses. Siempre en esta primera fase, el gobierno, por fin, sería responsable, frente a cada sección o frente a las dos secciones reunidas, según la naturaleza de las cuestiones planteadas.

En una segunda fase, después de transcurrido el período necesario para que se produzca una reconciliación general, habría que considerar las consecuencias de esta innovación. En efecto, contrariamente a todos nuestros usos, contrariamente sobre todo a los sólidos prejuicios heredados de la Revolución Francesa, habríamos consagrado en el seno de la república dos categorías de ciudadanos iguales pero diferentes. Desde este punto de vista, trátase de una especie de revolución contra el régimen de centralización y de individualismo abstracto nacido en 1789, que, en tantos sentidos, merece a su vez el título de *Anden Régime*. En todo caso, el señor Lauriol tiene

razón cuando declara que se trata de nada menos que del nacimiento de una estructura federal francesa que realizaría la verdadera Commonwealth francesa *. Tales instituciones deben, por su naturaleza, articularse en un sistema en el que llegarían a armonizarse los países del Magreb como los del África negra. Una asamblea regional argelina expresaría entonces la particularidad de Argelia, en tanto que un senado federal, en el que Argelia estaría representada, ejercería el poder legislativo en todo aquello que (ejército y asuntos exteriores, por ejemplo) afectara a la federación en su totalidad, y elegiría un gobierno federal responsable. Importante es el hecho de que este sistema no es tampoco incompatible con las instituciones europeas que pudieran nacer en el futuro.

De todos modos, esta debería ser la proposición francesa, mantenida de manera permanente hasta obtener el alto el fuego. Ese alto el fuego resulta hoy más difícil de alcanzar por la intransigencia del FLN. Esa intransigencia es en parte espontánea y poco realista, en parte sugerida y cínica. En lo que tiene de espontánea se la puede comprender y tratar de neutralizar mediante una proposición realmente constructiva. En lo que tiene de sugerida es inaceptable. Aquí la condición previa de la independencia no significa otra cosa que el rechazo de toda negociación y la provocación a lo peor. Francia sólo tiene la posibilidad en este punto de mantener sin tregua la proposición a que me he referido y hacerla aprobar por la opinión internacional y por sectores cada vez mayores de la opinión árabe, y tratar de hacerla entrar, poco a poco, en la realidad.

Esto es lo que puede imaginarse para el futuro inmediato. La solución no es utópica en lo tocante a las realidades argelinas. Parece insegura sólo por el estado de la sociedad política francesa. En efecto, tal solución supone:

* *Le Fédéralisme et l'Algérie* (La Fédération, 9 rue Auber, Paris).

1) Una voluntad colectiva en la metrópoli y especialmente la aceptación de una política de austeridad, cuyo peso debería recaer en las clases acomodadas (la clase de los asalariados lleva ya todo el peso de una organización fiscal escandalosamente injusta).

2) Un gobierno que reforme la Constitución (que, por lo demás, sólo fue aprobada por una minoría de franceses) y que quiera o pueda inaugurar la ambiciosa, prolongada y tenaz política que condujera a la federación francesa.

Estas dos condiciones podrán provocar escepticismo en un observador objetivo. Sin embargo, el aumento, producido en Francia y en Argelia, de nuevas y considerables fuerzas humanas y económicas, autoriza a alentar la esperanza de un renacimiento. En ese caso, una solución como la que acabamos de indicar tiene posibilidades de prevalecer. En el caso contrario, Argelia se perderá y las consecuencias serán terribles tanto para los árabes como para los franceses. Esta es la última advertencia que puede formular, antes de volver a callarse, un escritor entregado, desde hace veinte años, al servicio de Argelia.